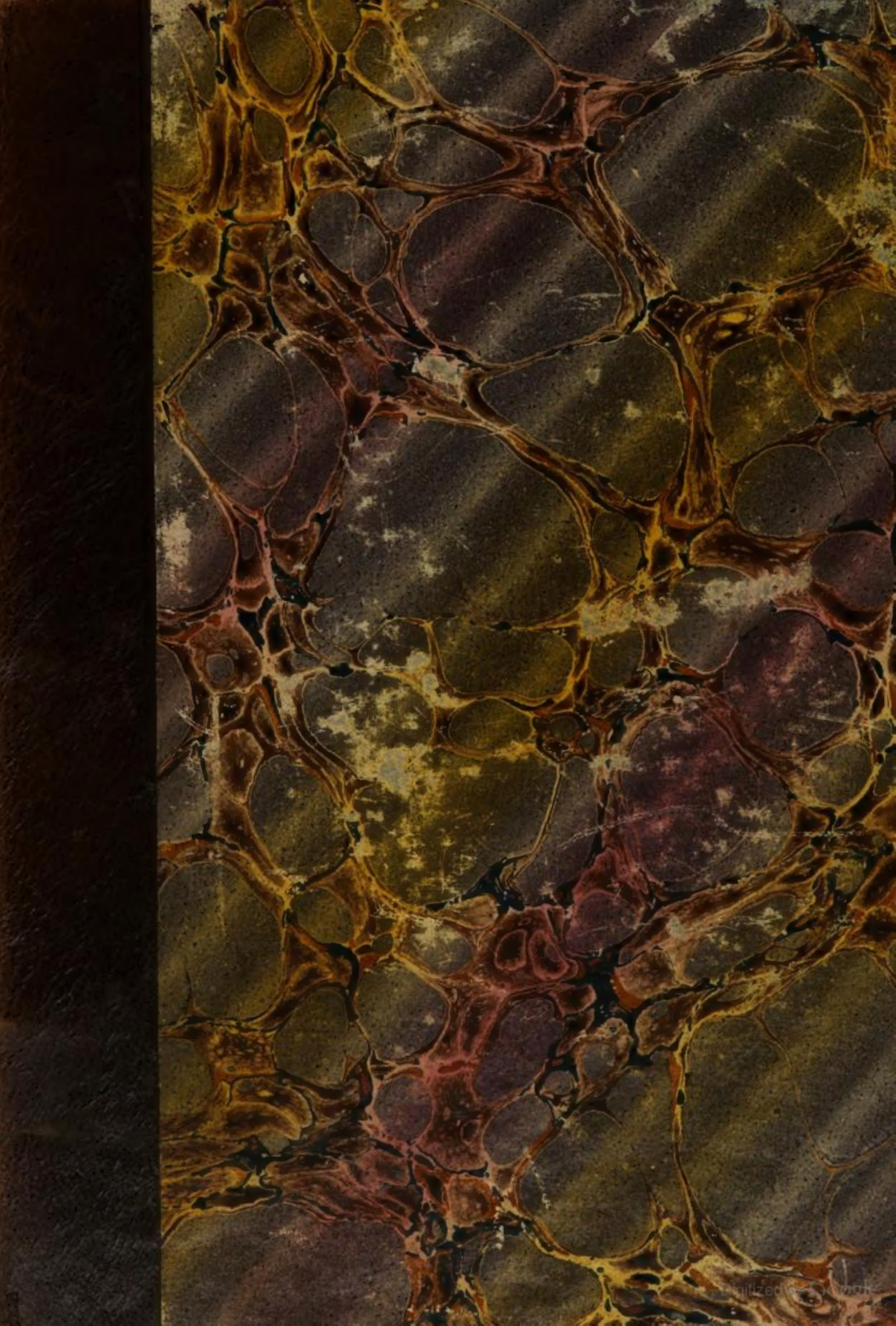
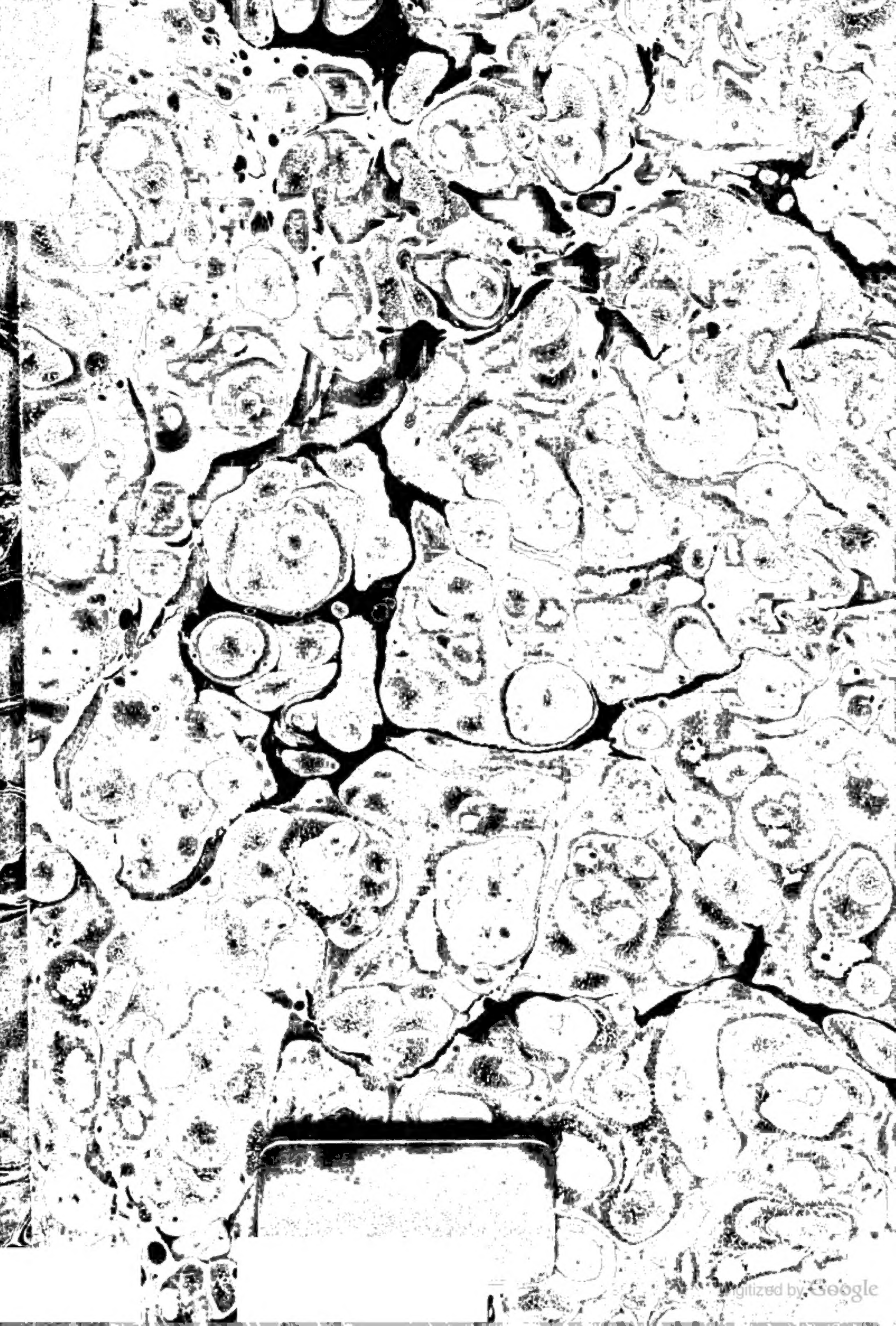
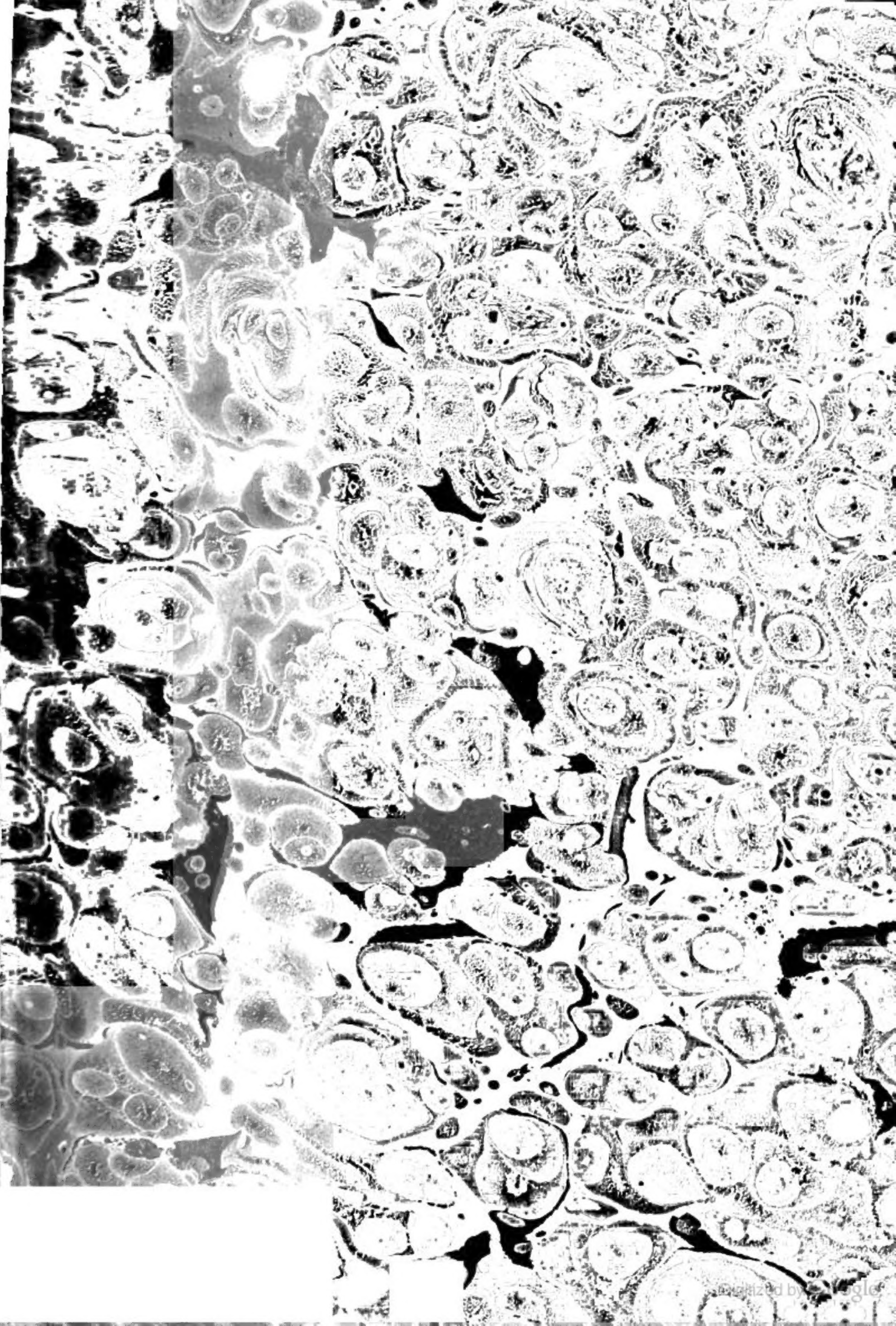
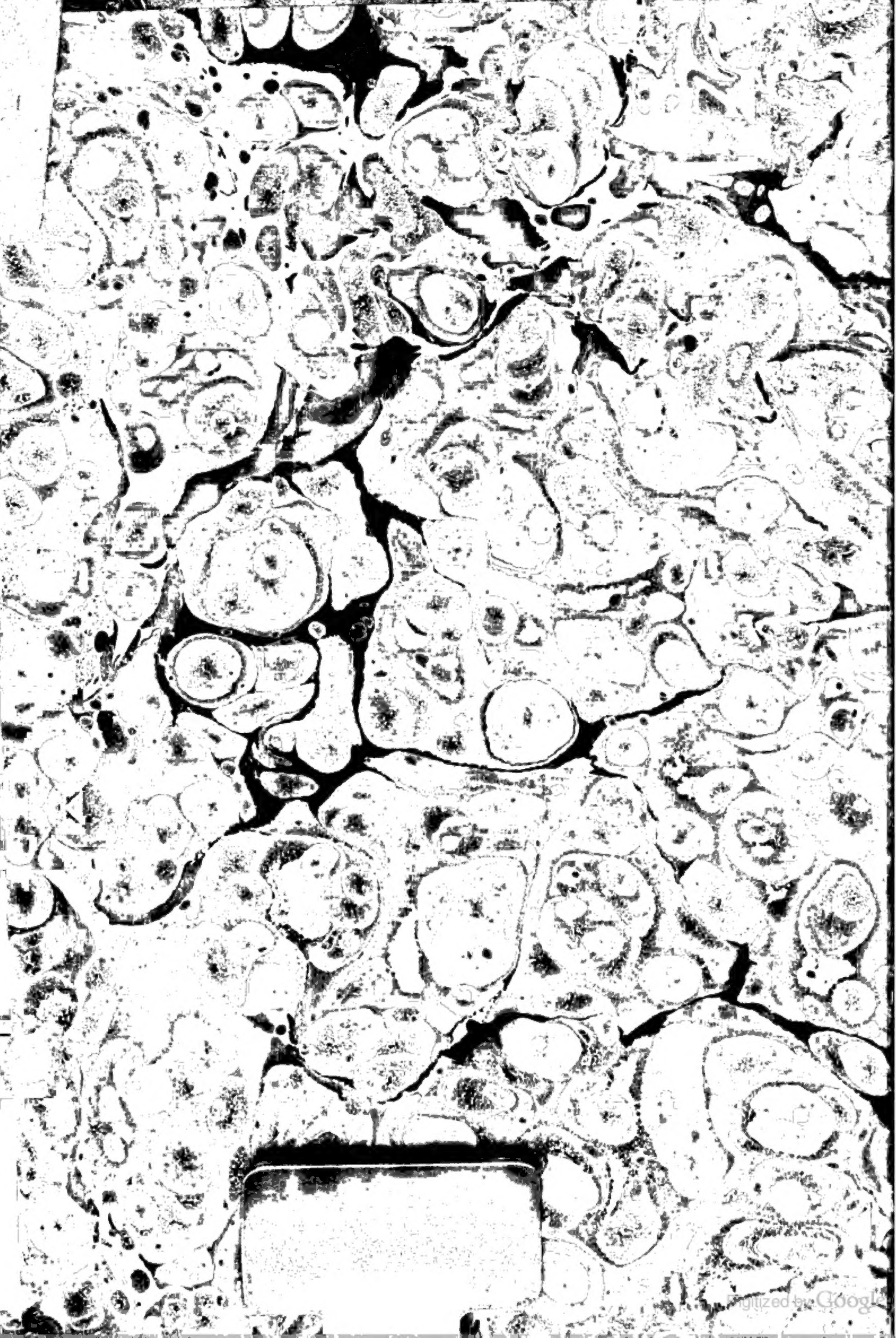
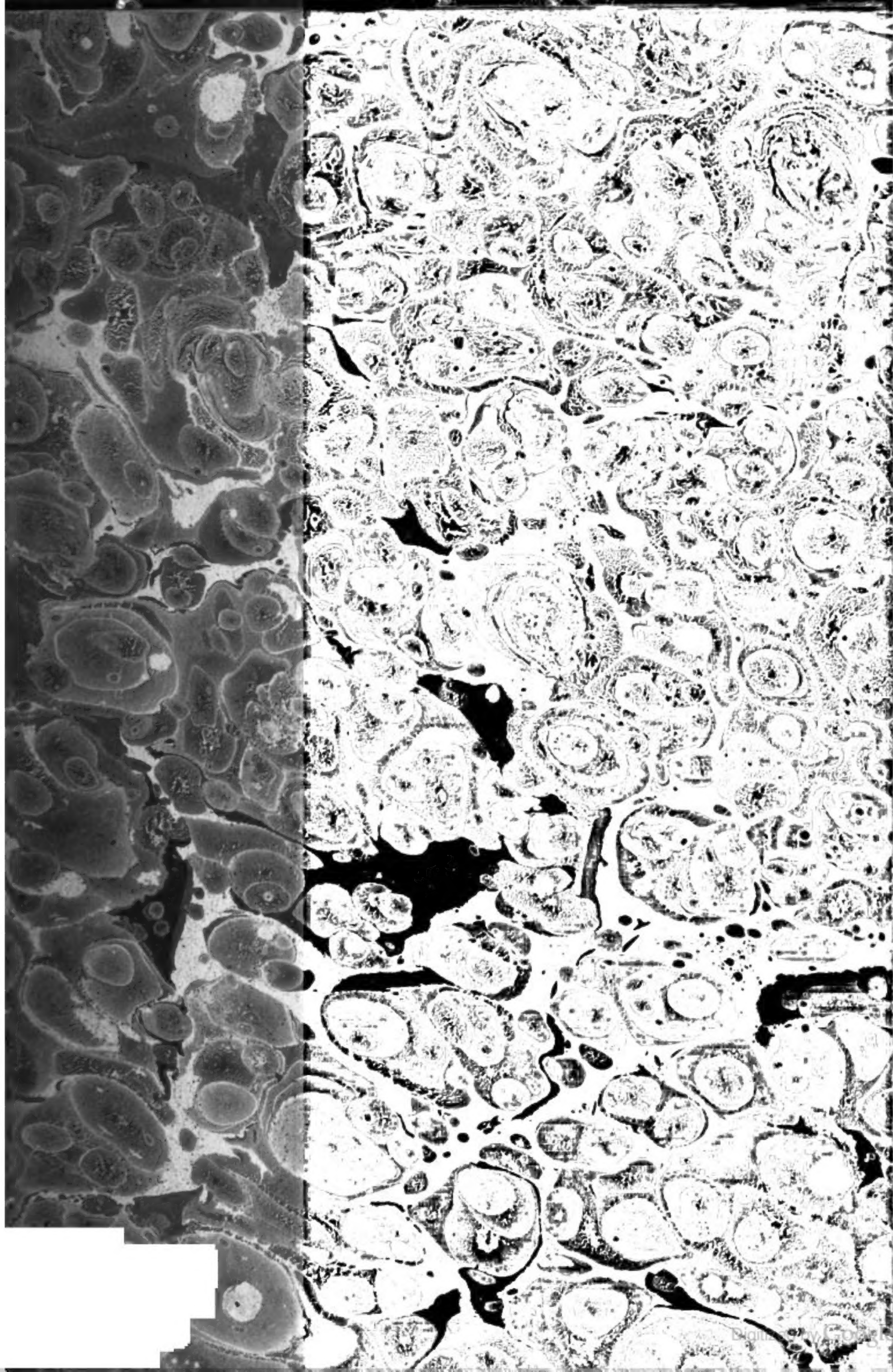










HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

HISTORIA GENERAL de ESPAÑA,

POR

Mariana.



Francisco Oliva Editor.

BARCELONA.

MDCCCXXXIX.

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA,

COMPUESTA, ENMENDADA Y AÑADIDA

Por el P. Juan de Mariana,

ULTIMA EDICION,

Con Láminas.

Aumentada con las tablas del Autor, y la continuacion de Miñana traducida, que llega hasta el año 1600, y adicionada UNICAMENTE EN ESTA EDICION con una narracion de sucesos desde

1600 hasta 1833,

Ó SEA HASTA LA MUERTE DEL REY

DON FERNANDO VII;

Un resúmen cronológico de los sucesos mas notables sumamente necesario para metodizar el estudio de la historia;

Por D. José Maria Gutierrez de la Peña,

Y un escrito clásico del Señor Conde de FLORIDABLANCA A DON CARLOS III, que contiene lo acaecido durante su Ministerio.

TOMO II.

Barcelona.

Imprenta de D. Francisco Oliva.

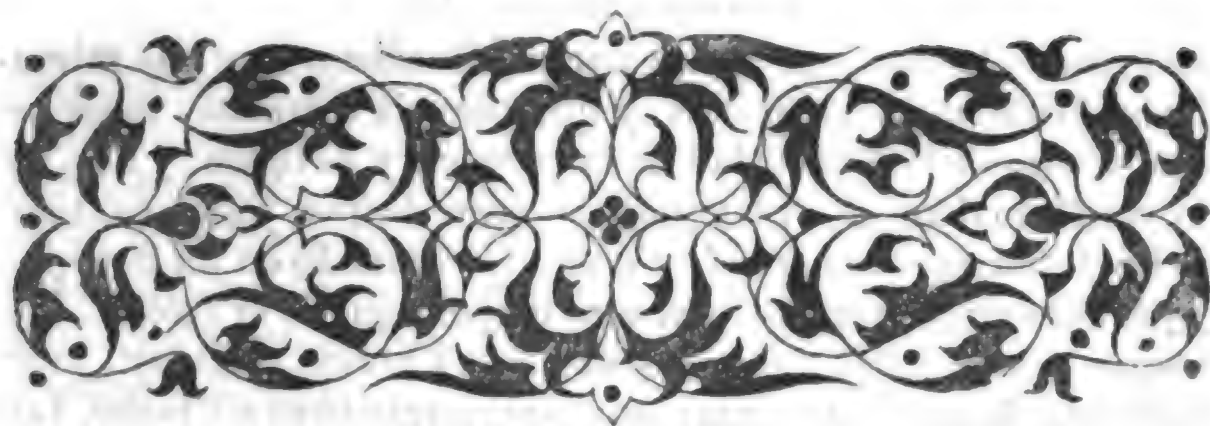
CALLE DE LA PLATERIA, NUMERO 8.

Editor y propietario del DICCIONARIO HISTORICO Ó BIOGRAFIA UNIVERSAL DE HOMBRES CÉLEBRES.

1839.

Se halla tambien venal:

MADRID: librería de D. José Cuesta.
CADIZ: en la de los Sres. Hortal y Compañía:
VALENCIA: en la de D. Jayme Faulí.



HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

LIBRO SEXTO.

Capítulo primero.

De la muerte del Rey Recaredo.

Una nueva y clara luz amanecia sobre España despues de tantas tinieblas, felicidad colmada y bienandanza, sosegados los torbellinos y diferencias pasadas, fiestas, regocijos,

alegrias se hacian por todas partes. Gozábase que sus miembros divididos, destrozados, y que parecia estar mas muertos que vivos por la diversidad de la creencia y Religion, y que solo conformaban en el lenguaje comun de que todos usaban, se hobiesen unido entre sí, y como hermanado en un cuerpo, y juntado en un aprisco y en una majada que es la Iglesia, sus ovejas descarriadas: merced de Dios y gracia singular, gran contento de presente y mayores esperanzas para adelante. Los príncipes estrangeros con sus embaxadas daban el parabien al Rey por beneficio tan señalado: ofrecíanle á porfía sus fuerzas y ayuda para llevar adelante tan piadosos intentos y continuar tan buenos principios. En particular el Sumo Pontífice Gregorio Magno, que por muerte de Pelagio II sucediera en aquella dignidad á tres de setiembre año del Señor de quinientos y noventa al fin de la indiccion octava, como del registro de sus epístolas se saca (en la historia latina pusimos un año mas) luego al principio de su pontificado escribió á Leandro una carta, en que le da el parabien y se alegra por la reduccion del Rey Recaredo á la verdadera Religion. Dice que será bienaventurado si perseverare en aquel propósito, y los fines fueren conformes á los principios sin dexarse engañar de las astucias del enemigo. Así mismo el Rey Recaredo, sabida la eleccion de Gregorio, acordó envialle, como es de costumbre, su embaxada para visitarle y ofrecerle la debida y necesaria obediencia. Escogió para esto personas principales, en particular á Probino presbytero, y en su compañía algunos otros abades. Dióles para este efecto sus cartas, y juntamente algunos presentes de oro, demas trecientas vestiduras que envió para los pobres de San Pedro de Roma, que segun parece en aquel tiempo de las rentas eclesiásticas se sustentaban los pobres y los hospitales. Todo, como yo entiendo, por consejo y á persuasion del arzobispo Leandro, ca desde los años pasados tenia trabada una estrecha amistad con Gregorio Magno causada de la semejanza de los estudios, y de la santidad de las costumbres y vida que resplandecia en entrambos igualmente. Demas desto otra causa particular se ofrecia para enviar esta embaxada, aunque no se declara; es á saber para procurar que el concilio Toledano celebrado poco antes, sus acciones y decretos fuesen aprobados por la Iglesia Romana, á quien es necesario hacer

recurso en las cosas eclesiásticas, y donde los estatutos de los concilios toman su vigor y fuerza. Tres cartas se leen de Gregorio Magno su data el noveno año de su pontificado, es á saber la indiccion segunda, por donde se sospecha que los embaxadores susodichos trabaxados con la navegacion que les debió salir larga y dificultosa, y forzados por los temporales contrarios á volver en España, gastaron mucho tiempo en el camino y en Roma. La primera destas tres cartas se endereza á Claudio duque de Mérida, persona la mas principal despues del Rey que se conocia en España: en ella le encomienda al abad Cyriaco que se partia para España. La segunda carta era para Leandro, en que se duele que el mal de la gota le tuviese tan trabaxado. La postrera es para el Rey para animalle como le anima á llevar adelante la Religion recebida, justamente alaba que las obras y frutos fuesen conformes á la profesion que hacia; porque como los Judíos le hobiesen acometido con gran dinero para que revocase cierta ley que contra ellos se promulgara, no quiso venir en ello. Envióle juntamente con la carta una Cruz, en que estaba engastada parte del madero de la vera Cruz, y junto con ella de los cabellos de San Juan Bautista: envióle eso mismo dos llaves la una tocada en el cuerpo del apóstol San Pedro, y que por el mismo caso tenia virtud contra las enfermedades, en la otra iban ciertas limaduras de las cadenas con que el mismo Apóstol estuvo aprisionado: estos presentes eran para el Rey. Para el arzobispo Leandro en premio de sus grandes méritos envió el palio, ornamento que se suele de Roma enviar á los arzobispos. Hay otra carta del mismo Pontífice Gregorio para Leandro, en que le dice que el presbytero Probino con su consentimiento llevara á España parte de los libros que el mismo Gregorio habia escrito á instancia y por respeto del mismo Leandro. Dícese vulgarmente entre los Españoles, sin que haya autor que lo atestigüe y asegure, que los embaxadores del Rey traxeron una imágen de Nuestra Señora entallada en madera, presentada por el mismo Gregorio á Leandro, y que es la misma que gran tiempo adelante se halló en cierta cueva junto con los cuerpos de San Fulgencio obispo de Ecija y Santa Florentina su hermana, y con suma devocion es reverenciada en Guadalupe, monasterio de Gerónimos de los mas principales de España. Los cuerpos

de los Santos están hoy dia en Berzocana, aldea no lexos de Guadalupe, do fueron hallados. Dícese demas desto que Santa Florentina pasó su vida en Ecija, do se muestran rastros asi de sus casas, como de uno y el mas principal de quarenta monasterios de monjas que estaban á su cargo y debaxo de su gobierno, en el mismo sitio en que al presente está otro monasterio de Gerónimos á la ribera del rio Xenil. Escribió Fulgencio de la Fé de la Encarnacion y de algunas otras qüestiones un libro que se conserva hasta nuestro tiempo. *Máximo Cesaraugustano le atribuye los tres libros de las Mythologías: *obra erudita, que otros quieren sea de Fulgencio obispo ó Ruspense ó Cartaginense en Africa. Los embaxadores del Rey se entretenian en Roma en sazon que muchos concilios de obispos se tenian en España por decreto, á lo que se entiende, y autoridad del concilio Toledano pasado, en que se estableció un decreto de los Padres que los concilios provinciales en los quales se entendió siempre consistia la reformacion y bien de la Iglesia, se juntasen cada un año. Conforme á esto primero en Sevilla se juntaron con Leandro siete obispos de las iglesias sufragáneas. Lo que se trató principalmente en este concilio fué un pleyto sobre los esclavos de la iglesia de Ecija, ca Pegasio obispo de aquella ciudad pretendia que Gaudencio su predecesor contra derecho los habia ahorrado y puesto en libertad. Otros tantos obispos se juntaron por el mismo tiempo en Narbona ciudad de la Gallia Góthica, y de comun acuerdo establecieron quince cánones á propósito de reformar las costumbres de la gente eclesiástica, que estaban estragadas. Demas desto el Metropolitano de Tarragona, bien que no se halló en el concilio Toledano próximo pasado, juntó en Zaragoza sus obispos sufragáneos. En este concilio se declaró en tres capítulos la manera con que se debian recebir en la iglesia Cathólica los que se quisiesen apartar de la secta Arriana. En Toledo asi mismo, en Huesca y en Barcelona se tuvieron otros concilios particulares, cuyas acciones no pareció referir aquí en particular por ser fuera de nuestro propósito, y porque se pueden leer en el libro muy antiguo de concilios de San Millan de la Cogulla. Volvamos á las cosas del Rey, el qual despues de fallecida la Reyna Bada, con deseo que tenia de hacer las paces con los Reyes de Francia, puestas en olvido las injurias y desabrimientos pasa-

dos, por sus embaxadores pidió por muger á Clodosinda la otra hermana de Childeberto Rey de Lorena, segun que arriba queda tocado: matrimonio que últimamente alcanzó con protestar y certificar á aquellos Reyes que no tuvo parte en la muerte de Ermenegildo, antes le cupo gran parte del dolor y del revés de su hermano. Estaba Clodosinda prometida á Anthari Rey de los Longobardos; pero fué antepuesto Recaredo así por la instancia que hizo sobre ello, como porque los Reyes de Francia cuydaban, lo que era verdad, que los casamientos entre los que son de diferente religion y creencia, ni son legítimos, ni suceden bien. El Longobardo todavía era Gentil; Recaredo demas que toda la vida confesó á Christo, como lo hacen todos los que se llaman Christianos, últimamente por diligencia de Leandro y de Fulgencio se convirtiera á la Religion Cathólica con todos sus estados y señoríos. No concuerdan los autores en el tiempo que estas bodas se celebraron: la verdad es que en lo postrero de la edad de Recaredo se hizo alianza con los de Francia, juntamente lo que de los Romanos quedaba en España, fué trabaxado y ellos vencidos por las armas de los Godos en algunos encuentros y batallas que se dieron de ambas partes; demas desto que los Vascones, que hoy son los Navarros, y con deseo de novedades andaban alterados, fueron por la misma manera sugetados, y sosegaron. Con estas cosas el Rey ganó renombre inmortal, y por todo lo demas que gloriosamente hizo en tiempo de paz y de guerra despues que comenzó á reynar. Tuvo una grandeza singular de ánimo, grande ingenio y prudencia, condicion y presencia muy agradable: lo que sobre todo le ennobleció, fué el zelo que mostró á la verdadera y Cathólica Religion. Pasó de esta vida año de nuestra salvacion de seiscientos y uno. Reynó quince años, un mes y diez dias. San Isidoro dice que en Toledo, estando á la muerte, hizo pública penitencia de sus pecados á la manera que entonces se acostumbraba. San Gregorio escribe que los merecimientos de San Ermenegildo fueron causa de la reduccion que España hizo de la secta Arriana á la Religion Cathólica. Dexó Recaredo tres hijos, el mayor se llamó Liuva, los otros Suinthila y Geila. Entiéndese que á Liuva hobo en su primera muger, pues tenia edad conveniente para suceder á su padre como le sucedió, y para encargarse del gobierno. Los dos postreros no se

sabe que madre tuvieron, si nacieron del primer matrimonio, si del segundo. Lo que consta es que destos príncipes y en particular de su padre Recaredo sin jamás faltar la línea decienden los Reyes de España, como se entiende por memorias antiguas, y lo testifican los historiadores, en particular se saca del Rey don Alonso el Magno y Isidoro Pacense por sobrenombre el mas mozo. Por lo qual pareció se procederia en todo con mas luz, si se ponia aquí el árbol deste linage. Gosuinda muger que fué del Rey Athanagildo, tuvo dos hijas de aquel matrimonio, es á saber Galsuinda y Brunechilde. Clodoveo otrosí Rey de los Francos tuvo tres nietos, que se llamaron Guntrando, Chilperico y Sigiberto, hijos todos de Clotario que fué hijo de Clodoveo. Galsuinda casó con Chilperico que pareció por astucia y engaño de Fredegunde, como arriba queda dicho. Sigiberto casó con Brunechilde, y en ella tuvo á Childeberto y á Ingunde y á Clodosinda. Leovigildo sucesor de Athanagildo de su primera muger Theodosia antes que fuese Rey, hobo á Ermenegildo y á Recaredo sus hijos: hecho Rey casó con Gosuinda la Reyna viuda. Demas desto hizo que Ermenegildo casase con Ingunde, y Recaredo casó con Clodosinda, las dos nietas de su segunda muger. Débese tambien considerar en la historia de Recaredo y de los Reyes que adelante le sucedieron, que de ordinario se hace mencion de condes y duques, nombres que significaban los gobernadores y magistrados ó otros oficios y dignidades seglares. Condes eran los que gobernaban alguna provincia, Duques los que en alguna ciudad ó comarca eran capitanes generales; y porque en particular podian batir moneda para el sueldo de sus gentes, de aqui procedió que el escudo vulgarmente se llamó en España y se llama ducado. Y no solo los que tenian los gobiernos se llamaban condes, sino así mismo los que en la guerra ó en la casa real tenian algun cargo ó oficio principal, ca hallamos en la guerra condes cataphractarios, clibanarios, sagitarios, tiuphados. En la casa Real se halla conde del establo, que hoy se llama condestable, conde de la cámara, del patrimonio, de los notarios, todo (á lo que se entiende) á imitacion de lo que usaban los Emperadores Romanos, que como en este tiempo los Godos no daban mucha ventaja en poder y valor á los Romanos, así de buena gana los imitaban en las ceremonias y nombres de oficios que ellos

modernamente inventaran. De la misma ocasion y imitacion, como algunos sospechan y no mal, procedió el prenombre de Flavio, de que usó el primero entre los Godos Recaredo, y en lo de adelante le usaron los demas Reyes muy de ordinario. Por conclusion á Toledo dieron título de ciudad Real, que era el mismo con que los Griegos honraban la ciudad de Constantinopla, silla y asiento de aquel imperio. De lo dicho se saca y consta que los condes y duques en esta era fueron nombres de gobierno y no de estado: pero despues por merced de los Reyes se dieron los dichos títulos por juro de heredad con jurisdiccion y estado limitado ordinariamente de ciertos pueblos y lugares, que para ellos y para sus hijos los Reyes les daban.

Capítulo II.

De los Reyes Liuva y Witerico y Gundemaro.

Era Liuva de edad apenas de veinte años quando falleció el Rey Recaredo su padre. Por su muerte luego que le hizo sepultar y las exêquias con la solemnidad que era razon, sin contradiccion le sucedió en el reyno y en la corona. Su pequeña edad daba ocasion para que se le atreviesen, y las discordias pasadas aun no bien sosegadas á conjuraciones y engaños. Por esta causa, bien que daba muestras de grandes virtudes y de partes á propósito para reynar, y que por las pisadas de su padre se encaminaba para gobernar muy bien su estado y ganar renombre inmortal, fué muerto á traycion por Witerico persona acostumbrada á semejantes mañas. Tuvo el reyno solos dos años, en que no obró cosa que de contar sea, salvo que con la hermosura de su rostro y con su gentileza tenia grangeadas las voluntades de todos, y por ser muerto en la flor de su edad dexó un increible deseo de sí, y una lástima extraordinaria en los ánimos de sus vasallos. Hállanse en España monedas de oro acuñadas con su nombre, y en el reverso estas palabras: HISPALI PIUS, que es lo mismo que EN SEVILLA PIADOSO: cosa que dá alguna muestra de su piedad. Las tales monedas no se pueden atribuir al otro Liuva tio mayor que fué deste príncipe, por tener puesta la corona en la cabeza,

de que antes del tiempo del Rey Leuvigildo no usaron los Reyes godos, como arriba queda mostrado. Lo que resultó desta traycion, fué que el parricida con ayuda de su parcialidad se apoderó del reyno de los Godos, y le tuvo por espacio de seis años y diez meses. Fué en las cosas de la guerra señalado, bien que en algunos encuentros que tuvo con los Romanos que en España quedaban, llevó lo peor; pero por remate cerca de Sigüenza en aquella parte de España que se llamaba Celtiberia, parte de la Hispania Tarraconense, las gentes de Witerico vencieron á los contrarios en una batalla que les dieron de poder á poder. Habia á la sazon fallecido en Francia Childeberto Rey que era de Lorena: sucediéronle dos hijos suyos en sus estados y señoríos. Theodoberto quedó por Rey de Lorena y Theodorico fué Rey de Borgoña. Con este Theodorico casó Hermemberga hija del Rey Witerico, que envió él á Francia con grande acompañamiento, pero en breve corrió fama que dió la vuelta á España doncella; la causa no se sabe, dado que el Rey Theodorico fué ligado para que no pudiese tener ayuntamiento con aquella doncella por arte y hechicerías de sus concubinas á las quales era dado demasiadamente. Otros dicen fué astucia de Brunechilde, que por mandarlo ella sola todo dió traza para que la nuera sin alguna culpa suya fuese enviada á su padre. Despachó Witerico embaxadores á Francia sobre el caso con órden que si aquel Rey no se descargase bastantemente, acudiesen á las provincias comarcanas, y procurasen en venganza de aquella afrenta que aquellos príncipes hicieran liga entre sí y tomasen las armas eu daño del de Borgoña, contra quien estaban irritados el Rey Clotario su antiguo enemigo, y el Rey de Lorena Theodoberto á causa que le solia denostar y decir que era hijo bastardo de su padre y nacido de adulterio. Concertáronse pues estos dos Reyes con Agilulpho Rey de los Longobardos, y juntadas sus fuerzas, se aparejaban para hacer guerra al comun enemigo. No podia Theodorico resistir á poderes tan grandes; por donde conocido el riesgó que corria, y quebrantada su ferocidad, acudió á lo que era mas fácil, que fué concertarse con su mismo hermano Theodoberto con dalle alguna parte de su mismo estado. Vino Theodoberto de buena gana en este concierto así por su interés, como por ser cosa natural querer componerse con su hermano

antes que vengar las injurias de los que no le tocaban. Sucedió como los dos deseaban, porque hecha esta alianza, los otros príncipes desistieron de aquella empresa, y partieron mano de aquella guerra que cuydaban seria muy brava. Con esto el Rey Witerico comenzó á ser menospreciado de los suyos, y á brotar el odio que en sus corazones largo tiempo tenian encerrado, en especial que se decia trataba de restituir en España la secta Arriana, con cuyas fuerzas y ayuda como yo pienso alcanzó el reyno. Esta voz y fama alteró el pueblo en tanto grado, que tomadas las armas entraron con grande furia en la casa real, y mataron al Rey que hallaron descuydado y asentado á yantar. No paró en esto la rabia, porque arrastraron el cuerpo por las calles, y con grandes baldones y denuestos que todo el pueblo le echaba, sucio y afeado de todas maneras le enterraron en cierto lugar muy baxo. Con este desastre tuvieron todos por entendido pagó la muerte que él mismo diera á tuerto á su predecesor el Rey Liuva, como queda dicho; y claramente se mostró que la divina justicia dado que algunas veces se tarda, á la larga ó á la corta nunca dexa de executarse. por la muerte de Witerico alcanzó el cetro de los Godos Gundemaro, persona muy señalada en aquella sazon, sea por ser cabeza de aquel motin y autor de la muerte que se dió al tyrano, sea por voto de los principales de aquel reyno, ca estaban muy satisfechos de su prudencia y partes aventajadas asi para las cosas de la guerra, como para las de la paz. Lo que consta es que comenzó á reynar año del Señor de seiscientos y diez; y si es lícito en cosas tan antiguas, ayudarse de congeturas, entiendo que los Franceses con sus fuerzas por estar ofendidos contra Witerico le ayudaron no poco para subir á aquel grado. Consta por lo menos que acostumbró Gundemaro pagar á los Franceses parias, como se vee de las cartas del conde Bulgarano, gobernador á la sazon por el Rey de la Galia Góthica, cartas que hasta hoy se conservan y hallan entre los papeles antiguos y libros de la universidad de Alcalá de Henares y de la iglesia de Oviedo. De donde así mismo se entiende que los embaxadores de Gundemaro que envió á Francia, fueron contra el derecho de las gentes, que los tienen por cosa sagrada, maltratados una vez por aquellos Reyes, y sin embargo para mas justificar la quexa despachó nuevos

embaxadores, á los quales tampoco se dió lugar para hablar á aquellos Reyes. Por esto alterado Bulgarano, no permitió que los embaxadores del Rey Theodorico pasasen á España; y llegado el negocio á rompimiento, abrió la guerra contra Francia, y con las armas que tomó, de repente se apoderó de dos fuerzas, es á saber Jubiniano y Corneliaco, y echó dellas las guarniciones de Franceses que allí estaban. Acometió el conde Bulgarano en particular estos dos pueblos de la Gallia Narbonense á causa que en el asiento que el Rey Recaredo tomó con los Franceses, los entregara á Brunechilde, por cuya muerte que se siguió poco adelante sin dexar alguna sucesion por ser ya muertos sus hijos y nietos, se puede presumir que los Reyes de Francia no acudieron á recobrar con las armas aquellas dos plazas. Esto en Francia. En España el Rey Gundemaro hizo guerra prósperamente á los de Navarra que de nuevo se alteraban, y asímismo tuvo contiendas con los capitanes y gentes romanas que mantenian aquella parte de España que todavía se tenia por el imperio; lo qual y su muerte, que fué en Toledo de enfermedad, sucedieron el año del Señor de seiscientos y doce: reynó un año, diez meses y trece dias. La Reyna su muger se llamó Hilduara, mas no se sabe haya dexado alguna sucesion. Era á la sazon en el Oriente Emperador de Roma Heraclio sucesor de Phocas, y en la Iglesia Romana despues de Gregorio el Magno y de Sabiniano y Bonifacio III, que consecutivamente le sucedieron, presidia Bonifacio IV; en la Iglesia Toledana Aurasio sucesor de Euphimio, de Tonancio y Adelphio, que por este órden le precedieron. Fué Aurasio persona así en las letras y erudicion, como en el valor y virtudes tan señalada, que se puede comparar con qualquiera de los pasados. En tiempo deste prelado, es á saber el primer año del reynado de Gundemaro, veinte y cinco obispos de diversas partes de España se juntaron en Toledo para determinar en presencia del Rey y por su mandado cierta diferencia que resultara entre el arzobispo de Toledo y los obispos de la provincia Carthaginense por esta razon. Euphimio en las acciones del concilio de Toledo próximo pasado por descuydo se firmó y llamó metropolitano de la provincia de Carpetania, y porque la provincia Carthaginense se estendia mucho mas que los Carpetanos, que eran lo que hoy es reyno de

Toledo, los demas obispos apellidaban libertad y no querian reconocer sugecion á la Iglesia de Toledo. Este pleyto se debió comenzar desque los derechos de Cartagena y su autoridad se trasladaron á Toledo, y continuarse algunos años adelante. Fueron pues citados para dar razon de sí; y oidas las partes; así el Rey como los obispos pronunciaron sentencia en favor del arzobispo Aurasio. Entre los obispos que asistieron, se cuentan Isidoro arzobispo de Sevilla, que lo era por muerte de San Leandro su hermano, Inocencio arzobispo de Mérida, y Eusebio de Tarragona; y demas destos, si las firmas de éste concilio no nos engañan, se halló tambien presente Benjamin obispo Dumiense. Quince obispos de la provincia Carthaginense (por tocarles á ellos en particular este negocio) en un papel á parte firmaron la dicha sentencia: sus nombres fueron estos: Protogenes, que se llama prelado de la santa Iglesia de Sigüenza, Theodoro Castulonense, Miniciano Segoviense, Stephano Oretano, Jacobo Mentesano, Magnencio Valeriense, Theodosio Ercabicense, Martino Valentino, Tonancio Palentino, Portario Segobriense, Vincencio Bigastriense, Eterio Bastitano, Gregorio Oxômense, Presidio Complutense, Sanabilis Elotano. De donde se entiende que en la provincia de Toledo antiguamente se comprendian mas iglesias sufragáneas de las que tiene al presente, y que el distrito que tenian los prelados de Toledo como metropolitanos, era mas ancho que hoy; porque del primado que tenia sobre las demas iglesias de España, al presente no tratamos, ni entonces se trataba. La verdad es que desde el tiempo de Montano, prelado que fué antiguamente de Toledo; en un concilio que se tuvo en la misma ciudad, dieron á aquella iglesia autoridad sobre todas las iglesias de la provincia Carthaginense, como los mismos que eran interesados en la diferencia susodicha lo confesaron: y se vee manifiestamente por el proceso deste concilio, y por la determinacion y sentencia que dieron los obispos que en él se hallaron. Floreció por este tiempo el insigne poeta Draconcio: puso en verso el principio del Génesis.

Capítulo III.

Del Reynado de Sisebuto.

Hicieronse el enterramiento y exêquias del Rey Gundemaro con la solemnidad que era justo. Las lágrimas que se derramaron fueron muchas por haber tan en breve faltado un príncipe tan excelente, de costumbres y vida muy aprobada, y que con la grandeza del ánimo juntaba mucha afabilidad y blandura: cosa con que grandemente se grangean las voluntades del pueblo. Concluido esto, los grandes del reyno se juntaron á elegir sucesor: por su voto salió nombrado Sisebuto, persona de no menores partes que su antecesor, señalado en prudencia, en las cosas de la paz y de la guerra, ferviente en el zelo de la Religion Cathólica, y lo que en aquellos tiempos se tenia por milagro, enseñado en los estudios de las letras, y que tenia conocimiento de la lengua latina: con que el dolor que todos recibieran con la pérdida pasada, se templó en gran parte. Consérvanse hasta el dia de hoy para muestra de su ingenio y erudicion algunas epístolas suyas, y la vida que compuso de San Desiderio, obispo de Viena, á quien el Rey Theodorico de Borgoña, exâsperado con la libertad y reprehensiones de aquel santo varon, hizo morir apedreado: si ya aquella vida se ha de tener por del Rey Sisebuto, y no mas aina por de otro del mismo nombre, á que yo mas me inclino por las razones que quedan puestas en otro lugar. En una aldea llamada Granátula en tierra de Almagro, se vee una letra en una piedra berroqueña, en que se dice que el obispo Amador falleció el año seiscientos y catorce, y que es el segundo año del reynado de Sisebuto, punto fixo y muy á propósito para averiguar el tiempo en que este Rey comenzó á reynar. Entiéndese que aquella piedra se traxo de las ruinas del antiguo Oreto, que estaba de allí distante solo por espacio de media legua. No salieron vanas las esperanzas que comunmente tenian concebidas de las virtudes de Sisebuto, porque en breve sosegó y sugetó los Asturianos y los de la Rioja, ca por estar tan lexos y por la aspereza y fortaleza de aquellos lugares andaban albo-

rotados, sin querer reconocer obediencia al nuevo Rey. Para la una guerra y para la otra se sirvió de Flavio Suinthila, hijo del buen Rey Recaredo, y mozo de mucho volor: escalon para poco despues subir al reyno de los Godos. Concluido esto, el mismo Rey con nuevas levas de gente que hizo por todo su estado, engrosó el exército de Suinthila, con intento de ir en persona contra los Romanos, que todavía en España conservaban alguna parte, como se entiende ácia el estrecho de Cadiz, y á las riberas del mar Océano, parte de la Andalucía, y de lo que hoy se llama Portugal. Entró pues por aquellas tierras, venció y desbarató en batalla dos veces á los contrarios: con que les quitó no pocas ciudades y las reduxo á su obediencia, de guisa que apenas quedó á los Romanos palmo de tierra en España. Lo que mas es de loar, fué que usó de la victoria con clemencia, porque dió libertad á gran número de cautivos que prendieron los soldados, teniendo respeto á que eran Cathólicos; y para que su gente no quedase desabrida, mandó que de sus tesoros se pagase á sus dueños el rescate. Cesario Patricio por el imperio puesto en el gobierno de España, movido de la benignidad del Rey Sisebuto, y perdida la esperanza de poder resistir á sus fuerzas por estar tan lexos el Emperador Heraclio que á la sazon imperaba, acometió á mover tratos de paz con los Godos; ofrecióse para esto una buena aunque ligera ocasion, y fué que Cecilio obispo Mentesano, con deseo de vida mas sosegada, desamparada la administracion de su iglesia, se retiró en cierto monasterio que debia estar en el distrito de los Romanos. Citóle el Rey para que diese razon de lo que habia hecho, y estuviese á juicio. Cesario sin embargo que los suyos se lo contradecian y afeaban, dió órden que fuese llevado al Rey por Ansemundo su embaxador, al qual demas desto encargó, si hallase coyuntura, que moviese tratos de paz. Escribió con él sus cartas en este propósito, en que despues de saludar al Rey pretende inclinalle á concierto, y á tener compasion de la sangre inocente de los Christianos, derramada en tanta abundancia que los campos de España como con lluvias estaban della cubiertos y empantanados. Dice que le envia el obispo Cecilio con deseo de hacerle en esto servicio agradable; y en señal de amor un arco, dádiva pequeña si se mirase por sí misma, pero grande si consideraba la volun-

tad con que le enviaba. Fué esta embaxada agradable á Sisebuto, ca tambien de su parte se inclinaba á la paz; y con este intento despachó un embaxador suyo llamado Theodorico con cartas para Cesario: él junto con otros embaxadores suyos le envió al Emperador Heraclio, para que confirmase las condiciones que entre los dos capitularon. Era este Emperador muy dado á la vanidad de la astrología judiciaria. Avisábanle que su imperio y los Christianos corrian gran peligro de parte de la gente circuncidada. Lo que debiera entender de los Sarracenos y Moros, lo entendia de los Judíos: asi dió en perseguir aquella nacion por todas las vias y maneras á él posibles. Lo primero echó á todos los Judíos de las provincias del imperio: despues con la ocasion desta embaxada que le enviaron de España, desque fácilmente vino en todo lo que tenia concertado, trató muy de veras con el embaxador Theodorico, hiciese con su señor que desterrase á todos los Judíos de España como gente perjudicial á todos los estados, que él mismo los lanzara de sus tierras, y que con ninguna cosa le podrian mas ganar la voluntad. Aceptó este consejo Sisebuto, y aun pasó mas adelante, porque no solamente los Judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los Godos, que era lo que pedia el Emperador, sino tamdien con amenazas y por fuerza los apremiaron para que se bautizasen: cosa ilícita y vedada entre los Christianos, que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad; y aun entonces esta determinacion de Sisebuto tan arrojada no contentó á los mas prudentes, como lo testifica San Isidoro. Entre las leyes de los Godos que llaman el Fuero juzgo, se leen dos en este propósito que promulgó Sisebuto el quarto año de su reynado. Andaban las cosas revueltas, y así no era maravilla se errase, porque el Rey se hizo juez de lo que se debiera determinar por parecer de los prelados, como sea asi que á los Reyes incumba el cuydado de las leyes y gobierno seglar, lo que toca á la Religion y el gobierno espiritual á los eclesiásticos; mas á la verdad los ímpetus y antojos de los príncipes son grandes, y muchas veces los obispos disimulan en lo que no pueden remediar. Publicado este decreto, gran número de Judíos se bautizó, algunos de corazon, los mas fingidamente y por acomodarse al tiempo: no pocos se salieron de España, y se pasaron á aquella

parte de la Gallia que estaba en poder de los Francos, de do no mucho despues fueron tambien echados con los demas Judíos naturales de Francia, por edicto del Rey Dagoberto, y á persuasion del mismo Emperador Heraclio. Fué así que de Francia fueron á Constantinopla dos embaxadores llamados Servacio y Paterno, con quien el Emperador tuvo la misma plática que tuviera con Theodorico, y les persuadió se hiciese en Francia lo que en las demas provincias executaban. Publicóse pues un edicto en Francia, en que so pena de la vida se mandaba que dentro de cierto tiempo ninguno estuviese en ella que no fuese Christiano. Muchos quisieron mas ir desterrados, los otros ó fingidamente por acomodarse al tiempo, ó de verdad profesaron la Religion Christiana. Por esta manera la divina justicia con nuevos castigos por estos tiempos trabaxaba y afligia aquella nacion malvada en pena de la sangre de Christo Hijo de Dios, que tan sin culpa derramaron. Pero dexemos lo de fuera. En España el Rey usando de la libertad ya dicha, depuso á Eusebio obispo de Barcelona, y hizo poner otro en su lugar como se entiende por las mismas cartas suyas. La causa que se alegaba, fué que en el theatro los farsantes representaron algunas cosas tomadas de la vana supersticion de los Dioses, que ofendian las orejas christianas. Esta pareció por entonces culpa bastante por haberlo el obispo permitido, para despojarle de su iglesia. El desórden fué que el Rey por su autoridad pasase tan adelante; por cuya diligencia demas desto en Sevilla el año seteno de su reynado se juntaron ocho obispos. Presidió en este concilio San Isidoro. Los Padres en esta junta reprobaron la secta de los Acephalos, heregía condenada al tiempo pasado en el Oriente, pero que comenzaba á brotar en España por los embustes y engaños de cierto obispo venido de la Suria; que fué convencido de su error y forzado á hacer dél pública abjuracion. Demas desto en el mismo concilio señalaron los términos y aledaños á las diócesis de los obispados particulares sobre que tenian diferencia. A las monjas fué vedado hablar con hombres sin esceptuar á la misma abadesa, á la qual mandaron no hablase con alguno de los monges fuera del abad y del monge que tenia cuydado de las religiosas, y aun con estos no sin testigos, y solamente de cosas santas y espirituales. Hallóse en este con-

cilio junto con los obispos el rector de las cosas públicas por nombre Sisiselo, que así se han de emendar los libros ordinarios, donde se lee Sisibuto, diferentemente de como está en los Codices mas antiguos de mano. Estaba el Rey ocupado en estos y semejantes negocios, quando le sobrevino la muerte, año de nuestra salvacion de seiscientos y veinte y uno: reynó ocho años, seis meses y diez y seis dias. Muchas cosas se dixeron de la ocasion de su muerte, unos que los médicos le dieron una purga aunque buena, pero en mayor cantidad de lo que debieron; otros que en lugar de purga le dieron de propósito yerbas: la verdad es que en las muertes de grandes príncipes, de ordinario se suelen levantar y creer muchas mentiras con pequeño fundamento, principalmente de los que por su buen gobierno y aventajadas partes fueron muy amados de sus súbditos. Hízose el enterramiento y honras como convenia á príncipe tan grande: muchas lágrimas se derramaron, muestra de la mucha voluntad que todos comunmente le tenian. En la vega de Toledo junto á la ribera de Tajo, hay un templo de Santa Leocadia, muy viejo y que amenaza ruina: dícese vulgarmente y así se entiende, que le edificó Sisebuto de labor muy prima y muy costosa. El arzobispo Don Rodrigo, testifica que Sisebuto edificó en Toledo un templo con advocacion de Santa Leocadia: la fábrica que hoy se vee, no es la que hizo Sisebuto, sino el arzobispo de Toledo Don Juan el III: despues que aquella ciudad se tornó á recobrar de Moros levantó aquel edificio. Demas desto testifican que por órden deste Rey los Godos usaron de armadas por la mar, y esto para que pues hasta entonces ganaran gran honra por tierra, se enseñoreasen del mar: ca es cosa cierta que la tierra se rinde al que señorea el mar, que fué parecer de Themistocles. Por ventura tambien pretendian pasar con sus conquistas en Africa por hallarse señores casi de toda la España. Algunos historiadores nuestros dicen, que Mahoma fundador de aquella nueva y perjudicial secta, despues que tuvo sugetas la Asia y la Africa, pasó últimamente en Espaüa, y que por autoridad y témor de San Isidoro se huyó de Córdoba: cuento mal forjado, que ni se debe creer, ni concierta con la razon de los tiempos, ni viene bien con lo que las historias estrangeras afirman; y así se debe desechar como cosa vana y fabu-

losa. Lo cierto es que por la muerte de Sisebuto sucedió en el reyno su hijo Recaredo, mozo de poca edad y de fuerzas no bastantes para peso tan grande. Reynó solos tres meses, y pasados falleció sin que dél se sepa otra cosa.

Capítulo IV.

De los Reyes Suinthila y Rechimiro.

Por la muerte destos dos Reyes padre y hijo, los grandes del reyno nombraron por sucesor á Suinthila persona que en las guerras pasadas habia dado muestra de valor y partes bastantes para el gobierno, ademas que la memoria de su padre le hacia bien quisto con todos, y hizo mucho al caso para que le tuviesen por digno de aquella dignidad y grandeza. Era persona de mucho ánimo y no de menor prudencia: ni con los cuydados su corazon se enflaquecia. Su liberalidad fué tan grande para con los necesitados, que vulgarmente le llamaban padre de los pobres. Los de Navarra, gente feroz y bárbara, con ocasion de la mudanza en el gobierno de nuevo se alborotaron, y tomadas las armas ponian á fuego y á sangre las tierras de la provincia Tarraconense: acudió el nuevo Rey con presteza, y con sola su presencia, por la memoria de las victorias pasadas, hizo que se le sugetasen y rindiesen. Perdonólos, pero con condicion que á su costa edificasen una ciudad llamada Ologito, como baluarte y fuerza que los enfrenase y tuviese á raya para que no acometiesen novedades tantas veces, pues les estaba mejor carecer de la libertad de que usaban mal. Esta ciudad piensan algunos sea la villa que hoy en aquel reyno se llama Olite, mas por la semejanza del nombre que por otra razon que haya para decillo: congetura que suele engañar á las veces. Concluida esta guerra, los Romanos que en España quedaban, y mas confiaban en el asiento que tenian puesto con los Godos que en sus fuerzas, últimamente fueron constreñidos á salirse de toda España, donde por mas de setenta años á las riberas del uno y del otro mar, habian poseido parte de lo que hoy es Portugal y de la Andalucía, bien que muchas veces se estendian ó estrechaban sus térmi-

nos conforme á como las cosas sucedian. Algunos entienden que por esta causa los Godos fortificaron la ciudad de Ebora, para que sirviese de frontera contra los Romanos. Dan desto muestra dos torres fuertes y de buena estofa, que comunmente dicen por tradicion las edificó el Rey Sisebuto, es á saber para reprimir las entradas que los Romanos por aquella parte hacian en las tierras de los Godos. Conserváronse los Romanos por tan largo tiempo en aquellas partes tan estrechas de España, á lo que se entiende, por estar Africa tan cerca para fácilmente ser socorridos; y al presente por faltarles esta ayuda á causa de la cruel guerra que el falso profeta Mahoma y los que le seguian, hacian por aquellas partes, fueron vencidos y echados de España. Tenian los Romanos dividido aquel gobierno en dos partes, y puestos en España dos patricios. Destos el uno con buena industria y maña grangeó el Rey, al otro venció con las armas y á entrambos los reduxo en su poder. A todas estas cosas tan señaladas dió fin el Rey Suinthila dentro del quinto año de su reynado, que se contaba del nacimiento de Christo seiscientos y veinte y seis. En el qual año con intento de asegurar la sucesion del reyno y hacer que quedase en su casa, declaró por su compañero á Rechimiro su hijo, mozo que aunque era de pequeña y tierna edad, con su buen natural daba muestras que imitaria las virtudes de su padre y de su abuelo. Todo esto no fué bastante para que los Godos no se desabriesen, ca llevaban muy mal que con este artificio se heredase la magestad Real, que antes se acostumbraba dar por voto de los grandes del reyno; y es cosa averiguada que desde este tiempo el que poco antes era acatado de todos y temido, vino á ser tenido en poco, de tal suerte que no sosegaron hasta tanto que derribaron de la cumbre del reyno á Suinthila y á su hijo; que debió de ser la causa, porque San Isidoro en la historia de los Godos con que llegó hasta este año, no pasase adelante con su cuento, por hacérsele (como yo pienso) de mal de poner por escrito las afrentas y desastre de aquel Rey poco antes muy señalado y deudo suyo, y por no dexar memoria de las alteraciones, trayciones y malos tratos que en este caso sucedieron. Lo que principalmente en Suinthila se reprehende, fué que despues de tantas victorias y de estar España toda sosegada y en paz se dió á vicios y deleytes, en que

se muestra claramente quanto es mas dificultoso al que tiene mando y libertad para hacer lo que quiere, vencerse á sí mismo y á sus pasiones en tiempo de paz, que en el de la guerra con las armas sugetar á sus enemigos. Theodora su muger que algunos sospechan fué hija del Rey Sisebuto, y Geila ó Agilano su hermano, á quien habia entregado el gobierno asi de su persona como del reyno, con sus malos términos fueron ocasion en gran parte del odio que contra él se levantó, y despertaron contra él gran parte de los enemigos que al fin le echaron por tierra y prevalecieron. Presidia á la sazon en la iglesia de Toledo Helladio sucesor de Aurasio, varon de señalada prudencia, modestia y erudicion, muy libre de toda avaricia, constante y para mucho trabaxo. Fué los años pasados rector de las cosas públicas, que era en lo seglar el mayor cargo de los Godos. Dexó el oficio con deseo de seguir vida mas perfecta, y tomó en Toledo el hábito de monge en el monasterio Agaliense, y en él en breve llegó á ser abad; dende por órden del Rey Sisebuto pasó á ser arzobispo de Toledo. Tuvo por discípulo al glorioso San Illefonso, cosa que le dió no menos renombre que sus mismas virtudes, aunque fueron grandes. El mismo le ordenó de diácono, y adelante le sucedió así en la abadía, como en el arzobispado. Parece que la alteracion de los tiempos y pena que Helladio recibió por las revueltas que resultaron, fueron ocasion de su muerte; porque al mismo tiempo que Suinthila por traycion de Sisenando fué despojado del reyno, pasó desta vida. En cuyo lugar sucedió Justo, y por algun tiempo presidió en aquella iglesia. La caida del Rey Suinthila fué desta manera. Era Sisenando hombre de gran corazon muy poderoso por las riquezas que tenia, diestro y exercitado en las cosas de la guerra. Parecióle que el aborrecimiento que comunmente tenian al Rey Suinthila, le presentaba buena ocasion y le abria camino para quitarle la corona. Las fuerzas que tenia no eran bastantes para cosa tan grande, Acudió al Rey Dagoberto de Francia. Persuadióle le ayudase con sus fuerzas, avisóle que las voluntades de los naturales estaban de su parte, solo recelaban comenzar cosa tan grande sin tener socorros de otra parte: que Suinthila debaxo de nombre de Rey era muy cruel tyrano, executivo, sugeto á todos los vicios y fealdades, monstruo compuesto de aficiones y

codicias entre sí contrarias y repugnantes. Tomado asiento con el Francés, Abundancio y Venerando, capitanes Franceses con gente de Borgoña, se metieron por España y llegaron á Zaragoza. Los grandes que hasta entonces se recelaban y temian, se declararon, y tomadas las armas no pararon hasta echar del reyno á Suinthila con su muger y hijo Rechimiro: esto se tiene por mas cierto que lo que otros dicen, es á saber, que el Rey Suinthila y su hijo fallecieron de enfermedad en Toledo, porque del concilio IV Toledano, y de lo que en él se refiere, parece lo contrario; y aun dél se entiende tambien que Agilano hermano del Rey Suinthila, entre los demas se arrimó á Sisenando y siguió su partido, si bien la amistad no le duró mucho. De las historias francesas se vee que al Rey Dagoberto dieron los nuestros (por ventura á cuenta de los gastos de la guerra) diez libras de oro, que él aplicó para acabar la fábrica de San Dionysio, templo muy sumptuoso y grande junto á Paris y obra del Rey Dagoberto. Floreció por este tiempo Juan, obispo de Zaragoza sucesor de Máximo. Fué muy señalado así bien en la bondad de su vida y liberalidad con los pobres, como en la erudicion y letras, de que da testimonio un libro que dexó escrito en razon de como se debia celebrar la Pascua. Por el mismo tiempo fueron en España personas de cuenta Vincencio y Ramiro: Vincencio fué abad en San Claudio de Leon, do por defender la Religion Cathólica fué muerto por los Arrianos, secta que parecia estar ya acabada. Su cuerpo en la destruicion de España llevaron á la ciudad de Oviedo. Ramiro fué monge en el mismo monasterio de Leon, y al lado del altar mayor en propia y particular capilla, estan sus huesos guardados y reverenciados del pueblo. Reynó Suinthila diez años: despojáronle del reyno año del Señor de seiscientos y treinta y uno.

Capitulo V.

Del Rey Sisenando.

Luego que Sisenando salió con lo que pretendia, y se vió hecho Rey de los Godos, como persona discreta advirtió que

por estar los naturales divididos en parcialidades, y quedar todavía muchos aficionados al partido contrario, corria peligro de perder en breve lo ganado, sino buscaba alguna traza para acudir á este peligro. Parecióle que el mejor camino seria ayudarse de la Religion y del brazo eclesiástico; capa con que muchas veces se suelen cubrir los Príncipes, y aun solaparse grandes engaños. Juntó de todo su señorío como setenta obispos en Toledo, con voz de reformar las costumbres de los eclesiásticos por las revueltas de los tiempos muy estragadas; mas su principal intento era procurar que el Rey Suinthila fuese condenado por los Padres como indigno de la corona, para que los que le seguian y de secreto le eran aficionados, mudado parecer sosegasen. Túvose la primera junta en la iglesia de Santa Leocadia á cinco de diciembre año de seiscientos y treinta y quatro, es á saber, el tercero del reynado del mismo Sisenando. Hallóse el Rey en la junta, y puesto de rodillas con muestra de mucha humildad, con sollozos y lágrimas que de su pecho y sus ojos despedia en abundancia, pidió á los Padres le encomendasen á la divina Magestad para que ayudase sus intentos: que el fin para que se juntaran, era la reformacion de la diciplina eclesiástica y de las costumbres: que era justo acudiesen á negocio tan importante. Animáronse los obispos con las buenas palabras del Rey, publicaron decretos muy importantes, y en particular señalaron la forma y ceremonias con que se deben celebrar los concilios provinciales que mandaban se juntasen cada un año. Las cabezas principales de los decretos son estas. Los Padres en los asientos y en el votar guarden la antigüedad de su consagracion. Con su voluntad sean admitidos al concilio los grandes que pareciere se deben en él hallar. Muy de mañana se cierren las puertas del templo en que se tiene la junta fuera de una por donde entren los padres, con su guarda de porteros. El metropolitano proponga los puntos de que en el concilio se ha de tratar. Las causas particulares proponga el Arcediano. Haya en España un misal y un breviario (El cuydado de hacer esto se encomendó á San Isidoro, que tuvo el primer lugar en este concilio. De aquí resultó que comunmente el misal y breviario de los Mozarabes se atribuyen á San Isidoro, dado que San Leandro compuso muchas cosas dello, y con el tiempo se aña-

dieron muchas mas). Antes de la Epiphania revuelvan los sacerdotes entre sí en qué dia de aquel año se ha de celebrar la Pascua, y dellos los Metropolitanos por sus cartas den aviso á las iglesias de su provincia. El Apocalypsi de San Juan Evangelista se cuente entre los libros Canónicos. Las iglesias de Galicia en la bendicion del cirio Pascual, en las ceremonias y oraciones se conformen con las demas de España. Ninguno se ordene de obispo ni de presbytero que no sea de treinta años, y tenga aprobacion del pueblo. Los Judíos en adelante no sean forzados á bautizarse. Los que forzados del Rey Sisebuto se bautizaron, perseveren en la fe que profesaron. Los Judíos y los que dellos decienden, no puedan tener públicos oficios y magistrados. Los clérigos no corten el cabello, solo en lo mas alto de la cabeza que deben afeitarla toda, pero de guisa que los cabellos queden en forma de corona. Ninguno se apodere del reyno, si no fuere por voto de los grandes y prelados. El juramento hecho al Rey no sea quebrantado. Los Reyes del poder que les ha sido dado para el bien comun, no abusen para hacerse tyranos. Suinthila, su muger y hijos y su hermano, sean descomulgados por los males que cometieron en el tiempo que tuvieron el mando. Lo que se pretendia con este decreto, y á que todo lo demas se enderezaba, era asegurar en el reyno á Sisenando, y junto con esto para lo de adelante dar aviso que ninguno imitase, ni se atreviese á hacer locuras semejantes. Decreto en que parece tener alguna muestra de aspereza estender el castigo á los hijos del Rey, á quien debia escusar la inocencia de su edad. Pero fué costumbre de los antiguos usada de todas las naciones que á veces los hijos sean castigados por los padres; y esto á propósito que el mucho amor que les tienen enfrene á los que de su particular interés no harian caso. Firmaron las acciones y decretos del concilio todos los obispos. Los Metropolitanos por este órden; Isidoro arzobispo de Sevilla, Selva de Narbona, Stephano de Mérida sucesor de Mausona, Inocencio y Renovato, que por este órden le precedieron en aquella iglesia. En quarto lugar firmó Justo prelado de Toledo, en el quinto Juliano de Braga, y en el postrero Audax de Tarragona. De los demas prelados y del órden que guardaron, no hay que hacer mencion en este lugar. Solo de Justo arzobispo de Toledo quiero añadir, que se-

gun parece era persona suelta de lengua y maldiciente, tanto que en todas sus pláticas acostumbraba á reprehender y murmurar de todo lo que Helladio su predecesor habia hecho: la condicion tuvo tan áspera, que sus mismos clérigos por esta causa le ahogaron en su lecho despues que en aquella iglesia presidió por espacio de tres años (1). Quien dice que el Justo á quien mataron sus clérigos, fué diferente del que fué arzobispo de Toledo. Entre las firmas de los otros obispos está la de Pimenio obispo que se llama de Assidonia, cuyo nombre hasta el dia de hoy se lee en Medina Sidonia, en la iglesia de Santiago, grabado en una piedra, y en otra iglesia de San Ambrosio, que está á la ribera del mar como media legua de Bejer de la miel; por donde se entiende que debió consagrar aquellas dos iglesias. Demas de lo dicho personas eruditas y diligentes, son de parecer que el libro de las leyes Góthicas, llamado vulgarmente el Fuero Juzgo, se publicó en este concilio de Toledo, y que su autor principal fué San Isidoro: concuerdan muchos codices antiguos destas leyes, que tienen al principio escrito como en el concilio Toledano IV que fué este, se ordenaron y publicaron aquellas leyes. Otros pretenden que Egica, uno de los postreros Reyes Godos, hizo esta diligencia, muévense á sentir esto por las muchas leyes que hay en aquel volúmen de los Reyes que adelante vivieron y reynaron. Puede ser y es muy probable que al principio aquel libro fué pequeño, despues con el tiempo se le añadieron las leyes de los otros Reyes, como se iban haciendo. Por conclusion una fórmula que anda impresa de como se han de celebrar los concilios, ordinariamente se atribuye á San Isidoro; mas algunos entienden que adelante alguna persona la forjó de lo que en esta razon se determinó en este concilio, y de otras muchas cosas que juntó, tomadas de otros concilios; y que para darle mayor autoridad y crédito la publicó en nombre de San Isidoro, como autor tan grave, y que en particular tuvo el primer lugar en este concilio de Toledo. Todo pudo ser: el juicio desto quedará libre al lector; el nuestro es que las razones que se alegan por la una y por la otra parte, ni conclu-

(1) Ambros. de Mor. lib. 12. cap. 18.

yen que la dicha fórmula sea de San Isidoro, ni tampoco lo contrario.

Capitulo VI.

Del Rey Chintila.

Casi por el mismo tiempo que Justo arzobispo de Toledo falleció de la manera que ello haya sido, el Rey Sisenando pasó desta vida: murió de su enfermedad en Toledo veinte dias despues del año del Señor de seiscientos y treinta y cinco: reynó tres años, once meses y diez y seis dias. Acudieron los grandes y prelados conforme á la órden que se dió en el concilio pasado, para elegir sucesor. Regularon los votos, salió nombrado Chintila y elegido por Rey. En lugar del arzobispo Justo sucedió Eugenio segundo deste nombre, varon esclarecido asi por sus virtudes, como conocido por la estrecha amistad que tuvo con San Isidoro arzobispo de Sevilla. Al qual como Eugenio por sus cartas preguntase si el inferior puede absolver de la sentencia y censura fulminada por el superior, y si los Apóstoles fueron de igual poder; respondió en una carta, que por ser muy memorable me pareció poner aquí. Dice pues: « Al carísimo y excelente en virtudes Eugenio obispo Isidoro. Recebí la carta de vuestra Santidad, que traxo el mensajero Verecundo. Dimos gracias al Criador de todas las cosas porque se digna de conservar para bien de su iglesia en salud vuestro cuerpo y alma. Para satisfacer conforme á nuestras fuerzas á vuestras preguntas pedimos que por los sufragios de vuestras oraciones seamos del Señor librados de las miserias que nos afligen. Quanto á las preguntas que vuestra venerable Paternidad dado que no ignora la verdad, quiere que responda, digo que el menor fuera del artículo de la muerte no puede desatar el vínculo de la sentencia dada por el superior; antes al contrario el superior conforme á derecho podrá revocar la del inferior, como los Padres orthodoxôs por autoridad sin duda del Espíritu Santo lo tienen determinado: que decir ó hacer al contrario, como vuestra prudencia lo entiende, seria cosa de mal exemplo, es á saber gloriarse la se-

gur contra el que corta con ella. En lo de la igualdad de los Apostóles, Pedro se aventajó á los demas, que mereció oir del Señor, tú eres Pedro etc. y no de otro alguno sino del mismo hijo de Dios y de la Vírgen recibió el primero la honra del pontificado. A él tambien despues de la resurreccion del Hijo de Dios fué dicho por el mismo: apacienta mis corderos; entendiendo por nombre de corderos los prelados de las iglesias; cuya dignidad y poderío dado que pasó á todos los obispos cathólicos, especialmente reside para siempre por singular privilegio en el de Roma como cabeza mas alta que los otros miembros. Qualquiera pues que no le prestare con reverencia la debida obediencia, apartado de la cabeza, se muestra ser caido en el Acephalismo. Doctrina que la santa iglesia aprueba y guarda como artículo de fe, lo qual quien no creyere fiel y firmemente, no podrá ser salvo, como lo dice San Athanasio hablando de la fe de la Santa Trinidad. Estas cosas brevemente he respondido á vuestra dulcísima caridad sin ser mas largo; pues (como dice el Philósopho) al sabio poco le basta. Dios os guarde.» Un pedazo desta carta engirió Don Lúcas de Tuy poco menos ha de quatrocientos años en una disputa docta y elegante que hizo contra la secta de los Albigenses que se derramaba y cundia por España. Volvamos al Rey Chintila, de quien algunos sienten fué hermano carnal del Rey Sisenando, y padre de ambos Suinthila. En contrario desto hace que en el quarto concilio Toledano se dicen muchos baldones contra Suinthila, que no parece sufriera ninguno de sus hijos que en su presencia maltrataran de aquella suerte á su padre: congetura á mi ver bastante. La verdad es que luego que el Rey Chintila se encargó del gobierno, sea por miedo de alguna revuelta, sea por imitar el exemplo de su predecesor hizo que se juntase un nuevo concilio de obispos en Toledo á propósito que por sus votos los Padres confirmasen su eleccion. Era cosa muy larga esperar que todos los prelados de aquel reyno se juntasen. Acudieron sin dilacion veinte y dos obispos casi todos de la provincia Carthaginense, que fué del primer año del reynado de Chintila, y del nacimiento de Christo se contaban seiscientos y treinta y seis. Hízose la junta en la iglesia de Santa Leocadia, en que se ordenaron algunas leyes. La primera contiene que cada un año á trece de diciembre por espacio de

tres dias se hagan las letanías. Habia costumbre de muy antiguo que antes de la Ascension se hiciesen estas procesiones por los frutos de la tierra. Mamerco obispo de Viena en cierta plaga, es á saber que los lobos en aquella tierra rabiaban y hacian mucho daño, por estar olvidada la renovó como docientos años antes deste tiempo, y aun añadió de nuevo el ayuno y nuevas rogativas: todo lo qual se introduxo en las demas partes de la iglesia. Gregorio Magno asi mismo los años pasados por causa de cierta peste que anduvo en Roma muy grave, ordenó que el dia de San Márcos se hiciesen las letanías: lo uno y lo otro se guarda do quiera todos los años. En España en particular en el concilio Gerundense se aprobó y recibió todo lo que está dicho, mas en este concilio fué tan grande la devocion y zelo de los padres, que con un nuevo decreto mandaron se hiciesen las dichas letanías el mes de diciembre no con intento de alcanzar alguna merced, ni de librarse de algun mal temporal, sino para aplacar á Dios, y alcanzar perdon de los pecados que eran muchos y muy graves. Verdad es que estas letanías se han dexado, y ya en ninguna parte se hacen. Los demas decretos deste concilio son de poca consideracion. Enderézanse á confirmar le eleccion del Rey Chintila y amparar á sus hijos, que aun despues de la muerte de su padre mandan ninguno se atreva á hacerles agravio ni demasía. En particular para reprimir la ambicion se ordena so pena de excomunion que ninguno se apodere del reyno, si no fuere elegido por votos libres; y que se dé solamente á los que decendian de la antigua nobleza y alcuña de los Godos. Que ninguno se atreva á negociar los votos antes de la muerte del Rey, por ser lo contrario ocasion de alteraciones y aleves. En este concilio que entre los Toledanos es el quinto, tuvo el primer lugar Eugenio arzobispo de Toledo, que firmó los decretos del concilio por estas palabras: yo Eugenio por la misericordia de Dios obispo metropolitano de la iglesia de Toledo de la provincia Carthaginense, consintiendo firmé estos comunes decretos. Despues dél se sigue Tonancio obispo de Palencia, como se lee en los códices muy antiguos, y por su órden los demas obispos. Para que estos decretos tuviesen mas fuerza, y fuesen recibidos de todo el reyno, el año luego siguiente á instancia del Rey se juntaron en Toledo pasados de cinqüen-

ta obispos, todos del señorío de los Godos. Celebróse el concilio que fué el sexto entre los de Toledo, en Santa Leocadia la Pretoriense, que algunos entienden fué la iglesia desta Santa que está junto al Alcázar llamado en latin Pretorio, y en su vejez muestra rastros de su antiguo primor y grandeza. Otros quieren que la iglesia de Santa Leocadia la Pretoriense fuese la que está fuera de la ciudad, porque tambien las casas de campo se llaman pretorios: demas que el Alcázar entonces no estaba donde hoy. La verdad es que la junta se tuvo á nueve de enero año del Señor de seiscientos y treinta y siete: en ella se ordenaron y publicaron diez y nueve decretos, que se enderezan parte á reformar la diciplina eclesiástica, parte á confirmar lo que acerca del Rey y de sus hijos se decretó en el concilio pasado. Demas desto ordenaron por decreto particular que no se diese la posesion del reyno á ninguno antes que expresamente jurase que no daria favor en manera alguna á los Judíos, ni aun permitiria que alguno que no fuese Christiano, pudiese vivir en el reyno libremente. Halláronse en este concilio los prelados Selva de Narbona, Juliano de Braga, Eugenio de Toledo, Honorato de Sevilla, sucesor de San Isidoro que ya por estos tiempos era fallecido. Allende destos Protasio obispo de Valencia, y los demas prelados, que firmaron por su órden. El que tuvo mas mano en la direccion de los negocios, y se entiende formó los decretos que en este concilio se hicieron, fué Braulio obispo de Zaragoza que en aquella iglesia sucedió á su hermano Juan, como persona que se aventajaba á los demas en el ingenio, erudicion y letras. Demas desto en nombre del concilio escribió una carta á Honorio, á la sazon Pontífice Romano, para pedirle que con su autoridad aprobase lo que en el concilio se decretara. Desta carta dice el arzobispo Don Rodrigo era tan elegante en las palabras, tan llena de graves sentencias, el estilo tan concertado, que causó grande admiracion en Roma. La celebracion destos concilios fué la cosa mas memorable que se cuenta del Rey Chintila: debió ser que por haber echado los enemigos de todo su señorío, y estar el reyno reposado y en paz no se ofrecieron guerras de consideracion, mayormente que la buena diligencia del Rey y la autoridad de los obispos tenia los naturales reprimidos para no mover alteraciones y alborotos. Falleció el Rey

Chintila año de nuestra salvacion de seiscientos y treinta y nueve. Poseyó el reyno tres años, ocho meses y nueve dias.

Capítulo VII.

De la vida y muerte del bienaventurado San Isidoro.

Por el concilio Toledano VI y por los obispos que en él se hallaron, como queda apuntado, se entiende que el bienaventurado San Isidoro á la sazon era pasado desta presente vida; y por lo que dél escribió San Illephonso en los Varones Ilustres, parece fué su muerte el año postrero del Rey Sisenando, que se contaban del nacimiento de Christo seiscientos y treinta y cinco. Otros son de opinion que tuvo vida mas larga y llegó al tiempo del Rey Chintila, cuyo reynado acabamos de tratar. Fué este insigne varon hermano de padre y madre de San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina: otros tambien le señalan por hermana á Theodosia madre de los Reyes Ermenegildo y Recaredo. En los años y en la edad fué el menor entre todos sus hermanos, en la eloqüencia, ingenio y doctrina se les aventajó grandemente; y en la grandeza del ánimo y de sus virtudes igualó á su padre Severiano, de quien algunos dicen fué duque de la provincia Carthaginense. Dexó muchos libros escritos que dan bastante muestra de lo que queda dicho, cuya lista y catálogo San Illephonso y Braulio pusieron en la vida que deste Santo escribieron. Indicio y presagio de su grande eloqüencia fué lo que escriben de un enxambre de abejas que volaba al rededor de la cuna y de la boca de San Isidoro siendo niño: cosa que ni se cree, ni se dice sino de personas de gran cuenta. Verdad es que tambien refieren que en sus primeros años se mostró de ingenio rudo, lo qual y juntamente el miedo del soberbio maestro que le enseñaba, fué ocasion que se salió y huyó de la casa de su padre. Andaba descarriado por los campos, quando á la sazon advirtió en un pozo un brocal acanalado por el largo uso y por el ludir de la soga. Consideró, aunque pequeño, con aquella vista quán grandes sean las fuerzas de la costumbre, y como el arte,

perseverancia y trabaxo pueden mas que la naturaleza: con esta consideracion dió la vuelta. Parte deste brocal que es de mármol, se muestra en San Isidoro de Sevilla, y se tiene ordinariamente fué el mismo de que se ha dicho. Destos principios subió á la cumbre de doctrina y erudicion con que alumbró y ennobleció toda España; y al tiempo que sus hermanos andaban desterrados por el Rey Leuvigildo, sirvió mucho con su zelo y osadía á la iglesia Cathólica. Ayudóle mucho para que se hiciese tan docto San Leandro su hermano, ca vuelto del destierro, y conocidas sus aventajadas partes y las grandes esperanzas que de sí daba, ó fuese por otra causa, le encerró en un aposento sin dexalle libertad para ir donde quisiese. Aprovechóse él de aquella clausura, de la edad y ingenio, que todo era á propósito, para revolver gran número de libros: de que resultó el de las Etymologías de erudicion tan varia, que parece cosa de milagro para aquellos tiempos: obra que últimamente perfeccionó y publicó adelante á persuasion de Braulio su grande amigo. Duró este recogimiento tan estrecho todo el tiempo que vivió San Leandro su hermano, que por su muerte fué puesto en su lugar y en su silla. Gobernó aquella iglesia con gran prudencia: hizo leyes y constituciones muy á propósito. Mas como quier que entendiese que todo lo demas es de poco momento, si los mozos desde su primera edad á manera de cera no son amaestrados y enderezados en toda virtud, fundó en Sevilla un colegio para enseñar la juventud y exercitarla en virtud y letras. Deste colegio á guisa de un castillo roquero salieron grandes soldados, varones señalados y excelentes, entre los demas los Santos Illephonso y Braulio. Algunos afirman que en tiempo de Gregorio Magno fué Isidoro á Roma: que debió ser con deseo que tenia de renovar, continuar la amistad que entre aquel santo Pontífice y su hermano desde los años pasados estaba trabada. Lo que añaden, que en brevísimo espacio, antes la misma noche de Navidad hizo aquella jornada y dió la vuelta: demas desto que dos candelas que él mismo con cierto artificio hizo, se hallaron en su sepulcro encendidas en tiempo del Rey Don Fernando el primero: item que el falso profeta Mahoma fué por este Santo echado de Córdoba: todas estas cosas las desechamos como frívolas y hablillas sin fundamento, pues ni son á pro-

pósito para aumentar su grandeza, y quitan el crédito á las demas que dél con verdad se cuentan. Por la verdad y templanza se camina mejor; ¿mas qué cosa puede ser mas vana que pretender con fábulas honrar la vida y hechos de los Santos de Dios? ¿ó qué cosa puede ser mas perjudicial, ni mas contraria á la Religion y honra de los Santos que la mentira? La verdad es que la prudencia de San Isidoro ayudó mucho para que todo el reyno se gobernase con muy buenas leyes y estatutos que por su órden se hicieron; y que para reformar las costumbres á instancia suya y por su órden se tuvieron en Sevilla y en Toledo algunos concilios. Fué arzobispo de Sevilla como quarenta años. Llegado á lo postrero de su edad que fué muy larga, le sobrevino una muy grave y mortal fiebre. Visto que se moria, hízose llevar en hombros por sus discípulos á la iglesia de San Vicente de la misma ciudad de Sevilla: hiciéronle compañía hasta tanto que rindió el alma, un obispo llamado Juan y Uparcio sus muy especiales amigos. En aquella iglesia hizo pública confesion de sus pecados, y recibió el Santísimo Sacramento de la Euchâristía, con que por espacio de tres dias se aparejó como era razon para partir desta vida. En aquel tiempo dió lugar á todos para que le viesen y hablasen. Consolólos con palabras muy amorosas: pidió perdon así como estaba á todo el pueblo en comun, y misericordia á Dios con oracion muy ferviente y grande humildad interior y exterior. Por conclusion entre los sollozos de los suyos, y lágrimas muy abundantes que toda la ciudad despedia por su muerte, en el mismo tiempo rindió el espíritu á quatro de abril, que es el mismo dia en que en España se le hace fiesta particular. El año en que murió no está puntualmente averiguado. No hizo testamento, parte por la pobreza que profesaba, parte porque todos los bienes que le quedaban, se dieron por su mandado aquellos dias á pobres. Reconoció por toda la vida el primadó de la iglesia Romana, ca decia era la fuente de las leyes y decretos, á que se debe acudir en todo lo que concierne á las cosas sagradas, ritos y ceremonias. Esto solia decir en toda la vida, pero al tiempo de su muerte mas en particular protestó á aquella nacion que si se apartaban de los divinos mandamientos y doctrina á ellos enseñada, serian castigados de todas maneras, derribados de la cumbre en que estaban, y oprimi-

dos con muy grandes trabaxos; mas que todavía si avisados con los males se reduxesen á mejor partido, con mayor gloria que antes se adelantarian á las demas naciones. No se engañó ni en lo uno ni en lo otro, ni salió falsa su profecía, como se entiende así por las tempestades antiguas que padeció España, como por la grandeza de que al presente goza; quando vemos que su imperio derribado antiguamente por las maldades y desobediencia del Rey Witiza, y despues levantado de pequeños principios ha venido á tanta grandeza, que casi se estiende hasta los últimos fines de la tierra. Por la muerte de San Isidoro sucedió en aquella silla Theodisclo Griego de nacion: deste refieren algunos corrompió las obras de San Isidoro, y las entregó á Avicena Arabe para que traducidas en lengua arábiga las publicase en su nombre y por suyas. Lo que toca á Avicena (si ya no fué otro del mismo nombre) es falso, pues por testimonio de Sorsano contemporáneo del mismo Avicena y que escribió su vida, se sabe que mas de trecientos años adelante pasó toda la vida en la casa y palacio Real de los Persas sin venir jamás á España. Martino Polono en su Chronicon dice que como el Papa Bonifacio Octavo tratase de nombrar y señalar los quatro doctores de la iglesia para que se les hiciese fiesta particular, no faltaron personas que juzgaron debia San Isidoro ser antepuesto á San Ambrosio, á lo menos era razon que con los quatro le contasen por el quinto. Hace para que esto se crea la erudicion deste santo varon en todo género de letras, y que en el número de los quatro doctores se cuentan y ponen dos de Italia, y ninguno del Poniente, ni de los Tramontanos. Tambien es cosa cierta que en España, bien que en diferentes tiempos, florecieron tres personas muy aventajadas deste mismo nombre: Isidoro obispo de Córdoba, al que por su antigüedad llaman el mas viejo: el segundo Isidoro Hispalense, cuya vida acabamos de escribir: el postrero Isidoro Pacense, que fué adelante, y por esto se llama comunmente el mas mozo; dado que á las veces suelen dar este mismo apellido á Isidoro el Hispalense quando le comparan con el Cordovés. Esto se advierte para que este sobrenombre de Iunior ó mas mozo no engañe á ninguno ni le deslumbre.

Capítulo VIII.

De los Reyes Tulga, Chindasuintho y Recesuintho.

En lugar del Rey Chintila por voto de los grandes del reyno fué puesto Tulga mozo en la edad, pero en las virtudes viejo: en particular se señalaba en la justicia, zelo de la Religion, en la prudencia, en el gobierno y destreza en las cosas de la guerra. Fué muy liberal para con los necesitados, virtud muy propia de los Reyes, que es justo entiendan que la abundancia de bienes y sus riquezas no deben servir para su particular provecho y para sus deleytes, sino para ayudar á los flacos y para remedio de todo el pueblo. Iba destos principios en aumento y parecia habia de subir á la cumbre de toda virtud y valor, quando la muerte le atajó los pasos, que de enfermedad le sobrevino en la ciudad de Toledo año de nuestra salvacion de seiscientos y quarenta y uno. Tuvo el reyno solos dos años y quatro mases. Sigiberto Gemblacense dice que el Rey Tulga fué mozo liviano, y con su libertad y soltura dió ocasion á los suyos para que se levantasen contra él y le echasen del reyno. La razon pide hacer mas caso en esta parte de lo que S. Illephonso depone como testigo de vista, que de lo que escribió un estrangero ó por odio de nuestra nacion, ó lo que es mas probable, por engaño á causa de la distancia del lugar y tiempo en que y quando escribió, con que fácilmente se suelen trocar las cosas. La verdad es que por la muerte de Tulga, como quier que el reyno de los Godos quedase sin gobernalle y sugeto á ser combatido de los vientos, Flavio Chindasuintho por tener á su cargo la gente de gerrra, con cuyas fuerzas se habia rebelado contra el Rey Tulga, que parece le despreciaba por su edad, luego que falleció, con las mismas armas y con el favor de los Godos se apoderó de todo, y se quedó con el reyno; que los demas grandes del reyno no se atrevieron á hacerle contradiccion, ni contrastar con el que tenia en su poder los soldados viejos y las huestes del reyno. Verdad es que aunque se apoderó del reyno tyránicamente, en lo de adelante se gobernó bien; que parece pretendia con la bondad de

sus costumbres, prudencia y valor suplir la falta pasada. Lo primero que hizo, fué poner en órden las cosas de la república con buenas leyes y estatutos que ordenó; y para que con mayor acuerdo se tratase de todo lo que era conveniente, el sexto año de su reynado hizo juntar en Toledo los obispos de todo su señorío. Concurrieron treinta obispos de diversas partes. La primera junta se tuvo á veinte y ocho de octubre, dia de los Apóstoles S. Simon y Judas. Es este concilio entre los Toledanos el seteno: en él se publicaron seis decretos, y entre ellos conforme á lo que estaba ordenado en el concilio Valentino, que se tuvo en tiempo del Rey Theodorico y del Papa Symmachô, de nuevo se mandó que á la muerte de qualquier obispo se hallase el que de los obispos comarcanos fuese para ello avisado, para asistir en el enterramiento y honras del difunto, y acudir á lo que ocurriese. Ponen pena de descomunion por espacio de un año y suspension de su oficio y dignidad al que no obedeciese, y avisado no quisiese acudir. No falta quien diga que en este concilio por autoridad de los Padres se compuso la diferencia que entre los arzobispos de Sevilla y Toledo andaba sobre el primado. La verdad es que en el postrer capítulo se mandó que los obispos comarcanos por su turno cada qual su mes acudiese á la ciudad de Toledo, y con su presencia la honrase: decreto que dicen ordenan teniendo consideracion á la dignidad del Rey, y á honrar al Metropolitano. Por lo demas las firmas de los obispos muestran claramente que no pretendieron por este privilegio dar al arzobispo de Toledo la autoridad de primado, pues despues de los arzobispos Oroncio de Mérida, y Antonio de Sevilla en tercero y quarto lugar firmaron Eugenio prelado de Toledo y Protasio de Tarragona. Siguiéronse los otros obispos por el órden de su antigüedad y consagracion: despues dellos los vicarios ó procuradores de los obispos ausentes: en cuyas firmas se debe advertir que no dicen consentir solamente, sino determinar las acciones del concilio: cosa extraordinaria, y que en nuestra edad no usaron de semejante autoridad y palabras los vicarios de los obispos ausentes en el concilio de Trento. Era por este tiempo arzobispo de Sevilla Antonio, como queda tocado, que sucedió en lugar de Theodisclo depuesto poco antes, y echado de toda España por mandado del Rey

Chîndasuintho á causa que con su natural liviandad sembraba mala doctrina, y aun le convencieron que para dar mayor autoridad á lo que enseñaba, corrompió las obras de S. Isidoro que le vinieron á las manos, como al que le sucedió en su iglesia y dignidad. Depuesto pasó en Africa, y allí se hizo Moro, que tan grande es la fuerza de la obstinacion, y en tanto grado se ciegan los hombres que una vez se apartan del verdadero camino. Desta caida de Theodisclo refieren los que pretenden favorecer el primado de Toledo, y en particular el arzobispo Don Rodrigo, que el Rey Chîndasuintho tomó ocasion para pasar á aquella ciudad Real la dignidad de primado, y quitarla á la ciudad de Sevilla en que hasta entonces estuviera, y que lo uno y lo otro se hizo por voluntad y privilegio del Pontífice Romano. Lo qual dicen sin argumento bastante, ni testimonio de algun escritor antiguo que tal diga: así lo dexamos como cosa sin fundamento. Gobernaban por estos tiempos la iglesia de Roma Theodoro, y el que le sucedió, que fué Martino el Primero. Tiénese por cierto, y hay memorias antiguas, que Chîndasuintho con deseo que tenia de enriquecer á España con libros y letras, envió á Roma el obispo de Zaragoza llamado Tajo para que con voluntad del Papa Theodoro buscase en particular los libros de S. Gregorio sobre Job, llenos de alegorías y moralidades excelentes, para que los traxese consigo á España; ca los que el dicho Gregorio envió á Leandro, á quien los dedicó, si los envió empero, no parecian por la injuria de los tiempos. Decia tener gran deseo por medio de aquellos libros de renovar en España la memoria del uno y del otro Santo, aumentar la Religion Cathólica y confirmarla, y enriquecer la librería Eclesiástica: que tenia por cierto con ninguna cosa podria dar mas lustre á su reyno, que se hallaba por medio de la paz y por haber alanzado de sí la impiedad Arriana colmado de bienes, que con los estudios de la sabiduría, y con procurar que la Religion se conservase en su puridad: que para todo eran muy á propósito los libros de los Padres antiguos. Llegó Tajo á Roma, propuso su embaxada: deseaba el Papa darle contento y complacer al Rey, pero habia sucedido en Roma lo mismo que en España, que casi no quedaba memoria de aquellos libros. Era cosa larga revolver todos los papeles y archivos: dilatábase el negocio de dia en

dia, hora alegaban una ocasion de la tardanza, hora otra. Visto el obispo que todo era palabras, y que no se descubria camino para alcanzar lo que pretendia, acudió á Dios con muy ferviente oracion: suplicóle no permitiese que tan grandes trabaxos fuesen en vano, que ayudase benignamente los piadosos intentos de su Rey: pasó toda la noche en estas plegarias. Acudió Nuestro Señor á su demanda, señalóle el lugar en que tenian guardados los escritos de S. Gregorio, con qué se efectuó todo lo que deseaba. Hobo fama, y el mismo Tajo lo testifica en una carta que escribió en esta razon, que el mismo S. Gregorio le apareció y reveló lo que tanto deseaba saber. Por el mismo tiempo comenzó á correr en España la fama de Fructuoso. Trocó la vida de señor, que las historias de aquel tiempo llaman senior, por ser de la real sangre de los Godos, y su padre Duque, en la flor de su edad con la vida de particular y de monge. Tuvo por maestro al principio á Tonancio obispo de Palencia. Llegado á mayor edad, con deseo de mas perfeccion, se fué á vivir al desierto en aquella parte que hoy llaman el Vierzo, donde de su mismo patrimonio adelante edificó un monasterio de monges con advocacion de los mártyres Justo y Pastor. Cerca de Complutica á las haldas del monte Irago se veen los rastros deste monasterio, y en la iglesia Cathedral de Astorga, de do cae no lexos aquel sitio, entre las demas dignidades se cuenta el Abad Complutense, ca despues que aquel monasterio fué en el tiempo adelante destruido se ordenó que aquella Abadía fuese dignidad de Astorga. De un privilegio que dió el Rey Ramiro el Tercero á la dicha iglesia de Astorga, se entiende que el Rey Chindasuintho ayudó con muchas posesiones y preseas que dió á Fructuoso, para la fundacion y dotacion de aquel monasterio. Demas desto porque en el primer monasterio no cabia tanta muchedumbre de religiosos como cada dia acudian á la fama de Fructuoso y de su santidad, fundó el mismo allí cerca otro monasterio con advocacion de S. Pedro en un sitio rodeado por todas partes de montes y arboledas muy frescas. Deste convento en tiempo del Rey Wamba fué prelado el abad Valerio, cuyo libro se conserva hasta hoy con título de la Vana sabiduría del siglo, sin otras algunas obras suyas en prosa y en verso que dan muestra de su ingenio, piedad y doctrina. Este monasterio

reedificó adelante y le ensanchó Genadio obispo de Astorga año del Señor de novecientos y seis, como se entiende por la letra de una piedra que está en la misma puerta del claustro, por donde de la iglesia se pasa al monasterio. Otro tercero monasterio edificó Fructuoso en la isla de Cadiz, y el quarto en tierra firme nueve leguas de aquellas riberas, sin otros que en diversos lugares fundó así de varones como de mugeres. Entre las vírgenes Benedicta tuvo el primer lugar, y fué muy señalada: porque dexado el esposo á quien estaba prometida, persona rica y muy noble, con deseo de conservar la virginidad acudió al amparo de Fructuoso. Esto pasaba en España en lo postrero de la edad del Rey Chindasuintho, quando él con intento de asegurar y continuar el reyno en su familia, de que se apoderara por fuerza, nombró por su compañero en él á su hijo Flavio Recesuintho el año de Christo de seiscientos y quarenta y ocho despues de haber reynado solo y sin compañero por espacio de seis años, ocho meses y veinte dias. Despues desto, aunque vivió tres años, quatro meses y once dias, pero este tiempo se cuenta en el reynado de su hijo á causa que por su mucha edad le dexaba todo el gobierno. Falleció Chindasuintho en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen con yerbas que le dieron. Su cuerpo y el de la Reyna Riciberga su muger sepultaron en el monasterio de S. Roman que hoy se llama de Hormisga, y está á la ribera del rio Duero entre Toro y Tordesillas: fundóle este mismo Rey para su entierro, y sepultarse en él como se hizo.

Capítulo IX.

De tres Concilios de Toledo.

Era por estos tiempos arzobispo de Toledo Eugenio Tercero sucesor del otro Eugenio. Fué dicípulo de Helladio, como lo fueron los otros tres arzobispos que le precedieron. Siendo mas mozo, con deseo de darse á las letras dexó en la iglesia de Toledo un lugar principal que tenia entre los demas ministros de aquel templo, y tomó el hábito de monge en Santa Engracia de Zaragoza. Por muerte de Eugenio Segundo le sa-

caron de aquel monasterio casi por fuerza para que tomase el gobierno de la iglesia de Toledo. Corrigió el canto Eclesiástico y le reduxo á mejor forma, ca estaba estragado con el tiempo y mudado de lo que solia ser antiguamente. Compuso un libro de Trinitate, y á la obra de Draconcio, que en verso heroyco á manera de paráphrasi declara el principio del Génesis y la creacion del mundo, añadió Eugenio la declaracion del dia seteno que faltaba. Destos versos y de otras epigramas suyas que basta nuestra era se han conservado, se entiende que tuvo letras y ingenio y erudicion no pequeña para aquellos tiempos. Entre aquellas epigramas están los epitaphios de los Rey y Reyna Chindasuintho y Riciberga, si bien son algo groseros mas á causa de lo poco que en aquella edad se sabia, que por falta del mismo Eugenio. Algunos dicen que fué tio de S. Illefonso, hermano de su madre: otros lo tienen por falso, paréceles que si esto fuera así, ó el mismo S. Illefonso, ó S. Julian en lo que añadieron á los Claros Varones de S. Isidoro, hicieran mencion de cosa tan señalada. Algunos martyrologios ponen á este prelado en el número de los demas Santos, y señalan su dia á trece de noviembre, por el qual camino van tambien algunas personas eruditas. Hace contra esto que en el martyrologio de Toledo, en que parece se debia principalmente poner, no está: en fin este punto ni por la una parte ni por la otra está averiguado bastantemente. Demas desto sospecho yo que Eugenio Tercero fué el que se halló y firmó en el concilio próximo pasado de Toledo. Muéveme á pensar esto ver que Antonio arzobispo de Sevilla, que poco antes fué elegido, en las firmas le precedia para muestra de que era mas antiguo prelado. En tiempo de este prelado sin duda á instancia del Rey Recesuintho se juntó en Toledo otro nuevo concilio, que entre los de aquella ciudad se cuenta por el octavo. Era grande el zelo que este Rey tenia, y la aficion á las cosas eclesiásticas: ocupábase en revolver los libros sagrados, hallábase en las disputas que en materia de Religion se hacian, para adornar los templos y aumentar el culto divino no cesaba de darles oro, piedras preciosas, brocados y sedas; en que parece pretendia imitar el exemplo de su padre. Acudieron cinqüenta y dos obispos: juntáronse en la Basílica de S. Pedro y S. Pablo á diez y seis de diciembre año de seiscientos y

cinqüenta y tres. Hallóse el Rey aquel dia presente en la junta, y despues de haber delante los Padres dicho algunas palabras, presentó un memorial. En él estaba en primer lugar la profesion de la Fé Cathólica: despues desto amonestaba y rogaba á los prelados que no solo determinasen lo que concernia á las cosas sagradas sino tambien diesen órden en el estado del reyno, quier fuese con reformar las leyes antiguas, quier con añadir ó quitar las que les pareciese, lo mismo pide tambien á los grandes del reyno, aquellos que por la costumbre recebida se debian hallar en los concilios. En particular pide determinen qué se debe hacer de los Judíos, que recebida la Religion Christiana por la fuerza que los Reyes pasados les hicieron todavía perseveraban en sus antiguos ritos y ceremonias. Fué así que los Judíos presentaron una peticiou, que hasta hoy dia está en el Fuero Juzgo entre las demas leyes de los Godos: contenia en sustancia que dado que el Rey Chintila los forzó á hacerse Christianos, querian renunciar el sábado y las demas ceremonias de la ley vieja; solamente se les hacia de mal el comer carne de puerco, y esto mas porque su estómago no lo llevaba por no estar acostumbrados á tal vianda, que por escrúpulo de conciencia, y todavía para muestra de su intencion se ofrecian de comer otros manjares guisados con ella. Este memorial del Rey que tenia inserta la dicha peticion, se leyó en el concilio. Fué grande la alegría de los obispos por ver el buen zelo del Rey. Trataron entre sí lo que debian hacer, y por comun acuerdo ordenaron doce Cánones en que satisficieron bastantemente á todo lo que el Rey pretendia. Demas desto declararon que los votos y juramentos ilícitos no obligan. En el tiempo de la quaresma, quando por antigua costumbre todos ayunan, mandaron que nadie comiese carne sin evidente necesidad. Por la revuelta de los tiempos, quando se apoderaba del reyno no el que tenia mejor derecho, sino el que era mas poderoso, los Reyes pasados habian impuesto sobre el pueblo grandes y pesados tributos. Interpusieron los Padres su autoridad conforme á lo que el Rey les concediera, y reformaron todas estas imposiciones y reduxéronlas á menor quantía y mas tolerable. Consideraban que nunca es seguro el poder quando es demasiado, que las cosas moderadas duran y son perpetuas, y que los príncipes no son bastantes

para contrastar con el aborrecimiento del pueblo, si se enciende mucho contra ellos. Por conclusion como quier que muchos estuviesen quexosos del padre deste Rey, y pretendiesen les habia hecho agravio y quitado injustamente sus haciendas, ordenóse que el Rey Recesuintho tomase posesion de la herencia y bienes paternos, con tal condicion que estuviese á justicia con los que pretendian estar agraviados y despojados injustamente, y oidas las partes, se les diese la satisfaccion conveniente. En este concilio se asentaron y firmaron en primer lugar quatro arzobispos por este órden: Oronoio de Mérida, Antonio de Sevilla, Eugenio de Toledo, Potamio de Braga. Despues destos los demas obispos por su órden: entre los demas fué uno Bacauda obispo de Egabro, es á saber de Cabra, lugar en que en el cementerio de San Juan se lee hasta hoy su nombre grabado en un mármol blanco: que debió hallarse este prelado á la consagracion de aquel templo ó de otro alguno en que se halló aquella piedra, cuya consagracion fué el año de seiscientos y cinqüenta por el mes de mayo. Es tambien de considerar que en el concilio firmaron los abades, cosa extraordinaria, y no muy conforme á derecho, y en este número fué uno S. Illefonso á la sazon abad Agaliense. Firmaron así mismo los grandes asi duques como condes, y personas que tenian algun cargo en el reyno, cosa aun menos usada y contra el derecho comun; pero no hay que maravillarse porque estos concilios de Toledo fueron como Córtes generales del reyno, en que se trataba no solo de las cosas eclesiásticas sino tambien del gobierno seglar. Pasados otros dos años, el de nuestra salvacion de seiscientos y cinqüenta y cinco por órden del mismo Rey se juntaron en la misma ciudad de Toledo diez y seis obispos para celebrar el noveno concilio de Toledo. Fué la junta á primero de noviembre en la Basílica de Santa María Vírgen: publicaron en ella diez y siete decretos sobre materias diferentes. No se hallaron los demas arzobispos y metropolitanos: por su ausencia tuvo el primer lugar Eugenio arzobispo de Toledo. No paró en esto el cuydado del Rey; porque luego el año siguiente á primero de diciembre se juntaron en la dicha ciudad veinte obispos para celebrar otro concilio, que fué el deceno entre los de Toledo. La cosa de mayor consideracion que decretaron, fué que la fiesta

de la Anunciacion quando el Hijo de Dios se vistió de nuestra carne para nuestro remedio, y se celebraba á veinte y cinco de marzo, por ser ordinariamente tiempo de quaresma en que se hace memoria de la muerte y pasion de Christo, se trasladase á diez y ocho de diciembre, lo qual desde entonces se guarda en toda España, sin embargo que tambien se celebra la otra fiesta de marzo al uso Romano. La fiesta de diciembre llama comunmente el vulgo Nuestra Señora de la O, y los libros Eclesiásticos le ponen nombre de la Expectacion. Lo que se ha contado es la verdad puntualmente. Mandaron otrosí que las vírgenes consagradas á Dios, que llaman beatas en el mismo concilio, traxesen un velo negro ó roxo como señal para ser conocidas. Tratóse asímismo la causa de Potamio obispo de Braga, que por haber caido en flaqueza de la carne fué depuesto, dexándole solamente el nombre de obispo: que fué despojarle del lugar y no de la dignidad. Templaron desta manera el castigo por confesar él mismo de su voluntad su delito, y por la penitencia que hiciera por espacio de nueve meses en el vestido y en la comida con deseo de alcanzar misericordia de Dios. En su lugar fué puesto Fructuoso, de abad de Compluto el tiempo pasado electo en obispo Dumiense, y al presente como arzobispo de Braga firma despues de los arzobispos Eugenio de Toledo y fugitivo de Sevilla en tercer lugar y el postrero. Tratóse del testamento de San Martin obispo otro tiempo Dumiense, en que nombró por albaceas á los Reyes de los Suevos; y porque los Reyes Godos se apoderaron de aquel reyno, esta y las demas cargas y derechos de aquellos príncipes les incumbian. Hallábase el Rey perplexo sobre este caso: consultó con los prelados del concilio lo que se debia hacer; ellos remitieron la determinacion de todo esto á Fructuoso el nuevo obispo de Braga, cuya santidad y virtudes fueron tan señaladas en aquel tiempo, que en España le tienen por santo, y en particular las diócesis de Braga, de Ebora y de Santiago celebran su fiesta á diez y seis dias del mes de abril. Su cuerpo fué supultado en un monasterio que él mismo edificó entre Dumio y Braga, ciudades cuyo prelado fué. Dende como quinientos años adelante por órden de Don Diego Gelmirez primer arzobispo de Santiago le trasladaron á aquella iglesia. Muchos fueron los milagros que Nuestro Se-

ñor hizo por su medio despues de su muerte: dellos en gran parte hizo memoria y historia particular Paulo Diácono Emeritense, que en este lugar no seria á propósito relatarlos. Por este mismo tiempo floreció Santa Irene vírgen de Portugal: dióle la muerte un hombre llamado Britaldo porque nunca quiso casarse con él, ni consentir con sus locos amores; y porque el caso no se descubriese la echó en el rio Nabanis, que pasa por Nabancia patria desta santa Vírgen. Buscaron su cuerpo con diligencia: halláronle junto á la ciudad que entonces se llamaba Scalabis. Dícese que por milagro se apartaron las aguas del rio Tajo en aquella parte por donde el rio Nabanis se junta con él, y que los que buscaban á la Vírgen á pie enjuto, la hallaron en medio de aquel rio en un sepulcro fabricado por mano de los ángeles, que fué causa que la devocion desta Vírgen se estendió muy en breve por toda aquella comarca de tal suerte que por este respeto aquel pueblo mudó el nombre que antes tenia de Scalabis, y del nombre de aquella Vírgen se llamó Santaren. Nabancia quieren los doctos que sea la villa de Tomar, muy conocida en Portugal por ser asiento de la caballería de Christus la mas principal de aquel reyno.

Capítulo X.

De la vida de San Illefonso.

El año noveno del reynado de Recesuintho, en que del Nacimiento de Christo se contaban seiscientos y cinqüenta y siete, Eugenio Tercero arzobispo de Toledo pasó desta vida. Por su muerte pusieron en su lugar á Illefonso á la sazon abad Agaliense, persona de muy santa vida; lo qual y sus muchas letras y doctrina, y la grande prudencia de que era dotado, fueron parte para que fuese estimado del clero, de los principales y del pueblo, y le tuviesen por digno para encomendalle el gobierno espiritual de su ciudad. Fué natural de Toledo nacido de noble linage: su padre se llamó Estevan; su madre Lucía. Tiénese ordinariamente por tradicion que vivian en lo mas alto de la ciudad en unas casas principales, que de lance

en lance vinieron con el tiempo á poder de los condes de Orgaz, y dellos los años pasados las compraron los religiosos de la Compañía de Jesus, y por devocion de San Illefonso dieron á ellas, y en particular á la iglesia la advocacion deste Santo: en que los antepasados parece faltaron, pues era razon hobiese en aquella ciudad algun templo con nombre de San Illefonso su ciudadano y natural. En las letras tuvo por maestro á Eugenio Tercero por ser como era persona docta, y aun algunos sospechan (y arriba se tocó) deudo suyo. La fama de San Isidoro arzobispo de Sevilla volaba por todas partes, y el cuydado que tenia en enseñar la juventud era muy señalado. Por esta causa San Illefonso fué á Sevilla para estar en el colegio fundado para este efecto por aquel Santo. Allí se entretuvo en el estudio de las letras hasta tanto que fué bastantemente instruido en las artes liberales: de cuya erudicion y doctrina dan muestra los muchos libros que adelante escribió. Juliano su sucesor dice que el mismo San Illefonso los juntó y puso en tres cuerpos. Son ellos de mucha doctrina y llenos de sentencias muy graves; mas el estilo, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, es mas redundante que preciso y elegante. Acabados sus estudios y vuelto á Toledo, sin embargo que eran grandes las esperanzas que todos tenian dél, y lo mucho que se prometian de su nobleza, de su doctrina y virtudes, pospuesto todo lo al, con deseo de mas perfeccion y de seguir vida mas segura se determinó dexar el regalo de su casa, y tomar el hábito de monge en el monasterio Agaliense. No se pudo esto negociar tan secretamente que su padre no lo entendiese: procuró apartarle de aquel propósito, y aun el mismo dia que iba á tomar el hábito, fué en pos dél y entró en el monasterio en busca de su hijo; andúvole todo, mas no pudo encontrar con él, porque el Santo como viese á su padre de lexos y sospechase lo que era y su saña, torció el camino y se metió y estuvo detrás de un vallado hasta tanto que su padre dió la vuelta á su casa sin efectuar lo que pretendia. El monasterio Agaliense estuvo asentado no lexos de la ciudad de Toledo á la parte de Septentrion. * Tenia nombre de San Julian, como todo se entiende de Máximo obispo de Zaragoza que fué por este tiempo. En el concilio Toledano undécimo firma Gratino abad de San Cosme y San Damian, y poco des-

pues Avila abad Agaliense de San Julian. Dúdase en qué sitio estuvo este monasterio Agaliense. Los pareceres son varios. La resolucion es en este punto, y lo cierto, que hubo dos monasterios en Toledo, ambos de Benitos, y ambos á la ribera de Tajo, y á la parte de Septentrion, por donde el dicho rio corre, como se vee en la caida que hace desde el aserradero por la puente de Alcántara de Septentrion á Mediodía. Demas que la puente por do se iba á la huerta del Rey estaba mas abaxo de la que hoy se vé, y por consiguiente la dicha huerta con el rio le caia á la parte del Septentrion. El uno destos dos monasterios se llamaba de San Julian que era su advocacion, y por otro nombre se llamó Agaliense, de un arrabal, donde estaba, llamado Agalia. Caia muy cerca de Toledo, solos docientos y cinqüenta pasos, que hacen mil y docientos y cinqüenta pies, distante de la Iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. El otro monasterio se intitulaba de San Cosme y San Damian, distante de Toledo dos millas que hacen media legua. Todo esto dice Máximo obispo de Zaragoza en las adiciones á Dextro. * San Illefonso fué abad primero en San Cosme y San Damian siendo diácono; y desta eleccion habla Cixila, y aun dice pasó mucho tiempo hasta que adelante fué arzobispo. En este medio fué asi mismo abad Agaliense. Y desta eleccion y cargo habla Juliano en la vida deste Santo: con que quedan concertados Máximo, Cixila y Juliano. En la huerta de los Chapiteles, parte de la huerta del Rey hay claros rastros de que fué monasterio, que debió ser la parte mas principal del Agaliense, y pasados los tejares hay una dehesa, y en ella una casa grande y antigua, que sospecho yo por la distancia fué el otro monasterio, y aun dello hay buenas señales. La Pretoriense de San Pedro y San Pablo creo yo fué San Pablo á la caida de la alhondiga, donde estuvieron los padres Dominicos por casi ducientos años. La palabra Pretoriense quiere decir Iglesia del campo, y San Pablo está fuera de los dos muros de Toledo. Ayuda el nombre de San Pablo: que el de San Pedro se debió con el tiempo dexar por abreviar. Desta iglesia que en un tiempo fué muy principal y las ruinas lo muestran, y en ella se celebró el concilio décimotercio de Toledo, hasta la huerta del Rey, que debió ser toda del monasterio Agaliense por donacion del Rey Athanagildo su

fundador, hay los docientos y cinqüenta pasos que dice Máximo, si bien los monges tenian otra huerta particular cercada de piedra, con sus estribos contra las crecientes del rio, la qual se vee hoy pegada con la casa que llaman de los Chapiteles. Del nombre del monasterio ó del arrabal donde estuvo, quedó el que hoy tienen los palacios de Galiana, á lo que parece; que lo que el vulgo dice de la Mora Galiana, son consejas y patrañas. Tomó pues San Illefonso como deseaba el hábito de monge: cuyo intento últimamente aunque con dificultad aprobó su padre, en especial por las amonestaciones de su muger, que afirmaba haber por oraciones alcanzado de Dios despues de larga esterilidad aquel hijo, y que para alcanzarle hizo voto de dedicarle á Nuestro Señor: que volviesen á Dios lo que de su Magestad recibieran: que era mas sano consejo carecer del hijo por un poco de tiempo, que con hacerle volver atrás de su intento incurrir en ofensa de Dios, y ser atormentados con perpetuos escrúpulos de la conciencia. Fué tanto lo que en aquel monasterio se adelantó San Illefonso en todo género de virtud, que dentro de pocos años le encomendaron el gobierno de aquellos monges por muerte de Adeodato, despues de Helladio, Justo y Richila abad de aquel monasterio. En el tiempo que fué abad, ya muertos sus padres fundó de su patrimonio en una heredad suya llamada Debiense un monasterio de monjas. * Este monasterio dice Juliano el Arcipreste estaba veinte y quatro millas de Toledo cerca de Illescas. * Poco adelante por muerte de Eugenio Tercero, como queda dicho, fué elegido en arzobispo de Toledo: dignidad y oficio en que se señaló grandemente, y parecia aventajarse á sí mismo, y ser mas que hombre mortal. ¿Quién será tan eloqüente y de ingenio tan grande, que pueda dignamente poner por escrito las cosas deste Santo, y de tal manera contar sus obras y grandezas, que parezcan no cosas fingidas, sino como lo fueron verdaderas? ¿Quién de ánimo tan sencillo, que se persuada á dar crédito á cosas tan extraordinarias y maravillosas? Fué así que dos hombres llamados Pelagio y Helvidio, por la parte de la Gallia Góthica venidos en España, decian y enseñaban que la Madre de Dios no fué perpetuamente vírgen. San Illefonso porque esta locura y atrevimiento no fuese en aumento, acudió á hacerles resistencia y disputar con ellos

parte con un libro que compuso en que defiende lo contrario, parte con diversas disputas que con ellos tuvo. Con esta diligencia se reprimió la mala semilla de aquel error, y se desbarataron los intentos de aquellos dos hombres malvados. El premio deste trabaxo fué una vestidura traida del cielo. La misma noche antes de la fiesta de la Anunciacion, que poco antes ordenaron los obispos se celebrase en el mes de diciembre, como fuese á maytines y en su compañía muchos clérigos, al entrar de la iglesia vieron todos un resplandor muy grande y maravilloso. Los que acompañaban al Santo, vencidos del grande espanto huyeron todos: solo él pasó adelante, y púsose de rodillas delante el altar mayor. Allí vió con sus ojos en la cáthedra en que solia él enseñar al pueblo, á la Madre de Dios con representacion de magestad mas que humana, la qual le habló desta manera: «El premio de la Virginidad que has conservado en tu cuerpo, junto con la puridad de la mente y el ardor de la fé, y de haber defendido nuestra virginidad, será este don traido del tesoro del cielo.» Esto dixo, y juntamente con sus sagradas manos le vistió una vestidura con que le mandó celebrase las fiestas de su Hijo y suyas. Los que le acompañaban, sosegado algun tanto el miedo, vueltos en sí y animados llegaron do su prelado estaba, á tiempo que ya toda aquella vision era pasada y desaparecida: halláronle casi sin sentido que el miedo y la admiracion le quitaron con la habla, solos sus ojos eran como fuentes, y se derretian en lágrimas por no poder hablar á la Vírgen, y dalle las gracias de tan señalado beneficio. Cixila sucesor de Illefonso refiere todo esto como oido de Urbano que fué tambien arzobispo de Toledo, y de Evancio que fué arcediano de la misma iglesia: personas que conforme á la razon de los tiempos y de su edad se pudieron hallar presentes al milagro. Las palabras de la Vírgen que refiere Cixila, son estas: «Apresúrate, y acércate carísimo siervo de Dios, recibe este pequeño don de mi mano, que te traigo del tesoro de mi Hijo.» La piedra en que la gloriosa Vírgen puso los pies, está hoy dia en la misma entrada de aquel templo con una reja de hierro para memoria de cosa tan grande. Demas desto el mismo año como parece lo siente Cixila, ó como otros sospechan el luego siguiente, á nueve dias de diciembre dia de Santa Leocadia sucedió otro milagro no

menos señalado que el pasado. Acudió el pueblo á la iglesia de Santa Leocadia, do estaba el sepulcro de aquella Vírgen: halláronse presentes el Rey y el arzobispo. Alzóse de repente la piedra del sepulcro, tan grande que apenas treinta hombres muy valientes la pudieran mover: salió fuera la santa Vírgen; tocó la mano de San Illefonso, dixole estas palabras: «Illefonso, por ti vive mi Señora.» El pueblo con este espectáculo estaba atónito y como fuera de sí. Illefonso no cesaba de decir alabanzas de la Vírgen Leocadia. Encomendóle eso mismo la guarda de la ciudad y del Rey; y porque la Vírgen se retiraba ácia el sepulcro, con deseo que quedase para adelante memoria de hecho tan grande, con un cuchillo que para este efecto le dió el mismo Rey, le cortó una parte del velo que llevaba sobre la cabeza: el velo juntamente con el cuchillo hasta el dia de hoy se conserva en el sagrario de la iglesia Mayor entre las demas reliquias. Desde este tiempo y por ocasion destos milagros dicen que el Padre Santo quiso ser canónigo de Toledo. En señal desto hasta hoy dia la noche de Navidad le penan como á los otros prebendados ausentes. Grande fué la autoridad y crédito que por medio destos milagros ganó este Santo; que aumentaba él perpetuamente con aventajarse cada dia mas en el exercicio de todas las virtudes. Principalmente se señalaba en la caridad con los pobres, y en remediar sus necesidades, tanto que se tiene por cierto dió principio á la costumbre que hasta el dia de hoy se guarda en aquella iglesia es á saber que á costa del Arzobispo en cierta parte de las casas arzobispales cada dia se da de comer á treinta pobres: destos treinta los diez son mugeres y los demas varones: el canónigo semanero despues de dicha la Misa en el altar mayor acude á echar la bendicion á la mesa de los pobres, y mirar que no les falte cosa alguna. Esto es lo que en Toledo se acostumbra, y á lo que dicen dió principio San Illefonso. Lo que yo sospecho, es que esta costumbre tuvo orígen de otra mas antigua, y era que los Patriarchâs, que son los mismos que primados, en memoria de Christo y de sus Apóstoles cada dia convidaban á su mesa doce pobres, como lo refiere Phocio patriarchâ de Constantinopla en su Bibliotheca en la vida de San Gregorio el Magno, y se puede comprobar con algunos exemplos antiguos. El número de treinta pobres señaló adelante el arzobis-

po Don Juan, infante que fué de Aragon. Mucho se pudiera decir de las virtudes y alabanzas de San Illefonso, y en particular como la suavidad de su condicion era grande, la gravedad y mesura no menor: virtudes que aunque entre sí parecen contrarias, de tal guisa las templaba, que ni la severidad impedia á la suavidad, ni la facilidad era ocasion que alguna persona le despreciase. Gobernó aquella iglesia por espacio de nueve años y casi dos meses: trocó esta vida mortal con la eterna al principio del año décimonono del reynado de Recesuintho: su cuerpo sepultaron en la iglesia de Santa Leocadia á los pies de Eugenio su predecesor. En la destruicion de España fué dende llevado á la ciudad de *Zamora*, y allí en propio sepulcro y capilla es acatado en la iglesia de San Pedro de aquella ciudad. La vestidura sagrada que le dió la Vírgen, por el mismo tiempo llevaron á las Asturias, y está en la ciudad de Oviedo en una arca cerrada que nunca se ha abierto, ni persona alguna ha visto la dicha vestidura que dentro está.

Capítulo XI.

De la muerte del Rey Recesuintho.

En tiempo de San Illefonso se juntó en Mérida un concilio á seis de noviembre año de seiscientos y sesenta y seis. Halláronse en él doce obispos de la Lusitania, que hoy es Portugal: ordenaron y publicaron veinte y tres decretos que no pareció referir aquí, casi todos enderezados á reformar y dar órden en el oficio canónico, en que tenian gran debate y grande variedad en la manera del rezado. Por el mismo tiempo en Africa iba en grande aumento el poder de los Mahometanos á causa que Abdalla duque de Moabia, que fué el quarto sucesor del falso Profeta Mahoma, venció en una gran batalla á Gregorio capitan y gobernador de Africa por los Romanos, con que se hizo señor de aquella muy ancha provincia. El estrago del exército Romano fué muy grande, y casi ninguno mayor en aquella era. Poseian los Godos de tiempo muy antiguo en Africa parte de la Mauritania Tingitana, y en particular á Ceuta con el territorio comarcano. De todo lo demas fuera desto

quedaron apoderados los Mahometanos despues de aquella victoria; y desde aquel tiempo muy ufanos y orgullosos fundaron en Africa un nuevo imperio, cuyos Reyes, que conforme á la costumbre de aquella gente tenian poder no solo sobre el gobierno seglar, sino tambien sobre las cosas pertenecientes á la Religion, se llamaron Miramamolines, que es lo mismo que príncipes de los Creyentes, á la manera que en Asia los príncipes supremos y Emperadores de aquella nacion se llamaban Caliphas. Está Africa dividida de lo de España, y parte con ella términos por el angosto estrecho de Gibraltar. A muchos parecia que destos principios amenazaba algun grande mal á España por aquella parte, y en particular se aumentó el miedo por un eclipse extraordinario del sol, que trocó el dia en escurísima noche en tiempo del Rey Recesuintho, como lo refiere el arzobispo don Rodrigo, pronóstico á lo que entendian de sobrados males. Verdad es que por el esfuerzo deste Rey los Navarros que andaban alborotados, y no cesaban de hacer cabalgadas en las tierras comarcanas, se reportaron y sosegaron. Demas desto hizo reformar las leyes de los Godos, que estaban muy estragadas: quitó muchas de las antiguas y añadió otras de nuevo, cuyo número, como se vee en el Fuero Juzgo, no es menor que todas juntas las de los otros Reyes. Hallábase con esto este Rey nobilísimo, y de los mas señalados en guerra y en paz que tuvo España, muy próspero y bien quisto de los suyos, quando le sobrevino la muerte, que fué á primero de setiembre por la mañana año del Señor de seiscientos y setenta y dos. Reynó despues que su padre le declaró por su compañero, veinte y tres años, seis meses y once dias; y despues de la muerte de su padre, veinte y un años y once meses. Dos leguas de Valladolid (que algunos piensan se llamó antiguamente Pincia) hay un pueblo llamado Wamba, que antes se llamó Gerticos: en él se hallaba este Rey quando le sobrevino la muerte, porque desde Toledo habia allí ido por ver si con la mudanza del cielo, y con los ayres naturales (que se entiende, y así parece que lo dice el arzobispo don Rodrigo, era aquel pueblo del patrimonio de sus antepasados) pudiese mejorar y recobrar la salud; pero la enfermedad tuvo mas fuerza que todas estas prevenciones. Su cuerpo sepultaron en la iglesia de aquel lugar, y allí se muestra su sepulcro: de alli



BAMBA Ò WAMBA

elegido rey contra su voluntad.

T. II. p. 49.

Rocafort lo g.º

por órden del Rey don Alonso el Sabio le trasladaron á Toledo y pusieron en la iglesia de Santa Leocadia, que está á las espaldas del Alcázar junto al altar mayor á la parte del Evangelio, segun ordinariamente se tiene entendido en aquella ciudad como cosa que ha venido de mano en mano. En tiempo que don Phelipe II Rey de España el año de mil y quinientos y setenta y cinco hizo abrir en su presencia el dicho sepulcro y otro que está á la parte de la Epístola, ningunas letras se hallaron, solo los huesos envueltos en telas de algodon y metidos en caxas de madera; mas las personas eruditas que presentes se hallaron, sospechaban que el sepulcro de Recesuintho, como de Rey mas antiguo, era el que está á manderecha, y el otro es el del Rey Wamba, que se sabe tambien le hizo trasladar á Toledo el mismo Rey don Alonso. Cerca de Dueñas, que está mas adelante de Valladolid á la ribera de Pisuerga, hay un templo de San Juan Baptista, de obra antigua y al parecer de Godos: está adornado de jaspes y de mármoles, y en él una letra de seis renglones, por la qual se entiende fué edificado por mandado y á costa del Rey Recesuintho, y que se acabó la fábrica el año de seiscientos sesenta y uno. Por todo esto personas de doctrina y erudicion congeturan que estos dos Reyes por aquella comarca tenian el estado propio y particular de su linage.

Capítulo XII.

De la guerra Narbonense que se hizo en tiempo del Rey Wamba.

Imperaba por estos tiempos en el Oriente Constantino llamado Pogonato. La iglesia de Roma gobernaba el Papa Adeodato, que escribió una epístola á Graciano arzobispo de España, como se lee en los libros ordinarios de los concilios, dado que el gothino de San Millan de la Cogulla dice: A Gordiano obispo de la Iglesia de España. Es esta epístola muy señalada, porque en ella deshace y aparta los matrimonios de los que sacaron de pila á sus propios hijos aunque fuese por ignorancia. A esta sazon se emprendió una nueva y muy brava guerra en aquella parte del señorío de los Godos que estaba en la Gallia

Narbonense. La ambicion mal incurable, fué causa deste daño y alteró grandemente el reyno de los Godos, que vencidos los enemigos de fuera gozaba de una grande paz y prosperidad. Fué así que el Rey Recesuintho no dexó hijos que le sucediesen: sus hermanos ó por su edad ó por otros respetos no fueron tenidos por suficientes para suceder en la corona. Por donde los grandes se ayuntaron, y por sus votos nombraron por sucesor en el reyno á Wamba hombre principal, y que tenia el primer lugar en autoridad y privanza con los Reyes pasados, demas que era diestro en las armas y de juicio muy acertado; y tan considerado en sus cosas y modesto, que en ninguna manera queria aceptar aquel cargo. Escusábase con su edad que era muy adelante: pedia con lágrimas no le cargasen sobre sus hombros peso tan grave. Consideraba con su gran prudencia que las aficiones del pueblo como quier que son vehementes, así bien son inconstantes y entre sí á las veces contrarias. Como no desistiese ni se allanase, cierto capitan principal, hombre denodado, con la espada desnuda le amenazó de muerte si no aceptaba, por estas palabras: «¿Por ventura será justo que resistas á lo que toda la nacion ha determinado y antepongas tu reposo á la salud y contento de todos? En mucho tienes esos pocos años que te pueden quedar de vida, que con esta espada, si á la hora no te allanas, te quitaré, y haré que pierdas la vida; por cuyo respeto rehuyes de tomar esta carga, y con tu muerte mostraré al mundo que ninguno debe con color de modestia tener en mas su reposo particular, que el pro comun de todos.» Doblegóse Wamba con estas amenazas; pero de tal manera aceptó la eleccion, que no quiso dexarse ungir como era de costumbre antes de ir á Toledo. Pretendia reservar aquella honra para aquella ciudad, y con aquel espacio de tiempo entendia ó que se mudarian las voluntades de los que le eligieron, ó se ganarian las de todos los demas de guisa que no sucediese algun alboroto por la diversidad de pareceres. Con esto partió para Toledo, donde á veinte y nueve de setiembre fué ungido y coronado en la iglesia de San Pedro y San Pablo que estaba cerca de la casa Real. Juró ante todas cosas por expresas palabras de guardar las leyes del reyno y mirar por el bien comun, Quirico arzobispo de Toledo sucesor de San Illefonso hizo la ceremonia de la uncion. Juliano así mismo arzo-

bispo de Toledo en la historia que compuso de la guerra Narbonense refiere, que de la cabeza del Rey Wamba quando le coronaron se levantó un vapor en forma de columna, y que vieron una abeja de la misma cabeza volar á lo alto. Dirá alguno que muchas veces al pueblo se le antojan estas y semejantes cosas: verdad es, pero la autoridad del que esto escribe, sin duda es muy grande. Hicieron los grandes sus homenages al nuevo Rey, y entre los demas Paulo, deudo segun algunos piensan del Rey pasado, bien que el nombre de Paulo no usado entre los Godos, y la poca lealtad de que usó poco adelante, dan muestra (como otros sienten) que fué Griego y no Godo de nacion. Nació Wamba en aquella parte de la Lusitania que los antiguos llamaron Igeditania, do hoy dia hay un pueblo por nombre Idania la vieja, y cerca dél una heredad con una fuente cercada de sillares, que tiene el nombre de Wamba. Los de aquella comarca, como cosa recibida de sus antepasados, están persuadidos que aquella heredad fué una de las muchas que este Rey tuvo antes de su reynado. Sucedieron al principio alteraciones, en particular en aquella parte de España que hoy se llama Navarra. No estaba bastantemente asegurado en el reyno, y á esta causa muchos le menospreciaban, en particular los Navarros con deseos de novedades diversas veces por este tiempo se alborotaron. Acudió el Rey á las partes de Cantabria hoy Vizcaya á hacer levas de gentes, y como de cerca atajar aquel alboroto al principio antes que pasase adelante, quando otro nuevo alboroto le puso en mayor cuydado, que sucedió en la Gallia Góthica con esta ocasion. Muchos andaban descontentos del estado y gobierno y de aquella eleccion; y como gente parcial no querian obedecer á Wamba, ni recebille por Rey: Comunicaron el negocio entre sí, y acordaron de rebelarse y tomar las armas. Hilperico conde de Nimes en Francia fué el primero á declararse confiado en la distancia de los lugares, y por ser hombre poderoso en riquezas y aliados. Allegáronsele Gumildo obispo de Magalona ciudad comarcana, y un abad llamado Remigio. Procuraron atraer á su parcialidad al obispo de Nimes llamado Aregio, y como en ninguna manera se dexase persuadir, le despojaron de su dignidad y enviaron en destierro á lo mas adentro de Francia, y pusieron en su lugar al abad Remigio. Procedíase en todo arrebatada-

mente, sin órden de derecho, y sin tener cuenta con las leyes: en tanto grado que á los mismos Judíos que de tiempo atrás echaran de toda la jurisdiccion y señorío de los Godos, llamaron de Francia en su socorro. Para sosegar estas alteraciones Paulo fué sin dilacion nombrado por capitan por su grande prudencia y destreza que tenia en las armas. Diéronle la gente que pareció seria bastante para aquella empresa y para sosegar los alborotados. Sucedió todo al revés de lo que pensaban, ca Paulo con aquella ocasion se determinó de descubrir la ponzoña y deslealtad que tenia encubierta en su pecho. Hizo marchar la gente muy de espacio, con que se dió lugar al enemigo para apercibirse y fortificarse. El mismo tambien de secreto comunicaba con los Godos principales en qué manera se podria levantar. Para lo uno y para lo otro era muy á propósito la tardanza y él entretenerse. Así de camino ganó las voluntades de Ranosindo Duque Tarraconense, y de Hildigiso, Gardingo, que era nombre de autoridad y de magistrado, y dignidad semejable á la de los duques y condes, como si dixésemos adelantado ó merino. El uno y el otro eran personas muy principales, con cuya ayuda y por su consejo se apoderó de Barcelona, de Girona y de Vique, ciudades puestas en la entrada de España por la parte de Cataluña. Acrecentáronse con esto las fuerzas desta parcialidad de levantados. Trataron de pasar á Francia con intento de juntar sus fuerzas con las de Hilderico, con que confiaban serian bastantes para resistir al Rey. Argebaudo arzobispo de Narbona al principio pretendió cerrar las puertas de su ciudad á los conjurados. Anticipáronse ellos tanto, que el arzobispo fuéforzado áacomodarse al tiempo, y dar muestra de juntarse con ellos mas por falta de ánimo, que por aprobar lo que los alevosos trataban. Entrado Paulo en aquella ciudad, hizo junta de ciudadanos y soldados, y en ella reprehendió primeramente al arzobispo que temerariamente pretendió cerrar las puertas á los que habian servido mucho á la república, y no trataban de hacerle algun mal y daño. Despues desto declaró las causas por donde entendia que con buen título podia tomar las armas contra Wamba, que fuera hecho rey no conforme á las leyes, ni con buen órden y traza, sino al antojo de algunos pocos, al qual quando se da lugar, no el consentimiento comun prevalece, sino la fuerza y atre-

vimiento. Concluyó con decir seria conveniente y cumplidero proceder á nueva eleccion, y conforme á las leyes nombrar un nuevo Rey á quien todos obedeciesen, y con cuyo amparo, fuerzas y consejos hiciesen rostro á los que á Wamba favoreciesen. Ranosindo á voces para que todos le oyesen, dixo que él no conocia persona mas á propósito, ni mas digno del nombre de Rey que el mismo Paulo; que fué representar en público la farsa que entre los dos de secreto tenian compuesta y trovada. Muchos de los parciales de propósito estaban derramados y mezclados entre la muchedumbre, estos con grande gritería acudieron luego á aquel parecer; los cuerdos y que mejor sentian callaron y disimularon, ca no les cumplia al hacer en tan gran revuelta y alteracion: con tanto Paulo fué declarado y elegido por Rey: pusiéronle en la cabeza una corona que el Rey Recaredo ofreció á San Feliz mártyr de Girona. Era tanto el calor de aquella rebelion, y tan encendido el deseo de llevar adelante lo comenzado que todo lo atropellaban, y no solo se apoderaban de las riquezas profanas, oro y plata del público y de particulares, sino tambien estendian sus manos sacrílegas á los tesoros sagrados, y á despojar los templos de Dios de sus vasos y preseas. Allegóse á este parecer fácilmente Hilperico conde de Nimes, el primero que fué á levantarse, y con él se les juntaron todas las ciudades de la Gallia Góthica. Demas desto no pequeña parte de la España Tarraconense siguió á Ranosindo su Duque. Puestas las cosas en este término, Paulo se ensoberbeció de tal manera, que se resolvió de desafiar al Rey Wamba. Envióle una carta afrentosa: era de suyo hombre deslenguado, demas que pretendian acreditar con el vulgo y con la muchedumbre, que suele á las veces cebarse y hacer caso de semejantes fieros y amenazas. Destos baldones y destas parcialidades, segun yo entiendo, procedió la fama del vulgo que hace á Wamba villano y que subió al cetro y corona del arado y de la azada; mas sin falta es manifiesto yerro, que á la verdad fué y nació de la mas principal nobleza de los Godos, y en la corte y casa de los Reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad. Luego que el Rey Wamba fué avisado de la traycion y tramas de Paulo, llamó á consejo los grandes: preguntóles su parecer, si seria mas á propósito sin dilacion marchar con la gente la vuelta de Francia para apagar en sus

principios aquel fuego antes que pasase adelante, ó si seria mas expediente rehacerse en Toledo de nuevas fuerzas y socorros para asegurar mas su partido. Los pareceres fueron diferentes: los mas atrevidos tenian y juzgaban por perjudicial cualquiera tardanza; decian que se daria lugar á los traydores para fortificarse y cobrar mas ánimo, y los soldados reales que deseaban venir á las manos se resfriarian en gran parte. «¿Qué otra cosa dará á entender el retirarse y volver atrás, sino que con color de recato huimos torpemente, como sea averiguado que ninguna cosa hay de tanto momento en las guerras como la fama? Los varios y maravillosos trances y los tiempos pasados testifican de quanta importancia para alcanzar la victoria sea el crédito acerca de los hombres y la reputacion.» Otros tenian por mas acertado proceder de espacio, y dar lugar á que el nuevo Rey se arraygase mas. Temian que desamparada España, no se les levantase mayor guerra por las espaldas. Que la traycion de Paulo daba bastante muestra de no estar llenas las voluntades de todos. Demas desto que el exército que tenian, era flaco, pues aun no habia sido bastante para sugetar del todo los de Navarra, y que era forzoso rehacelle. A los grandes Emperadores y Capitanes muchas veces acarreó gran daño hacer caso del pueblo y de sus dichos, y volver las espaldas al qué dirán. Oidos por Wamba los pareceres, y pesadas las razones por la una y por la otra parte: «Por mejor (dice) tengo prevenir los intentos de los contrarios, y acudir con el remedio antes que el mal pase adelante, y que se nos pase la ocasion que en un momento se suele resbalar de la mano; cosa que nos daria pena doblada. La victoria que tengo por cierto ganarémos, dará reputacion á nuestro imperio: confio en la ayuda de Dios que mirará por nuestra justicia, y en vuestro esfuerzo al qual ninguna cosa podrá hacer contraste. Y es justo que encendamos mas aina con la presteza la indignacion concebida contra los traydores, y el fervor de los soldados, que con la tardanza entibialle; ca la ira es de tal condicion, que con la priesa se aviva, y con el tiempo se apaga. ¿El trabaxo de las ciudades, los campos talados, los bienes de nuestros vasallos robados á quién no moverán el corazon? males que forzosamente se aumentarán de cada dia, si esta empresa se dilata. ¿Quien de vos (si ya el ardor de la noble sangre no está

resfriado, y acabado el valor antiguo de los Godos) nó tendrá por cosa mas grave que la misma muerte, dexar los amigos y deudos á la discrecion y crueldad de los enemigos, y con la tardanza dar ánimo á los que asombrados de su misma conciencia y de sus maldades no podrán sufrir vuestra vista? Apresuremos pues la partida, y con la ayuda de Dios, cuya causa principalmente se trata, castiguemos esta gente malvada, y no permitamos se persuadan que tenemos miedo de sus fuerzas. Nuestro exército ni es tan flaco como algunos han apuntado, y la loa y prez de la victoria tanto será mayor quanto con menor aparato y mas en breve se ganare.» Este razonamiento del Rey avivó de tal guisa los corazones de todos, y fué tan grande el ardor que se despertó, que dentro de siete dias pusieron fin á la guerra de Navarra, que fué buen pronóstico para la empresa que quedaba, y buen principio. Ninguna cosa mas deseaban los soldados que verse con el enemigo: cualquier tardanza les parecia mil años; tan grande era la confianza que tenian, y el ánimo que habian cobrado. Tomaron luego el camino de Calahorra y de Huesca. Llegaron á las fronteras de Cataluña con una priesa extraordinaria. Allí repartieron el exército en tres partes ó esquadrones, el uno fué á Castrolibya cabeza que era de Cerdania, el segundo tomó el camino de la ciudad de Vique, el tercero como le fué mandado marchó ácia la marina para dar la tala á los campos y pueblos de aquella comarca. El Rey con la fuerza del exército seguia las pisadas de los que le iban delante. Hizo justicia de algunos soldados por malos tratamientos que hicieron á la gente menuda y fuerzas á doncellas: mandó les cortasen los prepucios, que fué castigar á los culpados, y escarmentar á los demas. Persuadíase el buen Rey que no hay cosa mas eficaz para aplacar á Dios que el castigo de las maldades, y que ninguna cosa enoja mas á su magestad, que disimular los agravios hechos á la gente miserable. Llegó por sus jornadas á Barcelona: apoderóse de aquella ciudad fácilmente, que es cabecera de Cataluña. Los principales de entre los rebeldes que le vinieron á las manos, fueron puestos á recado para ser castigados conforme contra cada qual se hallase. Pasó mas adelante y apoderóse de Girona: rindióla su obispo por nombre Amador, á quien poco antes Paulo pretendió asegurar con una carta que le escribió, en que le amones-

taba entregase la ciudad al que primero de los dos con gente se presentase delante. Leyó aquella carta el Rey Wamba, y burlándose de Paulo dijo: «En nuestro favor se escribió esto como profecía de nuestra llegada. Detúvose en aquella comarca dos dias para repararse: desque el exército hobo descansado, pasaron las cumbres y estrechuras de los Pyrineos sin hallar alguna resistencia. Ganáronse en aquella comarca por fuerza tres pueblos, es á saber Caucoliberis que hoy es Colibre, Vulturaria y Castrolibya, que saquearon los soldados. Demas desto otro pueblo asentado en las estrechuras de aquellos montes, por lo qual se llamaba Clausura, que es lo mismo que cerradura, fué tambien ganado por los capitanes. Allí prendieron á Ranosindo y Hilgidiso y otras cabezas de los conjurados. Witimiro estaba con guarnicion de soldados en otro pueblo llamado Sordonia: no le pareció seria bastante para defenderse, resolvióse de huir y llevar la nueva de lo que pasaba á Paulo, que todavía se estaba en Narbona con intento de entretener á Wamba: y empedille la entrada de Francia. No tenia fuerzas bastantes, ni se le abria camino para salir con su intento: dexó en aquella ciudad al dicho Witimiro, y él se retiró á Nimes do en breve esperaba le vendrian socorros de Francia y de Alemaña. Pasó el Rey los Pyrineos, asentó en lo llano sus reales; entretúvose dos dias hasta tanto que le acudiesen las demas gentes que por diversos caminos enviara: desde allí envió quatro capitanes con buen número de soldados para rendir á Narbona por fuerza ó de grado, ciudad nobilísima puesta en la entrada de Francia. Junto con esto para el mismo efecto envió gente y armada por mar: llegaron primero las gentes que iban por tierra, convidaron á los de la ciudad con la paz y á entregarse: la respuesta fué arrogante y afrentosa, con que irritados los soldados acometieron con grande ánimo los adarves: el combate fué muy bravo, pelearon los unos y los otros valientemente por espacio de tres horas, los del Rey por vencer, los otros como gente desesperada, y que no esperaba perdon. Ultimamente los de dentro se retiraron de los muros, forzados de las piedras y saetas que de fuera como lluvia les tiraban. Con tanto los leales por una parte pusieron fuego á las puertas de la ciudad, y por otra enderezaron escalas, y las arrimaron para subir en el muro y es-

calarle. Entróse la ciudad por ambas partes. Witimiro como vió tomada la ciudad, retiróse á un templo como á sagrado, en que los vencedores le hallaron y prendieron junto al altar de Nuestra Señora. Fueron asimismo presos el arzobispo Argebaudo y el Dean Galtricia, y aun heridos y maltratados con el furor de los soldados. Tomada Narbona, los rebeldes comenzaron á ir de caida, ser menospreciados y aborrecidos como gente que seguia empresa y partido condenado por los hombres y por la fortuna de la guerra: al contrario favorecian comunmente el partido de Wamba y su justicia por ser príncipe muy humano y benigno, y porque tomó las armas forzado de los que sin razon le pretendian quitar la corona. Siguieron los leales la victoria, y con la misma facilidad entraron por fuerza las ciudades de Magalona, Agatha y Besiers, en que fueron presos algunos de los Principales rebeldes, y en particular Remigio obispo de Nimes. El obispo de Magalona por nombre Gumildo, perdida toda esperanza de poderse tener contra pujanza tan grande, se huyó y retiró á Nimes do estaba Paulo: ciudad en aquella sazon por los muchos moradores que tenia, hermosura de edificios, pertrechos y murallas muy firmes nobilísima, y de las mas fuertes de la Gallia Narbonense. Quedan en nuestro tiempo claros rastros de su antigua nobleza, en especial un theatro muy capaz, obra hermosísima, que por estar pegado al adarve servia de castillo y fortaleza. Envió el Rey contra esta ciudad quatro capitanes muy esforzados y famosos, pero poco inteligentes y proveidos de los ingenios y máquinas que son á propósito para batir las murallas. Llevaron treinta mil hombres de pelea: dieron vista á la ciudad, rompieron con grande ánimo por los que le salieron al encuentro: llegaron á los reparos, do fué muy herida la pelea, ca los del Rey peleaban con indignacion por ver la porfía de los desleales tantas veces abatidos; á los contrarios hacia fuertes la rabia y desesperacion, si eran vencidos: arma muy poderosa en la necesidad. Duró la pelea hasta que cerró la noche que los despartió sin declararse la victoria, dado que cada qual de las partes se la atribuia, y en particular los cercados así por no quedar vencidos, como porque los del Rey fueron los primeros que tocaron á retirarse. Sucedió que en lo mas recio de la pelea un soldado dixo á los del Rey por manera de amenaza:

« Gruesas compañías de Alemanes y Franceses serán con nos muy en breve, cuya muchedumbre y esfuerzo á todos os hará caer en las redes y en el lazo. » Pequeñas ocasiones á las veces suelen en la guerra hacer grandes mudanzas: ninguna cosa se debe menospreciar que pueda acarrear perjuicio, los mas saludables consejos son los mas recatados. Alojaba el Rey con lo demas del exército no muy lexos de allí: diéronle aviso de lo que el soldado dixo, pidiéronle enviase soldados de refresco para apretar y concluir con el cerco; que la presteza seria la seguridad: envió hasta diez mil debaxo de la conducta de Wandemiro. Era tanto el deseo que llevaban de salir con la empresa, que caminaron toda la noche y llegaron á los reales el siguiente dia con el sol antes que se comenzase la batería. Con la vista de tanta gente desmayó Paulo, y por lo que el dia antes pasó, advirtió el grande riesgo en que estaban sus cosas, si volvian á la pelea y al combate. Disimuló empero quanto pudo, sacó fuerzas de flaqueza, hizo un razonamiento á su gente, en que les amonestó: « no desmayasen por el gran número de los contrarios, ca no el número pelea, sino el esfuerzo: no vencen los muchos sino los valientes: esta es toda la gente que Wamba tiene: vencida no le quadará mas reparo, á nos muy en breve vendrán socorros muy grandes; y quando otra cosa no hobiere, con la fortaleza de los muros os podréis entretener largamente, y abatir el orgullo del enemigo y de su exército compuesto de canalla y de pueblo muy ageno del valor antiguo de los Godos y de su sangre invencible. » Dicho esto, se comenzó la batería: pelearon de todas partes con gran corage, duró el combate hasta gran parte del dia, quando cansados y enflaquecidos los cercados con la gran carga y priesa que de fuera les daban, dieron lugar á los del Rey para arrimarse á las murallas. Entonces unos pusieron fuego á las puertas, otros con picos y palancas arrancaban las piedras de los adarves. Hecha bastante entrada, rompen con gran ímpetu por la ciudad matando y destrozando quanto topaban. Persuadiéronse los ciudadanos y los demas Franceses que los Españoles que dentro estaban, con intento de alcanzar perdon dieron entrada á los enemigos. Encendidos por esto en gran rabia, pasaron á cuchillo gran número de aquellos soldados que tenian de guarnicion, y entre los demas dieron la muerte á un criado del

mismo Paulo en su presencia, y aun estando á su lado. Era miserable espectáculo ver la gente de Paulo acometida y apretada por frente y por las espaldas de los suyos y de los contrarios con tanto estrago y matanza que las plazas y calles se cubrian de cuerpos muertos y estaban alagadas de sangre. Los gemidos de los que morian revolcados en su misma sangre, los aullidos de las mugeres y niños, la gritería y estruendo de los que peleaban, resonaban por todas partes. El mismo Paulo, causa de tantos males, vista su perdicion y de los suyos: «Confesamos (dice) haber errado, ¿mas por ventura una vez ó en una cosa sola? antes en todo quanto hemos puesto mano nos hemos gobernado sin prudencia ni cordura.» Junto con estas palabras se quitó las sobrevistas, y acompañado con los de su casa y de su guarda se retiró al theatro, confiado que era muy fuerte, y que si no se pudiese tener, se rendiria con algun partido tolerable. Notaron algunos que el mismo dia que fué primero de setiembre puntualmente, Paulo se despojó de las insignias reales, en que el año antes Wamba fuera puesto en la silla Real. Quedaron pues los del Rey apoderados de la ciudad, fuera del theatro y alguna otra pequeña parte. Reposaron aquel dia y el siguiente con intento de aguardar al Rey, y que se le atribuyese la gloria de poner fin á aquella guerra, ademas que por ventura los vencedores pretendian alcanzar perdon para los culpados; y es cosa natural tener compasion de los caidos, principalmente quando son deudos y de una misma nacion como eran los vencidos en gran parte. Acordaron para este efecto enviar persona á propósito al Rey: escogieron de entre los cautivos al arzobispo de Narbona Argebaudo. El llegado á la presencia del Rey como á quatro millas de la ciudad, apeóse del caballo en que iba, hízole una gran mesura, y puesto de rodillas, con sollozos y lágrimas que despedia de su pecho y de sus ojos en abundancia, le habló en esta sustancia: «Tus vasallos, Rey clementísimo, si cabe este nombre en los que se desnudaron del amor de la patria, y con apartarse della y su mudanza han perdido el derecho y privilegio de ciudadanos; estos digo tienen puesta la esperanza de su remedio y reparo en sola tu clemencia. No piden perdon de sus yerros, dado que esta peticion solo para contigo que eres tan benigno, no pareciera del todo desvergonzada: solo te suplican uses en el castigo

que merecen, de alguna templanza. Cosa de mayor dificultad es vencerse á sí mismo en la victoria, que sugetar los enemigos con las armas en la mano; pero á otros. La grandeza del corazon y el valor en ninguna cosa mas se declara que en levantar los caidos, ca del prez de la victoria participan los soldados, la templanza y clemencia para con los vencidos es propria alabanza de grandes reyes. No puedes ver con los ojos esta miserable gente por estar ausentes; pero debes considerar, que llenos de lágrimas y tristeza, demas desto arrojados á tus pies se encomiendan á tu gracia y á tu misericordia, como hombres por ceguera de sus entendimientos ó por la comun desgracia de los tiempos, ó por fuerza mas alta del cielo caidos en estas maldades. Quanto son mas graves sus culpas, tanto señor seria mayor tu alabanza en darles la mano, y volver á la vida los que por su locura están enredados en los lazos de la muerte. Vinieran aquí sin armas, con dogales á los cuellos, para moverte á misericordia con vista tan miserable, ó poner con la muerte fin á tan triste vida y tan desgraciada; solo se recelaron, si usaban de semejantes estremos, no pareciese te tenian por tan implacable que fuese necesario hacer tales demonstraciones. Pocos quedamos y todos tuyos: no permitas perezcan por tu mano aquellos á quien la crueldad de la guerra hasta ahora ha perdonado. Finalmente quiero advertir que con el deseo de venganza no hagas por donde esta nobilísima ciudad, fuerte y baluarte de tu imperio, muertos sus ciudadanos, quede destruida y asolada.» Era Wamba muy señalado y diestro en las armas y negocios de la guerra, sobre todo se aventajaba en la benignidad, clemencia y mansedumbre: respondió en pocas palabras: «Aplacado por tus ruegos, soy contento de perdonar la vida á los culpados; mas porque la falta de castigo no haga á otros atrevidos y sea ocasion de menosprecio, solas las cabezas pagarán por los demas.» Importunaba el obispo que el perdon fuese general. El Rey con el rostro algo mas airado: «¿Por ventura (dice) no te basta alcanzar la vida para los culpados? ¿pretendes que el castigo sea á la medida de sus maldades? A tí Argebaudo obispo ayude para que el perdon te sea dado enteramente, haberte apartado de Nos contra tu voluntad, de que estamos bastantemente informados; los demas todo lo que fuere menos de una muerte afrentosa,

lo deben contar y poner á cuenta de ganancia, y atribuillo no á sus méritos, sino á nuestra benignidad.»

Capítulo XIII.

Del castigo de los Conjurados.

Acabadas estas razones, pasó el Rey adelante su camino: llegó á la ciudad, y en su compañía la fuerza del exército y los soldados puestos en ordenanza y á manera de triumpho, que hacian una vista muy hermosa. Con su llegada se puso fin á la guerra, y rindióse todo lo que quedaba de la ciudad, en cuya parte mas alta, que caia ácia el reyno de Francia, puso guarnicion de soldados, ca se decia que grandes gentes de Alemaña y de Francia venian en socorro de los cercados, y que ya llegaban cerca. Paulo con mas deseo de la vida que cuydado del honor, á la hora rindió el theatro, donde estaban en su compañía el obispo Gumildo, Witimiro y mas de otros veinte principales cabezas de aquella conjuracion. A todos fueron puestas prisiones; en particular dos capitanes á caballo llevaron en medio y á pie á Paulo á vista de todo el exército, asidos de sendas guedejas de sus cabellos por la una y por la otra parte. Con esta representacion y disfrace llegaron á la presencia del Rey. Paulo soltó luego el ceñidor, que era á fuer de soldados y segun la costumbre antigua despojarse de la honra y grado militar: púsole como dogal al cuello para muestra de lo que merecia, y del miserable estado en que se hallaba: estaban él y los demas cautivos postrados por tierra, dió el Rey gracias á Dios por tan grande merced, reprehendió en público la locura de los conjurados; y de tal manera les hizo gracia de las vidas, que mandó ponerlos á buen recaudo y guardar hasta tanto que con mas maduro consejo se determinase su causa. Algunos Franceses y Saxones, parte que estaban por rehenes en aquella ciudad, parte que al principio juntaron con los traydores sus fuerzas, sin embargo libremente fueron enviados á sus tierras con dádivas que les dieron. Por esta forma principios de cosas muy grandes que amenazaban mayores males, y con el levantamiento de Paulo y de toda la Gallia Góthica te-

nian el reyno puesto en cuydado, fácilmente se atajaron. Muchos tuvieron á juicio de Dios lo que sucedió á esta gente, por los tesoros sagrados que robaron y por los templos que despojaron, á los quales Wamba, hecha pesquisa, mandó restituir todo lo que se halló. Las murallas de la ciudad que á causa de los combates quedaban maltratadas, hizo reparar. Los cuerpos muertos fueron sepultados para que con el mal olor no inficionasen el ayre. Pasáronse tres dias en estas cosas: luego en presencia del Rey, que estaba sentado en su throno, fueron presentados los rebeldes y se pronunció sentencia contra ellos. Quanto á lo primero el Rey puso sus pies sobre los cuellos de los miserables. Despues preguntaron á Paulo si queria alegar algun agravio porque se hobiese apartado del deber; respondió que no, antes que recibiera muchas mercedes y honras del Rey, y sin propósito se despeñó en aquellos males. Despues desto leyeron el pleyto homenage que hizo á Wamba con los demas grandes, y juntamente fueron referidas las palabras con que Paulo se hizo jurar por Rey. Finalmente leyeron las leyes de los concilios en razon del castigo que merecen los que se levantan, y conforme á ellas se pronunció contra Paulo y sus consocios sentencia de muerte afrentosa y confiscacion de bienes; añadieron empero que si el Rey por su clemencia les perdonase las vidas, que por lo menos fuesen privados de la vista. Era la cabellera señal de nobleza antiguamente: el Rey con deseo de ser tenido por clemente, y por esta forma ganar las voluntades de todos, contentóse con que los motilasen. Vino á la sazon aviso que Chilperico Rey de Francia Segundo deste nombre venia con sus huestes muy á punto. Salió Wamba á la campaña, donde esperó por demas quatro dias á los contrarios. Parecióle con esto daba bastante muestra de su valor y ganaba reputacion: no quiso romper por las tierras de Francia porque no pareciese era el primero á quebrantar las paces que de antes tenian asentadas. Con tanto dado órden en las cosas de Francia, se resolvió de dar la vuelta á España. Sobrevino nueva que un capitan francés llamado Lope corria los campos de Besiers, talaba, quemaba, robaba todo lo que se le ponia delante. Salióle el Rey con su gente al encuentro: el enemigo desconfiado de sus fuerzas se retiró á lo mas alto de las montañas vecinas. Dexó con la priesa parte

del bagage, y por el camino otras muchas cosas los soldados, con que dieron muestra mas de huir que de retirarse. Con estos despojos y las riquezas de Francia quedaron los soldados del Rey muy alegres y contentos. Dieron vuelta á Narbona: gran parte de los soldados y del exército se repartió por las guarniciones de Francia. Hiciéronse nuevos edictos contra los Judíos, con que fueron echados de toda la Gallia Góthica. A otra parte del exército se dió licencia, en un pueblo en tierra de Narbona llamado Canaba, para que volviesen á sus casas, y con el reposo gozasen el fruto de sus trabaxos. No pocos quedaron en compañía del Rey, que dió dende la vuelta ácia España. Llegó por sus jornadas á la ciudad de Toledo: hizo en ella una hermosa entrada, y fué recibido á manera de triumpho: honra debida á su dignidad, y á cosas tan grandes como dexaba acabadas en solos seis meses, que se contaban despues que últimamente salió de aquella ciudad. Concertáronse los esquadrones en esta forma: en primer lugar iban los rebeldes en camellos, rapadas las barbas y el cabello, descalzos y mal vestidos: Paulo por burla llevaba en la cabeza una corona de cuero negro, seguíanse los soldados muy arreados con penachos y librea. Cerraba los esquadrones el Rey, cuyas venerables canas y la memoria de sus hazañas acrecentaba la magestad de su rostro y presencia. Salióle al encuentro toda la ciudad que alegre con aquel espectáculo, apellidaba á su Rey salud, victoria y bienaventuranza. Duró grande espacio la entrada: los culpados fueron puestos en cárcel perpetua por fin y remate de cosas tan grandes.

Capítulo XIV.

De las demas cosas del Rey Wamba.

Con esto comenzó España con el esfuerzo de Wamba y su mucha prudencia á florecer dentro con los bienes de una larga paz, de fuera recobraba su lustre antiguo y su dignidad. Puso el Rey cuydado en hermosear su reyno de todas maneras, y en particular ensanchó la ciudad Real de Toledo, y para su fortificacion levantó una nueva muralla con sus torres, al-

menas y petriles continuada por el arrabal de San Isidoro, y que llega de la una puente á la otra. Está Toledo de quatro partes por mas de las tres ceñida del rio Tajo, que acanalado por entre barrancas muy altas, corre por peñas y estrechuras muy grandes. La quarta parte tiene la subida áspera y empinada, por donde la cercaba un muro de fábrica romana mas angosto que el que hizo Wamba, cuyos rastros se veen á la plaza de Zocodover y á la puerta del Hierro. Wamba con intento de meter dentro de la ciudad los arrabales, y para mayor fortaleza añadió la otra muralla mas abaxo. Traxéronse para la obra piedras de todas partes, en particular á lo que se entiende, de una fábrica romana á manera de circo, que antiguamente levantaron allí, y tenia mármoles con figuras entalladas en ellos de rosa ó de rueda. El vulgo se persuade ser aquellas las armas de Wamba: las mismas piedras muestran lo contrario, ca estan sin órden ni traza, sino como las traian así las asentaban los oficiales. Graves autores testifican que para memoria desto hizo grabar dos versos en las torres principales desta muralla en latin grosero y como de aquella era, pero que traducidos en un terceto castellano hacen este sentido:

CON AYUDA DE DIOS EL PODEROSO
REY WAMBA EN SU CIUDAD LEVANTÓ EL MURO:
HONRA DE SU NACION, MURO HERMOSO.

Demas desto en lo mas alto de las torres puso estátuas de mármol blanco á los santos patrones y principales abogados de la ciudad. Grabó otrosí al pie de las estátuas otros dos versos, que hacen este sentido:

SANTOS, RELUCE AQUI CUYA PRESENCIA,
GUARDAD ESTA CIUDAD Y PUEBLO TODO:
TIRAD, COMO PODEIS, TODA DOLENCIA.

Habian con el tiempo caídose las estátuas, borrádose y gastádose las letras, que el Rey Don Phelipe Segundo deste nombre con su acostumbrada piedad y devocion pocos años ha mandó restituir y hacer de nuevo. Fortificábase pues la ciudad por mandado del Rey Wamba, y juntamente por su providencia se

tornaba á poner en práctica la costumbre de celebrar concilios en aquella ciudad. Así en el año quarto de su reynado, que se contaba del Señor seiscientos y setenta y cinco, á siete de noviembre se juntaron en la iglesia de Santa María de la ciudad de Toledo á celebrar concilio diez y siete obispos, y casi todos de la provincia Carthaginense, demas de siete abades, entre los quales se cuenta uno llamado Avila abad del monasterio Agaliense de San Julian, si la letra no está mentirosa, como algunos lo sospechan por congeturas que hay. Hallóse otrosí entre los Padres, aunque en el postrer lugar, Gudila arcediano de Santa María de la Sede ó Silla, por donde se entiende que el templo en que este concilio se celebró, era el mayor y mas principal. Dudan los curiosos si estuvo entonces asentado do hoy está la iglesia Cathedral. Sospéchase que si, por razon de la piedra que en ella se vee, en que la Vírgen gloriosa puso sus sagrados pies para honrar á su devoto San Illefonso, dado que la fábrica y forma y traza es muy diferente de la de entonces. Este concilio se cuenta por el onceno entre los de Toledo. En él se dieron al Rey las gracias por haber renovado la costumbre de celebrar los concilios interrumpida por espacio de diez y ocho años. Para adelante mandan los Padres que los concilios provinciales cada un año se juntasen en la iglesia metropolitana, sin que haya en él otra cosa digna de memoria. Los Cánones que promulgaron fueron en número diez y seis. Por el mismo tiempo en Braga se juntó el concilio tercero de los Bracarenses. Quitóse en él la costumbre de llevar los obispos colgadas al cuello las reliquias de los Mártyres, y á ellos en andas los diáconos; y ordenóse para adelante que las santas reliquias fuesen por los diáconos llevadas en andas. Ponen pena de excomunion al sacerdote que para decir misa no se pusiese la estola, que llaman Orario, sobre entrambos los hombros y cruzada sobre el pecho: costumbre que en algunas partes se ha dexado, en las mas se guarda. Hallóse en este concilio Isidoro obispo de Astorga. Floreció así mismo por este tiempo Valerio abad de San Pedro de los Montes, claro por el menosprecio del mundo, y por su erudicion, de que dan testimonio sus obras, y en especial un libro que intituló de la Vana sabiduría del siglo. No se hallan otros concilios del tiempo del Rey Wamba en los tomos que andan ordinariamen-

te de los concilios; pero no se duda sino que se celebraron otros, como lo da á entender la ley de que se hizo mencion, en que mandaron juntarlos en cada un año, en especial que graves autores afirman que en tiempo de Wamba en un concilio Toledano se sentaron los Aledaños y distritos de cada qual de los obispados de España: negocio en que por ser tan grave, y tocar á todos, no se puede creer se procediese por el voto y parecer de pocos, sino de todos los prelados. Dicen mas que en aquel concilio se estableció que todos los sacerdotes viviesen conforme á la regla de San Isidoro. Hiciéronse fuera desto en gracia del Rey Wamba y á su contemplacion nuevos obispados en pueblos pequeños y aldeas, y aun en iglesias particulares, como fué en un pequeño lugar en que estaba la sepultura y cuerpo de San Pimenio, y en la iglesia de San Pedro y San Pablo Pretoriense puesta en los arrabales de la ciudad de Toledo: que fué todo un zelo piadoso pero indiscreto en el Rey, y en los obispos una disimulacion y deseo demasiado de agradalle, sin tener respeto á las leyes eclesiásticas que vedan así bien hacer dos obispos en una misma ciudad, como poner obispados en lugares pequeños. Desórdenes que en breve se reformaron en el concilio próximo de Toledo, que fué el doceno de los de aquella ciudad, hasta motejar al Rey Wamba de liviano en esta parte: así van los temporales, y se truecan los favores de la gente y el aplauso. Ordenó Wamba algunas leyes á propósito de reformar el gobierno, que andaba de muchas maneras estragado, en particular puso cuydado en lo que tocaba á la diciplina militar. Ordenó que quando se hiciese gente, todos acudiesen á las banderas, fuera de viejos, enfermos y mozos de poca edad. Item que todos enviasen á la guerra por lo menos la docena parte de sus esclavos con las armas que allí se señalan, diferentes de las demas. A los mismos obispos y sacerdotes para reprimir las entradas y rebatos de los enemigos manda les saliesen con los suyos al encuentro por espacio de cien millas. Con esta diligencia y por buena maña del Rey Wamba ganaron los Godos una victoria naval muy señalada. Estaban los Sarracenos enseñoreados de toda la Africa por todo lo que se tienden las marinas de nuestro mar Mediterráneo, desde las bocas del rio Nilo hasta el estrecho de Gibraltar. Tenian deseo de pasar en Europa: con este intento

armaron una flota de ciento y setenta velas con que ponian á fuego y á sangre las riberas de España. Juntaron los Godos otra gruesa armada: vinieron á las manos con los contrarios con tanto valor y denuedo, que alcanzaron victoria de los enemigos, y parte tomaron, parte quemaron su armada. Velaba el Rey, acudia á todas las partes con presteza sin descuydarse, ni escusar gasto, trabaxo ni diligencia alguna. No falta quien diga que la armada de Africa vino á persuasion de Ervigio, cá por ser hijo de Ardebasto pariente de Recesuintho pretendia hacerse Rey. Tenia mucho poder, y su autoridad era grande, sus mañas y artificios extraordinarios. El corazon humano es insaciable, nunca se contenta con lo que posee, aunque sea muy aventajado; antes con el deseo siempre pasa adelante y pretende cosas mayores. No tenia Ervigio esperanza de salir con su intento ni en vida de Wamba, ni despues de su muerte, á causa de Theodofredo hermano de Recesuintho, del qual en la eleccion pasada no se hizo cuenta, como allí se dixo, cá era de pocos años. Resolvióse de valerse de cautelas y mañas, pues qualquier otro camino le hallaba cerrado. Con esta traza hizo como se cree venir la armada de los Sarracenos contra España. Y como esto no sucediese conforme á su deseo, tuvo forma de hacer que diesen al Rey á beber cierta agua en que habia estado esparto en remojo, que es bebida ponzoñosa y mala. Adoleció luego el Rey, y quedó privado de su sentido súbitamente, tanto que á la primera hora de la noche juzgaban queria rendir el alma. Cortáronle el cabello, hiciéronle la barba y la corona á manera de sacerdote: vistiéronle un hábito de monge, ceremonia que se usaba con los que morian, á propósito de alcanzar perdon de sus pecados. Todo esto se entiende tramó Ervigio con intento que aunque mejorase, no pudiese mas ser Rey conforme á lo que en el concilio Toledano sexto quedó determinado. Demas desto, como estuviese para espirar, sin embargo que por la fuerza del veneno estaba fuera de sí, trazaron que nombrase por sucesor en el reyno al mismo Ervigio Ordenaron de presto la escritura de nombramiento y renunciacion, y hicieron que Wamba la firmase de su mano. Pasó todo esto á los catorce del mes de octubre un dia de domingo que era la decimaquinta luna. Por todo esto se entiende que Wamba fué despojado del Reyno el año de seiscientos y

ochenta, en que concurren estos particulares; ca sin embargo que luego el dia siguiente mejoró y volvió en sí, no quiso revocar lo hecho. Hallábase de Rey poderoso súbitamente hecho monge. Determinó despreciar lo que otros tanto desean, ó por grandeza de ánimo, ó por no tener esperanza de recobrar en paz lo que le quitaran; mayormente que Ervigio estaba apoderado de todo, que el mismo dia se hizo coronar por Rey, dado que el ungirse, ceremonia entonces usada, se dilató hasta el domingo siguiente. Wamba sin dilacion se fué al monasterio de Pampliega asentado segun algunos sospechan en el valle de Muñon. Allí por espacio de siete años y tres meses (ó como otros sienten por mas largo tiempo) pasó lo que le quedaba de vida en servicio de Dios. Reynó ocho años, un mes y catorce dias. Su cuerpo sepultaron en aquel monasterio, y desde allí por mandado del Rey Don Alonso el Sabio le trasladaron á Toledo. Acompañó sus huesos Juan Martinez obispo de Guadix frayle Francisco. Pusiéronle en la iglesia de Santa Leocadia, la de junto al Alcázar, en que estaba sepultado el Rey Recesuintho. Juliano arzobispo de Toledo fué el que ungió al nuevo Rey, por donde se entiende que Quirico su predecesor falleció por el mismo tiempo cargado de años, si ya por ventura no renunció la dignidad por ver lo que pasaba, y la sinrazon que se hizo al buen Rey Wamba.

Capitulo XV.

De los nombres de los obispados que habia en tiempo de Wamba.

No será fuera de propósito ni del intento que llevamos, poner en este lugar la division que el Rey Wamba hizo de los obispados de su reyno, y por ella declarar los nombres antiguos que muchas ciudades y pueblos tuvieron, si bien los mas dellos por varios accidentes y sucesos fueron asolados, y despues de su destruicion reedificados á las veces con nombres que les pusieron diferentes de los que antes tenian. Junto con esto será bien que se entiendan y sepan los sufragáneos que cada qual de los arzobispados antiguos tenia; que señalar á cada

diócesis sus aledaños y distrito no pareció conveniente, ni aun hacedero por estar todo tan mudado y trastocado con el tiempo, que á apenas se entenderia lo que en este propósito se dixese. Al arzobispo de Toledo estaban sugetos los obispos siguientes: el de Oreto, ciudad que antiguamente estuvo puesta no lexos de donde al presente está la villa de Almagro, ca dos leguas de aquella villa hay una hermita llamada de Nuestra Señora de Oreto, do se han hallado piedras y llevádolas á Almagro, grabado en ellas el nombre de Oreto. El segundo sufragáneo de Toledo era el obispo de Biacia, que hoy es Baeza. El tercero el de Mentesa: esta ciudad hoy se llama Montizon, pueblo situado en la comarca de Cazorla, y que en la destruicion de España fué asolado por un capitan Moro, como lo testifica el arzobispo Don Rodrigo. Demas destos el de Accí, ciudad que hoy se llama Guadix. El de Basti que es Baza. El de Urci, ciudad que unos dicen es la misma Almería, otros que Murcia. El de Bagasta: desta ciudad no queda rastro ninguno, solo se entiende que estaba no lexos de Origuela, así por el órden que estos obispados llevan entre sí, como por una puerta que hay en aquella ciudad llamada de Magastro. * Máximo Cesaraugustano dice que los Godos á Murcia la llamaron Bigastro. * Illici es Elche ó Alicante, Setabis Xátiva. Demas desto Denia y Valencia, ciudades que caen entre sí cerca y conservan los nombres antiguos, ca Denia se llamó Dianium. Síguese el obispado de Valeria: hoy se llama Valera quemada. El de Segobriga, ciudad puesta donde al presente está la Cabeza del Griego, pueblo así llamado, á dos leguas de Ucles. Algunos entendieron que Segobriga era Segorve: pero engañóles la semejanza del nombre. Tambien era sufragáneo de Toledo el obispo de Arcabica, que estuvo antiguamente asentada entre Segobriga y Compluto, y por ventura es la misma que Ptholomeo llamó Percabica. Demas desto Compluto que es Alcalá, Sigüenza, Osma, Segovia y Palencia estaban sugetas por la misma forma al dicho arzobispo. Por donde se vee que la provincia de Toledo, aun en tiempo de los Godos, se estendia mas que la provincia Carthaginense (cuya cabeza á la sazon era Toledo) pues todas las ciudades que hemos contado hasta aquí, le estaban sugetas y se encerraban en su distrito. Las ciudades sufragáneas del arzobispado de Sevilla eran: la prime-

ra Itálica, que hoy es Sevilla la vieja, legua y media de aquella nobilísima ciudad cabeza de Andalucía; la segunda Asidonia, que fué ó Medina Sidonia como lo da á entender la semejanza del nombre, ó como otros piensan Xerez de la Frontera por un templo que tiene de Nuestra Señora de Sidueña, y el Moro Rasis llama quella ciudad Xerez de Sidueña. Síguese Elepla hora sea Niebla, hora Lepe. Malaca hoy Malaga. Illiberis, ciudad puesta antiguamente dos leguas sobre Granada en un recuesto que hoy se llama monte de Elvira. Astigi, hoy Ecija. Córdoba conserva su nombre antiguo. Egabro, hoy es Cabra cerca de Vaena. La última ciudad era Tucci, que hoy se llama Martos. Este era el distrito del arzobispado de Sevilla, y las ciudades que dél dependian. El metropolitano ó arzobispo de Mérida comprehendia debaxo de su jurisdiccion las ciudades siguientes: Beja, que se llamaba Pax Iulia, ciudad de la Lusitania. Lisbona, ciudad en que se ferian las riquezas de la India Oriental en nuestro tiempo, y que á ninguna de Europa reconoce ventaja en trato, riquezas y grandeza. Ebora, á la qual los Godos llamaron Elbora. Don Lucas de Tuy sintió que esta ciudad era la misma que en el reyno de Toledo llamamos Talavera. Ossonoba, que se entiende se llama al presente Estombar, pueblo de Portugal cerca de Silves, do al presente está aquella cáthedra y silla que se trasladó á ella quando se ganó de Moros aquella ciudad, en que tambien hay un pueblo llamado Idania la vieja, antiguamente Igeditania, ciudad así mismo contada entre las sufragáneas de Mérida. Conimbrica, hoy Coimbra: dos leguas della está Coimbra la vieja. Demas destas Viseo y Lamego, ciudades que conservan sus nombres antiguos. Caliabria, que perécio del todo, dado que Tudense y Marineo sospechan fué la que hoy se llama Montanges, por congeturas á nuestro parecer no concluyentes. Salmantica, que por los Godos fué llamada Salamantica, hoy Salamanca. La famosa Numancia, al presente Garay. Ultimamente Avila y Coria, que eran los postreros linderos de la provincia de Mérida. Las ciudades sufragáneas de Braga eran estas: Dumio fué antiguamente un monasterio, que todavía hoy se conserva cerca de Braga. Portucale es la ciudad de Portu, por la parte que el rio Duero descarga en el mar, y dexa formado un buen puerto: del puerto y de un pueblo que está allí cerca, llamado antiguamente

Cale y hoy Caya se compuso y derivó el nombre de Portugal. En el mismo distrito estaban ciudad de Tuy y Orense, y el Padron que antiguamente su llamó Iria Flavia. Lucus, hoy Lugo. Britanica, ó Bretonia, puesta entre Lugo y Astorga, hoy dos leguas de Mondoñedo hay un pueblo llamado Bretania, que por ventura es la misma Bretonia ó Britanica. Fuera destas ciudades Astorga y Leon eran sugetas al arzobispo de Braga. Con el arzobispo de Tarragona iban las ciudades siguientes: Barcino, hoy Barcelona, y en tiempo de los Godos Barcinona. Egara puesta antiguamente entre Barcelona y Girona, ciudad tambien sufragánea al mismo arzobispo. Allende desto Empurias, y Ausona que hoy se llama Vique de Osona, Urgel y Lérida, ciudades bien conocidas. Hictosa, cuyo asiento de todo punto se ignora. Tortosa, que llamaban Dertusa; Zaragoza, y tambien Pamplona que en latin se llama Pompelo, y por los Godos fué llamada Pampilona: como tambien Calahorra era una de las dichas ciudades, en latin Calagurris, y que en tiempo de los Godos la llamaron Calaforra. Tarazona eso mismo, que fué uno destos obispados, en latin se dixo Turiasso, y por los Godos Tirasona. Demas destas Auca era sugeta á Tarragona, cuyos rastros se veen mas allá de Búrgos, y de su nombre tomaron los montes de Oca este apellido. Esto quanto á la provincia Tarraconense. Resta el arzobispo de Narbona en la Gallia Góthica, cuyas sufragáneas fueron las ciudades siguientes: Beterri, que hoy se llama Besiers, y Plinio la llamó Bliterræ Septumanorum (1) Agatha al presente ó es Agde, ó Mompeller: Magalona una casa de recreacion del obispo de Mompeller, ó sea una isleta del mar allí cerca, tiene segun dicen hoy este nombre. Nemauso es Nimes. Lateba, hoy Lodeve. Carcasona. Helena, hoy Euna en el condado de Ruysellon. Algunos autores dicen que los obispos de Tuy, de Lugo y de Leon ó por privilegio de Wamba, ó por costumbre antigua eran exêmptos, y no reconocian á ninguno de los metropolitanos ó arzobispos susodichos por superior: opinion que para seguilla no tiene bastantes fundamentos, en especial que arriba quedaron puestos entre los sufragáneos de Braga. En los concilios antiguos de España se hallan otrosí muchos

---

(1) Libr. 3. cap. 4.

nombres de obispados que no estan en esta division de Wamba, si por haberse mudado las cosas con el tiempo, ó por estar las memorias y libros antiguos estragados, no lo sabria decir, mas de que los obispados son estos: el Carthaginense, el Epagrense, el Castulonense, el Fiblariense, el Eliocrocense, el Eminiense, el Inmonticiense, el Lamibrense, el Elotano, el Magnetense, el Laberricense; los quales nombres casi todos no se conocen, ni aun de todas las ciudades arriba puestas se atinan los asientos en que estaban, ni faltaria por diligencia, si en cosas tan escuras hobiese algun camino para las averiguar de todo punto.

Capítulo XVI.

De otra division de obispados que hizo Constantino Magno.

Lo que antes de ahora prometimos, y hasta aquí no lo hemos cumplido, quiero poner aquí desde la division de Wamba la que antes dél hizo de los obispados en España el Emperador Constantino, tomada puntualmente del Moro Rasis, que dice desta manera: «Constantino puso obispos en muchas ciudades que no los tenian; y informado que en España no los habia, dado que era de campiña muy fertil, hermosa y arreada en todas maneras y muy llena de moradores, hobo su acuerdo sobre lo que debia hacer. Resolvióse seria expediente criar en España obispos, que sin temor alguno libremente predicasen la Fe Christiana. Para esto hizo venir á su presencia personas á propósito: repartió entre ellas las ciudades en esta guisa. Al primero señaló por obispo de Narbona y otras siete ciudades, con poder de gobernar los pueblos en lo espiritual, y reformar las costumbres. Los nombres de aquellas ciudades son estos: Besiers, Tolosa, Magalona, Nimes, Carcasona. En esta ciudad hay una iglesia con advocacion de Santa María gloriosa, excelente por siete altares de plata que tiene, y por la mucha gente que á ella acude, en especial una vez en el año es mas señalado el concurso; tambien en los demas tiempos es de gran fama y devocion: dista de Barcelona diez jornadas. Demas des-

tas ciudades dieron al obispo Narbonense á Luteba, y á Euna, ó Helena que es lo mismo. Al segundo obispo fué encomendada la ciudad de Braga, y con ella Dumio, Portu, Orense, Oviedo, Astorga, Britonia, Iria ó Compostella, Aliubra, Iffa, Tuy. Despues destos dos fué nombrado el obispo de Tarragona, al qual otrosí quedaron sugetas las ciudades siguientes: Barcelona, Oca, Morada (por ventura Girona) Beria (por ventura Empurias) Oriola, Ilerda que es Lérida, Tortosa, Zaragoza, Huesca, Pamplona, Calahorra. El quarto obispo fué de Cartagena: añadiéronle otrosí á Toledo, Oreto, Xátiva, Segobriga, Compluto, Caraca, que es Guadalaxara, Valencia, Murcia, Baeza, Castulo, Montogia, Baza, Begena, por ventura se ha de leer Bigastra. Al quinto dió á Merida ciudad principal, y con ella le consignó Pax Iulia que es Beja, Lisbona, Egitania, Coimbra, Lamego, Ebora, Coria, Lampa, que ó es Salamanca, ó un pueblo llamado Lamaso en tierra de ciudad Rodrigo. El postrer obispo tuvo á Sevilla, y con ella Itálica, Sericio de Sidueña, que es Xerez, Niebla en latin Elepla, Málaga, Illiberris, Astigi que es Ecija, Egabro que es Cabra. Desta manera toda España fué por el Emperador Constantino dividida en seis obispados. Y para mayor autoridad, y que la Religion tuviese su cabeza para gobernar y mandar, él se pasó á Constantinopla, y se llamó Rey de aquella ciudad, como quier que los de antes de Roma. Ordenó y mandó demas desto que todo el resto de los Christianos obedeciese al Señor de Roma, que acostumbraban llamar Señor de aquellos que eran del órden sagrado. Llamábanle otrosí Santo por el poder que recibiera de Pedro Apóstol, que Christo le habia dado.» Esto dice de la manera susodicha aquel Moro. Concuerda la general de Don Alonso el Sabio Rey de Castilla, en que la division de los obispados en España fué hecha por Constantino Magno, y sigue el órden puesto de suso, mudados solamente algunos nombres de ciudades. De donde, y de la division de Wamba, y por congeturas emendamos algunos nombres, que sin duda en el Moro andan estragados; y sin embargo no nos atrevimos á llamar arzobispos á los que el Moro da nombre de obispos como ignorante que era de las cosas de nuestra Religion, y de los grados y policía que en ella hay. Quedará el lector con lo dicho avisado.

Capítulo XVII.

Del Rey Ervigio.

Flavio Ervigio adquirió el reyno malamente, como queda dicho; gobernóle empero bien y prudentemente. Quanto á lo primero como considerase la inconstancia de las cosas humanas, que no perseveran largo tiempo en un mismo ser, y en particular que el poder adquirido por malas mañas muchas veces por el aborrecimiento que resulta en el pueblo, es abatido: que su predecesor era Rey muy esclarecido y amado, y fuera por engaño despojado de su grandeza, y que esto la gente de los Godos no lo ignoraba: por todas estas razones se recelaba de algun reves y trabaxo. Parecióle para asegurar sus cosas tomar el camino que á otros Reyes sus predecesores no salió mal, que fué cubrirse de la capa de la Religion. Con este intento convocó los prelados de todo el reyno. Acudieron á Toledo treinta y cinco obispos. Túvose la primera junta á nueve dias de enero, año del Señor de seiscientos y ochenta y uno. Cuéntase este concilio por doceno entre los Toledanos. En él se establecieron muchas cosas, pero dos fueron las principales. La primera aprobar la eleccion de Ervigio; ¿mas cómo se atrevieran á negar lo que pedia, al que tenia las armas en la mano? temeridad fuera y no prudencia contrastar su voluntad. Para este propósito absolvieron á los grandes del pleyto homenage que hicieran á Wamba. Alegaban que por la renunciacion que él mismo hizo, y por la nueva eleccion tenia perdida su fuerza el juramento y no obligaba. La segunda cosa fué dar al arzobispo de Toledo autoridad para criar y elegir obispos en todo el reyno, quando el Rey á cuyo cargo por antigua costumbre esto pertenecia, se hallase muy lexos; y que quando estuviese presente, sin embargo confirmase los que por el Rey fuesen nombrados: que fué una prerogativa y privilegio de grande importancia, y como abrir las zanjas y echar los cimientos de la primacía que esta iglesia tiene sobre las demas iglesias de España. Las palabras del decreto que aunque oscuras, son muy notables, se pueden ver en el concilio. Fir-

maron las acciones deste concilio quatro arzobispos, Juliano de Sevilla, Juliano de Toledo, Liuva de Braga, Stephano de Mérida, ca parece que no obstante el privilegio concedido á la iglesia de Toledo, el de Sevilla no quiso dar al de Toledo el primer lugar, sino guardar su antigüedad, como quier que en los concilios adelante siempre el de Toledo preceda en el asiento y firma á los demas metropolitanos. Despues desto, pasados dos años enteros, de nuevo por mandado del mismo Rey Ervigio se juntaron en la misma ciudad treinta y ocho obispos y veinte y seis vicarios de obispos ausentes, y nueve abades que con muchos señores y grandes que presentes se hallaron, celebraron en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo el concilio treceno de Toledo, á los quatro del mes de noviembre, año de nuestra salvacion de seiscientos y ochenta y tres, y del reynado de Ervigio el quarto. Esta iglesia se entiende estuvo donde al presente la de San Pablo, do los padres dominicos estuvieron largo tiempo. Llámase Pretoriense porque está fuera de los muros de Prætorium que es casa de campo. En este concilio por voluntad del Rey y decretó que hicieron los prelados, se dió perdon general á los que siguieron á Paulo. Las imposiciones y tributos se moderaron; y por escusar alborotos, y por la gran falta de dinero soltaron á los particulares todo lo que por esta causa debian á las rentas Reales. Todo esto se enderezaba á ganar las voluntades con muestra de clemencia y liberalidad: virtudes que en los Príncipes cubren otros muchos males. Pretendia otrosí borrar la mancha de haberse apoderado del reyno por malas mañas. Demas desto por quanto muchos que no eran nobles, con diversos colores y trazas se apoderaban de las honras y oficios públicos, y por emparentar los Godos nobles con los del pueblo su antigua nobleza, en gran parte se estragaba y escurecia, se proveyó de remedio para este daño. Ultimamente, en gracia del Rey los obispos hicieron una ley de amparo para la Reyna Liubigotona y sus hijos, dado que el Rey les faltase: en que se muestra lo mucho que temian al pueblo, que por el aborrecimiento del padre no se vengasen en los hijos y en su madre. Tambien se mandó á los obispos, que avisados, acudiesen á la corte para tener y celebrar la Pascua juntamente con el Rey. Por una carta que Juliano arzobispo de Toledo á Idalio

obispo de Barcelona, se entiende como se trabó amistad entre los dos por venir el dicho obispo á la corte á celebrar la Pascua, como dexaron ordenado. Firman en este concilio los arzobispos Juliano de Toledo, Liuva de Braga, Stephano de Mérida y Floresindo arzobispo de Sevilla. Parece que este Rey se pretendió señalar en juntar muchos concilios, porque el año luego siguiente por su diligencia y por mandado del Papa Leon, segundo deste nombre en Toledo á catorce de noviembre, se dió principio al concilio décimo quarto Toledano, que se juntó con intento que los obispos de España aprobasen y recibiesen un concilio que poco antes se celebrara en Constantinopla con asistencia de docientos y noventa prelados, y entre los concilios generales se cuenta por sexto. No pudieron acudir todos los obispos de España á causa de los frios del invierno, y por quedar muy gastados de los concilios pasados. Concurrieron diez y siete obispos casi todos de la provincia Carthaginense, y fuera dellos los procuradores de los arzobispos de Tarragona, Narbona, Mérida, Braga y Sevilla, y de otros obispos ausentes hasta número de diez. Estos de comun acuerdo recibieron y aprobaron el susodicho concilio Constantinopolitano, que ellos contaban por quinto, y le pusieron luego despues del concilio Châlcedonense, ca fué comun engaño de aquel siglo en España, Africa y en Ilyrico no recebir el quinto concilio general que se tuvo en tiempo del Emperador Justiniano: yerro en que tropezó tambien San Isidoro, como se entiende por diversos lugares de sus libros (1). Alegaban para esto que en aquel concilio quinto se reprobaron los escritos de Iba Edesseno y de Theodoro Mopsuesteno y de Theodorito obispo de Cyro, que son los tres capítulos tan nombrados en aquella era. Decian que el concilio Châlcedonense aprobó y recibió los dichos autores, y que no era lícito condenarlos. Todo esto procedia de no entender que puedan las personas ser aprobadas dado que sus opiniones se reprueben, como en efecto fué así que el concilio Châlcedonense aprobó las personas, el quinto concilio condenó sus escritos. Finalmente los prelados de

---

(1) Victor. Tun. en su Chron. Liber. en su Brev. Isidor en sus Var. illustr. en Justiniano y Victor; y en las Etymol. lib. 5. lo da á entender.

España condenaron los Monothelitas y Apollinaristas, que ponian en Christo sola una voluntad, conforme á lo decretado en el dicho concilio general. Demas desto una apología compuesta por Juliano arzobispo de Toledo, muy erudita, en nombre del concilio enviaron á Roma por medio de Pedro, regionario de la Iglesia Romana, en que se contenian los principales capítulos y cabezas de nuestra Fe. Quando llegó á Roma, por muerte del Papa Leon presidia en su silla Benedicto, el qual juzgó que en aquella apología se decian algunas cosas no bien. Entre ellas una era que en la Santísima Trinidad la sapiencia procede de la sapiencia, y la voluntad de la voluntad: manera de hablar conforme á lo que en el Symbolo confesamos: Dios de Dios y lumbre de lumbre. El Pontífice juzgaba que semejantes maneras de hablar no se debian usar, ni estender mas de aquello que la iglesia usaba. Ofendíale asimismo lo que Juliano decia de Christo, es á saber, que constaba de tres sustancias. Andaban estas demandas y respuestas entre Roma y España al mismo tiempo que Ervigio, sin embargo de las diligencias hechas para asegurarse en el reyno, se hallaba en gran cuydado por parecerle que el aborrecimiento del pueblo todavía se continuaba; y que muerto él, sus hijos no serian bastantes para reparar este daño. Resolvióse de emparentar con el linage de Wamba, y para esto casar á su hija Cixilona con un hombre principal de aquel linage llamado Egica. Hízose así, y juntamente le hizo jurar miraria con todo cuydado por el bien de la Reyna su suegra y de sus cuñados. Hecho esto, y quitadas algunas leyes de Wamba algo rigurosas para tiempos y costumbres tan estragadas, y en particular templada la ley que trataba en razon de las levas de los soldados, falleció de su enfermedad en Toledo, á quince dias del mes de noviembre dia viernes, año de seiscientos y ochenta y siete. Reynó siete años y veinte y cinco dias. Su memoria y fama fué grande, aunque ni agradable ni honrosa. Hobo en tiempo deste Rey en España grande hambre: la puente y muros de Mérida fueron reparados con grande representacion de magestad. El sobrestante desta obra y trazador se llamó Sala; como se entiende por unos versos antiguos que andan entre las epígramas de Eugenio Tercero, arzobispo de Toledo.

Capítulo XVIII.

Del Rey Egica.

El dia antes que muriese Ervigio, nombró por su sucesor en el reyno á su yerno Egica. Y para que los grandes sin escrúpulo de conciencia le pudiesen jurar por Rey, alzóles el pleyto homenage que á él le tenian hecho. La uncion conforme á la costumbre de aquellos tiempos se hizo nueve dias adelante en Toledo, un dia de domingo á veinte y quatro de noviembre, luna décimaquinta, en la iglesia Pretoriense de San Pedro y San Pablo. Vióse en este Rey como la memoria del agravio dura mas y es mas poderosa que la del beneficio, ca luego á los principios de su reynado dió muestra el Rey Egica del odio que tenia concebido en su pecho contra su suegro, repudiando á su muger Cixilona en venganza de su padre, dado que tenia della un hijo llamado Witiza. No falta quien diga que lo hizo á persuasion de Wamba, el qual asimismo debaxo de muestra de piedad tenia encubierto el deseo de venganza, y el aborrecimiento contra Ervigio hasta lo postrero de su edad. Demas desto castigó á algunos grandes del reyno, que tuvieron parte en el engaño y privacion del Rey Wamba. Estas cosas se reprehenden especialmente en este Rey, que por lo demas en virtudes, justicia y piedad se puede comparar con qualquiera de los reyes pasados. Señalóse igualmente en las artes de la paz y de la guerra: fué colmado y alabado de prudencia y de mansedumbre. Allende desto movido de su devocion, por no dar ventaja á los Reyes sus predecesores en el deseo de aumentar la Religion dió órden que se juntase el décimo quinto concilio Toledano. Concurrieron de todas partes sesenta y seis obispos, año del Señor de seiscientos y ochenta y ocho. Juntáronse á quince de mayo en la iglesia Pretoriense de San Pedro y San Pablo. Lo que principalmente se trató, fué averiguar la fuerza que tenia el juramento que por respeto del Rey Ervigio y por su mandado algunos años antes hicieron Egica y los grandes, de amparar á la Reyna viuda y á sus hijos. La causa de dudar era que con la revuelta de los

tiempos muchos fueron despojados de sus bienes, de que quedaban apoderados y los poseian la muger y hijos de Ervigio. Preguntóse si por esta razon del juramento era prohibido así á los agraviados de ponelles demanda, como al Rey de dar sentencia en su favor. Fué respondido de comun consentimiento de los prelados y del concilio, que la santidad del juramento no debe favorecer á la maldad, y que antes se cumple con él en deshacer los agravios, y volver por la justicia. Tratóse otro sí de responder á las tachas que el Pontífice Benedicto puso en el Apología que le envió el concilio pasado; y para este efecto Juliano con aprobacion de los demas prelados compuso un nuevo Apologético, en que pretende probar que en Dios procede voluntad de voluntad y sabiduría de sabiduría; y que Christo N. S. consta de tres sustancias, que era en lo que reparaba Benedicto, ca la palabra sustancia se puede tomar en significacion de naturaleza y de esencia; y no hay duda sino que en Christo hay tres naturalezas, es á saber divinidad, cuerpo y alma. Demas desto las dicciones abstractas con que se significan las formas, á veces se toman por las concretas que significan los supuestos: de suerte que tanto es decir que sabiduría procede de sabiduría, como si dixera el hijo sabio procede del padre sabio. Quando llegó esta disputa á Roma era difunto el Papa Benedicto y puesto Sergio en su lugar, el qual segun que lo testifica el arzobispo Don Rodrigo, la alabó en grande manera. A nos parece algo mas libre de lo que sufria la modestia de Juliano; y la magestad del Pontífice Romano supremo pastor de la iglesia; pero pocos en el ingenio y erudicion reconocen á nadie ventaja, y es dificultoso templar el fervor de la disputa, principalmente los que se sienten irritados. Era Juliano en aquel tiempo muy aventajado en erudicion, de que dan bastante muestra sus obras; en especial la que intituló Pronóstico del Siglo venidero, y otra de las Seis Edades; libros que duran hasta hoy, las demas con el tiempo perecieron. Nació de padres judíos, fué discípulo de Eugenio III su predecesor, muy amigo de Gudila arcediano de Toledo; sucedió á Quírico arzobispo de aquella ciudad, tuvo ingenio fácil, copioso y suave; en bondad y virtud fué muy señalado. Pasó desta vida en tiempo del Rey Egica, á ocho de marzo año de seiscientos y noventa: su cuerpo fué sepultado

en Santa Leocadia. Es contado en el número de los Santos, como se vee por los martyrologios y kalendarios. Las faltas de su sucesor le hicieron mas señalado, ca le sucedió Sisberto, hombre arrojado y malo , pues se atrevió á vestirse la casulla que del cielo se traxo á San Illefonso , la qual hasta entonces sus predecesores por reverencia nunca habian tocado. Deste principio se despeñó en mayores males ; y es así de ordinario que se ciegan los hombres quando la divina venganza los sigue y no quiere se emboten los filos de su espada. Olvidado pues de la dignidad que tenia, con corazon altivo y revoltoso se reveló contra el Rey. Era hombre astuto, y no le faltaba maña ni palabras para grangear las voluntades, y como el reyno estuviese dividido en bandos , muchos así de los nobles como del pueblo se le arrimaron: de donde resultaron alborotos civiles y guerras con los de fuera, todo como se puede sospechar á persuasion de Sisberto. Tres veces se vino á las manos con los Franceses , y otras tantas fueron desbaratados los Godos, dado que ni el número de los que pelearon, ni de los muertos, ni los lugares donde las batallas se dieron se puede averiguar, que fué un notable descuydo de aquellos tiempos; solo consta que el Rey con su prudencia atajó los principios de la guerra civil que amenazaba mayores males. El arzobispo Sisberto, causa principal de todos ellos fué condenado á destierro , primero por sentencia del Rey , y despues de los prelados ; que junto con esto le descomulgaron y despojaron del arzobispado. Para efectuar esto y otras cosas se juntaron en Toledo por mandado del Rey en la iglesia Pretoriense de San Pedro y San Pablo, á dos de mayo año de seiscientos y noventa y tres en número sesenta y seis obispos que se hallaron en este concilio, décimo sexto entre los Toledanos. Pónese en él una confesion de la Fé, y en ella en confirmacion de lo que antes determinaron, dicen por expresas palabras que en Dios procede voluntad de voluntad, sapiencia de sapiencia, esencia de esencia ; y que Christo Nuestro Señor abaxó á los infiernos. Dan por nobles y horros de tributos á todos los Judíos que de corazon abrazasen la Religion Christiana. Reformáronse las leyes de los Godos. Mandóse que por la salud del Rey , de sus hijos y nietos se hiciese oracion cada dia en todas las iglesias, con rogativa que para esto ordenaron : deste principio enten-

demos se tomó la rogativa que hasta hoy en la misa se hace en España, mudadas pocas palabras. Firmaron en este concilio en primer lugar Feliz, que de arzobispo de Sevilla en lugar de Sisberto pasó á la iglesia de Toledo; y con él firmaron Faustino, que de Braga pasara á Sevilla: Máximo de Mérida, Vera de Tarragona, Feliz arzobispo de Braga y obispo de Portu. Estos mismos arzobispos con otros muchos prelados, aunque el número no se sabe, se juntaron el año luego siguiente en Toledo en la iglesia de Santa Leocadia del arrabal. Allí á siete dias de noviembre celebraron el postrer concilio de los Toledanos. No pudieron acudir sino muy pocos obispos de la Gallia Góthica, á causa de cierta peste que heria por este tiempo en la tierra, y de la guerra que les daban los Franceses comarcanos. Tratóse á instancia del Rey de desarraygar de todo punto del reyno los Judíos, porque como el Rey testifica en un memorial que presentó al concilio, se habian comunicado con los Judíos de Africa, de levantarse y entregar á España á los Moros. Que el mal cundiera mas de lo que se podia creer y secretamente estaba derramado por todas las partes de España, si bien no habia pasado los Pyrineos, ni entrado en la Francia. Que no era justo disimular y sufrir tan grave traycion: por tanto que confiriesen entre sí, y determinasen lo que se debia hacer. Esto propuso el Rey: los prelados acordaron que todos los Judíos se diesen por esclavos; y para que con la pobreza sintiesen mas el trabaxo, que todos sus bienes fuesen confiscados: demas desto que les quitasen los hijos luego que llegasen á edad de siete años, y los entregasen á Christianos que los criasen y amaestrasen. Hicieron asimismo ley de amparo para la Reyna Cixilona y para sus hijos, caso que el Rey muriese, aunque desde los años pasados como se dixo estaba repudiada, como tambien en un concilio de Zaragoza que se tuvo tres años antes deste, en general se hizo una ley en que se mandó que despues de la muerte del Rey qualquiera reyna para que nadie se le atreviese entrase en religion y se hiciese monja. Estas cosas fueron las que principalmente se decretaron en este concilio. Tenia el Rey en su muger Cixilona un hijo llamado Witiza, determinóse su padre de hacelle compañero de su reyno. Esto sucedió despues de haber él solo reynado por espacio de diez años. Dan desto muestra

algunas monedas que se hallan acuñadas con los nombres destos dos príncipes por reynar ambos juntamente. Cerca de la ciudad de Tuy en un valle muy deleytoso, de muchas fuentes y arboleda, hasta hoy se veen algunos paredones, rastros de nn edificio Real que levantó Witiza para su recreacion en el tiempo que hizo residencia en aquella ciudad, ca su padre por evitar alborotos y desabrimientos le envió al gobierno de Galicia, donde fué el reyno de los Suevos. Falleció el Rey Egica en Toledo de su enfermedad, el año quinto adelante, que se contaba del Señor setecientos y uno por el mes de noviembre. Acudió su hijo desde Galicia, y sin contradiccion fué recebido por Rey, y ungido á fuer de los Reyes Godos, á los quince de dicho mes de noviembre.

Capitulo XIX.

Del Rey Witiza.

El Reynado de Witiza fué desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas. Los grandes pecados y desórdenes de España la llevaban de caida, y á grandes jornadas la encaminaban al despeñadero. Y es cosa natural y muy usada que quando los reynos y provincias se hallan mas encumbrados en toda prosperidad, entonces perezcan y se deshagan: todo lo de acá abaxo á la manera del tiempo, y conforme al movimiento de los cielos, tiene su período y fin, y al cabo se trueca y trastorna, ciudades, leyes, costumbres. Verdad es que al principio Witiza dió muestra de buen príncipe, de querer volver por la inocencia y reprimir la maldad. Alzó el destierro á los que su padre tenia fuera de sus casas, y para que el beneficio fuese mas colmado, los restituyó en todas sus haciendas, honras y cargos. Demas desto hizo quemar los papeles y procesos para que no quedase memoria de los delitos y infamias que les achacaron, y por los quales fueron condenodos en aquelta revuelta de tiempos. Buenos principios eran estos si continuara, y adelante no se trocara del todo y mudara. Es muy dificultoso enfrenar la edad deleznable y el po-

der con la razon, virtud y templanza. El primer escalon para desbaratarse fué entregarse á los aduladores, que los hay de ordinario y de muchas maneras en las casas de los príncipes: ralea perjudicial y abominable. Por este camino se despeñó en todo género de deshonestidades: enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera los años pasados por respeto de su padre. Tuvo gran número de concubinas con el tratamiento y estado como si fueran Reynas y sus mugeres legítimas. Para dar algun color y escusa á este desórden hizo otra mayor maldad: ordenó una ley en que concedió á todos que hiciesen lo mismo, y en particular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para que se casasen. Ley abominable y fea, pero que á muchos y á los mas dió gusto, Hacian de buena gana lo que les permitian, así por cumplir con sus apetitos como por agradar á su Rey: que es cierto género de servicio y adulacion imitar los vicios del príncipe; y los mas ponen su felicidad y contento en la libertad de sus sentidos y gustos. Hízose otrosí una ley en que negaron la obediencia al Padre Santo, que fué quitar el freno del todo y la máscara, y el camino derecho para que todo se acabase y se destruyese el reyno hasta entonces de bienes colmado por obedecer á Roma, y de toda prosperidad y buena andanza. Para que estas leyes tuviesen mas fuerza, se juntaron en Toledo los obispos á concilio, que fué el décimo octavo de los Toledanos. La junta fué en la iglesia de San Pedro y San Pablo del arrabal, donde á la sazon estaba un monasterio de monjas de San Benito. Era Gunderico arzobispo de Toledo. Los decretos deste concilio no se ponen ni andan entre los demas concilios, ni era razon por ser del todo contrarios á las leyes y Cánones eclesiásticos. En particular contra lo que por leyes antiguas estaba dispuesto, se dió libertad á los Judíos para que volviesen y morasen en España. Desde entonces se comenzó á revolver todo y á despeñarse; porque dado que á muchos daba gusto el vicio, casi todos juzgaban mal dél, y en particular se desabrieron todos aquellos que eran aficionados á las leyes y costumbres antiguas, y muchos volvieron los ojos al linage y sucesion del Rey Chindasuintho para les volver la corona y poner remedio por este camino á tantos males. No se le encubrió esto á Witiza, que fué ocasion de embravecerse

contra los de aquella casa, y lo que comenzó en vida de su padre, que fué ensangrentar sus manos en aquel linage, continuarlo como podia y llevarlo al cabo. Vivian dos hijos de Chindasuintho, hermanos del Rey Recesuintho, que se llamaban el uno Theodefredo y el otro Favila. Theodefredo era duque de Córdoba, do para su entretenimiento edificó un palacio, á la sazon y aun despues muy nombrado. Estaba determinado de no ir á la corte por no asegurarse del Rey, y pasar su vida en sus tierras y estado. Favila era duque de Cantabria ó Vizcaya, y en el tiempo que Witiza en vida de su padre residia en Galicia, anduvo en su compañía con cargo de capitan de la guarda, al qual los Godos en aquel tiempo llamaban Protospatario. Matóle á tuerto Witiza con un golpe que le dió de un baston, y aun algunos sospechan para gozar mas libremente de su muger en quien tenia puestos los ojos. Quedó de Favila un hijo llamado Don Pelayo, el que adelante comenzó á reparar los daños y caida de España, y entonces acerca de Witiza hacia como teniente el oficio de su padre. Mas por su muerte se retiró á su estado de Cantabria, y el conde Don Julian casado con hermana de Witiza, fué puesto en el cargo de Protospatario. Estas fueron las primeras muestras que Witiza en vida de su padre dió de su fiereza, y de la enemiga que tenia contra aquel nobilísimo linage. Hecho Rey, pasó adelante y volvió su rabia contra Don Pelayo y su tio Theodefredo: al tio magüer que retirado en su casa, privó de la vista y le cegó: á Don Pelayo no pudo haber á las manos, dado que lo procuró con todo cuydado, como tambien se le escapó Don Rodrigo hijo de Theodefredo, que despues vino á ser Rey. Don Pelayo por no asegurarse en España dicen se ausentó, y con muestra de devocion pasó á Jerusalem en romería. En confirmacion desto por largo tiempo mostraban en Arratia pueblo de Vizcaya los bordones de Don Pelayo y su compañero, de que usaron en aquella larga peregrinacion. Resultó destas crueldades y de las demas torpezas y desórdenes deste Rey que se hizo muy odioso á sus vasallos. El perdida la esperanza de apaciguarlos por buenos medios acordó de enfrenarlos con temor, y quitarles la manera de poderse levantar y hacer fuertes. Para esto mandó abatir las fortalezas y las murallas de casi todas las ciudades de España:

digo casi todas, porque algunas fueron exêmptas deste mandato, como Toledo, Leon y Astorga, sea por no querer aceptalle, ó porque el Rey se fiaba mas dellas que de las demas. Ultra desto por las mismas causas deshizo las armas del reyno, en que consiste la salud pública y la libertad. El color que daba á mandatos tan exôrbitantes, era el sosiego del reyno y deseo que se conservase la paz, como quier que los tyranos luego que dellos se apodera la maldad, temen sus mismos reparos y ayudas, y los que ni la vergüenza retira de la torpeza, ni el temor de la crueldad, ni de la locura la prudencia, estos por asegurarse se suelen enredar y caer en mayores daños. Era por este tiempo arzobispo de Toledo Gunderico sucesor de Feliz, persona de grandes prendas y partes, si tuviera valor y ánimo para contrastar á males tan grandes; que hay personas á quien aunque desplace la maldad, no tienen bastante ánimo para hacer rostro al que la comete. Quedaban otrosí algunos sacerdotes, que como por la memoria del tiempo pasado se mantuviesen en su puridad, no aprobaban los desórdenes de Witiza: á estos él persiguió y afligió de todas maneras hasta rendillos á su voluntad, como lo hizo Sinderedo sucesor de Gunderico, que se acomodó con los tiempos y se sugetó al Rey en tanto grado que vino en que Oppas hermano de Witiza, ó como otros dicen hijo, de la iglesia de Sevilla cuyo arzobispo era, fuese trasladado á Toledo. De que resultó otro nuevo desórden encadenado de los demas, que hobiese juntamente dos prelados de aquella ciudad contra lo que disponen las leyes eclesiásticas. La muerte de Witiza fué conforme á la vida, si bien los autores en la manera della se diferencian. El arzobispo Don Rodrigo dice que fué muerto por conjuracion de Don Rodrigo, que se ayudó para esto así de los de su valía como de los Romanos, á los quales se recogió quando cegaron á su padre. El deseo de venganza y el miedo del peligro en que andaba, le dieron ánimo para quitar la vida al que así le trataba. Su padre lo que le quedó de la vida pasó en Córdoba condenado á perpetuas tinieblas y cárcel. Otros autores muy diligentes afirman, que Witiza murió de enfermedad en Toledo, el año deceno de su reynado que se contaba de Christo setecientos y once. Dexó dos hijos llamados el uno Eba y el otro Sisebuto: á estos co-

mo quier que unos los favoreciesen y otros al contrario, se levantaran en el reyno recios temporales y torbellinos, cuyo remate fué la mas miserable desventura de quantas se pudiesen pensar.

Capítulo XX.

De la genealogia destos Reyes.

La misma cosa pide que pues por la disension de los Godos y por estar divididas las voluntades entre dos linages, el uno de Chindasuintho, y el otro de Wamba, que pretendian ambos tener derecho á la corona, las cosas de España se despeñaron por este tiempo en su total perdicion; declarémos en breve la genealogía de la una familia y de la otra. Dexó Chindasuintho de su muger Riciberga estos hijos: Recesuintho el mayorazgo, que le sucedió en el reyno, Theodefredo y Favila, y una hija cuyo nombre no se sabe. Recesuintho falleció sin dexar sucesion. Así los grandes del reyno pusieron en su lugar á Wamba. La hija de Chindasuintho casó con un conde llamado Ardebasto griego de nacion, el qual aunque desterrado de Constantinopla, por su valor y nobleza emparentó con el Rey y tuvo por hijo á Ervigio, el que dió principio y fué causa de grandes males por apoderarse del reyno, y quitarle como le quitó á Wamba, con malas mañas y engaño. El Rey Ervigio de su muger Liubigotona tuvo una hija por nombre Cixilona, que casó con el Rey Egica, deudo que era del Rey Wamba, casamiento que se enderezaba á quitar enemistades y soldar la quiebra de disensiones entre aquellas dos casas. Deste matrimonio nació Witiza el mayorazgo, y Oppas prelado de Sevilla, y una hija que (como dicen autores graves) casó con el conde Don Julian. Hijos de Witiza fueron, como poco antes se dixo, Eba y Sisebuto. Theodefredo el segundo hijo de Chindasuintho hobo en su muger Ricilona, señora nobilísima á Don Rodrigo, peste, tizon y fuego de España. De Favila hijo tambien de Chindasuintho, nació Don Pelayo, bien diferente en costumbres de su primo, pues por su esfuerzo y valor comenzaron adelante á alzar cabeza las cosas de los Christia-

nos en España, abatidas de todo punto, y destruidas por la locura de Don Rodrigo. De Don Pelayo traen su descendencia los Reyes de España, sin jamás cortarse la línea de su alcuña Real hasta nuestro tiempo, antes siempre los hijos han heredado la corona de sus padres, ó los hermanos de sus hermanos, que es cosa muy de notar.

Capítulo XXI.

De los principios del Rey Don Rodrigo.

Tal era el estado de las cosas de España á la sazon que Don Rodrigo, excluidos los hijos de Witiza, se encargó del reyno de los Godos por voto, como muchos sienten, de los grandes; que ni las voluntades de la gente se podian soldar por estar entre si diferentes con las parcialidades y bandos, ni tenian fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera. Hallábanse faltos de amigos que los socorriesen, y ellos por sí mismos tenian los cuerpos flacos y los ánimos afeminados á causa de la soltura de su vida y costumbres. Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenian estragadas las fuerzas, y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á exemplo de los principales los mas del pueblo hacian una vida torpe y infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarros; pero muy inhábiles para acudir á las armas y venir á las puñadas con los enemigos. Finalmente el imperio y señorío ganado por valor y esfuerzo se perdió por la abundancia y deleytes que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron, y juntamente desbarataron toda la diciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo. Paréceme á mí que por estos tiempos el reyno y nacion de los Godos era grandemente miserable, pues como quier que por su esfuerzo bobiesen paseado gran parte de la redondez del mundo, y ganado grandes victorias y con ellas gran renombre y riquezas; con todo esto no

faltaron quien por satisfacer á sus antojos y pasiones con corazones endurecidos pretendiesen destruirlo todo : tan grande era la dolencia y peste que estaba apoderada de los Godos. Tenia el nuevo Rey partes aventajadas, y prendas de cuerpo y alma que daban claras muestras de señaladas virtudes. El cuerpo endurecido con los trabaxos, acostumbrado á la hambre, frio y calor y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer qualquiera hazaña : grande su liberalidad, y estraordinaria la destreza para grangear las voluntades, tratar y llevar al cabo negocios dificultosos. Tal era antes que le entregasen el gobernalle ; mas luego que le hicieron Rey, se trocó y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En lo que mas se señaló, fué en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades, y la imprudeucia en todo lo que emprendia. Finalmente fué mas semejable á Witiza, que á su padre ni á sus abuelos. Hállanse monedas de oro acuñadas con el nombre de Don Rodrigo : su rostro como de hombre armado y feroz, y por reverso estas palabras : IGEDITANIA PIUS : mote puesto como se entiende mas por adulacion, que por él merecerlo : esto en general. Las cosas particulares que hizo fueron estas : lo primero con nuevos pertrechos y fábricas ensanchó y hermoseó el palacio que su padre edificara cerca de Córdoba, segun que ya se dixo : por donde los Moros adelante le llamaron comunmente el palacio de Don Rodrigo : así lo testifica Isidoro Pacense, historiador de mucha autoridad en lo que toca á las cosas deste tiempo. Demas desto llamó del destierro y tuvo cerca de sí á su primo Don Pelayo con cargo de capitan de su guarda, que era el mas principal en la corte y casa Real. Amábale mucho así por el deudo, como por haber los años pasados corrido la misma fortuna que él. Por el contrario el odio que tenia contra Witiza comenzó á mostrar en el mal tratamiento que hacia á sus hijos en tanto grado que así por esto, como por el miedo que tenian de mayor daño, se resolvieron de ausentarse de la corte y aun de toda España, y pasar en aquella parte de Berbería que estaba sugeta á los Godos, y se llamaba Mauritania Tingitana. Tenia el gobierno á la sazon de aquella tierra un conde por nombre Requila Lugarteniente, como yo entiendo, del conde Don Julian, persona tan pode-

rosa que demas desto tenia á su cargo el gobierno de la parte de España cercana al estrecho de Gibraltar, paso muy corto para Africa. Asimismo en la comarca de Consuegra poseia un gran estado suyo y muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de qualquiera otro del reyno, y de que el mismo Rey se pudiera recelar. Estos fueron los primeros principios, y como semilla de lo que avino adelante, ca los hijos de Witiza antes de pasar en Africa trataron con otras personas principales de tomar las armas. Pretendian estar malamente agraviados. Asistíales y estaba de su parte el arzobispo Don Oppas, persona de sangre real y de muchos aliados. Otros asimismo les acudian quien con deseo de vengarse, quien con esperanza de mejorar su partido, si la feria se revolvía; que tal es la costumbre de la guerra, unos baxan y otros suben. Fuera justo acudir estos á principios y desbaratar la semilla de tanto mal, pero antes en lugar desto de nuevo se enconaron las voluntades con un nuevo desórden y caso que sucedió y dió ocasion á los bulliciosos de cubrir y colorear la maldad (que hasta entonces temerian de comenzar) con muestra de justa venganza. Era costumbre en España que los hijos de los nobles se criasen en la casa Real. Los varones acompañaban y guardaban la persona del Rey, servian en casa y á la mesa; los que tenian edad, iban en su compañía quando salia á caza, y seguíanle á la guerra con sus armas: escuela de que salian gobernadores prudentes, esforzados y valerosos capitanes. Las hijas servian á la Reyna en su aposento: allí las amaestraban en toda crianza, hacer labor, cantar y danzar quanto á mugeres pertenecia. Llegadas á edad, las casaban conforme á la calidad de cada qual. Entre estas una hija del conde Julian llamada Cava, moza de estremada hermosura, se criaba en servicio de la Reyna Egilona. Avino que jugando con sus iguales, descubrió gran parte de su cuerpo. Acechábalas el Rey de cierta ventana, que con aquella vista fué de tal manera herido y prendado, que ninguna otra cosa podia de ordinario pensar. Avivábase en sus entrañas aquella deshonesta llama, y cebábase con la vista ordinaria de aquella doncella, que era la parte por do le entró el mal. Buscó tiempo y lugar á propósito, mas como ella no se dexase vencer con halagos, ni con amenazas y miedos, llegó su desatino á tanto que

le hizo fuerza, con que se despeñó á sí y á su reyno en su perdicion como persona estragada con los vicios, y desamparada de Dios. Hallábase á la sazon el conde Don Julian ausente en Africa, ca el Rey le enviara en embaxada sobre negocios muy importantes. Apretaba á su hija el dolor; y la afrenta recebida la tenia como fuera de sí: no sabia qué partido se tomase, si disimular, si dar cuenta de su daño. Determinóse de escribir una carta á su padre deste tenor: « Oxalá, padre y señor, oxalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva poneros en ocasion de un dolor y quebranto perpetuo. Con quantas lágrimas escriba esto, estas manchas y borrones lo declaran; pero si no lo hago luego, daré sospecha que no solo el cuerpo ha sido ensuciado, sino tambien amancillada el alma con mancha y infamia perpetua. ¿Qué salida tendrán nuestros males? ¿quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? ¿Esperarémos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la misma muerte? Avergüenzome de escribir lo que no me es lícito callar, ¡ó triste y miserable suerte! En una palabra: vuestra hija, vuestra sangre, y de la alcuña Real de los Godos, por el Rey Don Rodrigo, al que estaba (mal pecado) encomendada, como la oveja al lobo, con una maldad increible ha sido afrentada. Vos si sois varones, haréis que el gusto que tomó de nuestro daño, se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linage y á nuestra casa.» Grande fué la cuita que con esta carta cayó en el Conde y con estas nuevas: no hay para que encarecello, pues cada qual lo podrá juzgar por sí mismo: revolvió en su pensamiento diversas trazas, resolvióse de apresurar la traycion que poco antes tenia tramada, dió órden en las cosas de Africa, y con tanto sin dilacion pasó á España; que el dolor de la afrenta le aguijaba y espoleaba. Era hombre mañoso, atrevido, sabia muy bien fingir y disimular. Asi llegado á la Corte, con relatar lo que habia hecho y con acomodarse con el tiempo, crecia en gracia y privanza de suerte que le comunicaban todos los secretos, y se hallaba á los consejos de los negocios mas graves del reyno; lo qual todo no se hacia solo por sus servicios y partes, sino mas aina por amor de su hija. Para enca-

minar sus negocios al fin que deseaba, persuadió al Rey que pues España estaba en paz, y los Moros y Franceses por diversas partes corrian las tierras de Africa y de Francia, que enviase contra ellos á aquellas fronteras todo lo que restaba de armas y caballos; que era desnudar el reyno de fuerzas para que no pudiese resistir. Concluido esto como deseaba, dió á entender que su muger estaba en Africa doliente de una grave y larga enfermedad: que ninguna cosa la podria tanto alentar, como la vista de su hija muy amada; que esto le avisaban y certificaban por sus cartas asi ella como los de su casa. Fué la diligencia que en esto puso tan grande, que el Rey dió licencia sea forzado de la necesidad, mayormente que prometia seria la vuelta en breve, sea por estar ya cansado y enfadado como suele acontecer de aquella conversacion. En la ciudad de Málaga, que está á las riberas del mar Mediterráneo, hay una puerta llamada de la Cava, por donde se dice como cosa recebida de padres á hijos, que salió esta señora para embarcarse. A la misma sazon el Rey, que por tantos desórdenes era aborrecido de Dios y de las gentes, cometió un nuevo desconcierto con que dió muestra de faltarle la razon y prudencia. Habia en Toledo un palacio encantado, como lo cuenta el arzobispo Don Rodrigo (1), cerrado con gruesos cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en él entrar, ca estaban persuadidos así el pueblo como los principales que á la hora que fuese abierto, seria destruida España. Sospechó el Rey que esta voz era falsa para efecto de encubrir los grandes tesoros que pusieron allí los Reyes pasados. Demas desto movido por curiosidad, sin embargo que le ponian grandes temores, como sean las voluntades de los Reyes tan determinadas en lo que una vez proponen, hizo quebrantar las cerraduras. Entró dentro: no halló algunos tesoros, solo un arca, y en ella un lienzo y en él pintados hombres de rostros y hábitos extraordinarios con un letrero en latin que decia: POR ESTA GENTE SERA EN BREVE DESTRUIDA ESPAÑA. Los trages y gestos parecian de Moros: así los que presentes se hallaron, quedaron persuadidos que aquel mal y daño vendria de Africa; y no menos ar-

(1) Lib. 3. cap. 17.

repentido el Rey aunque tarde de habér sin propósito y á grande riesgo escudriñado y sacado á luz mysterios encubiertos hasta entonces con tanto cuydado. Algunos tienen todo esto por fábula, por invencion y patraña: nos ní la aprobamos por verdadera, ni la desechamos como falsa; el lector podrá juzgar libremente, y seguir lo que le pareciere probable: no pareció pasalla en silencio por los muchos y muy graves autores que la relatan, bien que no todos de una manera.

Capítulo XXII.

De la primera venida de los Moros en España.

Las armas de los Sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo esta canalla su orígen y principio en Arabia, y á Mahoma por caudillo, el qual primeramente engañó mucha gente con color de Religion. Despues se apoderó de las partes y provincias de Levante: desde allí se estendió ácia Mediodía, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de Occidente. Consideró el Emperador Heraclio el peligro que amenazaba; y asi despues que venció á Cosroes Rey de Persia y se apoderó de la Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste: dió sueldo á quatro mil Sarracenos de los mas nobles y valientes. Mostró con esto querer honrallos y hacer dellos confianza, como quier que á la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen segun que habian comenzado nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido á los soldados por una ley de Justiniano que hasta hoy se conserva. Nególes su peticion el Prefecto del Fisco: que en tiempo tan estragado era un eunucho: díxoles palabras afrentosas, es á saber: « qué sobra á los soldados Romanos que se pueda dar á estos canes? » Irritáronse ellos con aquella respuesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilacion sus banderas, y vueltos á su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio Romano. Sugetaron á Egypto y á los Persas, flacos á la sazon y sin fuerzas por las victorias que poco antes sobre ellos ganaron

los Romanos; y no solo los sugetaron como vencedores, sino tambien los compelieron á que profesasen la ley y tomasen el nombre de Sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Suria, y diversas veces acometieron la Africa, en que los trances fueron diferentes, ca á veces vencian, y á veces al contrario; mas últimamente salieron con la empresa. Fué asi que el Rey desta gente por nombre Abimelech con un grueso exército se metió por Africa y se puso sobre Carthago: tomóla y echóla por tierra; pero sin embargo fueron vencidos y echados de toda la Africa por Juan Prefecto del Pretorio, gobernador á la sazon de aquellas partes. Tornábanse á rehacer para entrar de nuevo con mas fuerzas y mas bravos: por este respeto Juan se embarcó y pasó á Constantinopla para pedir gente de socorro al Emperador Leoncio, que fué el año del Señor de setecientos poco mas ó menos. Las legiones Romanas que en Africa y en Carthago quedaban, cansadas de esperar ó con deseo de novedades alzaron por Emperador á un Tiberio Apsimaro, y para apoderalle del imperio pasaron con él á la misma ciudad de Constantinopla. Con esto quedó Africa desapercebida y flaca: acometiéronla de nuevo y sugetáronla los Sarracenos. Pasaron adelante, y hicieron lo mismo en la Numidia y en las Mauritanias sin parar hasta el mar Océano y Atlántico, fin y remate del mundo. Era señor de toda aquella gente y de aquel imperio Ulit: llamábase Miramamolin, que era apellido de supremo Emperador. Gobernaba en su nombre lo de Africa Muza hombre feroz, en sus consejos prudente, y en la execucion presto. El conde Don Julian luego que alcanzó licencia del Rey para pasar en Africa, de camino se vió con las cabezas de la conjuracion para mas prendallos, hablóles conforme al apetito de cada qual: prometia á unos riquezas, á otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecia la falta que dellas el Rey tenia. No lexos de la villa de Consuegra está un monte llamado Calderino, y porque este nombre arábigo quiere decir monte de traycion, los de aquella comarca se persuaden, como cosa recebida de sus antepasados, que en aquel monte se juntaron el Conde y los demas para acordar, como acordaron, de llamar los Moros á España. Llegado en Africa, lo primero que hizo fué irse á ver con Muza: declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban: quexóse

de los agravios que el Rey tenia hechos sin causa asi á él, como á los hijos del Rey Witiza, que demas de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba á andar desterrados, pobres y miserables, y sin refugio alguno; dado que no les faltaban las aficiones de muchos, que llegada la ocasion se declararian. Que era buena sazon para acometer á España, y por este camino apoderarse de toda la Europa en que hasta entonces no habian podido entrar; solo era necesario usar de presteza para que los contrarios no tuviesen tiempo de aprestarse. Encarecíale la facilidad de la empresa, á que se ofrecia salir él mismo con pequeña ayuda que de Africa le diesen, confiado en sus aliados. Que por tener en su poder (de la una y de la otra parte del estrecho) las entradas de Africa y de España, no dudaria de quitar la corona á su contrario. No le parecia al bárbaro mala ocasion esta; solo dudaba de la lealtad del Conde si por ser Christiano guardaria lo que pusiese. Parecióle comunicar el negocio con el Miramamolin. Salió acordado que con poca gente se hiciese primero prueba de las fuerzas de España, y si las obras del Conde eran conformes á sus palabras. Era Muza hombre recatado: hallábase ocupado en el gobierno de Africa, empeñado en muchos y graves negocios. Envió al principio solos ciento de á caballo y quatrocientos de á pie repartidos en quatro naves. Estos acometieron las islas y marinas cercanas al estrecho. Sucedieron las cosas á su propósito que muchos Españoles se les pasaron. Con esto de nuevo envió doce mil soldados, y por su capitan Tarif por sobrenombre Abenzarca, persona de gran cuenta, dado que le faltaba un ojo. Para que fuese el negocio mas secreto, y no se entendiese donde se encaminaban estas tramas, no se apercibió armada en el mar, sino pasaron en naves de mercaderes. Surgieron cerca de España y lo primero se apoderaron del monte Calpe y de la ciudad de Heraclea que en él estaba, y en lo de adelante se llamó Gibraltar, de Gebal que en arábigo quiere decir monte, y de Tarif el general; de cuyo nombre tambien, como muchos piensan, otra ciudad allí cerca llamada antiguamente Tartesso tomó nombre de Tarifa. Tuvo el Rey Don Rodrigo aviso de lo que pasaba, de los intentos del Conde, y de las fuerzas de los Moros. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (hay quien le llame Iñigo) para que le saliese al encuentro. Fué muy

desgraciado este principio, y como pronóstico y mal agüero de lo de adelante. El exército era compuesto de toda broza, y como gente allegadiza, poco exercitada, ni tenian fuerza en los cuerpos, ni valor en sus ánimos: los esquadrones mal formados, las armas tomadas de orin, los caballos ó flacos ó regalados, no acostumbrados á sufrir el polvo, el calor, las tempestades. Asentaron su real cerca de Tarifa: tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor, últimamente ordenadas las haces, se dió la batalla, que estuvo por algun espacio en peso sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los Moros el campo. Sancho el general muerto, y con él parte del exército, los demas se salvaron por los pies. Pasaron los bárbaros adelante engreidos con la victoria: talaron los campos del Andalucía y de la Lusitania; tomaron muchos pueblos por aquellas partes, en particular la ciudad de Sevilla por estar desmantelada y sin fuerzas. Sucedió esta primera desgracia el año setecientos y trece, en el qual Sinderedo arzobispo de Toledo por la revuelta de los tiempos ó por la insolencia del Rey se ausentó de España. Pasó á Roma, do los años adelante se halló en un concilio Lateranense que se celebró por mandado del Papa Gregorio III. Por su ausencia los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado por no carecer de pastor en tiempo tan desgraciado. No hicieron caso de Don Oppas como de intruso y entronizado contra derecho. Dieron sus votos á Urbano que era primiclerio de aquella iglesia, que era lo mismo que chantre, persona de conocidas partes y virtud, pero porque su eleccion fué en vida de Sinderedo, y parece no fué confirmada por quien de derecho lo debia ser, los antiguos no le contaron en el número de los prelados de Toledo, como se saca de algunos libros antiguos en que se pone la lista y catálogo de los arzobispos de aquella ciudad.

Capítulo XXIII.

De la muerte del Rey Don Rodrigo.

Cosas grandes eran estas y principios de mayores males; las quales acabadas en breve, los dos caudillos Tarif y el conde Don Julian dieron vuelta á Africa para hacer instancia, como la hicieron, á Muza que les acudiese con nuevas gentes para llevar adelante lo comenzado. Quedó en rehenes y para seguridad de todo el conde Requila: con que mayor número de gente de á pie y de á caballo vino á la misma conquista. Era tan grande el brio que con las victorias pasadas y con estos nuevos socorros cobraron los enemigos, que se determinaron á presentar la batalla al mismo Rey Don Rodrigo, y venir con él á las manos. El movido del peligro y daño, y encendido en deseo de tomar emienda de lo pasado y de vengarse, apellidó todo el reyno. Mandó que todos los que fuesen de edad, acudiesen á las banderas. Amenazó con graves castigos á los que lo contrario hiciesen. Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que menos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerzas para sufrir los trabaxos y incomodidades de la guerra; la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones. Este fué el exército con que el Rey marchó la vuelta de Andalucía. Llegó por sus jornadas cerca de Xerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos, los Moros orgullosos con la victoria, los Godos por vengarse, por su patria, hijos, mugeres y libertad no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte dellos sentian en sus corazones una tristeza extraordinaria, y un silencio qual suele caer á las veces como presagio del mal que ha de venir sobre algunos. Al mismo Rey, congoxado de cuydados entre dia, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Pe-

learon ocho dias continuos en un mismo lugar: los siete escaramuzaron, como yo lo entiendo: á propósito de hacer prueba cada qual de las partes de las fuerzas suyas y de los contrarios. Del suceso no se escribe: debió ser vario, pues el octavo dia se resolvieron de dar la batalla campal, que fué domingo á nueve del mes que los Moros llaman Xavel, ó Scheval, así lo dice Don Rodrigo, que vendria á ser por el mes de junio conforme á la cuenta de los Arabes; pero yo mas creo fué el once de noviembre dia de San Martin, segun se entiende del Chronicon Alveldense año de nuestra salvacion de setecientos y catorce. Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El Rey desde un carro de marfil, vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los Reyes Godos tenian quando entraban en las batallas, habló á los suyos en esta manera: «Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa Fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos guerra, sino pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mugeres y patria: saquear y echar por tierra los templos de Dios: hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas, como lo han hecho en otras partes? y casi veis con los ojos y con las orejas oís el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta ahora han hecho guerra contra eunuchôs: sientan que cosa es acometer á la invencible sangre de los Godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreidos con aquella victoria, y por haberlos Dios cegado han pasado tan adelante que no podrán volver atrás sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los Moros en su tierra, corríamos las tierras de Francia; al presente, ó grande mengua, y digna que con la misma muerte si fuere menester se repare, somos acometidos en nuestra tierra: tal es la condicion de las cosas humanas; tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera que no se podrá perder; pero quando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonaros y encenderos el deseo de la venganza. Los campos están bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada: ¿quién podrá sufrir tal estrago? Lo que ha si-

do de mi parte, ya veis quan grande exército tengo juntado, apenas cabe en estos campos, las vituallas y almacen en abundancia, el lugar es á propósito; á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demas desto hay otras cosas que ahora se callan, y al tiempo del pelear veréis quan apercebido está todo. En vuestras manos, soldados, consiste lo demas: tomad ánimo y corage, y llenos de confianza acometed los enemigos: acordaos de vuestros antepasados, del valor de los Godos; acordaos de la Religion Christiana, debaxo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.» Al contrario Tarif, resuelto así mismo de pelear, sacó sus gentes, y ordenados sus esquadrones, les hizo el siguiente razonamiento: «Por esta parte se estiende el Océano, fin último y remate de las tierras, por aquella nos cerca el mar Mediterráneo, nadie podrá escapar con la vida, si no fuere peleando: no hay lugar de huir, en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este dia ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es fin de los males, la victoria causa de alegría: no hay cosa mas torpe que vivir vencidos y afrentados: los que habeis domado la Asia y la Africa, y al presente no tanto por mi respeto, quanto de vuestra voluntad acometeis á haceros señores de España, debeis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal que ganaréis. No os ofrecemos por premio los desiertos de Africa, sino los gruesos despojos de toda Europa; ca vencidos los Godos, demas de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Temeréis por ventura este exército sin armas, juntado de las heces del vulgo, sin órden y sin valor? que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo: ni vencen los muchos, sino los denodados; con su muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con las manos desnudas los venceréis. Quando tenian las fuerzas enteras, los desbaratastes; ¿por ventura ahora perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo alcanzarán la victoria? La alegría pues y el denuedo que en vos veo, cierto presagio de lo que será, esa llevad á la pelea confiados en vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro Profeta Mahoma, ven-

ced los enemigos que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor: las pobres chozas de Africa con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste y llevais el imperio, la salud, la alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza.» Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los Godos al son de sus trompetas y caxas se adelantaron, los Moros al son de los atabales de metal á su manera encendian la pelea: fué grande la gritería de la una parte y de la otra, parecia hundirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea, despues vinieron á las espadas. La pelea fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse: solo los Moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, quando Don Oppas, ¡ó increible maldad! disimulada hasta entonces la traycion, en lo mas recio de la pelea segun que de secreto lo tenian concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con Don Julian que tenia consigo gran número de los Godos, y de través por el costado mas flaco acometió á los nuestros. Ellos atónitos con traycion tan grande, y por estar cansados de pelear no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el Rey con los mas esforzados peleaba entre los primeros y acudia á todas partes, socorria á los que via en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponia otros sanos: detenia á los que huian, á veces con su misma mano, de suerte que no solo hacia las partes de buen capitan, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último perdida la esperanza de vencer, y por no venir vivo en poder de los enemigos saltó del carro, y subió en un caballo llamado Orelia que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder: con tanto él se salió de la batalla. Los Godos que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron, parte quedaron en el campo muertos, los demas se pusieron en huida: los reales y el bagage en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice, entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta

sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Dia aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre ínclyto de los Godos: allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que mas de trecientos años habia durado, quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del Rey Don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería fueron hallados á la ribera del rio Guadalete; y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huida murió ó se ahogó á la pasada del rio. Verdad es que como docientos años adelante en cierto templo de Portugal en la ciudad de Viseo se halló una piedra con un letrero en latin, que vuelto en romance dice:

AQUI REPOSA RODRIGO ULTIMO REY DE LOS GODOS.

Por donde se entiende que salido de la batalla, huyó á las partes de Portugal. Los soldados que escaparon, como testigos de tanta desventura tristes y afrentados se derramaron por las ciudades comarcanas. Don Pelayo de quien algunos sospechan se halló en la batalla, perdida toda esperanza, parece se retiró á lo postrero de Cantabria ó Vizcaya, que era de su estado: otros dicen que se fué á Toledo. Los Moros no ganaron la victoria sin sangre, que dellos perecieron casi diez y seis mil. Fueron los años pasados muy estériles, y dexada la labranza de los campos á causa de las guerras: España padeció trabaxos de hambre y peste. Los naturales enflaquecidos con estos males tomaron las armas con poco brio: los vicios principalmente y la deshonestidad los tenian de todo punto estragados, y el castigo de Dios los hizo despeñar en desgracias tan grandes.

Capítulo XXIV.

Que los Christianos se fueron á las Astúrias.

Gobernaba la iglesia de Roma el Papa Constantino, el imperio de Oriente Anastasio por sobrenombre Artemio, Rey de

Francia era Childeberto Tercero de aquel nombre á la sazon que España estaba toda llana de alboroto y de llanto no solo por la pena y cuita del mal presente, sinó tambien por el miedo que para adelante se aparejaba : no faltaba algun género de desventura, pues el vencedor con la licencia y libertad que suele, afligia todos los vencidos de qualquier edad ó condicion que fuesen. Un buen golpe de los que escaparon de aquella desastrada batalla: se recogieron á Ecija ciudad que no caia lexos, y en aquel tiempo bien fortificada de muros. Con esto se juntaron los ciudadanos, y animados á tratar del remedio, aunque fuese con riesgo de sus vidas, salvar lo que quedaba, y vengar si pudiesen las injurias, no dudaron de salir al campo y pelear de nuevo con el vencedor, que executaba el alcance y perseguia lo que restaba de los Godos. El suceso desta batalla fué el mismo que el pasado, de nuevo fueron los nuestros desbaratados y puestos en huida; los que escaparon de la matanza, se fueron por diversos lugares: la ciudad por estar desnuda de gente de guerra quedó en poder del vencedor, y por su mandado la echaron por tierra. Despues desto por consejo y á persuasion del conde Don Julian se dividieron los Moros en dos partes: los unos debaxo la conducta de Magued, renegado de la Religion Christiana, se encaminaron á Córdoba, que por estar desamparada de sus moradores que por miedo del peligro se fueran á Toledo, fácilmente fué puesta en sugecion y tomada por aviso de un pastor, que en los muros cerca de la puente les mostró cierta parte por donde entraron, ayudados así mismo del silencio de la noche y muertas las centinelas. El gobernador de la ciudad se hizo fuerte en un templo que se llamaba San Jorge, en que se mantuvo por espacio de tres meses; pero á cabo deste tiempo como huyese, fué preso y vino en poder de los Moros: el templo entraron por fuerza, y pasaron á cuchillo todos los que en él estaban. Con la otra parte del exército Tarif saqueaba y talaba, y metia á fuego y á sangre lo restante de Andalucía, y corria los vencidos por todas partes. Mentesa fué tomada por fuerza y destruida; de la qual dice el arzobispo Don Rodrigo caia cerca de Jaen, pero á la verdad algo mas apartada estaba. En Málaga, en Illiberris y en Granada pusieron guarnicion de soldados. Murcia se rindió á partido, que sacó el gobernador aventajado, como buen

soldado y sagaz que era, ca despues que en un encuentro fué vencido por los Moros, puso las mugeres vestidas como hombres en la muralla: los Moros con aquella maña persuadidos que habia dentro gran número de soldados, le otorgaron lo que pidió. De Murcia dice el mismo Don Rodrigo que en aquel tiempo se llamaba Oreola. Demas desto los Judíos mezclados con los Moros fueron puestos por moradores en Córdoba y en Granada á causa que los Christianos se habian ido á diversas partes, y dexádolas vacías. Restaba Toledo ciudad puesta en el riñon de España, de asiento inexpugnable. El arzobispo Urbano, sin embargo de su fortaleza, se habia retirado á las Asturias, y llevado consigo las sagradas reliquias porque no fuesen profanadas por los enemigos del nombre Christiano, en particular llevó le vestidura traida á San Illephonso del cielo, y un arca llena de reliquias, que por diversos casos fuera llevada á Jerusalem, y despues parara en Toledo. Llevó así mismo los libros sagrados de la Biblia, y las obras de los santos varones Isidoro, Illephonso, Juliano, muestras de su erudicion y santidad, tesoros mas preciosos que el oro y las perlas, porque no fuesen abrasados con el fuego que destruia todo lo demas. En compañía de Urbano para mayor seguridad fué Don Pelayo, como se halla escrito en graves autores. Y para que estos tesoros celestiales estuviesen mas libres de peligro, en lo postrero de España los pusieron en una cueva debaxo de tierra, distante dos leguas de donde despues se edificó la ciudad de Oviedo. Desde el qual tiempo se llamó aquel lugar el monte santo, y de muy antiguo es tenido en gran devocion por los pueblos comarcanos, de donde todos los años acude allí gran muchedumbre, principalmente la fiesta de la Magdalena. Hicieron así mismo compañía á Urbano y á Don Pelayo los mas nobles y ricos ciudadanos de Toledo por estar mas lexos del peligro, seguir el exemplo de su Prelado, y conservarse para mejor tiempo. Juntáronse los Moros de diversas partes, en que todo les sucedia prósperamente, para poner cerco á Toledo. Llevaron por su caudillo á Tarif; y por las causas ya dichas fácilmente se apoderaron de aquella ciudad, silla de los Reyes godos y lumbre de toda España. En la manera como se tomó hay opiniones diferentes. El arzobispo Don Rodrigo dice que los Judíos que quedaron en la ciudad, y estaban á la mira sin

poner á riesgo sus cosas hora venciesen, hora fuesen vencidos los Españoles, y tambien por el odio del nombre Christiano sin dilacion abrieron las puertas á los vencedores, y á exemplo de lo que se hizo en Córdoba y en Granada, los Judíos y Moros fueron en ella puestos por moradores. Don Lucas de Tuy al contrario afirma que los Christianos de Toledo confiados en la fortaleza del sitio, magüer que eran en pequeño número, sin fuerzas y sin esfuerzo, sufrieron el cerco algunos meses hasta tanto que últimamente el Domingo de Ramos, dia en que se celebra la Pasion del Señor, como era de costumbre salieron los Christianos en procesion á Santa Leocadia la del Arrabal, entretanto los enemigos fueron por los Judíos recebidos dentro de la ciudad, y por ellos los ciudadanos todos muertos ó presos. En cosas tan inciertas seria atrevimiento sentenciar por la una ó por la otra parte; todavia yo mas me allego á los que dixeron que la ciudad despues de un largo cerco entregaron á partido sus mismos ciudadanos. Las condiciones que se asentaron, dicen fueron estas: los que quisiesen partirse de la ciudad, sacasen libremente sus haciendas: los que quedar, pudiesen seguir la Religion de sus padres, para cuyo exercicio los señalaron siete templos, es á saber de los Santos Justa, Torquato, Lucas, Marco, Eulalia, Sebastian y el de Nuestra Señora del Arrabal. Los tributos fuesen los mismos que acostumbraban pagar á los Reyes Godos, sin que les pudiesen poner otros de nuevo. Que los gobernasen por sus leyes, y para este efecto se nombrasen jueces de entre ellos que les hiciesen justicia. Por esta manera fué Toledo puesta en poder de los Moros. Las demas ciudades de España unas se rendian de voluntad, otras tomaban por fuerza; que la llama de la guerra se emprendia por todas partes. Los moradores se derramaban por diversos lugares, como á cada uno guiaba el miedo ó la esperanza. Leon forzada de la hambre y por falta de mantenimientos se rindió. Guadalaxara en los Carpetanos fué tomada. En los Celtíberos en un pueblo que en nuestro tiempo se llama Medinaceli, y antiguamente dice Don Rodrigo se llamó Segoncia, hallaron una mesa de esmeralda, como yo lo entiendo de mármol verde, de grandor, estima y precio extraordinario: de donde los Moros llamaron aquel pueblo Medina Talmeyda, que significa ciudad de mesa. En Castilla la

vieja se entregó Amaya forzada de la hambre que cada dia se embravecia mas, cuyos despojos sobrepujaron las riquezas de las demas á causa que muchos confiados en su fortaleza se recogieron á ella con todo lo mejor de sus casas. Llamábase aquella parte de Castilla en aquel tiempo campo de los Godos: de allí quedó que hasta hoy se llama tierra de Campos. En Galicia quemaron á Astorga, los muros por ser de buena estofa quedaron en pie. En las Asturias Gijon, pueblo por la parte de tierra y de la mar muy fuerte, vino asimismo en poder de los Moros. Pusieron guarniciones de soldados en lugares á propósito para que los naturales no pudiesen rebullirse; ni sacudir aquel yugo tan pesado de sus cervices. El exército de los Moros rico con los despojos de España, y su general Tarif debaxo cuya conducta ganaran tantas victorias, dieron vuelta á Toledo para con el reposo gozar el fruto de tantos trabaxos, y desde allí como desde una atalaya muy alta proveer y acudir á las demas partes. Todo esto pasó el año de setecientos y quince, en que halló tambien se apoderaron de Narbona, ca diversos exércitos de Africa á la fama de victoria tan señalada como enxambres se derramaban por todo el señorío de los Godos. Los naturales parte huidos, parte amedrentados no hallaban traza para ayudar á su patria: ningun exército en número y en fuerzas bastante se juntaba, solo cada qual de las ciudades proveia en particular lo que le tocaba; así nombraron diversos gobernadores, y porque en guerra y en paz eran soberanos, sin reconocer superior, algunos historiadores les dan nombre de Reyes.

Capitulo XXV.

Como Muza vino á España.

En tanto que esto pasaba en España, de Africa se sonaba que Muza era combatido de diversas olas de pensamientos. Por una parte se holgaba que aquella nobilísima provincia fuese vencida, y el señorío de los Moros hobiese pasado á Europa, por otra le escocía que por su descuydo hobiese Tarif ganado no solo los despojos de España, sino tambien la honra de to-

do. Aguijoneábanle igualmente la avaricia y la envidia, malos consejeros en guerra y en paz. Acordó de pasar en España, como lo hizo, con un nuevo exército en que dicen se contaban doce mil soldados: pequeño número para empresas tan grandes, si los Españoles no estuvieran de todo punto apretados y caidos, porque lo que suele acontecer quando los negocios estan perdidos, todos daban buen consejo que se acudiese á las armas y á la defensa, pero cada uno rehusaba de acometer el peligro. Venido el nuevo caudillo de los Moros, se mudó la manera de hacer la guerra: que si bien algunos le aconsejaban juntase las fuerzas con Tarif, y de consuno acometiesen las demas ciudades que aun no estaban rendidas; prevaleció empero el parecer de aquellos que aunque eran Christianos, teniendo mas cuenta con el tiempo que con la conciencia, prometian su ayuda á Muza para acabar lo que restaba; con la qual y con sus fuerzas podria sugetar las ciudades comarcanas: cosa que al bárbaro parecia ser de mayor reputacion. Acudió tambien el conde Don Julian sea con deseo de ganar la gracia del nuevo capitan y esperar dél mayores mercedes, sea por odio de Tarif y disension que resultó entre los dos: que suelen los traydores como son bulliciosos y inconstantes, despues de haber servido perder primero la gracia, y adelante ser aborrecidos asi por la memoria de la maldad, como porque los miran como acreedores. De Algecira, do desembarcaron estos bárbaros, fueron primeramente á ponerse sobre Medina Sidonia, sitio que los moradores sufrieron por algun tiempo, y aun fiados de su valentía diversas veces hicieron salidas sobre los enemigos, mas fueron rebatidos y al fin tomados por fuerza. Pusieron con el mismo ímpetu sitio sobre Carmona, ciudad antiguamente la mas fuerte del Andalucía. Gastáronse algunos dias en el cerco, porque los moradores se defendian valientemente. Usó el conde Don Julian de cierto engaño: fingió en cierta qüestion que se huia de los Moros, los ciudadanos engañados recibiéronle dentro de los muros por la puerta que entonces se llamaba de Córdoba, y con este embuste se tomó. Esto dice el arzobispo Don Rodrigo. El Moro Rasis discrepa en el tiempo y en la manera, ca dice fué tomada despues que Muza y Tarif se vieron en Toledo, y que los soldados de Don Julian no con muestra de huir, sino en trage de mercaderes me-

tieron en ella las armas con que la ganaron por fuerza. Acudió á Sevilla como á ciudad tan principal gran muchedumbre de Godos; pero como la morisma que iba sobre ella fuese grande, perdida la esperanza de poderse tener los de dentro, secretamente se huyeron, y los Moros apoderados della la entregaron á los Judíos para que junto con los Moros morasen en ella. Beja la de Lusitania ó Portugal, que se decia Pax Iulia, do se recogieron los ciudadanos de Sevilla, corrió la misma fortuna, dado que no se sabe si la entraron por fuerza, si se rindió á partido; solo consta que adelante vivió en ella gran número de Christianos. No lexos della cae Mérida colonia antiguamente de Romanos; y entonces la mas principal ciudad de Lusitania, y que conservaba todavía claros rastros de su antigua magestad, si bien de las muchas guerras pasadas quedó maltratada; y últimamente en la batalla en que se perdió el Rey Don Rodrigo y con él España, muchos de sus ciudadanos perecieron como buenos. Todo esto no fué parte para que perdiesen el ánimo, antes salieron contra el enemigo que sobre ellos venia. La pelea fué sin órden, muchos de ambas partes perecieron: los Moros eran mas en número, y así los Christianos fueron forzados á retirarse dentro de los muros. A la hora Muza acompañado de quatro personas solamente mirado el sitio y magestad de la ciudad, dixo: Parece que de todo el mundo se juntaron gentes á fundar este pueblo: dichoso quien fuese señor dél. Encendido en este deseo buscaba traza para salir con su intento. Estaba cerca de la ciudad una cantera antigua, la qual por ser honda pareció á propósito para armar una celada: puso pues en aquellas barrancas de parte de noche buen número de caballos. Dió vista á la ciudad: los cercados salieron á la pelea, adelantáronse sin órden, tanto que cayeron en la celada; con que por frente y por las espaldas fueron apretados de tal suerte que, con pérdida de muchos, pocos cerrado su esquadron y apretados pudieron volver á la ciudad. Con este daño reprimieron su atrevimiento, acordaron de no hacer salidas, sino defender solamente sus murallas. El cerco iba adelante, dilacion que daba mucha pena á Muza: apercibió todas las suertes de ingenios que en aquel tiempo se usaban, levantó torres de madera, hizo trabucos y mantas con que los soldados arrimados al muro pro-

curaban con picos abrir entrada. Acudian los cercados á todas partes, y con esfuerzo y diligencia rebatian estos intentos; pero eran pocos en número y comenzaban á sentir falta de vituallas y municiones: trataron de rendirse, mas con tales condiciones que Muza las rechazó con desden y saña: volvieron los Medianeros sin hacer algun efecto, solo con esperanza que aquel general les pareció tan viejo y flaco que apenas podria vivir hasta que la ciudad fuese tomada: no se le encubrió esto al bárbaro; usó de astucia, que á las veces mas vale maña que fuerza: tornaron los embaxadores á tratar del mismo negocio, maravilláronse de hallarle sin canas, que se habia teñido la barba y cabello; mas como quier que no entendiesen el artificio, juzgaron que era milagro, persuadieron á los suyos se rindiesen al que juzgaban vencia las mismas leyes de la naturaleza. Los partidos fueron: que los bienes de los ciudadanos muertos en las peleas y en el cerco fuesen confiscados: lo mismo las rentas de las iglesias, sus preseas, vasos y ornamentos de oro y de plata: los que quisiesen quedar en la ciudad, retuviesen sus haciendas, los que irse, lo pudiesen hacer libremente adonde quisiesen. No se averigua bastantemente el tiempo en que Mérida se rindió: el arzobispo Don Rodrigo dice fué en el mismo mes que Muza vino á España, pero no declara si el mismo año, ó el siguiente. Concuerdan que los de Beja, y los de Ilipula con intento de hacer rostro á los Moros antes que del todo se arraygasen en la tierra, con las armas se apoderaron de Sevilla, y pasaron á cuchillo gran parte de la guarnicion que allí quedó por los Moros. Poco aprovechó este esfuerzo, ca los Moros revolvieron sobre ellos, y con su daño los forzaron á sugetarse como de antes por este órden. Vino á España con Muza un su hijo llamado Abdalasis. Este en cierta ocasion se quexó á su padre de no haberle puesto en cosa en que pudiese mostrar su esfuerzo. Parecióle al padre tenia razon: dióle un grueso esquadron de Moros con que entró por tierra de Valencia, peleó diversas veces con la gente de aquella tierra: rindiósele aquella ciudad, las de Denia, Alicante y Huerta á partido que no violase los templos, que pudiesen vivir como Christianos, que á cada uno quedase su hacienda con pagar cierto tributo que se les imponia asaz tolerable. Acabadas estas cosas por todo el año de setecientos

y diez y seis, revolvió con sus gentes ácia Sevilla que estaba levantada, como queda dicho: sugetóla con facilidad, dió la muerte á los que fueron causa del alboroto y de la matanza que se hizo de los soldados Moros. Pasó adelante: tomó á Ilipula, en que hizo grande estrago, y aun se puede entender que la hizo abatir por tierra, pues de ciudad muy fuerte que era entonces, hoy es un pueblo pequeño llamado Peñaflor, puesto entre Córdoba y Sevilla. El Moro Rasis dice que la guarnicion de Mérida fué la que mataron los nuestros; y que para hacer esto los de Sevilla se juntaron con los de Beja y con los de Ilipula: cosa bien diferente de lo que queda dicho. Lo cierto es que de Mérida se partió Muza para Toledo. Salióle al encuentro Tarif, y para mas honrarle pasó adelante de Talavera. Juntáronse cerca del rio Tietar que riega los campos de Arañuelo. Las muestras de amor y contento fueron grandes, los corazones no estaban conformes, la envidia aquexaba á Muza, á Tarif el miedo; que tal es la fruta del mundo. Recelábase Tarif no le descompusiesen, porque le achacaba Muza que no habia obedecido á sus mandatos ni seguido su órden, que la victoria fué acaso, y no conforme á buen gobierno de guerra: achaques y cargo que al vulgo y gente de guerra no parecia bien, por estar acostumbrada á juzgar de los consejos de sus capitanes no tanto por lo que son, como por el fin que tienen y por lo que sucede, demas que todos sabian el mal talante y ánimo de Muza. Continuáronse los desabrimientos hasta que llegaron á Toledo. Allí tomaron cuentas á Tarif así de lo que gastara en la guerra, como de los despojos y tesoros ganados en ella. Disimulaba él toda esta acedia y mal tratamiento, y con servir y regalar á su contrario procuraba aplacar el ánimo y la saña de aquel viejo. En fin, reconciliados entre sí, caminaron ácia Zaragoza con intento de apoderarse, como lo hicieron, de aquella ciudad poderosa en armas y en gente. Por abreviar, lo mismo hicieron de otras muchas ciudades de la Celtiberia y de la Carpetania, que hoy es el reyno de Toledo; que se apoderaron dellas y de las demas sin sangre, ca se dieron á partido. Con esto parecia que toda España quedaba sugeta y llana, que fué en menos de tres años despues que vino la primera vez el exército de Moros de Africa á estas partes. Verdad es que lo de mas adentro no se podia allanar

sin grande dificultad por estar España por muchas partes rodeada de riscos y montes y espesuras muy bravas. Supo el Miramamolin Ulit así las victorias, como las diferencias que andaban entre sus capitanes; y porque no parasen perjuicio les mandó á entrambos ir á su presencia. Muza resuelto de partirse, porque no sucediesen en lo ganado algunas alteraciones, nombró en su lugar por gobernador á su hijo Abdalasis, de cuyo esfuerzo y valor habia muestras frescas y bastantes. Juraron todos de obedecelle, y con tanto Muza y Tarif antes grandes y famosos caudillos, y en lo de adelante mas esclarecidos por cosas tan grandes como acabaron, se aprestaron para embarcarse, y consigo los tesoros, preseas, riquezas, oro y plata que los Godos en tantos años con todo su poder pudieron juntar.

Capítulo XXVI.

De los años de los Arabes.

Con la mudanza del gobierno y señorío las costumbres, ritos y leyes de España se trocaron y alteraron grandemente. Relatallo todo seria largo cuento: lo que al presente hace al propósito, y servirá para entender la historia de los tiempos adelante, dexada la cuenta de los años de que ordinariamente los Españoles usaban en los contratos, pleytos y en las historias, cuyo principio se tomaba del Nacimiento de Christo ó era de César, se introduxo casi por toda ella otra nueva manera de contar los tiempos, de que los Moros usan en todas las provincias en que se han estendido largamente. Fundador de aquella malvada supersticion fué Mahoma Arabe de nacion, el qual por la mucha prosperidad que tuvo en las guerras y por descuydo del Emperador Heraclio se llamó y coronó Rey de su nacion en Damasco, nobilísima ciudad de la Syria. Demas desto para que su autoridad fuese mayor, promulgó á sus gentes leyes como dadas del cielo por divina revelacion. No hay cosa mas engañosa que la máscara de la mala y perversa Religion, quando se toma para cubrir con ella como con velo las maldades y libertad, ni hay cosa mas poderosa para

trastornar los ánimos del pueblo y llevalle donde quiera. Desde este tiempo quando Mahoma se llamó Rey, comienzan los Arabes á contar los años de la Egira, que es tanto como jornada ó expedicion. Esto como quier que sea cierto, es muy dificultoso averiguar con que año de nuestra salvacion concurrió. Los autores andan varios, y no concuerdan en el cuento de los años adelante: vergonzosa ignorancia de historia y de antigüedad: grandes tinieblas de donde será dificultoso sacar á luz la verdad; procurarémoslo empero por quanto las fuerzas y diligencia alcanzare. El principio desta disputa se tomará un poco mas arriba en esta manera. El año resulta del movimiento del sol que corre por los signos del Zodíaco en trecientos y sesenta y cinco dias y un quarto de dia. Del movimiento de la luna y de sus variedades resultan los meses, ca discurre por el mismo círculo en dias veinte y nueve y doce horas. Todo el tiempo se divide en años y el año en meses: costumbre universal de todas las naciones, de que procede toda la dificultad por no ser cosa fácil igualar y ajustar en número de dias los movimientos del sol y de la luna tan diferentes entre sí, dado que por muchas veces grandes ingenios se han en esto desvelado. Los mas antiguos Romanos gobernaron el año por el movimiento del sol, que dividieron en solos diez meses: cuenta varia y inconstante. Destos meses los seis eran de á treinta dias, los quatro de á treinta y uno, es á saber marzo, mayo, julio, octubre. Todo el año tenia trecientos y quatro dias: comenzábase por el mes de marzo, como los nombres de setiembre, que es el séptimo mes, de octubre y de noviembre lo declaran. En tiempo tan grosero falto de erudicion y doctrina no advertian los inconvenientes, que las fiestas del estío venian á caer en invierno, las del verano en otoño: grande desórden y desconcierto. Los Arabes, de quien tomaron los Moros, para formar el año solo miraron al movimiento de la luna, componiéndolo de doce vueltas que dá por el Zodíaco, que son doce meses, los seis de á veinte y nueve dias, y los otros seis de á treinta; todo su año tenia dias trecientos y cinqüenta y quatro: manera que entre los Romanos imitó Numa Pompilio, ca añadió á la cuenta antigua del año cinqüenta dias repartidos en los meses de enero y de febrero, que tambien añadió á los demas; pero sucedia sin duda, aunque en mas

largo tiempo, que el frio venia en los meses del verano, y el calor al contrario: inconveniente en que forzosamente incurren los Moros por mantenerse obstinadamente hasta el dia de hoy en la costumbre que antiguamente tenian, que las demas naciones tuvieron cuydado y pusieron toda diligencia en ajustar los movimientos de la luna y del sol para corregir toda la variedad é inconstancia que entre ellos hay. Grande fué el trabaxo que en esto pasaron, y los caminos que tomaron diferentes. Los Griegos cada ocho años intercalaban noventa dias repartidos en tres meses: lo mismo hicieron los Romanos mas modernos por su exemplo, mudadas solamente algunas pocas cosas. Los Hebreos y los Egypcios, como gentes mas entendidas en los movimientos del cielo, hallaron mas prudentemente esta manera de emienda, que los latinos llamaron intercalacion. Porque en diez y nueve años, espacio en que se acaba toda la variedad del movimiento de la luna, intercalaron siete meses á ciertas distancias. Lo mismo hizo Julio Cesar despues que se apoderó de Roma, por entender pertenecia á su providencia y gobierno emendar la razon de los tiempos, que entre los Romanos andaba revuelta y confusa. Ayudóse del consejo de Sosigenes grande mathemático y astrólogo, y de Marco Fabio escribano de Roma, con cuya ayuda reduxo el año solar á trecientos y sesenta y cinco dias, y un quarto de dia; por donde cada quatro años se intercala un dia á veinte y quatro de febrero que es sexto de las kalendas de marzo, y el dia intercalado se llama tambien sexto de las mismas kalendas; por donde el año se llama bis sexto, que es lo mismo que dos veces sexto. La razon de la luna, y de toda su inconstancia y cuenta del año lunar comprehendieron con el Aureo número que procede de uno hasta diez y nueve, y fué puesto en el kalendario romano. Intercalaban en diez y nueve años siete lunas: manera que por entonces pareció muy á propósito para que la cuenta de los tiempos fuese ordenada, y ajustados los años solar y lunar, pero con el progreso del tiempo, por ciertas menudencias que no se consideraron en la cuenta del año, se halló que ni la una ni la otra cuenta concordaban con los movimientos de aquellos planetas, ni entre sí. Por donde los Christianos, que á imitacion de Cesar quanto á las fiestas inmovibles siguen el año solar, y quanto á las movibles el lunar,

hallaron haberse alexado mucho de lo que se pretendió, que ni el principio del año caia en el mismo dia que en tiempo de César, ni con el Aureo número, como se pretendia, se mostraban las conjunciones de la luna. Por lo uno y por lo otro el Papa Gregorio XIII, el año de mil y quinientos y ochenta y dos, quando esto escribíamos, emendó todo esto: quitó del kalendario el Aureo número, en cuyo lugar puso otro mayor que llamaron Epactas. Demas desto en el principio de octubre de aquel año se dexaron de contar diez dias para efecto que el principio del año solar volviese al asiento conveniente señalado por los antiguos. Y para que no hiciese dende mudanza en lo de adelante, proveyó que á ciertas distancias no se intercalase el bisexto, con que se acudió á todos los inconvenientes. Disputar de todo esto mas á la larga y mas sutilmente pertenece á los astrólogos; lo que es deste lugar y aprovecha para la historia es que los Moros, como poco antes se ha dicho, hacen el año menor que el nuestro once dias y un quarto. Lo qual por no considerar muchos autores señalaron en diversos lugares el principio de aquella cuenta de los Moros y de aquellos años de la Egira con tan estraña variedad, que desde el año de quinientos y noventa y dos hasta el de seiscientos y veinte y siete casi no hay año ninguno, en que alguno ó algunos autores no pongan el principio de la dicha cuenta: variedad y discordancia vergonzosa. Discordancia, de que pienso fué la causa que diversos escritores en diversos tiempos como se informasen quantos años corrian en aquella sazon de los Arabes, por no saber que eran menores que los nuestros, volviendo á contar ácia atrás y á restar aquel número de años de los de Christo, señalaron diversos principios, los postreros, como contaban mas años, mas arriba. En tanta variedad mucho tiempo nos hallamos suspensos y dudosos en lo que debíamos seguir. Lo que mas verisímil nos parece es que la computacion de los Arabes, de los Moros y de la Egira, que todo es uno, se debe comenzar el año de Christo seiscientos y veinte y dos á quince de julio, segun que lo testifican los Anales Toledanos que se escribieron pasados trecientos años ha. Lo mismo comprueban los letreros de las piedras y las memorias antiguas: concuerdan los Judíos y Moros, con quien para mayor seguridad lo comunicamos, segun que en un librito á

parte bastantemente lo tenemos todo deducido. Sin embargo el arzobispo Don Rodrigo y Isidoro Pacense se apartan desto, porque señalan el principio desta cuenta el año de Christo de seiscientos y diez y ocho, es á saber el año seteno del imperio de Heraclio. Otros muchos y casi los mas, en que hay mayor daño, igualaron los años de los Moros con los nuestros; cosa que no debieran hacer, como queda bastantemente advertido.

Capítulo XXVII.

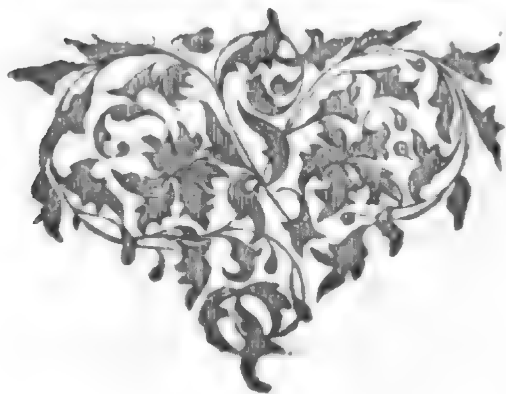
De lo que hizo Abdalasis.

Gobernó algun tiempo Abdalasis la provincia que su padre le encomendó, sabia y prudentemente. De Africa vinieron á España grandes gentíos para arraygarse mas los Moros en ella, para cultivar y poblar aquella anchísima tierra, á causa de las guerras pasadas falta de moradores y yerma. Diéronles campos y asientos: señalaron á Sevilla por cabeza, en que estuviese la silla del nuevo imperio, como ciudad grande y fuerte, y cómoda para dende acudir á lo demas. Egilona muger del Rey Don Rodrigo estaba cautiva con otros muchos. El Moro gobernador con son que por derecho de la guerra le tocaba aquella presa, la hizo traer ante sí. Era de buena edad, su hermosura y apostura muy grande. Así á la primera vista el bárbaro quedó herido y preso. Preguntóle con blandas palabras como estaba. Ella lastimada de la memoria de su prosperidad antigua, y renovada con esto su pena, comenzó á derramar lágrimas, despedir sollozos y gemidos. « Qué quieres (dixo con voz flaca) saber de mí, cuya desventura ha sonado y se sabe por todo el mundo, tanto mas grave quanto de todos es mas conocida? La que poco antes era Reyna dichosa, cuyo señorío se estendia fuera de España, al presente (ó triste fortuna) despojada de todo me hallo en el número de los esclavos y cautivos. La caida tanto es mas dolorosa quanto el lugar de que se cae es mas alto; lo que es de tal suerte, que los Españoles, olvidados de su afan, lloran mi desastre y les es ocasion de mayor pena. Tú si como es justo lo hagan los ánimos generosos, te mueves por el desastre de los Reyes, gózate en esta bienandanza tener

ocasion de hacer bien á la sangre Real. Ningun mayor favor me puedes hacer que volver por mi honestidad como de Reyna y de matrona, y no permitir que ninguno de mí se burle. Por lo demas tuya soy: de mí como de tu esclava haz lo que por bien tuvieres. Con las obras, por hallarme en este estado, no te podré gratificar lo que hicieres: la memoria y reconocimiento serán perpetuos, y la voluntad de agradarte y obedecerte muy grande.» Con este razonamiento y palabras quedó aquel bárbaro mas prendado. Usó con ella de halagos y de blandura, resuelto de tomarla por muger, como lo hizo, sin quitalle la libertad de ser Christiana. Túvola en su compañía con grande honra toda la vida; ca demas de su hermosura y de su edad que era muy florida, fué dotada de singular prudencia, tanto que por sus consejos principalmente enderezaba su gobierno, y á su persuasion por tener mas autoridad, y que nadie le menospreciase, usó de repuesto, aparato y corte Real, y se puso corona en la cabeza. En tierra de Antequera por la parte que toca los mojones y los aledaños de Málaga, hay un monte llamado Abdalasis, por ventura del nombre deste Príncipe; como tambien algunos sospechan que Almaguer pueblo de la órden de Santiago se llamó así de Magued capitan Moro, de quien dicen solia beber del agua de una fuente que está allí cerca; y porque el agua en lengua arábiga se dice Alma, pretenden que de alma y Magued se compuso el nombre de Almaguer. Hoy en aquel pueblo no hay fuentes, todos beben de pozos. No hay duda sino que con la mudanza que hubo en las demas cosas, se mudaron los apellidos á muchos pueblos, montes, rios, fuentes: de que resulta grande confusion en la memoria y nombres antiguos, ca los capitanes bárbaros parece pretendieron para perpetuar su memoria y para mayor honra suya fundar nuevos pueblos, ó mudar á otros sus apellidos que tenian de tiempo antiguo. Qué se haya hecho del conde Don Julian no se sabe, ni se averigua: la grandeza de su maldad hace se entienda que vivo y muerto fué condenado á eternos tormentos. Es opinion, empero sin autor que la compruebe bastantemente, que la muger del Conde murió apedreada, y un hijo suyo despeñado de una torre de Ceuta, y que á él mismo condenaron á cárcel perpetua por mandado y sentencia de los Moros á quien tanto quiso agradar. En un casti-

llo llamado Loharri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra fuera de la iglesia del castillo, dó dicen comunmente estuvo sepultado. Don Rodrigo y Don Lucas de Tuy testifican haber sido muerto y despojado de todos sus bienes así él como los hijos del Rey Witiza. Lo que se puede asegurar, es que el estado de las cosas era de todo punto miserable. Casi toda España estaba á los Moros sugeta á esta sazon: no se puede pensar género de mal que los Christianos no padeciesen, quitaban las mugeres á sus maridos, sacaban los hijos del regazo de sus madres, robaban los paños y ricas preseas libremente y sin castigo. Las heredades y los campos no rendian los frutos que solian, por estar airado el cielo y por la falta de labranza. Profanaban las casas y templos consagrados, y aun los abrasaban y abatían: los cuerpos muertos á cada paso se hallaban tendidos por las calles y caminos: no se oía por todas partes sinó llantos y gemidos. Finalmente no se puede pensar género de mal con que España no fuese afligida: claro castigo de Dios, que por tal manera tomaba venganza no solo de los malos, sino tambien de los inocentes por el menosprecio de la Religion y de sus leyes. Todavía en lo de Vizcaya y en parte de los Pyrineos ácia lo de Navarra y Aragon, en lo de Asturias y parte de Galicia se entretenian los Christianos, confiados mas en la aspereza de los lugares y por no acudir contra ellos los Moros, que en fuerzas ó ánimo que tuviesen para hacer resistencia. Los que estaban sugetos á los Moros y mezclados con ellos, entonces se comenzaron á llamar mixti-árabes, es á saber mezclados árabes; despues mudada algun tanto la palabra, los mismos se llamaron mozárabes. Dábanles libertad de profesar su Religion, tenian templos á fuer de Christianos, monasterios de hombres y mugeres como antes. Los obispos por miedo que su dignidad no fuese escarnecida entre aquellos bárbaros, se recogieron á Galicia junto con gran parte de la clerecía; y aun el obispo de Iria Flavia, que es el Padron, á muchos prelados que acudieron á su obispado, señaló rentas y diezmos con que se sustentasen en aquel destierro, como se entiende por la narrativa de un privilegio que el Rey Don Ordoño el Segundo dió á la iglesia de Santiago de Galicia año de Christo de novecientos y trece. Desta manera cayó España: tal fué el fin del nobilísimo reyno de los Godos.

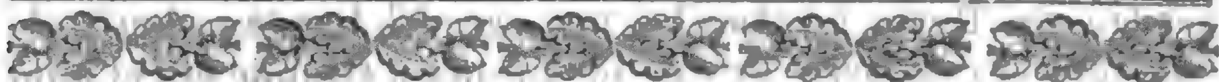
Con el cielo sin duda se revuelven las cosas de acá : lo que tuvo principio, es necesario se acabe, lo que nace muere, y lo que crece se envejece. Cayó pues el reyno y gente de los Godos no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, para que despues de tal castigo de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que antes era: refugio en este tiempo, amparo y columna de la Religion Cathólica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros termina su muy ancho imperio, y le estiende como hoy lo vemos hasta los últimos fines de Levante y Poniente. Porque en el mismo tiempo que esto se escribia en latin, Don Phelipe II. Rey cathólico de España, vencidos por dos y mas veces en batalla los rebeldes, juntó con los demas estados el reyno de Portugal con atadura como lo esperamos dichosa y perpetua : con que esta anchísima provincia de España, reducida despues de tanto tiempo debaxo un sceptro y señorío, comienza á poner muy mayor espanto que solia á los malos y á los enemigos de Christo.



T. II. pág. 117.



D. PELAYO.



LIBRO SÉPTIMO.

Capítulo primero.

Como el Infante Don Pelayo se levantó contra los Moros.

No pasaron dos años enteros despues que el furor africano hizo á España aquella guerra cruel y desgraciada, quando un gran campo de Moros pasó las cumbres de los Pyrineos por donde parten término España y Francia, y por fuerza de armas rompió por aquella provincia con intento de rendir con las armas vencedoras aquella parte de Francia que solia ser de los Godos. Ademas que se les presentaba buena ocasion conforme al deseño que llevaban, de acometer y apoderarse de toda aquella provincia por estar alterada con discordias civiles, y muy cerca de caer por el suelo á causa de la ociosidad y descuydo muy grande de aquellos Reyes, con que las fuerzas se enflaquecian y marchitaban, no de otra guisa que poco antes aconteciera en España. Pipino el mas viejo, y Cárlos su hijo bien que habido fuera de matrimonio, por su valor y esfuerzo en las armas llamado por sobrenombre Martello, señores de lo que entonces Astrasia y al presente se dice Lorena, eran Mayordomos de la casa Real de Francia, y como tales gobernaban en paz y en guerra la república á su voluntad: camino que claramente se hacian y escalon para apoderarse del reyno

y de la corona, cuyo nombre quedaba solamente á los que eran verdaderos Reyes y naturales por ser del linage y alcuña de Pharamundo primero Rey de los Francos. Grande era el odio que resultaba y el disgusto que por esta causa muchos recebian: llevaban mal que una casa en Francia y un linage estuviese tan apoderado de todo que pudiese mas que las leyes y que los Reyes y toda la demas nobleza. Eudon duque de Aquitania, hoy Guiena, era el principal que hacia rostro y contrastaba á los intentos de los Austrasianos. Cada parte tenia sus valedores y allegados, con que toda aquella nacion y provincia estaba dividida en parcialidades y bandos. Lo que hace á nuestro propósito; es que con la ocasion de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia las reliquias de los Godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos á las Asturias, Galicia y Vizcaya tenian mas confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí como podrian recobrar su antigua libertad. Quexábanse en secreto que sus hijos y mugeres hechos esclavos servian á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos llegados á lo último de la desventura, no solo padecian el público vasallage, sino cada qual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados: los templos de los santos unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros despues de la victoria servian á la torpeza de la supersticion mahometana, saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias: rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza que era gobernador de Gijon, aunque puesto por los Moros, de profesion Christiano en quien fuera justo hallar algun reparo, no se veia cosa de hombre fuera de la figura y apariencia, ni de Christiano mas del nombre y hábito exterior: que les seria mejor morir de una vez, que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida, ni el imperio de su gente que por permision de Dios era acabado, solo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable, y de vida no tan amarga como era la que padecian. Los que desto trataban, tenian mas falta de caudillo que de fuerzas, el qual con el riesgo de su vida y con su exemplo despertase á los demas Christianos de España, y los animase para acometer co-

sa tan grande, porque como suele el pueblo todos blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza: el vigor y valor de los ánimos caido, la nobleza de los Godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el infante Don Pelayo como el que venia de la alcuña y sangre Real de los Godos, sin embargo de los trabaxos que habia padecido, resplandecia y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabian muy bien los naturales, y aun los mismos que no le conocian, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya do estaba recogido despues del desastre de España, viniese á las Asturias, no se sabe si llamado, si de su voluntad por no faltar á la ocasion si alguna se presentase de ayudar á la patria comun. Por ventura tenian diferencias sobre el señorío de Vizcaya, ca tres duques de Vizcaya hallo en las memorias de aquel tiempo, Eudon, Pedro y Don Pelayo. A la verdad luego que llegó á las Asturias, todos pusieron en él los ojos y la esperanza que se podria dar algun corte en tantos males y hallar algun remedio, si le pudiesen persuadir que se hiciese cabeza, y como tal se encargase del amparo y proteccion de los demas. A muchos atemorizaba la grandeza del peligro y hazaña que acometian con fuerzas tan flacas: parecia desatino sin mayor seguridad aventurarse de nuevo, y exâsperar las armas y los ánimos de los bárbaros; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Tenia Don Pelayo una hermana en edad muy florida, de hermosura extraordinaria. Deseaba grandemente Munuza gobernador de Gijon casar con aquella doncella, porque como suelen los hombres baxos y que de presto suben, no sabia vencerse en la prosperidad, ni enfrenar el deseo deshonesto con la razon y virtud. No tenia alguna esperanza que Don Pelayo vendria en lo que él tanto deseaba. Acordó con muestra de amistad enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios al capitan Tarif que aun no era pasado en Africa. Con la ausencia de Don Pelayo fácilmente salió con su intento. Vuelto el hermano de la embaxada, y sabida la afrenta de su casa, quan grave dolor recibiese, y con quantas llamas de ira se abrasase dentro de sí, qualquiera lo podrá entender por sí mismo.

Dábale pena así la afrenta de su hermana, como la deshonra de su casa; mas lo que sobre todo sentia era ver que en tiempo tan revuelto no podia satisfacer de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban las armas y soldados. Revolvia en su pensamiento diversas trazas: pareciόle que seria la mejor en tanto que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor, y con mostrar que holgaba de lo hecho, burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los pueblos de Asturias comarcanos, en que tenia gentes aficionadas y ganadas las voluntades de toda aquella comarca. Espantóse Munuza con la novedad de aquel caso: recelábase que de pequeños principios se podria encender grande llama, acordó de avisar á Tarif lo que pasaba. Despachó él sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hobieran á las manos á Don Pelayo por no estar bien apercebido de fuerzas, si avisado del peligro no escapara con presteza, y puestas las espuelas al caballo le hiciera pasar un rio que por allí pasaba llamado Pionio, á la sazon muy crecido y arrebatado, cosa que le dió la vida; porque los contrarios que le seguian por la huella, se quedaron burlados por no atreverse á hacer lo mismo, ni estimar en tanto el prendelle, como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas. En el valle que hoy se llama Cangas y entonces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de cobrar la libertad: tenian entendido que en breve vendria mayor golpe de soldados para atajar aquella rebelion. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenian de hacer la guerra debaxo de la conducta de Don Pelayo por la salud de la patria y por el remedio de tantos males: algunos por miedo que tenian á los enemigos, y por otra parte movidos de las amenazas de los suyos, y por el peligro que corrian de ambas partes (hora venciesen los Christianos, hora fuesen vencidos) de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á Don Pelayo, en particular los Asturianos casi todos siguieron este partido. Juntó los principales de aquella nacion; amonestóles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorío de los Moros con la tardanza de todo punto se arraygase, que con la novedad an-

daba en balanzas. « Conviene (dice) usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada qual de las ciudades tiene una pequeña guarnicion de Moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de Christiano, que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El exército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos pues con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y Religion, por los hijos, mugeres, parientes y aliados que estan puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir sospiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaos que sois nacidos de la nobilísima sangre de los Godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males; las adversidades y trabaxos nos aviven y nos despierten. Diréis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿ quánto mas pesado es que los hijos y mugeres hechos esclavos sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¡ O grande y entrañable dolor, fortuna trabaxosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo qual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares, y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañais os si pensais que los particulares se pueden conservar destruida y asolada la república : la fuerza desta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dexar cosa alguna en pie. ¿ Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y quando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace

dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios al qual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos exércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables, como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se pueda esperar que será constante en sus promesas? ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvages? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo, no mas á estos bárbaros, que á qualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan estrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deben temer.» Entretanto que Don Pelayo decia estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban, eran tan grandes que á las veces no le dexaban pasar adelante. Poníanseles delante los ojos las imágenes de los males presentes y de los que les amenazaban: el miedo era igual al dolor. Pero despues que algun tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron y con grandes fuerzas se obligaron de hacer guerra á los Moros, y sin escusar algun peligro ó trabaxo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza, y por voto de todos señalaron al mismo Don Pelayo por su capitan, y le alzaron por Rey de España en el año que se contaba de nuestra salvacion de setecientos y diez y seis; algunos á este número añaden dos años. Deste principio al mismo tiempo que la impiedad armada andaba suelta por toda España, y el furor y atrevimiento por todas partes volaban casi sin alguna esperanza de remedio, un nuevo reyno dichosamente y para siempre se fundó en España, y se levantó bandera para que los naturales afligidos y miserables tuviesen alguna esperanza de remedio: tanto im-

porta á las veces no faltar á la ocasion y aprovecharse con prudencia de lo que sucede acaso. Los Gallegos y los Vizcainos, cuyas tierras baña el mar Océano por la parte del Septentrion, y á exemplo de los Asturianos en gran parte conservaban la libertad, fueron convidados á entrar en esta demanda. Lo mismo se hizo de secreto con las ciudades que estaban en poder de Moros, que enviaron á requerillas y conjurallas, no faltasen á la causa comun, antes con obras y con consejo ayudasen á sus intentos. Algunos de los lugares comarcanos acudieron al campo de Don Pelayo, determinados de aventurarse de nuevo, y ponerse al riesgo y al trabaxo; pero los mas por menosprecio del nuevo Rey, y por miedo de mayor mal se quedaron en sus casas: querian mas estar á la mira y aconsejarse con el tiempo, que hacerse parte en negocio tan dudoso. Bien entendia Don Pelayo de quanta importancia para todo serian los principios de su reynado. Así con deseo de acreditarse corria las fronteras de los Moros, acudia á todas partes, robaba, cautivaba y mataba: por otra parte visitaba los pueblos de las Asturias, y con su presencia y palabras levantaba á los dudosos, animaba á los esforzados. Demas desto con grande diligencia se apercibia de todo lo necesario, y lo juntaba de todas partes sin perdonar á trabaxo alguno á trueque de autorizar su nuevo reyno entre los suyos, y atemorizar á los bárbaros, ca sabia acudirian luego á apagar aquel fuego. Tenia vigor y valor, la edad era á propósito para sufrir trabaxos, la presencia y traza del cuerpo no por el arreo vistosa, sino por sí misma varonil verdaderamente y de soldado.

Capítulo II.

Como los Moros fueron por Don Pelayo vencidos.

Entre los demas capitanes que vinieron con Tarif á la conquista de España, uno de los mas señalados fué Alcama maestro de la milicia Morisca, que era como al presente coronel ó maestre de campo. Este sabidas las alteraciones de las Asturias, acudió prestamente desde Córdoba para reprimir los principios de aquel levantamiento, con recelo que con la tar-

danza no tomase fuerza aquel atrevimiento; y el remedio se hiciese mas dificultoso. Seguia á Alcama un grueso exército compuesto de Moros y de Christianos: llevó en su compañía á Don Oppas prelado de Sevilla para ayudarse de su autoridad y de la amistad y deudo que tenia con Don Pelayo, para reducirle á mejor partido; y para que con su prudencia y buena maña diese á entender á los que locamente andaban alterados que todo atrevimiento es vano quando le faltan las fuerzas: que los desvaríos en materia semejante son perjudiciales; y los varones prudentes quando acometen alguna empresa deben poner primero los ojos en la salida y en el remate: si Munuza ó algun otro gobernador los tenia agraviados, mas acertado era alegar de su justicia delante de los Moros, que nunca dexaban de hacer razon á quien la pedia: tomar las armas, y fuera de propósito usar de fuerza, el intentarlo era locura, y el remate seria sin duda para todos miserable. Con el aviso de que venia Alcama, los soldados Christianos se atemorizaron grandemente, y como suele acontecer, los que mas blasonaban antes del peligro, y mas desgarros decian, al tiempo del menester se mostraban mas cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos parecia que apenas podrian sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los Santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de Don Pelayo ampararon á los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aquella gente desarmada y ciscada de miedo al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenia genadas. Para esto Don Pelayo repartió los demas soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa, se encerró en una cueva ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de prision para muchos dias: proveyóse de armas ofensivas y defensivas con intento de defenderse si le cercasen, y aun si se ofreciese ocasion, hacer alguna salida contra los enemigos. Los Moros informados de lo que pretendia Don Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban escusar la pelea y el combate, que no podia

ser sin recebir daño en aquellas estrechuras: por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrian rendir á aquella gente desesperada. Encargóse desto Don Oppas: pidió habla á Don Pelayo, y alcanzada, desde un macho en que iba, como se llegase cerca de la cueva le habló desta manera: «Quanta haya sido la gloria de nuestra nacion ni tú lo ignoras, ni hay para que relatarlo al presente. Por grande parte del mundo estendimos nuestras armas. A los Romanos señores del mundo quitamos á España: sugetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras: pero últimamente hemos sido vencidos por los Moros, y para exemplo de la inconstancia de la felicidad humana de la cumbre de la bienandanza, donde poco antes nos hallábamos, hemos caido en grandes y estremos trabaxos. Si quando nuestras fuerzas las teniamos enteras, no fuimos bastantes á resistir, ¿por ventura ahora que están por el suelo, pensamos prevalecer? ¿Por ventura esa cueva en que pocos á manera de ladrones estais encerrados, y como fieras cercados de redes, será parte para libraros de un grueso exército, que es de no menos que de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que aun no parece está harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Lo que si por el suceso de las guerras á ellos próspero, á nosotros contrario, no se entendiera bastantemente, estos intentos tan desvariados lo mostraran. ¿Porqué no os apartais de ese propósito, y en tanto que hay esperanza de perdon y de clemencia, dexadas luego las armas y rendidas, no trocais las afrentas, ultrages, servidumbre y muerte (que será el pago muy cierto desta locura, si la llevais adelante) con las honras y premios que os puedo prometer muy grandes, y seguir el juicio y exemplo de toda España mas aina que el ímpetu desenfrenado de vuestro corazon y el desatino comenzado? A estas palabras Don Pelayo: «tú (dice) y Witiza tu hermano y sus hijos debeis temer la divina venganza, dado que por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado: todos los lugares sagrados están por vuestra causa profanados en toda la provincia: las leyes por su antigüedad sacrosantas abrogadas. Por estos escalones pasastes á

tanta locura, que metistes los Moros en España, gente fiera y cruel, de que han resultado tantos daños y tanta sangre christiana se ha derramado. Por las quales maldades, si entendemos que Dios cuyda de las cosas humanas, vivos y muertos seréis gravísimamente atormentados. Tú mas que todos, pues olvidado del oficio y dignidad que tenias, has sido el principal atizador destos males; y ahora con palabras desvergonzadas te has atrevido á amonestarnos que de nuevo baxemos las cervices al yugo de la servidumbre mas duro que la misma muerte; esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo padezcamos los males y desventuras pasadas, con que hemos sido hasta aquí trabaxados. ¿Estos son aquellos premios magníficos, estas las honras con que convidas á nuestros soldados? Nos, Don Oppas, ni entendemos que las orejas de Dios nos están tan cerradas, ni el corazon tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas, antes tenemos por cierto que su Magestad sin tardanza trocará la grandeza del castigo pasado en benignidad. Que si no estamos bastantemente castigados, y aunque afligidos y faltos, no nos quisiere acorrer, determinados estamos con la muerte de poner fin á tantos males, y trocar como esperamos esta vida desgraciada con la eterna felicidad.» Por la respuesta y palabras de Don Pelayo se entendió la resolucion que todos tenian de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demas desto convidados con el perdon no se querian entregar ni daban oido á ningun partido. Fué pues forzoso venir á las manos y hacer fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva; en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los Moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban, revolvian contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacian en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro: los Christianos animados y encendidos con la esperanza de la victoria salen de su escondrijo á pelear pocos en número, sucios y de mal talle: la pelea fué de tropel y sin órden, cargaron sobre los enemigos con gran denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenian cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance: los demas desde

la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo Libanense por do corre el rio Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso (como yo pienso) se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo se cayó en el rio, y fué causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrian en aquellos lugares pedazos de armas y huesos (en especial quando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas) para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon. Alcama pereció en la pelea, el obispo Don Oppas fué preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme á las leyes de la guerra pagó con la vida: cosa muy verisímil por la grandeza de sus maldades y por no hallarse mas mencion dél en la historia adelante. Muñuza atónito con la nueva de lo que pasaba, y no teniéndose por seguro dentro de Gijon por el odio que le tenian los naturales, acometió á salvarse por los pies; pero cerca de una aldea llamada Olalie la gente de aquella comarca le dió la muerte, con que no solo quedaron vengadas las injurias públicas, sino tambien aplacado el particular dolor que tenia Don Pelayo por la afrenta de su casa; y con tanto ninguna cosa faltó para que la alegría de la victoria no fuese colmada, como fuera necesario si se les escapara aquel hombre por cuya crueldad y demasías forzados tomaron las armas. Sucedió esta pelea el año de nuestra salvacion de setecientos y diez y ocho al mismo tiempo que en Africa Muza fué acusado adelante del Miramamolin por Tarif su contrario. Tomáronle cuentas del gasto y recibo en la guerra de España: no se descargó bien, y así fué condenado en grande suma de dineros, y él de pesar de la afrenta falleció poco despues. Su hijo Abdalasis despues que gobernó á España por espacio de tres años, incurrió en odio de los naturales y de los de su nacion á causa que forzó muchas hijas de los principales: por esto en la misma mezquita en que conforme á la costumbre de aquella gente hacia oracion, fué muerto á manos de los suyos el año de setecientos y diez y nueve. Díxose que su misma muger Egilona le procuró la muerte por verse despreciada de su marido por otras que él mas amaba. Quien dice que su sober-

bia y altivez le fué ocasion deste desastre, y el usar de insignias reales á persuasion asimismo y por consejo de su misma muger. El principal en matarle fué un deudo suyo por nombre Aiub, que se encargó y tuvo el gobierno de España por espacio de un mes; y dél dice el arzobispo Don Rodrigo que fundó á Calatayud, pueblo principal poco adelante de la raya de Aragon. En el imperio de los Moros por muerte de Ulit habia sucedido su hermano Zuleyman, por el qual en lugar de Abdalasis fué proveido del gobierno de España Alahor, hombre fiero y cruel no menos contra los Moros, que contra los Christianos, porque despojó de sus bienes á los moradores de Córdoba sin otra causa bastante mas del deseo que tenia de robar: hizo pesquisa y proceso contra los Moros que fueron los primeros en venir á España, ca pretendia tenian usurpados los despojos de los vencidos y de toda España. Deste dicen que desde Sevilla trasladó la silla del imperio de los Moros á Córdoba, y por entender que el daño recebido en las Asturias fué por engaño del conde Don Julian y de los hijos de Vitiza, los despojó de todos sus bienes y les dió la muerte: justo castigo de Dios que los traydores á su patria fuesen tratados desta manera por los mismos á quien sirvieron y llamaron en su ayuda desde Africa.

Capítulo III.

Lo demas que hizo Don Pelayo.

Tal era el estado de la Christiandad en España, para bueno no tal, para tantas tinieblas y tempestad no del todo malo. Luego que Don Pelayo ganó aquella gloriosa victoria, no solo se arraygó y fortificó en las Asturias, do dió principio á su reynado, sino que tambien baxó con su gente á lo llano; y allí trabaxaba á los pueblos sugetos á los Moros, talaba los campos, robaba y ponia á fuego y á sangre todo lo que se le ponia delante. Acudíanle á la fama de sus hazañas de cada dia nuevas fuerzas y gentes: con que tomó por fuerza la ciudad de Leon, puesta á las haldas de los montes con que Galicia y las Asturias parten término, lo qual sucedió el año de setecientos

y veinte y dós. Algunos piensan que desde este tiempo Don Pelayo se llamó Rey de Leon : otros lo contradicen (personas de mayor conocimiento de la antigüedad) movidos por los privilegios y memorias de los Reyes antiguos, de donde se saca claramente que los sucesores de Don Pelayo no se llamaron Reyes de Leon, sino de Oviedo solamente. A este mismo propósito hacen los sepulcros de aquellos primeros Reyes, que se sepultaron en Oviedo y otros pueblos de las Asturias hasta el tiempo del Rey Don Ordoño el Segundo, que como fué el primero que se llamó Rey de Leon, así bien se mandó enterrar en la iglesia de Santa María la Mayor que él mismo desde los cimientos levantó en aquella ciudad. Y sin embargo se puede creer que luego que la ciudad de Leon fué conquistada, mudaron las armas antiguas de los Reyes Godos en un leon rojo rapante en campo plateado: insignias que sin duda, qualquier principio que ellas hayan tenido, se han conservado y continuado hasta nuestra edad. La ocasion de tomar estas armas fué que en lengua española con la misma palabra se significa el leon y se llama aquella ciudad; por donde como los de aquel tiempo, gente mas dada á las armas que exercitada en las letras, no advirtiesen la causa porque aquella ciudad se llamó Leon (que se derivó de Legio, palabra latina que significa cierta compañía de soldados) por esta ignorancia inventaron aquella manera de divisa y de armas. Ayudó mucho para llevar adelante las cosas de los Christianos el esfuerzo de Don Alonso, el que despues que alcanzó el reyno, se llamó el Cathólico. Era hijo de Don Pedro duque de Vizcaya. Decendia de la nobilísima sangre del Rey Recaredo, y siendo mas mozo en tiempo de los Reyes Egica y Witiza tuvo principales cargos en la guerra, y al presente por el deseo que tenia de ayudar á la república, dexó su patria y su padre. Traia en su compañía un buen número de Vizcainos, con que los Christianos se animaron grandemente, y sus fuerzas se aumentaron. Para obligalle mas, y tenelle mas prendado, le casaron con Ormisinda hija de Don Pelayo. Los Reyes que sucedieron en España, destos Príncipes tienen el orígen de su linage y su continua propagacion. Con la venida de Don Alonso y con su ayuda Gijon lugar muy fuerte por su asiento y fortificacion, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de las Asturias y en Ga-

licia fueron tomados á l os Moros. Puédese sospechar que Don Pelayo y los que le sucedieron, ganados estos pueblos se intitularon Reyes de Gijon, y que esto dió ocasion á algunos para pensar que se llamaron Reyes de Leon por ser los nombres latinos destos dos pueblos, es á saber Gegio y Legio, muy semejantes. Era fácil echar á los Moros de los pueblos á causa que los moradores, como eran Christianos, mataban las guarniciones de los Moros, y con esperanza de recobrar la libertad con gran voluntad rendian á Don Pelayo las ciudades y plazas. Ademas que los Moros se hallaban en las otras partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras enlazadas unas de otras, de tal suerte que no podian juntar exército ni resistir á los intentos de los Christianos. Fué así que por muerte de Zuleyman Miramamolin de Asia, Africa y España sucedieron en aquel imperio muy ancho dos hijos de Ulit, Homar y Izit, por adopcion de su tio; cosa nueva entre los Moros, y no se quan acertada, que dos con igual poder juntamente reynasen. Homar falleció de su enfermedad dentro del primer año de su imperio. Con esto Izit quedó solo por señor de todo. Este proveyó por gobernador de España á Zama hombre de grande ingenio, y de grande exercicio en las armas, y no de menor codicia que los pasados, ca inventó nuevos tributos y los impuso sobre las ciudades que le eran sugetas. En Narbona puso guarnicion de soldados; y cercó sobre Tolosa, silla y asiento antiguamente en aquella provincia del imperio de los Reyes Godos. Sobrevino Eudon duque de Aquitania en socorro de los cercados. Vino á las manos con el bárbaro, en que le venció y mató con la mayor parte de su exército en la pelea y en el alcance. Los que escaparon de la matanza, en tanto que de Africa se proveia nuevo gobernador, eligieron en lugar del capitan muerto á Abderrahman, hombre señalado en paz y en guerra, para que con su esfuerzo y prudencia entretuviese las cosas de los Moros que estaban á punto de perderse. Con el aviso de aquella desgracia fué de Africa enviado Aza, á quien otros llaman Adham, para que gobernase en España lo que quedaba de los Moros, en lugar y en nombre del Miramamolin Izit. Este fué ocasion que la provincia cansada con tantos males padeciese nuevos trabaxos, por inventar como inventó tributos muy mayores que antes, con

intento de empobrecer los pueblos para que no tuviesen brio ni fuerzas los que tenian ánimo y deseo de levantarse. Pasó en esto tan adelante que mandó á los pueblos y ciudades que se tomaron por fuerza, pagasen al Fisco y tesoro Real la quinta parte de todas sus rentas y proventos; y á los pueblos que se rindieron á partido, ordenó pagasen la décima parte. Con esta condicion se permitió á los Christianos que poseyesen sus heredades y haciendas como por via de feudo ó arrendamiento. El Moro Rasis dice que hizo pagar á los Moros la quinta parte de todos sus bienes con voz y color de ayudar á los pobres que eran sin número en toda la provincia, como á la verdad fuese su intento que enflaquecidos no tuviesen fuerzas ni brio para alborotarse. Procuró se edificase la puente de Córdoba sobre el rio Guadalquívir. Sugetó algunas ciudades y pueblos á las haldas de Moncayo, que todavía se mantenian en libertad, y entre ellas tomó por fuerza á Tarazona y la echó por tierra. Concluidas cosas tan grandes dentro de dos años y medio que duró su gobierno, los suyos que le aborrecian grandemente, se conjuraron contra él y le mataron dentro de Tortosa. Sucediéronle Ambiza, Odra y Jabea, como lo dice el arzobispo Don Rodrigo : yo entiendo que gobernaron por algun tiempo á España, dividida en tres partes por no concertar las voluntades de todos, ni venir en uno; ó por ventura el gobierno de cada qual destos tres fué de pocos meses. En Asia sin duda por muerte del Emperador Izit sucedió en aquel imperio su hermano Iscam; que así lo dexó dispuesto el dicho Izit con condicion que adoptase por hijo y sucesor como lo hizo á su hijo Alulit. Encargóse Iscam de aquel imperio el año que se contó setecientos y veinte y quatro de nuestra salvacion, y de los Moros ciento y siete, cómo lo dice el arzobispo Don Rodrigo en la historia de los Arabes, que iguala los unos años á los otros; cosa que no debiera hacer, como en otro lugar se ha mostrado. Tuvo aquel imperio por espacio de diez y nueve años. Fué muy esclarecido Príncipe por las cosas que hizo y su perpetua prosperidad, si no amancillara las demas virtudes con una insaciable codicia de juntar de todas partes tesoros, por donde si bien en riquezas sobrepujó á sus antepasados, incurrió en grande aborrecimiento de sus vasallos. En tiempo de este Emperador gobernaron por órden á España los si-

guientes: Odayfa, Himen, Autuma, Alhaytan, Mahomad. La aprobacion y aplauso de todos no fué el mismo: el gobierno de cada qual apenas duró un año entero, y en particular Mahomad tuvo el cargo por espacio de solos dos meses, porque se halla que el año de Christo de setecientos y treinta y uno despues de todos estos fué proveido en el gobierno de España Abderrahman, que debió ser el mismo que nombramos arriba. Las cosas deste gobernador fueron muy famosas, y el remate que tuvieron, muy alegre para los Christianos. Esto pide que se haga relacion y memoria por menudo de todas ellas. Aventajóse grandemente en la guerra, demas de las otras partes en que ninguno de los de su nacion se le adelantó en aquel tiempo. Solo fué cruel de su condicion y áspero no mas con los Españoles, que con los Moros que por la libertad del tiempo estaban estragados en muchas maneras. De aquí muchos tomaron ocasion de aborrecerle, en particular Muñiz hombre principal, poderoso y animoso entre los Moros, determinó de declararse contra él y alborotar la Gallia Góthica, que con ocasion de estar lexos y por el mal tratamiento de los que la gobernaban, le siguió con facilidad. En España otrosí se le juntó lo de Cerdania, que está puesto entre los montes Pyrineos. Eudon duque de Aquitania por valerse dél contra los Franceses y Moros que le molestaban, hizo con él liga. Fué Eudon en aquellos tiempos hombre grave, diestro y sabio, como se saca de las memorias antiguas; pero todo lo afeó con casar á este Muñiz con una hija suya con intento de obligalle mas con aquel parentesco. Era aquel casamiento ilícito, y siempre fué vedado en las leyes de los Christianos: así no solo le fué mal contado, sino tambien le salió desgraciado, porque Abderrahman avisado de lo que Muñiz pretendia, y de las alteraciones de aquellas gentes, marchó con su campo á lo postrero de España. Puso cerco sobre la ciudad de Cerdania: Muñiz perdida la esperanza de defenderse contra enemigo tan poderoso y de huir si lo intentaba, y mas de perdon si se entregaba, acordó dedespeñarse. Su muger que dexó en edad florida, y era de notable hermosura, juntó con la cabeza de su marido fué enviada á Africa en presente muy agradable al supremo Emperador de los Moros. Muchos presumian que el desastre de Muñiz fué en venganza de las injurias

que él habia hecho á la Religion Christiana, y de la mucha sangre de Christianos que con fiereza de bárbaro derramara. En particular hizo morir á fuego al obispo Anabado, varon muy santo, y que en la edad de mozo que tenia, representaba costumbres de viejo. Ensoberbecido Abderrahman con esta victoria, rompió por la Francia con gran espanto de los Franceses y Godos que por aquella provincia moraban. Pasó por donde se tienden las riberas del mar Mediterráneo hasta el rio Rhódano sin hallar quien le hiciese resistencia. Puso cerco sobre Arles ciudad principal en aquella comarca. Allí acudió Eudon con su gente y vino á las manos con los bárbaros, pero perdió la jornada con tan grande estrago de los suyos quanto ninguno en aquella edad fué mayor, de que por largo tiempo dieron bastante muestra los montones de huesos que quedaron cerca de aquella ciudad en el sitio do se dió la batalla. Revolvió despues desto á mano izquierda, y paseada con sus armas vencedoras gran parte de lo mas adentro de Francia, cargó sobre la Aquitania, y pasado el rio Garona, á las riberas del mar Océano asoló la inclyta ciudad de Burdeos, y talóle los campos, allanóle los templos sin otros infinitos daños que hizo. En aquella parte con gente que de nuevo recogió Eudon, tornó á probar ventura, y presentó la batalla al comun enemigo del nombre Christiano. El suceso fué el mismo que antes, contrario á los nuestros, próspero á los Moros. Los de Angulema, los de Perigueux, los de Xantoñe y los de Potiers fueron asimismo trabaxados con la llama desta guerra. En grande aprieto se hallaban las cosas de los Christianos, porque ¿quién pudiera hacer rostro á los vencedores de Asia y de Africa, y que poco antes habian deshecho el imperio de los Godos? ¿quién se atreviera á ponerse al riesgo de la batalla? pelear con las invencibles fuerzas de aquellos Paganos? La misma fama y la nombradía tenia puesto espanto á las demas naciones, y las tenia acobardadas y casi vencidas. Era á la sazon mayordomo mayor de la casa Real de Francia Cárlos Martello el qual movido del peligro comun con grandes levas de gente que hizo de Francia, Alemaña y Austrasia, que es hoy Lorena, formó un grueso exército. Muchos le acudieron de su voluntad y como aventureros por el deseo que tenian de apagar aquel fuego perjudicial. Con estas gentes partió en busca del

enemigo determinado de darle la batalla. Llegó por sus jornadas á Turs, ciudad muy conocida por el templo y sepulcro de San Martin obispo de aquella ciudad, de asiento muy apacible; campo fértil, cielo saludable, do soplan ordinariamente los vientos de Poniente y Mediodía, y entonces estaba sugeta y pertenecia á la Aquitania. Fortificó sus estancias de la otra parte del rio Loire, sobre que está edificada aquella ciudad, y esto para tener seguras las espaldas, que los enemigos por ser casi innumerables no los pudiesen cercar. Eudon olvidado de la enemistad y diferencias que con Martello tenia, por el peligro comun que todos corrian, juntó con él sus fuerzas: cosa que fué de grande importancia para la victoria (1). Los historiadores franceses dicen que los Moros entraron y pasaron tan adelante en la Francia llamados de Eudon, que pretendia con el daño comun satisfacerse de sus particulares agravios; que tal es la costumbre de los hombres mal considerados. Dicen mas que al presente mudó de parecer á causa que los Moros sin tenerle algun respeto corrieron los campos de la Aquitania ó Guiena. Los historiadores españoles callan esto, y es forzoso que lo uno ó lo otro se haya hecho en gracia ó por odio de la nacion Española, ca Eudon era señor de Vizcaya, y lo de Aquitania le dieron en dote en su muger. En negocio dudoso parece lo mas cierto que los Moros no fueron llamados por Eudon, y que la fama en contrario no es verdadera, pues peleó antes desto por dos veces con ellos á gran riesgo de su vida y estado. Iban los bárbaros en busca de los nuestros con tanto orgullo que les parecia nadie se les pondria delante: llegaron donde los nuestros aloxaban. Dióse la batalla de poder á poder, que fué de las mas dudosas y señaladas del mundo. Eran los Moros quatrocientos mil, que convidados de la fertilidad de Francia y por ser gente vagabunda, con sus hijos, mugeres y ropa habian pasado la mar para hacer en ella su asiento. El número de los Christianos era muy menor, pero aventajábanse en el esfuerzo y destreza del pelear, y lo que era mas principal, tenian á Dios y la justicia de su parte. La esperanza por ambas partes era grande, y el miedo no menor. Acométense entre sí las haces, cierran y trában-

(1) Gaguin. lib. 3. Emil. lib. 2.

se los esquadrones, embravécese la batalla por todas partes, que por gran espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria por los Moros ni por los Christianos; pero en fin la valentía y valor prevaleció contra aquella gran canalla. Grande y casi increible fué la matanza: murieron trecientos y setenta mil Moros, y lo que hizo mucho al caso para que la victoria fuese mas alegre, el mismo Abderrahman quedó tendido entre los demas cuerpos muertos. De los vencedores faltaron hasta mil y quinientos, pequeño número para victoria tan grande, si bien eran de los mas señalados, unos en valor y hazañas, otros en la nobleza de sus linages. La alegría por causa desta victoria fué colmada para todo el Christianismo no solo por sí misma, que fué muy señalada, sino por la muestra que se dió y esperanza que todos cobraron de que aquella gente hasta entonces invencible podria por el esfuerzo de los Christianos ser vencida. Entre todos se señaló en esta batalla á dicho del mismo Martello el duque Eudon, que en lo mas recio de la pelea, como lo tenian antes concertado, con los caballos ligeros y gente mas suelta rodeó los esquadrones con tanta presteza, que antes que mirasen en ello, cargó sobre los enemigos por las espaldas y los puso en confusion. Dióse esta dichosa batalla el año de nuestra salvacion de setecientos y treinta y quatro, que era el veinte y uno despues de la pérdida de España. En este tiempo tenia el imperio de Oriente Constantino llamado Copronymo. De las cartas de Eudon al Pontífice Romano Gregorio se supo en Roma y se tuvo aviso de la victoria y del número de los muertos: de que se entiende asimismo que el Papa les envió tres espongias benditas, es á saber á la manera que se bendicen los Agnus Dei, y que todos los que alcanzaron alguna partecica dellas, salieron de la batalla sin lesion alguna; cosa maravillosa, como verdadera. Los mas cuentan á este Pontífice Gregorio por el Segundo de aquel nombre: la razon de los tiempos convence que no fué sino el Tercero. Abdelmelich sucedió en el lugar de Abderrahman, y tuvo el gobierno de los Moros en España y en todo lo que della dependia, por espacio de quatro años siguientes sin señalarse en cosa alguna, sino en crueldad y en cohechar la gente que volvia en sí despues de tantos trabaxos: tacha que no solo afea á los Príncipes y amancilla á los que gobiernan el pueblo, sino es muy

grave delito. Como él era, así le sucedieron las empresas. Tuvo comision y órden de acometer la Francia; pero perdida mucha de su gente á la pasada de los montes Pyrineos, fué forzado de volver atrás. En el mismo tiempo, es á saber el año setecientos y treinta y siete Don Pelayo primero Rey de España, cargado de años y esclarecido por sus proezas pasó desta vida en Cangas. Su cuerpo sepultaron en San ta Olalla Velaniense, iglesia que él mismo habia fundado en tierra de Cangas. Allí tambien sepultaron su muger la Reyna Gaudiosa. Sucedió en el reyno sin contradiccion Don Favila su hijo, y le gobernó por espacio de dos años : Príncipe mas conocido por su desastrada muerte y por la liviandad de sus costumbres, que por otra cosa alguna, pues sin embargo de las muchas guerras que tenia entre las manos, y que su nuevo reyno estaba en balanzas, y mas se conservaba por la flaqueza de los Moros y revuelta de los tiempos que por las fuerzas de los Christianos, mostraba cuydar poco del gobierno, y tener mas cuenta con sus particulares gustos que con el bien comun; en especial era demasiadamente aficionado á la caza, y en ella un oso que seguia desapoderadamente, le mató sin que dexase ninguna loa ni en vida ni en muerte. Fué sepultado en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo edificó en tierra de Cangas, en que se via otrosí antiguamente el sepulcro y lucillo de Froleva su muger. *Un cierto diácono llamado Juliano, griego de nacion, docto en las dos lenguas griega y latina, por estos tiempos escribia en Toledo las antigüedades de España y las cosas que hizo Don Pelayo (1). Dícelo cierto autor. Hay quien diga que fué thesalonicense y arcediano de Toledo : item que se llamaba Juliano Lucas : item que comenzó su historia desde el año quatrocientos y cinqüenta y cinco.* Urbano prelado de Toledo en lo postrero de su edad, Evancio arcediano de aquella iglesia, Fredoario obispo de Guadix, varones excelentes por la santidad de sus costumbres y por su doctrina, resplandecian en aquella escuridad de todas las cosas á la manera que las estrellas entre las tinieblas de la noche. Contemporáneo dellos fué Juan prelado de Sevilla, que traduxo la Biblia en lengua arábiga con intento de ayudar á los Christianos y á los Moros á causa que

(1) Florian en el Prólogo.

la lengua arábiga su usaba mucho y comunmente entre todos, la latina ordinariamente ni se usaba, ni se sabia. Hay algunos traslados desta traduccion, que se han conservado hasta nuestra edad y se veen en algunos lugares de España.

Capítulo IV.

Del Rey Don Alonso llamado el Cathólico.

Falleció Don Favila sin sucesion: Don Alonso por tanto y Ormesinda su muger (segun que estaba dispuesto en el testamento de Don Pelayo) fueron recebidos y declarados por Reyes con grande alegría del pueblo, y en gran pro de todo el reyno. Corrian en Don Alonso á las parejas á las artes de la guerra y de la paz, maravilloso por la constancia que mostró en las adversidades, señalado por la felicidad que tuvo ordinariamente en sus empresas, tan dado al culto de la Religion, que por esta causa le dieron renombre de Cathólico: apellido que antiguamente en el concilio Toledano tercero, en el tiempo que se reduxo á la Iglesia Cathólica toda la nacion de los Godos desechadas las heregías de Arrio, con mucha razon se dió al Rey Recaredo. Desusóse despues por muchos siglos hasta que Alexandro VI Sumo Pontífice le renovó en Don Fernando de Aragon Rey Cathólico de España, y hizo que se perpetuase en los Reyes sus sucesores. Florecia en aquel tiempo España con los bienes de una muy larga paz, Africa y Francia ardian en guerras civiles. Carlos Martello por la muerte de Eudon su competidor se apoderó del grande estado que tenia en Francia. Tres hijos que quedaron del difunto, Aznar, Hunnoldo y Vayfero, como herederos de la enemistad de su padre, y con intento de satifacerse de su contrario acudieron á las armas. Aznar en aquella parte de España que cae cerca de Navarra, tomó á los Moros la ciudad de Jaca con otros muchos castillos y plazas, por donde fué tronco y fundador del reyno y gente de Aragon: nombre que se tomó del rio Aragon, que pasa por aquella comarca, y junto con el rio Ega mezcla sus aguas con las de Ebro, como en otro lugar se declara. Hunnoldo y Vayfero acudieron á lo de Francia: rompieron con su

gente por toda aquella provincia: que corrieron hasta pasar el rio Rhódano. En todas partes pusieron grande espanto: nó perdonaron á varones ni á mugeres, á niños ni á viejos, como acontece que las pasiones de los Príncipes descargan de ordinario sobre la gente menuda. Cargó principalmente este daño sobre los Allobroges, que son las partes de Saboya y del Delphinado. Viena con grande dificultad se pudo defender. Dende revolvieron contra lo demas adentro de Francia que cae desta parte del Rhódano. Los Moros movidos del deseo que tenian de satisfacerse de la afrenta pasada, demas desto llamados por Mauricio conde de Marsella y de Hunnoldo y Vayfero, que pretendian por este camino apretar á Martello y á los Franceses, tornaron á hacer guerra en la Francia. Gobernaba por este tiempo los Moros de España Aucupa: este tomó á su llegada residencia á Abdelmelich, y con color que no se descargaba bastantemente de lo que le achacaban, le puso en prisiones. Fué Aucupa muy noble entre los suyos, gran zelador de su supersticion, de tal guisa que ningunos delitos castigaba con tanta severidad como los cometidos contra ella. Concertóse pues con Mauricio conde de Marsella y con los hijos de Eudon; y con su ayuda y las gentes que metió en Francia, pasó tan adelante que se apoderó de Aviñon, ciudad puesta sobre el rio Rhódano, muy ancha y muy noble. Los pueblos comarcanos padecieron quemas, talas y robos. Todo esto sucedió cinco años despues que se dió la batalla muy famosa de Turs, es á saber, el año de setecientos y treinta y nueve, que fué el primero del reynado de Don Alonso. Miserable el estado en que las cosas estaban, grande la avenida de males; pero el valor de Martello sustentó lo de Francia, porque echó los enemigos de aquella provincia, y los arredró desta parte de los Pyrineos. Apoderóse de Aviñon y de Narbona, de suerte que casi no quedó por los Godos ni por los Moros cosa alguna en toda la Francia. La guerra de Africa se hacia y continuaba con mayor calor y pertinacia. Fué así que Belgio Abenbexio, capitan de gran nombre entre los Moros, levantó los del pueblo contra su Señor y Miramamolin Iscam, no se declara la causa: á muchos les parece bastante para acometer qualquier maldad el deseo de reynar. Diéronle muchas batallas en Africa, los trances fueron variables, la victoria de ordinario quedó por

los levantados: con que finalmente Belgio se determinó de pasar en España. Abdelmelich á la sazon era vuelto al gobierno que antes tuvo, por órden de Aucupa que falleció, y por su muerte dexó dispuesto le sacasen de la prision do él le tenia, y le restituyesen el cargo. Lo qual fué para su mal á causa que Abderrahman enviado delante por Beglio con un grueso exército para que le allanase la tierra, le prendió dentro de Córdoba, y le hizo morir con todo género de tormentos el año setecientos y quarenta y tres, en que murió eso mismo el Miramamolin Iscam. Sucedió en aquel grande imperio Alulit hijo de Izit, segun que lo tenian antes asentado. Tuvo sobrenombre de Hermoso: las esperanzas que al principio dió, fueron grandes, el suceso diferente. Poníanle en cuydado la guerra que Belgio hacia en Africa, ca volvió segun parece de España, y las alteraciones que Doran por parte de los levantados continuaba en España. Los movimientos de Africa no hacen á nuestro propósito, ni hay para que relatallos, basta saber que el Emperador Alulit al princípio de su imperio proveyó para el gobierno de España un hombre principal y prudente llamado Albulcatar, que con su buena maña, y con enviar los revoltosos á Africa para que ayudasen en la guerra que allá se hacia, sosegó las alteraciones de España; pero poco despues fué muerto por conjuracion de Zimael: con que Roba compañero de Zimael, y el principal atizador de aquella conjuracion, se apoderó del gobierno y aun del reyno de España sin que nadie le pudiese ir á la mano, porque el Emperador Alulit falleció el segundo año de su imperio, que fué el de setecientos y quarenta y quatro. Quedó por sucesor suyo Ibrahem su hermano, que no tuvo mejor suceso, ni le duró el señorío mas tiempo que á su predecesor. Fué así que Maroan sin embargo que era de su misma parentela, y de la nobilísima alcuña entre los Moros de los Humeyas, con el ayuda de aquella parcialidad degolló á Ibrahem dentro de su palacio el año segundo de su imperio; y con tanto quedó por señor de todo. En tiempo deste Emperador por muerte de Roba, que le mataron en cierta batalla, tuvo el gobierno de España Toba; y muerto este dentro de un año, Juzeph hombre de grandes partes fué proveido y enviado de Africa en lugar de los dos. Era de grande edad y sin embargo muy dado á mugeres; pero

recompensaba en parte esta falta la destreza que tenia en las armas y la fama de sus proezas. En tiempo deste gobernador de España en Asia Abdalla que era de los Alavecinos, casa y linage nobilísimo entre los Moros, se conjuró con los desta parcialidad, y dió la muerte á Maroan el año del Señor de setecientos y cinqüenta. Parció justa su pretension por la venganza que tomó de la muerte que dieron á su Señor; pero en premio de su trabaxo se quedó con el imperio, y con intento de asegurarse en él procuró destruir de todo punto y acabar la parcialidad de los Humeyas, linage y casta de los Emperadores pasados. Como lo intentó, así en gran parte lo puso en efecto. En España el año de setecientos y cinqüenta y tres en Córdoba se vieron tres soles, cosa que causó grande espanto por ser la gente tan grosera y ruda, que no alcanzaba como en una nube de igual grosura y densidad, á la manera que en un espejo, se pueden representar muchos soles sin algun otro misterio. Como estaban azorados con el miedo, les parecian y se les representaban otras visiones diferentes como de hombres que iban en procesion con antorchas de fuego. Aumentóse la maravilla y el espanto por causa de una muy grande hambre que por el mismo tiempo se siguió en España por la sequedad que á veces padece y falta de agua. En el entretanto el Rey Don Alonso con intento de aprovecharse de la buena ocasion que se le presentaba para ensenchar los términos de su reyno, que eran muy angostos, por la discordia de los Moros y sus revueltas tan grandes, ademas que los Christianos estaban cansados de su señorío, juntó las mas gentes que pudo para hacer entrada en las tierras comarcanas. Sucedióle muy bien su pretension y la jornada porque en Galicia recobró á Lugo, Tuy, Astorga; en la Lusitania la ciudad de Portu, asentada sobre un puerto por la parte que el rio Duero desagua en el mar, y las de Beja, Braga, Viseo, Flavia, y mas adentro á Bletisa y Sentica, pueblos que hoy se llaman Ledesma y Zamora. Tomó otrosí por aquella comarca á Simancas, Dueñas, Miranda y las ciudades de Segovia y Avila, y á Sepúlveda puesta á las haldas del monte Orospeda á la ribera del rio Duraton, asentada en un sitio muy fuerte, y que antiguamente se llamó Segobriga y mas adelante Sepulvega, como consta de sus mismos fueros de que antiguamente usaba, y que era pue-

blo muy grande y de muy grande autoridad. Demas desto con las armas vencedoras, y en prosecucion de victorias tan nobles, revolvió sobre las comarcas de Briviesca y de la Rioja, pueblos que antiguamente se contaban entre los Vardulos, y se apoderó de aquellos distritos. La Rioja está en un lado del monte Idubeda por la parte que el rio Ogia que se derriba de aquel monte, pasa y se mezcla con el rio Ebro: es tierra muy apacible y muy fértil. Lo mismo hizo de Pamplona en Navarra y de lo que hoy se llama Alaba, parte de Vizcaya. Verdad es que muchos destos pueblos por el vario suceso de las guerras tornaron á perderse á causa que el poder de los Reyes Moros de Córdoba en gran perjuicio de los Christianos comenzó á levantarse por este tiempo, segun que poco despues se dirá, y creció en adelante mucho en autoridad y fuerzas. Procuró el Rey Don Alonso, y hizo que en las ciudades cathedrales que se ganaron, fuesen puestos obispos, que reformaban las costumbres de aquellos Christianos, y las limpiaban de la maleza que de la conversacion de los Moros se les habia pegado. Cultivaban los pueblos con el buen exemplo, con nuevas leyes que hacian, con declaralles y predicalles la palabra de Dios. Reedificábanse los templos do estaban caidos, y los profanados con la supersticion de los Moros los reconciliaban ó consagraban de nuevo. Reparaban los ornamentos de las iglesias por quanto lo sufria la pobreza de la gente y las rentas reales que eran muy tenues. Finalmente una nueva luz se mostraba por todas partes, muy gran materia al presente de alegría, y de mayor esperanza para lo de adelante. Los antiguos Géographos situaron los Vardulos en la Cantabria por aquella parte que es bañada del mar Océano: los antiguos historiadores de España, como hombres de corto ingenio y pequeña erudicion, los pusieron en aquella parte de Castilla la vieja que antiguamente llamaron los Vaceos. Desta opinion procedió otro nuevo engaño, y fué que como Don Alonso ganase gran garte de Castilla la vieja, la que nuestros historiadores llamaron Vardulos, otros se persuadieron que desta hecha quitó á los Moros toda la Cantabria ó Vizcaya; pero por bastantes testimonios se puede mostrar que los Moros en ningun tiempo pasaron de un lugar que en Vizcaya se llama la Peña horadada. El Rey despues que concluyó cosas tan grandes, falleció en Cangas en

edad de setenta y quatro años el año que se contaba setecientos y cinqüenta y siete de nuestra salvacion. Fué príncipe esclarecido y señalado entre todos. Reynó por espacio de diez y nueve años, quien dice de diez y ocho. Dexó cinco hijos, los quatro de Ormisinda su muger, que fueron Froyla, Bimarano, Aurelio y Usenda; de otra muger baxa, y aun esclava, tuvo fuera de matrimonio á Mauregato. Hiciéronle exêquias y enterramiento muy solemne no tanto por el aparato y gasto, quanto por las verdaderas lágrimas y sentimiento de todos sus vasallos, y por las voces del cielo que dicen se oyeron en el enterramiento, de ángeles que cantaban aquellas palabras de la divina Escritura: «el justo es quitado, y nadie pone mientes en ello: es quitado, por causa de la maldad, y será en paz su memoria.» Sepultaron estos Rey y Reyna en Cangas en el monasterio de Santa María. Tuvo Don Alonso un hermano por nombre Froyla, mas conocido por dos hijos suyos Aurelio y Veremundo, ó Bermudo, que por otra cosa que dél se sepa. Volvamos á las cosas de los Moros, que por estar mezcladas con las nuestras no se pueden olvidar del todo. En particular será bien declarar la ocasion, los principios y aumento de la discordia muy grande que entre aquella gente se encendió por este tiempo, y los cimientos que con esto se echaron de un nuevo y muy poderoso reyno de Moros que se levantó en España.

Capitulo V.

De dos linages los mas principales entre los Moros.

Por las armas de los Sarracenos y por el vergonzoso descuydo de los nuestros la mayor y mas noble parte de la redondez de la tierra quedó vencida y sugeta á los enemigos del nombre Christiano crueles y fieros, los quales tienen por abominable y por ilícito todo lo que nosotros tenemos por santo. Al principio obedecian todos á una cabeza y á un príncipe que cuydaba de todo, de la guerra y del gobierno, hacia y deshacia leyes, administraba justicia, hasta las mismas cosas sagradas y y pertenecientes al culto de Dios estaban á su cargo. En las

historias de los Arabes á veces le llaman Calipha, que en romance quiere decir sucesor, á veces Miramamolin, que es lo mismo que príncipe de los que creen. El amor de la nueva superstición hizo que al principio las cosas estuviesen quietas: adelante con el grande aumento que tuvieron, y por sus muchas riquezas resultaron alborotos, y de uno se hicieron muchos imperios. Las causas destas discordias y los sucesos no hacen á nuestro propósito, solo por lo que toca á nuestro cuento, me pareció necesario declarar el orígen y progreso de dos familias y casas las mas nobles que hobo entre los Moros, y por cuyas diferencias resultaron en este tiempo grandes alteraciones. Mahoma fundador de aquella secta y maestro de la nueva supersticion dió á muchas provincias guerras, en que siempre le sucedió prósperamente. Fué hombre de ingenio despierto, astuto y malo: usaba de una profunda ficcion y apariencia de santidad, cosa muy á propósito para engañar á la gente; y no hay cosa mas poderosa para ganar las voluntades de la muchedumbre, que la máscara de la religion: así fueron innumerables los que engañó en toda su vida. A la muerte, de muchas mugeres con quien ilícita y torpemente se casó, dexó solamente tres hijas y ningun hijo varon, ca uno que tuvo, se le murió de doce años. La mayor de las hijas se llamó Fátima: las otras Zeynebis y Imicultis quedaron casadas con hombres principales, y todavía por la muerte de Mahoma los suegros dél se encargaron del gobierno, primero Abubacar y despues Homar en lugar de sus hijas y nietos. Despues destos Atuman marido de Fátima tuvo el imperio; que por ser la mayor tenia mejor derecho para suceder á su padre. Deste tuvo orígen el linage de los Alavecinos, gente muy poderosa en riquezas y en señorío. A Atuman no sin contradiccion de muchos, y grande alteracion del pueblo, sucedió Moabia marido de la segunda hija de Mahoma llamada Zeynebis, fundador que fué del otro linage muy valido de los Benhumeyas. La causa destos nombres y apellidos no se sabe, ni lo que significan. Lo cierto es que á Moabia sucedieron por órden su hijo Izit y Maula su nieto, que perdonó á sus vasallos y les descargó de la tercera parte de los tributos con que acostumbraban á servir. Muerto Maula, los Moros divididos en dos parcialidades, los unos siguieron á Maroan y los otros á Abdalla, que era segun yo

pienso del linage y alcuña de los Alavecinos. Sea lícito usar de congeturas en cosas tan escuras como son los de aquella nacion. Por lo menos en tiempo del Rey Moabia fué maestro de la milicia, que es como entre nosotros condestable: con que tuvo ocasion de grangear muchas riquezas y aliados, y de presente tuvo manera para echar al contrario del reyno y quedar solo por señor de todo. Mas con su muerte la corona y cetro volvieron á Abdelmelich hijo de Maula, que ganó gran renombre por conquistar como conquistó toda la Africa, con que él y sus sucesores se hicieron mas poderosos que antes. Las discordias de los Emperadores Romanos dieron lugar á este daño que fué una miserable ceguera y una locura de los hombres muy grande; pero mejor será apartar el pensamiento destas cosas, cuya memoria á manera de cierto aguijon punza y duele. Falleció Abdelmelich de su enfermedad, y en su lugar sucedió su hijo Ulit, aquel por cuyo mandado Tarif pasó en España, y vencido y muerto el Rey Don Rodrigo, se apoderó del reyno de los Godos. En lugar de Ulit sucedió primero su hermano Zuleyman: despues Homar y Izit hijos de Ulit, por adopcion de su tio para que juntamente y con igual poder gobernasen aquel imperio. A estos dos sucedió otro hermano tercero llamado Iscam. A Iscam Alulit hijo de Izit. Despues de Alulit con gran voluntad de toda aquella nacion Ibrahem su hermano tomó el gobierno. A este dió muerte Maroan, dado que era del mismo linage de los Humeyas, y por fuerza de armas como queda dicho se apoderó de todo. Las discordias destos príncipes dieron ocasion á los Alavecinos que eran del linage de Fátima, para levantar cabeza y prevalecer como los que tenian sus fuerzas enteras y unidas, y los contrarios al reves divididas y flacas. Abdalla pues hombre de grande industria y no menor corazon, muerto que hobo á Maroan, que á causa de aquellas revueltas se hallaba con pocas fuerzas, restituyó últimamente á los que descendian de Fátima, el imperio de los Moros, como queda ya tocado, y para asegurallle mas y perpetualle en sus descendientes hizo gran carnicería en el linage de los Humeyas por ningun otro delito sino por sospechar pretendian el imperio que ya tuvieron: camino por donde de presente se hizo odioso, y para adelantar su nombre fué tenido por infame como de cruel y tyrano. Fuera des-

to Abderrahman que era de los Benhumeyas, fué puesto en necesidad, por escapar de aquella carnicería, de pasar á España para intentar cosas nuevas, por entender que los Moros comunmente en aquella provincia eran aficionados á los Emperadores pasados, y al linage de los Benhumeyas á causa de las muchas mercedes que dellos tenian recebidas; con la ayuda de los quales y el esfuerzo y buena maña de Abderrahman se fundó un nuevo reyno de Moros en aquella provincia, exêmpto y libre del señorío de los Miramamolines de Africa y de los Caliphas de Asia, su asiento en la ciudad de Córdoba, do las demas ciudades acudian como á su cabeza y metrópoli, segun que adelante se entenderá mejor.

Capítulo VI.

De los Reyes Froyla Aurelio y Silon.

Por la muerte de Don Alonso el Cathólico su hijo mayor llamado Froyla ó Fruela se encargó del gobierno y del reyno de los Christianos en España, como era razon y derecho, el año de setecientos y cinqüenta y siete. Tuvo el reyno once años y tres meses: su gobierno y fama tuvo mezcla de malo y de bueno. Fué áspero de condicion, inclinado á severidad, y aun mas aficionado á crueldad que á misericordia. Los príncipes con la grande libertad que tienen, pocas veces se van á la mano, y de ordinario siguen sus inclinaciones y pasiones: los aduladores, de que hay gran número en las casas de los Reyes, hacen que el mal pase adelante; que no hay quien se atreva á decir la verdad: á los vicios dan nombres de virtudes á ellos semejantes, y hacen creer que la crueldad es justicia, y que la malicia es prudencia, y así de los demas con que todo se pervierte. Verdad es que tuvo algunas cosas de buen príncipe, porque lo primero fundó y edificó á Oviedo ciudad principal y noble en las Asturias, si bien algunos atribuyen esta fundacion á su padre el Rey Don Alonso, pero sin bastantes fundamentos. Dió á la nueva ciudad derecho y honra de Obispado; demas desto apartó los casamientos de los sacerdotes, costumbre antiguamente recebida por ley de Witiza, y despues

muy arraygada por el exemplo de los Griegos, con que se encendió la ira de Dios contra España y incurrió en tan graves desastres y castigos, como lo entendia la gente mas cuerda. Con esta resolucion quanto fué el amor y benevolencia que ganó con los buenos, tanto se desabrió gran parte del pueblo y de los sacerdotes; porque los hombres ordinariamente quieren que lo antiguo y lo usado vaya adelante, y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre. Desta severidad procedió gran parte del odio que en su vida muchos le tuvieron, y despues de su muerte su nombre quedó acerca de los descendientes amancillando y afrentado mas de lo que merecia. Así se puede sospechar, pues fuera de las demas virtudes en lo que toca á la guerra, procuró seguir las pisadas de su padre. En particular el segundo año de su reynado en una gran batalla desbarató á Juzeph gobernador de España por los Moros, viejo capitan, y que con un grueso exército talaba y destruia las tierras de Galicia. Ninguna victoria hobo en aquella era ni mas esclarecida, ni de mayor provecho para los Christianos, ca quedaron muertos cinqüenta y quatro mil Moros. Esta pérdida fué causa que Juzeph, que por espacio de quatro años hacia resistencia á Abderrahman para que no se apoderase de España como pretendia, se acabase de perder; pero como se viese trabaxado por el linage de los Humeyas, huyó de Córdoba; mas por diligencia de sus enemigos fué preso en Granada, de donde escapó y se huyó á Toledo confiado en la fortaleza de aquella ciudad, y con esperanza que aquellos ciudadanos le acudirian. Sucedióle al revés, que como á caido todos le faltaron, y los mismos en quien mas confiaba, le dieron la muerte con intento de ganar á su costa la gracia del vencedor. Desde este tiempo que fué el año de nuestra salvacion de setecientos y cinqüenta y nueve, y conforme á la cuenta de los Arabes ciento y quarenta y dos, todos los Moros de España se tornaron á unir debaxo de una cabeza y gobierno; Abderrahman Abenhumeya que tuvo adelante sobrenombre de Adahil, fundó un nuevo reyno de su nacion mas poderoso que antes, exêmpto de la jurisdiccion de los Moros de Africa y de Asia como poco antes queda apuntado. Sola Valencia, ciudad de los Edetanos parte de la España Tarraconense, se mantuvo por algun tiempo en la devocion antigua; pero últimamente Ab-

derrahman con un largo y apretado sitio que sobre ella puso, la forzó por las armas á seguir el partido de las demas. Era grande el odio que este príncipe mostraba contra nuestra Religion, tanto que los Christianos de aquella ciudad se salieron della, y llevaron consigo á lo postrero de la Lusitania por la parte que el promontorio sacro se alarga mucho en el mar, los sagrados huesos del mártyr San Vicente, que en tiempos pasados, como queda dicho, padeció en aquella ciudad, al qual ellos adoraban como á Dios, y era célebre por la fama de los milagros: tales son las palabras del Moro Rasis, que me pareció poner aquí. Sucedió adelante que un Moro natural de Fez llamado Allibohaces andando por allí á caza, halló estos hombres, y como los matase, llevó consigo á Africa por esclavos á sus hijos, niños de pequeña edad; por cuya informacion adelante se supo el lugar en que quedaron escondidos los sagrados huesos, que fué ocasion de mudar el nombre á aquel promontorio, y llamarse adelante el cabo de San Vicente; pero desto se tornará á hablar en otro lugar. El Rey bárbaro ensoberbecido con tantas victorias, y por sucederle todo á su voluntad acometió á hacer guerra á los Gallegos. Por otra parte puso cerco sobre Beja ciudad de Portugal, que antiguamente era Pax Iulia. De la una y de la otra parte fué rechazado por el esfuerzo y armas del Rey Don Fruela, el qual con su buena dicha y diligencia no solo defendió las tierras de los Christianos de las insolencias de los bárbaros, sino tambien acudió á sosegar las alteraciones de los naturales, en especial de los Gallegos, que sospechó andaban alterados por haber quitado las mugeres á los sacerdotes. Así mismo los de Navarra que andaban levantados, se reduxeron á obediencia el año de setecientos y setenta y uno. En esta jornada se casó el Rey Don Fruela con Menina, otros llaman Momerana, hija de Eudon duque de Guiena, y hermana de Aznar que de buena gana vino en este casamiento por estarles á todos muy á cuento. Desta señora nacieron Don Alonso, que adelante tuvo el reyno, y renombre de Casto, y Doña Ximena, muy conocida por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad. Pudiera el Rey Don Fruela ser contado entre los grandes príncipes si no amancillara su fama y sus virtudes con la muerte que dió por sus propias manos á su hermano Bimarano: he-

cho grandemente inhumano y que le hizo muy odioso. Era Bimarano de gentil disposicion, y con su mucha afabilidad ganaba las voluntades del pueblo: sospechó su hermano que procuraba hacerse Rey; y por ventura, como suele acontecer, los que estaban descontentos de la severidad del Rey, pretendian tomarle por su cabeza y debaxo de su sombra alterar á los demas, porque no se puede entender que Don Fruela sin propósito, y sin tener alguna causa para ello hiciese cosa tan fea, dado que ninguna pudo ser bastante para escusar exceso tan grave; y él mismo para aplacar el odio que de aquella muerte resultó, prohijó y nombró por su sucesor en el reyno á Don Bermudo hijo del muerto; pero no sirvió de nada porque los suyos y en particular Don Aurelio su hermano se conjuraron contra él y le dieron la muerte en Cangas. Sepultaron al Rey Don Fruela y su muger Menina en la iglesia mayor de Oviedo. En este tiempo Vero arzobispo de Sevilla resplandecia por su santa vida, erudicion y libros que escribió. Así mismo Pedro prelado de Toledo sucesor de Urbano por sobrenombre el Hermoso, compuso un libro de como se debia celebrar la Pascua, muy alabado en aquel tiempo, enderezado á los de Sevilla que en esta cuenta andaban errados. A Pedro sucedió Cixila, que escribió la vida de San Illephonso. Adriano Pontífice Romano enderezó una carta á este prelado (dado que le llama Egila) en que reprehende la costumbre que tenian en España, creo tomada de Grecia, de comer carne los sábados. Yo entiendo que de aquella costumbre por cierta manera de concordia se tomó la que al presente se guarda, de comer aquellos dias los menudos y estremidades de los animales: quien dixo que esto se introduxo el año de Christo de mil y docientos y doce, quando los nuestros en el puerto de Muladar ganaron aquella batalla contra los Moros tan señalada y famosa, pero no hay para asegurar esto autor ni argumento bastante. Todavía el despensero de la Reyna Doña Leonor muger del Rey Don Juan el primero asi lo dice, y la Valeriana, como se refiere adelante libro XI cap. XXIV. Las listas antiguas de los arzobispos de Toledo no solo no ponen á Urbano en aquel número, sino tampoco á Pedro, en lugar de los quales cuentan por predecesores de Cixila á Sunieredo y Concordio. La escuridad de aquellos tiempos es tan grande, que á las veces nos

fuerza á reparar, no de otra manera que quien no sabe el camino, llegado á alguna encrucijada do se divide en muchas partes, como ninguno de aquellos caminos le descontente, ninguno le agrada. El matador del Rey Don Fruela, vengador de Bimarano y hermano de entrambos, dado que otros le hacen primo, hijo de Don Fruela que fué hermano de Don Alonso, entró en el reyno y tomó la corona el año de setecientos y sesenta y ocho. No hicieron caso de Don Alonso hijo del Rey Fruela para que heredase á su padre, así por su pequeña edad, como por el odio que todos á su padre tenian. Reynó Don Aurelio seis años y medio: no hizo cosa en paz ni en guerra que sea digna de memoria, por lo menos que por ella merezca ser alabado. Verdad es que apaciguó una guerra civil que encendieron los esclavos, ca con deseo de libertad y con la ocasion que les daba la revuelta de los tiempos, se apellidaron en gran número y tomaron las armas; pero la loa que por esta causa ganó, la escureció del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los Moros; en que se obligó de darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias. La prosperidad de Abderrahman ponia á los nuestros espanto. Temian con razon que las armas de aquel nuevo reyno y sus fuerzas muy grandes no oprimiesen las de los Christianos, que de suyo eran flacas y por la discordia de los parciales á punto de perderse. Procuró el Rey Don Aurelio de prevenirse de fuerzas contra aquella tempestad que amenazaba, y por esta causa casó su hermana Adosinda con Silon hombre poderoso y principal con esperanza y deseño que en vida le ayudaria, si fuese necesario, y despues de muerto le sucederia en el reyno por no tener él hijos, ni aun se sabe bastantemente que haya sido casado. El Chronicon del Rey Don Alonso el magno dice que el Rey Don Aurelio fué sepultado en el valle de Iagueya en la iglesia de San Martin: Don Lucas de Tuy dice que le enterraron en Cangas. Dificultoso es concordar estas opiniones, ni como juez sentenciar por la verdad. Quien dice que Iagueya y Cangas es lo mismo, quien que Iagueya es la villa de Yanguas: por esta opinion hace la semejanza de los nombres moderno y antiguo, y que en aquella villa la iglesia de San Miguel hay una cueva con advocacion de San Andrés, y en ella dos sepulcros ó lucillos junto el uno del otro, los

quales el pueblo, como cosa racebida de sus antepasados, tiene por de los dos Reyes Don Favila y Don Aurelio; que si esto se recibe, será necesario confesar que el nombre de aquella iglesia con el tiempo se ha mudado, por lo menos que los huesos de aquellos Reyes de do primero estaban enterrados se trasladaron á aquel lugar: cosa que en el Rey Don Favila no tiene duda haber primero sido sepultado en otro lugar, como queda arriba señalado, es á saber en tierra de Cangas. Por la muerte pues de Don Aurelio Silon su cuñado fué alzado por Rey en Pravia juntamente con Adosinda su muger. Reynó por espacio de nueve años, un mes y un dia. Enfrenó al principio de su reynado y sosegó los Gallegos que andaban alborotados cerca del monte Ciperio, que hoy se llama Gebreros. Los motivos y ocasiones desta guerra no se escriben: solo refieren que por ser Silon de grande edad, ó porque naturalmente era enemigo de cuydados, y no se hallaba con fuerzas para llevar aquel peso, se resolvió de partir mano no solo del cuydado de la guerra sino tambien del gobierno; y para esto por amonestacion de su muger nombró por su compañero en el reyno con plena autoridad en guerra y en paz á Don Alonso hijo del Rey Don Fruela. La miseria y mengua destos tiempos fué tal, que quando la república estaba mas revuelta con las olas de una cruel tempestad, y tenia necesidad de un gobernador varonil, entonces por la mayor parte le cabian en suerte Reyes sin provecho y cobardes. Desde este tiempo parece que Don Alonso tuvo nombre de Rey, como se puede mostrar por un privilegio el mas antiguo de quantos en España se hallan en los archivos, dado á Santa María de Valpuesta, que hoy es iglesia colegial y antiguamente era monasterio de monjas: en él por la liberalidad del Rey Don Alonso se hace donacion á aquel templo de muchas heredades era de ochocientos y doce que concurre en el año de Christo de setecientos y setenta y quatro, que fué el primero del reynado de Silon, si ya por ventura los números no están errados. Porque la opinion de los que atribuyen este privilegio á Don Alonso el Cathólico, no viene bien con la razon de los tiempos. Y sea lo que fuere en esta parte, la maldicion que en aquellas letras se contiene, es muy digna de ser considerada. Dice que el que quebrantare aquella donacion, sea anathema, marrano y descomulgado: de

las quales palabras se entiende que esta viene palabra marrano no se deriva de la palabra Moro, como si dixésemos maurano como algunos sospechan, que resultó en Italia en tiempo del Emperador Federico Barbarroja por ocasion que muchos Moros que estaban á su sueldo, despues de convertidos á la ley de Christo la renegaron; sino que antes de la palabra syríaca maranatha, con que en las divinas letras se significa la descomunion y maldicion como tambien significan lo mismo las otras dos palabras griega y latina anathema y excomunicatus, de que usa aquel privilegio escrito en lengua latina. Por este tiempo Carlo Magno deshizo el reyno de los Longobardos, que duró en Italia pasados docientos años con prender en Pavía á Desiderio su Rey. Confirmó otrosí á instancia del Papa Adriano la donacion que Pipino su padre hiciera á aquella iglesia del Exârchâdo y otras ciudades de Italia, en que entraban Boloña, Ravena, Ferrara y la Emilia que era la Lombardía allende el Po, Parma y Plasencia sin otras muchas ciudades y tierras. De la sepultura del Rey Silon hay diferentes opiniones: quien dice que le enterraron en Oviedo, por un letrero muy largo que está á la entrada de la iglesia de San Salvador, donde en cierta manera de cifra se lee su nombre, y se dice y repite docientas y setenta veces que hizo aquella Iglesia, demas que debaxo de aquel letrero hay ocho letras que significan:

AQUI YACE SILON, SEALE LA TIERRA LIVIANA.

Otros dicen que la sepultaron en Pravia en la iglesia de San Juan Evangelista que él levantó desde los cimientos, do sin duda fué puesto el cuerpo de su muger la Reyna Adosinda.

Capítulo VII.

De los Reyes Don Alonso, Mauregato y Don Bermudo.

Hechas las honras y enterramiento del Rey Silon, Don Alonso su compañero con gran voluntad de la nobleza quedó solo con el reyno el año de setecientos y ochenta y tres. El

odio que tenian á su padre, estaba olvidado, y con la muestra que habia dado de sus virtudes, tenia grangeadas las voluntades de todos sus vasallos. Solo Mauregato su tio, aunque no era legítimo, pretendia se le hizo agravio en anteponerle á Don Alonso. Alegaba que tenia mas estrecho parentesco con los Reyes 'pasados, y que todos sus hermanos sucesivamente fueron Reyes. No faltaban hombres bulliciosos que con deseo de cosas nuevas daban oidos y favor á sus intentos, personas de malos pensamientos y costumbres, quales son por la mayor parte los que siguen la corte y casas reales. A persuasion destos por hallar poco arrimo en los Christianos hizo recurso á los Moros: pidióles le ayudasen, y alcanzólo con asentar de dalles cada un año por parias cinqüenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo: infame concierto; pero tanto puede el desenfrenado deseo de reynar. Son los Moros mas que ninguna otra nacion inclinados á deshonestidad. Con el cebo pues destos deleytes y por mandado de su Rey Abderrahman buen número de aquella gente siguió á Mauregato. Allegábase para inclinarlos mas la honra que les resultaba de tener á los Christianos por tributarios, y á su Rey por sugeto y obligado. No se hallaba Don Alonso apercebido de fuerzas bastantes para hacer resistencia y contrastar á tanto poder. Acordó de dar tiempo al tiempo y mientras duraban aquellos recios temporales se retiró á la Cantabria ó Vizcaya, donde tenia muchos aliados: parientes y amigos de Eudon, de quien venia por parte de madre. Era de veinte y cinco años quando al principio de su reynado fué despojado. Reynó Mauregato por espacio de cinco años y seis meses sin señalarse en cosa alguna sino en cobardía, torpeza, y en la grave maldad que cometió por la traycion que hizo á su patria. Sepultáronle en Pravia en la iglesia de San Juan, como lo dice el Chronicon que anda en nombre del Rey Don Alonso el Magno, por lo menos en el exemplar de Oviedo. Murió en el año del Señor de setecientos y ochenta y ocho. En el mismo año Abderrahman Rey de los Moros despues que reynara por espacio de veinte y nueve años, pasó desta vida en Córdoba do hacia su residencia; y la qual ciudad adornó con diversas obras magníficas y reales como fué un castillo que levantó en ella, y unos jardines que plantó muy deleytosos, que entonces se llamaban de Risapha

y al presente se llaman de Arrizafa. Demas desto dos años antes que muriese, de lo que ganó en la guerra comenzó á fabricar la mezquita mayor, que hoy es la iglesia cathedral de Córdoba, por la manera del edificio, gran número y hermosura de columnas sobre que carga la bóveda, una de las obras mas señaladas de España. Dexó nueve hijas y once hijos: nombró en su testamento por sucesor á Zuleman el mayor de todos, que tenia puesto en el gobierno de Toledo. Esta su ausencia dió ocasion á Issem que era el hijo segundo, de apoderarse del reyno sin embargo de lo que su padre dexó dispuesto. Tenia muy de su parte las voluntades del pueblo, con cuya ayuda venció en batalla á su hermano y le hizo retirar al reyno de Murcia, desde donde por sesenta mil escudos que le dió, renunciado su derecho, pasó en Africa. Despues desto Abdalla que era otro hermano, con deseo de cosas nuevas andaba alborotado, mas hizo asiento con él, con que así mismo desamparó á España. Tuvo Issem el reyno siete años, siete meses y siete dias. A Mauregato sucedió Don Bermudo llamado el Diácono, porque en su menor edad recibiera aquel órden de la manera que se usa entre los Christianos. Cuyo hijo fuese Don Bermudo no concuerdan los historiadores, ni será fácil preferir la una opinion á la otra, ni los que dicen lo uno á los que sienten lo contrario. Entiendo que por la semejanza de los nombres las memorias de aquel tiempo están varias. Quien dice que fué hijo de Bimarano, á quien el Rey Don Fruela su hermano mató por sus manos: quien que fué hijo del otro Don Fruela hermano del Rey Don Alonso el Cathólico: opinion que la siguen autores de crédito y antiguos en particular el Chronicon del Rey Don Alonso el Magno. Reynó tres años y medio, tuvo dos hijos, Don Ramiro y Don García, en su muger Nunilon ó Ursenda con quien se casó ilícitamente; pero despues con mejor consejo se apartó della y perseveró en castidad toda la vida. En lo demas fué hombre templado y modesto: mas amigo del sosiego, que sufria el estado de las cosas. Locamente se encarga en semejante tiempo del gobierno quien no tiene bastante ánimo, destreza en las armas, esfuerzo y valor, y aun fuerzas corporales. Verdad es que hizo una cosa muy loable, y que dió mucho contento, es á saber que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reyno á Don Alon-

so hijo de su primo hermano el Rey Don Fruela, al que despojó Mauregato y le forzó recogerse á Vizcaya. Esto fué el año de setecientos y noventa y uno á veinte y uno de Julio, como lo dice Isidoro Pacense escritor deste mismo tiempo. Reynó desde aqui adelante por espacio de cinqüenta y dos años, cinco meses y trece dias. Fué príncipe muy señalado en la prosperidad continua que tuvo en sus cosas, diestro en las armas, clemente, liberal, amable á los suyos, y espantoso á los estraños: en la piedad y religion ninguno se la ganara. Con su esfuerzo principalmente se mantuvieron las cosas de España que estaban para caerse. Ganó grande reputacion y autoridad, y no menos grangeó las voluntades de sus vasallos con una victoria muy señalada que tuvo el tercero año de su reynado de un capitan moro llamado Mugayo. Tenia por cosa afrentosa al nombre christiano entregar á aquellos bárbaros las doncellas que torpemente concertó Mauregato. No quiso acudilles con aquel tributo: por esta causa un grueso exército de enemigos rompió y corrió por todas partes sin parar hasta llegar á las Asturias. Recogió Don Alonso sus gentes: salió en busca del enemigo, dióse la batalla cerca de un pueblo llamado Ledos, quedó la victoria por los nuestros, que fué de las mas señaladas que jamás hobo en España, ca murieron setenta mil Moros: con que los Christianos comenzaron á respirar y alzar cabeza por verse libres de una servidumbre tan grave, y los Moros enflaquecidas sus fuerzas, y embarazados en otras guerras, no pudieron satisfacerse de aquella mengua y daño; y es cosa averiguada que en aquel tiempo en lo postrero de España por la parte que los montes Pyrineos se estienden de mar á mar, muchas ciudades y pueblos se ganaron de los Moros por las armas de los Reyes de Navarra, y por el esfuerzo de Carlo Magno Rey de Francia, príncipe de autoridad aventajada entre los Reyes Christianos, y por sus grandes proezas muy conocido por la fama. Esto puso en necesidad á Issem Rey de Córdoba de enviar un capitan de gran nombre llamado Abdelmelich con exército bastante para reprimir las entradas por aquella parte y intentos de los Christianos. Lo que resultó, fué que los Moros tornaron á apoderarse de Girona lo postrero de España, y de Narbona en la entrada de Francia. (1)

(1) En la Hist. de los Arab. cap. 20.

De allí dice el arzobispo Don Rodrigo que para acabar el edificio de la mezquita de Córdoba hicieron traer la tierra en hombros de Christianos, que fué insolencia de bárbaros, olvidados de la modestia y templanza con la prosperidad. Esta tierra entiendo yo debió ser alguna suerte de arena con que hace mayor presa la cal. Edificó así mismo este Rey otra puente en Córdaba cerca del alcázar, y fué el primero entre los Reyes Moros que para su guarda tomó soldados estraños, es á saber tres mil Christianos, renegados. Fuera destos para los oficios y servicio de la casa Real tenia dos mil eunuchôs. Falleció el año de setecientos y noventa y cinco: reynó por espacio de veinte y seis años, diez meses y quince dias. Dexó fama de príncipe prudente, justo y liberal como entre aquella gente, y por sucesor á su hijo Alhaca.

Capítulo VIII.

De Elipando Arzobispo de Toledo.

A los trabaxos de la cautividad, que quando fueran solos eran muy graves, se allegó una grande discordia en materia de Religion. Los principales movedores y cabezas deste mal fueron Feliz obispo de Urgel en lo postrero de España, y su dicípulo Elipando arzobispo de Toledo, hombres de ingenios no groseros, ni faltos de erudicion para las tinieblas y grandes revueltas y males de aquel tiempo, entre los quales no tropezar ni ensuciarse fuera cosa semejable á milagro. Porque, ¿qué lugar podian tener las letras en medio de servidumbre tan grave, quando cargados de tributos, y trabaxados de todas maneras eran forzados á buscar con el sudor de su rostro el sustento cotidiano? ¿como se podian juntar los concilios eclesiásticos, medicina con que de muy antiguo se solian sanar las heridas en la doctrina y reformar las costumbres de eclesiásticos y seglares? Los nobles y el pueblo como á cada uno se le antojaba así ordenaban sus vidas, y de las cosas divinas sin que nadie les fuese á la mano, cada qual sentia y hablaba lo que le parecia: cosa muy perjudicial. Demas desto del trato y conversacion con los Moros era forzoso se pegasen á los Christia-

nos malas opiniones y dañadas; en particular estos dos prelados despertaron y publicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del concilio Ephesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas del fuego y quema pasada. Decian de Christo que en quanto hombre era hijo adoptivo de Dios: doctrina falsa y contra razon, contra todas las divinas y humanas letras y religiones. ¿Porque como puede uno mismo ser hijo natural y adoptivo? pues consta que el hijo adoptivo graciosamente por sola benignidad de su padre, sin que haya cosa alguna que obligue y fuerze, es admitido á la herencia y derechos agenos, lo que quien dixese de Christo, seria forzado á reconocer en él y confesar dos hypostasis ó supuestos, que seria otro desatino mas grave. Féliz por estar su obispado cerca de Francia, y porque los años pasados los Franceses hicieron diversas entradas por aquellas comarcas, sospechan algunos que fué de aquella nacion, Elipando como el nombre lo muestra venia de la antigua sangre de los Godos. Hacia por ellos su dignidad y autoridad obispal, la fama de sus nombres y letras: alegaban otrosí en favor de su error á los santos Eugenio, Illefonso, Juliano. Ayudábanse, aunque mal, de algunos lugares de las divinas letras, en que Christo por la parte que es hombre, se dice ser menor que su padre. Eran de ingenios bulliciosos y ardientes: asi con cartas y libros que enviaban á todas partes, pretendian con palabras afeytadas persuadir á los demas lo que ellos sentian. En particular Elipando por la autoridad que tenia muy grande sobre las demas iglesias, escribió á los obispos de Asturias y Galicia, en especial pretendió enlazar en aquel error á la reyna Adosinda muger que fuera del Rey Silon. Ella como prudentisima y muy santa respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia, y que se remitia en todo á lo que los obispos y sacerdotes determinasen. En el número de los quales se señalaron principalmente Beato presbytero y Heterio Obispo de Osma, cuya disputa contra Elipando erudita y grave se conserva hasta el dia de hoy: obra larga y de mucho trabaxo, pero que el lector tendrá por bien empleado el tiempo que gastare en leerla, por convencer la mentira con fuertes argumentos. Pasaba la revuelta adelante, y porque las cosas no sucedian como los noveleros pensaban, Elipando se partió de Toledo para

las Asturias y Galicia, provincias en que inficionó á muchos con aquella mala ponzoña, malo y pestilencial olor de su boca. Féliz acometió primero á los de Castilla la vieja, despues en la entrada de Francia á la Septimania que es la Gascuña, desde allí corrió lo demas de Francia y Alemaña sin hacer algun efecto á causa que toda suerte de gentes, los grandes, los medianos y los pequeños se espantaban con la nueva manera de hablar, y en público y en secreto condenaban aquella opinion y los que la enseñaban. (1) En aquellas partes se podian juntar concilios de obispos; y así hallo que en Regino ciudad de Baviera, que hoy dicen es Ratisbona, en presencia de Carlo Magno Rey de Francia por un concilio de obispos que allí se juntó sobre el caso, fué condenado Feliz el año de Christo de setecientos y noventa y dos. De donde enviado á Roma se retrató delante del papa Adriano fingidamente por lo que adelante se vió, pues fué necesario que se juntase de nuevo concilio en Francfordia ciudad de Alemaña el año de setecientos y noventa y quatro, en que se halló presente Carlo Magno y dos obispos Theophilacto y Stephano enviados de Roma por legados, y de España por los Cathólicos Beato presbytero y el obispo Heterio. No perdieron por ende el ánimo los Noveleros, antes presentaron un memorial á Carlo Magno en que le suplicaban se hallase presente en aquel juicio, y quisiese seguir antes el parecer de muchos que dexarse engañar de pocos. Tratóse el negocio, y ventilóse aquella mala opinion. Condenáronla, y juntamente á los que la seguian, si no desistiesen della; en particular á Feliz y Elipando pusieron pena de descomunion. Feliz, como lo dice Adon Vienense, fué por los obispos condenado y enviado en destierro, y en Leon de Francia falleció sin desistir jamás de su error: en tanto grado es dificultoso mudar de opinion, y mas en materia de Religion, y reportar un entendimiento pervertido para que vuelva al camino de la verdad. Qué se haya hecho de Elipando no se sabe; y creo mas aina, antes es cierto, que se reconoció, y que obedeció á la sentencia de los obispos; y se apartó de su primer parecer. Tengo así mismo por cierto que no salió de España, ni compareció en Regino, ni en Roma, ni en Francfor-

(1) Theat. urbium Adriani Romani.

dia. A los antiguos santos que alegaban por sí los errados, y de cuyos dichos se valian, Eugenio, Illefonso y Juliano, carga Carlo Magno en la carta que escribió á Elipando y á los demas sacerdotes de España: dice que no es maravilla los hijos se parezcan á los padres. Heterio niega que cosa semejante se hallase en los escritos de aquellos santos. Consta otrosí que de la escuela de Feliz pasados algunos años salió Claudio de nacion español, obispo de Turin, persona que con opinion de erudito anduvo algun tiempo y conversó en la casa y corte del emperador Ludovico Pio. Este á las mentiras de los pasados demas de otras cosas añadió un nuevo dislate, que las imágenes sagradas se debian quitar de los templos; escribió empero contra él aguda y doctamente Jonas Aurelianense su contemporáneo.

Capítulo IX.

De los principios de Don Alonso el Casto.

Falleció por este tiempo el Rey Don Bermudo: sepultóse en Oviedo, do antiguamente se veian los lucillos suyo y de su muger; con tanto quedó solo Don Alonso en el gobierno. Tiénese por cierto que con deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la Reyna Berta su muger, que fué la causa de ponelle el sobrenombre de Casto. Para aumento del culto divino levantó desde los cimientos la iglesia mayor de Oviedo, que se llama de San Salvador. Quien dice que el Rey Don Bermudo fué el que dió principio á esta noble fábrica; y aun el letrero que está á la entrada de aquel templo, como queda arriba apuntado, atribuye aquella obra al Rey Silon. Pudo ser que todos tres entendieron en ella, y que el que la acabó, se llevó como acontece toda la fama. Lo que consta es que el Rey Don Alonso fué el que le adornó de muchas preseas, y en particular refieren que dos Angeles en figura de plateros le hicieron una Cruz de oro sembrada de pedrería de obra muy prima, vaciada y cincelada. Persuadióse el pueblo que eran Angeles, porque acabada la Cruz, no se vieron mas. El arzobispo Don Rodrigo dice que el Rey alcanzó del Papa,

que por la razon de los tiempos fué Leon el Tercero, que aquel su templo se hiciese arzobispal; pero engañóse porque esto sucedió en tiempo del Rey Don Alonso el Magno. Los gloriosos principios del reynado deste príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en su casa Real; y fué que su hermana la infanta Doña Ximena olvidada del respeto que debia á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandia ó Sancho conde de Saldaña sin reparar hasta casarse con él. Fué el matrimonio clandestino, y dél nació el infante Bernardo Carpense ó del Carpio, muy famoso y esclarecido por sus proezas y hazañas en las armas, segun que le alaban y engrandecen las historias de España. El Rey sabido lo que pasaba, puso en prisiones al conde que vino para hallarse en las cortes. Acusáronle de traycion, y de haber cometido ofensa contra la magestad: convencido, fué privado de la vista y condenado á cárcel perpetua; señalaron para su guarda el castillo de Luna, en que pasó lo demas de la vida en tinieblas y miseria; que tal es la paga de la maldad y su dexo. La hermana del Rey fué puesta en un monasteria de monjas. Sin embargo el Rey hizo criar el infante como si él mismo lo hobiera engendrado y hobiera salido de sus entrañas; verdad es que no se crió en la corte, sino en las Asturias. La buena crianza fué parte para que su buen natural se aumentase y aun mejorase. Las armas de los Moros por estos tiempos no sosegaban; antes Zulema y Abdalla tios del nuevo Rey Moro, que hasta aquí se entretuvieran en Africa, para prevenir que el Rey Alhaca, su sobrino no se fortificase en el reyno, pasaron en España con presteza. Abdalla como hombre mas atrevido fué el primero que se apoderó de Valencia, ca los ciudadanos le rindieron la ciudad. Zulema despues acudió llamado de su hermano para socorrelle y ayudalle en sus intentos. Hicieron entradas por los pueblos y ciudades comarcanas, corrieron los campos por muchas partes, pasaron tan adelante que se atrevieron á presentar la batalla al Rey Alhaca, la qual fué muy herida y dudosa: derramóse en ella mucha sangre, pero en fin Zulema con otros muchos fué muerto. Abdalla se huyó á Valencia; y como viese que tantas veces la fortuna le era contraria, acordó seguir otro partido y tomar asiento con el Rey á condicion que le señalase rentas

en cada un año con que sustentase en aquella ciudad la vida y estado de hombre principal. Para seguridad que cumpliria lo asentado y sosegaria, dió en rehenes á sus mismos hijos, que el Rey Moro recibió y tuvo cerca de sí con aquel tratamiento que convenia tuviesen sus primos hermanos, tanto que á uno dellos dió por muger una hermana suya. Todo esto sucedió el año de los Arabes ciento y ochenta y quatro conforme á la cuenta del arzobispo Don Rodrigo, que era el año quinto despues que Alhaca comenzó á reynar. Las discordias que los Moros tenian entre sí, parece dieron buena ocasion al Rey Don Alonso para adelantar su partido, pues muchos autores estrangeros (que los nuestros no dicen palabra) atestiguan que por el esfuerzo del Rey Don Alonso se ganó de los Moros la ciudad de Lisbona cabeza de Portugal, y que envió á Carlo Magno una solemne embaxada, en que los principales Fruela y Basílico de los despojos de aquella ciudad le llevaron por mandado de su Rey un rico presente de caballos, armas y cautivos, demas desto una tienda morisca de obra y grandeza maravillosa. Siguiéronse despues desto algunos alborotos en el reyno y alteraciones civiles tan graves, que pusieron al Rey en necesidad de retirarse al monasterio Abeliense muy conocido á la sazon, y asentado en ciertos lugares ásperos y breñas de Galicia. Dende con el ayuda de Theudio hombre principal y poderoso se restituyó en su reyno con mayor honra despues de aquel trabaxo. Pero á mi ver en ninguna cosa se señaló mas el reynado de Don Alonso ni fué mas dichoso que por hallarse en su tiempo en Compostella como se halló el sagrado cuerpo del Apóstol Santiago: pronóstico y anuncio de la prosperidad que tendrian mayor que nunca los Christianos. Lo qual será bien declarar como sucedió, y tomar el agua y corrida de algo mas arriba.

Capitulo X.

Como se halló el cuerpo del Apóstol Santiago.

Floreció el culto de la Religion Christiana antiguamente en lo postrero de Galicia y en aquella parte do está situada Iria

Flavia, que es el Padron, quanto en qualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Christo en el tiempo que prevalecia la vanidad de los muchos Dioses, y por mandado de los Emperadores Romanos todo género de tormentos se empleaba en los cuerpos de los que á Christo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la Christiandad. Por donde ni en lo restante del imperio Romano, ni en el tiempo que los Godos fueron señores de España, se tenia noticia del sepulcro sagrado del Apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande el lugar en que estaba se hinchó de maleza, espinas y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta el tiempo de Theodomiro obispo Iriense. Myro Rey de los Suevos, de quien arriba se hizo mencion, conforme á la costumbre y observancia de Roma dexó señalados los términos por todo su reyno á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andrés: sucediéronle por órden Dominico, Samuel, Gothomaro, Vincibil, Féliz, Hindulpho, Selva, Leosindo ó Theosindo, Enula, Romano, Augustino, Honorato, Hindulpho. De los quales todos fuera de los nombres no ha quedado noticia alguna, y con la misma escuridad de ignorancia y olvido quedaran sepultados todos los demas que les sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera. Fué aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Theodomiro sucesor de Hindulpho, y por voluntad de Dios en esta manera. Personas de grande autoridad y crédito afirmaban que en un bosque cercano se vian y resplandecian muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuesen trampantojos, mas con deseo de averiguar la verdad fué allá en persona, y con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecia con lumbres que se veian por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra, hallaron debaxo una casita de mármol, y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado Apóstol, no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros, y

aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dixo misa, acullá se escondió de los que para darle la muerte le buscaban. Los Angeles que á cada paso, dicen, se aparecian, dieron testimonio de la verdad como testigos abonados y sin tacha. El obispo con deseo de avisar al Rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la corte. Era el Rey muy pio y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demas de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vió todo lo que le decian: la alegría que recibió, fué extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen, conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama primero por España, despues por todo el orbe Christiano: con que la devocion del Apóstol Santiago se aumentó y dilató en grande manera. Concurrió gente innumerable de todas partes: tanto que en ningun tiempo se vió acudir á España, aun quando gozaba de su prosperidad, tantos estrangeros. De Italia, Francia y Alemaña, venian los de lexos y los de cerca movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devocion con los muchos y grandes milagros que cada dia se hacian al sepulcro del Santo Apóstol, que daban testimonio bastante de que no era sin propósito lo que se habia creido y se divulgaba. Gobernaba á esta sazon la Iglesia Romana el Pontífice Leon III deste nombre: hicieron recurso á él el Rey Don Alonso, y á su instancia y en su favor Carlo Magno, que á esto entiendo yo se enderezaba principalmente la embaxada que diximos. Pidieron que el obispo Iriense sin mudar por entonces el nombre que antes tenia, trasladase su silla á Compostella para mas autorizar aquel santo lugar. Venian en ello los grandes y prelados de España. Condecendió el Pontífice á tan justa demanda con tal que el arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel obispado, no fuese perjudicado en alguna manera; dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los Moros. De la una y de la otra condicion la Iglesia de Compostella quedó exêmpta docientos y setenta y cinco años adelante, quando por concesion de los Pontífices Romanos y á instancia de los Reyes de España se trasladaron á Santiago los

privilegios y autoridad de Mérida, Iglesia en otro tiempo Metropolitana, como se declara en otro lugar. En los archivos y becerro de Compostella se halla un privilegio deste Rey Don Alonso, en que hace donacion á aquella Iglesia de aquella nueva poblacion con tres millas de tierra por todas partes en derredor que le señaló de territorio: en él en particular se hace mencion de la invencion que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado. No dexaré de avisar antes de pasar adelante que algunas personas doctas y graves estos años han puesto dificultad en la venida del Apóstol Santiago á España: otros, si nó los mismos, en la invencion de su sagrado cuerpo por razones y textos que á ellos le mueven. Seria largo cuento tratar esto de propósito; y no entiendo sea expediente con semejantes disputas y pleytos alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como esta es. Ni las razones de que se valen, nos parecian tan concluyentes que, por la verdad no militen mas en número y mas fuertes testimonios de Papas, Reyes y autores antiguos y Santos sin excepcion y sin tacha. Finalmente visto lo que hace por la una y por la otra parte, aseguro que hay pocos santuarios en Europa que tengan mas certidumbre ni mas abonos en todo que el nuestro de Compostella. Tal era y es nuestro juicio en este cabo y en estas dificultades.

Capítulo XI.

Como Carlo Magno vino en España.

Que Carlo Magno Rey poderoso de Francia haya venido, y aun mas de una vez á España, la fama general que dello hay lo muestra, fundada en lo que los escritores antiguos dexaron escrito con mucha conformidad. Primeramente al principio de su reynado despues de la muerte de su padre, vino á España con esperanza de echar los Moros de toda ella. Ibnabala Moro, le hizo instancia que emprendiese este viage en su favor. Pasó los montes Pyrineos por la parte de Navarra. Púsose sobre Pamplona, que se le rindió fácilmente. Dexó á Ibnabala por Rey de Zaragoza con órden que aquella ciudad le acudiese á él

con cierto tributo y parias cada un año. Hecho esto, dió la vuelta y de camino hizo desmantelar la ciudad de Pamplona, á causa que no se podia mantener, y con las guerras ordinarias muchas veces mudaba señorío, ya era de Moros ya de Christianos. Tenian los Navarros tomados los puertos y estrechuras de los Pyrineos. Dieron sobre el fardage y sobre los tesoros de Francia, saqueáronlo todo, con que Carlo Magno sin poder tomar emienda del daño, fué forzado de volver á Alemaña con poco contento y honra. Pocos años adelante en la parte de Cataluña se le entregaron las ciudades de Girona y de Barcelona. De donde conviene tomar los principios de los condes de Barcelona y de los Catalanes, nombrados así de los pueblos Catalaunos puestos en la Gallia Narbonense, cerca de la ciudad de Tolosa, que contra los Moros hicieron entrada y asiento por aquella parte de España. Esta derivacion es mas á propósito que la que compone esta palabra de Gotos y Alanos, y la que otros siguen de cierto Catalan gobernador de Aquitania, en el tiempo que Carlo Martello, como queda arriba tocado, se apoderó por fuerza de aquel ducado y le quitó á los hijos de Eudon. Tomich historiador Catalan, dice que Carlo Magno despues de algun tiempo, ganado que hobo de los Moros á Narbona, rompió de nuevo por aquella parte en España, y con las armas sugetó á su corona á Cataluña la vieja, que estaba asimismo en poder de Moros, en la parte en que antiguamente estuvieron los Ceretanos y por allí: demas desto que peleó con los Moros, y los venció en el valle que desta batalla tomó el nombre de Cárlos. Otros añaden á lo dicho que con la ocasion de haberse hallado el cuerpo de Santiago, volvió á España de nuevo para certificarse y ver con sus ojos lo que publicaba la fama, y aumentar con su autoridad y presencia la devocion de aquel santuario. Dicen mas que á instancia suya luego que se enteró de la verdad, se dió al prelado de Compostella derecho y autoridad de primado sobre todas las iglesias de España. Pero lo desta venida se debe tener por falso y por invencion mal compuesta por muchas razones que no es necesario poner aquí; pues la mentira por sí misma se muestra. Lo que se averigua es que vuelto de España Carlo Magno, se partió para Roma con intento de amparar y restituir en su silla al sumo Pontífice Leon III, el qual como él sospechaba, y era la ver-

dad, á tuerto habian depuesto sus enemigos. Llegado á aquella ciudad, se asentó para conocer de aquel pleyto, quando gran número de obispos que allí se hallaban presentes por su llamado, dixeron á voces no ser lícito que alguno juzgase al sumo Pontífice. Con esto el mismo acusado desde un púlpito con juramento se purgó de los cargos que le hacian; y sus acusadores fueron primero condenados á muerte; despues á ruego del Pontífice se trocó aquella sentencia en destierro. En ningun tiempo la iglesia de Roma se vió mas autorizada, ni la persona del Pontífice mas acatada. Habian los ciudadanos de Roma y el papa enviado á Carlo Magno antes que allá llegase, las llaves de la confesion de San Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, en señal que se ponian en sus manos, y debaxo de sus alas se amparaban, á causa que por la revuelta de los tiempos los Emperadores griegos poco les podian ayudar, el poder de los Franceses se aumentaba y se fortificaba mas de cada dia. Hicieron pues en presencia lo que en su ausencia tenian acordado, que fué entregalle el imperio de la ciudad de Roma. Corria el año de nuestra salvacion de ochocientos y uno, quando el Papa Leon celebrado que hobo la misa en la iglesia de San Pedro, víspera de Navidad, dió á Carlo Magno el nombre de Augusto, y le adornó de las insignias imperiales. El pueblo Romano en señal de su mucha alegría aclamó: A CARLOS AUGUSTO, GRANDE Y PACÍFICO VIDA Y VICTORIA. Despues que fué emperador, desde Alemaña, do estaba retirado en lo postrero de su edad, vino á España segun que lo afirman casi todos los historiadores, con esta ocasion: el Rey Don Alonso cansado por sus muchos años, y con las guerras que de ordinario traia con los Moros, con mayor esfuerzo y valor que prosperidad, pensó seria bien valerse de Carlo Magno para echar con sus armas los Moros de toda España. No tenia hijos, ofrecióle en premio de su trabaxo la sucesion en el reyno por via de adopcion. No menospreció este partido el buen Emperador, pero por ser de larga edad y no menos viejo que el Rey Don Alonso, y por tener debaxo de su señorío muchas provincias, le pareció que aquel reyno seria bueno para Bernardo su nieto de parte de su hijo Pipino ya muerto, que él habia hecho Rey de Italia. Con esta resolucion emprendió el viage de España, seguíale un exército invencible. Estaba todo para concluir-

se quando se supieron estas práticas; porque las cosas de los grandes príncipes y sus confederaciones por intervenir otros en ellas, no pueden estar mucho tiemo secretas. Llevaba de mala gana la nobleza de España quedar sugeta al imperio de los Franceses, gente insolente, como ellos decian, y fiera: que no era esto librallos de los Moros, sino trocar aquella servidumbre en otra mas grave. Desto se quexaba cada qual en particular y todos en público los menores, medianos y mas grandes. Todavía ninguno en particular se atrevia á resistir á la voluntad del Rey y desbaratar aquellos intentos. Solo Bernardo del Carpio, feroz por la juventud y por la esperanza que tenia de la corona, soplaba este fuego y se ofrecia por caudillo á los que le quisiesen seguir. El mismo Rey Don Alonso estaba arrepentido de lo que tenia tratado: tan inciertas son las voluntades de los príncipes. Allegóse á los demas Marsilio Rey Moro de Zaragoza, con quien el Emperador estaba enojado por haber despojado de aquel estado á Ibnabala su confederado. De los unos y de los otros se formó un buen exército; aunque no bastante para resistir en campo llano. La caballería de Francia es aventajada: acordaron tomar los pasos de los Pyrineos, y impedir á los Franceses la entrada en España. Los escritores estrangeros dicen que Cárlos pasó adelante, y que antes que diese la vuelta, venció en batalla á los enemigos y les corrió los campos y la provincia por todas partes, y que finalmente quando se volvia peleó en las estrechuras de los Pyrineos. A otros parece mas verdadero lo que nuestros escritores afirman que Carlo Magno no entró desta vez en España, sino que á la misma entrada en Roncesvalles que es parte de Navarra, se dió aquella famosa batalla. Venian en la vanguardia Roldan conde de Bretaña, Anselmo y Eginardo hombres principales: el lugar no era á propósito para ponerse en ordenanza, acometieron los nuestros desde lo alto á los enemigos, dieron la muerte á muchos antes que se pudiesen aparejar para la pelea y ordenar sus haces; fué muerto el mismo Roldan, de cuyo esfuerzo y proezas se cuentan vulgarmente en ambas las naciones de Francia y de España, muchas fábulas y patrañas. Carlo Magno visto el temor de los suyos y la matanza que en ellos se executaba, con deseo de reparar y animar su gente que desmayaba en aquel aprieto, dixo á sus soldados es-

tas palabras : « Quan fea cosa sea que las armas francesas muy señaladas por sus triumphos y tropheos sean vencidas por los pueblos mendigos de España, envilecidos por la larga servidumbre, aunque yo lo calle, la misma cosa lo declara. El nombre de nuestro imperio, la fuerza de vuestros pechos os debe animar. Acordaos de vuestras grandes hazañas, de vuestra nobleza, de la honra de vuestros antepasados; y los que vencidas tantas provincias, distes leyes á gran parte del mundo, tened por cosa mas grave que la misma muerte dexaros vencer de gente desarmada y vil que á manera de ladrones no se atrevieron á pelear en campo raso. La estrechura de los lugares en que estamos, no da lugar para huir : ni seria justo poner la esperanza en los pies los que teneis las armas en las manos. No permita Dios tan grande afrenta : no sufrais soldados que tan gran baldon se dé al nombre francés, con esfuerzo y ánimo habeis de salir destos lugares, en fuerzas, armas, nobleza, en ánimo, número y todo lo demas os aventajais. Los enemigos por la pobreza, miseria y mal tratamiento están flacos y sin fuerzas; el exército se ha juntado de Moros y Christianos que no concuerdan en nada, antes se diferencian en costumbres, leyes, estatutos y religion. Vos teneis un mismo corazon, una misma voluntad, necesidad de pelear por la vida, por la patria, por nuestra gloria. Con el mismo ánimo pues con que tantas veces sobrepujastes innumerables huestes de enemigos, y salistes con victoria de semejantes aprietos (si ya soldados mios no estais olvidados de vuestro antiguo esfuerzo), venced ahora las dificultades menores que se os ponen delante. » Dicho esto con la bocina hizo señal como lo acostumbraba. Renuévase la pelea con grande corage : derrámase mucha sangre, mueren los mas valientes y atrevidos de los Franceses, los Españoles por los muchos trabaxos endurecidos peleaban como leones, y la opinion que en la guerra puede mucho, quebrantó los ánimos de los contrarios, ca en lo mas recio de la pelea se divulgó por los esquadrones que los Moros como gente que tenia noticia de los pasos, se apresuraban para dar sobre ellos por las espaldas. Ningun lugar hobo ni mas señalado por el destrozo de los Franceses, ni mas conocido por la fama. Los muertos fueron sepultados en la capilla del Espíritu Santo de Roncesvalles. Siguióse poco despues la muerte de Carlo Magno, que falleció y

fué sepultado en Aquisgran el año de Christo de ochocientos y catorce, que fué la causa como yo entiendo de no vengar aquella injuria. Don Rodrigo dice que el Rey Don Alonso se halló en la batalla, los de Navarra que Fortun García Rey de Sobrarve tuvo gran parte en aquella victoria, las historias de Francia que no por el esfuerzo de los nuestros fueron los Franceses vencidos, sino por traycion de un cierto Galaon. Entiendo que la memoria destas cosas está confusa por la aficion y fábulas que suelen resultar en casos semejantes, en tanto grado que algunos escritores franceses no hacen mencion desta pelea tan señalada: silencio que se pudiera atribuir á malicia sino considerara que lo mismo hizo Don Alonso el Magno Rey de Leon, en el Chronicon que dedicó á Sebastian obispo de Salamanca, poco despues deste tiempo, donde no se halla mencion alguna desta tan notable jornada. Esto baste de la empresa y desastre del Emperador Carlo Magno. El lector por lo que otros escribieron, podrá hacer libremente juicio de la verdad. Volvamos á lo que nos queda atrás.

Capitulo XII.

De lo demas que hizo el Rey Don Alonso.

Prosperamente y casi sin ningun tropiezo procedian en tiempo del Rey Don Alonso las cosas de los Christianos, con una perpetua, constante, igual y maravillosa bonanza. No solo cuydaba el buen Rey de la guerra sino eso mismo de las artes de la paz, y en particular procuraba que el culto divino en todas maneras se aumentase. Luego que se acabó de todo punto el templo, que con nombre del Salvador se comenzó los años pasados en Oviedo, el mayor y mas principal de aquella ciudad, para que la devocion fuese mayor hizo que siete obispos le consagrasen con las ceremonias acostumbradas, el año de ochocientos y dos. Sin esto en la misma ciudad levantó otra iglesia con advocacion de Nuestra Señora, y junto con ella un claustro ó casa á propósito de enterrar en ella los cuerpos de los Reyes, ca dentro de la iglesia no se acostumbraba: otra tercera iglesia edificó de San Tyrso Martyr muy hermosa, la

quarta de San Julian: demas desto un palacio Real con todos los ornamentos, apartamientos y requisitos necesarios. Tal era la grandeza de ánimo en el Rey Don Alonso, que contentándose él en particular con regalo y vestido ordinario, empleaba todas sus fuerzas en procurar el arreo y hermosura de la república, ennoblecer y adornar aquella ciudad, que el primero de los Reyes hizo asiento y cabecera de su reyno, como lo refiere Don Alonso el Magno. A la misma sazon los Moros andaban alborotados, en particular los de Toledo se alzaron contra su Rey. Las riquezas y el ocio fuente de todos los males eran la causa, y ninguna ciudad puede tener sosiego largo tiempo: si fuera le faltan enemigos, le nacen en casa. El Rey Albaca como astuto que era, acostumbrado á callar, disimular, fingir y engañar, llamó á Ambroz gobernador de Huesca, hombre á propósito para el embuste que tramaba, por ser amigo de los de Toledo. Envióle con cartas halagüeñas en que echaba la culpa del alboroto á los que tenian el gobierno, y rogaba á los ciudadanos se sosegasen. Es la gente de Toledo de su natural sencilla y no nada maliciosa: sin recelarse de la celada, abiertas las puertas le recibieron en la ciudad. Pasado algun tiempo finge estar agraviado del Rey: persuádeles pasen adelante en sus primeros intentos, y para mayor seguridad hace edificar un castillo do al presente está la iglesia de San Christobal; y para que estuviesen en guarnicion, puso en él buen golpe de soldados. Para sosegar estas alteraciones acudió Abderrahman hijo del Rey Moro, mozo de veinte y quatro años, el qual con semejante engaño al primero hizo asiento con los de dentro, y le dexaron entrar. Para executar lo que tenian tramado, convidaron los ciudadanos principales á cierto convite que ordenaron dentro del castillo, en que sobre seguro fueron alevosamente muertos por los soldados los del pueblo hasta el número de cinco mil, que fué el año de nuestra salvacion de ochocientos y cinco. Este castigo tan grande hizo que el pueblo de Toledo se allanase, pero no bastó para que los que moraban en el arrabal de Córdoba no se levantasen: la crueldad antes altera que sana. Fué enviada contra ellos Abdelcarin, capitan de gran nombre, que ganó en el cerco que poco antes tuvo sobre Calahorra, y por los grandes daños que hizo en aquella comarca. Este lo sosegó todo: el castigo de los culpados fué menor

que el de Toledo, ahorcó trecientos dellos á la ribera del rio. Esto pasaba en tierra de Moros: en la de Christianos dos exércitos de Moros que hicieron entrada en Galicia y pusieron grande espanto en la tierra, fueron destrozados y forzados con daño á retirarse el año de ochocientos y diez. Orea gobernador de Mérida puso sitio sobre la villa de Benavente, pero con la venida del Rey Don Alonso fué forzado á alzarle y retirarse. De la misma manera Alcama Moro gobernador de Badajoz fué rechazado de la ciudad de Mérida sobre la qual estaba, y de toda aquella comarca. No mucho despues uno llamado Mahomad, hombre noble entre los Moros, ciudadano antiguamente de Mérida, por miedo que tenia de Abderrahman no le hiciese alguna fuerza y agravio (bien que lo particular no se sabe) con número de gente se retiró al amparo del Rey Don Alonso. Dióle el Rey en Galicia lugar en que morase: pretendia el Moro volver en gracia con los de su nacion y tomar por medio alguna empresa contra los Christianos, así ocho años despues de su venida con las armas se apoderó de un pueblo llamado Santa Christina: este castillo se vee hoy dos leguas de Lugo. Acudió prestamente el Rey para cortalle los pasos: vinieron á las manos, y pelearon con una porfía extraordinaria, pero al fin el campo quedó por los nuestros con muerte de cinqüenta mil Moros, y entre ellos del mismo Mahomad, que fué un notable aviso para no fiarse de traydores, en especial de diversa creencia y religion. En tanto que esto pasaba, falleció Alhaca Rey de Córdoba, el año de Christo de ochocientos y veinte y uno, de los Arabes docientos y seis, de su reyno veinte y siete. Dexó diez y nueve hijos, y veinte y una hijas. Sucedióle en el reyno Abderrahman su hijo en edad de quarenta y un años, reynó treinta y uno. Por este tiempo los Moros de España pasaron á la isla de Candia, y hicieron en ella su asiento. Dícelo Zonaras. El esfuerzo de Bernardo del Carpio, se mostró mucho en todas las guerras que por este tiempo se hicieron: él grandemente se agraviaba que ni sus servicios ni los ruegos de la Reyna fuesen parte para que el Rey su tio se doliese de su padre y le librase de aquella larga y dura prision. Pidió claramente licencia y retiróse á Saldaña que era de su patrimonio, con intento de satisfacerse de aquel agravio en las ocasiones que se ofreciesen. Dende hacia robos y entra-

das en las tierras del Rey sin que nadie le fuese á la mano. El Rey no era bastante por su larga edad, los nobles favorecian la pretension de Bernardo y su demanda tan justa. Ofendido el Rey por este levantamiento, y llegado el fin de su vida, de vejez y de una enfermedad mortal que le sobrevino, señaló por sucesor suyo á Don Ramiro hijo de Don Bermudo. Hecho esto, acabó el curso de su vida en edad de ochenta y cinco años. Reynó los cinqüenta y dos, cinco meses y trece dias. Otros á este número de años añaden los que reynaron Mauregato y Don Bermudo por no haber sido verdaderos Reyes. Falleció en Oviedo, y fué sepultado en la iglesia de Santa María de aquella ciudad. Sucedió su muerte el año de nuestra salvacion de ochocientos y quarenta y tres, cuenta en que nos apartamos algun tanto de lo que lleva el catálogo Compostellano, pero arrimados al Chronicon del Rey Don Alonso el Magno, muy conforme en esto á las demas memorias que quedan y tenemos de la antigüedad.

Capítulo XIII.

Del Rey Don Ramiro.

El reynado del Rey Don Ramiro en tiempo fué breve, en gloria y hazañas muy señalado por quitar como quitó de las cervices de los Christianos el yugo gravísimo que les tenian puesto los Moros, y reprimir las insolencias y demasías de aquella gente bárbara. A la verdad el haber España levantado cabeza, y vuelto á su antigua dignidad, despues de Dios se debe al esfuerzo y perpetua felicidad deste gran Príncipe. En los negocios que tuvo con los de fuera, fué excelente, en los de dentro de su reyno admirable; y aunque se señaló mucho en las cosas de la paz, pero en la gloria militar fué mas aventajado. A los nigrománticos y hechiceros castigó con pena de fuego: á los ladrones, en que andaba gran desórden, hacia sacar los ojos: pena cortada á la medida de su delito, quitarles la ocasion de codiciar lo ageno, y hacerles que no pudiesen mas pecar. A la sazon que falleció el Rey Don Alonso Don Ramiro se hallaba ocupado en los Vardulos, que eran parte de

Castilla la Vieja ó de Vizcaya. La distancia de los lugares y la mudanza del Príncipe dieron ocasion al conde Nepociano para apoderarse por fuerza de armas de las Asturias y llamarse Rey. Era hombre muy poderoso: los que le seguian muchos, su autoridad y riquezas muy grandes. Las voluntades y pareceres de los naturales no se conformaban, ca los malos y revoltosos le favorecian, los mas cuerdos que sentian diversamente, callaban y no se atrevian á declararse por miedo del tyrano y por estar las cosas tan alteradas. Acudió el Rey Don Ramiro á sosegar estos movimientos. Juntáronse de una parte y de otra muchas gentes: dióse la batalla en Galicia á la ribera del rio Narceya: en ella Nepociano fué desamparado de los suyos vencido y puesto en huida. Es muy justa recompensa de la deslealtad que sea reprimida con otra alevosía: demas que ordinariamente á quien la fortuna se muestra contraria, en el tiempo de la adversidad le desamparan tambien los hombres. Fué asi que dos hombres principales de los que seguian al tyrano, llamados el uno Somna y el otro Scipion, con intento de alcanzar perdon del vencedor le prendieron en la comarca Premariense, y se le entregaron. En la prision por mandado del Rey le fueron sacados los ojos, y encerrado en cierto monasterio pasó en miseria y tinieblas lo que de la vida le quedaba. Despues destos movimientos y alteraciones se siguió la guerra contra los Moros, que al principio fué espantosa; mas su remate y conclusion fué muy alegre para los Christianos, y en ella de las mas señaladas que se hicieron en España. Tenia el imperio de los Moros Abderrahman segundo deste nombre, Príncipe de suyo feroz, y que la prosperidad le hacia aun mas bravo; porque al principio de su reynado, como queda arriba apuntado, hizo huir á Abdalla su tio, que con esperanza de reynar tomó las armas y se apoderara de la ciudad de Valencia. Demas desto se apoderó de la ciudad de Barcelona por medio de un capitan suyo de gran nombre llamado Abdelcarin. Con esto quedó tan orgulloso, que resuelto de revolver contra el Rey Don Ramiro, le envió una embaxada para requerirle le pagase las cien doncellas que conforme al asiento hecho con Mauregato se le debian en nombre de parias; que era llanamente amenazalle con la guerra y declararse por enemigo, si no le obedecia en lo que demandaba. Grande era el

espanto de la gente, mayor el afrenta que desta embaxada resultaba; asi los embaxadores fueron luego despedidos: valióles el derecho de las gentes para que no fuesen castigados como merecia su loco atrevimiento y demanda tan indigna é intolerable. Tras esto todos los que eran de edad á propósito en todo el reyno, fueron forzados á alistarse y tomar las armas, fuera de algunos pocos que quedarón para la labor de los campos por miedo que si la dexaban, serian afligidos no menos de la hambre, que de la guerra. Los mismos obispos y varones consagrados á Dios siguieron el campo de los Christianos. Grande era el recelo de todos, si bien la querella era tan justa, que tenian alguna esperanza de salir con la victoria. Para ganar reputacion, y mostrar que hacian de voluntad lo que les era forzoso, acordaron de romper primero y correr las tierras de los enemigos, en particular se metieron por la Rioja que á la sazon estaba en poder de Moros. Al contrario Abderrahman juntaba grandes gentes de sus estados, aparejaba armas, caballos y provisiones con todo lo demas que entendia ser necesario para la guerra y para salir al encuentro á los nuestros. Juntáronse los dos campos, de Moros y de Christianos, cerca de Alvelda ó Albayda, pueblo en aquel tiempo fuerte, y despues muy conocido por un monasterio que edificó allí Don Sancho Rey de Navarra con advocacion de San Martin: al presente está casi despoblado. La renta del monasterio y la librería que tenia muy famosa, trasladaron el tiempo adelante á la iglesia de Santa María la Redonda de la ciudad de Logroño, de la qual Alvelda dista por espacio de dos leguas. En aquella comarca se dió la batalla de poder á poder, que fué de las mas sangrientas y señaladas que se dieron en aquel tiempo. Nuestro exército como juntado de priesa no era igual en fuerzas y destreza á los soldados viejos y exercitados que traian los enemigos. Perdiérase de todo punto la jornada, si no fuera por diligencia de los capitanes, que acudian á todas partes y animaban á sus soldados con palabras y con exemplo. Cerró la noche, y con las tinieblas y escuridad se puso fin al combate. No hay cosa tan pequeña en la guerra que á las veces no sea ocasion de grandes bienes ó males; y así fué que en aquella noche estuvo el remedio de los Christianos. Retiróse el Rey Don Ramiro á un recuesto que allí cerca está,

con sus gentes destrozadas y grandemente enflaquecidas por el daño presente y mayor mal que esperaban. El mejorarse en el lugar dió muestra que quedaba vencido, pero sin embargo se fortificó lo mejor que segun el tiempo pudo: hizo curar los heridos, los quales y la demas gente, perdida casi toda esperanza de salvarse, con lágrimas y suspiros hacian votos y plegarias para aplacar la ira de Dios. El Rey oprimido de tristeza y de cuydados por el aprieto en que se hallaba, se quedó adormecido. Entre sueños le apareció el apóstol Santiago con representacion de magestad y grandeza mayor que humana. Mándale que tenga buen ánimo, que con la ayuda de Dios no dude de la victoria, que el dia siguiente la tuviese por cierta. Despertó el Rey con esta vision, y regocijado con nueva tan alegre saltó luego de la cama. Mandó juntar los prelados y grandes, y como los tuvo juntos, los hizo un razonamiento desta sustancia: «Bien sé, varones excelentes, que todos conoceis tan bien como yo en qué término y apretura están nuestras cosas. En la pelea de ayer llevamos lo peor, y si no quedamos del todo vencidos, mas fué por beneficio de la noche que por nuestro esfuerzo. Muchos de los nuestros quedaron en el campo, los demas están desanimados y amedrentados. El exército enemigo que era antes fuerte, con nuestro daño queda con mayor osadía. Bien veis que no hay fuerzas para tornar á la pelea, ni lugar para huir. Estar en estos lugares mas tiempo, aunque lo pretendiésemos, la falta de pan y de otras cosas necesarias no lo permitirian. La dura y peligrosa necesidad de nuestra suerte, el desamparo de la ayuda y fuerzas humanas suplicá el socorro del cielo, y aliviará sin ninguna duda el peso de tantos males, lo que os puedo con seguridad prometer. Afuera el cobarde miedo, no tape las orejas de vuestro entendimiento la desconfianza y falta de fe. Arrojarse en afirmar y creer es cosa perjudicial, mayormente quando se trata de las cosas divinas y de la Religion, porque si las menospreciamos, hay peligro de caer en impiedad, y si las recebimos ligeramente, en supersticion. El apóstol Santiago me apareció entre sueños y me certificó de la victoria. Levantad vuestros corazones, y desechad dellos toda tristeza y desconfianza. El suceso de la pelea os dará á entender la verdad de lo que tratamos. Ea pues, amigos mios, llenos de

esperanza arremeted á los enemigos, pelead por la patria y por la comun salud. Bien pudiérades con estrema afrenta y mengua servir á los Moros: por pareceros esto intolerable tomastes las armas. Rechazad con el favor de Dios y del apóstol Santiago la afrenta de la Religion Christiana, la deshonra de vuestra nacion: abatid el orgullo desta gente pagana. Acordaos de lo que pretendistes quando tomastes las armas, de vuestro antiguo valor, y de las empresas que habeis acabado.» Dicho esto, mandó ordenar las haces y dar señal de pelear. Los nuestros con gran denuedo acometen á los enemigos, y cierran apellidando á grandes voces el nombre de Santiago: principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles, de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer. Los bárbaros alterados por el atrevimiento de los nuestros, cosa muy fuera de su pensamiento por tenerlos ya por vencidos, y con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, no pudieron sufrir aquel ímpetu y carga que les dieron. El apóstol Santiago, segun que lo prometiera al Rey, fué visto en un caballo blanco; y con una bandera blanca y en medio della una cruz roja, que capitaneaba nuestra gente. Con su vista crecieron á los nuestros las fuerzas: los bárbaros de todo punto desmayados se pusieron en huida, executaron los Christianos el alcance, degollaron sesenta mil Moros. Apoderáronse despues de la victoria de muchos lugares, en particular de Clavijo, do se dió esta famosa batalla, de que dan muestra los pedazos de las armas que hasta hoy por allí se hallan. Así mismo Alvelda y Calahorra volvieron á poder de los Cristianos. Sucedió esta memorable jornada el año de Christo de ochocientos y quarenta y quatro, que fué el segundo del reynado de Don Ramiro. El exército vencedor, despues de dar gracias á Dios por tan grande merced, por voto que hicieron obligaron á toda España sin embargo, que la mayor parte della estaba en poder de Moros, á pagar desde entonces para siempre jamás de cada yugada de tierras ó de viñas cierta medida de trigo ó de vino cada un año á la iglesia del apóstol Santiago, con cuyo favor alcanzaron la victoria: voto que algunos Romanos Pontífices aprobaron adelante, como se vee por sus letras apostólicas. Así mismo el Rey Don Ramiro expidió sobre el mismo caso su privilegio, su data en Calahorra á veinte

y cinco de mayo era ochocientos y setenta y dos: yo mas quisiera que dixera ochocientos y ochenta y dos para que concertara con la razon del tiempo que llevamos muy puntual y ajustada. Puédese sospechar que en el copiar el privilegio se quedó un diez en el tintero; que el original no parece. Añadieron otrosí en este voto que para siempre, quando los despojos de los enemigos se repartiesen, Santiago se contase por un soldado á caballo y llevase su parte; pero esto con el tiempo se ha desusado; lo que toca al vino y trigo algunos pueblos lo pagan. De los despojos desta guerra hizo el Rey edificar á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa con advocacion de Nuestra Señora, que hasta hoy se vee puesta á las haldas del monte Naurancio, y allí cerca se edificó otra iglesia con nombre de San Miguel. La Reyna que unos llaman Urraca, otros Paterna, madre de Don Ordoño y de Don García proveyó las dichas iglesias y las adornó de todo lo necesario, ca tenia por costumbre de emplear todo lo que podia ahorrar del gasto de su casa y del arreo de su persona, en ornamentos para las iglesias y en particular de la del Apóstol Santiago. El fruto desta victoria no fué tan grande como se pensaba y fuera razon á causa de otra guerra que al improviso se levantó contra España.

Capítulo XIV.

Como los Nortmandos vinieron á España.

Aun no estaba quitado el yugo de la servidumbre que los Moros gente venida de la parte de Mediodía tenia puesto sobre nuestra nacion, quando una nueva peste por la parte de Septentrion comenzó á trabaxarla grandemente. Fué así que los Nortmandos gente fiera y bárbara, y por no haber aun recebido la fe de Christo impía y infiel, salidos de Dacia y de Norvegia, como el mismo nombre lo declara que fueron gentes septentrionales (ca Nortmando quiere decir hombre del Norte) forzados de la necesidad, ó lo que es mas cierto, con deseo de hacer mal, se hicieron cosarios por el mar debaxo la conducta de su capitan Rholon. Lo primero acometieron

las marinas de Frisia : despues corrieron las de Francia , en particular por la parte que el rio Sequana desagua en el mar Océano , hicieron mas graves y mas ordinarios daños que de ninguno otro enemigo se pudieran temer. Despues desto talaron las tierras de Nantes por do el rio Loire descarga en el mar , las comarcas de Turs y de Potiers, en que vencido que hobieron en batalla á Roberto conde de Anjou , pusieron espanto en todas aquellas tierras, últimamente hicieron su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria , y hoy del nombre desta gente se llama Normandía; y esto por concesion de los Emperadores Ludovico el Segundo y Carolo Crasso, que les dieron aquellas tierras á condicion que pues no se querian del todo sugetar á su señorío , fuesen para siempre feudatarios y movientes de la corona de Francia. Los mismos por este tiempo con gruesas flotas que juntaron en Francia , dieron mucho trabaxo á los Christianos de España. Primeramente apretaron y talaron todas las marinas de Galicia , pero llegados á la Coruña , como acudiese contra ellos el Rey Don Ramiro , los que dellos saltaron en tierra , quedaron vencidos en batalla y forzados á embarcarse : demas desto les dieron una batalla naval en que setenta de sus naves parte fueron tomadas por los nuestros , parte echadas á fondo. Así lo refiere el arzobispo Don Rodrigo, dado que el número de las naves parece muy grande, principalmente que los que escaparon de la rota , doblado el cabo de Finis Terræ, llegaron á la boca del rio Tajo , y pusieron en mucho afan á Lisbona que habia por este tiempo vuelto á poder de Moros; y el año luego siguiente que se contaba de Christo ochocientos y quarenta y siete, con gentes y naves que de nuevo recogieron , pusieron cerco sobre Sevilla , y talaron los campos de Cadiz y de Medina Sidonia , en que hicieron presas de hombres y ganados , y pasaron á cuchillo gran número de Moros : al fin despues que se detuvieron mucho tiempo en aquellas comarcas, por un aviso que les vino que el Rey Abderrahman armaba contra ellos y aprestaba una gruesa armada , se partieron de España con mucha honra y despojos que consigo llevaron. Siguiéronse otras alteraciones civiles entre los Christianos. El conde Alderedo y Piniolo , hombres en riquezas y aliados poderosos , uno en pos de otro se alborotaron y to-

maron las armas contra el Rey Don Ramiro. Las causas destas alteraciones no se refieren: nunca faltan disgustos y desabrimientos, solo se dice que en breve y fácilmente se apaciguaron. Alderedo fué privado de la vista : Piniolo y siete hijos suyos muertos por mandado del Rey Don Ramiro el año quinto de su reynado. Falleció poco adelante él mismo en Oviedo despues que reynó siete años enteros : fueron sepultados él y Paterna su muger en la iglesia de Santa María de aquella ciudad, en que se vee un lucillo deste Rey con una letra que vuelta en romance dice así:

MURIÓ LA BUENA MEMORIA DEL REY RAMIRO A PRIMERO DE FEBRERO: RUEGO A TODOS LOS QUE ESTO LEYEREDES, NO DEXEIS DE ROGAR POR SU REPOSO.

Entiéndese que fué allí tambien sepultado Don García hermano del Rey (1), sin que haya memoria de alguna otra cosa que hiciese en vida ni en muerte, salvo que se halló en la batalla de Clavijo, y que el Rey le trataba como si saliera de sus entrañas. En tiempo del Rey Don Ramiro falleció Theodomiro obispo de Iria, en cuyo lugar sucedió Athaulfo. Algunos toman deste tiempo el principio de la caballería y órden de Santiago, muy famosa por sus hazañas; pero sin autor alguno ni argumento bastante; porque los privilegios antiguos, que con deseo de honrar esta religion algunos sin propósito inventaron, ningun hombre de letras los aprueba ni tiene por ciertos. A Don Ramiro sucedió su hijo Don Ordoño en el año del Señor de ochocientos y cinqüenta.

Capítulo XV.

De muchos Mártyres que padecieron en Córdoba.

Cruel carnicería, y una de las mas bravas y sangrientas que jamás hobo, se exercitaba en Córdoba por estos tiempos y se embravecia contra los siervos de Christo. Fuegos, planchas ardiendo con todos los demas tormentos se empleaban en

(1) Don Rodrigo lib. 4. de su Hist. cap. 12.

atormentar sus cuerpos. El mayor delito que en ellos se hallaba, era la perseverancia en la fe de Christo, y mantenerse en el culto de la Religion Christiana, dado que se buscaban y alegaban otros achaques y colores á propósito de no dar muestra que les pretendian quitar la libertad de ser Christianos contra lo que tenian concertado. Abderrahman Segundo deste nombre y Mahomad su hijo Reyes de Córdoba, como hombres astutos y sagaces, pensaban que harian cosa agradable á Dios y á sus vasallos si de todo punto desarraygasen el nombre Christiano: además que para seguridad de su estado les parecia conveniente que quitada la diferencia de la Religion, todos sus súbditos estuviesen entre sí ligados con una misma creencia. Al tiempo que se perdió España, los vencedores otorgaron á los nuestros libertad de mantenerse en la Religion de sus antepasados: con esto sacerdotes, monjas y monges con su vestido diferente de los demas, rapadas las barbas, con sus coronas y tonsuras á la manera antigua se veian en público así en otras partes como principalmente en Córdoba, donde por la grandeza de aquella ciudad, y por estar allí la silla de los Reyes Moros concurria mayor número de Christianos. Habia muchos asi monasterios como templos consagrados á fuer de Christianos: uno de San Acisclo Mártyr, otro de San Zoylo; el tercero de los Santos Fausto, Ianuario y Marcial: demas destos otras tres iglesias de San Cypriano, San Gines y Santa Olalla, sendas de cada uno: estas dentro de la ciudad: Fuera de los muros se contaban ocho monasterios, uno de San Christoval de la otra parte del rio: el segundo en los montes comarcanos con advocacion de Nuestra Señora, y llamado vulgarmente Cuteclarense: el tercero Tabanense: el quarto Pilemelariense con advocacion de San Salvador: el quinto Armilatense de San Zoylo: demas destos otros tres de San Féliz, de San Martin, y de los Santos Justo y Pastor. En todos estos lugares tocaban sus campanas para convocar el pueblo, que acudia públicamente á los oficios divinos sin que persona alguna les fuese á la mano: solamente tenian puesta pena de muerte á qualquier Christiano que en público ó en particular se atreviese á decir mal de Mahoma fundador de aquella secta; vedábanles otrosí la entrada en las mezquitas de los Moros. Como esto guardasen los nuestros, en lo demas les era permi-

tido vivir conforme á sus leyes, y casi conservarse en su antigua libertad. Tolerable manera de servidumbre era esta, pues aun se halla que entre los Christianos habia dignidad de condes, si por el contrario no se aumentaran de cada dia y crecieran las miserias y agravios. Quanto á lo primero los pechos y tributos que al principio eran templados, de cada dia se acrecentaban y hacian mas graves. Los nuestros apretados con estos gravámenes pretendian se debian quitar las nuevas imposiciones y derramas: y como no lo alcanzasen, pasaban una vida mas dura que la misma muerte. Destos principios las semillas de los odios antiguos vinieron á madurarse, y á reventar la postema. Los fieles trataban de sacudir de sí aquel yugo muy pesado. Los Moros abominaban del nombre christiano, y con solo tocar la vestidura de los nuestros se tenian por contaminados y sucios, miraban sus palabras, notaban sus rostros y sus meneos; con afrentas y denuestos que les decian, buscaban ocasion de reñir y venir á las manos. Los Christianos irritados con tantas injurias no dudaban en público de blasfemar de la ley y costumbres de los Moros. De aquí tomaron ocasion aquellos Reyes y sus gobernadores de perseguir la nacion de los Christianos con tanta mayor crueldad, que no pocos de los nuestros estaban de parte de los Moros, y reprehendian el atrevimiento de los Christianos hasta decir claramente que los que muriesen en la demanda, no debian en manera alguna ser tenidos por Mártyres, ni como tales honrados, pues no hacian algunos milagros; y sin ser necesario para defender su Religion, sino temerariamente y sin propósito, se ofrecian al peligro, y decian denuestos á los contrarios que no les hacian alguna fuerza, antes les dexaban libertad de mantenerse en la Religion de sus padres. Ultimamente alegaban que los cuerpos de los que morian, no se conservaban incorruptos, como se solian conservar antiguamente los de los verdaderos Mártyres para muestra muy clara de la virtud divinal que en ellos moraba. Asi decian ellos: quan á propósito, no hay para que tratarlo. El obispo Recaphredo y el conde Servando eran los principales capitanes, y que mas se señalaban en perseguir á los Mártyres y reprimir sus santos intentos. Personas muy honradas, sin hacer diferencia de edad ni de sexò, eran puestos en hierros y aprisionados en muy duras

cárceles. Procuró Abderrahman y hizo que en Córdoba se juntase un concilio de obispos sobre el caso : en él fueron por sentencia condenados como malhechores todos los que quebrantasen las condiciones de la confederacion puesta antiguamente con los Moros. Estado miserable, triste espectáculo y feo, burlarse por una parte del nombre christiano, y por otra los que acudian á la defensa, ser en un mismo tiempo combatidos por frente de los bárbaros, y por las espaldas de aquellos que estaban obligados á favorecerlos y animarlos. Cosa intolerable que fuesen trabaxados con calumnias y denuestos no menos de los de su nacion, que de los contrarios. ¿Qué debian pues hacer? ¿adónde se podian volver? muchos sin duda era necesario se enflaqueciesen en sus ánimos y cayesen : otros llenos de Dios y de su fortaleza perseveraron en la demanda. Muchos por espacio de diez años, que fué el tiempo que duró esta persecucion, perdieron sus vidas y derramaron su sangre por la Religion Christiana. El primer año padecieron Perfecto presbytero de Córdoba, y del pueblo uno llamado Juan. El segundo año Isaac monge, Sancho de nacion francés, Pedro presbytero de Ecija, Walabonso diácono Ilipulense : los monges Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando diácono Pacense ó de Beja, Paulo Cordobes, y María Ilipulense hermana que era del Mártyr Walabonso. En este año principalmente se embraveció contra los Mártyres el obispo Recaphredo, y á muchos puso en prisiones entre ellos fué uno Eulogio abad de San Zoylo que escribió todas estas cosas, varon en aquella edad claro por su erudicion, y por la santidad de su vida muy estimado. El año tercero murieron Gumesindo presbytero de Toledo, y Deiservo monge, asimismo Aurelio y Féliz con su mugeres Sabigotona y Liliosa : Jorge monge Syro de nacion : Emila y Jeremías ciudadanos de Córdoba : tres monges Christóbal Cordobés, Leuvigildo y Rogelo de Granada. Fuera destos Serviodeo monge de Syria. En este mismo año, es á saber de ochocientos y cinqüenta y dos falleció de repente Abderrahman. Los Christianos decian que era venganza del cielo por la mucha sangre que derramó de los Mártyres. Confirmóse esta opinion y fama por quanto en el mismo punto que desde una galería de su palacio, de donde miraba los cuerpos de los Mártyres que estaban

en las horcas podridos, como los mandase quemar, cayó de repente de su estado y sin poder hablar palabra espiró aquella misma noche al principio del año treinta y dos de su reynado. Dexó quarenta y quatro hijos y quarenta y dos hijas. En tiempo deste Rey se empedraron las calles de Córdoba, y por caños de plomo se traxo mucha agua de los montes á la ciudad. Fué el primero de aquellos Reyes que hizo ley que sin tener cuenta con los demas parientes, los hijos sucediesen y heredasen á sus padres: cosa que hasta entonces no la tenian bien asentada. Así en su lugar sucedió su hijo Mahomad: tuvo aquel reyno por espacio de treinta y cinco años y medio. Este al principio de su gobierno echó á todos los Christianos de su palacio; y como quier que por esto no afloxasen en su intento, el año siguiente tornó á embravecerse la crueldad y renovarse las muertes. Martyrizaron á Fandila presbytero y monge de Guadix, Anastasio monge y presbytero, Féliz monge de Alcalá, Digna vírgen consagrada, Benilde matrona, Columba y Pomposa vírgenes. El año adelante tuvo un solo Mártyr, que fué Abundio presbytero. El siguiente estos quatro: Amador mancebo natural de Martos, Pedro monge cordobés, Luis ciudadano de Córdoba, Witesindo natural de Cabra. En el año seteno desta persecucion fueron muertos Elías presbytero portugués, tres monges Paulo, Isidoro, Argemiro, Aurea vírgen dedicada á Dios, hermana de los Mártyres Adulpho y Juan. En el año octavo padecieron Rodrigo y Salomon. El noveno pasó sin sangre. En el año postrero y deceno de la persecucion padeció muerte el mismo Eulogio que animaba á los demas con palabras y con su exemplo. Su muerte fué en sábado á once dias del mes de marzo; y quatro dias adelante derramó su sangre Leocricia, doncella de Córdoba. Escribió la vida de Eulogio Alvaro Cordobés su familiar y conocido. Allí dice que poco antes de su muerte fué elegido en arzobispo de Toledo con gran voluntad del clero y del pueblo de aquella ciudad por muerte de Westremiro. Hay una epístola del misma Eulogio escrita el año ochocientos y cinqüenta y uno á Welesindo obispo de Pamplona, y en ella un elogio muy hermoso de Westremiro por estas palabras: «Despues, dice, del quinto dia volví á Toledo do hallé todavía vivo á nuestro viejo santísimo, antorcha del Espíritu Santo y lumbrera de toda España

el obispo Westremiro, cuya santidad de vida alumbra todo el mundo hasta ahora: con honestidad de costumbres y subidos merecimientos refocila el rebaño Cathólico. Vivimos con él muchos dias, y nos detuvimos en su angélica compañía.» Este hospedage fué ocasion que los ciudadanos de Toledo al que por la fama de sus virtudes deseaban conocer, visto le comenzaron á estimar y amarle mas, y señalarle por sucesor en lugar de Westremiro, si le venciese de dias. En Córdoba en lugar de Eulogio pusieron los años siguientes á Sanson, y le hicieron abad de San Zoylo, hombre docto y de ingenio agudo, como lo muestra el Apologético que hizo contra Hostigesio obispo de Málaga por ocasion que en un concilio de Córdoba le ultrajó y llamó herege.

Capítulo XVI.

Del Rey Don Ordoño.

Hechas que fueron las exêquias con grande solemnidad del Rey Don Ramiro, su hijo Don Ordoño tomó las insignias reales y con ellas el nombre, poder y pensamientos de Rey. Fué de condicion manso y tratable, sus costumbres muy suaves, y por toda la vida en todas sus acciones usó de singular modestia, con que ganó las voluntades de la nobleza, del pueblo, y los ánimos de todos se los aficionó de manera, que ninguno de los Reyes fué mas agradable en aquella edad y en los años siguientes. Gran zelador de la justicia: virtud necesaria, pero sugeta á engaño en los grandes príncipes, si no rigen con prudencia el ímpetu del ánimo, y procuran no ser engañados por las astucias de hombres malos, de que hay gran muchedumbre en las casas y palacios reales, que suelen armar lazos á sus orejas, y dar traspie á la inocencia de los buenos; ca para engordar á sí y á los suyos con la sangre de los otros se aprovechan de lo que veen con el príncipe tiene mas fuerza, para daño de muchos, como sucedió en el Rey Don Ordoño. Quatro esclavos de la iglesia Compostellana acusaron delante del Rey de un caso muy feo á su obispo Athaulfo, persona de grande y conocida santidad. La historia Compostellana dice que le

acusaron del pecado nefando. Fué citado y hecho venir á la corte para responder por sí. Antes que fuese al palacio Real, dixo misa, y vestido de pontifical como estaba se fué á ver con el Rey. Lo que le debiera reprimir y ponelle temor, le alteró mas, ó por haber dado crédito á los acusadores, ó por estar disgustado por no venir luego el obispo á su presencia, y por el hábito y trage que traia: mandó soltar un toro bravo, azorado con perros y con garrochas contra el dicho prelado; lo qual era injusto, condenar á ninguno sin oir primero sus descargos. En tan gran peligro Athaulfo armóse de la señal de la Cruz: ¡cosa maravillosa! el toro dexada la braveza, allegóse á él con la cabeza baxa, dexóse tocar los cuernos, que con gran espanto de los que lo vian, se le quedaron en las manos. El Rey y nobles desengañados por aquel milagro, y enterados de su inocencia, echáronsele á los pies para pedirle perdon: dióle él de buena gana, diciendo que nunca Dios quisiese que pues habia recobrado su dignidad y librádose de la afrenta, y pues el buen nombre que injustamente le habian quitado, le era restituido, que él hiciese en algun tiempo por donde se mostrase olvidado del oficio de Christiano, y de la virtud del ánimo y de la paciencia que nunca perdiera. Quien dice que descomulgó á los que le acusaron: lo que se averigua es que librado de aquel peligro, renunció el obispado y se retiró á las Asturias, en que vivió en soledad largo tiempo santísimamente. Los cuernos del toro colgaron del techo de la iglesia de Oviedo, do estuvieron muchos años para memoria y testimonio de aquel caso tan señalado. Esto sucedió al principio del reynado de Don Ordoño. El año segundo uno llamado Muza, que era del linage de los Godos, pero de profesion Moro, persona muy exercitada en las cosas de la guerra, despertó contra sí las armas de Christianos y Moros á causa que públicamente se levantó contra el Rey de Córdoba su señor, y con una presteza increible se apoderó de Toledo, Zaragoza, Huesca, Valencia y Tudela. Tras esto corrió las tierras de Francia, en que cautivó dos capitanes Franceses que le salieron al encuentro. Con esto puso tan grande espanto en aquella tierra, que el Rey de Francia Cárlos Calvo acordó de grangearle con presentes que le envió. Ensoberbecido él con esta prosperidad, y olvidado de la inconstancia de las cosas huma-

nas, revolvió contra el Rey Don Ordoño, con quien y con el de Córdoba se contaba y publicaba por tercero Rey de España. Rompió por la Rioja, donde quitó á los Christianos á Alvelda, y la fortificó muy bien. El Chronicon del Rey Don Alonso dice que la edificó y la llamó Albayda. Don Ordoño movido por este atrevimiento juntó sus huestes: una parte puso sobre aquella plaza, con los demas fué en busca del enemigo, de quien tenia aviso que estaba aloxado en el monte Laturso. Llegados que fueron á verse, arremetieron los unos y los otros con gran denuedo y gritería. Tirados los dardos y saetas, vinieron á las espadas. Los fieles con su acostumbrado esfuerzo pelearon valientemente por la patria y por la Religion. Duró mucho el combate, pero al fin quedó el campo por los Christianos: murieron diez mil Moros, y entre ellos los mas señalados por sus hazañas y nobleza, en particular un yerno del mismo tyrano llamado García. Muza apenas se escapó con muchas heridas, de las quales entiendo murió. Los despojos muy ricos de los Moros y sus reales vinieron en poder de los nuestros. En el mismo tiempo Mahomad Rey de Córdoba asimismo se apercebia contra el enemigo comun. Parecióle acometer en primer lugar la ciudad de Toledo por ser su tio muy fuerte, y porque con ser la primera al levantarse dió exemplo y ocasion á las otras ciudades para que hiciesen lo mismo. Hallábase en aquella ciudad Lobo hijo de Muza por mandado de su padre, el qual avisado del estrago que los suyos recibieron cerca de Alvelda, y con miedo de mayor daño hizo confederacion con el Rey Don Ordoño para valerse de sus fuerzas. Envióle el Rey muchos Asturianos y Navarros en socorro, y por caudillo á Don García su hermano. Mahomad desconfiado de las fuerzas acordó usar de maña. Tenia sus reales no lexos de la ciudad: paró una celada en Guadacelete, que es un arroyo cerca de Villaminaya, y era á propósito para su intento. Hecho esto, él mismo con pequeño número de soldados dió vista á la ciudad de Toledo. Los de dentro engañados por el pequeño número de los contrarios, salieron contra ellos á gran priesa sin órden y sin recato, como si fueran á la presa, y no á pelear. Con aquel ímpetu cayeron en la celada: con que apretados por frente y por las espaldas, con pérdida de mucha gente, los demas cerrados abrieron camino para la ciudad

por medio de los enemigos. Doce mil Moros y ocho mil Christianos perecieron en aquel encuentro. La fortaleza del sitio valió para que la ciudad atemorizada por aquella desgracia no viniese en poder del vencedor. El año siguiente y el tercero talaron los campos de Toledo con entradas que los enemigos hicieron, quemaron las mieses y frutos todos. Los de Toledo con deseo de vengarse pasaron hasta Talavera; pero fueron maltratados por el que tenia el gobierno de aquel pueblo, y forzados con daño á dar la vuelta. En fin cansados con tantas desgracias se rindieron á Mahomad el año de nuestra salvacion de ochocientos y cinqüenta y siete. En el qual año los Nortmandos conforme á su costumbre con una armada de sesenta naves corrieron todas las marinas de España por quanto se estienden al uno y al otro mar. En particular pusieron á fuego y á sangre las islas de Mallorca y Menorca enojados principalmente contra los Moros, porque con el trato que ellos tenian con los Christianos, estaban aficionados á nuestra Religion. Las casas, templos, campos fueron con ordinarios robos saqueados: pasaron asimismo á Africa, en que hicieron no menores daños. En España Mahomad hizo entrada contra los Navarros por la parte do está situada Pamplona, y contra aquella provincia de Vizcaya que se llama Alava: no sucedió cosa que de contar sea. En Estremadura Mérida se rebeló contra el mismo Rey de Córdoba, y en castigo fué por su mandado desmantelada. Entre tanto que esto pasaba, Don Ordoño, vuelto su ánimo á las artes de la paz, reedificaba las ciudades por la injuria de los tiempos pasados y de las guerras desiertas y asoladas, sin perdonar á ningun gasto ni cuydado. Estas fueron Tuy, Astorga, Leon, Amaya, que el Chronicon del Rey Don Alonso llama Amagia Patricia. La gente de los Moros despues de las alteraciones pasadas y guerras civiles comenzaba á estar dividida en bandos, tanto que algunos gobernadores de la ciudades queriendo mas gobernar en su nombre como señores, que en el ageno como vireyes, tomaban ocasion de rebelarse, y á cada paso se llamaban Reyes. Era esto muy á propósito para los Christianos, porque los contrarios enflaquecidas sus fuerzas y divididos entre sí, por partes se podian sobrepujar; que si estuvieran unidos, se defendieran de qualquier agravio. Reith estaba apoderado de Coria; de Talamanca

(otros dicen de Salamanca) Mozaro: ambos fueron vencidos por Don Ordoño y sus ciudades ganadas, los soldados que dentro hallaron, todos muertos; los demas, varones, mugeres y mozos vendidos por esclavos. Estos principios y medios de cosas tan grandes desbarató la muerte del Rey que le sobrevino el año onceno de su reynado: quien añade á este número seis años. Falleció en Oviedo de gota, mal á que era sugeto. Fué allí sepultado en la iglesia de Santa María, enterramiento en aquel tiempo de los Reyes. Grande prosperidad tuvo este Rey en sus cosas; solo se le aguó con la rota que los suyos recibieron en Toledo, que parece fué en castigo del pecado que cometió en perseguir sin propósito al santo varon Athaulfo. De su muger Munia hembra de alto linage dexó á Don Alonso, que fué su hijo mayor, y á Don Bermudo, Don Nuño, Don Odoario y Don Fruela. Algunos dicen que falleció á veinte y siete de mayo: en el año no hay duda sino que fué el de ochocientos y sesenta y dos, como se muestra por el letrero de una Cruz que presentó el Rey Don Alonso su hijo de grande primor y hermosura al templo de Oviedo, que vuelto de latin en romance dice así:

RECEBIDO SEA ESTE DON CON AGRADO EN HONRA DE DIOS, QUE HICIERON EL PRINCIPE ALONSO SIERVO DE CHRISTO Y SU MUGER XIMENA. QUALQUIERA QUE PRESUMIERE QUITAR ESTOS NUESTROS DONES, PEREZCA CON EL RAYO DE DIOS. CON ESTA SEÑAL ES DEFENDIDO EL PIADOSO, CON ESTA SEÑAL SE VENCE EL ENEMIGO. ESTA OBRA SE ACABÓ Y ENTREGÓ A SAN SALVADOR DE LA CATHEDRAL DE OVIEDO. HIZOSE EN EL CASTILLO GAUZON EL AÑO DE NUESTRO REYNO DIEZ Y SIETE, CORRIENDO LA ERA NOVECIENTOS Y DIEZ Y SEIS.

Desto se vee que el año ochocientos y setenta y ocho era el diez y siete despues de la muerte del Rey Don Ordoño. El mismo Don Alonso estando en Compostella confirmó un privilegio de su padre con otro en que estiende el territorio de Santiago, que antes era de tres millas en ruedo, á seis. Su data en la era de novecientos, que fué el año de Christo de ochocientos y sesenta y dos; pero pasemos á las cosas del Rey Don Alonso.

Capítulo XVII.

De los principios del Rey Don Alonso el Magno.

Don Alonso, á quien por las grandes partes y prendas que tenía de cuerpo y de ánima, y los esclarecidos triumphos que ganó de sus enemigos, dieron sobrenombre de Magno, luego que tuvo aviso de la muerte de su padre, ca no se halló á ella presente, sin poner dilacion se partió para Oviedo, ciudad Real en aquel tiempo, con intento de hacer las honras al difunto, y tomar la posesion del reyno, que demás de pertenecerle por derecho por ser el mayor de sus hermanos, todos los estados y brazos se le ofrecian con gran voluntad sin embargo de su pequeña edad, que apenas tenia catorce años, número de que otros quitan no menos que quatro años. Yo sospechaba por lo que sucedió adelante, que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que era de mayor edad quando entró en el reyno. En el buen natural que tuvo se igualó á sus antepasados, y aun se la ganó á los mas: era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura, la suavidad de sus costumbres muy grande. Su clemencia, su valor, su mansedumbre sin par. Señalóse en las cosas de la guerra, y no menos fué liberal con los pobres, y que estaban apretados de alguna necesidad. Ca los tesoros así los que él ganó, como los que le dexó su padre, no los empleaba en sus gustos, sino en ayudar las necesidades: virtud que hace á los príncipes muy amables, y su fama vuela por todas partes. Aumentó otrosí el culto divino, en particular la iglesia de Santiago que era de tapiería, la edificó desde los cimientos de sillares con columnas de mármol: cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa, por su poco primor y mucha grosería, y por la falta de dineros. Reynó quarenta y ocho años, como lo dice Sampyro Asturicense. En el principio padeció algunas tormentas. Don Fruela hijo del Rey Don Bermudo era conde de Galicia, poderoso en riquezas y aliados; y como persona de sangre real por ventura pretendia pertenecerle la corona, ó por menosprecio que tenia del nuevo Rey, se llamó Rey en Galicia. Don Alonso por hallarse flaco de fuer-

zas y desapercebido acordó de dar lugar al tiempo, y retirarse á aquella parte de Vizcaya que así ahora como entonces se llamaba Alava, dado que era mas ancha que al presente. Pero como el tyrano no enderezase el poder que tomara al pro y y bien comun, sino pretendiese oprimir á sus vasallos, fué muerto por conjuracion de los ciudadanos de Oviedo. Acudió luego Don Alonso á las Asturias, donde fué recebido con gran voluntad de los naturales. Sosegó y ordenó las cosas del reyno, y castigó á los culpados. La parte de Vizcaya que en aquel tiempo se llamaba Alava, estaba sugeta á los Reyes de Oviedo, lo demas tenia por señor á Zenon, príncipe del linage de Eudon duque que fué de Aquitania. Eylon pariente de Zenon, tenia por el Rey el gobierno de Alava: este confiado en la revuelta del reyno, ó en la ayuda de Zenon, se levantó contra el Rey, que en persona acudió á sosegar aquellas alteraciones desde Leon. Apaciguó en breve y sin sangre aquella provincia: prendió al mismo Eylon, y le envió á Oviedo, y le tuvo hasta que falleció en la cárcel. No mucho despues venció en batalla al mismo Zenon señor de Vizcaya, y preso le puso en la misma cárcel, porque con deseo de novedades tambien se alterara. Deste Zenon refieren que quedaron dos hijas, la una se llamó Toda, que fué muger de Iñigo Arista Rey de Navarra; la otra Iñiga dicen que casó con Zuría que adelante fué señor de Vizcaya, de cuya sangre algunos pretenden que decendian los señores de aquella tierra antes que Vizcaya se incorporase en la corona Real de Castilla. Con el castigo destos dos los demas tomaron aviso que no debian menospreciar al Rey ni su saña, y que la traycion es dañosa á los mismos que la hacen. Despues desto Alava fué dada á un hombre principal llamado el conde Vigila ó Vela. El señorío de Castilla poseia el conde Don Diego Porcellos. Todo esto sucedió el primer año del reynado de Don Alonso. En el siguiente cargó mas el temporal porque Imundaro y Alcama capitanes Moros se pusieron sobre la ciudad de Leon; pero el Rey les forzó á alzar el cerco y dar la vuelta con grande estrago que en sus gentes hizo. Juntamente con deseo de fortificarse y vengarse de los Moros hizo liga con los Navarros y Franceses; y para que el asiento fuese mas firme, casó con una señora del linage de los Reyes de Francia llamada entonces Amelina, y despues Doña Ximena.

Deste matrimonio nacieron Don García, Don Ordoño y Don Fruela que fueron consecutivamente Reyes; y tambien Don Gonzalo que al tanto fué arcediano de Oviedo. Las alteraciones que entre sí los Moros tenian, daban ocasion á los nuestros para mejorar su partido. Los de Toledo confiados en la fortaleza de su ciudad, y irritados por la severidad y crueldad de los Reyes de Córdoba, de nuevo tomaron las armas. Las pretensiones del pueblo son vanas quando no son enderezadas por la prudencia y valor de algun buen capitan. Por esto Mahomad Abenlope, que debió ser nieto de Muza, con nombre de Rey se encargó del gobierno. La guerra fué de mayor ruido que importancia, á causa que los de Toledo en breve fueron sugetados por el Rey de Córdoba. Abenlope y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del Rey Don Alonso: él por entender serian de provecho para la guerra de los Moros los amparó y les hizo muchas caricias. Luego despues desto ayudado así destos como de Franceses, Navarros y Vizcainos entró por las tierras de los Moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas por todas partes: con que sin hacer otro efecto, despidió y deshizo el exército, rico y cargado de los despojos moriscos. El año siguiente que se contaba ochocientos y setenta y quatro, los de Toledo con deseo á lo que se puede creer, de agradar á los Reyes de Córdoba, entraron por tierra de Christianos sin parar hasta el rio Duero. Sobrevino el Rey al improviso cerca de un pueblo llamado Pulveraria, por do pasa el rio Urbico, ahora Orvigo. En aquella parte dió tal carga sobre los enemigos, que degolló hasta doce mil dellos; y poco despues desbarató otro exército de Cordobeses que venia en pos de los primeros. La matanza que hizo fué mayor, ca perecieron todos fuera de diez que hallaron vivos entre los cuerpos muertos. Seguíanse con la fuerza del exército Morisco Almundar hijo del Rey de Córdoba, y con él Ibengunimo capitan de gran nombre. Estos avisados de la matanza de los suyos se recelaron de llegar á Sublancia, pueblo en que el Rey estaba, y de noche mas que de paso dieron la vuelta á grandes jornadas. Sin embargo se trató de concierto por medio de Abuhalit, que en las guerras pasadas fué preso por los nuestros en Galicia, y con rehenes que dió le soltaron; por donde tenia aficion á los Christianos. Negoció tan bien,

que por su medio se concertaron treguas de tres años, en el qual tiempo hobo sosiego; y despues de pasado, Don Alonso con sus gentes que juntó, entró por tierra de Moros, y pasado Tajo, llegó hasta Mérida con grandes muertes y robos que hizo por todas partes. Desde allí sin que ningun exército de Moros saliese contra él dió vuelta, alegre por los muchos despojos que llevaba. En todas estas guerras se señaló sobre todos el esfuerzo y valor de Bernardo del Carpio, que fué causa que la Christiandad en la edad del Rey que no era mucha, no recibiese algun daño. Concluidas pues tantas cosas, como hobiese acompañado al Rey hasta Oviedo, tornó de nuevo á hacer instancia sobre la libertad de su padre: que debia bastar prision de tantos años, y era justo que el Rey se inclinase á su peticion, si no por la miseria tan larga y maltratamiento de aquel desventurado viejo, á lo menos perdonase la culpa del padre por los servicios del hijo: que si ni el respeto del deudo, ni sus leales servicios le movian, por demas esperaria mayores mercedes de quien no hacia caso de sus ruegos y lágrimas en demanda tan justificada. Parecia á los mas que Bernardo tenia razon; pero prevaleció, segun yo pienso, el parecer de los contrarios, que decian ser conveniente á la dignidad del Rey vengar la afrenta hecha contra la majestad, y no mudar la sentencia de los antecesores por respeto de ningun particular. Alteróse con esta respuesta Bernardo, salióse de la corte con grande acompañamiento de muchos que se le arrimaron. Edificó á quatro leguas de Salamanca, donde ahora está la villa de Alba, el castillo del Carpio, del qual él mismo tomó el apellido: desde este castillo de ordinario hacia cabalgadas en las tierras del Rey, robaba, saqueaba y talaba ganados y campos. Por otra parte los Moros á su instancia trabaxaban grandemente las tierras de Christianos. El Rey movido destos daños hizo junta de grandes en Salamanca, que mudados de parecer acordaron se hiciese lo que Bernardo pedia, á tal empero que primeramente entregase el castillo: no se sabia á lo que parece, que el padre de Bernardo era ya muerto en la cárcel. Pues como le hobiesen despojado del castillo, y no le restituyesen á su padre, despechado se pasó á Francia y Navarra. En aquellas partes peregrinando de unas tierras á otras, acabó la vida en lloro y tristeza, como dicen muchos. Otros

lo contradicen, y persuadidos por un sepulcro que hoy se muestra en Aguilar del Campo con nombre de Bernardo, sienten que sufrió con grande ánimo los reveses de la fortuna, y en tanto que vivió, sirvió á su Rey con el esfuerzo y diligencia que solia. A la desgracia de Bernardo se siguió otro nuevo desastre, y fué que Don Fruela, no se sabe por qué causa ni por qué agravios, se conjuró de dar la muerte al Rey su hermano. Descubrióse el trato; y preso, le privaron de la vista y condenaron á cárcel perpetua. La misma sentencia por mandado del Rey se executó en Don Nuño, Don Bermudo y Don Odoario, tambien hermanos suyos, porque se juntaron con Don Fruela: castigo cruel, de que resultaron nuevas alteraciones, ca Don Bermudo escapó de la cárcel, y con ayuda de su parcialidad se apoderó de Astorga, y en ella se fortificó por algun tiempo, sin reparar hasta venir á las manos con el mismo Rey que iba en su busca; pero fué vencido, y despues de la rota se huyó á tierra de Moros. El Rey Don Alonso por esto tomó ocasion para hacer mayores estragos en las tierras enemigas, en especial fué tan molesto á los de tierra de Toledo, que pasados algunos años por gran suma de dinero que dieron, compraron del Rey treguas de tres años: cosa muy honrosa para los fieles, y afrentosa para los bárbaros.

Capítulo XVIII.

De un Concilio que se celebró en Santiago y en Oviedo.

Por este tiempo Athaulfo obispo de Compostella dió fin á su muy larga vida en la soledad donde se retiró. Sucedióle Sisenando, hombre de grande partes, esclarecido por sus muchas virtudes; en particular persuadió al Rey que los deudos de los que acusaron á Athaulfo, fuesen á manera de esclavos entregados al templo de Santiago; que fué un exemplo muy nuevo, y aun cruel castigar á unos por los pecados de otros; si la grandeza de la maldad no escusase en parte la acedia que con ellos usaron. Trasladó el cuerpo del difunto á Compostella, y con nuevas obras y fábricas aumentó aquel edificio de la igle-

sia de Santiago: demas desto á su costa fundó en aquella ciudad un monasterio de Benitos con advocacion de San Martin, y un colegio que llamó de San Féliz, en que los sacerdotes y ministros de Santiago por su larga vejez exêmptos y jubilados, habida licencia, fuesen proveidos y sustentados de todo lo necesario. En tiempo deste prelado la iglesia de Oviedo fué hecha Arzobispal. Asimismo el templo de Santiago, que con grandes pertrechos y gastos estaba acabado, consagraron ciertos obispos que se juntaron en un concilio con grande solemnidad. No era lícito conforme á las leyes Eclesiásticas convocar los obispos á concilio si no fuese con licencia del Papa. Por esta causa Severo y Desiderio presbyteros despachados sobre le caso á Roma ganaron del Papa Juan VIII un Breve, en que hace Metropolitana la iglesia de Oviedo, cuyo tenor y palabras son las siguientes: «Juan obispo siervo de los siervos de Dios á Alonso Rey Christianísimo, y á los venerables obispos y abades orthodoxos Christianos. Pues que en el cuydado de toda la Christiandad la sempiterna Providencia nos hizo sucesores de Pedro príncipe de los Apóstoles, por la amonestacion de Nuestro Señor Jesu Christo somos apretados, con la qual con cierta voz de privilegio amonestó á San Pedro diciendo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y á tí dexaré las llaves del reyno de los cielos, etc. Al mesmo otra vez, acercándose el artículo de la gloriosa Pasion de Nuestro Señor, dixo: Yo rogué por tí para que no falte tu Fe, y tú convertido alguna vez, confirma tus hermanos. Por tanto, pues la fama de vuestra noticia por estos hermanos que vinieron á visitar los umbrales de los Apostóles, por Severo y Desiderio presbyteros, á nosotros con maravilloso olor de bondad nos es manifestada; con amonestacion fraterna os exhorto que con la gracia de Dios por guia persevereis en buenas obras para que la abundante bendicion de San Pedro nuestro protector y la nuestra os ampare. Y todas las veces, hijos carísimos, que quisiere alguno de vos venir ó enviar á nos con toda alegría de corazon y gozo espiritual de las últimas partes de Galicia, de la qual Dios fuera de mi os hizo rectores, como legítimos hijos nuestros os recibirémos; y á la iglesia de Oviedo, que con vuestro consentimiento y á vuestra instancia hacemos Metropolitana, mandamos y concedemos que todos vosotros seais

sugetos. Asimismo mandamos que todo lo que á la dicha silla los Reyes ó otros qualesquier fieles justamente han ofrecido, ó para adelante con el ayuda de Dios le dieren, sea estable y valedero perpetuamente. Exhorto otrosí á todos que tengais por encomendados los portadores destas nuestras letras. Dios os guarde.» Con los dos embaxadores del Rey envió juntamente el Pontífice á España un tercero por nombre Reynaldo, al qual dió otra carta para el Rey fecha por julio con palabras muy regaladas y blandas del tenor siguiente: «Juan Obispo siervo de los siervos de Dios al amado hijo Alonso glorioso Rey de las Galicias. Habiendo recibido vuestras cartas, porque conocimos que sois devoto para con nuestra Santa Iglesia, os damos muchas gracias, rogando á Dios que crezca el vigor de vuestro reyno, y os conceda victoria de vuestros enemigos. Porque como vos hijo carísimo pedistes, rogamos á Dios ordinariamente y con instancia que gobierne vuestro reyno, y os salve, guarde y ampare, y levante sobre todos vuestros enemigos. Haced que la Iglesia de Santiago Apóstol sea consagrada por los obispos Españoles, y con ellos celebrad concilio. Nos así mismo glorioso Rey como vos somos apretados por los paganos, pero el Omnipotente Dios nos concede dellos triumpho. Por tanto rogamos á vuestra caridad no dexeis de enviarnos algunos provechosos y buenos Moriscos con sus armas y caballos, á los quales los Españoles llaman caballos Alfaraces, para que recebidos, alabemos á Dios y os demos las gracias; y por el que los truxere, os remunerarémos de las bendiciones de San Pedro. Dios os guarde carísimo hijo y esclarecido Rey.» (1). Dada el mes de julio año del Señor de ochocientos y setenta y quatro. Leidas las cartas del Papa, los obispos de todo el reyno fueron convocados para que á dia señalado acudiesen en cumplimiento de lo que se les mandaba. Juntáronse primeramente en Compostella buen número de obispos, no menos que catorce, parte de las ciudades que estaban en poder del Rey, los demas de las que tenian los Moros, como obispos de anillo, y poco mas que de solo nombre. La costumbre de aquel tiempo era tal que las unas ciudades y las otras tenian

(1) Esta dáta pone Ambros. Mor en un Opusc. de Fest. translant. D. Jacobi.

obispos, principalmente las que habian ganado de los Moros y poco despues eran vueltas á su poder, y aun de las que pretendian ganar en breve y reducillas al señorío de Christianos. Con esta traza y confianza en lugar de los que morian, señalaban y consagraban otros que les sucediesen. El templo pues de Compostella ó de Santiago fué por aquellos obispos con grande solemnidad consagrado á siete de mayo, dia lunes, luna undécima, y tres de áureo número, como lo dice Sampyro Asturicense: puntos y señales que todas concurren en el año ochocientos y setenta y seis, y no antes ni despues por largo tiempo (1). El altar mayor dedicaron al Salvador, dos colaterales, el uno en nombre de San Pedro y San Pablo, el otro de San Juan Evangelista: el que cubria los huesos del Apóstol Santiago, no pareció consagrar de nuevo por tener entendido que sus siete discípulos le consagraron: solo se dixo misa sobre él. En un monte allí cerca consagraron asimismo un templo en nombre del Mártyr San Sebastian: con que la devocion de la Iglesia de Santiago, que de antes era muy grande, se aumentó mucho mas. Once meses adelante por mandado del Rey los mismos obispos se juntaron en Oviedo: allí en cumplimiento de lo que el Papa concedia, resolvieron que el obispo de Oviedo fuese arzobispo, y para aquella dignidad por voto de todos nombraron á Ermenegildo. Pareció otrosí nombrar arcedianos, personas de buena vida, que dos veces cada un año juntasen Synodos y diesen órden en todo, como quien habia de dar cuenta á Dios de su cargo, y juntamente visitasen las diócesis, los monasterios y parrochias. Añadieron demas desto que los obispos que no tenian diócesis sirviesen al de Oviedo de Vicarios para que se repartiese la carga entre muchos, y él de su renta les sustentase; y que así á estos, como á los demas obispos, señalasen sendas iglesias en la ciudad y diócesis de Oviedo, con cuya renta se entretuviesen quando se celebrasen concilios, y tuviesen donde acogerse á causa de las ordinarias entradas que los Moros hacian. En cumplimiento deste decreto á diez y seis obispos, unos que tenian diócesi y otros que carecian della, señalaron doce templos, al de Leon

(1) El privileg. del Rey pone el año de novecientos, y de su reynado el treinta y quatro. No viene bien.

de Astorga, de Iria, al Ulcense, al Britoniense, al de Orense, al de Braga, este era arzobispo, al Dumiense, al Tudense, al Columbriense, al Portucalense, al Salmaticense, al Cauriense, al Cesaraugustano, al Calagurritano, al Turiassonense, al Oscense. Todos estos nombres y el número se sacaron de los mismos actos del concilio en gracia de los que son aficionados á la antigüedad, que los coronistas no escriben palabra. De aquí sin duda procedió que Oviedo en aquel tiempo se llamó ciudad de obispos, como lo refieren autores muy graves. Los aledaños de aquella diócesis de Oviedo señalaron los mismos obispos, y el Rey la acrecentó en rentas y posesiones segun lo que se podia llevar, conforme á la apretura en que estaban las cosas y los tiempos. Halláronse presentes en la una ciudad y en la otra el Rey y la Reyna Doña Ximena, los hijos del Rey y los grandes; y dada conclusion á todas estas cosas, despidieron el concilio.

Capítulo XIX.

De lo demas que sucedió en el Reynado de Don Alonso.

En tanto que estas cosas pasaban, los Moros estaban sosegados: el largo ocio y la abundancia de España tenia apagado el brio con que vinieron, y ablandado su natural belicoso; que fué causa de pasarse algunos años sin que sucediese cosa alguna digna de memoria. Solo el año ochocientos y ochenta y uno en toda España hobo temblores de tierra con daño y destrozo de muchos edificios. El Rey Mahomad asistia á los oficios á su modo, quando un rayo que cayó de repente en la misma mezquita, mató á dos que estaban cerca dél, con grande espanto de todos los demas. El año siguiente Abdalla hijo de Lope, aquel que huyó de Toledo, olvidado de las mercedes que del Rey tenia recebidas, como hombre desleal y fementido comenzó á tratar de hacerle guerra. Para esto se reconcilió y hizo su asiento con el Rey de Córdoba. La envidia que tenia á sus tios, le llevaba al despeñadero; de quien hacia tanta confianza el Rey Don Alonso, que les entregó á su hijo Don Ordoño como por pren-

das de la amistad para que le criasen y amaestrasen. Gran mengua de su padre, pero en tanto se estimaba en aquel tiempo la amistad de los Moros. Deste principio aunque pequeño se siguieron cosas mas graves, porque Abdalla recogidas sus gentes rompió por las tierras de Christianos; las talas fueron muy grandes, los temores y esperanzas no menores. Acudió el Rey y venció al Moro cerca de Cillorico en una batalla que le dió, así mismo le rechazó con daño de Pancorvo, de que pretendia el Moro apoderarse. No acometieron la ciudad de Leon, dado que revolvieron contra ella, á causa de una gruesa guarnicion de soldados que dentro estaba. Desta manera sin hacer otro efecto que de contar sea, pasado el rio Astura, hoy Estola, que riega aquellas campañas y pasa por la misma ciudad de Leon, el exército enemigo por las tierras de la Lusitania volvió á Córdoba. Iba entre los demas Moros Abuhatit: hizo instancia con el Rey Don Alonso para que le restituyese su hijo Abulcen, que dexara como en rehenes quando, como se dixo, le dieron libertad. La negociacion fué tan grande, que al fin alcanzó lo que pretendia. Esto sucedió al fin del otoño, el qual pasado, y entrado el invierno, Abdalla venció en cierta pelea ó encuentro á los dos Zimaeles, tio y hermanos suyos, en ciertos lugares ásperos y fragosos: no se dice en qué parte de España, sospecho fué en el reyno de Toledo; lo que consta es que los prendió, y aherrojados los envió al castillo de Becaria. Revolvió sobre Zaragoza, y con el mismo ímpetu la sugetó. Esto fué ocasion que las fuerzas de Moros y Christianos se volviesen contra él, dado que con una embaxada envió á escusarse de lo hecho con el Rey de Córdoba: y porque no recebia sus escusas, con trato doble y Embaxadores que de ordinario despachaba al Rey Don Alonso para asegurarse, procuraba su amistad. En el mismo tiempo los condes Don Vela y Don Diego hicieron liga contra él como contra enemigo comun. Por otra parte Almundar hijo del Rey de Córdoba y Abuhalit fueron enviados de Córdoba para cercar á Zaragoza: acometimiento que fué por demas á causa de la fortaleza de aquella ciudad y la mucha gente que en ella hallaron, ademas que Abdalla por las cosas que habia acometido y acabado, se hallaba muy fuerte, rico y feroz. Dieron los de Córdoba vuelta sobre las tierras de Vizcaya y de Castilla, hicieron

talas y daños : acudieron los dos condes sobredichos y forzaron á los Moros á salir de toda la tierra. No se descuydaba el Rey de Leon, antes tenia juntas todas sus gentes en Sublancia con intento de no faltar á qualquiera ocasion que se le presentase de dar á los Moros si menester fuese la batalla, pero ellos la escusaron y se volvieron á su tierra; solo destruyeron el monasterio de Sahagun, que en Castilla la Vieja era y es muy célebre. Y sin embargo Abuhalit envió algunos Moros de secreto al Rey Don Alonso para tratar de hacer paces; y sobre lo mismo Dulcidio presbytero de Toledo fué por el Rey enviado á Córdoba en fin del año ochocientos y ochenta y tres. En tanto que estos tratos andaban, una armada de Moros que se juntó en Córdoba y en Sevilla, por mar acometió las riberas de Galicia por estar muchos pueblos sin murallas, y que podian fácilmente ser saqueados. No hizo algun efecto la dicha armada á causa de los recios temporales que la desbarataron y echaron á fondo: pocos con el general Abdelhamit escaparon del naufragio y de la tormenta. Al mismo tiempo por diligencia de Dulcidio se asentaron treguas de seis años con los Moros, y los cuerpos de los Mártyres Eulogio y Leocricia con voluntad de los Christianos, en cuyo poder estaban, de Córdoba los trasladaron á Oviedo. Siguióse la muerte de Mahomad año de los Arabes docientos y setenta y tres, de nuestra salvacion ochocientos y ochenta y seis : dexó treinta hijos y veinte hijas. Fué hombre de ingenio no grosero: para muestra se refiere que un dia como se pasease en sus jardines, y cierto soldado le dixese: ¡Qué hermoso jardin, qué dia tan claro, qué siglo tan alegre, si todo esto fuese perpetuo! respondió: Antes si no hobiera muerte, yo no fuera Rey. Sucedióle Almundar su hijo, príncipe manso de condicion y liberal, ca al principio de su reynado perdonó á los de Córdoba cierta imposicion en que acostumbraban pagar de diez uno. Ellos olvidados deste beneficio se alborotaron contra él. Aparejábase para sosegar estas alteraciones, quando le sobrevino la muerte antes de haber reynado dos años enteros. Dexó seis hijos y siete hijas. Sucedióle por voto de los soldados Abdalla su hermano el año ochocientos y ochenta y ocho : reynó por espacio de veinte y cinco años. Los principios fueron revueltos á causa que Homar principal entre los Moros y de ingenio bullicioso se levantó

contra él. Lisbona, Astapa ó Estepona, Sevilla y otros pueblos se le allegaron. Estas grandes alteraciones tuvieron fácil salida, porque Homar, mudado propósito, alcanzó perdon y se reconcilió con el Rey. Esta facilidad del perdon le fué ocasion y le dió ánimo para tornar en breve á alborotarse. Andaban los Moros de muy antiguo divididos en dos parcialidades de Humellas y Alavecinos, como queda arriba dicho. Con esta division no podia faltar á los amigos de novedades gente y pueblo que los siguiese. Abdalla siguió por todas partes á Homar y le reduxo á tal apretura, que se huyó á tierra de Christianos, donde dexada la supersticion de sus padres, se bautizó no con sinceridad y de veras, sino con engaño, como se entendió con el tiempo, que todo lo declara. Contra Don Alonso se alteraron los Vizcainos: la cabeza y caudillo fué Zuriana, yerno de Zenon, hombre principal entre aquella gente. Acudió Don Ordoño enviado por el Rey su padre para sosegar aquella gente; pero fué vencido por los contrarios en una batalla que se dió cerca de Arriogorriaga, y della aquel pueblo tomó este nombre, que significa, como lo dicen los que saben la lengua vizcaina, piedras sangrientas, como quier que antes se llamase Padura. En premio de esta victoria hicieron á Zuria señor de Vizcaya, que dicen era de la sangre de los Reyes de Escocia. ¿Quién podrá bastantemente averiguar la verdad en este punto? La aspereza de aquellos lugares, segun yo entiendo, fué causa que el Rey no vengase aquella afrenta, demas de su edad que estaba adelante, y por el mismo tiempo, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba en edificar iglesias en nombre de los Santos y castillos y pueblos para seguridad y comodidad de sus vasallos. En el principio de su reynado reedificó á Sublancia y á Cea cerca de Leon, el castillo de Gauzon á la orilla del mar, puesto sobre un peñol entre Oviedo y Gijon, despues las ciudades de Braga, Portu y Viseo, Chaves, que se llamaban antiguamente Aquæ Flaviæ, y tambien la ciudad de Oca: todos pueblos que habian estado largo tiempo destruidos y deshabitados. El mismo daño padeció Sentica, y con la misma liberalidad y cuydado fué reparada con nombre de Zamora por las muchas piedras turquesas que por allí se hallan, que se llaman así en la lengua morisca. A Don García su hijo dió el Rey cuydado de edificar á Toro, que los antiguos llamaron Sarabis.

Así mismo ganaron de los Moros á Coimbra en Lusitania, en Castilla la Vieja Simancas y Dueñas con toda la tierra de Campos: comarca que á exemplo de Italia y de Francia se puede en latin llamar Campania. El grande y Real monasterio de Sahagun que los Moros asolaron, fué de nuevo reparado y vuelto á los monges de San Benito; al qual ninguno en grandeza, magestad y riqueza se aventajó antiguamente en España, y aun hoy es de los mas nombrados que en ella se hallan. Para tan grandes y tantas obras no bastaban los tesoros reales ni sus haberes; impuso nuevos pechos y derramas: cosa que se debe siempre escusar, si no es quando la república se halla en tal aprieto que todos entienden es forzoso sugetarse á la necesidad, si se quieren salvar. Esta verdad se entiende mejor por lo que resultó. Estaban los vasallos por esta causa desgraciados: la Reyna Doña Ximena, que tambien andaba desgustada con su marido, persuadió á Don García su hijo que se aprovechase de aquella ocasion y tomase las armas contra su padre. No se descuydó el Rey, aunque viejo y flaco: acudió luego á Zamora, prendió á su hijo, y mandóle guardar en el castillo Gauzon. No pararon en esto los desabrimientos y males. Era suegro de Don García Nuño Hernandez conde de Castilla, príncipe poderoso en riquezas y en vasallos. Este con ayuda de la Reyna y de los hermanos del preso hizo brava guerra al Rey, que duró dos años. A cabo dellos los conjurados salieron con su intento, y el pobre Rey cansado del trabaxo, ó con deseo de vida mas reposada renunció el reyno, y le dió á su hijo Don García. A Don Ordoño el otro hijo dió el señorío de Galicia. Lo uno y lo otro sucedió el año novecientos y diez. El qual año pasado, como Don Alonso hobiese ido en romería á Santiago por su devocion, con voluntad de su hijo hecha de nuevo una buena entrada en tierra de Moros, falleció en la ciudad de Zamora. Su cuerpo y el de su muger sepultaron primero en Astorga, despues fueron trasladados á Oviedo. En el mismo tiempo Abdalla Rey de Córdoba en edad de setenta y dos años murió en Córdoba: dexó doce hijos y trece hijas. De Abdalla hijo de Lope no se sabe lo que se hizo: no faltara diligencia si se descubriera camino para averiguar esta y semejantes faltas. Habrémos de usar de congeturas. Entiendo que con ayuda de los Reyes de Oviedo se mantuvo en el señorío de Zaragoza, y que

dél descendieron los Reyes que fueron adelante de aquella noble ciudad. El reyno de Córdoba hobo Abderrahman nieto de Abdalla, hijo de Mahomad: cosa nueva entre los Moros, que fuese el nieto antepuesto á los hijos del difunto, tios que eran del nuevo Rey. Tenia veinte y tres años quando tomó la corona, y gozóla por espacio de cinqüenta años. Llamáronle por sobrenombre Almanzor Ledin Alla, es á saber Defensor de la ley de Dios; y tambien Miramamunin, que quiere decir príncipe de los que creen. Tal es la costumbre que quando los imperios se van á caer, entonces los que los tienen, para disimular su cobardía y flaqueza se arman y afeytan con apellidos magníficos. Verdad es que Abderrahman se puede contar entre los grandes Reyes así en el gobierno, como en las cosas de la guerra. Por todo el tiempo de su vida tuvo atencion á componer las discordias de su nacion, y sosegar las parcialidades que amenazaban mayores daños: administraba justicia con mucha rectitud, edificó un castillo junto á Córdoba, en Africa tomó la ciudad de Ceuta; demas desto con Real magnificencia aumentó y mejoró las ciudades y pueblos de todo su reyno: comenzó á reynar el año trecientos de los Arabes, conforme á la cuenta del arzobispo Don Rodrigo que en este lugar no se aparta de la verdadera.

Capitulo XX.

De los Reyes Don García y Don Ordoño el Segundo.

El poder adquirido malamente no suele ser duradero. Así Don García el reyno que tomó por fuerza á su padre, tuvo solos tres años. En este tiempo hizo de nuevo guerra á los Moros: entró por sus tierras, talóles los campos, saqueóles los lugares, y á un señor moro llamado Ayola que le salió al encuentro, venció en batalla y le cautivó; pero á la vuelta por culpa de las guardas se les escapó cerca de un lugar llamado Tremulo. El Rey falleció en Zamora año de nuestra salvacion de novecientos y trece. No dexó sucesion: por esto Don Ordoño su hermano, sabida su muerte, de Galicia donde tenia el señorío, sin dilacion vino á tomar la corona. Fué buen prínci-

pe y templado, si lo postrero fuera conforme á los principios, y no ensuciara sus manos con la sangre inocente de los condes de Castilla. Reynó por espacio de nueve años y medio. Lo primero para ganar reputacion y quebrantar la soberbia de los Moros, con gente de los suyos que juntó, rompió por el reyno de Toledo. Puso sitio sobre Talavera villa principal y de muy alegre suelo y cielo, noble por los muchos moradores, y fuerte por sus muros en gran parte de silleria. Envió el Rey de Córdoba buen golpe de gente para socorrer los cercados; mas fué vencida en batalla y el pueblo entrado por fuerza: puesto á saco, le quemaron á causa que no se podia conservar por estar de todas partes rodeado de Moros. El gobernador del pueblo con otros muchos fué preso: el exército cargado de despojos moriscos y alegre volvió á su tierra. El Rey de Córdoba dudoso por aquel principio de lo que podria suceder, y temiendo las fuerzas de aquel Rey brioso, envió á rogar con humildad al Rey de la Mauritania que de Africa le proveyese de socorros y de gentes. Vino el Africano en ello, movido por el peligro de su nacion, con deseo de rebatir el orgullo de los Christianos, que de cada dia mas y mas mejoraban su partido. Despachó buen número de gente africana, y por su capitan á Almotaraf. Juntóse con estos el exército de los Moros de España, y por general de todos un Moro llamado Avolalpaz. Entraron por tierra de Christianos hasta llegar á la ribera de Duero. Salióles el Rey al encuentro: dióse la batalla cerca de Santistevan de Gormaz, que fué muy reñida y por grande espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria: últimamente muertos los dos capitanes Moros y gran número de su gente, los demas se pusieron en huida. Con esto los Christianos quedaron libres de un gran cuydado y congoxa, por considerar el peligro en que las gentes de Africa pondrian á los que apénas podrian contrastar al poder de los Moros de Córdoba. Para que el fruto de la victoria fuese mayor: pareció apretar á los Moros que vencidos y medrosos estaban, y en seguimiento de la victoria dar el gasto á los campos y pueblos de la Lusitania hasta llegar á Guadiana, en particular las tierras de Mérida y de Badajoz padecieron mayores daños. El espanto de los naturales fué tan grande, que procuraron tomar algun asiento con el vencedor hasta comprar por gran dinero la paz. Esto suce-

dió el año quinto del reynado de Don Ordoño, que se contaba novecientos y diez y ocho de nuestra salvacion. El Rey concluidas tan grandes cosas, dió la vuelta, y con recibimiento á manera de triumpho entró en la ciudad de Leon, que por la comodidad de su sitio pensaba hacella Real y asiento de aquellos Reyes. Con este intento procuró ensanchalla y adornalla de nuevos edificios. En primer lugar trasladó á su Real palacio el templo de San Pedro y San Pablo en que estaba la silla del obispo, por estar fuera de los muros y correr peligro : palacio que los Moros antiguamente edificaron para que sirviese de baños, obra de grande anchura y magestad. Puso nombre al dicho templo de Santa María Vírgen, dado que otras dos partes del mismo fueron consagradas, la una en nombre del Salvador, y la otra de San Juan Bautista. Despues desto para acrecentar la magestad del nuevo templo se hizo el Rey coronar en él por mano del mismo obispo: cosa no usada antes deste tiempo, y principio de donde los Reyes que antes se decian de Oviedo, se comenzaron á intitular Reyes de Leon. Desta ocasion la ciudad de Oviedo vino poco á poco en tan gran diminucion, que con el progreso del tiempo perdió el nombre de arzobispado, y aun en nuestra era no tiene voto en las cortes del reyno: daño que entiendo ha sucedido por descuydo de sus ciudadanos mas que por mala voluntad de los Reyes. Conforme á esto entre las memorias y privilegios deste tiempo advierten los aficionados á la antigüedad, que en algunos Don Ordoño se intitula Rey de Oviedo, y en uno dellos dice que reyna en Leon. Demas desto añaden que este Rey trasladó la dignidad de obispado á la ciudad de Mondoñedo, que antes estaba en Ribadeo, dado que á otros les parece que los obispos de Mondoñedo antiguamente se llamaron Vallibrienses. Entre tanto el Rey de Córdoba Abderrahman Almanzor encendido en deseo de satisfacerse de los daños pasados, y volver por su honra, con las fuerzas y gentes de su reyno por la parte de Lusitania entró en Galicia hasta llegar á un pueblo llamado Rondonia; Sapmyro le llama Mindonia. En aquel lugar se juntaron los reales de los Moros y de Christianos : pelearon con gran denuedo y porfía, cayeron muchos de ambas partes, duró la batalla hasta que cerró la noche sin quedar la victoria declarada, bien que cada qual de las partes se la atribuia, los nuestros

por haber forzado al enemigo á salir de Galicia, los bárbaros porque vencidos tantas veces, continuaron la pelea hasta que faltó luz. Dióse esta batalla año de novecientos y diez y nueve. No mucho despues el Rey de Córdoba con nuevas leves de gente que hizo, y nuevos socorros que le vinieron de Africa, corrió las tierras de Christianos, y en particular las de Navarra y Vizcaya. El Rey Don Ordoño movido por el peligro que corria Don Sancho García por sobrenombre Abarca, Rey de Navarra, y á sus ruegos marchó con su campo contra los Moros. Dióse la batalla en el valle de Juncaria, que hoy se dice Junquera, el año novecientos y veinte y uno, que fué no menos herida y porfiada que la que poco antes se diera en Galicia. Los de Leon y de Navarra peleaban con grande ánimo como vencedores por la patria y por la Religion; los Moros no les reconocian en nada ventaja, antes llevaron lo mejor, porque el conde de Aragon, que llaman García Aznar, mejor viniera Fortun Ximeno su hijo, murió en aquella pelea, y despues della aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, quedó por los Moros. Quedaron otrosí presos en la batalla dos obispos Dulcidio de Salamanca y Hermogio de Tuy, que concertaron su rescate, y en tanto que le pagaban, dieron rehenes en su lugar, en particular por Hermogio entregaron un sobrino suyo hijo de su hermana, doncel en la flor de su edad por nombre Pelayo. Su hermosura y modestia corrian á las parejas. Por lo uno y por lo otro el Rey bárbaro de suyo inclinado á deshonestidad se encendió grandemente en su amor. Aumentábase con la vista ordinaria la llama del amor torpe y nefando. El mozo de su natural muy modesto, y criado en casa llena de sabiduría y santidad, resuelto de defender el homenage de su limpieza, dado que diversas veces fué requerido, resistió constantemente. Despues como el Rey le hiciese fuerza, dióle con los puños en la cara. Esta constancia y zelo de castidad le acarreó la muerte: por mandado de aquel bárbaro impío y cruel fué atenazado y hecho pedazos, los miembros echaron en Guadalquivir: el amor quanto es mayor, tanto se suele mudar en mayor rabia. Sucedió esto Domingo á veinte y seis de junio del año novecientos y veinte y cinco. Diósele honra como á Mártyr, y fué puesto en el número de los Santos. Recogieron las partes de su cuerpo y sepultáronlas en San Gines de Córdoba, la ca-

beza en el cimenterio de San Cypriano. Débese tanto mas estimar la gloria desta hazaña, que no tenia mas de trece años y medio quando dió tal muestra de su virtud. Rosvitha, doncella de Saxonia, por este mismo tiempo cantó en verso heróyco, aunque algo diferentemente, la muerte del Mártyr Pelagio. Siendo Rey de Leon Don Ordoño y de Francia Cárlos el Simple, un presbytero llamado Zanelo vino á España enviado por el Papa Juan Décimo deste nombre con esta ocasion. Volaba la fama de la devocion y milagros del Apóstol Santiago por todas partes. Era muy célebre el nombre de Sisnando, obispo de Compostella. El Pontífice por cierto hombre que le envió con sus cartas, pidió le hiciese participante de sus oraciones para que por medio y intercesion del Apóstol Santiago en vida y en muerte fuese ayudado. Sisnando despachó á Zanelo para dar la obediencia al Pontífice: dióle otrosí el Rey cartas para el mismo con sus presentes. Zanelo cumplido lo que le mandaron, pasado un año entero, volvió á España cargado de muchos libros, demas desto con autoridad del Nuncio del Papa, quien dice fué Cardenal, y comision de informarse de todo lo que pertenecia á la Religion. Estaban los Romanos de muy antiguo persuadidos que el oficio divino góthico tenia muchas cosas erradas, que usaban de ceremonias en la misa extraordinarias, y enseñaban opiniones contrarias á la verdadera Religion. Zanelo en cumplimiento de lo que le era ordenado, revolvió con diligencia los libros Eclesiásticos que pudo haber, y aunque las ceremonias eran diferentes, halló al reves de lo que se sospechaba, que todas las cosas concordaban con la verdad. Vuelto á Roma, en una gran junta de Padres relató al Pontífice lo que llevaba averiguado. Ellos dieron gracias á Dios por aquella merced, y juntamente aprobaron aquellos libros. Solamente mandaron que en la secreta de la Misa usasen de las palabras que usaba el oficio Romano. Porque á la verdad las palabras de la consagracion, aunque la sustancia era una, las tenia mudadas en esta forma: «Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Este es el Caliz del nuevo Testamento en mi sangre, que por vos y por muchos será derramado en remision de los pecados.» Palabras de que aun en nuestra era no usan los que con beneplácito de los Pontífices dicen misa Mozarabe. Este fin tuvo entonces

aquella controversia, á que empero otras muchas veces se volvió hasta tanto que vencida la constancia ó porfía de los Españoles, trocaron el oficio Mozarabe con el Romano, como se dirá en su lugar. Volviendo á las cosas del Rey, desde el tiempo que se dió la batalla en Junquera, pareció haberse mudado la fortuna de la guerra. Todavía el Rey Don Ordoño con deseo de honra y en su compañía el mismo Rey de Navarra entraron por tierra de Moros, y en particular trabaxaron los campos y pueblos de la Rioja: con esto el Rey Don Ordoño dió vuelta á Zamora. No hay en las cosas humanas entero gozo y contento: toda aquella alegría se trocó en tristeza con la muerte de la Reyna Munina Elvira señora de grandes prendas: dexó estos hijos, Don Sancho D. Alonso, D. Ramiro, Don García y Doña Ximena. Casó el Rey segunda vez con Argonta hembra de alto linage en Galicia, y no mucho despues por sospechas la repudió á tuerto y sin razon, como se entendió por el suceso de las cosas y arrepentimiento del Rey. En su lugar puso á Sanctiva, hija de Don Garci Iñiguez Rey de Navarra, con voluntad del Rey Don Sancho su hermano. Juntaron los dos sus fuerzas, y en una entrada que hicieron de nuevo en la Rioja, se apoderaron por fuerza de Nájara que los antiguos llamaron Tricio, y de otro pueblo llamado Vicaria, en donde en tiempo de los Godos se entiende hobo una chancillería, como lo dice Don Rodrigo, y por esta causa le dieron este nombre. Hasta aquí las cosas del Rey Don Ordoño procedian de manera que muchas dellas se podian alabar, y pocas reprehender quales se disimulan con los Reyes. Es muy dificultoso enfrenarse con la templanza los que tienen suprema potestad, y nunca tropezar en tanta diversidad de cosas casi imposible. La muerte que este Rey dió muy fuera de sazon y sin propósito á los condes de Castilla, pareció afear toda la gloria pasada. Este desórden en qué manera haya sucedido, y por qué causas el Rey estuviese dellos ofendido, se dirá tomando el negocio un poco de mas arriba con una nueva narracion que declare los principios y progresos que algunos señoríos los mas principales tuvieron antiguamente en España.

LIBRO OCTAVO.

Capítulo primero.

De los principios del Reyno de Navarra.

Despues de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sugeta por los Moros, gente feroz y desapiadada, de las ruinas del imperio Gôthico no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun grande edificio quando cae, muchos señoríos se levantaron, pequeños al principio, de estrechos términos y flaças fuerzas, mas el tiempo adelante reparadores de la libertad de la patria y excelentes restauradores de la república trabaxada y caida. Poner por escrito el orígen y progreso de todos estos estados y señoríos seria cosa dificultosa, y mas largo cuento de lo que sufre la medida y traza de la presente obra. Declarar en breve los principios, aumentos y sucesos que tuvieron los mas principales y mas señalados entre los demas, téngolo por cosa necesaria por andar de aqui adelante mezcladas sus cosas con las de los Reyes de Leon. En particular será necesario tratar de los principados de Navarra, de Aragon, de Barcelona y de los condes de Castilla. Las reliquias de los Españoles que escaparon de aquel fuego y de aquel naufragio comun y miserable, echadas de sus moradas antiguas parte se recogieron á las Asturias, de que resultó el reyno de Leon de que hasta aquí se

ha hablado. Otra parte se encerró en los montes Pyrineos en sus cumbres y aspereza, do moran y tienen su asiento los Vizcaynos y Navarros, los Lacetanos, Urgelitanos y los Ceretanos, que son al presente Ribagorza, Sobrarbe, Urgel y Cerdania. Estos confiados en la fortaleza y fragura de aquellos lugares no solo defendieron su libertad, sino trataron y acometieron tambien de ayudar á lo demas de España; varones sin duda excelentes y de mayor ánimo que fuerzas. Los tales creo yo pusieron su confianza en la ayuda de Dios, pues contra tantas dificultades ninguna prudencia era bastante. La ocasion para intentarlo no fué muy grande. Un cierto hombre religioso y ermitaño, por nombre Juan, con deseo de vida mas sosegada hizo su morada en el monte de Uruela no lexos de la ciudad de Jaca, y para los oficios divinos levantó en un peñol una capilla con advocacion de San Juan Bautista. La fama de la santidad deste hombre comenzó á volar por todas partes. Juntáronsele quatro compañeros deseosos de imitar y seguir la vida que hacia. Asimismo muchas gentes de los lugares comarcanos acudian á visitarle con intento de aplacar á Dios por medio de las oraciones deste santo varon; al qual mientras que vivió ayudaron con muchas buenas obras y limosnas que le hacian, y despues de muerto se juntaron los de aquella comarca á hacerle las honras. Acudió gran número de gente: entre estos seiscientos hombres nobles de propósito se juntaron, ó convidados de la soledad del lugar comenzaron á tratar y consultar entre sí del remedio de la república y de sacudir la pesada servidumbre de los Moros. La fortaleza de los lugares y sitio les ponia ánimo, y confiaban que si intentaban cosa tan gloriosa, no les faltarian socorros de Francia: convidábales el exemplo de los Asturianos, que con tomar al infante Don Pelayo por Rey y por caudillo no dudaron de tratar como ayudarian á la patria, ni de irritar las armas de los Moros: cosa que aunque al principio pareció temeridad, el efecto y remate fué muy saludable. Habiendo tratado mucho y consultado sobre esto, pareció seria lo mas acertado escoger de entre sí alguna cabeza, con cuya obediencia y autoridad atados mejor pudiesen acometer empresa tan grande. Con esta resolucion nombraron á Garci Ximenez por acuerdo comun de todos para esto; porque si bien no era de la sangre

de los Godos, lo que se entiende por el nombre que parece mas de Españoles que de Godos, pero sin duda fué muy noble, de grande y antiguo solar y linage, Señor de Amescua y Abarsusa. Su muger era Doña Iñiga de igual nobleza. En el tiempo que sucedió esto, no concuerdan los autores, ni aun consta qué nombre tuviese el reyno para que le nombraron, ni qué apellido le dieron. Algunos dicen que se llamó Rey de Sobrarve, otros que de Navarra, los unos y los otros sin argumentos bastantes; y es toda antigüedad escura, principalmente la de España, á la manera que las corrientes de los rios son conocidas, los nacimientos y las fuentes de que proceden y salen, no tanto. Las armas y insignias del nuevo Rey un escudo roxo sin alguna otra pintura. Ganó algunos pueblos de los Moros, y entre ellos á Insa, principal villa de Sobrarve. La capilla del ermitaño Juan aumentada y ensanchada con nuevos edificios, que le arrimaron, poco á poco vino á ser semejable á un edificio real: señalada y noble por los sepulcros de los Reyes antiguos que allí se enterraron. Por los milagros y antigüedad y mucha devocion de aquella casa de San Juan de la Peña el Rey Garci Ximenez, y sus sucesores la escogieron para su sepultura. Murió este Rey el año de setecientos y cinqüenta y ocho. Sucedióle Garci Iñiguez, dicho así de los nombres de su padre y de su madre, Príncipe verdaderamente grande y de felicidad señalada, pues por el esfuerzo deste Rey Navarra que entre las armas y imperio de los Franceses y Moros andaba en balanzas, fué sugetada y quedó en perpetua posesion destos Reyes. Pasó con las armas hasta aquella parte de Vizcaya que se llama Alava. En tiempo deste Rey otrosí tuvieron principio los condados de Aragon y Barcelona. El de Aragon con esta ocasion. Aznar hijo de Eudon el Grande, venido que fué á aquellos lugares que bañan los rios Aragon ó Arga, y Subordan, y ganado que hobo algunos pueblos de los Moros, con voluntad del Rey Don García se llamó conde de Aragon, comarca por entonces sugeta á los Reyes de Navarra, despues exêmpta como en su lugar se declarará. Su hijo se dixo tambien Aznar, su nieto Galindo, de cuyos hechos no hay cosa que de contar sea. Muerto Galindo, sucedió en aquel condado Ximeno Aznar. Lo de Barcelona sucedió desta manera. Ganóse Barcelona por las armas de

Ludovico Pio que adelante fué Emperador, y á la sazon era vivo Carlo Magno su padre. Dexó por gobernador de aquella ciudad á Bernardo de nacion francés el año de ochocientos y uno. De aquí tuvo principio el señorío de Barcelona y los condes, que en aquella parte de España alcanzaron gran poder. Este año pasado, y venido el siguiente, falleció el Rey de Navarra Garci Iñiguez. Sucedióle Fortun García su hijo, de cuyas hazañas los historiadores Navarros cuentan grandes cosas y casi increibles. Lo que se tiene por cierto es que se halló en aquella batalla memorable de Roncesvalles, do la nobleza de Francia pereció á manos de los nuestros, y quedó vencido en la pelea Carlo Magno Emperador y general en aquella jornada. De la alegría de aquella victoria no poco se quitó por la muerte de Ximeno Aznar conde de Aragon, que en aquella batalla pereció por haberse adelantado, y con deseo de mostrar su esfuerzo metídose muy adelante entre los enemigos sin hacer caso de la muerte. Fué tanto mayor el lloro, que su hermana Teuda estaba casada con el Rey Fortun. Al conde Ximeno Aznar sucedió Ximeno García ó Garces su tio sin hacer cuenta de Endregoto hermano del difunto, que parece tenia mejor derecho que el tio para heredar aquel estado: la causa no se sabe, por ventura la edad no era á propósito para encargarle el gobierno. Murió el Rey Fortun el año ochocientos y quince: dexó por sucesor suyo á Sancho García su hijo que tenia en su muger. En tiempo deste Rey los de Valderroncal por lo mucho que trabaxaron en la guerra de los Moros, fueron libertados de tributos, como se vee por un privilegio que muestran deste tiempo y deste Rey. Bernardo conde de Barcelona, á quien algunos llaman marqués, como fuese acusado por aquellos que eran tutores de Bernardo nieto de Carlo Magno, hijo de su hijo Pipino, de cometer adulterio con la Emperatriz muger del Emperador Ludovico, y por tanto haber caido en alevosía, movido del dolor desta calumnia, de Francia, do era ido, se volvió en España do tenia grande autoridad y muchos aliados que en el tiempo pasado ganara. Falleció el año ochocientos y treinta y nueve: y por su muerte Wifredo primero deste nombre entre los condes de Barcelona hobo aquel Principado por merced de Ludovico Pio, no por juro de heredad por entonces, sino á voluntad del Empera-

dor y por tiempo determinado, ó mientras que viviese, como se usaba en los demas gobiernos. Era Señor de Aragon por el mismo tiempo García Aznar sucesor de su padre Ximeno García ó Garces que por este tiempo habia fallecido en la misma sazon que con las armas del Rey Sancho García los Navarros que de la otra parte de los Pyrineos estaban sugetos al imperio Francés, fueron trabaxados, y no los dexó antes sosegar que jurasen de guardar y tener perpetua amistad con los Reyes de Sobrarve. Dícese que le mataron en la guerra de Muza, aquel de quien arriba se dixo haberse rebelado contra Mahomad Rey de Córdoba, que fué por los años del Señor de ochocientos y cinqüenta y tres. Despues del Rey Don Sancho cierto autor nombra á Don Ximeno García su hijo. En los archivos del monasterio de San Salvador de Leyre, que está en Navarra metido y situado dentro en los montes Pyrineos, se dice que está allí sepultado con su muger Munia, sin decir otra cosa. A estos papeles como quier que carezcan de mayor luz de historia y seguridad, quanta fe se haya de dar cada uno por sí mismo lo juzgue; que no nos pareció determinarnos por la una ni por la otra parte. Muertos estos Reyes, faltó la línea de la familia Real, por donde se siguió una vacante de quatro años: en el qual tiempo antes que las voluntades de los naturales viniesen y se conformasen en uno, á quien nombrasen por Rey y le pusiesen por gobernador de la república, los mas escritores Navarros dicen que comunicado el negocio con el Pontífice Romano, que parece fué Leon IV deste nombre, con los Franceses y los Lombardos, por su consejo tomaron de las leyes de aquellas naciones lo que juzgaron ser á propósito para mantenerse en libertad. El mayor cuydado era que en ningun tiempo los Reyes pudiesen usar mal del poder que les daban, para oprimir los vasallos. Escribiéronse las leyes que vulgarmente se llaman los fueros de Sobrarve, cuya fuerza principalmente está y se endereza á que pues ellos pensaban dar al nuevo Rey lo que de Moros se ganara, que tomado el poder y mando, ninguna cosa de mayor momento pensase que le era lícito determinar sin consejo y voluntad de doce hombres nobles que para este propósito se nombraron, ni disminuyese el derecho de la libertad, y que lo que se ganase de los Moros, fielmente lo dividiese con la nobleza. Para que

todo esto fuese mas firme pareció criar un magistrado á la manera de los Tribunos en Roma, que en este tiempo se llama vulgarmente el justicia de Aragon: cargo que armado de las leyes, autoridad y aficion del pueblo hasta ahora ha tenido el poder del Rey cerrado dentro de ciertos límites para que no viniese en demasía; y á los nobles principalmente se dió por entonces que no les fuese imputado á mal si alguna vez hiciesen entre sí juntas para defender su libertad sin que el Rey lo supiese. Mas este y otros privilegios del Rey Don Alonso el III en este propósito fueron por córtes generales revocados en tiempo del Rey Don Pedro el postrero de Aragon. Ordenadas las cosas en esta forma, Iñigo Sanchez conde de Bigorra, señorío que está en la Aquitania ó Guiena, llamado por su ligereza por sobrenombre Arista, fué nombrado por Rey por voto de trecientos nobles que se juntaron, y como hobiese en Pamplona en la iglesia de S. Victoriano jurado los derechos, leyes y libertad de sus vasallos, le fué dado el gobierno y el mando. Añaden que dió poder á sus vasallos que si quebrantase lo que tenia prometido, pudiesen llamar y llamasen en defensa de su libertad al Rey que quisiesen, Moro ó Christiano; pero que el pueblo lo que tocaba llamar á los Moros, por ser cosa torpe no lo aceptó. Todas estas cosas que no solo el vulgo, sino algunos hombres eruditos las tienen por averiguadas, otros las tienen por fábulas, y piensan antes que el Rey Arista sucedió á su padre el Rey pasado. ¿Porque, qué causa bastante hobo para hacer nuevas leyes y establecer aquel nuevo magistrado? ¿ó cómo pudieron comunicar esto con los Lombardos, cuya nacion años antes sugetó y oprimió el poder de Carlo Magno? No hay para qué adivinar en cosa tan dudosa: por ventura lo que sucedió en la eleccion de Don Garci Ximenez primer Rey de Sobrarve, el vulgo de los historiadores por ignorancia de los tiempos lo aplicó al Rey Iñigo Arista, que pensaban ser el primero de aquellos Reyes. Esto consta, que el Rey Don Iñigo Arista, por este tiempo tuvo el reyno en los montes Pyrineos, y por muger á Doña Iñiga hija del conde Gonzalo de la sangre de los Reyes de Oviedo. Tambien se casó con Teuda hija de Zenon duque de Vizcaya como se tocó en otro lugar. Tuvo un solo hijo (no se sabe de que matrimonio) pero llamóse Garci Iñiguez, y sucedióle en el

reyno. El monasterio de San Salvador de Leyre asentado entre los montes Pyrineos, y que por su devocion, magestad de edificio, y por sus gruesas rentas es muy principal, se tiene por obra y fundacion del Rey Arista. En aquel monasterio están los cuerpos de las vírgenes Nunilon y Alodia que no muchos años despues deste tiempo fueron muertas por la fe en un lugar llamado Bosca cerca de Nájara; otros dicen en Huescar, la que está cerca de Baza. Verdad es que la ciudad de Boloña en la Lombardía se atribuye la posesion destas santas reliquias, pero hace contra esto un privilegio que se guarda en los archivos de aquel monasterio; y la vecindad de los lugares donde fueron muertas ayuda á esta opinion, y á creer que sus reliquias están en aquel convento, á lo menos grande parte. Estendió el Rey Arista los términos de su reyno: añadió á lo que antes tenia, y ganó lo llano de Navarra, como quier que los Reyes pasados se hobiesen estado hasta este tiempo dentro los montes. Pamplona y Alava que con la revuelta de los tiempos volvieran á poder de los Moros, por sus armas se recobraron. Así se llamó Rey de Pamplona, como se muestra por los privilegios destos Reyes. En el mismo tiempo Wifredo llamado el Velloso, hijo del otro Wifredo, alcanzó el condado de Barcelona por juro de heredad por merced de Cárlos Emperador llamado el Crasso con retencion solamente para sí del derecho de las apelaciones, que fué el año de ochocientos y ochenta y quatro, despues que por mandado del Emperador Ludovico II á causa de la tierna edad deste Wifredo Salomon conde de Cerdania gobernó aquella ciudad y estado por espacio de diez y nueve años. Hijos deste Wifredo entre otros fueron Myro conde de Barcelona, y Seniofredo conde de Urgel, que adelante en estos estados sucedieron á su padre. Por el mismo tiempo falleció García Aznar conde de Aragon. Sucedióle su hijo Ximeno García. Del año en que murió el Rey Iñigo Arista, hay diferencia entre los autores, sin que se pueda averiguar la verdad con seguridad. Sospechamos empero lo que parece pedir la razon de los tiempos, que falleció en el que reynó en las Asturias Don Alonso Rey de Oviedo llamado el Magno, cerca de los años del Señor de ochocientos y ochenta y ocho. Sucedióle su hijo Don Garci Ximenez que era menor de edad, y tenia á la sazon solos diez y siete años,

pero en grandeza de ánimo y en las cosas que hizo en tiempo de paz y de guerra, no reconoció ventaja á ninguno de los Reyes sus antepasados; porque llegado á mayor edad ganó grande reputacion, y la conservó con muchas victorias que ganó de los enemigos del nombre christiano, y batallas que dió que la brevedad que llevamos no sufre que se relaten por menudo. Su muger se llamó Urraca, hija ó hermana de Fortun Ximenez conde de Aragon. Digo esto porque los autores asi mismo no van conformes en esto, en tanto grado que algunos la hacen solo parienta de Fortun, nietá de Galindo y hija de Endregoto, aquel de quien se dixo que su tio Ximeno García le usurpó el señorío de Aragon. Lo que se averigua es que este Rey de Navarra tuvo en su muger dos hijos, que se llamaron el uno Fortun, y el otro Sancho por sobrenombre Abarca, y una hija llamada Sanctiva, que casó con Don Ordoño Rey de Leon siendo ya viejo, y que estuvo antes casado otras dos veces; como queda dicho en el libro pasado. Este Rey de Navarra murió á manos de los Moros en un encuentro que con ellos tuvo en el valle de Ayvar (el arzobispo Don Rodrigo le llama Larumbe) ca hizo muchas veces entradas en tierra de Moros con intento de ensanchar su reyno, y deseo muy encendido que tenia de extirpar toda la Morisma de España. Fué su muerte el año de novecientos y cinco, como se entiende del Chronicon Alveldense. Sucediéronle en el reyno sus dos hijos, primero Fortun y despues Don Sancho, en cuyo tiempo segun que se dixo al fin del libro pasado, los nuestros perdieron aquella famosa jornada del valle de Junquera. El monasterio de San Salvador de Leyre pretende que el Rey Don Garci Iñiguez está allí sepultado: contradicen los de San Juan de la Peña por causa de un sepulcro ó lucillo que allí se vee entre los otros sepulcros de los Reyes pasados con nombre del Rey Garci Iñiguez. Para determinar este pleyto ni tenemos tiempo ni lugar, ni creo yo que nadie podria averiguar la verdad. Sospecho que la ocasion desta y semejantes diversidades se tomó de diferentes sepulcros que pusieron á estos Reyes por memoria en diversos lugares, sin tener allí sus cuerpos, aquellos que á hacello se tenian por obligados por alguna merced dellos recebida, como se acostumbra tambien en nuestro tiempo. Esto baste por el presente de los principios del reyno de Navarra.

Capitulo II.

De los Condes de Castilla.

Los Romanos antiguamente llamaban Vaceos por la mayor parte á aquella comarca de España, que llamamos Castilla la vieja, y parte términos con el reyno de Leon por los rios Carrion, Pisuerga, Heva y Regamon, por otra parte toca las tierras de Asturias Vizcaya y Rioja, ácia Mediodía tiene por aledaños los montes de Segovia y Avila, do casi por estos tiempos se remataba el señorío de los Moros por una parte y por la otra el de los Christianos. Los campos son fértiles de pan llevar, producen vino muy bueno, son á propósito para los ganados; pero por la mayor parte tienen falta de aceyte, alguna mas abundancia de agua que en lo demas de España, así de lluvias, como de fuentes y rios. La gente de mansos y grandes ingenios, buenos y sin doblez, de cuerpos sanos, de rostros hermosos: demas desto son sufridores de trabaxo. En aquella provincia (dado que al principio no la poseyeron toda) algunos señores poderosos en riquezas y vasallos comenzaron á defender sus fronteras de los Moros con esfuerzo y con las armas, y de cada dia ensanchar mas su señorío. Llamábanse condes por permision, á lo que se entiende, de los Reyes de Oviedo; verdad es que no se sabe si el tal apellido era nombre de principado, ó solamente significaba gobierno. Por lo menos tenian obligacion de acudir á los dichos Reyes, si se levantaba alguna guerra, con sus armas y vasallos; y si se juntaban córtes del reyno, de hallarse en ellas presentes. En los tiempos antiguos se acostumbró llamar condes á los gobernadores de las provincias, y aun les señalaban el número de los años que les habia de durar el mando. El tiempo adelante por merced ó franqueza de los Reyes comenzó aquella honra y mando á continuarse por toda la vida del que gobernaba, y últimamente á pasar á sus descendientes por juro de heredad. Algun rastro desta antigüedad queda en España, en que los señores titulados despues de la muerte de sus padres no toman los apellidos de sus casas, ni se firman duques, marqueses ó condes antes

que el Rey se lo llame y venga en ello, fuera de pocas casas que por especial privilegio hacen lo contrario desto. Como quier que todo esto sea averiguado, asi bien no se sabe en qué forma ni por quanto tiempo los condes de Castilla al principio tuviesen el señorío, mas es verisímil que su principado tuvo los mismos principios, progresos y aumentos que los demas sus semejantes tuvieron por todas las provincias de Christianos, á los quales no reconocia ventaja ni en grandeza, ni aun casi en antigüedad, porque hay muy antigua mencion de condes de Castilla, y en este número por los privilegios de los Reyes antiguos se puede contar por primero el conde Don Rodrigo, que floreció en el tiempo del Rey Don Alonso el Casto. En el número de los años y de las datas no hay para que cansarse porque tengo por averiguado está estragado en los mas de los privilegios antiguos. Dospues de Don Rodrigo, las personas mas diligentes en rastrear las antigüedades de España ponen á Don Diego Porcellos hijo que fué del pasado, como lo señala en particular el Chronicon Alveldense. Este vivió en tiempo de Don Alonso el Magno Rey de Oviedo, por quanto se puede congeturar de memorias antiguas. Dió por muger una hija suya llamada Sulla Bella á Nuño Belchides, que era de nacion Aleman, y por su devocion era venido en romería á España y á Santiago. Este caballero con deseo de adelantar las cosas de los Christianos, habiéndose emparentado con el conde Don Diego junto con el fundó la nobilísima ciudad de Burgos para que la gente que estaba esparcida y derramada por aldeas, hiciese un cuerpo y forma de ciudad: de que tomó el nombre de Burgos, porque los Alemanes llaman burgos á las aldeas. Habia demas de Don Diego Porcellos en el mismo tiempo otros condes de Castilla por estar, á lo que parece aquella provincia dividida en muchos señores, como fueron Fernando Anzules, Almondar llamado el Blanco, y su hijo deste llamado Don Diego. Mas entre todos el de mayor autoridad y poder era Nuño Fernandez, en tanto grado que vino á tener por yerno al hermano de Don Ordoño el Segundo Rey de Leon, por nombre Don García, que fué tambien Rey. Por esto y porque por las armas forzó á Don Alonso el Magno su consuegro á renunciar el reyno, tenia mas presumpcion que Don Ordoño pudiese sufrir, como enemigo que era de toda insolencia y altivez. Fuera des-

to malsines atizaban el fuego y avivaban el disgusto, quales hay muchos en las casas de los príncipes, que tienen costumbre de subir á los mas altos grados no por alguna virtud suya, sino derribando los que les están delante: maña muy mala, pero hollada y seguida por los prósperos sucesos que por este camino muchos han tenido. Con los aguijones deste odio, movido el Rey llamó los condes á su corte. Fingió que queria con ellos comunicar los negocios mas graves del reyno. Señalóse para la junta un pueblo llamado Regular, situado en medio del camino y á los confines de los señoríos de Castilla y de Leon. Acudieron el dia señalado los condes, sin guarda bastante de soldados por venir sobre seguro y confiados en la buena conciencia que tenian. Echáronles deslealmente mano por mandado del Rey, y fueron enviados en prisiones á la ciudad de Leon. El dolor que las ciudades y lugares de Castilla concibieron gravísimo por esta causa, se acrecentó grandemente con el aviso que dentro de pocos dias sobrevino de la muerte impía y cruel dada á los condes. Temia el Rey Don Ordoño nuevas alteraciones, y que aquellas gentes se resolverian de acudir á las armas para tomar emienda de aquel agravio: apercebíase para la guerra, juntaba soldados, armas y caballos quando sobrevino su fin. Falleció en Zamora de su enfermedad año de nuestra salvacion de novecientos y veinte y tres: fué sepultado en Leon en la iglesia de Nuestra Señora que él mismo hiciera consagrar, como queda arriba apuntado. Hiciéronle las exêquias como á Rey con grande solemnidad y aparato. En este tiempo por muerte de Sisnando obispo de Compostella, sucedió en aquella iglesia Gundesindo, hombre principal hijo de cierto conde, pero que escurecia con sus malas costumbres y afeaba la nobleza de su linage. Muerto este, fué puesto en su lugar Ermigildo, igual en la nobleza al pasado, y muy semejable en las costumbres y vida. De Nuño Belchides y de Sulla Bella su muger nacieron dos hijos Nuño Rasura y Gustio Gonzalez. Nuño Rasura fué abuelo del conde Fernan Gonzalez, á quien nuestras historias suben hasta las nubes por sus muchas hazañas y valor muy conocido: de Gustio fueron nietos los infantes de Lara; con que la sangre de Don Diego Porcellos mezclada con la Real, como se dirá en su lugar, anda asimismo engerida en muchas casas y linages

principales de España y de fuera della, sin que haya faltado sucesion y línea de sus nietos y descendientes hasta nuestra era.

Capítulo III.

De Don Fruela el Segundo Rey de Leon.

Muerto que fué el Rey Don Ordoño, su hermano Don Fruela, segundo deste nombre, sucedió en el reyno de Leon no por alguna virtud que en él hobiese ni por voluntad de los grandes, ó conforme á las leyes, sino por las armas en que muchos ponen el derecho de reynar. Conforme á los principios fueron los medios y los acabos: no le duró mucho el poder, reynó solos catorce meses. Señalóse solamente en afrentas, torpeza y crueldad, por lo qual le pusieron nombre de cruel. Forzosa cosa es tema á muchos á quien muchos temen. La seguridad de los Reyes está en el amor de sus vasallos, y en el odio su perdicion. Dió la muerte á los hijos de un hombre principal llamado Olmundo, cuyo hermano llamado Fruminio obispo de Leon, fué forzado á salir en destierro; que por ser persona eclesiástica no quiso el Rey poner en él las manos, dado que no era nada escrupuloso ni templado. Tuvo en su muger Dunia á Don Alonso, Don Ordoño, Don Ramiro; y fuera de matrimonio á Don Fruela, padre de Don Pelayo llamado el Diácono, con quien casó el tiempo adelante Doña Aldonza ó Alfonsa, nieta del Rey Don Bermudo llamado el Gotoso. Sepultóse Don Fruela en Leon. Su memoria y fama quedó afeada no mas por la enfermedad de lepra de que murió, que por la cobardía de toda su vida, y por la rebelion y enagenamiento de Castilla, que en su tiempo sucedió. Habia alterado las voluntades de los naturales la muerte indigna de los condes que el Rey Don Ordoño mandó hacer. Esta pena se acrecentaba de cada dia con nuevos agravios que les hacian, ca les forzaban á ir á pedir justicia y seguir sus pleytos delante los jueces de Leon, y quando se tenian córtes generales acudir á ellas. Así lo que trataban en sus ánimos y no era fácil ponello en execucion, que era levantarse, tuvieron buena

ocasion de apresurarlo por la poquedad del Rey Don Fruela: quitáronle públicamente la obediencia y se le rebelaron. Para dar órden en las cosas y para el gobierno escogieron dos personas de entre toda la nobleza que tuviesen cargo de todo con suprema autoridad. Diéronles nombre de jueces, y no título de otros principados mas grandes, porque no tomasen ocasion del apellido para oprimir la libertad. Fueron nombrados para esto Nuño Rasura y Lain Calvo, dos varones en aquel tiempo muy nobles y poderosos. Lain era de menos edad, y casado con Nuña Bella hija de su compañero. A este se dió cuydado de la guerra por su mucho esfuerzo. A Nuño Rasura, que era persona de grande experiencia y de prudencia aventajada, encargaron principalmente las cosas del gobierno y de la justicia, que administraba estando en Burgos ciudad principal, las mas veces solo, y tambien en otros pueblos de la provincia. Dos leguas de Medina de Pomar hay un pueblo llamado Bijudico, y en él un tribunal de obra muy vieja, en que los naturales por tradicion antigua dicen que estos jueces acostumbraban á publicar sus leyes y determinar sus pleytos. Gobernábanse, es á saber, por un antiguo libro y fuero que contenia las antiguas leyes de Castilla, cuya mencion se halla muy ordinaria en los papeles y memorias deste tiempo; y que tuvo fuerza hasta el tiempo del Rey Don Alonso el Sabio que le derogó, y en su lugar ordenó las leyes de las Partidas. Quanto tiempo hayan vivido estos jueces no se sabe, ni aun se tiene bastante noticia de sus hechos. Del linage destos dos jueces sin duda sucedieron hombres muy nobles, muy valientes y señalados, porque Lain Calvo fué quinto abuelo del Cid Ruy Diaz; hijo de Nuño Rasura fué Gonzalo Nuño, que tuvo el cargo de su padre no con menor gloria que él, por ser de ingenio fácil, de suavidad de costumbres y afabilidad singular, en todas sus cosas muy curioso. Demas desto acordó y hizo que los hijos de los nobles se criasen y amaestrasen en su palacio, que era como un seminario y plantel de varones señalados en paz y en guerra; por la qual liberalidad ganó grandemente las voluntades de toda la provincia. Su muger se llamó Doña Ximena, hija del conde Nuño Fernandez, que fué con los demas condes de Castilla muerto por el Rey Don Ordoño. Deste matrimonio nació el conde Fernan Gonzalez por la glo-

ria de sus virtudes y proezas, y en particular por la grande constancia que mostró en tanta variedad de cosas como por él pasaron, igual á qualquiera de los antiguos caudillos y príncipes. Pero del conde Fernan Gonzalez se tratará luego en su lugar. Volvamos al cuento de los Reyes.

Capítulo IV.

De Don Sancho Abarca Rey de Navarra.

Cosa averiguada y cierta es que las historias de Navarra están llenas de muchas fábulas y consejas, en tanto grado que ninguna persona lo podrá negar que tenga alguna noticia de la antigüedad. Paréceme á mí que los historiadores de aquella nacion siguieron el afecto y inclinacion vulgar que muchos tienen de hermosear su narracion con monstruosas mentiras de cosas increibles y con patrañas. Por donde la historia, cuya principal virtud consiste en la verdad, viene á hacerse y ser semejante á los libros de caballerías compuestos de fábulas y mentiras, en que hombres ociosos y vanos se entretienen y en ellos gastan su tiempo: falta que en todo lo demas de la historia se echa de ver, mas en lo que toca á este tiempo, son las invenciones mas evidentes y claras, quando muerto por los Moros en un rebate el Rey Garci Iñiguez, fingen que sucedió lo mismo á su muger Doña Urraca que estaba preñada, y dicen quedó en el campo muerta, ó en el mismo, ó en diferente trance y tiempo; que es cosa mas fácil maravillarse que los autores se diferencien en la mentira, que entender y averiguar la verdad. Concuerdan empero en que un caballero por nombre Sancho de Guevara, como sobreviniese y mirase lo que pasara, vió al infante que sacaba el brazo por una de las heridas de la madre que muerta quedó: acordó de abrir el vientre de la madre y sacar dél al niño: crióle secretamente en su casa hasta tanto que tuvo buena edad. No se qué espantajos se temia, pues para mayor secreto dicen que le traia vestido de aldeano y por calzado unas abarcas, de donde le dieron el sobrenombre de Abarca. Añaden últimamente que pasados diez y nueve años de vacante, como la gente tratase de nombrar Rey,

le traxo á las córtes. Allí averiguado el caso y sabida la verdad, con grande voluntad de todos le fué dado el reyno y la corona, teniendo todos por muy alegre agüero y pronóstico para adelante que Dios le hobiese guardado de tantos peligros, y persuadiéndose que conforme á tan maravillosos principios serian los medios y fines. Pero esto que muy hermosamente se dice, muchos lo tienen por falso, personas de mayor prudencia y erudicion, y no concuerdan las memorias y privilegios antiguos; ni aun la razon de los tiempos da lugar á que Don Sancho Abarca naciese despues de la muerte de su padre; pues tuvo por yernos á Don Alonso y Don Ramiro Reyes de Leon, que vivieron y reynaron poco adelante; antes entiendo que era ya de buena edad quando murió su padre y que tomó luego la corona; dado que de los archivos y papeles del monasterio de San Salvador de Leyre, aquellos monges sacan que Fortun, hermano mayor deste Rey Don Sancho tuvo primero que él aquel reyno por algun poco de tiempo. Si es verdad ó mentira no lo sabria decir; pero afirman que dexado el reyno, creo por estar cansado de las cosas del mundo, tomó el hábito de monge en aquel monasterio. La verdad es que este Don Sancho tuvo en su muger Teuda á Garci Sanchez el mayorazgo, y despues dél á Ramiro y á Gonzalo y á Fernando: demas desto cinco hijas, que fueron sus nombres Urraca, Teresa, María, Sancha y Blanca. Esta postrera dicen algunos que casó con Don Nuño señor de Vizcaya: otros lo contradicen movidos de que por aquel tiempo no se halla que ninguno de aquel nombre haya tenido aquel señorío y estado. Fué este príncipe dichoso no solo por los muchos hijos que tuvo, sino esclarecido por las armas, porque con su valor y esfuerzo todo lo que por la revuelta de los tiempos se perdió en Sobrarve y Ribagorza, se recobró de los Moros; y no solo hizo esto, mas ensanchó mucho los antiguos términos de aquel señorío hasta ganar y sugetar á su corona la Vizcaya ó Cantabria, y todo lo que se estiende por las riberas del rio Duero hasta su nacimiento y los montes Doca, y ácia Mediodía hasta Tudela y Huesca. Demas desto da muestra que llegó con el discurso de sus victorias á Zaragoza, un castillo que está situado cerca de aquella ciudad con nombre de Sancho Abarca; y aun no contento con los términos de España, pasados los Pyrineos, en Francia su-

getó aquella parte de los Vascones y Navar ra, que largo tiempo poseyeron aquellos Reyes, y hoy es la tierra de Vascos. Estaba el Rey embarazado en esta guerra de la otra parte de los montes: los Moros por pensar que por los frios del invierno no podria venir al socorro, se pusieron sobre Pamplona. Don Sancho avisado del peligro hizo pasar los montes á los soldados con abarcas por causa del frio, y esta fué la verdadera causa de haberle llámado Abarca, á la manera que sucedió en los nombres de Calígula y Caracalla Emperadores Romanos por semejante ocasion. Fué cosa fácil al que venció la naturaleza y el tiempo, vencer tambien en batalla á los enemigos y forzallos á que alzasen el cerco, como lo hizo. En todas estas guerras se alaba sobre todos la valentía de un capitan llamado Centullo, hombre sagaz, animoso y denodado. Habia con esto el Rey Don Sancho ganado gran gloria, sino afeara en gran parte su nombre con volver las armas contra Castilla: cosa que demas de la nota á él acarreó mal y daño, como se verá poco adelante.

Capitulo V.

De Don Alonso el Quarto y Don Ramiro el Segundo, Reyes de Leon.

Don Alonso Quarto deste nombre, llamado el Monge, el reyno que Don Fruela á tuerto le quitara, despues de su muerte le recobró año de novecientos y veinte y quatro. Don Lucas de Tuy dice que Don Alonso fué hijo del mismo Rey Don Fruela, contra lo que sienten otras personas de mayor diligencia y autoridad, que dicen fué hijo del Rey Don Ordoño el Segundo. En tiempo deste Rey partió desta vida Juan prelado de Toledo año del Señor de novecientos y veinte y seis, sucesor que fué de Wistremiro y de Bonito, y él por sí ilustre exemplo de la santidad antigua. En su lugar no sucedió algun otro por vedar, como se entiende, los bárbaros que alguno en aquellas revueltas fuese elegido y puesto en lugar que pudiese gobernar y ayudar las cosas de los Christianos. Solo los demas sacerdotes con deseo de tener paz entre sí por una manera de

concordia daban el primer lugar al cura de Santa Justa y obedecian á sus mandatos: estado en que se conservaron hasta tanto que Toledo volvió á poder de Christianos. En el mismo tiempo volaba por el mundo la fama de Fernan Gonzalez conde de Castilla. El nombre y título de Conde (porque su padre solamente tuvo nombre de Juez) no se sabe si lo tomó con consentimiento de los Reyes de Leon, ó lo que parece mas verisímil, por voluntad de sus vasallos, que le quisieron honrar por esta manera maravillados de las excelentes virtudes de tan gran varon. Señalóse en la justicia y mansedumbre, zelo de la Religion, y en el gran exercicio que tuvo y larga experiencia en las cosas de la guerra: virtudes con que no solo defendió los antiguos términos de su señorío, sino demas desto hizo que los del reyno de Leon se estrechasen y retraxesen de la otra parte del rio de Pisuerga. Ganó de los Moros ciudades y pueblos, castigó la insolencia de los Navarros con la muerte de su Rey Don Sancho Abarca. Tenian los Navarros costumbre de hacer mal y daño en las tierras de Castilla: no contentos con esto maltrataron de palabra con amenazas y denuestos á los Embaxadores que les envió á pedir emienda de lo hecho. Pasaron en esto tan adelante, y las demasías fueron tales que se tuvo por abierta la guerra. El Conde que no sufria insolencias ni demasías, hizo con sus gentes entrada, y rompió por las tierras del Navarro: las talas y presas eran grandes. Acudió el enemigo á la defensa: juntáronse las fuerzas y gentes de ambas partes cerca de un lugar llamado Gollanda. Dióse la batalla de poder á poder, en que perecieron muchos de los unos y de los otros sin declararse la victoria por gran espacio. Finalmente en lo mas recio de la pelea los generales se desafiaron y combatieron entre sí. Encontráronse con las lanzas: los golpes fueron tan grandes, que ambos cayeron en tierra, el Rey con una mortal herida, el Conde aunque gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Animáronse con esto los soldados de Castilla, y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedó por ellos el campo. Sobrevino á la sazon el conde de Tolosa con sus gentes en socorro de los Navarros. Recogió á los que huian, y vueltos á las puñadas, tornóse á encender la batalla. Sucedió lo mismo que antes, que los Condes se encontraron entre sí de persona á persona:

cayó de un bote de lanza en aquel combate muerto el de Tolosa, con que los Navarros quedaron de todo punto vencidos y puestos en huida. Los cuerpos del Rey y del Conde con licencia del vencedor fueron llevados á sus tierras y honradamente sepultados. Sobre la sepultura de Don Sancho Abarca hay pleyto entre los monges de San Juan de la Peña y los de San Salvador de Leyre, que cada qual de las dos partes pretende le sepultaron en un monasterio; el qual no hay para que determirar en este lugar. Solo entiendo que Don Sancho Abarca murió al principio del reynado del Rey Don Alonso el Magno año de nuestra salvacion de novecientos y veinte y seis despues que reynó por espacio de veinte años enteros. Sucedió en el reyno Don Garci Sanchez su hijo, de quien hallo que se llamaba Rey de Pamplona y de Nájara. Reynó quarenta años: su muger se llamó Doña Teresa. Esto en Navarra. El Rey Don Alonso de Leon fué en sus costumbres mas semejante á Don Fruela que á su padre. Ninguna virtud se cuenta dél, ninguna empresa, ninguna provincia sugetada por guerra y allegada á su señorío. El odio de los suyos por esta misma causa se encendió contra él de tal suerte, que cansado con el peso del gobierno se determinó de renunciar el reyno á su hermano Don Ramiro. Llamóle con este intento á Zamora el año del Señor de novecientos y treinta y uno, y de su reynado seis y medio. Dióle el cetro de su mano resuelto de descargarse de cuydados, y de mudar la vida de Príncipe con la de particular y de monge. En el monasterio de Sahagun puesto á la ribera del rio Cea tomó el hábito sin cuydar ni de lo que las gentes podian pensar de aquel hecho, ni de su hijo Don Ordoño habido en Doña Urraca Ximenez hija de Don Sancho Abarca Rey de Navarra, que quedaba en su tierna edad desamparado de ayuda y á propósito para que le hiciesen qualquier agravio. El principio bueno fué: el tiempo que aclara los intentos, dió á entender que mas se movió por liviandad que por otro buen respeto. Doña Teresa, hermana de la Reyna Doña Urraca, casó con el nuevo Rey Don Ramiro: della nacieron Don Bermudo, Don Ordoño, Don Sancho y Doña Elvira. Don Ramiro encargado que se hobo del reyno, luego tornó á renovar la guerra de los Moros. Entendia como varon prudente que con ninguna cosa mas podia ganar las voluntades de los suyos, ni

hacer mayor servicio á Dios, que en perseguir á los enemigos del nombre Christiano; pero la inconstancia de Don Alonso puso impedimento á tan santos intentos; porque con la misma ligereza con que la habia tomado, dexó aquella manera de vida y se comenzó á llamar Rey. Para atajar los males que podian resultar destos principios, Don Ramiro á la hora revolvió contra Leon do su hermano estaba. Allí le cercó, y vencido de la hambre y de la falta de todas las cosas, le forzó á rendirse. En aquella ciudad fué puesto en prision sin por entonces hacer en él mayor castigo á causa que los hijos del Rey Don Fruela Segundo deste nombre andaban alterados en las Asturias, y forzaban á Don Ramiro á ir allá. La ocasion de alterarse no era la misma á los capitanes y al pueblo. Los hijos de Don Fruela se quexaban de haber sido despreciados por el Rey, pues no los llamó á las córtes en que don Alonso renunció el reyno. Los Asturianos se alteraron por aficion que tenian á Don Alonso, y llevar mal que tratase de dexar el gobierno. Eran muchos los levantados; y mas por miedo del castigo que por voluntad ó esperanza de salir con la victoria, tomaron por cabezas á los hijos de Don Fruela; pero conocido el peligro que corrian, acordaron de enviar embaxadores á Don Ramiro para avisalle que estaban aparejados á hacer lo que les fuese mandado, recebirle en las ciudades y pueblos, servirle con todas sus fuerzas con tal que se determinase de venir sin exército, de paz sin hacer mal á nadie; que esto tomarian por señal que su ánimo estaba aplacado. El sospechando algun engaño, ó teniendo por cosa indigna que sus vasallos para obedecelle le pusiesen condiciones, entró con grueso exército y domó á sus enemigos. Perdonó á la muchedumbre, tomó castigo de los mas culpados. A los hijos de Don Fruela luego que los tuvo en su poder, los privó de la vista. El mismo castigo se dió á Don Alonso hermano del Rey. No lexos de la ciudad de Leon estaba un monasterio con nombre de San Julian edificado á costa deste Rey Don Ramiro: en él fueron guardados por toda la vida, y despues de muertos sepultados así todos estos como Doña Urraca muger de Don Alonso. Con esto aquellas grandes alteraciones que tenian suspensos los animos de los naturales, tuvieron mas fácil salida que se pensaba. Concluidas estas revueltas, el Rey como antes lo pretendió

volvió las armas contra los Moros. Entró por el reyno de Toledo, tomó por fuerza en aquella comarca, saqueó y quemó á Madrid, pueblo principal, derribó los muros. En el entretanto los Moros encendidos en deseo de vengarse juntas sus gentes entraron por tierra de Christianos. Lo primero se metieron por los campos de Castilla. El Conde como quier que por la guerra pasada de Navarra se hallase flaco de fuerzas, movido por el peligro que las cosas corrian, envió embaxadores al Rey Don Ramiro para rogarle no permitiese que el nombre Christiano recibiese afrenta, ni que los bárbaros se fuesen sin castigo: que él forzado tomó las armas contra el Rey su suegro, y que el suceso de las guerras no está en manos de los hombres: si algun agravio ó enojo recibió por lo hecho, que era justo perdonarle por respeto de la patria: que le aseguraba no pondria en olvido el beneficio y cortesía que le hiciese en este trance. El peligro comun ablandó el ánimo del Rey. Acudió luego con sus gentes deseoso de ayudar al Conde. Juntáronse las huestes y los campos. Dióse la batalla cerca de la ciudad de Osma, en que gran número de los bárbaros fueron muertos, los demas puestos en huida. Los soldados Christianos cargados de oro y de preseas volvieron á sus casas. Algunos sospechan que desde este tiempo volvieron los condes de Castilla á estar á devocion y ser feudatarios y vasallos de los Reyes de Leon, porque les parece que un Rey tan amigo de honra como Don Ramiro no juntara de otra manera sus fuerzas, ni perdonara las injurias y desacatos que les habian hecho, sin que primero se le allanasen. Siguióse una nueva guerra contra los Moros. El Rey Don Ramiro encendido en deseo de oprimirlos con sus gentes movió la vuelta de Zaragoza. Tenia el principado de aquella ciudad Abenaya señor de pocas fuerzas, feudatario de Abderrahman Rey de Córdoba. Acompañó á Don Ramiro en esta jornada el conde Fernan Gonzalez. El Moro pareciéndole que no podria resistir á dos enemigos tan fuertes, tomó por partido sugetarse al Rey Don Ramiro y pagalle parias. Con este concierto se hicieron paces y cesó la guerra. No guardan los Moros le fe mas de quanto les es forzoso. Así partidos los nuestros, y tambien por miedo de Abderrahman que tenia aviso se prestaba contra él, mudado partido, y tomado nuevo asiento, de consuno acometieron los dos las tierras de

los Christianos. Llegaron á Simancas: llevaban los Moros mal que los Christianos les pusiesen leyes, y forzasen á pagar parias los á quien tenian antes por sus tributarios. Acudió luego el Rey y salió al encuentro á los enemigos. Dióse la batalla, que fué muy brava y de las mas señaladas y reñidas de aquel tiempo: murieron treinta mil Moros, otros dicen setenta mil. Los despojos fueron muchos y ricos, grande el número de los cautivos. El mismo Abenaya tambien fué preso: Abderrahman con veinte de á caballo escapó por los pies. El conde Fernan Gonzalez por no haberse hallado en la batalla (el por qué no se sabe) pero habiéndose encontrado con los que huian, hizo en ellos no menor matanza. Da muestra desto un privilegio del monasterio de San Millan de la Cogulla puesto en los montes de Oca (que se llamó antiguamente de San Féliz) que concedió el Conde por memoria del beneficio recebido y desta victoria que ganó á los Moros. En aquel privilegio se manda que muchas villas y pueblos de Castilla contribuyan por casas cada uno para los gastos y servicios de aquel monasterio bueyes, carneros, trigo, vino, lienzo, conforme á lo que en cada tierra se daba, por voto que el Conde hizo quando iba á esta guerra: de donde tambien se entiende que de aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, fueron gentes de socorro al Rey; y que todos estuvieron persuadidos que dos ángeles en dos caballos blancos pelearon en la vanguardia, y que por su ayuda se ganó la victoria: cosa que no suele acontecer, ni aun inventarse sino en victorias muy señaladas qual fué esta. El Alfaqui mayor de los Moros, que es como obispo entre ellos, vino en poder del Conde. Con esto la provincia y la gente pareció alentarse del grande espanto causado del aparato que los contrarios hicieron para aquella guerra, ademas de muchas señales que en el cielo se vieron y muchos prodigios; porque en el mismo año que fué la pelea, es á saber el de novecientos y treinta y quatro (otros á este número añaden quatro años) siendo Reyes Don Ramiro en Leon y Don Garci Sanchez en Pamplona, hobo un eclypsí del sol á los diez y nueve de julio (mas quisiera á los diez y ocho porque dicen fué viernes) por espacio de una hora entera á las dos de la tarde, tan grande y cerrado, que se mudó el dia en muy espesas tinieblas. Segunda vez á quince de octubre, que fué miércoles, da

luz del sol se volvió amarilla: en el cielo apareció una abertura, cometas de extraordinaria forma, que caian á la parte de Mediodía; las tierras fueron abrasadas por oculta fuerza de las estrellas, sin otras cosas que daban á entender la ira de Dios y su saña. Todo esto se contiene en el privilegio del conde Fernan Gonzalez: otros dicen que en el mismo dia de la batalla se eclypsó el sol á seis de agosto dia de los Santos Justo y Pastor, que fué lúnes. Estas señales tenian á todos muy congoxados; pero ganada la victoria, se trocó el temor en alegría, y se entendió que no amenazaban á los fieles sino á sus enemigos. Falleció por este tiempo Miron conde de Barcelona, dexó tres hijos menores de edad: estos fueron Seniofredo, que le sucedió en el estado: Oliva por sobrenombre Cabreta, al qual mandó el señorío de Besalu y de Cerdania; y Miron, que en los años adelante fué obispo y conde de Girona. El gobierno por la tierna edad del nuevo Príncipe estuvo mucho tiempo en poder de Seniofredo su tio conde de Urgel, que fué escalon para que sus descendientes poco adelante se apoderasen de todo. A la sazon que gobernaba este Seniofredo aquel estado, se tuvo un concilio de obispos en un pueblo llamado Fuentecubierta tierra de Narbona. En este concilio se determinó un pleyto que andaba entre los obispos Antigiso de Urgel y Adulfo Pallariense sobre los términos y mojones de los obispados, ó por mejor decir sobre toda la diócesi del Pallariense que el de Urgel pretendia ser toda suya. Así fué determinado por los obispos que en pasando desta vida Adulfo, la ciudad de Pallas quedase sugeta al obispo de Urgel, porque se probaba por instrumentos muy ciertos que antiguamente lo fué. Presidió en el concilio Arnusto prelado Narbonense, por estar á la sazon Tarragona en poder de Moros, á cuyo obispo pertenecia concertar los pleytos entre los obispos comarcanos y sufragáneos suyos. Por muerte de Seniofredo conde de Barcelona, que falleció adelante sin dexar hijos, bien que estuvo casado con Doña María hija del Rey Don Sancho Abarca, Borello conde de Urgel y hijo del otro Seniofredo se apoderó del señorío de Barcelona. La fuerza prevaleció contra la razon; que de otra suerte ¿qué derecho podia tener ni alegar para excluir á Oliva hermano del difunto? Tuvo Borello un hermano llamado Armengaudo ó Armengol, de grande santidad de vida, y

por esto puesto en el número de los Santos y en los kalendarios; pero esto fué algun tiempo adelante. El Rey Don Ramiro llegado á mayor edad, y vuelto su pensamiento á las artes de la paz y al culto de la Religion, de los despojos de los Moros edificó en Leon un monasterio de monjas con advocacion de San Salvador, do hizo que Doña Elvira su hija única tomase el hábito y el velo como se acostumbra: otro monasterio hizo con nombre de San Andrés: el tercero de San Christoval á la ribera del rio Cea cerca de Duero: el quarto con nombre de Santa María Vírgen; en conclusion en el valle Ornense levantó otro monasterio con advocacion del Archângel San Miguel. Estaba el Rey ocupado en estas cosas quando nuevas y domésticas alteraciones le hicieron volver á las armas. Fernan Gonzalez y Diego Nuñez hombres principales con deseo de novedades, ó por alguna causa agraviados del Rey, se rebelaron contra él. No tenian bastantes fuerzas: llamaron á los Moros y á su capitan Accipha. Destruyeron el territorio de Salamanca que baña el rio Tormes. En otra parte por las armas de Don Rodrigo, que entiendo era uno de los conjurados ó aliado con ellos, las tierras de Amaya y parte de las Asturias eran maltratadas. No era fácil determinarse á qué parte primeramente se hobiese de acudir. En igual peligro pareció que debian de hacer guerra á los Moros por ser enemigos públicos: así se hizo, y los echaron de toda la tierra con gran estrago que en ellos se hizo. Demas desto los autores y movedores del alboroto vinieron en poder del Rey; pero no mucho despues fueron sin otro castigo sueltos de la prision en que los tenian en Leon encerrados, solamente les hicieron jurar de nuevo obediencia al Rey y prestalle sus homenages: muestra que el delito no fué tan grave, ó que el Rey usó de la victoria con mucha templanza. Concluida esta guerra, entiendo que de suyo se sosegaron las alteraciones de las Asturias, en especial que la clemencia del Rey les convidó á que se reduxesen. El conde de Castilla Fernan Gonzalez tenia en Doña Urraca su muger una hija del mismo nombre. Importaba mucho para el buen suceso de las cosas que entre las dos provincias y señoríos de Castilla y de Leon hobiese confederacion y avenencia, lo qual Don Ramiro no ignoraba. Con deseo pues que la paz se asegurase trató con el Conde, y hizo que su hijo Don Ordoño que

le debia suceder en el reyno, casase con la dicha Doña Urraca. Concluido esto, el Rey como enemigo que era de la ociosidad, á lo postrero de su edad hizo una nueva entrada en tierra de Moros: metióse por el reyno de Toledo y llegó hasta Talavera. Venció en batalla á los que venian á socorrer á los suyos, en que murieron doce mil Moros, los presos llegaron á siete mil: con esta victoria hizo que su autoridad y reputacion se mantuviese, que junto con la edad se suele envejecer y menguar. Vuelto á sus tierras, envió á sus casas el exército cargado de despojos de Moros, y él se fué en romería á Oviedo á honrar los cuerpos de los muchos Santos que allí estaban, y dar á Dios gracias por tantas mercedes. En aquella ciudad por ser la tierra mal sana adoleció de una enfermedad mortal. Sin embargo dió vuelta á Leon, y ordenadas las cosas de su casa, renunció el reyno y le dió de su mano á su hijo. Hecho esto, tomados los Sacramentos de la Penitencia y de la Euchâristía de mano de los obispos y abades que á su muerte se hallaron, falleció en el año de nuestra salvacion de novecientos y cinqüenta á cinco dias del mes de enero. Sepultáronle en el monasterio de San Salvador, edificio y fundacion suya. Fué este año muy señalado por muchos pueblos que en él ó se edificaron de nuevo, ó se repararon, conviene á saber Osma, Roa, Riaza, Clunia en los Arevacos, que hoy es Coruña. A Sepúlveda tambien en un sitio fuerte edificó por este tiempo el conde Fernan Gonzalez, por cuyo esfuerzo en particular el partido de los fieles en aquel tiempo se conservaba y aun mejoraba.

Capítulo VI.

De Don Ordoño Tercero de este nombre Rey de Leon.

Muerto el Rey Don Ramiro, Don Ordoño su hijo heredó el reyno de Leon. Era hombre de gran corazon, tenia gran exercicio en las armas, prudencia singular en el gobierno. La brevedad de la vida, ca solamente reynó cinco años y siete meses, hizo que no pudiese exercitar por largo tiempo las virtudes de que su buen natural daba muestras. Al principio Don San-

cho su hermano ó por deseo de reynar, ó irritado por algun agravio como es mas verisímil, fué causa que las armas de Garci Sanchez Rey de Navarra su tio y las del conde Fernan Gonzalez á su persuasion se moviesen en daño de Don Ordoño, sin tener ninguna cuenta con el amor que á su hermano debia. El deseo de reynar y el dolor del agravio, ambos males tienen gran fuerza. Juntas las gentes de Navarra y de Castilla entraron por las tierras del Rey de Leon, que por estar desapercebido y poco confiado de la voluntad de los suyos en aquella discordia civil determinó de fortificarse en algunas plazas fuertes por su sitio ó por las murallas, sin venir á la batalla. Los enemigos, sosegado el furor con que entraron, y juzgando que era sin propósito hacer la guerra tanto tiempo en provecho ageno y con su peligro, sin hacer efecto de momento se volvieron á sus sierras. Don Ordoño con deseo de satisfacerse del Conde, que sin tener respeto al deudo habia juntado sus fuerzas con su hermano y tio para su daño, sin dilacion repudió á Doña Urraca hija del Conde, y casó con Doña Elvira; que tales eran las costumbres de aquella era. Deste nuevo matrimonio nació Don Bermudo, el que algunos años adelante mudadas las cosas y trocadas, finalmente alcanzó el reyno de su padre. Las alteraciones de los Gallegos, movidos á lo que se entiende por aficion que tenian á Don Sancho, fueron en breve por las armas y diligencia de Don Ordoño sosegadas. Y para que el provecho fuese mayor, con sus gentes entró dando por todas partes el gasto á los campos en aquella parte de la Lusitania que estaba sugeta á los Moros: llegó hasta Lisboa, dende se volvió á su tierra. Por el mismo tiempo Fernan Gonzalez conde de Castilla con una entrada que hizo por tierra de Moros, se apoderó del castillo de Carranzo, echada de allí la guarnicion Morisca que tenia. No con menor diligencia Abderrahman Rey de Córdoba aunque de grande edad, enemigo de toda insolencia, juntado un grueso exército en que se contaban ochenta mil combatientes, mandó á Almanzor Alagib (que es tanto como Virey) capitan de gran nombre acometiese con gran furia las tierras de Christianos. Recelóse el Conde de aparejos tan grandes: llamó la gente de todo su estado á la guerra, y alistó todos los que tenian edad á propósito para tomar armas, y como quier que todavía el

exército fuese menor que el peligro que amenazaba, cuydadoso del suceso de la guerra en una junta de capitanes que tuvo en el pueblo de Muñon, consultó lo que se debia hacer. Los pareceres fueron varios, como acontece que en grande peligro y miedo ordinariamente cada uno habla conforme á quien es. Los mas atrevidos querian que se hiciese la guerra, otros que recogidas las provisiones y alzadas en lugares seguros, se entretuviesen hasta tanto que las fuerzas de los bárbaros, que tienen grande ímpetu, con la tardanza se enflaqueciesen. Gonzalo Diaz hombre principal pretendia que aun seria bien comprar de los Moros las treguas por dineros sin cuydar de la honra como suele acontecer quando prevalece el miedo, que la sabia cobardía puede mas que la honrada vergüenza: « Por ventura (dice) á tan grande exército y tan experimentado opondrémos el pequeño número de los nuestros, y locamente nos despeñarémos en tan clara perdicion? ¿No miras que en el suceso y trance de una batalla consiste el peligro de toda la Christiandad, pues en tu tierra se hace la guerra? Si venciéremos, el provecho será poco; si fuéremos vencidos, será forzoso que la provincia desnuda de fuerzas y vencida del miedo venga (lo que Dios no quiera) en poder de los enemigos. Mira no sea perder en un punto y en un momento las ciudades y pueblos ganados en tantos siglos, y con tanta sangre de Christianos: lo que los venideros digan no fué esfuerzo, sino locura: como ordinariamente los consejos atrevidos tienen la fama segun lo que dellos resulta, y conforme á sus remates se juzga dellos. Considera otrosí que muchas veces es de mayor esfuerzo refrenar el ánimo con la razon, que con las armas vencer á los enemigos. En esto tiene gran parte la fortuna, el recato es oficio muy propio de grandes varones. ¿Y qué cosa puede ser mas temeraria, que por un vano deseo de alabanza y honra poner en cierto y grave peligro las cosas sagradas, la patria, las mugeres y hijos, y toda la Religion? Tú haz lo que juzgares ser mejor, que tambien yo no rehusaré de ponerme á qualquier trance por tu mandado; pero de mi parecer nunca con tan grande peligro y riesgo de todo te pondrás, Señor, al trance de la batalla. » El Conde no ignoraba que el parecer de Gonzalo Diaz era de otros muchos que hablaban por la boca de uno; pero prevaleció el de-

seo de la honra y reputacion. Así, como razonase largamente de las fuerzas de los suyos, de la ayuda divina, de la gloria ganada, que tenia por mas grave que la muerte, amancillarla con alguna muestra de cobardía; y los demas quien de verdad, quien fingidamente alabasen su paracer y se conformasen con él, hechos sus votos y plegarias, movieron contra el enemigo, que tenia sus reales cerca de la villa de Lara. No vinieron luego á las manos: el Conde cierto dia salió por su recreacion á caza, y en seguimiento de un jabalí se apartó de la gente que le acompañaba. En el monte cerca de allí una ermita de obra antigua se via cubierta de yedra, y un altar con nombre del Apóstol San Pedro. Un hombre santo llamado Pelagio ó Pelayo con dos compañeros, deseoso de vida sosegada, habia escogido aquel lugar para su morada. La subida era agria, el camino estrecho, la fiera acosada como á sagrado se recogió á la ermita. El Conde movido de la devocion del lugar no la quiso herir; y puesto de rodillas pedia con gran humildad el ayuda de Dios. Vino luego Pelayo, hizo su mesura al Conde, él por ser ya tarde hizo allí noche, y cenado que hobo lo poco que le dieron, la pasó en oracion y lágrimas. Con el sol le avisó Pelayo su huésped del suceso de la guerra: que saldria con la victoria, y en señal desto antes de la pelea se veria un estraño caso. Volvió con tanto alegre á los suyos que estaban cuydadosos de su salud: declaró todo lo que pasaba. Encendiéronse los ánimos de los soldados á la pelea, que estaban atemorizados. Ordenaron sus haces para pelear: al punto que querian acometer, un caballero, que algunos llaman Pero Gonzalez de la Puente de Fitero, dió de espuelas al caballo para adelantarse. Abrióse la tierra y tragóle sin que pareciese mas. Alborotóse la gente espantada de aquel milagro. Avisóles el Conde que aquella era la señal de la victoria que le diera el ermitaño; que si la tierra no los sufria, menos los sufririan los contrarios: con estas palabras volvieron todos en sí. Dióse luego la batalla de poder á poder, en que por pequeño número de Christianos fué destrozada aquella gran muchedumbre de enemigos. El general con los que pudieron escapar, salió huyendo de la matanza. Con esta victoria las cosas de los Christianos que estaban para caer, se repararon. Los nuestros alegres y cargados de despojos de Moros se volvieron á

sus casas. Dióse parte de la presa al santo varon Pelayo, y con el tiempo á costa del Conde se edificó de los despojos de la guerra un magnífico monasterio á la ribera del rio Arlanza con advocacion de San Pedro, en que fueron puestos los huesos de Don Gonzalo padre del Conde. En nuestra edad se muestra la ermita de Pelayo en una peña que está cerca de aquel monasterio. El cuerpo de San Vicente Mártyr, menos solamente la cabeza, y los de las Santas Sabina y Christeta sus hermanas dicen los monges de San Benito de aquel monasterio de San Pedro de Arlanza que los tienen allí, otros que están en otras partes. Un sepulcro sin duda se muestra en aquel lugar de García abad que fué antiguamente de aquel convento, que ponen en el número de los santos. Los Moros sin perder en alguna manera el ánimo por aquel destrozo y desman trataban de acometer á Castilla, y por otra parte el Rey Don Ordoño despues de la entrada que hizo en la Lusitania, encendido todavía en deseo de vengarse del Conde, se aparejaba para le hacer cruel guerra. Hallábanse las cosas en gran peligro: el ánimo del Rey Don Ordoño como de Príncipe modesto fácilmente se amansó con una embaxada del Conde en que le pedia perdon con toda humildad, que no por su voluntad le habia errado, sino antes por engaño de aquellos que usaran mal de su facilidad: que estaba aparejado por hacer lo que le mandase y recompensar con nuevos servicios la ofensa pasada. Avisóle otrosí que grandes gentes de Moros se aparejaban para daño de Christianos: no era justo antepusiese sus particulares afectos y dolor á la causa comun del nombre y Religion Christiana. Con esta embaxada no solo el Rey se aplacó, sino le envió tanta gente de socorro quanta era menester para rebatir la furia de los Moros, que eran llegados á Santistevan de Gormaz haciendo mal y daño. Diéronse vista los campos, y tras esto la batalla que fué herida y brava. La victoria quedó por los nuestros el estrago de los bárbaros fué grande. El Rey Don Ordoño con la nueva alegre de tan grande victoria, y lleno de nuevas esperanzas, se aparejaba para hacer otra vez guerra á los Moros, quando en Zamora murió de su enfermedad el año de novecientos y cinqüenta y cinco. Su cuerpo fué sepultado con reales exêquias y aparato en Leon en S. Salvador do estaba enterrado su padre.

Capitulo VII.

De Don Sancho el Gordo Rey de Leon.

En vida del Rey Don Ordoño no se sabe en qué parte haya estado Don Sancho su hermano, y si tuviese alguna mano en el gobierno del reyno; ni aun hay noticia si los dos hermanos hicieron amistad entre sí, ó si duró siempre la enemiga que al principio tuvieron. El vergonzoso descuydo de los coronistas destos tiempos fuerza á que la historia muchas veces vaya sin claridad; concuerdan empero que despues de la muerte de Don Ordoño Don Sancho sin contradiccion fué hecho Rey de Leon. Tuvo sobrenombre de Gordo porque lo era en demasía, y por la misma razon de cuerpo inútil para el trabaxo. Verdad es que tuvo muy buen natural y admirable Constancia en las adversidades, no nada malicioso, antes muy noble en sus cosas y condicion. El segundo año de su reynado que se contó de Christo novecientos y cinqüenta y seis, por alterarse el exército á causa de las parcialidades que aun no sosegaban de todo punto, fué forzado á recogerse y hacer recurso á su tio el Rey de Navarra y desamparar el reyno por dudar de las voluntades de los amigos, y estar contra él declarados muchos enemigos, que se inclinaban en favor de Don Ordoño hijo del Rey Don Alonso llamado el Monge; el qual con la ida de Don Sancho su competidor se apoderó fácilmente de todo, y para tener mas autoridad casó con Doña Urraca repudiada del Rey Don Ordoño su primo: casamiento en que vino el Conde padre della. Era este Don Ordoño de malo y perverso natural, tanto que le llamaron el Malo, y como soltase las riendas á sus inclinaciones malas (cosa siempre muy perjudicial á los que tienen gran poder y mando) cayó en odio de la gente y por el odio en menosprecio. No dexaba Don Sancho de advertir la ocasion que se presentaba por este respeto para recobrar el reyno, sino que primero para adelgazar el cuerpo por consejo del Rey de Navarra su tio fué á Córdoba, do se decia por la fama habia grandes médicos, en particular á propósito para curar aquella enfermedad. Abderrahman

le rebibió benignamente: pusose en cura, y por virtud de cierta yerba cuyo nombre no se refiere, deshecha la gordura quedó el cuerpo en un medio conveniente. Para que el beneficio fuese mas colmado, le dió á la partida buenas ayudas de Moros, para que recobrase su reyno. Era al Rey bárbaro cosa muy honrosa que se entendiese tenia en su mano la paz y la guerra, hacer y deshacer Reyes. Venido Don Sancho, su contrario Don Ordoño sin tratar de defenderse se fué á las Asturias: tan grande era el temor que le vino repentinamente. De allí con la misma desconfianza pasó á las tierras del Conde su suegro. A los miserables todos los desamparan, y las piedras se levantan contra el que huye. Donde pensaba hallar refúgio, allí quitándole la muger por su cobardía, fué desechado. Recogióse á los Moros, en cuya tierra pasó su triste vida pobre y desterrado, y últimamente falleció cerca de Córdoba. En el mismo tiempo las armas de Castilla se alteraron con guerras domésticas. Don Vela, uno de los nietos y descendientes del otro Vela que diximos tuvo el señorío de Alava, allí y en la parte comarcana de Castilla tenia grande jurisdiccion. Este feroz por la edad, y confiado por los parientes, riquezas y aliados que tenia muchos, tomó las armas contra el conde Fernan Gonzalez. El Conde no sufria ninguna demasía, acudió asi mismo á las armas. Venció á Vela y á sus aliados y consortes, y siguiólos por todas partes sin dexallos reposar en ninguna hasta tanto que los puso en necesidad de hacer recurso á los Moros, dexada la patria; que fué ocasion de grandes movimientos y desgracias. El Alhagib Almanzor ó á ruegos y persuasion destos foragidos, ó con deseo de satisfacerse de la afrenta pasada, juntado que tuvo un grueso exército, entró por tierras de Castilla, espantoso y airado contra los nuestros. El Conde con los suyos le salió al encuentro; pero primero que se viese con los enemigos, con deseo de visitar á Pelayo su huésped de camino pasó por su ermita: halló que era ya muerto. Aquexado con el cuydado de lo que le sucederia, entre sueños le apareció Pelayo, y le certificó que seria vencedor, confiado por ende en la ayuda de Dios fuese á la guerra sin recelo, y en pudiendo diese á los Moros la batalla. La pelea se trabó cerca de Piedrahita con tan grande denuedo y porfía de las partes quanto nunca antes mayor: los bárbaros

confiaban en su muchedumbre, los nuestros en la justicia, esfuerzo y buen talante de la gente, sobre todo en la ayuda de Dios, dado que eran pocos para tan grande morisma, conviene á saber quatrocientos y cinqüenta de á caballo, quince mil infantes, pero muy valientes en el pelear y arriscados. Dicen que duró la pelea por espacio de tres dias sin cesar hasta que cerraba la noche, lo que era menester para reposar. El dia postrero el Apóstol Santiago fué visto entre las haces dar la victoria á los fieles. De los enemigos en la pelea y huida perecieron mayor número que jamás: por espacio de dos dias siguieron los nuestros el alcance y executaron la victoria en los que huian. Acabada esta guerra, vinieron de toda Castilla embaxadores los principales de las ciudades, eso mismo de las otras naciones á dar el parabien al Conde por beneficio tan señalado, confesando que por su esfuerzo los Christianos eran librados de presente de un grave peligro, y para adelante de no menos miedo. En particular Don Sancho Rey de Leon con una muy noble embaxada que le envió; despues de alegrarse con él le pedia que por quanto trataba de juntar córtes de todo su reyno para consultar cosas muy graves, no se escusase de venir á Leon y hallarse en ellas. Fué esta demanda pesada al Conde por temer asechanzas en aquella muestra de amistad, y que con color de las córtes no fuese engañado de aquel Rey astuto, ca sospechaba no debia estar olvidado de las diferencias pasadas; mas no se ofrecia alguna bastante causa para rehusar lo que le era mandado. Prometió de ir allá, y cumpliólo el dia señalado acompañado de gran número de sus grandes. Supo el Rey su venida, y para mas honralle le salió á recebir. Tuviéronse estas córtes el año novecientos y cinqüenta y ocho, en las quales no se sabe qué cosas se tratasen. Solo refieren que el Conde vendió al Rey por gran precio un caballo y un azor de grande excelencia, por no querer recebillos de gracia como se los ofrecia; y que se puso una condicion en la venta que caso que no se pagase el dinero el dia señalado, por cada dia que pasase, se doblase la paga. Demas desto por astucia de la Reyna viuda Doña Teresa que deseaba vengar la muerte de su padre, se concertó que Doña Sancha su hermana casase con el Conde; la qual estaba en poder de Don García hermano de las dos Rey de Navarra: era ya Doña Urraca

muerta, la primera muger del Conde. Entendia que por fuerza no aprovecharía nada, y el Rey Don Sancho no queria abiertamente faltar en su fe: determinaron de poner asechanzas al Conde y usar en lugar de armas de la deslealtad de los Navarros. No sabia estos meneos y tramas el Rey Garci Sanchez; y asi con deseo de vengar las injurias pasadas no cesaba de hacer cabalgadas, talar y maltratar las tierras de Castilla. El Conde vuelto á su tierra, le amonestó por sus embaxadores hiciese emienda de los daños hechos; que de otra guisa no podria escusarse de mirar por los suyos y satisfacelles sus agravios. Con esta embaxada parece se abria la guerra: de lance en lance vinieron á las armas. Juntaron sus huestes: dióse en breve la batalla, en que el Conde salió vencedor. En esta guerra Lope Diaz señor de Vizcaya, como cuentan las historias de aquella gente, ayudó al Conde en esta jornada. Dicen fué hijo de Iñigo Ezquerra, biznieto de Zuria que fué antiguamente señor de Vizcaya. Despues desta victoria hechas las paces, el conde Fernan Gonzalez conforme á lo que se capituló, fué á Navarra con acompañamiento de gente desarmada como para bodas y fiestas. La cosa daba muestra de alegría y seguridad mas que de miedo: con todo eso fué preso por el Rey desleal, que se halló en el lugar aplazado con gente y con armas. Desta prision fué librado por astucia de Doña Sancha por cuyo amor cayera en aquel trabaxo, y con ella huyó á su tierra. Encontraron con él los soldados Castellanos en la frontera de Castilla y en aquella parte de la Rioja do despues se edificó el pueblo de Villorado, que iban juramentados de no volver á sus casas antes que el Conde recobrase su libertad. Fueron grandes las muestras de alegría y regocijo de ambas las partes, del Conde y de sus buenos vasallos. Llegados á Burgos, se celebraron las bodas. El Rey de Navarra, engañado por la astucia de su hermana, se apercebia para la guerra. El Conde no rehusó la batalla, que se dió á las fronteras de Castilla y de Navarra. Fué el Rey vencido, y vino en poder de su enemigo el año novecientos y cinqüenta y nueve. El mismo año que fué el de los Arabes trecientos y cinqüenta, Abderrahman Rey de Córdoba murió siendo muy viejo: poco antes que muriese le envió una magnífica embaxada el Rey Don Sancho de Leon. El principal de los embaxadores, que era Velas-

co obispo de Leon, le pidió por el derecho de la amistad que antes tenian asentada entre los dos, le enviase el cuerpo del Mártyr Pelagio, que lo tendria por singular beneficio. Abderrahman no quiso venir en lo que se le pedia, pero no mucho despues lo concedió Alhaca su hijo y sucesor, el qual por la muerte de su padre reynó diez y siete años y dos meses; y con deseo de la paz á que era inclinado, pretendia hacer placer y cortesía á los Príncipes comarcanos. Don García Rey de Navarra despues que estuvo preso en Burgos trece meses, fué restituido en su libertad. Las lágrimas de Doña Sancha, y los ruegos de los otros Príncipes aplacaron el ánimo airado del Conde. La Reyna Doña Teresa, muger de ánimo feroz, por no habelle sucedido como pretendia el engaño que tenia urdido contra el conde de Castilla, se determinó armalle nuevos lazos. Persuadió á Don Sancho su hijo Rey de Leon llamase al Conde á las córtes generales del reyno con voz que queria en ellas tratar de los negocios mas graves de su estado. Fué él contra su voluntad porque sospechaba engaño. El Rey no le salió á recebir como antes, y puesto de rodillas para besar como era de costumbre su real mano, con palabras afrentosas desechándole de sí, mandó ponerle en prision. Por esta causa gran tristeza y lloro entró en los ánimos de los buenos vasallos del Conde. Doña Sancha hembra varonil, y de ingenio astuto, con deseo de librar á su marido se aprovechó desta maña. Finge que quiere ir en romería á Santiago: era el camino por Leon donde tenian el Conde preso: el Rey avisado de su venida, como á tan noble dueña y tia suya, le salió á recebir y la hospedó amorosamente. Ella con grandes ruegos pidió licencia para visitar á su marido: no podia ser cosa mas honesta ni mas justa que el deseo que mostraba de consolarle. Permitió el Rey que aquella noche se quedase con él: á la mañana antes que fuese bien claro, el Conde vestido de las ropas de su muger como si ella fuera salió de la cárcel, y en un caballo que para esto tenian aprestado, se fué á su tierra. Doña Sancha desde la cárcel en que se quedó en vez de su marido, avisó al Rey como el Conde era huido: que perdonase á ella como á persona de sangre real y deuda suya: que no era justo rehusar algun peligro por causa de su marido y por salvalle: lo que por esta causa habia hecho, era digno si no de loa, á lo me-

nos de perdon: que la principal virtud de los Reyes consiste en levantar á los miserables y caidos. El Rey dolióse al principio del engaño, despues sosegada la saña con la razon, alabó la piedad y el valor de aquella señora, su astucia y la constancia de su ánimo: en conclusion honrándola con muchas palabras, mandó fuese llevada á su marido con grande acompañamiento. El Conde alegre por lo sucedido, dado que pudiera romper la guerra contra aquel Rey como contra enemigo contentóse con pedirle lo que por el caballo y el azor se le debia. Habia crecido grandemente la deuda por la dilacion. Como no le pagasen, talaba los campos de los Leoneses sin desistir de hacer mal y daño hasta tanto que el Rey envió sus contadores para hacer la paga enteramente. Llegados á cuenta, hallaron que no bastaban los tesoros reales para pagar. Concertóse que en recompensa de la deuda Castilla quedase libre sin reconocer adelante vasallage á los Reyes de Leon. Este asiento dicen que se tomó año de nuestra salvacion de novecientos y sesenta y cinco. En el mismo año un grueso exército de Moros rompió por el reyno y puso cerco á Leon: mas fueron por el esfuerzo de la guarnicion y ciudadanos rechazados con grave daño. Del Océano grandes llamas, causadas á lo que se entiende de algun aspecto malino de las estrellas, se derramaron sobre las tierras cercanas, y hasta Zamora (tanto cundieron) abrasaron muchos pueblos y campos: anuncio de mayores males, segun que el pueblo lo pronosticaba. Don Garci Sanchez Rey de Navarra falleció el año siguiente de novecientos y sesenta y seis, dexó de su muger Doña Teresa á Don Sancho y Don Ramiro, asimismo tres hijas, á Doña Urraca, Doña Ermenesilda y Doña Teresa. En qué parte haya sido enterrado, no se sabe: algunos sospechan que en el monasterio de San Salvador de Leyre. El Chronicon Alveldense dice que en el castillo de Santistevan; lo qual tengo por mas cierto. El reyno se dió á Don Sancho García hijo del difunto, y junto con él á Don Ramiro su hermano; si dividido, ó como á compañeros y de igual poder, no se declara; lo que se averigua por el dicho Chronicon Alveldense (que se escribió por este mismo tiempo) es que reynó Don Ramiro mas de diez años: no parece fué casado, por lo menos que murió sin sucesion hay grandes congeturas, certidumbre ninguna. Don Sancho

que se intitulaba, como se vee por los privilegios antiguos, Rey de Pamplona, Nájara y Alava, tuvo el reyno veinte y siete años, sin saberse dél otra cosa digna de memoria por descuydo de los escritores de aquel tiempo. Solo consta que añadió á su reyno el señorío de Vizcaya, y á Nájara que en aquel tiempo era la ciudad principal y silla de aquel estado. Da muestra que fué amigo de aumentar el culto divino, la grande liberalidad con que dió diversos campos y pueblos al monasterio de San Salvador de Leyre, al de San Millan en Nájara, y al de San Juan de la Peña. Su muger se llamó Doña Urraca, de quien tuvo á Don Garci Sanchez su hijo llamado Trémulo, porque solia al principio de la pelea temblar mas que parece sufria el grande exercicio que tenia de las armas y la dignidad Real, vicio y falta de su natural, que solia recompensar con notables hazañas; luego que entraba en la pelea y en calor, cumplia con lo que debia á buen soldado y prudente capitan. En Galicia hobo nuevos bullicios por estar aquella provincia dividida en parcialidades muy fuera de sazon pues tenian tanto que hacer en la guerra de Moros. La causa destos alborotos no se refiere, solo dicen que por diligencia del Rey fueron en breve sosegados estos movimientos: castigó algunos de los alborotados, otros fueron echados y desterrados á aquella parte de la Lusitania que estaba en poder del Rey, como á frontera. Tenia el gobierno de aquella tierra un cierto Conde llamado Gonzalo, hombre mal intencionado. Este en defensa de los desterrados, por ser de su parcialidad, tomó las armas contra el Rey, y llegó con ellas hasta la ribera del Duero: allí desconfiado de las fuerzas acordó valerse de engaño; alcanzó perdon de lo hecho por ruegos muy grandes. Habia sido muy familiar del Rey en otro tiempo: recibióle en el mismo lugar y grado que antes; con que tuvo comodidad de dar al Rey una manzana emponzoñada con yerbas mortales: la fuerza del veneno luego que la comió, se derramó por las venas y comenzó á apoderarse de las partes vitales. Mandóse llevar á Leon, pero desahuciado de los médicos rindió el alma antes de llegar, cerca de aquella ciudad, tres dias despues que le emponzoñaron el año de novecientos y sesenta y siete. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Salvador de Leon. Reynó por espacio de doce años.

Capítulo VIII.

De Don Ramiro el Tercero Rey de Leon.

Averiguado es que el Rey Don Sancho casó con Doña Teresa: asimismo que Don Ramiro era de cinco años quando su padre murió. Tuvo el reyno por espacio de quince años, pero por su tierna edad el gobierno estuvo en poder de la Reyna su madre y de Doña Elvira su tia que otros llaman Geloyra, hembras muy señaladas y de singular prudencia, si bien por ser el Rey pequeño y ellas mugeres se levantaron grandes alteraciones. El sucesor de Ermigildo prelado de Compostella, que se llamaba Sisnando, y era hijo del conde Menendo, porque confiado en su nobleza gastaba torpemente las rentas eclesiásticas y la hacienda, el Rey Don Sancho le removió y puso en prision, eligiendo en su lugar á Rodesindo, que fué primero obispo Dumiense, y despues monge de San Benito en el monasterio de Celanova. Era de sangre Real, y hijo del conde Gutierre Arias y de Aldara su muger. Sisnando por la muerte del Rey Don Sancho fué puesto en libertad, y salido que hobo de la cárcel, se apoderó por este tiempo de la iglesia Compostellana, y forzó á su sucesor por miedo de la muerte á que renunciase y se volviese á su monasterio, en que pasó lo mas de su edad muy contento de verse libre. Allí acabó santísimamente; y en diversas partes celebran su fiesta á primero de marzo, que es el dia que falleció año de novecientos y setenta y seis. Tenian los de Leon puesta amistad con el Rey de Córdoba, y de nuevo se confirmó, por causa que el Rey de Córdoba Alhaca en gracia del nuevo Rey Don Ramiro le concedió el cuerpo del Mártyr Pelagio. Pusiéronle en el monasterio que á sus expensas en Leon edificara el Rey Don Sancho, y deseaba aumentar la devocion de aquella iglesia con las sagradas reliquias deste Mártyr. Este monasterio se llamó antiguamente de San Juan Bautista, despues de San Pelagio ó Pelayo, al presente tiene la advocacion de S. Isidoro. La causa de mudar los apellidos fué la translacion que á él en diversos tiempos se hizo de los cuerpos de aquellos dos Santos. Alteróse la paz y avenencia con

esta ocasion : á persuasion de Don Vela el qual diximos haber huido á Córdoba y por su importunidad los Moros deseaban hacer guerra contra el Conde de Castilla, y satisfacerse de tantos agravios como dél tenian recebidos. El Rey Albaca dado que era mas inclinado á la paz que á la guerra , movido por la instancia que en esta razon le hicieron los suyos, con un grueso exército que juntó, rompió por las tierras de Castilla : apoderóse de Sepúlveda, Gormaz, Simancas y Dueñas; y animado con el buen suceso, menospreciada la confederacion que tenia con el Rey de Leon , se metió y rompió por su reyno : tomó en aquellas partes por fuerza á Zamora y la echó por tierra. La molestia que el conde Fernan Gonzalez recibió destas cosas, le acarreó su fin el año siguiente, que se contó de nuestra salvacion novecientos y sesenta y ocho. Falleció en Burgos, fué sepultado á la ribera de Arlanza. En aquel monasterio de San Pedro junto al altar mayor se veen las sepulturas dél y de su muger Doña Sancha con sus letreros que declaran cuyos son. Las exéquias fueron célebres no mas por el aparato, quebranto y lutos de los suyos, que por las lágrimas de toda la provincia, que lloraba la muerte de tan bueno y tan fuerte príncipe, por cuyo esfuerzo las cosas de los Christianos se conservaron por tanto tiempo. Tuvo de dos mugeres estos hijos : Gonzalo, Sancho, Garci Fernandez, otros añaden á Pedro y á Balduino. Lo que consta es que Garci Fernandez sucedió á su padre por ser los demas muertos en tierna edad, ó si eran vivos , le antepusieron en la sucesion á causa de su buen natural y principios que mostraba de grandes virtudes, que en breve se aumentaron y dieron colmado fruto. Dexó asimismo una hija llamada Doña Urraca, de quien poco antes diversas veces se ha hecho mencion. Por el mismo tiempo los Normandos, que tenian hecho su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, ahora Normandía, y por diligencia de Erveo obispo de Rems algunos años antes deste se hicieron Christianos, como estuviesen acostumbrados á robar las riberas de España, juntaron este año una gruesa armada con que maltrataron las tierras de Galicia, quemaron aldeas, castillos y lugares, cautivaron muchos hombres, robaron asimismo todo lo que hallaban: duró dos años esta plaga. El Rey por su tierna edad no podia acudir á la defensa. Sisnan-

do prelado de Compostella, hombre mas para soldado que para obispo, juntado que hubo un número de los naturales, en un rebate que dió al enemigo cerca de un pueblo llamado Fornellos fué muerto con una saeta que le tiraron: sucedió esto á veinte y nueve de marzo año novecientos y setenta y nueve: el fin fué conforme á la vida. Lo que con razon se puede en él alabar, es que procuró diligentemente de cercar á Santiago de murallas á propósito de poner en defensa aquel tan santo lugar, que no le pudiesen forzar los enemigos. El conde Gonzalo Sanchez nombrado por capitan para aquella guerra se gobernó mejor. Acometió de sobresalto cerca de la mar á los Normandos, que cargados de despojos marchaban sin órden y sin recelo, y hizo en ellos gran matanza. Pereció en la refriega el mismo general de aquella gente llamado Gunderedo: quitóles la presa y los cautivos, las naves otrosí sin faltar una les fueron unas tomadas, quemadas otras, con que quedó libre España de gran peligro y cuydado. En Córdoba por el mismo tiempo falleció el Rey Alhaca el año de novecientos y setenta y seis, de los Arabes trecientos y sesenta y seis. Este año el Moro Rasis envió sus comentarios que escribió en arábigo de las cosas de España, á Balharab Miramamolin de Africa, á cuya persuasion y por cuyo mandado los compuso. Dexó Alhaca ocho hijos, todos de pequeña edad y muy niños. Los Moros no se concertaban en el que debia suceder: remitiéronse al Miramamolin de Africa, por cuyo órden Hissem fué antepuesto á sus hermanos, aunque no tenia mas que diez años y quatro meses. Reynó treinta años y quatro meses solo de nombre, porque el gobierno y poder tenia Mahomad hombre sagaz que se llamó Alhagib, que quiere decir virey, por voluntad de los grandes, y tenia mano en todo. El mismo despues se llamó Almanzor, que quiere decir vencedor, por las muchas victorias que ganó de los enemigos. De aquí nacieron entre aquella gente alteraciones civiles, como es ordinario quando el Rey pasa la vida en ociosidad, en deleytes y deportes, y reynan otros en su nombre: ademas que con la abundancia de España, templanza del cielo, blandura de los naturales ya la ferocidad de los ánimos con que aquella gente vino á España, se habia menguado y quitado mucho de las fuerzas del cuerpo. No pararon estas discordias hasta que Hissem fué

despojado del reyno paterno. El estado de nuestras cosas no era mejor á causa que por haberse el Rey criado en regalo y entre mugeres tenia las costumbres estragadas, y en el ánimo poco valor. Demas desto la Reyna Doña Urraca, con quien el Rey Don Ramiro casó el año novecientos y ochenta y uno, estaba apoderada de su marido. Menospreciaba los consejos de su madre, y de su tia Doña Elvira, vírgen consagrada á Dios, por cuyo respeto algun tanto al principio se solia enfrenar. Daba audiencia de mala gana, las respuestas ásperas: con esto irritó los nobles de Galicia, hombres de feroz natural. Destos principios cayó en menosprecio de los suyos; y se dió ocasion á los revoltosos de alterar el reyno. Los primeros que se alteraron fueron los Gallegos como los mas desabridos. Don Bermudo primo del Rey, y hijo del Rey Don Ordoño Tercero deste nombre, se hizo capitan y cabeza de los alterados con esperanza de recobrar por las armas el reyno de su padre, que pretendia le quitaran á gran tuerto. El Rey Don Ramiro por este peligro al cabo despierto del sueño acudió á la necesidad. Hízose la guerra dos años con diferentes sucesos y trances. Estaban divididas las voluntades del reyno entre los dos. Ultimamente se dió la batalla cerca de un lugar llamado Portela Arenaria no lexos de Monterroso: murieron muchos de ambas partes sin que la victoria se declarase. Despues desta batalla de tal manera se dexaron las armas, que Galicia quedó por Don Bermudo, que puso en Compostella el asiento y silla de su nuevo reyno. Fué hecho obispo de aquella ciudad por voluntad de Don Bermudo Pelayo obispo que era de Lugo, hijo del conde Rodrigo, hombre de malas costumbres, por donde adelante le quitaron el obispado, y pusieron en su lugar á Pedro Mansorio monge y abad de conocida virtud. En tiempo deste buen prelado volvieron á la iglesia Compostellana todas las cosas y heredades que por las revueltas de los tiempos pasados le quitaron. El Conde Don Rodrigo con deseo de restituir á su hijo en aquella dignidad llamó los Moros en su ayuda. Miserable era el estado de las cosas, y grande la afrenta de la Religion Christiana. Con el ímpetu y armas de los bárbaros fué Galicia muy maltratada: la misma ciudad de Compostella fué tomada y una pared del templo de Santiago echada por tierra. No tocaron en el sepulcro del Apóstol: no se sabe la causa. Solo consta

que Santiago volvió por su silla y su templo, y castigó gravemente aquel desacato, porque con una enfermedad de cámaras que anduvo por todo el exército, pereció con muchos dolores gran parte de aquella morisma. El mismo Almanzor como preguntase la causa de tan grande estrago, y cierto hombre le respondiese que uno de los discípulos del Hijo de María tenian allí sepultado, determinó dexar aquella empresa. No pudo llegar á su tierra, ca murió de la misma enfermedad en Medinaceli, pueblo conocido en los Celtíberos á la raya de Aragon. Por otra parte con nuevas entradas que hicieron los Moros, ganaron muchos lugares de los nuestros, esto es, á Gormaz cerca de Osma y á Atienza : en Castilla la Vieja Simancas despues de un largo cerco fué tomada, y vencido el Rey Don Ramiro que vino á socorrer los cercados. Nunca se vió España en mayor peligro despues que comenzó á levantar cabeza : los nuestros divididos entre sí, grave daño; el Alhagib capitan de gran nombre, y que lo gobernaba todo por los Reyes de Córdoba, ardia en odio implacable del nombre Christiano. Partidos los Moros, la pared de la iglesia de Santiago se reedificó por diligencia del Rey Don Bermudo y de su prelado Pedro Mansorio; y fué el templo reconciliado con solemne ceremonia, como se acostumbra, por quedar profanado con la suciedad de la supersticion morisca. A Pedro sucedió en aquella iglesia Pelayo Diaz, de juez seglar repentinamente mudado en obispo por malas mañas y fuerza de que usó. Fué pues depuesto este prelado, porque era de costumbres insolentes y no daba orejas á nadie. En su lugar sucedió su hermano Vimara de vida semejante, que ó acaso, ó por traycion de alguno murió ahogado en el rio Miño. Eran aquellos tiempos muy estragados : las costumbres de los sacerdotes muy livianas no solo en España, sino al tanto en las otras partes del orbe Christiano; la misma Roma cabeza de la Iglesia y albergo de la santidad padecia un grave scisma. Bonifacio y Benedicto y Juan pleyteaban sobre el pontificado : cada qual tenia sus valedores y razones que en su favor alegaba. Quanta fuese la corrupcion de las costumbres de Luitphrando diácono Ticinense, que escribió como testigo lo que veia y pasaba, se puede entender. A Vimara sucedió otro del mismo linage, cuyo nombre no se refiere: algunos códices le llaman Isquaria; sospecho que la letra está erra-

da. Este como no fuese nada mejor que sus dos parientes, por mandado del Rey fué preso. Volvamos á Don Ramiro que pasaba en ociosidad y descuydo toda la vida: gran perjuicio en los principes, cuyo oficio principal es por sí mismos acudir á las armas; en este estado le tomó la muerte; falleció en Leon el año novecientos y ochenta y dos. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de Destriana, que (como se dixo arriba) le edificó el Rey Don Ramiro su abuelo en el valle Ornense con advocacion y en nombre de San Miguel. De allí por mandado del Rey Don Fernando Segundo deste nombre, como docientos años adelante, le trasladaron á la iglesia mayor de Astorga. Sampyro obispo de Astorga, de quien hemos tomado muchas cosas en lo pasado, hizo fin á su escritura y historia en este lugar. Pasa adelante Pelagio obispo de Oviedo, que vivió en tiempo de Don Alonso el Emperador. El crédito de entrambos por haberse hallado en muchas de las cosas que cuentan, es grande, aunque el de Sampyro se tiene por mayor, y el mismo por autor mas grave.

Capítulo IX.

De Don Bermudo el Gotoso Rey de Leon.

Por la muerte de Don Ramiro la sucesion tornó y recayó en Don Bermudo Segundo deste nombre, así por derecho de consangüinidad, que era primo hermano del Rey muerto, como por estar por fuerza apoderado de parte del reyno. Tuvo el reyno diez y siete años, fué enfermo y sugeto á la gota, por la qual causa fué llamado el Gotoso. Confirmó con nuevo edicto que publicó, las leyes antiguas de los Godos, y mandó que los Cánones de los Pontífices Romanos tuviesen vigor y fuerza en los juicios y pleytos seglares; que fué una ordenacion santísima. Pero antes de comenzar las cosas deste Rey conviene tratar de Garci Fernandez Conde de Castilla, del qual consta que al principio que tomó el gobierno, peleó con los Moros cerca de Santistevan de Gormaz, á la ribera del rio Duero. Murió gran número de Moros, los demas se salvaron por los pies. Aconteció en aquella batalla una cosa digna de memoria. Fer-

nan Antolinez, hombre noble y muy devoto, oía misa al tiempo que se dió señal de acometer, costumbre ordinaria suya antes de la pelea: por no dexarla comenzada se quedó en el templo quando se tocó al arma; esta piedad quan agradable fuese á Dios, se entendió por un milagro. Estábase primero en la iglesia, despues escondido en su casa temia no le afrentasen como á cobarde. En tanto otro á él semejante, es á saber su ángel bueno, peleaba entre los primeros tan valientemente, que la victoria de aquel dia se atribuyó en gran parte al valor del dicho Antolinez. Confirmaron el milagro las señales de los golpes y las manchas de la sangre que se hallaron frescas en sus armas y caballo: así publicado el caso, y sabido lo que pasaba, quedó mas conocida la inocencia y esfuerzo de Antolinez. El conde Garci Fernandez, despues desta guerra y jornada se dice casó con dos mugeres: la una se llamó Argentina, de cuya apostura se enamoró al tiempo que su padre, hombre noble y francés de nacion, la traia en romería juntamente con su madre á Santiago. Seis años despues estando el Conde su marido enfermo en la cama, ó por aborrecimiento que le tenia, ó con deseo de la patria se volvió á Francia con cierto francés que tornaba de la misma romería; así lo dicen nuestras historias. El Conde recobrada la salud, y dexando en el gobierno de su estado á Egidio y á Fernando hombres principales, en trage disfrazado se fué á aquella parte de Francia donde entendia que Argentina moraba. Tenia Argentina una antenada llamada Sancha, que como suele acontecer estaba mal con su madrastra. Esta con esperanza que le dieron de casar con el Conde, ó por liviandad como muger le dió entrada en la casa. Mató el Conde en la cama á Argentina y al adúltero, y con tanto llevó á la dicha Sancha consigo á España: hiciéronse las bodas de los dos con grande aparato y regocijo en Burgos. Muchos tienen todo esto por falso, y afirman que la muger deste Conde se llamó Oña, movidos por el monasterio de San Salvador de Oña, que dicen el Conde Garci Fernandez edificó en Castilla del nombre de su muger: otros afirman que se llamó Abba, como lo muestran los letreros antiguos de los sepulcros destos condes, que hay en Arlanza y en Cardeña: ¿la verdad quién la averiguará? mas podemos sin duda maravillarnos de tanta variedad que determinar lo que se debe seguir.

No tiene mejor fundamento lo que se dice, que en una entrada que hicieron los Moros en el tiempo que el Conde se ausentó, llegaron hasta Burgos y destruyeron el monasterio de San Pedro de Cardeña con muerte de los monges: otros dicen que esto sucedió cien años antes deste tiempo, si por ventura no se padeció este daño dos veces. En la Rioja, y en un pueblo llamado Bosca, Nunilon y Alodia hermanas fueron muertas por la Fé. Sus cuerpos dicen algunos que fueron llevados á Boloña ciudad de Lombardía, otros lo contradicen como queda arriba dicho. Demás desto Victor natural del lugar de Cereso tierra de Burgos, y Eurosia vírgen padecieron por la misma causa. El cuerpo de Eurosia está en la ciudad de Jaca: el sepulcro de San Víctor en el lugar de Villorado es honrado con fiesta que cada año le hacen. Los bárbaros en este tiempo no solo con los hombres parecia que traian guerra, sino que peleaban asimismo con el cielo y con la santidad Christiana. No faltaron hombres y mugeres de ánimos excelentes y grandes que se ofreciesen á la pelea por la Religion de sus padres, y con su sangre diesen excelente testimonio de la verdad de la Fé de Ghristo. Dios asimismo á veces castigaba severísimamente la crueldad y arrogancia de aquella gente fiera: ordinariamente con la impiedad se acompañaba la severidad en la venganza para espantar á los malos y animar á los buenos como por el mismo tiempo aconteció á Alcorrexi Rey de Sevilla. En tiempo del Rey Don Bermudo con una entrada que hizo por la parte de Lusitania en Galicia forzó y destruyó la ciudad de Compostella, que es la mas principal de aquella tierra, venerable por la santidad del lugar y su devocion. Este impío atrevimiento fué luego castigado por Dios, porque una peste repentinamente se levantó y estendió por los Moros de manera tal que consumió todo el exército: muy pocos volvieron salvos á sus tierras para ser pregoneros de la divina venganza y verdaderos testigos del estrago miserable. Pasado este peligro, hobo en España nuevos trabaxos, tanto que ningunos mayores despues que ella comenzó á volver en sí. La causa destos males fué la discordia obstinada de los dos Príncipes, el Rey Don Bermudo y el conde Don García, que fuera mas justo se acordaran en ayudar á la república. Gobernaba en Córdoba las cosas de los Moros á su voluntad en nombre del

Rey Hissem el Alhagib Mahomad, capitan de gran nombre, de singular prudencia en guerra y en paz. Tenia este Moro gran deseo de destruir los Christianos: llevaba muy mal que su imperio en España se dilatase, y que se envejeciesen las fuerzas de los Moros, y su nacion se menoscabase, su crédito y sus fuerzas. Ponia leña al fuego y atizábale Don Vela aquel de quien se dixo que en tiempo del conde Fernan Gonzalez se huyó á tierra de Moros. No tenia algun respeto á la Religion de sus padres por deseo de su provecho particular y de vengarse. Juntadas pues las gentes de los Moros, con un esquadron de Christianos que acompañaban á Don Vela, acometió las tierras de Christianos, y pasado el rio Duero, que por largo tiempo fué frontera entre las dos naciones (de que se dixo aquella parte Estremadura, apellido que adelante se trasladó y transfirió á otra comarca, si bien está lexos del rio Duero, del qual al principio se forjó el nombre de Estremadura) asentó sus reales á la ribera del rio Astura ó Estola que pasa por Leon. El Rey Don Bermudo dado que en fuerzas era mas flaco, juntado arrebatadamente su exército, acometió de sobresalto á los enemigos que estaban sin centinelas, y de ninguna cosa menos cuydaban que de la venida de los nuestros, que entraron los reales enemigos. La pelea fué sin órden ni concierto á manera de rebato: muchos por estar sin armas fueron muertos; los demas Moros, como acaso cada uno se juntaba, peleaban ó delante de los reales ó entre el mismo bagage: unos huian, otros tomaban las armas, gran parte fueron heridos y muertos. En este estado y en este peligro el capitan Moro reparó el daño con su prudencia: recogió los que pudo, púsolos en otra parte en ordenanza, y con ellos cargó contra los Christianos, que no fueron bastantes á resistir en aquel trance por ser pocos en número, estar desparcidos por todos los reales y cansados con el largo trabaxo de la pelea. Finalmente en un instante se trocó la fortuna de la batalla: los que parecia haber vencido, se pusieron en huida: siguieron los bárbaros, y executaron el alcance de guisa que pocos de los nuestros sanos, gran parte mal heridos volvieron á Leon. Fuera aquella ciudad tomada por los enemigos, si no les forzara el invierno y el trabaxo del frio y de las lluvias á partirse del cerco con gran honra que ganaran en esta jornada, y cargados de despo-

jos y presa, determinados otrosí de volver á la guerra luego que el tiempo abriese y les diese lugar. El Rey Don Bermudo por el peligro que amenazaba, y por la poca fortaleza de la ciudad hizo trasladar á Oviedo las reliquias de los Santos y los cuerpos de los Reyes que allí yacian, porque no fuesen escarnecidos de los enemigos si la tomaban. El mismo se fué á aquella ciudad: el cuydado de fortificar y defender á Leon dexó encargado al conde Guillen Gonzalez. Concurrió esta batalla de Asturias con el año novecientos y ochenta y quatro, en el qual Miron obispo de Girona, hijo de Miron conde de Barcelona, falleció. Demas desto un grueso exército de Moros que andaba por aquella comarca (tan grande era el corage que tenian) vencieron en batalla cerca del castillo de Moncada á Borello primo del obispo Miron: mas de quinientos de los fieles perecieron, los demas con el conde Borello se retiraron huyendo á Barcelona. El año siguiente de novecientos ochenta y cinco fué señalado por el desastre que avino á dos principales ciudades, Leon y Barcelona. A Barcelona sitiaron los Moros primero dia de julio que fué miércoles, indiccion tercera, aquellos mismos que en batalla vencieron á Borello: tomáronla á seis de aquel mes, muchos de los ciudadanos fueron llevados á Córdoba por esclavos; mas en breve la ciudad volvió al señorío de los Christianos. Salióse Borello antes que la tomasen, para juntar gente de socorro; levantó gentes en Manresa y en los lugares comarcanos, con que formó un buen exército y con él recobró la ciudad. Murió el buen conde Borello ocho años adelante: dexó de dos mugeres llamadas Ledgardi y Aumerudi; dos hijos, que fueron Raymundo y Armengaudo; el mayor quedó con el principado de Barcelona, á Armengaudo nombró y hizo por su testamento conde de Urgel, y fué principio de la familia nobilísima en Cataluña de los Armengaudos ó Armengoles, que el tiempo adelante dió muchos y excelentes capitanes para la guerra. Por otra parte el Alhagib Mahomad juntado que hobo un grueso exército de nuevo, hecho mas insolente y feroz por lo que sucedió en la guerra pasada, volvió sobre Leon con voluntad determinada de tomarla. Casi un año estuvo aquella ciudad cercada: batian ordinariamente los muros con las máquinas y ingenios; hicieron entradas por la parte de Poniente y Mediodía. De quanto momento sea el

esfuerzo de un valeroso caudillo se echó bien de ver por lo que el conde Guillen Gonzalez que era el capitan, hizo. Por el continuo trabaxo de tantos meses quebrantadas las fuerzas, yacía en su lecho enfermo: avisáronle del peligro en que en cierto aprieto se hallaban: hízose llevar en una silla á aquella parte del muro donde era mayor el trabaxo y el combate mas recio: amonesta á los suyos que resistan con grande ánimo, que lugar de huir no quedaba, ni aun para los cobardes; por tanto con las armas defendiesen las vidas, patria, religion, libertad, mugeres y hijos: que de otra suerte ninguna esperanza les restaba por estar los enemigos irritados con tan largo trabaxo, y ellos sin acogida ninguna: muchas veces gran muchedumbre de Moros en batalla quedaron vencidos por pocos Christianos; llamasen el ayuda de los Santos, que á su tiempo sin duda no faltaria. Con estas palabras animados los soldados tres dias impidieron la entrada á los enemigos: estos pasados, como el capitan viese entrada la ciudad y que él con pocos no podia resistir, no olvidado de su esfuerzo pasado y de lo que debia á buen Christiano, se metió en lo mas recio de la pelea y murió con las armas en la mano. Los bárbaros irritados por la muerte de los suyos, y largura de aquel cerco, sin tener cuenta ni hacer diferencia entre hombres, niños y mugeres, todos los pasaron á cuchillo; la ciudad fué saqueada, abatidas las murallas, y todas las fortificaciones y baluartes echados por tierra. El mismo desastre padecieron Astorga Valencia del Campo, el monasterio de Sahagun, Gordon, Alba, Luna, y otros lugares y aldeas que fueron unos quemados y destruidos, parte tomados por fuerza y saqueados. Revolvieron contra Castilla, y en ella asimismo tomaron, quemaron y saquearon á Osma, Berlanga, Atienza: no se podia resistir en parte alguna. Sin embargo era tan grande el furor y locura que se apoderara de los ánimos de los Christianos, que sin respeto de tan gran guerra como tenian de fuera, vueltas contra sí las armas, como locos y sandios no miraban el peligro que todo corria por causa de sus desgustos y diferencias. Fué así que luego el siguiente año siete nobilísimos hermanos, que vulgarmente llaman los Infantes de Lara, fueron muertos por alevosía de Ruy Velazquez su tio sin tener cuenta con el parentesco: que eran hijos de su hermana Doña Sancha, y de parte de

padre venian de los condes de Castilla y del conde Don Diego Porcellos de cuya hija, como de suso queda dicho, y de Nuño Belchídez nacieron Nuño Rasura bisabuelo del conde Garci Fernandez, y otro hijo llamado Gustio Gonzalez. Este caballero fué padre de Gonzalo Gustio señor de Salas de Lara, y sus hijos estos siete hermanos conocidos en la historia de España no mas por la fama de sus proezas, que por la desastrada muerte que tuvieron. En un mismo dia los armó caballeros el Conde Don García conforme á la costumbre en aquellos tiempos recebida, en particular en España. Aconteció que Ruy Velazquez señor de Villaren celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lambra natural de tierra de Bribiesca, muger principal, y aun prima carnal del conde Garci Fernandez. Las fiestas fueron grandes y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci Fernandez y los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio: encendióse una qüestion por pequeña ocasion entre Gonzalo el menor de los siete hermanos y un pariente de Doña Lambra que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo que Lambra como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña en el lugar de Barbadillo, hasta donde los hermanos por honralla la acompañaron, mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un cohombro mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultrage conforme á la costumbre de España. El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida. Ruy Velazquez que á la sazon se hallaba ausente ocupado en cosas de importancia, luego que volvió, alterado por aquella injuria, y agraviado por la afrenta de su muger, comenzó á tratar de vengarse de los hermanos. Parecióle conveniente con muestra de paz y benevolencia (cosa la mas perjudicial) armar sus lazos á los que pretendia matar. Primeramente dió órden que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba: la voz era para cobrar ciertos dineros que el Rey bárbaro habia prometido, la verdad para que fuese muerto lexos de su patria como Ruy Velazquez rogaba al Rey que hiciese, con cartas que le escribió en esta razon en Arábigo. El Moro ó por compasion que tuvo á las canas de hombre tan principal, ó por dar muestra de su benignidad no le quiso matar, contentóse con ponerle en la cárcel. Era la prision al-

go libre, con que cierta hermana del Rey tuvo entrada para comunicalle. Desta conversacion dicen que nació Mudarra Gonzalez, principio y fundador del linage nobilísimo en España de los Manriques. No se contentó el feroz ánimo de Ruy Velazquez con el trabaxo de Gonzalo Gustio, llevó adelante su rabia. Cerca de Almenara en los campos de Araviana á las haldas de Moncayo metió con muestra de hacer entrada en la tierra de los Moros en una celada á los siete hermanos, bien descuydados de semejante traycion. Bien que Nuño salido su ayo por sospechar el engaño procuró apartallos para que no corriesen á su perdicion; pero fué en vano, por que así lo quiso ó lo permitió Dios. Iban con ellos docientos de á caballo, pocos para el gran número de los Moros que cargaron. Descubierta la celada, los siete hermanos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, pretendian vencer si pudiesen, ó por lo menos vender sus vidas muy caro y dexar á los enemigos la victoria á costa de mucha sangre, resueltos de no dexarse prender, ni afear con el cautiverio la gloria y nobleza de su linage y sus hazañas pasadas. Murieron todos siete y juntamente Salido su ayo. Las cabezas enviaron á Córdoba en presente agradable para aquel Rey, pero muy triste para su padre viejo, ca se las hicieron mirar y reconocer sin embargo que llegaron podridas y desfiguradas. Verdad es que sucedió en provecho suyo en alguna manera, ca el Rey por compasion que le tuvo, le dexó ir libre á su tierra. Mudarra habido en la hermana del Rey fuera de matrimonio, ya que era de catorce años, por persuasion de su madre se fué para su padre, y adelante vengó las muertes de sus hermanos con dalla á Ruy Velazquez causa de aquel daño. Doña Lambra su muger, ocasion de todos estos males, fué apedreada y quemada. Con esta venganza que tomó de las muertes de sus hermanos, ganó las voluntades de su madrastra Doña Sancha y de todo su linage de tal guisa que heredó el señorío de su padre. Prohijóle otrosí Doña Sancha su madrastra: la adopcion se hizo en esta manera, aunque grosera, pero memorable. El mismo dia que se bautizó y fué armado caballero por el conde de Castilla Garci Fernandez, su madrastra resuelta de tomalle por hijo usó desta ceremonia: metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el rostro,

con que le pasó á su familia y recibió por su hijo. Desta costumbre salió el refran vulgar: entra por la manga y sale por el cabezon; dícese del que siendo recebido á trato familiar, cada dia se ensancha mas. Hijo de Mudarra fué Ordoño, y nieto Diego Ordoñez de Lara, aquel con quien los hijos de Arias Gonzalo para librar á su patria de la infamia de traycion que le cargaban por la muerte del Rey Don Sancho, que le mató con un venablo Vellido Dolpho, pelearon en desafío y hicieron con él campo. Deste Diego Ordoñez fué hijo el conde Don Pedro, conocido por los amores y aficion que la Reyna Doña Urraca le mostró. Su nieto fué Amalarico de Lara señor de Molina, de quien procedió el linage de los Manriques, y aun de los Reyes de Portugal de parte de madre, por haber casado Malfada hija de Amalarico con Don Alonso primero deste nombre y primer Rey de Portugal, si bien hay quien diga que Malfada fué de la casa de Saboya; pero destas cosas se tornará á hablar adelante. En el claustro del monasterio de San Pedro de Arlanza se muestra el sepulcro de Mudarra. Sobre el lugar en que los siete hermanos fueron sepultados, hay contienda entre los monges de aquel monasterio y de San Millan de la Cogulla: ¿qué juez los podrá poner en paz? Estaba sosegada España cansada de tantos males, y mas faltaban fuerzas que voluntad de alterarse. Duró este sosiego hasta tanto que el séptimo año despues que fueron muertos los infantes de Lara, que fué el año novecientos y noventa y tres de nuestra salvacion, los Moros, tomadas de nuevo las armas, destruyeron las tierras de la Lusitania; y por aquella comarca entrados en Galicia, tomaron de nuevo por fuerza y pusieron fuego á la ciudad de Compostella. Grande era la enemiga que tenian con aquel santo lugar. No perdonara aquella malvada gente al sepulcro del Apóstol Santiago, si un resplandor que de repente fué visto, no reprimiera por voluntad de Dios sus dañados intentos. Verdad es que las campanas para que fuesen como tropheo y memoria de aquella victoria, fueron en hombros de Christianos llevadas á Córdoba, do por largo tiempo sirvieron de lámparas en la mezquita mayor de los Moros. Siguióse luego la divina venganza: muchos perecieron parte con enfermedad de cámaras, parte con peste que les sobrevino, parte tambien porque el Rey Don Bermudo tomadas las armas les iba

picando por las espaldas, y en todas partes los trabaxaba; los daños fueron de suerte que pocos volvieron salvos á su tierra. El capitan de toda esta jornada Mahomad Alhagib, que tantas veces libremente acometió las tierras de los Christianos, fué uno de los que escaparon. El mismo año falleció el Rey de Navarra Don García. Sucedió en su lugar su hijo Garci Sanchez, llamado el Trémulo, como y por la causa que arriba queda tocado. Reynó por espacio de siete años, muy esclarecido por las victorias que ganó en las guerras, fué liberal ó por mejor decir pródigo en dar, en que si no hay templanza, suele acarrear daño, por agotar la fuente de la misma liberalidad que son los tesoros públicos, como sucedió á este Rey, y entrar en necesidad de inventar nuevas imposiciones para suplir esta falta. En los archivos de San Millan hay privilegios deste Rey; mas quanto crédito se les haya de dar cada uno por sí mismo lo podrá juzgar. Allí se dice que tuvo un hermano llamado Gonzalo, y que junto con su madre Doña Urraca tuvo el reyno de Aragon; lo que si fué verdad, ó aquel estado y principado duró poco tiempo, ó por morir él sin hijos recayó el señorío en su hermano y descendientes. Alegre Don Bermudo Rey de Leon y ufano por el destrozo que hizo de los Moros, entró en pensamiento que si los Christianos de cuyas discordias tantos males resultaba, se confederasen y juntasen en uno sus fuerzas, podrian aprovecharse de los Moros y deshacer su poder. Despachó en este propósito sus embaxadores al Rey de Navarra y al conde de Castilla Don García para amonestalles hiciesen liga con él. Decíales que debian moverse por el comun peligro de los Christianos, y si en particular tenian algunos desgustos, perdonallos por el bien de la patria: que con las armas comunes juntos todos vengasen y enfrenasen los intentos impíos de aquella bárbara gente. A estas embaxadas y justísimas demandas fácilmente se acordaron aquellos príncipes. Con esto de todas las tres naciones formaron un exército muy grueso. El Rey de Navarra no se halló presente por estar ocupado, á lo que se entiende, en concertar las cosas de su nuevo reyno. El Rey Don Bermudo, dado que enfermo de gota, en una litera y con él el conde Don García movieron contra los Moros; de quien tenian aviso que con deseo de rehacerse del daño pasado levantaban nuevas gentes y eran salidos de Cór-

doba, y que talado que hobieron los campos de Galicia y saqueado los pueblos, revolvian ácia Castilla. Cerca de un pueblo llamado Calacanazor, situado en la frontera de Castilla y de Leon, se dieron vista y juntaron las huestes. Dióse la batalla; que fué muy reñida, hasta que cerró la noche: cayeron muchos de la una parte y de la otra sin quedar declarada la victoria; solo por partirse los Moros aquella noche á cencerros atapados dieron muestra que llevaron lo peor, y que fueron vencidos por el esfuerzo de los nuestros, especial que la partida fué á manera de huida, como se entendió por los despojos que dexaron en los reales, y cosas que por el camino con deseo de apresurarse arrojaban. El pesar que deste reves recibió el Alhagib general de los Moros fué tal que de corage se dice murió en el valle Begalcorax sin querer comer bocado; lo qual sucedió el año novecientos y noventa y ocho. Gobernó este Capitan las cosas de los Moros por espacio de veinte y cinco años por su Rey, que vivia ocioso sin cuydar mas que de sus deportes. Fué hombre animoso, enemigo del ocio: acometió las tierras de los Christianos cinqüenta y dos veces, y muchas dellas quedó vencedor. El dia mismo que en Calacanazor se dió la batalla, uno en trage de pescador en Córdoba á la ribera de Guadalquivir, con ser tan grande la distancia de los lugares, se dice que cantó en voz llorosa algunas veces en metros arábigos, otras en españoles: « En Calacanazor Almanzor perdió el tambor:» por donde sospecharon que el demonio en figura de hombre publicó la victoria, en especial que como pretendiesen los de Córdoba echarle mano, se desapareció y se les fué como sombra. El cuerpo del general difunto llevaron á Medinaceli. Sucedió en el gobierno de aquel reyno su hijo Abdelmelic el mismo año que murió su padre, que se contaba de los Arabes trecientos y noventa y tres: tuvo aquel cargo y mando por espacio de seis años y ocho meses. Desde este tiempo el reyno de los Moros, que por esfuerzo de Mahomad se conservara, de tan grande momento es muchas veces una buena cabeza, comenzó manifiestamente á declinar y ir de caida. Las discordias domésticas: peste de los grandes imperios, y el poco gobierno fueron causa deste mal. Abdelmelic mas amigo de ocio que de guerra, mostró no hacer caso de las semillas y principios de aquella discordia que debiera al momen-

to atajar. Verdad es que luego que murió su padre, acometió á hacer guerra á los Christianos y puso grande espanto; mayormente en la ciudad de Leon todo lo que quedaba entero de la destruicion pasada ó de nuevo se reedificara, lo echó Abdelmelic por tierra y lo abatió. Todavía los principios desta guerra fueron para los Moros mas alegres que el remate, porque acudió el conde Don García, y con su venida forzó los Moros á volver las espaldas, y muertos muchos dellos, tornar en pequeño número á su tierra. La desconfianza y miedo que les entró despues deste daño, fué tan grande que no trataron mas de hacer guerra en tanto que Abdelmelic tuvo aquel cargo. La alegría deste buen suceso no fué pura, antes se aguó y destempló con la carestía de mantenimientos que causó la falta de las lluvias. Gudesteo obispo de Oviedo estaba preso por mandado del Rey iba en tres años. Acostumbraba este Príncipe á dar oidos á los chismes de hombres malos. Esto se persuadia el pueblo era la causa del daño, y los hombres santos decian ser la hambre castigo del cielo por el agravio que se hacia al obispo inocente, y anunciaban que si no habia emienda, se seguiria alguna grave peste. Temíase algun alboroto, porque la muchedumbre quando se mueve por escrúpulo y opinion de religion, mas fácilmente obedece á los sacerdotes que á los Reyes: fué pues Gudesteo sacado de la cárcel. Este mismo año que se contó del Nacimiento de Christo novecientos y noventa y nueve, y fué apretado por la dicha carestía grande y falta extraordinaria, se hizo tambien señalado por la muerte que secedió en él del Rey Don Bermudo. En un pueblo llamado Beritio falleció de los dolores de la gota que mucho tiempo le trabaxaron. Fué sepultado en Villabuena ó Valbuena: dende pasados veinte y tres años le trasladaron á la Iglesia de San Juan Baptista de la ciudad de Leon. Tuvo dos mugeres llamadas la una Velasquita, la otra Doña Elvira. A la primera repudió mas por la libertad de aquellos tiempos, que por que lo permitiese la ley Christiana: tuvo en ella una hija llamada Christina. De Doña Elvira tuvo dos hijos que fueron Don Alonso y Doña Teresa. Demas desto de dos hermanas con quien mas mozo tuvo conversacion, dexó fuera de matrimonio á Don Ordoño y á Doña Elvira y á Doña Sancha. Christina la hija mayor del Rey Don Bermudo casó con otro Don Ordoño

llamado el Ciego que era de sangre Real. Deste matrimonio nacieron Don Alonso, Don Ordoño, Don Pelayo, y fuera destos Doña Aldonza, que casó con Don Pelayo llamado el Diácono, nieto del Rey Don Fruela Segundo deste nombre, hijo de Don Fruela su hijo bastardo. De Don Pelayo y de Doña Aldonza nacieron Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño y Teresa: destos procedieron los condes de Carrion, varones señalados en la guerra, de valor y de prudencia como se declara en otro lugar. Volvamos á la razon de los tiempos. Pelagio Ovetense y Don Lucas de Tuy atribuyen á este Rey Don Bermudo lo que arriba queda dicho de Athaulfo Obispo de Compostella, del toro feroz y bravo que soltaron contra él sin que le hiciese daño alguno. Nos damos mas crédito en esta parte á la Historia Compostellana que dice lo que de suso relatamos; y es bastante muestra de estar mudados los tiempos en los que esto dicen, y del engaño no hallarse por estos años algun Obispo de Compostella que se llamase Athaulfo.

Capitulo X.

De Don Alonso el Quinto Rey de Leon.

Ayos del Rey don Alonso en su menor edad por mandado del Rey Don Bermudo su padre fueron Melendo Gonzalez conde de Galicia y su muger llamada Doña Mayor. Los mismos por quedar Don Alonso de cinco años gobernaron asimismo el reyno con grande fidelidad y prudencia conforme á lo que dexó en su testamento el Rey muerto mandado, en que vinieron todos los estados del reyno. Llegado el nuevo Rey á mayor edad, para que los ayos tuviesen mas autoridad, y en recompensa de lo que en su crianza y en el gobierno del reyno trabaxaron, le casaron con una hija que tenian llamada Doña Elvira. Tuvo deste matrimonio dos hijos, Don Bermudo y Doña Sancha. Reynó por espacio de veinte y nueve años. El segundo año de su reynado que fué de Christo el milesimo justamente, 1000.
por muerte del Rey de Navarra Don Garci Sanchez el Trémulo ó Temblador, sucedió en aquel estado un hijo que tenia en Doña Ximena su muger, no aciertan los que la llaman Elvira

ó Constancia ó Estephanía, por nombre Don Sancho. Este Príncipe en su menor edad tuvo por maestro á Sancho Abad de San Salvador de Leyre, que le enseñó todo lo que un príncipe debe saber, y amaestró en todas buenas costumbres: reynó treinta y quatro años: fué tan señalado en todo género de virtudes, que le dieron sobrenombre de Mayor, y alcanzó tan buena suerte, que todo lo que en España poseian los Christianos, casi lo reduxo debaxo de su imperio y mando; bien que no acertó ni fué buen consejo dividillo y repartillo entre sus hijos como lo hizo, menguando las fuerzas y magestad del reyno. Quan quietos estaban los dos reynos Christianos por la buena maña de los que los gobernaban no menos se alteraron por este tiempo las armas de Castilla primero, despues las de los Moros. Los unos y los otros por las diferencias deméstícas se iban despeñando en su perdicion. Don Sancho García se apartó de la autoridad del conde Garci Fernandez su padre y de su obediencia; no se sabe por qual causa, sino que nuncan faltan, en las casas Reales mayormente, hombres de dañada intencion que con chismes y reportes encienden la llama de la discordia entre hijos y padres. Puede ser que Don Sancho cansado de lo mucho que vivia su padre, acometió tan grave maldad, por serle cosa pesada esperar los pocos años que conforme á la edad que tenia le podrian quedar. Vinieron á las armas, y divididas las voluntades de los vasallos entre el padre y el hijo, las fuerzas de aquel estado se enflaquecieron: no estuvo esto encubierto á los Moros, que la provincia estaba en armas dividida la nobleza, alborotado el pueblo con sus valedores de la una y de la otra parte. Acordaron aprovecharse de la ocasion que la dicha discordia les presentaba. Con esta venida de los Moros y entrada que hicieron, la ciudad de Avila que poco á poco se iba reparando, de nuevo fué destruida; y la Coruña y Santistevan de Gormaz en el territorio de Osma padecieron el mismo estrago. Grande era el peligro en que las cosas estaban, y aun con el miedo de fuera no se sosegaban las alteraciones y parcialidades, si bien se entretuvieron para no llegar del todo á rompimiento y á las puñadas. El conde Garci Fernandez movido por el daño que los Moros hacian con los que pudo juntar, salió al enemigo al encuentro. Alcanzólos por aquellas comarcas y presentóles la batalla. Fué brava la pelea: el Con-

de que llevaba poca gente, quedó vencido y preso con tales heridas que dellas en breve murió. Tuvo el señorío de Castilla como treinta y ocho años, quien dice quarenta y nueve. No fué desigual á su padre en la grandeza y gloria de sus hazañas. Los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor dura y durará. Su cuerpo rescatado por gran dinero le sepultaron en el convento de San Pedro de Cerdeña. Dióse esta desgraciada batalla el año mil y seis.* El año luego siguiente mil y siete en 1600
Toledo una grande creciente abatió el famoso monasterio Agaliense: los monges se pasaron al de San Pedro de Sahelices. Así lo dice el Arcipreste Juliano.* Dexó el Conde una hija llamada Doña Urraca, que fué monja en el monasterio de San Cosme y San Damian del lugar de Covarrubias. Este monasterio edificó el Conde su padre desde los cimientos, y le dotó de grandes heredades y gruesas rentas; dióle muchas alhajas y preseas. Puso por condicion que si alguna doncella de su descendencia no quisiese casarse, sustentase la vida con las rentas de aquel monasterio. Sucedió en el señorío y condado de Castilla al padre muerto su hijo Don Sancho, afeado y amancillado por haberse levantado contra su padre, y por el consiguiente dado ocasion á aquel desastre. Por lo demas fué piadoso, dotado de grandes virtudes y partes de cuerpo y de ánimo. Falleció por el mismo tiempo en Córdoba el Alhagib Abdelmelic: sucedióle en el cargo Abderrahman hombre malo y cobarde; por afrenta le llamaban vulgarmente Sanciolo. Muerto este dentro de cinco meses, Mahomad Almahadin, que debia ser del linage de los Abenhumeyas, tomadas las armas, se apoderó del Rey Hissem, que con el ocio y con los deleytes estaba sin fuerzas y sin prudencia, y no se conservaba por su esfuerzo, sino con la ayuda de otros. Publicó que le quitara la vida, degollando otro que le era muy semejante: maña con que Almahadin quedó apoderado del reyno de Córdoba y Hissem vivo: que le pareció guardarle para lo que aviniese. Esto pasó el año que se contaba de los Arabes quatrocientos justamente. Acudió desde Africa un pariente de Hissem llamado Zulema: este con los de su valía y gente que se le arrimó, ademas de las fuerzas de Don Sancho conde de Castilla que le asistió en esta empresa, y con él hizo liga, en una batalla muy herida que se dió cerca de Córdoba: venció al tyrano Almahadin.

Murieron en esta pelea treinta y cinco mil Moros, que era toda la fuerza y niervo del exército morisco y de aquel reyno; por donde adelante comenzaron los Moros á ir claramente de caida. Señalóse sobre todos el conde Don Sancho, su valor, esfuerzo y industria, y fué la principal causa que se ganase la jornada. Almahadio despues desta rota se retiró y encerró dentro de la ciudad, y lo que tenia apercebido para los mayores peligros, sacó á Hissem de donde le tenia escondido y preso. puesto á los ojos de todos y en público, amonestó al pueblo antepusiesen á su Señor natural al estrangero y enemigo. Los ciudadanos turbados con el temor que tenian del vencedor, no hacian caso de sus palabras y amonestaciones: en ocasiones semejantes cada qual cuyda mas de asegurarse, que de otros respetos. Así le fué forzoso, dexada la ciudad á su contrario, retirarse á Toledo. Llevó consigo á lo que se entiende, á Hissem, ó sea que le escondió segunda vez. Era Alhagib de Almahadio, y como Virey suyo, otro Moro llamado Almahario. Este con deseo de fortificarse contra las fuerzas y intentos de los contrarios y para ayudarse de socorros de Christianos pasó á Cataluña para con toda humildad rogar á aquellos señores le acudiesen con sus gentes. Propúsoles grandes intereses, ofrecióles partidos aventajados. Los condes Don Ramon de Barcelona y Armengol de Urgel, persuadidos de aquel bárbaro, con buen número de los suyos se juntaron con las gentes que en aquel intermedio el tyrano Almahadio tenia levantadas en Toledo y su comarca, que eran en gran número y fuertes. Contábanse en aquel exército nueve mil Christianos y treinta y quatro mil Moros. Juntáronse las huestes de una parte y de otra en Acanatalhacar, que era un lagar quarenta millas de Córdoba; al presente un pueblo llamado Albacar está á quatro leguas de aquella ciudad. Trabóse la batalla que fué reñida y dudosa, ca los cuernos y costados izquierdos de ambas partes vencieron, los de manderecha al contrario. Zulema y el conde Don Sancho al principio mataron gran número de los contrarios. Entre estos á los primeros golpes y encuentros murieron los obispos Arnulpho de Vique, Aecio de Barcelona, Othon de Girona: cosa torpe y afrentosa que tales varones tomasen las armas en favor de infieles. El mismo Conde de Urgel fué asimismo muerto. Almahadio con su esfuerzo reparó la pe-

lea; y animando á los suyos, quitó á los enemigos la victoria de las manos. Zulema como se vió vencido, y desbaratados los suyos, se huyó primero á Azafra, despues desconfiado de la fortaleza de aquel lugar determinó irse mas lexos, que fué todo el año de los Arabes de quatrocientos y quatro, de Christo mil y diez. Quedó el reyno por Almahadio, si bien Almahario 1010.
su Alhagib lo gobernaba todo á su voluntad conforme á la calamidad de aquellos tiempos aciagos; en que pasó tan adelante que despues de la partida de Don Ramon conde de Barcelona sin ningun temor ni respeto alevosamente dió la muerte á su señor: una traycion contra otra. Con esto Hissem el verdadero Rey fué restituido en su reyno. La cabeza de Almahadio el tyrano enviaron á Zulema su competidor, que en un lugar llamado Citava se entretenia por ver en que pararian aquellas revoluciones tan grandes. Pretendian y deseaban los Moros que el dicho Zulema se sugetase á Hissem como á verdadero Rey y deudo suyo, por quien al principio mostró tomar las armas. El encendido en deseo de reynar, cuya dulzura es grande aunque engañosa, y que con muestra de blandura encubre grandes males, juntaba fuerzas de todas partes, y hacia de ordinario correrías en las tierras comarcanas. La parcialidad de los Abenhumeyas, de que todavía quedaban rastros en Córdoba, era aficionada á Zulema; y por su respeto trataba de dar la muerte á Hissem. No salieron con su intento á causa que el dicho Rey avisado del peligro usó en lo de adelante de mas recato y vigilancia. Zulema perdida esta esperanza solicitó al conde Don Sancho para que por respeto de la amistad pasada de nuevo le ayudase. El Conde despues de haberlo todo considerado, se resolvió de confederarse con Hissem, de quien esperaba mayor ganancia; y en particular asentó que le restituyese seis castillos que el Alhagib Mahomad por fuerza de armas los años pasados quitara á los Christianos; lo qual él hizo forzado de la necesidad por no faltar á tales esperanzas de ser socorrido en aquella apretura, y privar á su contrario de aquel arrimo. En el entretanto Obeydalla hijo de Almahadio con ayuda de sus parciales se hizo rey de Toledo. Otros le llaman Abdalla, y afirman que tuvo por muger á Doña Teresa con voluntad de Don Alonso su hermano Rey de Leon: gran desórden y mengua notable. Lo que pretendia con aquel casa-

miento era que las fuerzas del uno y del otro reyno quedasen mas firmes con aquella alianza; demas que se presentaba ocasion de ensanchar la Religion Christiana, si el Moro se bautizaba segun lo mostraba querer hacer. Con esto engañada la doncella, fué llevada á Toledo: celebráronse las bodas con grande aparato, con juegos y regocijos, y convite que duró hasta gran parte de la noche. Quitadas las mesas, la doncella fué llevada á reposar. Vino el Moro encendido en su apetito carnal. «Ella fuera (dice) tan grave maldad, tanta torpeza. Una de dos cosas has de hacer, ó tú con los tuyos te bautiza y con tanto goza de nuestro amor; si esto no haces, no me toques. De otra manera, teme la venganza de los hombres, que no disimulará nuestra afrenta y tu engaño, y la de Dios que vuelve por la honestidad sin duda y castidad de los Christianos. De la una y de la otra parte te apercibo serás castigado. Mira que la luxuria, peste blanda, no te lleve á despeñar.» Esto dixo ella. Las orejas del Moro con la fuerza del apetito desenfrenado estaban cerradas, hízole fuerza contra su voluntad. Siguióse la divina venganza, que de repente le sobrevino una grave dolencia: entendió lo que era, y la causa de su mal. Envió á Doña Teresa en casa de su hermano con grandes dones que le dió. Ella se hizo monja en el monasterio de San Pelagio de Leon, en que pasó lo restante de la vida en obras pias y de devocion, con que se consolaba de la afrenta recebida. A Obeydalla no le duró mucho el reyno: venciéronle las gentes del Rey Hissem, y preso fué puesto en su poder. Continuaban las revueltas entre los Moros, y las alteraciones en todas las partes de aquel reyno. A los Christianos se ofrecia muy hermosa ocasion para deshacer toda aquella gente, si juntadas las fuerzas quisieran antes mirar por la Religion, que servir á las pasiones de los Moros y ayudallos. Mas esta fué la desgracia de todos los tiempos: siempre las aficiones particulares se anteponen al bien comun, y ninguna cosa de ordinario menos mueve que el zelo de la Religion Christiana. Las tierras de los Moros no solo eran trabaxadas con la llama de la guerra, sino tambien de gravísima hambre por haberse tanto tiempo dexado la labor de los campos. Zulema visto que el conde Don Sancho no le ayudaba, hizo sus avenencias con los Reyes Moros de Zaragoza y Guadalaxara. Con estas ayudas se apoderó de

Córdoba por fuerza; y como Hissem se huyese á Africa, tornó Zulema á recobrar todo aquel reyno de nuevo. Entre los que seguian á Hissem, uno llamado Haytan tenia el primer lugar en autoridad y poder. Este se apoderó de Orihuela, ciudad asentada á la ribera del mar Mediterráneo, y por la comodidad de aquel lugar hizo venir á España con intencion que le dió de hacerle Rey, á Hali Abenhamit que tenia por Hissem el gobierno de Ceuta. Zulema no era igual en fuerzas á los dos enemigos. Así fué en batalla vencido cerca de Córdoba, y por los ciudadanos entregado al vencedor, y muerto por mano del mismo Hali con palabras afrentosas y ultrages que le dixo, ca le dió en cara haber sido el primero que contra el Rey Hissem su legítimo señor tomó las armas. No hay fidelidad entre los compañeros del reyno: quexábase Haytan que Hali el nuevo Rey no guardaba lo capitulado con él, hizo conjuracion y liga con Mundar hijo de Hiaya Rey de Zaragoza, juntaron de cada parte sus huestes, dióse la batalla cerca de Córdoba, en que Haytan fué vencido. Tras esto por ocasion de la muerte de Hali queria Haytan hacer Rey á Abderrahman Almortada. La muerte de Hali fué desta manera: salió de Córdoba en seguimiento de Haytan, llegó á Guadix; y allí sus mismos eunuchós le mataron en un baño en que se lavaba, año de los Arabes quatrocientos y ocho. Sucedió por voto de los soldados en aquella parte del reyno y en Córdoba un hermano de Hali llamado Cazin, que hicieron los de aquella parcialidad venir de Sevilla do en aquella sazon moraba. Tuvo el reyno por espacio de tres años, quatro meses, veinte y seis dias con desasosiego, á causa que el Almortada ya dicho con asistencia de Haytan y de Mundar se apoderó de Murcia y toda aquella comarca, y se llamó Rey. Era hombre soberbio Almortada, y que ni daba grata audiencia, ni recebia bien á los que venian á negociar; y á los que le dieron el reyno, como si fueran sus acreedores, los miraba con ojos torcidos y sobrecejo, que fué causa de su perdicion. En Granada por conjuracion de los suyos, y con voluntad del señor de aquella ciudad fué muerto. Cazin con la muerte de Almortada le pareció quedaba de todo punto por Rey, en especial que con deseo de ganalle la voluntad los de Granada le enviaron los despojos del enemigo muerto. En breve empero aquella alegría se salió vana, se regaló y se mudó en nuevo

cuydado. Los ánimos de la muchedumbre alterada nunca paran en poco: así los ciudadanos de Córdoba con ocasion de que Cazin se partió á Sevilla, alzaron por Rey á Hiaya sobrino del mismo, hijo de su hermano Hali, hombre manso y liberal, de que mucho se paga la muchedumbre y el pueblo. Pero como este se fuese y partiese á Málaga de que antes era señor, Cazin tornó por las armas á hacerse señor de Córdoba año de los Arabes quatrocientos y catorce. Este nuevo señorío que tuvo de aquella ciudad, le duró poco, solos siete meses y tres dias. Por causa de un alboroto que ocasionó en la ciudad la insolencia de los soldados que maltrataban á los ciudadanos, fué forzado á huir á Sevilla, en que asimismo no pudo detenerse mucho tiempo por tener su contrario ganadas las voluntades de aquella ciudad. Despues desto anduvo vagabundo y descarriado hasta tanto que al fin vino á poder de Hiaya, y fué puesto por él en prision. Eran los mas destos Reyes del linage de los Alavecinos, bando muy poderoso en aquel tiempo en fuerzas y en autoridad. Los ciudadanos del bando contrario, es á saber de los Abenhumeyas, se juntaron, y hechos mas fuertes, alzaron por Rey á Abderrahman hermano de Mahomad, creo de aquel Mahomad Almahadio, que fué el primero que tomó las armas contra Hissem, pero con la misma liviandad fué muerto dentro de dos meses. La severidad que él mostraba, y la inconstancia de aquella gente fueron causa de su perdicion. Con tanto un cierto Mahomad fué puesto en su lugar: tuvo el reyno un año, quatro meses y veinte y dos dias: este al tanto murió á manos de los ciudadanos. Lo mismo sucedió al hijo de Hali llamado Hiaya, que era del bando contrario, y el tiempo pasado fué alzado por Rey; ca con la misma deslealtad del pueblo le mataron en Málaga; en que como queda dicho, estaba retirado. Reynó en Córdoba solos tres meses y veinte dias. Por su muerte Idricio, hermano de Hali y tio de Hiaya, fué llamado para ser Rey desde Africa do era señor de Ceuta. Este llegado que fué á España, por el derecho que tenia del parentesco con los dos príncipes susodichos y por las armas se apoderó del reyno de Granada, de Sevilla, de Almería y de otras ciudades comarcanas. Lo Mediterráneo quedó por Hissem, ca despues de la muerte de Hiaya los de Córdoba le habian vuelto al reyno, ó era otro del mismo nombre, que aquellos ciudada-

nos de nuevo levantaron por Rey, que en todo esto hay poca claridad. Los desórdenes de los que gobiernan, suelen redundar en daño de sus señores, como sucedió á Hissem: que su Alhagib, que era como Virey que lo gobernaba todo, por ser cruel y apoderarse de los bienes públicos y particulares, acostumbrado á sacar ganancia de los daños agenos y desgracias, fué causa que la ciudad se alborotó de suerte que el Alhagib fué muerto y el Rey echado del reyno. En aquella revuelta un cierto Humeya, ayudado de una quadrilla de mozos desbaratados y revoltosos, entró en el Alcázar y pidió á los soldados que le alzasen por Rey. Escusábanse ellos por la deslealtad de los ciudadanos, revuelta y desgracia de los tiempos. Decíanle que escarmentase en cabeza agena, y por el exemplo de los otros entendiese claramente que semejantes intentos no salian bien. A esto: hoy (dixo él) me llamad Rey, y matadme mañana: tan poderoso es el deseo de mandar, tan grande la dulzura de ser señores. Todavía por órden de los ciudadanos fueron echados de la ciudad á un mismo tiempo este Humeya y el Hissem ya dicho, y con ellos todos los Abenhumeyas como causa de tan graves daños. Hissem trabaxado con tanta variedad de cosas como por él pasaron, últimamente paró en Zaragoza: recibióle benignamente el Rey de aquella ciudad llamado Zulema Abengut. Dióle un castillo llamado Alzuela, en que pasó como particular lo restante de su vida. De Idricio no dice en qué parase el arzobispo Don Rodrigo, que refiere esta cuenta de los postreros Reyes de Córdoba (1) con alguna mayor oscuridad de la que aquí llevamos; ¿mas como se puede relatar con claridad revuelta tan confusa y tan grande? Resta decir que desde este tiempo el señorío de los Moros, que por tantos años tuvo tan gran poder en España, se enflaqueció de guisa que se dividió en muchos señoríos: cada qual de los que tenian el gobierno, se llamaron Reyes de las ciudades que tenian á su cargo, sin que nadie en aquellas revueltas les fuese á la mano. Así en lo de adelante se cuentan muchos Reyes en diversas partes: En Córdoba Jahuar, en Sevilla Albucazin y su hijo Habeth, en Toledo Haytan, el que ayudó á Hali Rey de Córdoba al principio, y despues fué su contrario. Hijo deste Rey de Toledo fué

(1) En la Histor. de los Arab.

otro Hissem, nieto Almenon, bien que algunos dan mas antiguo principio que este á los Reyes Moros de Toledo. La verdad es que aquella ciudad con sus Reyes que tenia ó tomaba, muchas veces se rebeló contra los Reyes de Córdoba. Los moradores della se atribuian el primer lugar entre las ciudades de España, y por esta causa no podian llevar que les hiciesen demasías. En otras ciudades remanecieron otrosí nuevos Reyes, mas no hay para que contallos aquí, ni aun se podria hacer con certidumbre y claridad. Basta saber que estos señoríos se conservaron y permanecieron hasta tanto que los Almoravides, linage y gente muy poderosa, de Africa pasaron en España con su Rey y caudillo Thesephin, que fué el año de los Arabes de quatrocientos y ochenta y quatro, año que concurre con el de mil y noventa y uno de Christo; y en otro lugar mas á propósito se relatará. Al presente volvamos atrás al cuento de las cosas que los Christianos, el conde Don Sancho, y el Rey Don Alonso obraron.

Capítulo XI.

De lo demas que sucedió en tiempo del Rey Don Alonso.

Don Sancho conde de Castilla deseoso de vengar la muerte de su padre con ayuda de los Leoneses y Navarros, con quien el año pasado puso confederacion, entró por tierra de Toledo metiendo á fuego y á sangre todo lo que topaba. El mismo estrago hizo en tierra de Córdoba, hasta donde los nuestros entraron animados con el buen suceso: en ambas partes hicieron presas de hombres y de ganados. Si los daños fueron grandes, mayor era el miedo y quebranto de los Moros, que divididos en bandos y por las discordias civiles apenas se conservaban, tanto que los que poco antes ponian espanto al nombre Christiano, fueron forzados de comprar por gran dinero la paz. Sepúlveda asentada en la frontera se ganó de Moros, y con ella Osma, Santistevan de Gormaz; y otros pueblos por aquella comarca, que en la guerra pasada se perdieran, volvieron á poder de los Christianos. Desde este tiempo se otorgó

á la nobleza de Castilla, como dicen muchos autores, que no fuesen forzados á hacer la guerra á su costa solo con esperanza de la presa, segun acostumbraban á hacer antes, sino que les señalasen sueldo á la manera que en las otras naciones estaba recebido de todo tiempo. La reputacion y gloria que el conde Don Sancho ganó por este camino, escureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto Moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él no tanto por el escrúpulo, como por miedo de su hijo: recelábase de la saña que el dolor y afrenta le causarian: determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas; aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal. El Conde avisado de todo forzó á su madre con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecia, de hacerle la salva y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan nació la costumbre recebida y muy usada en alguas partes de España, que las mugeres beban antes que los varones. Otros refieren que una camarera de la Condesa, que la vió destemplar las yerbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llame Sancho del Valle de Espinosa) y él al Conde, y que por este servicio tan señalado desde entonces ganó el privilegio que hasta hoy tienen los de su tierra, los monteros de Espinosa, de guardar de noche la persona y la casa Real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo fundamentos bastantes, y todavía la Valeriana lo refiere en el libro IX, título I, capítulo V, y los naturales de aquella villa lo tienen y afirman así como cosa sin duda. Dicen mas que el Conde con deseo de satisfacer este mal caso, y por amansar el odio que contra él acerca del pueblo resultara por un delito tan feo, edificó un monasterio de monjas, y del nombre de su madre le llamó de Oña, que el tiempo adelante Don Sancho Rey de Navarra llamado el Mayor dió á los monges de Cluñi, y en nuestra era tiene el primer lugar entre los demas monasterios de aquella comarca. Hobo Don Sancho en su muger Doña Urraca á su hijo Don García, y tres hijas que fueron Doña Nuña, Doña Teresa, Doña Tigrida: las dos primeras fueron casadas con grandes señores, Tigrida abadesa en el monasterio de Oña. Por el mismo tiempo se abrió y allanó á costa del conde Don

Sancho nuevo camino para que los estrangeros pasasen á la ciudad y iglesia de Santiago, es á saber, por Navarra, la Rioja, Briviesca y tierra de Búrgos, como quier que antes por ser el señorío de los Christianos mas estrecho los peregrinos de Francia acostumbrasen á hacer su camino con grande trabaxo por Vizcaya y los montes de Asturias, lugares faltos de todo, ásperos y montuosos. El Rey Don Alonso eso mesmo por beneficio de la larga paz que resultaba asi de las discordias de los Moros, como de la confederacion hecha entre los príncipes Christianos, vuelto su cuydado á las artes de la paz y al gobierno, hacia córtes generales de su reyno en Oviedo el año
1020. de nuestra salvacion de mil y veinte. En estas córtes se reformaron las antiguas leyes de los Godos. Así mismo la ciudad de Leon que por las entradas de los Moros quedó asolada y hecha caserías, por diligencia del Rey y á su costa reparó, y en ella levantó un templo con advocacion de San Juan Bautista, obra de barro y de ladrillo: allí trasladaron los huesos de su padre Don Bermudo y de los otros Reyes de Leon, que por miedo de los Moros andaban mudando lugares: con que quedaron puestos en sepulcro ciertos y estables. El monasterio otrosí de San Pelagio se reedificó, en que Doña Constanza hermana del Rey, vírgen consagrada á Dios, vivió mucho tiempo. Los intentos y acometimientos de Don Vela contra los condes de Castilla, de quien por particulares intereses y agravios se tenia por injuriado, quan grandes hayan sido arriba queda declarado. A tres hijos deste caballero, es á saber, Rodrigo, Diego y Iñigo, el conde Don Sancho no solo los perdonó, sino les volvió las honras y cargos de su padre; mas ellos sin embargo desto tornaron en breve á sus mañas y á lo acostumbrado. Y aun sobre las desórdenes pasadas añadieron una nueva deslealtad, que dexado el conde Don Sancho, se pasaron á Don Alonso Rey de Leon: de los Moros poca ayuda podian esperar por estar tan revueltas sus cosas, y por la mudanza de tantos príncipes como queda dicho. Recibiólos benignamente Don Alonso, dióles á la halda de las montañas estado no pequeño, con que se sustentasen como señores: pareció por algun poco de tiempo estar sosegados, como quier que á la verdad esperaban ocasion de mostrar nueva deslealtad, segun se entendió por lo que en breve pasó de la suerte que poco despues se dirá. El Rey Don

Alonso deseoso de ensanchar su estado rompió por la Lusitania: púsose sobre la ciudad de Viseo que pretendia ganar de los Moros. Avino que cierto dia desarmado y con poco recato se llegó mucho á la ciudad. Tiráronle de los adarves una saeta con que le mataron. Los suyos por esta desgracia alzaron luego el cerco; y el cuerpo del difunto los obispos que fueran á aquella guerra, le acompañaron hasta Leon, y le enterraron en la iglesia de San Juan que él mismo edificara para poner allí los sepulcros de sus padres. Sucedió esto el año de nuestra salvacion de mil y veinte y ocho. Dexó un hijo y una hija, Don 1028.
Bermudo que le sucedió en el reyno, y Doña Sancha de pequeña edad. En aquel tiempo florecieron por santidad de vida dos obispos Froylano de Leon y Atilano de Zamora. Froylano fué natural de Lugo, Atilano de Tarragona. De monges de San Benito, que lo eran en el monasterio de Moreruela no lexos de Leon, los sacaron para obispos y los consagraron en un dia. Fué Atilano de menos edad, discípulo de Froylano, mas igualóle en virtud, vida y milagros. Algunos á estos varones santos los ponen mas de cien años antes deste tiempo, nosotros seguimos lo que nos pareció mas probable. Tenia el principado de Barcelona de tiempo atrás un hijo de Don Ramon, que se decia Don Berenguel, y del nombre de su abuelo le llamaron por sobrenombre Borello, mas conocido por su ociosidad y poco valor, que por alguna virtud. La falta deste Príncipe, con que las cosas de los Christianos amenazaban ruina, reparó en gran parte Bernardo Tallaferro conde de Besalú, que hacia rostro con valor á los Moros. Y muerto él, que se ahogó en el Rhódano en ocasion que pasaba á Francia, suplió sus veces Wifredo conde de Cerdania hasta alanzar los Moros de aquella comarca, que no cesaban de hacer correrías y cabalgadas en las tierras de Christianos. A la muerte de Don Berenguel le quedaron tres hijos, Don Ramon conde de Barcelona, Don Guillen conde de Manresa por testamento de su padre, y Don Sancho monge que fué Benito.

Capítulo XII.

De Don Bermudo el Tercero Rey de Leon.

Don Bermudo Tercero deste nombre, aunque era de pocos años quando su padre le faltó, fué alzado y coronado por Rey
1028. presentes los grandes del reyno y los obispos el año de mil y veinte y ocho, en que falleció otrosí Don Sancho conde de Castilla despues que tuvo el gobierno de Castilla por espacio de veinte y dos años. En el monasterio de Oña que edificó á su costa, como queda arriba dicho, cerca del altar mayor á mano izquierda se muestran tres sepulcros con sus letreros, el uno del conde Don Sancho, el otro de su muger Doña Urraca, y el tercero de Don García su hijo, el qual muerto su padre sucedió en aquel estado. Daba de sí grandes esperanzas por las muestras de sus virtudes, mas todo se fué en flor por su muerte que le dieron alevosamente dentro del primer año de su gobierno los que menos fuera razon, y lo que es mas notable, en la misma alegría de sus bodas. Tenia Don García dos hermanas, Doña Nuña y Doña Teresa. Doña Nuña (á quien otros llaman Elvira y otros Mayor, creo por la edad) casó sin duda con Don Sancho Rey de Navarra, y dél tenia ya por este tiempo estos hijos: Don García, Don Fernando y Don Gonzalo. Doña Teresa ó en vida de su padre, ó luego despues de su muerte casó con Don Bermudo Rey de Leon: deste matrimonio tuvieron un hijo llamado Don Alonso que murió muy niño. Don García conde de Castilla, aunque de poca edad ca no tenia mas de trece años, se desposó á trueco con Doña Sancha hermana del Rey Don Bermudo. Procurábase con estos parentescos que el concierto fuese adelante, que pocos años antes se asentara entre los príncipes Christianos, con que parecia las cosas comunes y particulares alzaban cabeza, y no se turbase la paz. Señalaron la ciudad de Leon para celebrar estas bodas ó desposorios. Llevaba el conde Don García grande atuendo y acompañamiento de gente principal así de sus vasallos, como del reyno de Navarra. El mismo Rey Don Sancho con sus hijos Don García y Don Fernando para honralle mas le acompaña-

ron, y con ellos muchedumbre de soldados que representaban un exército entero. Estos soldados ganaron de camino á Monzon, castillo asentado no lexos de Palencia; al tanto hicieron de otros pueblos por aquella comarca, que los quitaron al conde Fernan Gutierrez, que por desprecio del nuevo y mozo Príncipe so levantara con ellos; sin embargo por rendirse de su voluntad, y sin dificultad sugetarse á la obediencia le fué dado perdon. Hacian las jornadas pequeñas, como era necesario por ser tanta la multitud de gente que llevaban. Don García con deseo de apresurarse por ver á su esposa dexó al Rey Don Sancho en Sahagun, y él con pocos á la ligera se adelantó sin algun recelo de lo que sucedió, como quien iba á fiestas y regocijos sin sospecha de trama semejante. A los hijos de Don Vela por el mismo caso pareció aquella buena coyuntura para satisfacerse de los agravios que pretendian les hiciera el conde Don Sancho á sinrazon. Eran hombres por la larga experiencia de cosas arteros y sagaces: comunicaron su intento con los que les parecieron mas á propósito para ayudalles á executar la traycion, hombres homicianos, de malas mañas. Las asechanzas que se paran en muestra de amistad, son mas perjudiciales. Salieron á recebir entre los demas al Príncipe su señor que venia bien descuydado. Puestos los hinojos en tierra y pedida la mano, le hicieron la salva y reverencia entre los Españoles acostumbrada. Juntamente con muestra de arrepentimiento le pidieron perdon. Otro tenian en su pecho desleal, como en breve lo mostraron. ¿Quién sospechara debaxo de aquella representacion malicia y engaño? ¿quién creyera que alcanzado el perdon, no pretendieran recompensar las culpas pasadas con mayores servicios? No fué así, antes se apresuraron en executar la maldad y dar la muerte á aquel Príncipe, por su edad de sencillo corazon, y que por todos respetos no se recataba de nadie: el tiempo, las alegrías, el hospedage, el acompañamiento, todo le aseguraba. Salió á oir misa á la iglesia de San Salvador, quando á la misma puerta de la iglesia los traydores le sobresaltaron y acometieron con las espadas desnudas. Rodrigo el mayor de los hermanos, sin embargo que le sacara de pila quando le bautizaron, le dió la primera herida como traydor y parricida malvado. Los demas acudieron y segundaron con sus golpes hasta acabarle. Doña Sancha

antes viuda que casada, perdió el sentido y se desmayó con la nueva cruel de aquel caso. Luego que volvió en sí, acudió á aquel triste espectáculo, abrazóse con el muerto, henchia el cielo y la tierra de alaridos (como se dexa entender) de sollozos y de lágrimas: miserable mudanza de las cosas, pues la mayor alegría se trocó repentinamente en gravísimo quebranto. Apenas la pudieron tener que no se hiciese enterrar juntamente con su esposo. Depositaron el cuerpo en la iglesia de San Juan: despues le trasladaron al monasterio de Oña, hoy en ambos lugares se vee su sepulcro. Mudóse con esto el estado de las cosas, y trocóse toda España. Don Sancho Rey de Navarra; que en los arrabales de Leon se estaba con sus tiendas que tenia levantadas á manera de reales, heredó el principado de Castilla, cuyo título y armas de Conde mudó él en nombre y insignias Reales, por donde su poder comenzó á ser sospechoso y poner en espanto al Rey de Leon. Los traydores se huyeron y se metieron en Monzon, por ventura con esperanza que Fernan Gutierrez, ofendido contra los príncipes Don García y el Rey Don Sancho por las plazas que le quitaron, fácilmente se juntaria con ellos y aprobaria lo hecho; pero, ó que él los entregase, ó por diligencia del Rey Don Sancho que los siguió por todas partes, fueron presos y quemados: justicia con que castigaron su delito y quedaron escarmentados los demas, y muestra que los atrevimientos desleales no quedan sin castigo. El Rey Don Bermudo escarmentado por la muerte de su padre se mostraba amigo de la quietud; y por el nuevo desastre del príncipe Don García avisado de la inconstancia de las cosas, volvió su ánimo y pensamiento al culto de la Religion y á las artes de la paz. Primeramente con deseo de reformar las costumbres del pueblo, que la libertad de los tiempos estragara y por la malicia de los hombres, dió órden como se hiciese justicia á todos, promulgó leyes á propósito desto, y no con menos diligencia quitó de todo su reyno los robos y salteadores, y con la grandeza de castigos hizo que ninguno se atreviese á pecar. Con estas obras ganó las voluntades de los naturales, y su reyno parecia florecer con los bienes de una larga paz. No es duradera la prosperidad: Don Sancho Rey de Navarra con ambicion fuera de tiempo la alteró por esta causa. Don Bermudo no tenia hijos; y entendíase

que la sucesion del reyno conforme á las leyes forzosamente recáia en Doña Sancha su hermana. Recelábanse los de Leon que por esta via, como suele acontecer quando las hembras heredan, no entrase á reynar algun Príncipe forastero. Deseaba el Rey, deseaban los naturales acudir á este daño y peligro que amenazaba. Sintió esto Don Sancho Rey de Navarra, como era fácil. Atreviéndose, engañando, moviendo, y enlazando unas guerras de otras suelen los Reyes hacerse grandes. Una y la mas principal causa de mover guerra es la mala codicia de mando, poder y riquezas. Juntó pues un grueso exército de sus dos estados, con que entró haciendo daño por el reyno de Don Bermudo. Tomóle todo lo que poseia pasado el rio Cea, y parecia que con el progreso próspero de las victorias sojuzgaria toda la provincia y tierras de Leon. Don Bermudo avisado por estos daños, y á persuasion de los grandes, que querian mas la paz que la guerra, se inclinó á concierto y pleytesía. Las condiciones fueron estas: Doña Sancha case con Don Fernando hijo segundo del Rey de Navarra: désele en dote de presente todo lo que en aquella guerra quedaba ganado; para adelante quede su esposa nombrada por sucesora en el reyno. Partido desaventajado para los Leoneses, pero de que en toda España resultó una paz muy firme entre todos los Christianos, y casi todo lo que en ella poseian, vino á poder y señorío de una familia. Demas desto (cosa notable) en un mismo tiempo los dos señoríos el de Castilla y el de Leon recayeron en hembras, y por el mismo caso en mando y gobierno de estraños: accidente y cosa que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes deste tiempo vista y usada en el reyno de Leon; si dañosa, si saludable, no es deste lugar disputallo ni determinallo. A la verdad muchas naciones del mundo fuera de España nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.

Capítulo XIII.

De Don Sancho el Mayor Rey de Navarra.

Era Don Sancho hombre de buenos años, quando hobo para sí el señorío de Castilla, y á su hijo Don Fernando abrió

camino para suceder en el reyno de Leon. Las cosas que hizo en toda su vida muy esclarecidas, no solo le dieron renombre de Don Sancho el Mayor, sino tambien vulgarmente le llamaron Emperador de España, como acostumbra el pueblo sin muy grande ocasion adular á sus Príncipes y dalles títulos soberanos. Puso su asiento y morada en la ciudad de Nájara por estar á las fronteras y raya de Castilla y de Navarra. Cuydaba del gobierno de sus estados y de las cosas de la paz, mas de manera que nunca se olvidaba de la guerra. Lo primero movió con sus gentes contra los Moros, que por estar alborotados con discordias entre sí podian mas fácilmente recebir daño. Tenia soldados viejos y provisiones apercebidas de antes. Las talas y daños que hizo fueron muy grandes sin parar hasta llegar á Córdoba: ninguno de los Moros se atrevió á salirle al encuentro. Pero al mismo tiempo que el Rey ponia con la guerra espanto, destruia y saqueaba pueblos, campos y castillos, una desgracia que sucedió en su casa le hizo dexar la empresa. El caso pasó desta manera. Quando se iba á la guerra encomendó á la Reyna grandemente un caballo, el mejor y mas castizo que tenia; que en aquel tiempo ninguna cosa mas estimaban los Españoles que sus caballos y armas. Don García hijo mayor del Rey pidió á su madre la Reyna le diese aquel caballo. Estaba para contentalle, sino que le avisó Pedro Sesse, hombre noble y caballerizo mayor, que el Rey recibiria dello pesadumbre. Don García como fuera de sí por haberle negado lo que pedia, sea por creer de veras que no sin causa las palabras de Pedro Sesse podian mas con la Reyna que su demanda, ó falsamente, y con deseo de vengarse determinó acusar á su madre de adulterio. La prosecucion desto no la trató con ímpetu de mozo, antes para dar mas color al hecho mañosamente convidó y atraxo á Don Fernando su hermano para que le ayudase en aquella empresa. Parecióle á Don Fernando al principio impío aquel intento y desatinado: despues de tal manera disimuló con aquel enredo, que con juramento prometió de estar á la mira sin allegarse á ninguna de las partes. La acusacion de Don García alteró grandemente el ánimo del Rey luego que supo lo que pasaba. Acudió á su reyno. Estrañaba mucho lo que cargaban á la Reyna. Movíale por una parte su conocida honestidad, y la buena fama que siempre tuvo;

por otra parte no podia pensar que su hijo sin tener grandes fundamentos se hobiese empeñado en aquella demanda. Don Fernando preguntado de lo que sentia, con su respuesta dudosa le puso en mayor cuydado. Llegó el negocio á que la Reyna fué puesta en prision en el castillo de Nájara. Pareció que se tratase aquel negocio por ser tan grave en una junta de la nobleza y de los grandes. Salió por decreto que si no hobiese alguno que por las armas hiciese campo en defensa de la honestidad de la Reyna, pasase ella por la pena del fuego y la quemasen. Tenia el Rey un hijo bastardo llamado Don Ramiro, habido en una muger noble de Navarra, que unos llaman Urraca, otros Caya. Este por compasion que tenia á la Reyna, y por haber olido la malicia de Don García, rieptó como se usaba entonces entre los Españoles, y salió á hacer campo con Don García para volver por la honra de la Reyna contra la calumnia que á su inocencia se urdia. Gran mal para el Rey por qualquiera de las partes que quedase la victoria. Acudió Dios á la mayor necesidad, que un hombre santo con su diligencia y buena maña atajó el daño y deshizo la maraña con sus amonestaciones con que puso en razon á los dos hermanos. Decíales que la afrenta de la Reyna no solo tocaba á ella, sino al Rey, á ellos, y á toda España: mirasen que en acusar á su madre (la qual quando estuviera culpada, debieran defender y cubrir) no incurriesen en la ira de Dios, y provocasen contra sí los gravísimos castigos que semejantes impiedades merecen. Con esta y otras razones los traxo á tal estado, que primero confesaron la maraña, despues postrados á los pies de su padre le pidieron perdon. Respondió el Rey que tan grande delito no era de perdonar, si primero no aplacasen á la Reyna. «¿Así (dice) tan gran maldad contra nos y tal afrenta contra nuestra casa Real os atrevisteis á concebir en vuestros ánimos y intentar, malos hijos y perversos? si sois dignos deste nombre los que mancillastes con tan gran mancha nuestro linage y casa. Fuera justo defender á vuestra madre, aunque estuviera culpada, y cubrir la torpeza aunque manifiesta, con vuestra vida y sangre; ¿pues qué será, quán grave maldad imputar á la inocente un delito tan torpe? perdonad Santos del cielo tan grande locura. En este pecado se encierran todas las maldades, impiedad, crueldad, traycion: contentaos con al-

gun castigo tolerable. Perdonen los hombres: en un delito todos, grandes, pequeños y medianos han sido ofendidos. Las naciones estrañas do llegare la fama desta mengua, no juzguen de nuestras costumbres por un caso tan feo y atroz. Perdonad compañía muy santa no mas á los hijos que al padre. No puedo tener las lágrimas, y apenas irme á la mano para no daros la muerte, y con ella mostrar al mundo como se deben honrar los padres. Mas en mi enojo y saña quiero tener mas cuenta con lo que es razon que yo haga, que con lo que vos mereceis, y no cometer por donde el primer llanto sea ocasion de nuevas lágrimas y daños. Dése esto á la edad, dése á vuestra locura. El mucho regalo Don García te ha estragado para que siendo el primero en la traycion, metieses á tu hermano en el mismo lazo. No quiero al presente castigaros, ni para adelante os perdono. Todo lo remito al juicio y parecer de vuestra madre. Lo que fuere su voluntad y merced eso se haga y no al; yo mismo de mi facilidad y credulidad le pediré perdon con todo cuydado.» Desta manera fueron los hijos despedidos del padre. La Reyna vencida por los ruegos de los grandes, y ablandada por las lágrimas de sus hijos, se dice les dió el perdon á tal que á Don Ramiro en premio de su trabaxo y de su lealtad y valor le diesen el reyno de Aragon; en quien la falta del nacimiento suplia la señalada virtud y su piedad. Don García que fué la principal causa y atizador desta tragedia, fuese privado del señorío materno que por leyes y juro de heredad se le debia. Vino en lo uno y en lo otro el Rey Don Sancho su padre, para que se hiciese todo como la Reyna lo deseaba. Algunos ponen en duda esta narracion, y creen antes que la division de los estados se hizo por testamento y voluntad del Rey Don Sancho: exemplo que don Fernando su hijo asimismo imitó adelante, que repartió entre sus hijos sus reynos. A la verdad ni lo uno ni lo otro se puede bastantemente averiguar, si bien nos parece tiene color de invencion. Sea lo que fuere, á lo menos si así fué, sucedió algunos años antes deste en que vamos. De don García otrosí se refiere que sea por alcanzar perdon de su pecado, ó por voto que tenia hecho, se partió para Roma á visitar los lugares santos.

Capítulo XIV.

De la muerte del Rey Don Sancho.

Estaban las cosas en el estado que queda dicho; y concluido el desasosiego de que se ha tratado, el Rey Don Sancho en el tiempo siguiente volvió su ánimo al zelo de la Religion, y deseo que fuese su culto aumentado. Era en aquella sazon famoso el monasterio de los monges de Cluñi que está situado en Borgoña, como en el que se reformara con leyes mas severas la Religion de San Benito que por causa de los tiempos se habia relaxado. Para que el fruto fuese mayor, desde allí enviaban colonias y poblaciones á diversas partes de Francia y de España, en que edificaban diversos conventos. El Rey Don Sancho movido por la fama desta gente los hizo venir al monasterio de San Salvador de Leyre, antiguamente edificado por la liberalidad de sus predecesores los Reyes de Navarra. Lo mismo hizo en el monasterio de Oña, ca las monjas que en él vivian, pasó al pueblo de Baylen, y en su lugar puso monges de Cluñi. El primer abad deste monasterio fué uno llamado García, que con los otros monges vino de Francia. Despues de García Iñigo. De la vida solitaria, que hacia en los montes de Aragon, el Rey le sacó y forzó á tomar el cargo de aquel nuevo monasterio. Su virtud fué tal que despues de muerto aquellos monges de Oña le honraron con fiesta cada año, y le hicieron poner en el número de los Santos. El monasterio de San Jnan de la Peña, que diximos está cerca de Jaca, famoso por los sepulcros de los antiguos Reyes de Sobrarve, fué tambien entregado á los mismos monges de Cluñi para que morasen en él; y porque no fuese necesario hacer venir de Francia tanta muchedumbre de monges como era menester para poblar tantos monasterios, el Rey con su providencia envió á Francia á Paterno sacerdote y doce compañeros para que acostumbrados y amaestrados á la manera de vida del monasterio de Cluñi, y cultivados con aquellas leyes, traxesen á España aquella forma de instituto. No pararon en esto los pensamientos deste buen Príncipe, antes considerando que por la revuel-

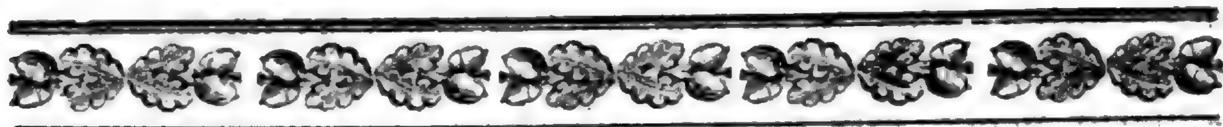
ta de los tiempos hombres seglares por ser poderosos se entraran en los derechos y posesiones de las iglesias, las puso en su libertad. Hállase un privilegio del Rey Don Sancho, en que con autoridad de Juan XIX Pontífice Romano dió poder á los
1032. monges de Leyre el año de nuestra salvacion de mil y treinta y dos para elegir en aquel monasterio el obispo de Pamplona. Las ordinarias correrías de los Moros y el peligro forzaron á que los obispos de Pamplona pasasen su silla al dicho monasterio de Leyre por estar puesto entre las cumbres de los Pyrineos, y por el consiguiente ser mas segura morada que la de la ciudad. Al presente con la paz de que gozaban por el esfuerzo y buena dicha del Rey Don Sancho, se tuvo en Pamplona un concilio de obispos sobre el caso. Juntáronse estos prelados: Poncio arzobispo de Oviedo, los obispos García de Nájara, Nuño de Alava, Arnulpho de Ribagorza, Sancho de Aragon, es á saber de Jaca, Juliano de Castilla, es á saber de Auca. En este concilio lo primero de que se trató, fué de la pretension de Don Fray Sancho, abad que era de Leyre y juntamente obispo de Pamplona, que por tener gran cabida con el Rey causada de que fué su maestro, procuraba se restituyese la antigua silla al obispo de Pamplona, y volviese á residir en la ciudad. Dilatóse por entonces su pretension; que ordinariamente los hombres quieren perseverar en las costumbres antiguas, y las nnevas como se desechan de todos, dificultosamente se reciben y mal se pueden encaminar; mas en tiempo de su sucesor Don Pedro de Roda se puso esto que se pretendia en execucion. A lo último de su vida hizo el Rey que se reedificase la ciudad de Palencia por una ocasion no muy grande. Estaba de años atrás por tierra á causa de las guerras: solo quedaban algunos paredones, montones y piedras y rastros de los edificios que allí hobo antiguamente, demas desto un templo muy viejo y grosero con advocacion de San Antolin. El Rey Don Sancho quando no tenia en que entender, acostumbraba ocuparse en la caza por no parecer que no hacia nada, demas que el exercicio de montería es á propósito para la salud y para hacerse los hombres diestros en las armas. Sucedió cierto dia que en aquellos lugares fué en seguimiento de un jabalí, tanto que llegó hasta el mismo templo á que la fiera se recogió por servir en aquella soledad de albergo

y morada de fieras. El Rey sin tener respeto á la santidad y devocion del lugar pretendia con el venablo herille sin mirar que estaba cerca del altar, quando acaso echó de ver que el brazo de repente se le habia entumecido y faltádole las fuerzas. Entendió que era castigo de Dios por el poco respeto que tuvo al lugar santo; y movido deste escrúpulo y temor invocó con humildad la ayuda de San Antolin, pidió perdon de la culpa que por ignorancia cometiara. Oyó el Santo sus clamores: sintió á la hora que el brazo volvió en su primera fuerza y vigor. Movido otrosí del milagro acordó desmontar el bosque y los matorrales á propósito de edificar de nuevo la ciudad, levantar las murallas y las casas particulares. Lo mismo se hizo del templo, que le fabricaron magníficamente, con su obispo para el gobierno y cuydado de aquella nueva ciudad. Parece que escribo tragedias y fábulas: á la verdad en las mismas historias y corónicas de España se cuentan muchas cosas deste jaez no como fingidas, sino como verdaderas; de las quales no hay para que disputar, ni aproballas ni desechallas, el lector por sí mismo las podrá quilatar y dar el crédito que merece cada qual. Concluyamos con este Rey con decir que acabadas tantas cosas en guerra y en paz, ganó para sí gran renombre, para sus descendientes estados muy grandes. Sus hechos ilustran grandemente su nombre, y mucho mas la gravedad en sus acciones, la constancia y grandeza de ánimo, la bondad y excelencia en todo género de virtudes. En fin de la vida fué desgraciado y triste: camino de Oviedo donde iba con deseo de visitar los sagrados cuerpos de los Santos, por cuyo respeto y con cuya posesion aquella ciudad siempre se ha tenido por muy devota y llena de magestad, fué muerto con asechanzas que le pararon en el camino: quien fuese el matador ni se refiere en las historias, ni aun por ventura entonces se pudo saber ni averiguar. Sospéchase que algun Príncipe de los muchos que envidiaban su felicidad, le hizo poner la celada. Su cuerpo enterraron en Oviedo. Las exêquias le hicieron segun la costumbre magníficamente. Pasados algunos años, por mandado de su hijo Don Fernando Rey de Castilla le trasladaron á Leon y sepultaron en la iglesia de San Isidoro. La letra de su sepulcro dice:

AQUI YACE SANCHO REY DE LOS MONTES PYRINEOS Y DE TOLOSA, VARON CATHÓLICO Y POR LA IGLESIA.

Letra harto notable. Fué muerto á diez y ocho de octubre
1035. año de nuestra salvacion de mil y treinta y cinco. Dexó á sus hijos grandes contiendas y al reyno materia de grandes males por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus estados, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los príncipes suelen redundar en perjuicio del pueblo y pagarse con daño de sus vasallos.





LIBRO NONO.



Capítulo primero.

Del estado de las cosas de España.

Los temporales que se siguieron turbios y alborotados, sus calamidades y desgracias, y las guerras crueles que se emprendieron entre los que eran deudos y hermanos, serán bastante aviso para los que vinieren adelante, quanto importa que el reyno, en especial quando es pequeño y su distrito no es ancho, no se divida en muchas partes ni entre diversos herederos. Buen recuerdo y doctrina saludable es que la naturaleza del señorío y del mando no sufre compañía, y que la ambicion es un vicio desapoderado, cruel, sospechoso, desasosegado, que ni por respeto de amistad ni de parentesco por estrecho que sea, se enfrena para no revolver y trastornar lo alto con lo baxo. No hay gente en el mundo ni tan avisada y política, ni tan fiera y salvage, que no entienda y confiese ser verdad lo que se ha dicho, y sin embargo vemos que muchos olvidados desto y vencidos del amor de padres, ó movidos de otras consideraciones y recatos sin propósito, dividieron á su muerte entre muchos sus estados; en lo qual haber errado grandemente los tristes y desastrados sucesos que por esta causa resultaron, lo mostraron bastantemente; y todavía los que adelante sucedieron, no dudaron de imitar en este yerro

á sus antepasados. Es así que muchas veces las opiniones caidas y olvidadas se levantan y prevalecen; y los hombres de ordinario tienen esta mala condicion de juzgar y tener por mejor lo pasado que lo presente , además que cada qual demasiadamente se fia de sus esperanzas , y halla razones para aprobar lo que desea. Esto le aconteció al Rey Don Sancho, cuya vida y hechos quedan relatados en el libro pasado. Estaba la Christiandad quan anchamente se estendia en España casi toda reducida y puesta debaxo del mando de un Príncipe: merced grande y providencia del cielo para que el señorío de los Moros que de sí mismo se despeñaba en su perdicion, con las fuerzas de todos los Christianos juntas en uno se desarraygase de todo punto en España. Pero desbarató estos intentos la division que este Rey hizo entre sus hijos y herederos de todos sus estados : acuerdo perjudicial y errado. Entramos en una nueva selva de cosas ; y la narracion de aquí adelante irá algo mas estendida que hasta aquí. Por esto será bien en primer lugar relatar el estado en que España y sus cosas se hallaban despues de la muerte del ya dicho Rey Don Sancho. Dividió sus reynos entre sus hijos en esta forma : Don García el hijo mayor llevó lo de Navarra, y el ducado de Vizcaya con todo lo que hay desde la ciudad de Nájara hasta los montes Doca : á Don Fernando hijo segundo dieron en vida su padre y madre Doña Nuña á Castilla , trocado el nombre de Conde que antes solia tener aquel estado, en apellido de Rey : á Don Gonzalo el menor de los tres hermanos legítimos cupieron Sobrarve y Ribagorza con los castillos de Loharri y San Emeterio : á Don Ramiro hijo fuera de matrimonio , aunque de madre principal y noble , dió su padre el reyno de Aragon fuera de algunos castillos que quedaron en aquella parte en poder de Don García , y se le adjudicaron en la particion : traza enderezada á que los hermanos estuviesen trabados entre sí , y por esta forma se conservasen en paz. Todos se llamaron Reyes, y usaban de corte y aparato Real, de que resultaron guerras perjudiciales y sangrientas. Cada qual ponia los ojos en la grandeza de su padre , y pretendian en todo igualarle. Llevaban otrosí mal que los términos de sus estados fuesen tan cortos y limitados. En Leon reynaba á la misma sazon Don Bermudo Tercero deste nombre, cuñado de Don Fernando ya

Rey de Castilla. En el reyno de Leon se comprehendian las provincias de Galicia y de Portugal, y parte de Castilla la Vieja hasta el rio de Pisuerga. Conde de Barcelona era Don Ramon por sobrenombre el Viejo: falleció el mismo año que el Rey Don Sancho, que se contaba de nuestra salvacion mil 1035.
y treinta y cinco. Sucedióle Don Berenguel Borello su hijo aunque pequeño de cuerpo, en ánimo y esfuerzo no menos señalado que sus antepasados. A la verdad ganó por las armas á Manresa y otro pueblo que llaman Prados del Rey Galafre: ganó otrosí y hizo que volviesen á poder de Christianos Tarragona y Cervera, demas de otros pueblos comarcanos, que por negligencia de su padre, ó por no poder mas se perdieron los años pasados. Muchos señores Moros que tenian sus estados por aquellas partes, los sugetó con las armas y forzó á que le pagasen parias. Casó con dos mugeres: la una se llamó Radalmuri, la otra Almodi. De la primera tuvo dos hijos Don Pedro y Don Berenguel: la segunda parió á Don Ramon Berenguel, que se llamó Cabeza de estopa por causa de los cabellos espesos, blandos y rubios que tenia. Este era el estado y disposicion en que se hallaban por este tiempo las cosas de los Christianos en España. Los reynos de los Moros (como de suso se dixo) eran tantos en número quantas las ciudades principales que poseian. El reyno de Córdoba todavía se adelantaba á los demas en autoridad y fuerzas por ser el mas antiguo y mas estendido, si bien los bandos domésticos y alborotos le traian puesto en balanzas. El segundo lugar tenia el de Sevilla: luego Toledo, Zaragoza, Huesca sin otros reyezuelos Moros, en fuerzas, riquezas y valor de menor cuenta que los demas, y que fácilmente los pudieran atropellar y derribar si los nuestros se juntaran para acometellos y conquistallos. Las discordias que de repente y sin propósito resultaron entre los Príncipes, dado que eran hermanos y deudos, estorbaron que no se tomase esta empresa tan santa. Don García Rey de Navarra por voto que tenia hecho dello, ó sea por alcanzar perdon del pecado que cometió en acusar falsamente (como está dicho) á su madre, era ido á Roma á la sazon que su padre falleció, á visitar las iglesias de San Pedro y San Pablo, segun que lo acostumbraban los Christianos de aquel tiempo Don Ramiro su hermano quiso aprovecharse de aquella oca-

sion de la ausencia de Don García para acrecentar su estado que en materia de reynar ningun parentesco, ni ley divina ni humana puede bastantemente asegurar. Para salir con su intento puso liga y amistad con los Reyes de Zaragoza, Huesca, Tudela, si bien eran Moros: juntó con ellos sus fuerzas, rompió por las tierras de Navarra, y en ella puso sitio sobre Tafalla villa principal en aquellas partes. Sucedió que el Rey Don García volvió á la sazon de su romería, y avisado de lo que pasaba, con golpe de gente que juntó arrebatadamente de los suyos, dió de sobresalto sobre su hermano y su hueste con tal ímpetu y furia que le hizo huir de todo su reyno de Aragon sin parar hasta Sobrarve y Ribagorza. El sobresalto fué tal, y la priesa de huir tan arrebatada, que le fué forzado saltar en un caballo que halló á mano sin freno y sin silla, por escapar de la muerte y salvarse. Principios fueron estos de grandes revueltas y desmanes que se siguieron adelante. Los del reyno de Leon no estaban bien con el Rey de Castilla Don Fernando. Los cortesanos, falsos y engañosos aduladores, que ni son buenos para la paz ni para la guerra, atizaban contra él al Rey Don Bermudo. El de suyo se mostraba lastimado así bien por la mengua de haberle tomado su hermana por muger contra su voluntad, como por el menoscabo de su reyno por la parte que conquistaron los Reyes Don Sancho y Don Fernando padre y hijo, y los desaguisados que en aquella guerra le hicieron, segun queda arriba declarado. Ofrecíase buena ocasion para satisfacerse destos agravios por la discordia que comenzaba entre los hermanos, en especial por ser flacas las fuerzas del Rey Don Fernando y su estado no muy grande: acordó pues de juntar su gente, salió á la guerra, y acometió las fronteras de Castilla. Don Fernando avisado del peligro que sus cosas corrian, llamó en su socorro á su hermano Don García, Rey mas poderoso que los demas por el grande estado que alcanzaba, y que de nuevo estaba ufano y pujante por la victoria que ganó contra Don Ramiro su hermano; vino por ende de buena gana en lo que Don Fernando le pedia. Juntaron las fuerzas, marcharon con sus huestes en busca del enemigo, y á vista suya asentaron sus reales á la ribera del rio Carrion en el valle de Tamaron, y cerca de un pueblo llamado Lantada. Tenian grande gana de pelear: or-

denaron las haces por la una y por la otra parte: la batalla fué reñida y sangrienta, muchos de los unos y de los otros quedaron tendidos en el campo. En lo mas recio de la pelea Don Bermudo confiado en su edad, que era mozo, y en la destreza que tenia en las armas grande, y en su caballo que era muy castizo, y le llamaban por nombre Pelayuelo, con grande denuedo rompió por los esquadrones de los contrarios en busca de Don Fernando con intento de pelear con él, sin miedo alguno del peligro tan claro en que se ponia: en esta demanda le hirieron de un bote de lanza de que cayó muerto del caballo. Con su muerte se puso fin á su reyno, y juntamente á la guerra á causa que Don Fernando, ganada la victoria, se entró por el reyno de Leon que por derecho le venia, para apoderarse de él, de sus castillos y ciudades: cosa muy fácil por estar los ánimos de aquella gente amedrentados y cobardes por la muerte de su Rey y la pérdida tan fresca, si bien por el comun afecto de todas las naciones aborrecian el gobierno y mando estrangero, por donde y mas por obedecer á su Rey tomaran primero las armas, y de presente pretendian hacer resistencia á los vencedores. La osadía y ánimo sin fuerzas poco presta. Cerraron pues los de Leon al principio las puertas de su ciudad al exército victorioso que acudió sin tardanza: mas como quier que no estuviese reparada despues que los Moros abatieron sus murallas, ni tuviese soldados, municiones, almacen y bastimentos para sufrir el cerco á la larga, mudados luego de parecer acordaron de rendirse. Llevaron los ciudadanos al Rey con muestra de grande alegría á la iglesia de Santa María de Regla, donde á voz de pregonero alzaron los estandartes por él y le coronaron por su Rey. Hizo la ceremonia Don Servando obispo de Leon, que fué el año de
Christo de mil y treinta y ocho. Reynó Don Fernando en Leon 1038.
veinte y ocho años, seis meses y doce dias: en Castilla otros doce años mas, parte dellos en vida de su padre, parte despues de sus dias. Era entonces Castilla de estrechos términos, pero de cielo sano, templado y agradable: la campiña fresca, y en todo género de esquilmos abundante.

Capitulo II.

De las guerras que hizo el Rey Don Fernando contra Moros.

Con el nuevo reyno que se juntó al Rey Don Fernando, se hizo el mas poderoso Rey de los que á la sazon eran en España. Con la grandeza y poder igualaba el grande zelo que este Príncipe tenia de aumentar la Religion Christiana, demas de las muchas y muy grandes virtudes en que fué muy acabado; y en la gloria militar tan señalado, que por esta causa cerca del pueblo ganó renombre de Grande, como se vee por las historias y memorias antiguas de aquel tiempo, en que el favor, ó sea adulacion de la gente pasó tan adelante que le llamaron Emperador, ó igual á Emperador. Fué otrosí dichoso por la sucesion que tuvo de muchos hijos y hijas. La primera que le nació antes de ser Rey, fué Doña Urraca, despues della Don Sancho que le sucedió en sus reynos, y luego Doña Elvira que casó adelante con el conde de Cabra, demas destos Don Alonso en quien despues vino á parar todo, y Don García el menor de sus hermanos, todos nacidos de un matrimonio. De cuya crianza tuvo el cuydado que era razon: que los hijos en su tierna edad fuesen amaestrados y enseñados en todo género de virtud, buena crianza y apostura, las hijas se criasen en toda christiandad y en los demas exercicios que á mugeres pertenecen. Gozaba en su reyno de una paz muy sosegada, las cosas del gobierno las tenia muy asentadas; mas por no estar ocioso acordó hacer guerra á los Moros. Parecíale que por ningun camino se podia mas acreditar con la gente ni agradar mas á Dios que con volver sus fuerzas á aquella guerra sagrada. Los Moros que habitaban ácia aquella parte que hoy llamamos Portugal, se tendian largamente á las riberas del rio Duero; por donde aquella comarca se llamó entonces Estremadura, y de allí con el tiempo pasó aquel apellido á aquella parte de la antigua Lusitania que cae entre los rios Guadiana y Tajo, y hasta hoy conserva aquel nombre. Caíanle aquellos Moros mas cerca que los demas, y por esta causa aumentado

que hobo su exército con nuevas levas de soldados, marchó contra los que acostumbraban á hacer cabalgadas y grande estrago en las tierras de los Christianos, y á la sazon con una grande entrada que hicieron, robaron muchos hombres y ganados. Dióse el Rey tan buena maña, y siguió los contrarios con tanta diligencia, que vencidos y maltratados les quitó lo primero la presa que llevaban, despues alentado con tan buen principio pasó adelante. Dió el gasto á los campos de Mérida y Badajoz sin perdonar á cosa alguna que se le pusiese delante: los ganados y cautivos que tomó, fueron muchos, ganó otrosí dos pueblos llamados el uno Sena y el otro Gani. Dentro de lo que hoy es Portugal, rindió la ciudad de Viseo con cerco muy apretado que le puso, si bien los Moros que dentro tenia, pelearon valerosa y esforzadamente como los que en el último aprieto y peligro se hallaban. La toma desta ciudad dió mucho contento al Rey no solo por lo que en ella se interesaba, que era pueblo tan principal, sino porque hobo á las manos el Moro, de quien se dixo arriba que mató al Rey Don Alonso su suegro con una saeta que le tiró desde el adarve; la qual muerte el Rey vengó con darla al matador despues que le sacaron los ojos y le cortaron las manos y un pie, que fué género de castigo muy exemplar. En la prosecucion desta guerra se ganaron asimismo de los Moros los castillos de San Martin y de Tarauzo. Cae cerca de aquella comarca la iglesia del Apóstol Santiago, patron y amparo de España, cuyo favor muchas veces experimentaron los nuestros en las batallas. Acordó el Rey de ir á visitalla para hacer en ella sus rogativas, cumplir los votos que tenia hechos, y hacer otros de nuevo para suplicarle no alzase la mano del socorro con que la asistia, y no se le trocase aquella prosperidad y buena andanza, ni se le añublase, ca tenia determinado de no parar ni reposar hasta tanto que desterrase de España aquella secta malvada de los Moros. Esto pasaba el año segundo despues que se apoderó del reyno
de Leon. El siguiente que se contaba de Christo mil y quaren- 1040.
ta, tornó de nuevo con mayor ánimo y brio á la guerra. Puso cerco sobre la ciudad de Coimbra, y aunque con dificultad, al fin la ganó por entrega que los Moros le hicieron con tal solamente que les concediese las vidas. Los trabaxos largos del cerco falta de vituallas y almacen les forzó á tomar este acuerdo.

Algunos dicen que el cerco duró por espacio de siete años; pero es yerro que no fueron sino siete meses, y por descuydo mudaron en años el número de meses. Era en aquel tiempo aquella ciudad de las mas nobles y señaladas que tenia Portugal; al presente en nuestros tiempos la ennoblecen mucho mas los estudios de todas las artes y ciencias que con muy gruesos salarios fundó el Rey Don Juan el III de Portugal para que fuese una de las universidades mas principales de España. Los monges de un monasterio que se decia Lormano, se refiere ayudaron mucho al Rey Don Fernando para proseguir este cerco con vituallas que le dieron, las que con el trabaxo de sus manos tenian recogidas en cantidad sin que los Moros en cuyo distrito moraban, lo supiesen: no se sabe qué gratificacion les hizo el Rey por este servicio, pero sin duda debió de ser grande. Con la toma desta ciudad los términos del reyno de Leon se estendieron hasta el rio Mondego, que pasa por ella y riega sus campos, y en latin se llama Monda. Puso el Rey por gobernador de Coimbra, de los pueblos y castillos que se ganaron en aquella comarca, un varon principal por nombre Sisnando, que era muy inteligente de las cosas de los Moros, de sus fuerzas y manera de pelear á causa que en otro tiempo sirvió á Benabet Rey de Sevilla en la guerra que hacia á los Christianos que moraban en Portugal: tales eran las costumbres de aquellos tiempos. Mientras duraba el cerco de Coimbra, un obispo griego por nombre Estevan, segun en el libro del Papa Calixto II (1) se refiere, que viniera á visitar la iglesia de Santiago, como oyese decir que muchas veces el Apóstol en lo mas recio de las batallas se aparecia y ayudaba á los Christianos, dixo: «Santiago no fué soldado, sino pescador.» Esto dixo él: la noche siguiente vió entre sueños como el mismo Apóstol ayudaba á los Christianos que estaban sobre Coimbra para que tomasen aquella ciudad. Averiguóse que á la misma hora que aquel obispo vió aquella vision, se tomó la ciudad de Coimbra: con que el griego y los demas quedaron satisfechos que el sueño fué verdadero y no vano. El Rey dado que hobo asiento en todas las cosas, acudió de nuevo á visitar

(1) De los milagr. de Santiago, libr. 1. capit. 19.

la iglesia de Santiago, y dalle parte de las riquezas y presa que en la guerra se ganaron, en reconocimiento de las mercedes recebidas, y por prenda de las que para adelante esperaba por su favor alcanzar. Concluido con esta visita y devocion, dió la vuelta para visitar á manera de triumphador las ciudades de sus reynos de Castilla y de Leon. Daba en todas partes asiento en las cosas del gobierno, y de camino recogia de sus vasallos súbditos y ayudas para la guerra que el año siguiente pretendia hacer con mayor diligencia contra los Moros que moraban descuydados á las riberas del rio Ebro, y sabia eran ricos de mucho ganado que robaran á los Christianos. Tocaba esta conquista y pertenecia mas propiamente á los Reyes de Navarra y Aragon; mas la guerra que entre sí se hacian muy brava, no les daba lugar á cuydar de otra cosa alguna. Don Ramiro acrecentó por este tiempo su reyno con los estados de Sobrarve y Ribagorza en que sucedió por muerte de su hermano Don Gonzalo. Algunos por escrituras antiguas que para ello citan, pretenden que Don Gonzalo falleció en vida de su padre, otros que uno llamado Ramoneto de Gascuña en una zalagarda que le armó junto á la puente de Montclus, le dió la muerte volviendo de caza: lo cierto es que enterraron su cuerpo en la iglesia de San Victorian. El Rey Don Ramiro aumentado que hobo por esta manera su reyno, daba guerra á los Navarros que le tenian usurpado parte de su reyno de Aragon. No se les igualaba en fuerzas ni en el múmero de la gente por ser estrecho su estado; pero demas de ser por sí mismo muy diestro en las armas y de mucho valor, tenia socorros de Francia que le acudian por estar casado con Gisberga, ó como otros la llaman Hermesenda, hija de Bernardo Rogerio conde de Bigerra y de su muger Garsenda. En ella tuvo á Don Ramiro, á Don Sancho, á Don García y á Doña Sancha que casó con el conde de Tolosa, y á Doña Teresa que fué muger de Beltran conde de la Proenza. Fuera de matrimonio tuvo asimismo otro hijo por nombre Don Sancho, á quien hizo donacion de Ayvar, Xavier, Latres y Ribagorza con título de Conde: no dexó sucesion, y así volvió este estado á la corona de los Reyes de Aragon. Las armas de Don Ramiro fueron una cruz de plata en campo azul, que adelante mudaron sus descendientes, y las trocaron, como se apuntará en su lugar. Vol-

vamos al Rey Don Fernando, que con intento de hacer guerra á los Moros ya dichos, y revolver contra los del reyno del Toledo que con cabalgadas ordinarias hacian mucho daño en tierra de Christianos, tomadas las armas, sugetó á Santistevan de Gormaz, Vadoregio, Aguilar, Valeranica, que al presente se dice Berlanga. Pasó adelante, puso á fuego y á sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que habia muchas en España, y dellas hacian los Moros señas con ahumadas para que los suyos se apercibiesen contra los Christianos. Desde allí pasados los puertos, frontera á la sazon entre Moros y Christianos, revolvió sobre el reyno de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda: lo mismo hizo en los de Guadalaxara y Alcalá que están puestos á la ribera del rio Henares, sin parar hasta dar vista á Madrid. El Rey Almenon de Toledo movido por estos daños, y con recelo de que serian mayores adelante, compró á costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el Rey Don Fernando. Lo mismo hicieron los Reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demas que prometieron acudirle con parias cada un año. Lo qual todo no menos honra acarreaba á los Christianos y reputacion, que mengua á los Moros, que de tanto poder y pujanza como poco antes tenian, se veian de repente tan flacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de Africa que tan cerca les caia; y eran forzados á aguardar las leyes de los que antes tenian por súbditos y los mandaban. Mudanza que no se debe atribuir á la prudencia y fuerzas humanas, quanto al favor de Dios que quiso ayudar y dar la mano á la Christiandad que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devocion que en toda la gente se via asi grandes como menores, con que todos movidos del exemplo de su Rey se exercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los Christianos que muchos de su voluntad se les aficionaban, y dexada la secta de Mahoma, se baptizaban y se hacian Christianos: otros si bien era Moros, estimaban en tanto los cuerpos de los Santos que tenian en su tierra, por ver que los Christianos los honraban, y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningun oro ni plata ni joyas preciosas tenian en

tanto, segun que por el capítulo siguiente se entenderá.

Capítulo III.

Como trasladaron los huesos de San Isidoro de Sevilla á Leon.

En la ciudad de Leon tenian una iglesia muy principal, sepultura de los Reyes antiguos de aquel reyno, su advocacion de San Juan Baptista. Estaba maltratada; que las guerras, y quando estas faltan, el tiempo y la antigüedad todo lo gastan. La Reyna Doña Sancha era una muy devota señora: persuadió al Rey su marido la reparase, y para mas ennoblecella la escogiese para su sepultura y de sus descendientes; que antes tenia pensado de enterrarse en el monasterio de Sahagun. El Rey que no era menos pio y devoto que la Reyna, y mas aina la excedia en fervor, fácilmente otorgó con su voluntad. Para dar principio á lo que tenia acordado, ya que el edificio iba muy alto, hicieron traer de Oviedo donde yacian, los huesos del Rey Don Sancho de Navarra padre del Rey; y para aumentar la devocion del pueblo trataron de juntar en aquel templo diversas reliquias de Santos de los muchos que en España se hallaban, en especial en Sevilla ciudad la mas principal del Andalucía, que si bien estaba en poder de los Moros, todavía se conservaban en ella muchos cuerpos de los Santos que antiguamente murieron en aquella ciudad. Era cosa dificultosa alcanzar lo que pretendian. Acordó el Rey valerse de las armas y hacer guerra á Benabet Rey de Sevilla. Parecióle que por este camino saldria con su pretension. Corrióle la tierra: muchos pueblos de la Andalucía y de la Lusitania que eran deste Príncipe, á unos taló los campos, otros tomó por fuerza ó de grado. El Rey Moro acosado destos daños tan graves deseaba tomar asiento con los Christianos. Ofrecia cantidad de oro y plata de presente, y para adelante acudir cada un año con ciertas parias. El Rey Don Fernando aceptó aquellos partidos y la amistad del Moro, á tal empero que sin dilacion le enviase el cuerpo de Santa Justa, que fué la ocasion de emprender aquella guerra. Otorgó fácilmente el Moro con lo que se le pe-

dia. Hicieron sus juras y homenages de cumplir lo que ponian con que se alzó mano de las armas. Para traer el santo cuerpo despachó el Rey al obispo de Leon Alvito, y al de Astorga por nombre Ordoño, y en su compañía por sus embaxadores al conde Don Nuño, Don Fernando y Don Gonzalo, personas principales de su reyno: dióles otrosí para su seguridad soldados y gente de guarda. Los ciudadanos de Sevilla avisados de lo que se pretendia, sea movidos de sí mismos por entender quanto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los Santos por medio de sus santas reliquias, ó lo que mas creo, á persuasion de los Christianos que en Sevilla moraban, se pusieron en armas resueltos de no permitir les llevasen de su ciudad aquellos huesos sagrados. Los embaxadores se hallaban confusos sin saber qué partido tomasen. Por una parte les parecia peligroso apretar al Rey Moro; por otra tenian que sería mengua suya y de la Christiandad, si volviesen sin la santa reliquia. Acudióles nuestro Señor en este aprieto: San Isidoro arzobispo que fué de aquella ciudad, apareció en sueños al obispo Alvito principal de aquella embaxada, y con rostro ledo y semblante de gran magestad le amonestó llevase su cuerpo á la ciudad de Leon á trueco del de Santa Justa que ellos pretendian. Avisóle el lugar en que le hallaria, con señas ciertas que le dió; y que en confirmacion de aquella vision y para certificallos de la voluntad de Dios el mismo dentro de pocos dias pasaria desta vida mortal. Cumplióse puntualmente lo uno y lo otro con grande admiracion de todos. Hallóse el cuerpo de San Isidoro en Sevilla la vieja, segun que el Santo lo avisara; y el obispo Alvito enfermó luego de una dolencia mortal que sin poderle acorrer médicos ni medicinas le acabó al seteno. Despidiéronse con tanto los demas embaxadores del Rey Moro. Llevaron el cuerpo de San Isidoro y el del obispo Alvito con el acompañamiento y magestad que era razon. El Rey Don Fernando avisado de todo lo que pasaba, como llegaban cerca, acompañado de sus hijos salió hasta el rio Duero con mucha devocion á recebir y festejar la santa reliquia. Salió asi mismo todo el pueblo, y el clero en procesion, grandes y pequeños con mucho gozo, aplauso y alegría. Fué tanta la devocion del Rey que él mismo y sus hijos á pies descalzos tomaron las andas sobre sus hombros, y las llevaron hasta

entrar en la iglesia de San Juan de Leon. En Sevilla antes que saliese el cuerpo y por todo el camino hizo Dios para honralle muchos milagros: los ciegos cobraron la vista, los sordos el oido, y los cojos y contrechos se soltaron para andar: maravilloso Dios y grande en sus Santos. El cuerpo del obispo Alvito sepultaron en la iglesia mayor de aquella ciudad: el de San Isidoro fué colocado en la de San Juan en un sepulcro muy costoso, y de obra muy prima; que para este efecto le tenian aparejado y presto; que fué ocasion de aquella iglesia que de tiempo antiguo tenia advocacion de San Juan Baptista, en adelante se llamase como hoy se llama de San Isidoro. Refieren otrosí que el jumento que traia la caja de San Isidoro, sin que nadie le guiase, tomó el camino de aquella iglesia de señor San Juan, y el en que venia el cuerpo del obispo, se enderezó á la iglesia mayor; que si es verdad, fué otro nuevo y mayor milagro. Bien veo que esto no concuerda del todo con lo que queda dicho, y que cosas semejantes se toman en diversas maneras; pero pues no referimos cosas nuevas, sino lo que otros testifican, quedará á su cuenta el abonallas y hacer fe dellas, en especial de Don Lucas de Tuy, que compuso un libro de todo esto bien grande, y de los milagros que Dios obró por virtud deste Santo, muchos y notables. Nuestro oficio no es poner en disputa lo que los antiguos afirmaron, sino relatallo con entera verdad. Por el mismo tiempo, como lo escribe Don Pelayo obispo de Oviedo, trasladaron de la ciudad de Avila los cuerpos de los Santos Vicente, Sabina y Christeta sus hermanas. El de San Vicente fué llevado á Leon, el de Santa Sabina á Palencia, el de Santa Christeta al monasterio de San Pedro de Arlanza. En Coyanza que al presente se llama Valencia, en tierra de Oviedo', se celebró un concilio en presencia deste Rey Don Fernando y de la Reyna su muger. En él se juntaron los grandes del reyno y nueve obispos, que fué año del Señor de mil y cinqüenta. En los decretos deste conci- 1050.
lio se mandó al pueblo que asistiese á las horas canónicas que se cantan en la iglesia de dia y de noche y que todos los viernes del año se ayunase de la manera que en otros tiempos y dias de ayuno que obligan por discurso del año. Por este tiempo asimismo dos hijas de dos Reyes Moros se tornaron Christianas y se baptizaron, la una fué Casilda hija de Almenon Rey

de Toledo; la otra Zayda hija del Rey Benabet de Sevilla. La ocasion de hacerse Christianas fué deste manera: Casilda era muy piadosa, y compasiva de los cautivos Christianos que tenian aherrojados en casa de su padre, de su gran necesidad y miseria: acudíales secretamente con el regalo y sustento que podia. Su padre avisado de lo que pasaba, y mal enojado por el caso, acechó á su hija. Encontróla una vez que llevaba la comida para aquellos pobres: alterado preguntóla lo que llevaba, respondió ella que rosas; y abierta la falda las mostró á su padre, por haberse en ellas convertido la vianda. Este milagro tan claro fué ocasion que la doncella se quisiese tornar Christiana; que desta manera suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen, y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecia esta doncella fluxo de sangre: avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande, se bañase en el lago de San Vicente que está en tierra de Briviesca. Su padre que era amigo de los Christianos, por el deseo que tenia de ver sana á su hija, la envió al Rey Don Fernando para que la hiciese curar. Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago: despues recibió el bautismo segun que lo tenia pensado; y en reconocimiento de tales mercedes olvidada de su patria en una ermita que hizo edificar junto al lago, pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion: la iglesia la pone en el número de los Santos que reynan con Christo en el cielo, y en muchas iglesias de España se le hace fiesta á quince de abril. La Zayda quier fuese por el exemplo de Santa Casilda, ó por otra ocasion, se movió á hacerse Christiana, en especial que en sueños le apareció San Isidoro, y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en execucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte deste negocio al Rey su padre: él estaba perplexo sin saber que partido deberia tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija, por otra temia la indignacion de los suyos, si le daba licencia para que se bautizase. Acordó finalmente comunicar el negocio con Don Alonso hijo del Rey Don Fernando: concertaron que con muestra de dar guerra á los Moros hiciese con golpe de gente entrada en tierra de Sevilla, y con esto cau-

tivase á la Zayda, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenian trazado: que los Moros no entendieron la traza, y la Zayda llevada á Leon fué instruida en las cosas que pertenece saber á un buen Christiano. Bautizada se llamó Doña Isabel, si bien el arzobispo Don Rodrigo dice que se llamó Doña María. Los mas testifican que esta señora adelante casó con el mismo Don Alonso en sazon que era ya Rey de Castilla, como se apuntará en otro lugar. Don Pelayo el de Oviedo dice que no fué su muger, sino su amiga. ¿La verdad quién la podrá averiguar? ¿ni quién resolver las muchas dificultades que en esta historia se ofrecen á cada paso? Lo que consta es que esta conversion de Zayda sucedió algunos años adelante.

Capítulo IV.

Como Don García Rey de Navarra fué muerto.

El mismo año que el Rey Don Fernando hizo trasladar á Leon el cuerpo de San Isidoro, que fué el de mil y cinqüenta y 1053.
tres, Don García Rey de Navarra murió en la guerra. Fué hombre de ánimo feroz, diestro en las armas, y no solo era capitan prudente, sino soldado valeroso. Los principios de discordias entre los hermanos, que los años pasados se comenzaron, en este tiempo vinieron de todo punto á madurarse (como suele acontecer) en grave daño de Don García. Don Fernando decia que era suya la comarca de Briviesca y parte de la Rioja por antiguas escrituras que así lo declaraban. Al contrario se quexaba Don García haber recebido notable agravio y injuria en la division del reyno; y en aquel particular defendia su derecho con el uso y nueva costumbre y testamento de su padre. La demasiada codicia de mandar despeñaba estos hermanos, por pensar cada uno que era poca cosa lo que tenia para la grandeza del reyno que deseaba en su imaginacion. Esta es una gran miseria que mucho agua la felicidad humana. Enfermó Don García en Nájara, visitóle Don Fernando su hermano como la razon lo pedia: quísole prender hasta tanto que le satisfaciese en aquella su demanda. Entendió la zalagar-

da Don Fernando, huyó y púsose en cobro. Mostró Don García mucha pesadumbre de aquella mala sospecha que dél se tuvo: procuraba remediar el odio y malquerencia que por aquella causa resultó contra él. Supo que su hermano estaba doliente en Burgos, fuese para allá en son de visitalle y pagalle la visita pasada. No se aplacó el Rey Don Fernando con aquella cortesía y máscara de amistad. Echó mano de su hermano, y preso, le envió con buena guarda al castillo de Ceya. Sobornó él las guardas que le tenian puestas, y huyóse á Navarra resuelto de vengar por las armas aquella injuria y agravio. Juntó la gente de su reyno, llamó ayudas de los Moros sus aliados, y formado un buen exército, rompió por las tierras de Castilla, y pasados los montes Doca, hizo mucho estrago por todas aquellas comarcas. El Rey Don Fernando que no era lerdo ni descuydado, por el contrario juntó su exército que era muy bueno de soldados viejos, exercitados en todas las guerras pasadas. Marchó con estas gentes la vuelta de su hermano resuelto de hacelle todo aquel mal y daño á que el dolor y el odio le estimulaban. Diéronse vista los unos á los otros como quatro leguas de la ciudad de Burgos cerca de un pueblo que se llama Atapuerca. Asentaron sus reales y barreáronse segun el tiempo les daba: ordenaron tras esto sus haces en guisa de pelear. Las condiciones destos dos hermanos eran muy diferentes: la de Don Fernando blanda, afable, cortés, ademas que en las armas y destreza del pelear ninguno se le igualaba. Don García era hombre feroz, arrebatado, hablador, por la qual causa los soldados estaban con él desabridos; y porque á muchos de sus reynos con achaques ya verdaderos, ya falsos, tenia despojados de sus haciendas, suplicáronle al tiempo que se queria dar la batalla, mandase satisfacer á los agraviados. No quiso dar oidos á tan justa demanda: parecíale fuera de sazon, y que tomaban aquel torcedor y ocasion para salir con lo que deseaban. Muchos temian no le empeciese aquella aspereza y el desabrimiento de los suyos; y se recelaban no quisiese Dios castigar aquellas sus arrogancias y injusticias. En especial un hombre noble y principal (cuyo nombre no se sabe, mas en el hecho todos concuerdan) viejo, anciano prudente, y que tenia cabida con aquel príncipe porque fué su ayo en su niñez, visto el grande riesgo que corria, movió tratos de paz

con deseo que no se diese la batalla. Don Fernando se mostraba fácil y venia bien en ello: acudió á Don García, púsole delante los varios sucesos de la guerra, y el riesgo á que se ponia: suplicóle se concertase con su hermano, y le perdonase los yerros pasados, pues no hay persona que no falte y peque en algo: que se moviese por el bien comun; que no era justo vengar su particular sentimiento con daño de toda la Christiandad, y á costa de la sangre de aquellos que en nada le habian errado: ofrecíale de parte de su hermano le haria la satisfaccion que los jueces señalados por las partes en esta diferencia mandasen: que aunque como hermano menor era el primero que movia tratos de paz, pero que se guardase de pasalle por el pensamiento lo hacia por cobardía ó falta de ánimo: que le certificaba le seria muy dañosa aquella imaginacion, pues como él sabia tenia Don Fernando escogidos y diestros soldados en su campo: solo con esta embaxada queria justificar su causa con todo el mundo, vencer en modestia, y que todos entendiesen eran muy fuera de su voluntad las muertes, destruicion y pérdidas que se aparejaban. Con estas buenas razones se juntaron los ruegos y lágrimas del ayo. No se movió Don García, sus pecados le llevaban á la muerte: ni la privanza del que le rogaba, ni su autoridad, ni el peligro presente fueron parte para ablandarle. Dióse pues de ambas partes la señal para la batalla: encontráronse los dos exércitos con gran furia. El ayo de Don García vista la flaqueza de los soldados de su parte, quan pocos eran, quan desabridos, sin esperanza de victoria, por no ver la perdicion de su patria con sola su espada y lanza se metió entre los enemigos do era la mayor carga, y así murió como bueno. Los demas no pudieron sufrir el ímpetu que traia Don Fernando: la turbacion y el miedo grande y la sospecha de aquel gran daño trabaxaba á los Navarros: dos soldados que poco antes se habian pasado al exército contrario, hendiendo y pasando por el esquadron de su guarda con mucha violencia, llegaron hasta Don García y le mataron á lanzadas: caido el Rey, todos los suyos huyeron. El Rey Don Fernando alegre con la victoria, y por otra parte triste por la muerte de su hermano, mandó á los soldados que reparasen, no diesen la muerte á los Christianos que quedaban. Hízose así; solo en el alcance á los Moros que iban

desbaratados y huyendo por los campos, unos mataron, otros cautivaron. El cuerpo de Don García con voluntad del vencedor llevaron sus soldados á Nájara, y allí le enterraron en la iglesia de Santa María que él mismo habia levantado desde sus cimientos. De Doña Estephanía su muger, francesa de nacion, con quien casó en vida de su padre, dexó quatro hijos y otras tantas hijas, que fueron: Don Sancho el mayorazgo, que le sucedió en la corona, y Don Ramiro, á quien habia dado el señorío de Calahorra como ganada de los Moros por las armas: los demas hijos se llamaron Don Fernando y Don Ramon: las hijas Ermesenda, Ximena, Mayor y Doña Urraca. Esta casó con el conde Don García de quien se tratará despues. Con la muerte de Don García su estado fué por sus hermanos destrozado y menoscabado. El Rey Don Fernando tomó para sí los pueblos y ciudades sobre que era el pleyto, sin que nadie le fuese á la mano, ni se lo osase estorbar; que son Briviesca, Montes Doca, y parte de la Rioja, que es la parte por do pasa el rio Oja que da el nombre á la tierra: nace este rio de los montes en que está Santo Domingo de la Calzada, y junto á la villa de Haro entra en Ebro. La otra parte de la Rioja, Navarra, y el ducado de Vizcaya, Nájara, Logroño y otros pueblos y ciudades quedaron en poder de Don Sancho hijo de Don García. Por causa desta guerra y con esta ocasion cobró Don Ramiro á Aragon por las armas, y aun entró en esperanza de hacerse tambien señor de lo demas del reyno de Navarra que era de su hermano muerto; porque en este tiempo, como se vee por escrituras antiguas, se llamaba Rey de Aragon, de Sobrarve, de Ribagorza y Pamplona. Demas que animado con estos principios quitó á los Moros que habian quedado en Ribagorza y su tierra, un pueblo llamado Benavarrio. Por conclusion entre Don Ramiro y Don Sancho el nuevo Rey de Navarra despues de algunos debates y refriegas se hicieron paces con tal condicion que el uno al otro para seguridad se diesen ciertos castillos en rehenes. Ruesta y Pitilla dieron á Don Sancho; Sangüesa, Lerda, Ondusio dieron á Don Ramiro. Recelábanse los dos tio y sobrino que en tanto que en aquellas revueltas andaban, Don Fernando cuyas armas eran temidas, no los maltratase con guerra: por esta causa se juntaron y hicieron pacto y concierto de tener los mis-

mos por amigos y por enemigos, valerse el uno al otro y ayudarse en todas las ocurrencias.

Capitulo V.

Que España quedó libre del imperio de Alemaña.

En el tiempo que España ardia en guerras civiles, tenia el imperio de Alemaña, de los años pasados se trasladara de Francia, Enrique II. deste nombre. La iglesia universal gobernaba el Papa Leon IX. A Leon sucedió Victor II. que con intento de reformar el estado eclesiástico, relaxado por la licencia y anchura de los tiempos, juntó concilio en Florencia ciudad y cabeza de la Toscana el año de mil y cinqüenta y cin- 1055.
co. Despachó dende á Hildebrando (que de monge cluniacense era subdiácono cardenal, grado á que subió por su virtud, letras y talento para negocios) para que fuese á Francia y Alemaña á tratar por una parte con el Emperador de renovar y poner en su punto la antigua diciplina eclesiástica, por otra para apaciguar en Turon de Francia las revueltas y alteraciones que causaban ciertas opiniones nuevas, que contra la Fe enseñaba Berengario diácono de aquella iglesia. Añaden nuestras historias que en aquel concilio se hallaron embaxadores de parte del Emperador susodicho, y que en su nombre propusieron á los obispos ciertas querellas y demandas. En especial estrañaron que el Rey Don Fernando de Castilla contra lo establecido por las leyes y guardado por la costumbre inmemorial, se tenia por exêmpto del imperio de Alemaña, y aun llegaba á tanto su liviandad y arrogancia, que se llamaba Emperador. «Yo (decia él) si no mirara el pro comun y bien de todos, fácilmente pasara por el agravio que á mi dignidad se hace; pero en este negocio es necesario poner los ojos en toda la Christiandad, quan anchamente se estiende por todo el mundo, la qual ninguna seguridad puede tener, si todos no reconocen y respetan y se sugetan á una cabeza que los acaudille y gobierne. La autoridad otrosí de los Sumos Pontífices y su mando será muy flaco, si les falta el brazo y asistencia de los Emperadores, que por esta causa tienen el

segundo lugar en mando y autoridad en toda la Iglesia Christiana. Reprimid pues esta arrogancia y soberbia en sus principios, y no permitais que el daño pase adelante, ni que este mal exemplo por mi descuydo y vuestra disimulacion se estienda á las otras naciones y provincias: ca con el dulce y engañoso color de libertad fácilmente se dexarán engañar, y la sacra magestad del imperio y pontificado vendrán á ser una sombra vana y nombre solo sin substancia de autoridad. Poned entredicho á España, descomulgad al Rey soberbio y sandio. Si así lo haceis, yo me ofrezco no faltar á la honra y pro de la iglesia, y juntar con vos mis fuerzas para mirar por el bien comun; que si por algunos respetos disimulais, yo estoy resuelto de volver por el honor del imperio y por mi particular.» A este razonamiento respondieron los Padres del concilio que tendrian cuydado de lo que el Emperador pedia. Hicieron sus consultas, y considerado el negocio, el Papa Victor pronunció en favor del Emperador que pedia razon y justicia. Era el Papa aleman de nacion, natural de Suevia, por donde naturalmente se inclinaba á favorecer mas la causa de aquel imperio. Despacharon embaxadores al Rey Don Fernando para que le dixesen de parte del Papa y del concilio que en adelante se allanase y reconociese al imperio, y no se intitulase mas Emperador, pues por ninguna razon le pertenecia. Llevaban órden de ponelle pena de descomunion, si no obedeciese á lo que se le mandaba. El Rey oida esta embaxada, se halló perplexo sin resolverse en lo que debia hacer. De la una parte y de la otra se le representaban grandes inconvenientes, no menores en obedecer que en hacer resistencia. Acordó juntar córtes del reyno para tratar en ellas como era razon un negocio tan grave y que á todos tocaba. Los pareceres no se conformaron. Los que eran de mejor conciencia, aconsejaban que luego obedeciese, porque no indignase al Papa y se resolviese España y alterase como era forzoso: que las guerras se debian evitar con cuydado por estar España dividida en muchos reynos, y estos gastados con guerras civiles y quedar dentro de la provincia tantos Moros enemigos de la Christiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo decian que si obedecia, se ponia sobre España un gravísimo yugo que jamás se podria quitar: que era mejor morir con las armas en

la mano que sufrir tal desaguisado en su república y tal mengua en su dignidad. Rodrigo Diaz de Vivar, que adelante llamaron el Cid, estaba á la sazon en la flor de su edad, que no pasaba de treinta años, estimado en mucho por su gran esfuerzo, destreza en las armas, viveza de ingenio, muy acertado en sus consejos. Habia pocos dias antes hecho campo con Don Gomez Conde de Gormaz: venciόle y diόle la muerte. Lo que resultó deste caso fué que casó con Doña Ximena hija y heredera del mismo Conde. Ella misma requirió al Rey que se le diese por marido, ca estaba muy prendada de sus partes, ó le castigase conforme á las leyes por la muerte que dió á su padre. Hízose el casamiento, que á todos estaba á cuento: con que por el grande dote de su esposa, que se allegó al estado que él tenia de su padre, se aumentó en poder y riquezas de tal suerte que con sus gentes se atrevia á correr las tierras comarcanas de los Moros, en especial venció en batalla cinco Reyes Moros que pasados los montes Doca, hacian daños por las tierras de la Rioja. Quitóles la presa que llevaban, y á ellos mismos los hobo á las manos: soltólos empero sobre pleytesía qué le hicieron de acudir cada un año con ciertas parias que concertaron. El Rey Don Fernando en esta sazon se ocupaba en reparar la ciudad de Zamora, que despues que los Moros la destruyeron en tiempo del Rey Don Ramiro no la habian reedificado. Otorgó á los moradores que quisiesen en ella poblar, que se gobernasen conforme á las leyes antiguas de aquella ciudad, que eran las mismas de los Godos. Sucedió que en aquella coyuntura los mensageros de los Moros truxeron á Rodrigo Diaz las parias que concertaron; llamáronle Cid, que en lengua arábiga quiere decir señor: lo uno y lo otro en presencia del Rey y de sus cortesanos, de que tomaron ocasion muchos para envidialle y aborrecelle, como quiera que sea cosa muy natural llevar de mala gana la prosperidad de los otros, mayormente si es estraordinaria; y ninguno se debe mas recatar en el subir, que el que poco antes se igualaba ó era menos que los demás. Sin embargo el Rey maravillado de su valor mandó que de allí adelante le llamasen el Cid; y así fué, que casi olvidado el propio nombre que tenia de pila y de su linage, toda la vida le dieron aquel nuevo y honroso apellido. Algunos añaden que en cierta diferen-

cia que resultó entre los Reyes Don Fernando de Castilla y Don Ramiro de Aragon sobre cuya fuese la ciudad de Calahorra puesta á la ribera del rio Ebro, acordaron que dos caballeros uno de cada parte hiciesen campo sobre aquel caso, y que por quien quedase la victoria, su Rey hobiese la ciudad sobre que se pleyteaba. Dicen otrosí que Don Ramiro señaló por su parte á Martin Gomez, y por Don Fernando tomó á demanda el Cid, que venció y mató á su contrario Martin Gomez, que quieren que sea cabeza y tronco del linage y casa de Luna, muy antiguo y noble solar en España. Pero los mas destos tienen todo esto por falso, á causa que el Rey Don García de Navarra ganó de los Moros aquella ciudad, como arriba se dixo; y así no pudo el Rey de Aragon pretender sobre ella derecho alguno. Estaba el Cid entretenido con el nuevo casamiento, y ocupado en negocios tocantes á su casa: por esto no se halló en las córtes quando se trató de lo que el Emperador pedia y el Papa mandaba tocante al reconocimiento que pretendian debia hacer al imperio de Alemaña. El Rey de su condicion y por su edad se inclinaba mas á la paz y no quisiera la guerra, si bien entendia que de aquel principio, si disimulaba, se podria menoscabar en gran parte la libertad de España. Pero antes que en negocio tan grave se tomase resolucion hizo llamar al Cid para consultalle y que dixese su parecer. Vino al llamado del Rey, y preguntado sobre el caso respondió que no era negocio de consulta, sino que por las armas defendiesen la libertad que con las armas ganaron; que no era razon pretendiese nadie gozar de lo que en el tiempo del aprieto no ayudó á ganar en manera alguna: «¿No será mejor y mas acertado morir como buenos, que perder la libertad que nuestros mayores con tanto afan nos dexaron, y que estos bárbaros hagan burla y escarnio de nuestra nacion? gente que en su comparacion no estiman á nadie. Sus palabras afrentosas, sus soberbias y arrogancias, sus desdenes con los que los tratan, sus embriagueces y demasías no se pueden sufrir. Apenas habemos sacudido el yugo de la sugecion que los Moros tenian puesto sobre nuestras cervices: ¿será bien que nos dexemos avasallar y hacer esclavos de otros Christianos? Hacen sin duda burla de nuestras cosas, como si todo el mundo y toda la Christiandad prestase obediencia y reconociese vasallage á los

Emperadores de Alemaña. Toda la autoridad, poder, honra, riquezas que se ganaron con la sangre de nuestros mayores, serán suyas; ¿y para nos quedarán solo trabaxos, peligros, cautiverios y pobreza? ¿El yugo pesado del imperio Romano que sacudieron de sí nuestros antepasados, nos le tornarán á poner ahora los Alemanes? Serémos por ventura como canalla sin juicio y sin prudencia, sin autoridad y señorío, sugetos á los que si tuviéramos ánimos, temblaran en pensallo? recia cosa es (dirá alguno) hacer resistencia á las fuerzas y poder del Emperador bravo y dura no obedecer al mandado del Papa. De ánimos cobardes y viles es por temor de una guerra incierta sugetarse á daños manifiestos y grandes. El valor y brio vence muchas veces las dificultades que hacen desmayar á los perezosos y floxos. Muchos á lo que veo se dexan llevar desta pusilanimidad, que ni se mueven por honra, ni los enfrena el miedo de la afrenta; que parece tienen por bastante libertad no ser azotados y pringados como esclavos. No creo yo que el Sumo Pontífice nos tenga tan cerradas las orejas que no dé lugar á nuestros justísimos ruegos, y le mueva la razon y justicia que hace por nuestra parte. Envíense personas que con valor defiendan nuestra libertad en su presencia, y declaren quan fuera de camino va lo que pretenden los Alemanes. Quanto á mí, resuelto estoy de defender con la espada en el puño contra todo el mundo la honra, la libertad, que mis mayores me dexaron, y todo lo al. Con esta espada haré bueno que cometen traycion contra su patria todos aquellos que por escrúpulo de conciencia, ó por qualquiera otra consideracion y recato se apartaren deste mi parecer, y no desecharen con mayor cuydado que ellos la pretenden, la sugecion y servidumbre de España. Quanto cada qual se mostrare en defensa de la libertad, en el mismo grado le tendré por amigo, ó por enemigo capital.» Este parecer del Cid Ruy Diaz dió á todos contento: hasta los mismos que al principio flaqueaban; le aprobaron, y conforme á esto se dió la respuesta al Papa. Para hacer rostro á los intentos del Emperador levantaron gente por todo el reyno hasta número de diez mil hombres, demas de los socorros que acudieron de los Moros que les pagaban parias y les eran tributarios. Nombraron por general de toda esta gente al mismo Cid para que el que dió principio á la em-

presa, la llevase adelante y la acabase. Acordó para dar muestra de las fuerzas y valor de España de pasar los montes Pyrineos. Entró por Francia hasta llegar á Tolosa ciudad que (segun yo entiendo) en aquel tiempo estaba á devocion ó era sugeta á España; por lo qual hace la letra y lucillo del Rey Don Sancho el Mayor puesta de suso (1). Desde allí despacharon una embaxada muy principal al Papa, en que le suplicaban enviase personas á propósito que oyesen las razones que por parte de España militaban. Los principales y cabezas desta embaxada, que fueron el conde Don Rodrigo diferente del Cid, y Don Alvar Yañez Minaya, alcanzaron del Pontífice que enviase á España sobre el caso por su legado á Ruperto cardenal sabinense, y que juntamente viniesen embaxadores del Emperador para que el pleyto oidas las partes se ventilase y concluyese. En el entretanto el Rey Don Fernando de Francia dió la vuelta á España. El legado y los embaxadores repararon en Tolosa: allí se trató el negocio, y finalmente sustanciado el proceso con lo que de la una parte y de la otra se alegó, y cerrado, vinieron á sentencia que fué en favor de España, y que para adelante los Emperadores de Alemaña no pretendiesen tener algun derecho sobre aquellos reynos. Deste principio quedó muy asentado, lo que se confirmó por la costumbre del pueblo, por la aprobacion de las otras naciones, por el parecer y comun opinion de los juristas que adelante florecieron, que España no era sugeta al imperio, ni le reconocia ni reconoce algun vasallage tanto importa para semejantes negocios el valor de un hombre prudente y arriscado. Verdad es que los Papas asimismo pretendieron que España les pagase tributo, como parece por una bula de Gregorio VII. que está entre las de su registro, enderezada á los Reyes, Condes y los demas Príncipes de España, en que dice que el tal tributo se solia pagar antes que los Moros della se apoderasen. Pero no salió con esta pretension: debieron todos hacer rostro á esta demanda; y la costumbre inmemorial muestra claramente que España ha sido siempre tenida por libre, y nunca ha pagado tributo á ningun Príncipe estrangero. El linage y descendencia del Cid se debe tomar de Layn Calvo,

(1) Lib. 8. cap. último.

juez que fué de Castilla, como arriba queda dicho, porque este juez tuvo en Doña Elvira Nuña Bella á Fernan Nuño. Deste y de su muger Doña Egilona fué hijo Layn Nuño; cuyo hijo fué Diego Laynez marido que fué de Teresa Nuña, y padre de Rodrigo Diaz por sobrenombre el Cid. Del Cid y su muger Doña Ximena nació Diego Rodriguez de Vivar, que en vida de su padre murió en la guerra contra Moros. Tuvo asimismo el Cid dos hijas, Doña Elvira y Doña Sol, de quien se hará mencion adelante. Algunos concilios de obispos se tuvieron en
este tiempo. El primero en Compostella año de mil y cinqüen- 1056.
ta y seis. Presidió en él Cresconio obispo Compostellano, que se llama obispo de la Sede Apostólica. Halláronse con él Suero obispo dumiense, Vistrario electo metropolitano de Lugo, demas de otros sacerdotes, diáconos y clérigos y abades. Ordenáronse en este concilio muchas cosas muy buenas: Que los obispos y los prestes dixesen misa cada dia: que los canónigos tuviesen un cilicio, y se le pusiesen los dias de ayuno, y todas las veces que se hiciesen letanías por alguna necesidad. En Jaca, tierra del Rey Don Ramiro, se hizo otro concilio año de
mil y sesenta. Halláronse en él los obispos Sancho de Aragon, 1060.
Paterno de Zarogoza, Arnulfo Rotense, Guillermo de Urgel, Eraclio de los Bigerrones, Estevan Olorense, Gomecio de Calahorra, Juan Lectorense. Presidió Austindo arzobispo Auxitano en Francia. Reformáronse las ceremonias de la misa que se habian estragado con el tiempo, y tambien las costumbres de los clérigos; y mandóse que los oficios divinos se hiciesen conforme al uso romano. Ordenóse otrosí que en Jaca estuviese la silla obispal que solia estar en Huesca, pero con condicion que ganada Huesca de los Moros, se le volviese la silla, quedando en su diócesi la misma ciudad de Jaca, y asi se hizo adelante. Dos años despues desto se celebró concilio en San Juan de la Peña presente el Rey Don Ramiro á veinte y uno de junio. Halláronse en él los obispos Don Sancho de Aragon, Don Sancho de Pamplona, Don García de Nájara, Arnulfo de Ribagorza, Julian Castellense, y otros muchos obispos, Ponceio arzobispo de Oviedo, que sospecho yo fué el presidente, aunque se nombra el postrero. En este concilio se ordenó por comun acuerdo de los Padres que un decreto que los años pasados se hizo por el Rey Don Sancho el Mayor, es á saber que

los obispos de Aragon fuesen elegidos por los monges de aquel monasterio, se guardase como en él se contenia. Por el mismo tiempo si bien en el año no conciertan los autores sin que se pueda averiguar la verdad puntualmente, el cardenal Hugo legado que era del Papa en España, en cierta junta de obispos y caballeros que se tuvo en Barcelona por órden y con voluntud del Conde Don Ramon, revocó y dió por ningunas las leyes de los Godos, de que los Catalanes hasta entonces usaban, y ordenó otras nuevas que se guardan hasta nuestros tiempos. Este entiendo yo es aquel Hugo cardenal llamado por sobrenombre Cándido, que el año de mil y setenta y quatro vino de Roma por legado á España en tiempo que sobre el pontificado contendian dos que ambos se llamaban Papas, y cada qual pretendia ser legítimo Pontífice: el uno se llamó Alexandro II: el otro Honorio II. Los Reyes de España seguian la obediencia del Papa Alexandro, cuyo legado era este cardenal, por tener mas fundado su derecho que el competidor y contrario. Procuró este legado, demas de lo ya dicho, que en España se dexase el oficio góthico ó mozárabe, mas no pudo por entonces salir con ello; antes tres obispos de España fueron enviados á Mantua, ciudad de la Gallia Cisalpina ó Lombardía, para donde tenian convocado concilio con intento de sosegar aquel scisma tan perjudicial: llevaron asimismo consigo los libros góthicos, y hicieron que el concilio y los demas obispos los aprobasen y diesen por buenos y cathólicos. Estos obispos eran Munio de Calahorra, Eximio de Auca, Fortunio de Alava, que debieron ser en aquella sazon de los mas principales y doctos destas partes.

Capítulo VI.

Lo Restante del Rey Don Fernando.

De los movimientos y diferencias que resultaron por la pretension de los Emperadores de Alemaña, tomaron los Moros ocasion y avilanteza para sacudir el yugo que los años pasados les pusiera el Rey Don Fernando. A un mismo tiempo casi como de comun acuerdo de todos en diversos lugares tomaron

las armas, en especial en el reyno de Toledo y en los Celtíberos, que es parte de Aragon. El Rey estaba ya pesado con los años; cansado de guerras tantas y tan molestas como por toda la vida tuvo: por el mismo caso las rentas Reales consumidas, los vasallos cansados con los muchos tributos que pagaban. La Reyna Doña Sancha como hembra que era de ánimo varonil, deseosa que la Christiandad fuese adelante, ofreció de su voluntad para ayuda de los gastos de la guerra que no se escusaba, todo el oro y joyas de su persona y recámara. Alentado el Rey con esta ayuda juntó un buen exército con que acometió á los Moros por la parte que corre el rio Ebro: hizo gran estrago y matanza en ellos. Pasó mas adelante hasta llegar á los Catalanes y Valencianos, de donde vino cargado de buenos despojos. Con la misma prosperidad hizo guerra á los del reyno de Toledo, y á todos ellos puso leyes, y hizo jurar pagarian siempre los tributos acostumbrados. Esto hecho, con aparato y gloria de triumphador se volvió á su casa. Quien dice que cerca de Valencia se le apareció San Isidoro, cuyo devoto fué siempre, y le dixo moriria presto; por tanto que se confesase y ordenase con brevedad las cosas de su alma. La enfermedad que luego sobrevino al Rey, confirmó esto ser verdad: por lo qual hecho concierto con los Moros, y recobrados los cautivos que tenian Christianos, y recogidos los despojos que les ganara, sugetas aquellas comarcas y alzados los reales, marchó con su gente para Leon: llevábanle en una litera militar como silla de mano, mudábanse por su órden los soldados y gente principal á porfía quien se aventajaria en el trabaxo: tanto era el amor que le tenian chicos y grandes. El año
de mil y sesenta y cinco á veinte y quatro de diciembre dia sá- 1065.
bado entró en Leon, y como lo tenia de costumbre visitó los cuerpos de los Santos postrado por el suelo con muchas lágrimas, pidióles con su intercesion le alcanzasen buena muerte; y aunque parecia que la enfermedad iba en aumento, todavía estuvo presente á los maytines de Navidad; el dia siguiente oyó misa y comulgó. Otro dia en la iglesia de San Isidoro puesto delante de su sepulcro á grandes voces que todos le oian, dixo á nuestro Señor: «Vuestro es el poder, vuestro es el mando, señor, vos sois sobre todos los Reyes, y todo está sugeto á vuestra merced. El reyno que recebí de vuestra mano, vos

restituyo ; solo pido á vuestra clemencia que mi ánima se halle en vuestra eterna luz.» Dicho esto se quitó la corona, ropa y Reales insignias con que viniera : recibió el olio de mano de los obispos muchos que allí asistian, y vestido de cilicio, y cubierto de ceniza, dia tercero de Pascua fiesta de San Juan Evangelista á hora de sexta finó. Pusieron su cuerpo en la misma iglesia junto á la sepultura de su padre. Las exêquias fueron mas señaladas por las lágrimas del pueblo que por el aparato y solemnidad, aunque tampoco faltó esta como era razon en la muerte de tan grande príncipe. Esto dicen Don Rodrigo y Lucas de Tuy, dado que hay quien diga que murió en Cabezon pueblo junto á Valladolid, y ni aun en el tiempo de su tránsito conciertan los autores. Nos seguimos lo que pareció mas probable, sin atrevernos á interponer nuestro parecer y juicio en cosas semejantes y de tanta escuridad. La vida del Rey Don Fernando fué señalada en christiandad y toda virtud en tanto grado que en la ciudad de Leon cada año se le hace fiesta como á los demas que están puestos en el número de los Santos. Muchas iglesias de su reyno hizo de nuevo, otras reparó con mucha liberalidad y franqueza, especialmente en Leon fundó las iglesias de San Isidoro y de Santa María de Regla, y el monasterio de Sahagun en Castilla, donde ya que era viejo, quando mas se dió á la oracion y devocion, residia muy de ordinario, y cantaba muchas veces en el chôro y comia en el refitorio con los frayles lo que estaba aderezado para ellos. Una vez se le cayó de las manos un vidro que el Abad le daba, como cuenta Don Rodrigo, y luego se le restituyó de oro. Dice mas que como viese andar descalzos los que servian en la Iglesia mayor de Leon por la mucha pobreza, tan menguados eran aquellos tiempos y la pobreza tan apretada, mandó se les señalase renta para calzado. Item que señaló de sus rentas á los monges de Cluñi mil ducados en cada un año. La Reyna Doña Sancha no fué de menor christiandad que su marido, murió dos años adelante; en toda la vida y mas en su viudez se exercitó en toda virtud y devocion. Su muerte fué á quince de diciembre : su cuerpo sepultaron junto al del Rey en la iglesia ya dicha de San Isidro.

Capítulo VII.

Que murió Don Ramiro Rey de Aragon.

El Rey Don Fernando por su testamento entre sus tres hijos dividió el reyno en otras tantas partes; á Don Sancho el mayor señaló el reyno de Castilla como se estiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuerga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de Don García, se añadió á Castilla: el reyno de Leon quedó á Don Alonso con tierra de Campos y la parte de Asturias que llega hasta el rio Deva que pa sa por Oviedo, demas de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte: á Don García el menor dió lo demas del reyno de Galicia; y la parte del reyno de Portugal que dexó ganada de los Moros. Todos tres se llamaron Reyes. A Doña Urraca dexó la ciudad de Zamora, á Doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el infantado, vocablo usado á la sazon para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes hijos menores de los Reyes. No era posible haber paz, dividido el reyno en tantas partes. Estaba suspensa España: temian que con la muerte de Don Fernando resultarian nuevos intentos, grandes revueltas y alteraciones. Para prevenir y poner remedio á esto algunos grandes del reyno rogaban al Rey Don Fernando, y le procuraron persuadir algunas veces no dividiese su reyno en tantas partes, y desto mismo trataron en las córtes. El que mas trabaxó en esto, fué Arias Gonzalo, hombre viejo y de experiencia, y que habia tenido con los Reyes grande autoridad y cabida por su valor en las armas, prudencia y fidelidad, en que no tenia par. El amor de padre para con los hijos, la fortuna ó fuerza mas alta no dieron lugar á sus buenos consejos. Asentábale bien la corona á Don Sancho por ser de buena presencia, y gentil hombre, de muchas fuerzas, mas diestro en los negocios de guerra que de paz. Por esto se llamó Don Sancho el Fuerte. Pelagio Ovetense dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable, si no le irritaban con algun enojo, y si falsos amigos so color de bien no le estragaran. Muerto el padre, se que-

rellaba que en la division del reyno se le hizo conocido agravio: que todo el reyno se le debia á él por ser el mayor, y que le enflaquecieron las fuerzas con dividirle en tantas partes: trataba esto en secreto con sus amigos, y en su mismo semblante lo mostraba. La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luego no hiciese guerra á sus hermanos, mayormente que por la muerte del Rey Don Fernando lo de Leon (como dote suya) quedaba á su disposicion y gobierno. Reynó Don Sancho por espacio de seis años, ocho meses y veinte y cinco dias. Al principio que comenzó á reynar, se le ofreció una guerra contra los Moros, y luego tras aquella otra con el Rey de Aragon: así suelen las guerras trabarse y eslabonar unas de otras, y los alborotos y revueltas nunca paran en poco. El Rey Don Ramiro de Aragon con deseo de ensanchar su reyno con las armas vencedoras perseguia y echaba de Aragon las reliquias de Moros que quedaban: á Almugdadir Rey de Zaragoza y Almudasar Rey de Lérida forzó le diesen parias cada un año; al Rey de Huesca venció en algunos encuentros. Con los Carpetanos confinan los Celtíberos, y con estos los Edetanos, distrito en que está Zaragoza: á estos venció el Rey Don Fernando en otro tiempo, y le pagaban cada año cierto tributo; al presente confiados en la mudanza de los Reyes y en la ayuda de Don Ramiro determinaron de no pagalle las parias. El Rey Don Sancho visto lo que pasaba, acordó de ir contra ellos con un buen exército, que la presteza en revueltas semejables suele ser muy importante. Los Carpetanos, que es el reyno de Toledo, con la venida del Rey luego sosegaron y se pusieron en razon. Los Celtíberos ó Aragoneses dieron mas en que entender, como gente que era mas brava: corrióles los campos, saqueóles las aldeas y pueblos por toda aquella comarca; finalmente se puso sobre Zaragoza cabeza del reyno, y de tal manera apretó el cerco, que la rindió á partido que pues por el mismo caso que le prestaba obediencia, se apartaba de la amistad que tenia con el Rey de Aragon, fuese él tenido á defenderlos de qualquiera que los molestase con guerra quier fuese Christiano, quier Moro: concierto con que se habria la guerra claramente contra el Rey de Aragon. Estrañaba el Rey Don Sancho que el de Aragon se juntara con los Navarros sus enemigos, que de ordinario hacian entradas y cabalgadas en las

tierras de Castilla; demas que á los Celtíberos que caian en la conquista de Castilla, los tenia por sus tributarios. Estaba el Aragonés puesto sobre el castillo de Grados, que edificaron los Moros ribera del rio Esera para que les sirviese de baluarte muy fuerte contra los intentos y fuerzas de los Christianos. El Rey Don Sancho en conformidad de lo que concertara con los Moros, acudió á dar favor á los cercados y hacer que se levantase aquel cerco. Los Aragoneses alterados con aquella venida tan repentina, y apretados de los Castellanos por frente, y de los Moros que salieron del castillo, por las espaldas, en breve quedaron vencidos y desbaratados: unos se salvaron por los pies, otros que acudieron á la pelea, quedaron tendidos en el campo; el mismo Rey de Aragon murió en aquella pelea que
sucedió el año poco mas ó menos de mil y sesenta y siete: tu- 1067.
vo la corona por espacio de treinta y un años: sepultaron su cuerpo en San Juan de la Peña, iglesia principal y entierro de otros muchos Reyes que allí yacian sepultados. Esta victoria fué triste y desabrida para los Christianos, y de mal pronóstico para lo de adelante por dar el Rey Don Sancho principio á sus hazañas con la muerte de su mismo tio. Del Papa Gregorio VII que gobernó la iglesia por estos tiempos, se halla una bula en que alaba al Rey Don Ramiro, y dice fué el primero de los Reyes de España que dió de mano á la superstícion de Toledo (que así llamaba él al breviario y misal de los Godos) la qual supersticion tenia con una persuasion muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. A la verdad este príncipe fué muy devoto de la Sede Apostólica, en tanto grado que estableció por ley perpetua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al Sumo Pontífice: grande resolucion y muestra de piedad. Sucedióle en el reyno don Sancho Ramirez el mayor de sus hijos, que era de edad de diez y ocho años, muy semejable en la virtud á su padre. En tiempo
deste príncipe el año que se contaba de mil y sesenta y ocho, 1068.
Guinardo conde de Ruysellon edificó y pobló la villa de Perpiñan en los confines de Francia, cerca de donde estuvo asentada la antigua ciudad de Ruysellon cabeza de aquel estado. El nombre de Perpiñan se tomó de dos mesones que en aquel sitio poseia un hombre llamado Bernardo de Perpiñan. Dícese

otrosí deste Rey Don Sancho que abrogó las leyes góthicas á imitacion de la ciudad de Barcelona que hizo lo mismo, como queda dicho, y mandó se siguiesen las imperiales, y conforme á ellas se administrase justicia y sentenciasen los pleytos. Casó con Doña Felicia hija de Armengol conde de Urgel en quien tuvo tres hijos, Don Pedro, Don Alonso, y Don Ramiro, que todos consecutivamente fueron reyes de Aragon. Otro su hijo bastardo por nombre Don García fué adelante obispo de Jaca. Por este tiempo era obispo de Compostella, ó de Santiago, Cresconio prelado de mucha virtud y conocida prudencia. Sucedióle en aquella iglesia otro de su mismo linage llamado Gudesteo: á este á cabo de dos años que gobernaba su iglesia, de noche en su lecho mató un tio suyo, llamado Froyla, no por otra causa sino porque pretendia recobrar los pueblos de su diócesi de que malamente y contra razon él se apoderara: tanto puede la codicia demasiada de mandar y tener. A este prelado sucedió otro llamado Pelayo, en cuyo tiempo se recibió la ley Toledana y Romana, que así lo dice la Historia Compostellana. Por ley Toledana entiendo yo el órden de decir la misa y las horas canónicas, que de Francia vino á Toledo, y de allí se entendió por las otras partes, quitado el oficio de los Godos como se dirá en su lugar. La ley Romana era la de continencia de los clérigos, que tenian muy estragada y mudada de lo antiguo la diciplina eclesiástica en esta parte, y los Romanos Pontífices pugnaban por todas las vias posibles que en Alemaña, Francia, y España en particular se reparase este daño.

Capítulo VIII.

Como Don Sancho Rey de Castilla hizo guerra á sus hermanos.

En un mismo tiempo reynaban en España tres Reyes primos hermanos que tenian un mismo nombre, aunque no igual poder y fuerzas: hasta en la manera de muerte fueron todos tres muy semejables. Don Sancho Rey de Castilla que era el mas poderoso, demas de la muerte que dió á su tio el Rey Don Ramiro, con que mucho amancilló el principio de su reynado,

hecho mas feroz de cada dia se iba á despeñar en mayores males, si bien por su mucho poder y destreza ponia miedo á los demas. Don Sancho Rey de Navarra el pequeño estado y reyno que alcanzaba y sus pocas fuerzas ayudaba con la confederacion que tenia puesta con el otro Don Sancho Rey de Aragon: traza para asegurarse los dos contra el poder de Castilla, y proseguir contra él la enemiga que heredaron de sus padres. No ignoraba el de Castilla estos intentos y artes: acordó ganar por la mano y anticiparse, rompió con su gente por las tierras de Navarra hasta dar vista á la villa de Viana. Acudieron los dos Reyes, y en aquel lugar se vino á batalla, en que el de Castilla fué roto, y con pérdida de mucha gente dió vuelta á su casa. Los vencedores, determinados de seguir y executar la victoria, rompieron por la Rioja y por la comarca de Briviesca, do cobraron por las armas todo lo que el Rey Don Fernando ganara por aquellas partes. Por esta manera se trabaron con guerras entre sí aquellos tres príncipes sin acordarse de la que restaba contra Moros. El Rey Don Sancho de Castilla no pudo por entonces satisfacerse de los dos Reyes sus primos á causa de otra nueva guerra que emprendió en esta misma coyuntura contra sus hermanos. Era codicioso de estados, arrojado, atrevido y executivo, feroz por las fuerzas y poder que alcanzaba. Pretendia que todo lo que fué de su padre, le pertenecia, demas de otras querellas particulares que nunca faltan. La flaqueza de sus hermanos le animaba, su poca concordia y recato, pues no se hacian á una para acudir con las fuerzas de ambos al peligro que al uno y al otro amenazaba. Hizo levas de gente: juntó un exército el mayor que pudo, resuelto de llevar aquella empresa hasta el cabo. Don Alonso que era el primero á quien aquella tempestad amenazaba, si bien despachó embaxadores á su hermano Don García y á sus primos de Aragon y Navarra para que le acudiesen con sus fuerzas, y ayudasen á rebatir el orgullo del enemigo comun, y perseguir aquella bestia fiera y salvage; por la apretura del tiempo juntó sus soldados que los tenia muchos y buenos, y fué en busca del enemigo. Diéronse vista junto á un pueblo que se llamaba Plantaca: ordenaron sus haces; dióse la batalla con gran corage y esfuerzo. La victoria quedó por los castellanos, y el Rey Don Alonso, vencida y destrozada su hueste, se

retiró á la ciudad de Leon. Despues procuró reparar y rehacer su exército; y tornóse á encontrar con el enemigo cabe el pueblo que se llamaba Golpelara (como dice Don Pelayo Obispo de Oviedo, ó como dice el Arzobispo Don Rodrigo Vulpecularia) pueblo asentado en la ribera del rio Carrion: trocóse la fortuna y fué vencido el Rey de Castilla. Con la prosperidad suelen descuydarse los vencedores. El Cid iba en compañía del Rey Don Sancho en todas las guerras, como la razon lo pedia: era como está dicho hombre de grande esfuerzo, sagaz y muy diestro en el pelear. Sospechó lo que fué. Recogió los soldados huidos y muy de mañana con el sol acometió los reales de los enemigos, que cargados de sueño y vino se hallaban muy lexos de pensar cosa semejante. En el miedo y peligro repentino cada qual muestra quien es: unos huian, otros tomaban las armas, todos mandaban y ninguno obedecia, ni hacia lo que era menester: así en breve espacio quedaron vencidos. Don Alonso se retiró á la Iglesia de Carrion en que tenia puestos soldados de guarnicion. Allí le prendieron y enviaron á Burgos para que estuviese en buena guarda dentro del castillo de aquella ciudad. Pusiéronse de por medio la infanta Doña Urraca hermana de los Reyes, que queria mucho á Don Alonso por su buena condicion, y el conde Don Peranzules que en toda aquella adversidad nunca le desamparó. Dieron traza que con licencia del Rey Don Sancho fuese al monasterio de Sahagun que está ribera del rio Cea, y que allí tomase el hábito de monge, renunciado el estado de seglar. Esperaban que las cosas se trocarian, y no faltaria alguna buena ocasion para que aquel príncipe despojado volviese á su reyno. Tomó el hábito
1071. el año que se contaba de Christo mil y setenta y uno. Pasó algun tiempo en aquella vida que tomó por fuerza. Los mismos exhortaron á Don Alonso que renunciado el hábito se fuese á Toledo, y se pusiese debaxo el amparo del Rey Moro Almenon, que fué grande amigo de su padre. Hízose así, huyó como le aconsejaban, y entróse por las puertas de aquel Rey. Pidióle audiencia, y en dia señalado le habló en esta sustancia: « Quanto quisiera, Rey Almenon, ya que no se me escusaba esta necesidad de acudir á tu socorro y amparo yo que poco antes era Rey poderoso, y al presente me hallo desterrado, pobre y cercado de miserias, tener con algun servicio señala-

do grangeada tu amistad y tu gracia. Pero ni mi edad que no es mucha, ni la diferente religion que profesamos, me han dado á ello lugar; y para los príncipes magnánimos qual tú eres bastante causa debe ser para dar la mano y levantar á los caidos su grandeza y benignidad; que como yo en mis males huelgo de acudir á tus puertas antes que á las de otro, movido de la fama de tus virtudes, así te debe dar contento se haya ofrecido ocasion para hacer bien á un hijo del gran Rey Don Fernando. ¿Mas qué podia yo hacer? ¿á quién acogerme en mis cuitas? Todas mis ayudas me faltan, de mis bienes y de mi reyno estoy despojado por mi mismo hermano Don Sancho, si hermano se debe llamar el que no guarda lealtad y parentesco, y que tiene por bastante causa el apetito de mandar para atropellar los hijos de su padre. ¿Mis deudos qué me podian prestar? pues pretende tambien envestir con mi hermano Don García, y los Reyes nuestros primos están poco sabrosos con nuestra casa. Finalmente no me quedó otro remedio sino desterrarme, ni hallé otro amparo sino en tu sombra. No pretendo que por mi causa ni para restituirme en mi reyno emprendas alguna guerra, si bien los grandes príncipes se suelen encargar de deshacer semejantes agravios; solo te suplico me des lugar en tú casa para pasar mi destierro, que será algun alivio de cuita tan grande, y de entretenerme en tu reyno solo con la esperanza de que el causador destos daños, feroz al presente y ufano, trocadas las cosas será en breve castigado de la crueldad que ha usado contra sus hermanos y contra sus deudos: cosa que si sucediere, y Dios otorgare con mi deseo y me sacare destos males, puedes estar cierto que nunca pondré en olvido el acogimiento y gracia que me hicieres.» El Rey Almenon como quier que tenia á mucha honra que aquel poco antes Rey poderoso acudiese á su amparo con tanta humildad, y confiaba que en algun tiempo le podria ser de provecho aquella su venida; respondió con semblante alegre y en pocas palabras á este razonamiento. Dixo que le pesaba de su desgracia, pero que debia llevar aquel reves con buen talante, pues su conciencia no le acusaba de culpa alguna. Que las cosas desta vida son sugetas á mudanzas; por tanto de presente se sufriese, y para adelante se entretuviese con aquella buena esperanza que decia. En su reyno podria estar todo el tiempo que

le pluguiese: que ninguna cosa le faltaria para el sustento de su casa, y que fuera de su reyno y de su patria ninguna otra cosa echaria menos; finalmente que le tendria como á hijo y le trataria como á tal. Señalóle casa para su morada junto á su palacio, que estaba donde ahora el monasterio de la Concepcion, y caia cerca un templo de Christianos, que se entiende era el que hoy tienen los Carmelitas. Con esto tenia aparejo para oir misa y los oficios divinos, y para hablar al Rey quando le parecia. Hizo su pleyto homenage que guardaria lealtad al Moro, y acudiria á su servicio como era razon. Era Don Alonso muy apuesto y agraciado, modesto, prudente, liberal, y de costumbres muy suaves, con que en breve ganó las voluntades de aquella gente, y todos se le aficionaban. Su hermana Doña Urraca cuydaba de sus cosas. Pidió licencia al Rey Don Sancho, y con ella le envió para que le hiciesen compañía, al conde Peranzules y otros dos hermanos suyos Gonzalo y Hernando para que le sirviesen y él se aconsejase con ellos. En compañía de los tres vinieron otros muchos: todos quiso el Rey Moro ganasen su sueldo porque tuviesen con que sustentarse, y quando fuese menester le sirviesen en la guerra que de ordinario tenia contra otros Moros comarcanos. En esto pasaba aquel príncipe desterrado su vida: quando cesaba la guerra, dábase á la caza y á la montería; y para mayor comodidad de sus monteros edificó un alquería que despues creció en vecindad, y hoy se llama Brihuega, pueblo conocido en el reyno de Toledo. Su ordinaria residencia era en Toledo: trataba mucho con el Rey, y de cada dia con su buen término le ganaba mas la voluntad, y el Moro gustaba mucho de su conversacion y compañía. Aconteció que cierto dia fueron á tomar deporte y recreacion en una huerta cerca de la ciudad por do pasa el rio Tajo, con cuyo riego y agua que dél sacan muchas azudas, se hace muy fértil y de mucho provecho; y hoy se llama la huerta del Rey. Adormecióse con la frescura Don Alonso. El Rey y sus cortesanos que cerca estaban recostados á la sombra de un árbol, comenzaron á tratar del sitio inexpugnable de Toledo, de sus murallas y fortaleza: uno dellos el mas avisado replicó, por solo un camino se podria esta ciudad conquistar; si por espacio de siete años continuados le pusiesen cerco, y cada un año para quitalle el mantenimiento

le talasen los campos y quemasen las mieses, sin duda se perderia. Don Alonso que del todo no dormia, ó acaso despertó, oyó con mucho gusto aquella plática, y la encomendó á la memoria. Añaden á esto algunos que el Rey Moro, advertido del peligro y del descuydo, para ver si dormia le mandó echar plomo derretido en la mano, y que por esta causa le llamaron Don Alonso el de la mano horadada. Invencion y hablilla de viejas, ¿porqué como podian tener tan á mano plomo derretido, ni el que mostraba dormir, disimular tan grave dolor y peligro? la verdad, que le llamaron así por su flaqueza y liberalidad extraordinaria. Otro dia refieren que estando en presencia del Rey, se le levantó el cabello, y se le erizó de manera que aunque el Rey por dos ó tres veces se le allanó, todavía se tornaba á levantar. Los Moros como gente que miran mucho en estos agüeros, avisaron que aquello era pronóstico de grande mal, que se apoderaria de aquel reyno, si no ganaban por la mano con darle la muerte para asegurarse. ¿Quién podrá desbaratar los consejos de Dios? el Rey era de suyo muy humano, y tenia buena voluntad á Don Alonso; por esto no se dexó persuadir de los agoreros, ni vino en quebrantar por su causa leyes del hospedage: contentóse con que Don Alonso le hiciese de nuevo pleyto homenage que le seria amigo verdadero y leal. Esto pasaba en Toledo: por otra parte el Rey Don Sancho feroz y ufano por la victoria que ganó, tomaba posesion del reyno de Leon, en que unas ciudades se le rendian de voluntad, de otras se apoderó por fuerza de armas. En particular la ciudad de Leon al principio le cerró las puertas; pero al fin con un cerco que tuvo sobre ella muy apretado, á exemplo de las demas ciudades se allanó. Concluido esto á su voluntad, revolvió contra Galicia, do el otro hermano reynaba con pocas fuerzas por tener el reyno dividido en bandos, y estar disgustados contra él los naturales á causa de los muchos tributos que les imponia, de cada dia mayores y mas graves: el mayor daño que se dexaba gobernar á sí y á todas sus cosas públicas y particulares de un criado que tenia con él gran cabida, que suele ser un grave daño en los príncipes. De ordinario las mercedes que los príncipes hacen, se atribuyen á ellos mismos; y si en alguna cosa se yerra, cargan á los ministros y á los que tienen á su lado, que suelen pagar con la vida la de-

masiada privanza, como sucedió en este caso: ca los caballeros indignados por aquella causa dieron la muerte á aquel su criado en su misma presencia, y aun pasaron tan adelante que por sospecharse de muchos eran participantes en aquel delito, para asegurarse tomaron las armas y alborotaron el reyno: menospreciaban es á saber al que vian dexarse gobernar por hombre semejante; y sin duda es señal que el príncipe no es grande quando sus criados son muy poderosos. En este estado se hallaba Galicia al tiempo que el Rey Don Sancho acometió á tomalla. Don García visto que por estar los suyos alborotados no podria contrastar á las fuerzas de su hermano, con solos trecientos soldados que le siguieron, desamparada la tierra, acudió á los Moros de Portugal. Persuadíales le ayudasen con sus fuerzas: que si bien andaba fuera de su casa, todavía le acudirian sus vasallos. Que se apiadasen de su trabaxo, y hiciesen rostro á la ambicion de su hermano, siquiera por asegurar sus cosas, y no tener por vecino enemigo tan poderoso, que si salia con aquella pretension, no pararia hasta enseñorearse de todo. Representábales los intereses que podian esperar de aquella guerra, que todos serian para ellos mismos, y el se contentaria con recobrar su estado y vengar aquel agravio. A estas razones respondieron los Moros que les pesaba de su mal; pero que no les venia á cuento meter en peligro sus cosas por ayudarle, y mucho menos fiar de promesas de hombre que no se supo conservar en lo que tenia. Despedido deste socorro, todavía quiso probar ventura alentado con otros muchos que le acudieron, unos por odio del Rey Don Sancho, otros por tener parte en la presa, parte Moros, parte Christianos. Con esta gente rompió por las tierras de su reyno: los pueblos y ciudades de Portugal fácilmente se le rendian. Acudió el Rey Don Sancho para atajar esta llama: llegó con su gente hasta Santaren que antiguamente fué Scalabis. Juntáronse los dos campos, dióse la batalla de poder á poder, el campo quedó por el Rey de Castilla, el estrago y matanza de los contrarios fué grande, muchos prisioneros, y entre los demas el mismo Don García, que llevaron al castillo de Luna en Galicia, donde pasó en prisiones lo que restó de la vida, pobre y despojado de su estado. Era de suyo hombre descuydado y floxo, suelto de lengua, y no bastante para tan

grandes olas y tormenta como contra él se levantaron.

Capítulo IX.

Como el Rey Don Sancho murió sobre Zamora.

Concluido que hobo el Rey Don Sancho con los dos hermanos, luego que se vió señor de todo lo que su padre poseia, quedó mas soberbio que antes y mas orgulloso. No se acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasías semejantes, y volver por los que injustamente padecen; ni consideraba quanta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometíase una larga vida, muchos y alegres daños, sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Daspojados los hermanos, solo quedaban las dos hermanas, que pretendia tambien desposeer de los estados que su padre les dexó. El color que para esto tomaba, era el mismo del agravio que pretendia se le hizo en dividir el reyno en tantas partes: la facilidad era mayor á causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mugeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenian apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores era gente muy esforzada y muy leal, y aparejados á ponerse á qualquier riesgo por defenderse de qualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia, y de cuyos consejos se valia la infanta Doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra. El Rey visto que por voluntad no vendrian en ningun partido, ni se le querian entregar, acordó usar de fuerza. Juntó sus huestes, y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa: el cerco se apretaba, combatian la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban á sentir los daños del cerco, y el riesgo que todos corrian, los espantaba y hacia blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban quando un hombre astuto llamado Vellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo mo-

tivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinacion de dar la muerte al Rey, y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al Rey: decia le queria declarar los secretos y intentos de los ciudadanos, y aun mostrar la parte mas flaca del muro y mas á propósito para darle el asalto y forzalla. Creen los hombres fácilmente lo que desean: salió el Rey acompañado de solo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometia. Hizo dél mas confianza de lo que fuera razon, que fué causa de su muerte, porque estando descuydado y sin recelo de semejante traycion, Vellido Dolfos le tiró un venablo que traia en la mano, con que le pasó el cuerpo de parte á parte: estraño atrevimiento y desgraciada muerte, mas que se le empleaba bien por sus obras y vida desconcertada. Vellido luego que hizo el golpe, se encomendó á los pies con intento de recogerse á la ciudad. Los soldados que oyeron las voces y gemidos del Rey que se rovolcaba en su sangre, fueron en pos del matador, y entre los demas el Cid que se hallaba en aquel cerco. La distancia era grande y no le pudieron alcanzar; que las guardas le abrieron la puerta mas cercana, y por ella se entró en la ciudad. Esto dió ocasion para que los de la parte del Rey se persuadiesen fué aquel caso pensado, y que los demas ciudadanos ó muchos dellos eran en él participantes. Los soldados de Leon y de Galicia no sentian bien del Rey muerto, ni les agradaban sus empresas, y así sin detenerse mas tiempo desampararon las banderas y se fueron á sus casas. Los de Castilla, como mas obligados y mas antiguos vasallos, parte dellos con gran sentimiento llevaron el cuerpo muerto al monasterio de Oña, do le sepultaron y hicieron sus honras, que no fueron de mucha solemnidad y aparato; la mayor parte se quedaron sobre Zamora, resueltos de vengar aquella traycion. Amenazaban de asolar la ciudad, y dar la muerte á todos los moradores como á traydores y participantes en aquel trato y aleve. En particular Don Diego Ordoñez de la casa de Lara, mozo de grandes fuerzas y brio, salió á la causa. Presentóse delante de la ciudad armado de todas armas y en su caballo; y desde un lugar alto para que lo pudiesen oir, henchia los ayres de voces y fieros, amenazaba de destruir y asolar los hombres, las aves, las bestias, los peces, las yerbas y los árboles sin perdonar á

cosa alguna. Los ciudadanos entre el miedo que se les presentaba, y la vergüenza de lo que dellos dirian, no se atrevian á chistar: el miedo podia mas que la mengua y quiebra de la honra. Solo Arias Gonzalo, si bien su larga edad le pudiera escusar, determinó de salir á la demanda, y ofreció á sí y á sus hijos para hacer campo con aquel caballero por el bien de su patria. Tenia en Castilla costumbre que el que retase de aleve alguna ciudad, fuese obligado para probar su intencion hacer campo con cinco cada uno de por sí. Salieron al palenque y á la liza tres hijos de Arias Gonzalo por su órden Pedro, Diego y Rodrigo. Todos tres murieron á manos de Don Diego Ordoñez que peleaba con esfuerzo muy grande. Solo el tercero bien que herido de muerte, alzó la espada, con que por herir al contrario le hirió el caballo y le cortó las riendas: espantado el caballo se alborotó de manera que sin poderle detener salió y sacó á Don Diego de la palizada, lo que no se puede hacer conforme á las leyes del desafío, y el que sale se tiene por vencido. Acudieron á los jueces que tenian señalados: los de Zamora alegaban la costumbre recebida, el retador se defendia con qué aquello sucedió acaso, y que salió del palenque contra su voluntad. Los jueces no se resolvian, y con aquel silencio parecia favorecian á los ciudadanos. Desta manera se acabó aquel debate, que sin duda fué muy señalado, como se entiende por las corónicas de España, y lo dan á entender los romances viejos que andan en este propósito, y se suelen cantar á la vihuela en España, de sonada apacible y agradable.

Capitulo X.

Como volvió el Rey Don Alonso á su Reyno.

Esto pasaba en Zamora: Doña Urraca cuydadosa de lo que podria resultar en el reyno despues de la muerte de su hermano, y por el amor que tenia á Don Alonso, que deseaba sucediese en su lugar y recobrase su reyno, acordó despachalle un mensagero á Toledo para avisalle de todo, y en particular de la desastrada muerte de su hermano. Dió al mensagero señas secretas para que se certificase que ella misma le enviaba las car-

tas en cifra por lo que pudiese suceder, que nadie las entendiese dado caso que se las tomasen. Lo que contenian en suma era : Que no hay en el mundo alegría pura que no vaya destemplada con tristeza : que el Rey Don Sancho era muerto por traycion de Vellido Dolfos : que si bien tenia merecida la muerte y los tenia á todos agraviados, en fin era hijo de sus padres, y fuerza se doliesen de su triste suerte : que muy presto se alzaria el cerco de Zamora, si bien Don Diego Ordoñez cargaba á los ciudadanos de traydores como participantes en aquel caso, y los retaba resuelto de proballes en campo y por las armas aquel aleve : lo que hacia al caso, y ella siempre deseara y lo suplicaba á Dios, era que él como deudo mas cercano era llamado á la corona para que recobrase su reyno y sucediese en lo demas; por tanto que abreviase para prevenir los intentos de gente no bien intencionada, grangear y conquistar las voluntades de todos los vasallos : finalmente que se guardase de gastar el tiempo en demandas y respuestas, consultas y dudas fuera de sazon, pues en casos semejantes no hay cosa mas saludable que la presteza. Esto contenia la carta. Muchas escuchas de Moros que andaban mezclados entre los Christianos, avisaron primero al Rey Moro de lo que pasaba, y la fama que en casos semejantes siempre se adelanta y vuela. Peranzules que por congeturas que para ello tenia, cada dia esperaba algun trueco y mudanza, salia cada dia en son de caza de la ciudad de Toledo por espacio de una legua para informarse de los caminantes y saber lo que pasaba. Con este cuydado hobo á las manos una ó dos espías de los Moros que venian con aquel aviso, y sacados del camino, por encubrir las nuevas si pudiera, les dió la muerte : finalmente encontró con el mensagero de la infanta, informóse en particular de todo, y con tanto dió vuelta para la ciudad, y avisó á Don Alonso de lo que venia en las cartas y el mensagero decia. Aconsejábale que con todo el secreto posible sin dar parte al Rey Moro se partiese prestamente; á la verdad parecia recia cosa fiarse de los Moros, que como tales poca lealtad suelen guardar, ademas de otros inconvenientes que podian resultar, que el miedo y el amor suelen hacer mayores de lo que son. Don Alonso estaba perplexo sin saber qual partido debia seguir y que consejo tomar. Pareciale bien lo que aquel caballero le decia ; mas por otra parte

se le hacia de mal mostrarse descortés con quien le tenia tan obligado. Resolvióse finalmente de seguir lo que parecia mas seguro y mas honesto. Habló con el Rey Almenon : avisóle de todo lo que ya él mismo sabia, aunque disimulaba : pidióle licencia para tomar posesion del reyno á que los suyos le convidaban; que no le pareció justo partirse sin su voluntad, y sin que lo supiese de quien tantos regalos tenia recebidos. El bárbaro vencido con esta cortesía y lealtad respondió se holgaba mucho que le ofreciesen el reyno, y mucho mas que con aquella cortesía le quitase la ocasion de trocar las buenas obras que le hiciera, menores que él merecia y él mismo deseaba, en algun desabrimiento, si se pretendiera ir sin que él lo supiese, y sin dalle parte de lo que por otra via muy bien sabia; y aun le tenia tomados los pasos y en los caminos puestas guardas para que no se le pudiese escapar, si por ventura lo intentase: que muy en buen hora fuese á tomar la corona que le ofrecian, solo queria que para seguridad de la amistad que tenian puesta, le hiciese de nuevo el juramento que le tenia hecho de ser verdadero amigo así suyo como de su hijo Hissem, para no faltar jamas en la fé y palabra que se daban, pues ponian á Dios por juez y por testigo de aquella confederacion y amistad. Hízose todo como el Moro lo pedia: ayudóle con dineros para el camino, y aun para mas honrarle al partirse le acompañó por algun buen espacio : exemplo singular de fidelidad y templanza en un Rey bárbaro como aquel. Lo que se ha dicho tengo por mas cierto que lo que refiere Don Lucas de Tuy, es á saber que sin que el Rey lo supiese, se descolgó por los adarves, y se huyó en postas que le tenian aprestadas. De qualquier manera que ello fuese, él enderezó su camino á Zamora, donde la Infanta le esperaba, y á quien siempre tuvo en lugar de madre: consultó con ella lo que debia hacer, despachó sus correos por todas partes para avisar de su venida. Los de Leon no mostraron dificultad alguna, antes con gran voluntad le recibieron y alzaron por su Rey. Lo de Galicia andaba en balanzas á causa que su hermano Don García por la mudanza de los tiempos escapó de la prision, y pretendia restituirse en el reyno que antes tenia. Acordó Don Alonso por escusar alteraciones envialle personas nobles y principales que le requiriesen de paz, los quales por ser él de buena condicion y sencillo

fácilmente le persuadieron lo que deseaban ; antes sin recelarse de alguna celada, ni pedir otra seguridad se vino para su hermano, confiado alcanzaria dél por bien lo que pretendia. Engañóle su esperanza, ca luego le echaron las manos, y le quitaron la libertad y volvieron á la prision que le duró todo el tiempo de la vida. El recelo que de su condicion se tenia, no muy sosegada, que seria ocasion de alborotos y alteraciones, escusan en parte este desaguisado que se le hizo, demas del buen tratamiento que tuvo en la prision, si la falta de la libertad y el reyno que le quitaban, se pudieran recompensar con alguna otra comodidad y regalo. Con esto quedó llano lo de Galicia. Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Búrgos para acordar lo que se debia hacer : la resolucion fué de recebir á Don Alonso por Rey de Castilla á tal que jurase por expresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano. Don Alonso avisado desto se partió para aquella ciudad: los mas de los presentes se recelaban de tomarle la jura por pensar lo tendria por desacato, y para adelante se satisfaria de qualquiera que lo intentase; solo el Cid como era de grande ánimo se atrevió á tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de qualquier desabrimiento. En la iglesia de Santa Gadea de Búrgos le tomó el juramento, que en suma era no tuvo parte en la muerte de su hermano, ni fué della sabidor : si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se expresaron. Acabada esta ceremonia, á voz de pregonero alzaron por Don Alonso los pendones de Castilla, y le declararon por Rey con grande muestra de alegría y muchas fiestas que por aquella causa se hicieron. Disimuló el Rey por entonces el desacato : mostróse alegre y cortés con todos como el tiempo lo pedia; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron; ademas que algunos cortesanos, que suelen con su mal término atizar los disgustos de los príncipes, y mirar con malos ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignacion del Rey. Tenia Don Alonso treinta y siete años quando volvió al reyno. Fué diestro en la guerra, por esta causa le llamaron Don Alonso el Bravo. Era prudente y templado en el gobierno, de noble condicion y modesto, virtudes á que de suyo era in-

clinado, y las adversidades y trabaxos que padeció, mucho le afinaron mas. Su franqueza y liberalidad fué estremada, tanto que parecia en hacer mercedes consumir las riquezas y tesoros Reales. La muerte del Rey Don Sancho y la restitucion de Don Alonso sucedió el año que se contaba de Christo de mil y se- 1073
tenta y tres. En el mismo el cardenal Hildebrando entró en el pontificado por muerte de Alexandro Segundo, y se llamó Gregorio Séptimo: persona de singular virtud, grandeza de ánimo y constancia, como lo mostró en la enemiga que por toda la vida tuvo con el Emperador Enrique Tercero deste nombre sobre defender la libertad de la iglesia que aquel príncipe pretendia atropellar. En España este mismo año Santo Domingo de Silos monge Cluniacense, varon de conocida santidad, finó á veinte de diciembre dia viernes: su fiesta se celebra cada año en España. Nació este Santo en la Rioja en un pueblo llamado Cañas: de pastor que fué, entró monge en San Millan de la Cogulla: con el tiempo vino á ser allí abad, mandóle desterrar el Rey don García de Navarra porque defendia con mucha fuerza las exênciones de sus monges y sus privilegios; de donde tomó el nombre en latin (como yo creo) que se dixo Exiliensis, Silos en romance. El monasterio que á la sazon se llamaba de San Sebastian, le reparó este Santo los años pasados con ayuda del Rey Don Fernando; y adelante mudó el nombre y se llamó de Santiago de Silos no solo el monasterio, sino el pueblo que está junto á él en el valle de Tablatello diez leguas de Búrgos, en unos ásperos riscos, camino derecho de Santistevan de Gormaz. No quise dexar esto por la noticia de la antigüedad, y por ser este monasterio muy nombrado. Volvamos á los hechos de los Reyes, y al órden de la historia como iba antes.

Capítulo XI.

De los principios del Rey Don Alonso el Sexto.

En los principios del reynado del Rey Don Alonso no faltaron turbaciones y revueltas, que con el tiempo se apaciguaron y tuvieron buen suceso y alegre. El año siguiente despues que entró en su reyno, que fué el de mil y setenta y quatro, los 1074.

Reyes de Córdoba y de Toledo traian guerra sobre los términos de sus reynos. Don Alonso por lo mucho que debia al de Toledo, juntó un buen exército con intento de ayudarle y acudirle. Temió el Rey Almenon de primera instancia que venia contra él, pero luego se desengañó y supo el buen intento que traia en su favor. Juntaron los dos sus campos, y hicieron muy gran daño en las tierras del reyno de Córdoba esquivaba entrar en batalla con Almenon y con los demas que de su parte venian. Los soldados volvieron alegres con las victorias, ricos y cargados de despojos. Por este tiempo falleció la primera muger del Rey Don Alonso por nombre Doña Inés: casó despues con otra señora llamada Constancia natural de Francia. Deste segundo matrimonio tuvo una hija sola, que se llamó Doña Urraca, y adelante heredó el reyno y todos los estados de su padre, como se verá en otro lugar. A instancia desta reyna (segun yo pienso) despacharon una embaxada á Roma para suplicar al Papa enviase un legado á España con plena potestad para reparar y reformar por todas las vias posibles las costumbres de los eclesiásticos, que por la soltura de los tiempos andaban muy estragadas y perdidas. Parecióle al Papa Gregorio VII. ser muy justa esta demanda: despachó para este efecto á Ricardo cardenal y abad de San Victor de Marsella. Este legado llegado á España juntó en Burgos ciudad
1076. cabeza de Castilla el año de mil y setenta y seis un concilio de obispos de todo el reyno: en él por conformarse con la voluntad del Rey y con lo que era razon, confirmó en todo su reyno el ministerio Romano; que son las mismas palabras de Don Pelayo obispo de Oviedo. Yo entiendo que mandó executar y poner en práctica las leyes antiguas de la iglesia olvidadas y desusadas en gran parte, señaladamente que los clérigos de órden sacro no se casasen ni tuviesen mugeres, segun que lo mismo se hiciera en Alemaña, aunque con mucho alboroto y revueltas que sobre el caso se levantaron, tanto que públicamente se dixeron muchas cosas contra la honra y reputacion del Pontífice Gregorio (1), libelos famosos, cantarcillos y versos muy descomedidos en este propósito: tan pesada cosa es dexar las

---

(1) Sigibert. Scaffnaburg.

costumbres viejas y reformar las vidas estragadas. A la verdad los mas de los clérigos olvidados de lo que pedia la antigua diciplina eclesiástica, y vencidos del deleyte se hallaban enlazados en el casamiento, cargados de mugeres y de hijos. Demas desto á exemplo de Aragon abrogaron en aquella junta el breviario y misal góthico de que usaban en España, y se mandó introducir el Romano. Esto quanto á lo eclesiástico. El Cid así mismo por mandado del Rey partió para la Andalucía á poner en razon á los Reyes Moros de Sevilla y de Córdoba, que no querian acudir con las parias y con los tributos acostumbrados. Traian entre si guerra muy reñida los Reyes de Granada y de Sevilla: el de Granada estaba mas orgulloso á causa que algunos Christianos seguian sus banderas y ganaban dél sueldo; púsose el Cid de por medio para concertallos y ponellos en paz, y porque el de Granada no queria venir en ningun partido, le hizo guerra, y vencido, le forzó á tomar el asiento que primero desechaba. Hiciéronse pues las paces entre aquellos Moros, y el Cid volvió con los tributos cobrados, y sus soldados ricos con las presas que en aquella guerra hicieron; los quales y toda la demas gente por las victorias que ganó en esta jornada, le dieron un nuevo apellido y muy honroso, ca le llamaron el Cid Campeador, en que se muestra el grande amor que le tenian, y gran crédito que habia ganado. Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él en una nueva envidia: procuraban abatir al que mas aina debieran imitar, armábanse para esto de calumnias y cargos falsos que le hacian, torcian sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento por estar el Rey de tiempo atrás desgustado, demas que de nuevo se les ofreció otra ocasion muy á propósito para llevar adelante esta trama. Los Moros de Andalucía no acababan de sosegar y allanarse: determinó el Rey hacelles guerra en persona. En esta sazon un buen golpe de Moros de los que en Aragon moraban, sea á persuasion de los Andaluces, sea por no perder aquella ocasion por Medinaceli hicieron entrada en las tierras de Castilla. Corrieron y talaron los campos de Santistevan de Gormaz. El Cid se hallaba retirado en su casa con achaque de su poca salud, como á la verdad pretendiese con ausentarse aplacar la envidia de sus émulos para que no le empeciesen; pero avisado de lo que

pasaba, y visto que el Rey estaba ausente, con las gentes que pudo recoger, prestamente acudió al peligro. Su valor y diligencia corrian á las parejas: así muy en breve forzó á los Moros á retirarse y desembarazar la tierra. No contento con esto, por aprovecharse de la ocasion y aprovechar sus soldados, revolvió á manderecha sobre las tierras del reyno de Toledo sin parar hasta dar vista á la misma ciudad; en el camino saqueó los pueblos, taló los campos, ganó gran presa y siete mil esclavos entre hombres y mugeres. Los que le aborrecian acudieron al Rey para cargalle de haber quebrantado el asiento puesto con aquel Rey de Toledo. Decian no convenia disimular ni dar rienda á un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos: que era bien castigalle y hacer que no se tuviese en mas que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase. Tratóse el negocio en una junta de grandes y ricos hombres: acordaron saliese desterrado del reyno, sin dalle mas término de nueve dias para cumplir el destierro. No se atrevió el Cid á contrastar con aquella tempestad: encomendó su muger y hijos al Abad de San Pedro de Cardeña, monasterio con que tuvo toda su vida mucha devocion, y él se fué á cumplir su destierro acompañado de muy buena y lucida gente. Iba resuelto de no pasar el tiempo en ociosidad, antes hacer de allí adelante con mas brio guerra á los Moros, y con el resplandor de sus virtudes deshacer las tinieblas de las calumnias que le armaban. Los Moros por este tiempo con las comidas y regalos de España, y con la abundancia, fruto de la victoria, habian perdido en gran parte las fuerzas y valor con que vinieron de Africa. Salió el Cid con poca gente aunque escogida, y otros muchos deudos y hijosdalgo que se le allegaron; que todos deseaban tenelle por caudillo, y militar debaxo de su conducta. Rompió lo primero por el reyno de Toledo; y el rio de Henares arriba no paró hasta llegar á aquella parte de Aragon en que está Alhama y el rio Xalon, que riega con diversas acequias que dél sacan, gran parte de aquellos campos; en particular combatió y ganó de los Moros el castillo de Alcozer muy fuerte por su sitio, puesto en lugar alto y enriscado. Desde este castillo hacia salidas y cabalgadas por todas aquellas tierras comarcanas, y aun desbarató á dos capitanes que el Rey de Valencia envió con gente para impedir

aquellos daños. La presa que hizo en todos estos encuentros y jornada, fué muy rica: acordó enviar en presente al Rey Don Alonso treinta caballos escogidos con otros tantos alfanges fiados de los arzones, y treinta cautivos Moros vestidos ricamente que los llevasen de diestro. Recibió el Rey esta embaxada y presente con muy buen talante y toda muestra de contento y alegría. El pueblo no cesaba de engrandecer al Cid y subir sus hazañas hasta las nubes: llamábanle libertador de la patria, terror y espanto de los Moros, defensor y amparador de la Christiandad: decian que era tanta su grandeza que con buenas obras pretendia vencer los agravios que le hacian, y su mansedumbre y gentileza se aventajaba á las injusticias y injurias de sus contrarios; que no debia nada á los caballeros antiguos, antes se les adelantaba en todo género de virtud. Despidió el Rey los embaxadores muy cortesmente, pero no alzó por entonces el destierro á su señor por no alterar á los Moros, si tan en breve le perdonaba; solo dió licencia á todos los que quisiesen, para seguille y militar debaxo de sus banderas: en lo qual se tuvo respeto no solo á honrar al Cid, sino á descargar el reyno de muchos hombres bulliciosos, que apacigüada la Andalucía, por estar criados en las armas, llevaban mal la ociosidad. Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar por no perturbar la memoria, si se dividieran en muchas partes. Advertido esto, volverémos con nuestro cuento atrás, y á referir lo que pasó en España el año que se contaba de Christo mil y setenta y seis. 1076.

Capitulo XII.

Como el Rey Don Sancho de Navarra fué muerto por su hermano.

El Rey Don Sancho de Navarra tenia un hermano llamado Don Ramon: los dos, aunque eran hijos de un padre y de una madre, en las condiciones y costumbres mucho diferenciaban. Don Ramon era de suyo bullicioso, amigo de contiendas y de novedades: ninguna cuenta tenia con lo que era bueno y honesto á trueque de executar sus antojos. Arrimá-

bansele otros muchos de su misma ralea, gente perdida, y que consumidas sus haciendas, no les quedaba esperanza de alzar cabeza si no era con levantar alborotos y revueltas. Con la ayuda destos pretendia Don Ramon apoderarse del reyno: ambicion mala, y que le traia desasosegado. El Rey era amigo de sosiego, muy dado á la virtud y devocion, como consta de escrituras antiguas en que á diversos monasterios de su reyno hizo donaciones de campos, dehesas y pueblos. Tenia en su muger Doña Placencia un hijo por nombre Don Ramiro, de poca edad, que le habia de suceder en el reyno; y no falta quien diga tuvo otros dos hijos, hasta llamar el uno Don García, y al menor de todos no le señalan nombre. De lo uno y de lo otro tomó ocasion Don Ramon para alzarse contra el Rey: decia que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad y demasía, diminuia las rentas Reales y enflaquecia las fuerzas del reyno, como de ordinario los malos á las virtudes ponen nombres de los vicios á ellas semejantes: gran perversidad. Demas desto el Rey era viejo, los hijos que tenia de poca edad: esto dió ánimo al que ya estaba determinado de declararse, y con la ayuda de sus aliados se alzó con algunos castillos, principio de mayores males. Acudió el Rey á ponelle en razon; mas visto que por bien no se podia acabar cosa ninguna, le pusieron acusacion, y en ausencia por los cargos que contra él resultaban, le declararon por enemigo público, y le condenaron á muerte. Con esto quedaron por enemigos declarados, y cada qual de los dos procuraba dar la muerte al contrario. Los malos de ordinario son mas diligentes y recatados por no fiarse en otra cosa sino en sus mañas; por el contrario los buenos confiados en su buena conciencia se suelen descuydar. El Rey estaba en la villa de Roda: el traydor secretemente se fué allá bien acompañado; y hallado el aparejo que buscaba, alevosamente le dió la muerte. El arzobispo Don Rodrigo no hace mencion de todo esto, puede ser que por no manchar su nacion y patria con la memoria de caso tan feo. Los hijos del muerto acudieron á favorecerse, Don Ramiro el mayor al Cid, y los dos menores al Rey de Castilla Don Alonso. Su edad y fuerzas no eran bastantes para contrastar á las del tyrano, que quedó muy pertrechado, y luego con el favor de sus valedores se llamó Rey. Por esto los principales del reyno su jun-

taron para acordar lo que convenia. No les pareció disimular ni recibir por señor al que tales muestras daba de lo que seria adelante. Los infantes eran flacos, y estaban ausentes. Resolviéronse de convidar con aquel reyno y corona á Don Sancho Rey de Aragon primo hermano del muerto, y valerse de sus fuerzas contra las del tyrano. Acudió él sin tardanza: encargóse del reyno que le ofrecian, y apoderóse de la mayor parte dél; otra parte, que fué lo de Briviesca y la Rioja, se entregó al Rey Don Alonso, que pretendia tener mejor derecho á lo de Navarra por causa de la bastardía de Don Ramiro padre del Rey de Aragon, en particular se entregó la ciudad de Nájara, do en la iglesia de Santa María la Real sepultaron los cuerpos del Rey muerto y de la Reyna su muger. Vino otrosí el Aragonés en acudir cada un año al de Castilla por lo de Navarra, por no venir con él á rompimiento, con cierto tributo: este reconocimiento se halla por escrituras antiguas que pagaron los Reyes Don Sancho y Don Pedro. El tyrano homiciano vista la voluntad con que la gente recibia al nuevo Rey, y perdida la esperanza de poder contrastar asi á sus fuerzas como al odio que todos como á malo y aleve le tenian, acordó ausentarse. Huyó á Zaragoza, donde el Rey Moro le dió casa en que morase, y le heredó en ciertos campos y tierras con que pasase su pobre y lacerada vida. Esta herencia de mano en mano recayó en una su nieta llamada Marquesa, que casó con Aznar Lopez, y afirman que en su testamento la dexó á la iglesia mayor de Santa María de Zaragoza en tiempo de Don Alonso Rey de Aragon primero deste nombre.

Capítulo XIII.

Que Almenon Rey de Toledo, y Don Ramon Conde de Barcelona fallecieron.

El año luego siguiente que se contó de mil y setenta y siete, 1077.
pasaron desta vida dos Príncipes muy señalados, Almenon Rey de Toledo y Don Ramon conde de Barcelona por sobrenombre el Viejo: en que el dicho año fué mas señalado que en otra cosa que en él sucediese. En el reyno de Toledo sucedió

Hissem hijo mayor del Rey difunto. Todo el tiempo que reynó que fué por espacio de un año, se conservó con todo cuydado en la amistad del Rey Don Alonso á exemplo de su padre y por su mandado, que se lo dexó muy encomendado. Muerto Hissem, le sucedió su hermano menor por nombre Hiaya Aldirbil, muy diferente de su padre y hermano. Era cobarde en la guerra, en el gobierno desconcertado, de vida muy torpe, dado á comidas y deshonestidades, sin perdonar á las hijas y mugeres de sus vasallos: con que se hizo muy aborrecible así á los Moros como á los Christianos que moraban en Toledo. Era inhumano y cruel, propia condicion de medrosos y cobardes. Por la muerte de Hissem quedó el Rey Don Alonso libre del homenage que hizo en Toledo los años pasados de guardar amistad á aquellos príncipes padre y hijo. Los Christianos y Moros de aquella ciudad cansados con la tyranía que padecian y no pudiendo llevar los vicios de aquel Príncipe, hacian grande instancia por sus cartas al Rey Don Alonso para que los librase de aquella opresion tan grande, y se apoderase de aquella ciudad tan principal, que era un baluarte muy fuerte de casi todo el señorío de los Moros. Decíanle no perdiese aquella ocasion tan buena como se le presentaba por estar desabridos los ciudadanos, y la poca industria del Rey que no tendria ánimo ni fuerzas para hacer resistencia á los Christianos. Estos fueron los primeros principios, y como las primeras zanjas que se abrian para emprender la conquista de aquella nobilísima ciudad cabeza de todo aquel reyno. El conde Don Ramon falleció en Barcelona, en cuya iglesia mayor le sepultaron, que el mismo desde los cimientos levantó los años pasados. El entierro y las honras fueron quales se puede pensar con toda muestra de magestad y solemnidad. Dexó dividido su estado entre dos hijos suyos, el mayor se llamó Don Berenguel, el segundo Don Ramon Cabeza de estopa: la causa de tal apellido de suso queda declarada; su gentileza y apostura, y las costumbres muy compuestas y agradables fueron ocasion de ganar las voluntades así del pueblo como de su padre en tanto grado que sin embargo que era hijo menor, quedó nombrado por conde de Barcelona: mejoría que le fué perjudicial y le acarreó la muerte, como luego se dirá. Este príncipe casó con una señora, hembra de mucha virtud, y fué hija de Roberto Guiscardo

Normando de nacion y gran señor en Italia, segun que lo refiere cierto autor (1). Esta gente de los Normandos en aquel tiempo era muy nombrada: la fama de su valor volaba por todas partes y estaban apoderados de lo postrero de Italia y de Sicilia. Fundó esta Condesa dos monasterios, el uno con advocacion de San Daniel en el valle de Santa María tierra de Cabrera; el otro cerca de Girona, donde despues de la muerte de su marido, renunciado el siglo y sus comodidades, pasó muy santamente lo restante de su vida. En el un monasterio y en el otro puso religiosas de San Benito. Hijo desta señora fué Don Ramon Arnaldo ó Berenguel, que sucedió á su padre en el condado de Barcelona. Por este mismo tiempo Armengol conde de Urgel hacia guerra á los Moros que quedaban por aquellas comarcas, y Guillen Jordan conde de Cerdania perseguia los hereges Arrianos, que á cabo de tantos años tornaban á brotar por aquellas partes. Este castigaba aquella mala gente con destierros, confiscacion de bienes, con infamia y con muertes que daba á los pertinaces. Por el esfuerzo de Armengol se ganaron de los Moros muchos pueblos ribera del rio Segre, en especial la ciudad de Balaguer cabeza del condado de Urgel volvió á poder de Christianos.

Capítulo XIV.

Como los Normandos fueron á Italia.

El nombre de los Normandos fué muy conocido los años pasados por los grandes daños que hicieron en las costas de España y de Francia; mas por estos tiempos se hicieron mas famosos quando estendieron la gloria de su esfuerzo en las partes de Italia, y por fuerza de armas fundaron en ella un nuevo reyno y señorío que dura hasta nuestros tiempos, aunque mudada diversas veces la sucesion de los Príncipes que le han poseido y poseen. Dará mucha luz á esta historia saber la orígen desta gente, y la ocasion que tuvieron para pasar en Italia, á causa de estar sus cosas en lo de adelante muy mez-

(1) Zurit. libr. 1. cap. 24.

cladas con las de España. Normandos, que es lo mismo que hombres Septentrionales, se llamaron en particular todos aquellos que entre la provincia de Dania y la Cimbrica Chérsoneso se estendian por todas aquellas marinas del mar Germánico, y poseian las islas que por allí caen: hombres fieros y bárbaros, en el vestido y manera de vida salvages, de costumbres extraordinarias; pero muy diestros en el arte de navegar por el exercicio ordinario que tenian de ser corsarios (1). Luytprando que floreció por estos tiempos, dice que los Normandos eran los mismos que los Rhusos ó Rutenos. La verdad es que en un mismo tiempo estas gentes se derramaron como dos rios arrebatados, los Rhusos por las provincias de Oriente, de donde vienen los de Polonia: los Normandos por las de Occidente, en que hicieron grandes efectos, en particular en tiempo de Cárlos el Simple Rey de Francia asentaron en aquella parte de aquel reyno, que antiguamente llamaron Neustria; y despues del apellido desta gente se llamó y se llama Normandía, como se dixo en otro lugar. Traian por capitan á uno llamado Rolon: naturalmente tenian grande apetito de mandar, eran acostumbrados á fingir y disimular, dados al estudio de la eloqüencia y exercicio de la caza, fuertes para sufrir todo trabaxo, hambre, calor y frio: preciábanse de andar bien vestidos y arreados, en lo demas eran de condicion soberbia y desapoderada. Estas eran las virtudes y vicios de los Normandos y su natural: con la comunicacion de los Franceses cuya condicion es mansa, se mitigó en parte su fiereza y se amansaron sus costumbres. Del linage de Rolon hobo uno llamado Guillermo Notho, séptimo duque de Neustria ó Normandía: este por testamento del Rey Eduardo el Santo juntó al ducado de Normandía el reyno de Ingalaterra en el tiempo que se hacia la guerra de la Tierra Santa. Para apoderarse de aquel reyno pasó en una flota á Ingalaterra, y en la primera batalla venció á Haroldo su competidor, y le quitó la vida y el reyno. De allí por tener aquellos Reyes buena parte de la Francia resultaron perpetuas guerras entre Franceses y Ingleses, que comenzaron poco antes de los tiempos en que va

(1) Lib. 1. cap. 3.

nuestra historia. De Francia pasó á Italia u nexército de los Normandos con esta ocasion. Hay en Normandía una ciudad que se llamó en otro tiempo Constancia Castra : en su comarca poseia un pueblo que se llama Altavilla, uno llamado Tancredo Príncipe de noble y antiguo linage, dichoso en sucesion: porque de dos matrimonios tuvo no menos que doce hijos. Guillermo por sobrenombre Brazos de hierro, Drogo, Wifredo Gaufredo, Serlo nacieron de la primera muger, cuyo nombre no se sabe : la segunda muger llamada Fransendis tuvo estos, Roberto, Guiscardo, Malegerio, Guillermo, Alveredo, Humberto, Tancredo y el menor de todos Rogerio, que hizo á todos ventaja en hazañas y en mayor poder y señorío. La madre cuydaba de los alnados como de los hijos propios, y así ellos se querian bien sin que tuviesen entre sí diferencias ni envidias. El padre los crió y amaestró en las armas y en las otras artes que pertenecian á gente noble. Eran denodados: de buen consejo, con que enfrenaban la temeridad; la osadía no los dexaba ser cobardes. Lo que el padre tenia era poco : temian que si lo dividian, no resultasen dellos riñas y contiendas; determinaron irse á otra parte á vivir y heredarse. Italia estaba dividida en muchos señoríos, ardia en bandos y guerras. Los Moros tenian á Sicilia y las otras islas del mar Mediterráneo: por la una causa y la otra se les ofrecia buena ocasion para mostrar su valor y esfuerzo. Los hermanos mayores pasaron en Italia : siguióles un buen golpe de gente : exercitáronse en las armas, y ganaron honra primero en las guerras de Lombardía y de Toscana, despues pasaron á tierra de Lavor parte del reyno de Nápoles, do los Príncipes el de Salerno y el de Capua se hacian guerra muy reñida por diferencias que tenian entre sí. Asentaron primero con el Capuano, despues siguieron al Salernitano que les hizo mas aventajado partido, y con esta ayuda quedó con la victoria. Concluida esta guerra, á instancia de Maniaco, gobernador de la Pulla y de Calabria por el Emperador de Grecia, emprendieron la conquista de Sicilia contra los Moros que della estaban apoderados. Hicieron en breve buen efecto, ca muchas ciudades volvieron á poder de Christianos, y en diversos encuentros desbarataron los Moros, y los corrieron por toda la tierra hasta lanzarlos de aquella isla. Tras esto como es ordinario resultaron sospechas y

desgustos entre los Griegos, que pretendian quedar señores de aquella isla, y los Normandos que aspiraban á lo mismo. De las palabras vinieron á las manos: quedaron los Griegos vencidos y privados de aquella su pretension. Destos principios comenzaron los vencedores á fundar y poner los cimientos de un nuevo estado en Italia y en Sicilia, que en breve llegó á ser muy poderoso y rico, porque á la fama de lo que pasaba, los hermanos menores que quedaban en Francia, fuera de solos dos que perseveraron en casa de su padre, cuyos nombres no se saben, acudieron con nuevos socorros de gente en ayuda de sus hermanos mayores, con que mucho se adelantaron en poder y señorío. Todo lo que se ganó por aquellas partes, se dividió entre los mismos que lo conquistaron; pero muertos los demas, finalmente quedaron por señores de todo Roberto Guiscardo y Rogerio. Roberto se llamó duque de Calabria y de la Pulla, Rogerio fué Conde de Sicilia, estado ganado de los Moros y Griegos por las armas suyas y de su hermano Roberto de dos mugeres que tuvo, Alberada y Sigelgayta hija del Príncipe de Salerno, dexó estos hijos: Boamundo, Rogerio y una hija (si es verdad lo que dicen los Catalanes) que casó con Don Ramon Conde de Barcelona, como ya diximos. De Rogerio Conde de Sicilia nació otro Rogerio que mudó el apellido de Conde en el de Rey, y acabados los demás deudos parte que fallecieron, parte por haberles él quitado lo que tenian, quedó solo con todo lo que los Normandos en Italia y en Sicilia poseian; demas desto Africa y Grecia le pagaban tributo, tan grande era su poder. Esto se tomó de Gaufredo monge que escribió los hechos de los Normandos en Italia á instancia del mismo Conde Rogerio en historia particular que della compuso; pero dexada Italia, volvamos á España y á nuestro cuento.

Capitulo XV.

Que se emprendió la guerra contra Toledo.

Desta manera procedian las cosas de los Normandos prósperamente en Italia. En España los ciudadanos de Toledo no

cesaban con cartas y mensageros de solicitar á los nuestros para que emprendiesen aquella conquista y se pusiesen sobre aquella ciudad: que el Rey Hiaya ni se mejoraba con el tiempo, ni por el riesgo que corria enfrenaba sus apetitos, antes por no irle nadie á la mano de cada dia crecia en atrevimiento y crueldad; finalmente que pasaba una vida muy desgraciada, rodeada de miserias y de angustias, y que solo se entretenian con la esperanza de vengarse: que si los Christianos no les acudian, se determinaban de pedir á los Moros que los acorriesen, pues qualquiera sugecion era tolerable á trueque de librarse de aquella tiranía: toda servidumbre es miserable, pero intolerable, servir á un loco y desatinado. El Rey Don Alonso andaba perplexo sin saber que partido debia tomar: combatíanle por una parte el recelo de lo que se podria pensar y decir; por otra la esperanza del gran provecho si ganaba aquella ciudad. Acordó tratar el negocio en una junta de caballeros, gente principal y grave: los pareceres fueron diferentes como suele acontecer en semejantes consultas. Los mas osados y valientes eran de parecer se emprendiese luego la guerra, que decian seria de mucho interés y honra así para los particulares, como en comun para toda la Christiandad. Encarecian la grande presa y los despojos con que se animarian los soldados, la importancia de quitar una ciudad tan principal á los Moros; la buena ocasion que se les presentaba de salir fácilmente con la empresa, que si se pasaba, por ventura no volveria tan presto: que en el suceso de aquella guerra se ponia en balanzas todo el poder de los Moros, en España. Los mas recatados estrañaban esto; decian que en ninguna manera se debia emprender aquella conquista, pues era contra conciencia y razon quebrantar la confederacion y amistad que tenian asentada con aquellos Reyes. En conformidad desto uno de los caballeros que seguian este parecer, hombre anciano y de mucha prudencia, habló de esta manera: «¿Con qué justicia, ó Rey, ó con qué cara haréis guerra á una ciudad que en el tiempo de vuestro destierro, quando os hallastes pobre, desamparado y sin remedio, os recibió cortesmente y trató con mucho regalo? principio que fué y escalon para subir al reyno que ahora teneis. ¿Qué razon sufre dar guerra al hijo sea quan malo le quisiéredes pintar, del que con su hacienda y

con su poder os ayudó á volver al reyno que os quitó vuestro hermano? Hospedóos amorosamente, y tratóos no de otra manera que si fuérades su hijo, para obligaros al cierto que á sus sucesores los tuviésedes en lugar de hermanos, que no debe ser menor la union que resulta del agradecimiento y amor, que la que causa la naturaleza y parentesco. Dificultosa cosa es persuadir á un príncipe lo que conviene: la adulacion y conformarse con su voluntad carece de dificultad y peligro. Si va á decir la verdad, quanto uno es mas cobarde, tanto es mas libre en el blasonar de guerras y de armas. A las veces por parecer de los mas cobardes se emprende la guerra, que se prosigue despues con el esfuerzo y riesgo de los esforzados. ¿Quién no sabe quánta sea la fortaleza de aquella ciudad que quereis acometer? ¿quán grandes sus pertrechos, sus municiones, sus reparos? Diréis: Los ciudadanos nos llaman y convidan: como si hobiese que fiar de una comunidad liviana y inconstante, y que volverá la proa á la parte de donde soplare el viento mas favorable. Destruir la tyranía y librar los oprimidos es cosa muy honrosa; es así, si juntamente y por el mismo camino no se quebrantasen las leyes de la piedad y agradecimiento, y de toda humanidad. Dirá otro: No hay que hacer caso del juramento, pues su obligacion cesó con la muerte de los Reyes pasados: verdad es, ¿pero quién podrá engañar á Dios, testigo de la intencion y de la perpetua amistad que asentastes? mas aina se puede temer no quiera vengar semejante desacato y fraude. No decimos esto ó Rey por esquivar el trabaxo ni el peligro: con el mismo ánimo que otras veces estamos aparejados, y prestos para seguiros si fuere menester desarmados desnudos y flacos; pero para tomar consejo es justo que nuestras lenguas tengan libertad, y vuestras orejas se muestren á todo lo que se dixere favorables.» Movieron estas razones al Rey tanto mas que por boca de uno le parecia hablaba gran parte de los que allí estaban: finalmente venció el deseo que tenia de hacer aquella guerra, y conquistar aquella nobilísima ciudad en que tantas comodidades se le representaban. Con esta determinacion les habló en esta sustancia: «Bien sé nobles varones las muchas dificultades que en esta guerra se ofrecen, y que estos dias se han dicho muchas cosas á propósito de poneros espanto y miedo,

¿mas quién no sabe quántas mentiras y quán vanas se suelen sembrar en ocasiones semejantes? La cobardía y el miedo todo lo acrecientan y hacen mayor de lo que es en hecho de verdad. No diré nada del cargo de conciencia que nos hacen, ni del juramento y nota de ingratitud que nos acusan: las maldades de Hiaya nos descargarán bastantemente; ¿al que su mismo padre, si fuera vivo, castigara con todo rigor, será razon que por su respeto le dexémos continuar en ellas y en su tyranía tan grave? Alegan con la fortaleza de aquella ciudad el gran número de sus ciudadanos: la verdad es que al esfuerzo y valor ninguna cosa habrá dificultosa. Los que debaxo la conducta de mi hermano Don Sancho y mia allanastes gran parte de España, y ganastes de los Moros muchas batallas campales, ¿por ventura serán parte estas hablillas para espantaros? Que si los enemigos son muchos, no será esta la primera vez que peleais con semejante canalla, gente allegadiza, sin concierto y sin órden y que quanto son mas en número, tanto se embarazarán mas al tiempo del menester. Gente flaca es la que acometemos, y que por la larga ociosidad y el mucho regalo no podrán sufrir el trabaxo y el peso de las armas. Ganado Toledo mis soldados, ¿quién será parte, quién os irá á la mano para que con las manos victoriosas no llegueis á los últimos términos de España; remate de todos vuestros trabaxos, premio y gloria inmortal, que con poco trabaxo alcanzaréis para vos, para nuestros reynos y para toda la Christiandad? Parad mientes no se nos pase el tiempo en consultas y recatos; y lo que suele acontecer quando los buenos intentos se dilatan, no nos parezca mejor consejo aquel cuya sazon fué ya pasada.» Estas razones tan concertadas encendieron los ánimos de todos los presentes para que con toda voluntad se decretase la guerra contra los Moros. El Rey, tomada esta resolucion, se encargó de juntar armas, caballos, vituallas, dineros, municiones y todo lo demas necesario. Mandó levantar banderas y hacer gente por todas partes, en particular llamó y convidó con nuevos premios y ventajas los soldados viejos que estaban derramados por el reyno. En todo esto se ponia mayor diligencia por entender que los Moros avisados de todo lo que pasaba, llamaban en su ayuda al Rey Moro de Badajoz, que á toda furia se aprestaba para acudilles con toda brevedad. La

priesa fué de manera que las unas gentes y las otras, los Moros y los Christianos, llegaron á un mismo tiempo á Toledo; pero visto que el Rey Don Alonso iba acompañado de un campo muy lucido, soldados diestros y muy bravos, los Moros dieron la vuelta sin pasar adelante en aquella demanda. Sin embargo no se pudo por entonces ganar aquella ciudad á causa que el Rey Moro de Toledo se hallaba á la sazon muy apercebido y pertrechado de todo lo necesario, demas de la fortaleza grande de la ciudad, que ponia á todos espanto por ser muy enriscada. Talaron los campos, quemaron las mieses, hicieron presas de hombres y de ganados, y con tanto se volvieron á sus casas. Comenzóse la tala el año que se contaba de
1079. mil y setenta y nueve; continuóse el año siguiente, el tercero y el quarto, sin alzar mano algunos otros años adelante. Tomaron á los Moros los pueblos de Canales y de Olmos, que caian cerca de aquella ciudad, y en ellos dexaron guarnicion de soldados que nunca cesaban de hacer correrías y cabalgadas por toda aquella comarca. Con estos daños comenzaron los de Toledo á padecer falta de trigo y de otras cosas necesarias para la vida. Susténtase la ciudad de Toledo comunmente de acarreo á causa que la tierra de su contorno es muy falta por ser de suyo delgada y arenisca, y por las muchas piedras y peñas que en ella hay; las fuentes son pocas, y sus manantiales cortos, llueve pocas veces por caerle lejos la mar y ser la tierra la mas alta de España; solo por la vega por do pasa el rio Tajo hay una llanura y valle no muy ancho, pero muy fértil y alegre. En el mismo tiempo que se dió principio á la conquista de Toledo, el Cid continuaba la guerra en Aragon con mucha prosperidad: ganó de los Moros diversos castillos y pueblos por toda aquella tierra; solo para ser colmada su felicidad le faltaba la gracia de su Rey que él mucho deseaba.
1080. Sucedió muy á propósito que el año de mil y ochenta se levantaron ciertas revueltas entre los Moros del Andalucía á causa que un hombre principal de aquella nacion por nombre Almofala tomó por fuerza el castillo de Grados. El Moro cuyo era, acudió al Rey Don Alonso para valerse de su ayuda y recobrar aquella plaza: llamábase este Moro Adofir. Al Rey le pareció condecender con esta demanda, y aprovecharse de aquella ocasion que para adelante su partido se le presentaba:

envió golpe de gente adelante, y él poco despues con mayor número acudió en persona; el Moro contrario era astuto y mañoso, la guerra iba á la larga. Temia el Rey no se le pasase la sazon de volver como lo tenia comenzado á la conquista de Toledo: acordó llamar al Cid que en Aragon se hallaba, y encargalle aquella empresa por ser caudillo de tanto nombre y en todo aventajado y sin par. Venido, le acogió muy bien y trató muy amorosamente como Príncipe que de suyo era afable, y que sabia con buenas palabras grangear las voluntades. Alzóle el destierro, y para mas muestra de amor á su instancia estableció una ley perpetua en que se mandó que todas las veces que condenasen en destierro algun hijodalgo, no fuese tenido á cumplir la sentencia antes de pasados treinta dias, como quier que antes no les señalasen de termino mas que nueve dias. Volvió el Rey á su empresa, y el Cid concluyó aquella guerra del Andalucía á mucho contento, ca recobró el castillo de Grados sobre que era el debate y prendió al Moro que le tomara, que envió al Rey para que hiciese dél lo que su voluntad fuese y por bien tuviese. Esto pasó en Andalucía
aquel año: el siguiente de mil y ochenta y uno Don García 1081.
hermano del Rey pasó desta vida. Hízose desangrar rompidas las venas en la prision en que le tenian: tan grande era su disgusto y su rabia por verse privado del reyno y de la libertad. Temia el Rey Don Alonso que como era bullicioso y de no mucha capacidad no alterase los naturales y el reyno. Esta entiendo yo fué la causa de no querelle soltar en tanto tiempo mas que la ambicion y deseo de reynar; verdad es que despues de la muerte del Rey Don Sancho tuvo la prision mas libre y toda abundancia de comodidades y regalos, y aun no falta quien dice que poco antes de su muerte le convidaron con la libertad, y no la aceptó sea por estar cansado de vivir, sea por aplacar á Dios con aquella penitencia y afan; de que da muestra no querer le quitasen los grillos en toda su vida, antes mandó le enterrasen con ellos, y así se hizo. Llevaron su cuerpo á la ciudad de Leon, y allí le sepultaron muy honoríficamente en la iglesia de San Isidro. Halláronse presentes al enterramiento y exêquias sus dos hermanas las infantas, muchos obispos, y otros grandes del reyno. Su muerte fué á los diez años de su prision, y á los quince despues que comenzó

á reynar. El Cid, sosegadas las revueltas del Andalucía; tornó á la guerra de Aragon, donde en una batalla venció al Rey Moro de Denia por nombre Alfagio, y junto con él al Rey de Aragon Don Sancho que viniera en su favor. Esta victoria fué muy señalada, tanto que el Rey Don Alonso le llamó para honrarle y hacerle mercedes segun que sus trabaxos y virtudes lo merecian. Venido que fué, le hizo donacion por juro de heredad de tres villas: es á saber Briviesca, Berlanga Arcejona. Por otra parte el Moro Alfagio se rehizo de gente, y con deseo de satisfacerse corrió las tierras de Castilla hasta dar vista á Consuegra, villa principal de la Mancha. El Rey si bien estaba ocupado en la conquista de Toledo, acudió contra esta tempestad para rebatir el orgullo de aquel Moro. Juntáronse los campos, adelantáronse las haces de una parte y de otra, dióse la batalla, en que pereció mucha morisma, y el Rey Moro se salvó por los pies y se retiró á cierto castillo. La alegría desta victoria se aguó mucho á los Christianos con la muerte lastimosa, que sucedió en la pelea, de Diego Rodriguez de Bivar hijo del Cid, mozo de grandes esperanzas, y que comenzaba ya á seguir la huella y las virtudes de su padre. Su cuerpo enterraron en San Pedro de Cardeña, y allí se muestra su lucillo. Alfagio el Moro, aunque vencido en las dos batallas susodichas, no acababa de sosegar; antes recogida mas gente, rompió otra vez por tierras de Castilla sin reparar hasta Medina del Campo, pueblo bien conocido y principal. Salió en su busca Alvar Yañez Minaya deudo del Cid, persona de valor: y llegado á aquellas partes tuvo con él un encuentro en que tercera vez quedó vencido y desbaratada su gente. Esto pasó el
1082. año de Christo mil y ochenta y dos, en el qual año Don Ramon Cabeza de estopa Conde de Barcelona cerca de un pueblo llamado Percha, puesto entre Ostarlito y Girona, fué muerto alevosamente. Su mismo hermano Don Berenguel le paró aquella celada yendo camino de Girona, y le hizo matar. Estaba mal enojado contra él despues que su padre, sin embargo que era hijo menor, se le antepuso en el estado de Barcelona. Disimulólo al principio, y mostró sentimiento por la muerte de su hermano; pero como quier que semejantes maldades pocas veces se encubran, sabido el caso, cayó en aborrecimiento de la gente tan grande que no solo no alcanzó lo

que pretendia, antes por fuerza le privaron de lo que era suyo. Lo que le quedó de la vida, pasó miserablemente, pobre, desterrado y vagabundo: y aun se dice que de repente perdió la habla en Jerusalem, do los años adelante fué á la conquista de la Tierra-Santa, y allí le sobrevino la muerte. El cuerpo de Don Ramon sepultaron en la iglesia mayor de Girona. Sucedióle Don Ramon Arnaldo su hijo, de tan poca edad que aun no tenia año cumplido, pero fué muy señalado por el largo tiempo que gozó de aquel estado, igual á qualquiera de sus antepasados por la grandeza y gloria de sus hazañas, demas que ensanchó mucho su señorío no solo con la parte que quitaron al matador de su padre, sino porque en su tiempo faltaron legítimos descendientes á los Condes de Urgel y de Besalú, por donde aquellos estados recayeron en él como movientes del condado de Barcelona y feudos suyos. Y aun en la parte de Francia que se llamó Galia Narbonense, se le juntó los años adelante el condado de la Proenza por via de casamiento y en dote, porque casó con Doña Aldonza, que otros llaman Doña Dulce, hija de Gilberto Conde de la Provenza. Deste matrimonio nacieron dos hijos, Don Ramon y Don Berenguel, y tres hijas, la una de ellas se llamó Doña Berenguela, que casó con Don Alonso el Emperador: los nombres de las otras dos no se saben, mas es cierto que casaron en Francia muy principalmente. Tuvo este Príncipe contienda y aun guerra muy reñida con Alonso Conde de Tolosa señor muy principal y muy vecino á su estado; pero despues de largos debates se concertaron en que recíprocamente se prohijasen el uno al otro de tal guisa que en qualquier tiempo que á qualquiera de aquellas casas faltase sucesion, hobiese aquel estado el otro á sus descendientes; pero esto pasó mucho tiempo adelante: volvamos á la guerra de Toledo en que estábamos.

Capítulo XVI.

Como se ganó la ciudad de Toledo.

Las continuas correrías y entradas que los fieles hacian por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos traian

tan cansados á los Moros de aquella ciudad, que no sabian que partido tomar ni donde acudir. Los Christianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad no cesaban de solicitar al Rey Don Alonso para que juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre aquella ciudad. Prometian si lo hiciese, de abrille luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga: estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabaxos y peligros, venció y allanó la constancia del Rey, y el deseo que todos tenian de llevar al cabo aquella conquista: hiciéronse nuevas y grandes levas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinacion de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el exército en diversas esquadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido. Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los príncipes comarcanos: grandes efectos se hacen quando se ligan entre sí y se ayudan, cosas que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demas de los Castellanos, Leoneses, Vizcaynos, Gallegos, Asturianos, todos vasallos del Rey Don Alonso, acudieron en primer lugar el Rey Don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente: asimismo socorros de Italia y de Alemaña, movidos de la fama desta empresa que volaba por todo el mundo. De los Franceses por estar mas cerca vino mayor número: gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabaxos; mas porque en esta y otras guerras contra los Moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avecindarse y poblar en ella, los Reyes les otorgaron muchas exêmpciones y franquezas: ocasion segun yo pienso de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente francos así á los hombres generosos, como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo qual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la via de Toledo muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda. El Rey Moro avisado del inten-

to de los enemigos, de sus apercebimientos y aparato, y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenia soldados, vituallas y municiones: faltábale el mas fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenia confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las quales con grande maravilla de la naturaleza rompe el rio Tajo y da vuelta á toda la ciudad de tal suerte, que por tierra dexa sola una entrada para ella á la parte del Septentrion y del Norte de subida empinada y agria, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto y otra tirada por lo mas baxo. Para cercar la ciudad por todas partes fué necesario dividir la gente en siete esquadrones con otras tantas estancias, que fortificaron á ciertos espacios á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socorros ni vituallas. El Rey con la mayor parte de la gente asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad. Todos así Moros como Christianos, mostraban grande ánimo y deseo de venir á las manos: cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas en que no sucedió cosa señalada que sea de contar: solo se echaba de ver que los Moros en la pelea de á pie no igualaban á los Christianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacian ventaja en la destreza que tenian por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos otras máquinas y ingenios para batir y arrrimarse á la muralla, y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios dado que ponian espanto, y hacian maravillar á los Moros por no estar acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios altos y muchos que la defendian. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacia, se cansaban los Christianos de suerte que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder re-

putacion. Apretábalos la falta que padecian de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados proveerse de muy lexos de vituallas para los hombres y forrage para los caballos. Los calores del verano comenzaban: por esto y por el mucho trabaxo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moria mucha gente. Hallábanse en este aprieto quando San Isidoro se apareció entre sueños á Cypriano obispo de Leon, y con semblante ledo y grave y lleno de magestad, le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince dias saldrian con la empresa, porque Dios tenia escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el obispo al Rey, dióle parte de aquella vision tan señalada: con que los soldados se animaron para pasar qualquier mengua y trabaxo por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así que los cercados padecian á la misma sazon mayor necesidad y falta de todo, tanto que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias por tener consumidas las vituallas: hallábanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad: ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni escusaban trabaxo ni temian de ponerse á qualquier riesgo. Acordaron persuadirse al Rey Moro tratase de conciertos: apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa Real, y con grandes alaridos requieren al Rey Moro ponga fin á trabaxos y cuytas tan grandes antes que todos juntos pereciesen, y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad. Alteróse el Rey Moro con aquella demanda y vocería de los suyos, que mas parecia motin y fuerza; sosegóse empero, y hablóles en esta sustancia: « Bueno es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y saludables; pero advertid so color de paz no nos hagamos esclavos. A la paz acompañan el reposo y la libertad: la servidumbre es el mayor de los males, y que se debe rechazar con todo cuydado con las armas y con la vida si fuere necesario. Gran mengua y muestra de flaqueza no poder sufrir la necesidad y falta por un poco de tiempo. Mas fácil cosa es hallar quien se ofrezca á la muerte y á perder la libertad, que quien sufra la hambre. Yo os aseguro que si os entreteneis por pocos dias y no desmayais, que saldréis deste aprieto; ca los enemigos forzosamente se irán, pues padecen no menos necesidad que vos, y por ella

y otras incomodidades cada dia se les desbandan los soldados y se les van; ademas que muy en breve nos acudirán socorros de los nuestros, que cuydan grandemente de nuestro trabaxo.» No se quietaron los Moros con aquellas razones: el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecia usarian de fuerza, y que todos juntos, sino otorgaba con ellos, irian á abrir al enemigo las puertas de la ciudad: grande aprieto y congoxa: así forzado el Moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedian sus vasallos. Salieron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes, en presencia del Rey Don Alonso le representaron sus quexas: acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos, y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores: despues desto le dixeron que si bien entendian no era menor la falta que padecian en los reales, que dentro de la ciudad, todavía vendrian en hacer algun concierto, como fuese tolerable, hasta pagar las parias y tributo que se asentase. A esto respondió el Rey que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término que á menos de entregarle la ciudad, no daria oidos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos dias. La falta crecia en la ciudad, y la hambre, que de cada dia era mayor. Los nuestros estaban animados de antes, y de nuevo mas porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto. Finalmente los Moros vinieron en rendir la ciudad con las condiciones siguientes: El alcázar, las puertas de la ciudad, las puentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del rio Tajo) se entreguen al Rey Don Alonso: el Rey Moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él mas quisiere; la misma libertad tengan los Moros que le quisieren acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menage: á los que se quedaren en la ciudad, no les quiten sus haciendas y heredades; y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias: no les puedan poner mas tributos de los que pagaban antes á sus Reyes: los jueces para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nacion y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se

acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales Moros y Christianos. Hecho esto, y tomado este asiento en la forma susodicha, el Rey Don Alonso alegre quanto se puede pensar por ver concluida aquella empresa, y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de triumphador hizo su entrada y se fué á apear al alcázar, á veinte y cinco de mayo dia de San Urban Papa y mártyr, el año que se contaba de nuestra salva-
1085. cion de mil y ochenta y cinco. Algunos deste cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios Reales, en que por aquel tiempo el Rey Don Alonso se llamaba Rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de Moros por espacio como de trecientos y sesenta y nueve años. (*Juliano dice trecientos y sesenta y seis, y que los Moros la tomaron año de setecientos y diez y nueve el mismo dia de San Urban*) en que por ser los Moros poco curiosos en su manera de edificar, y en todo género de primor, perdió mucho de su lustre y hermosura antigua. Las calles angostas y torcidas, los edificios y casas mal trazadas, hasta el mismo palacio Real era de tapiería, que estaba situado en la parte en que al presente un hospital muy principal que los años pasados se levantó y fundó á costa de Don Pero Gonzalez de Mendoza, cardenal de España, arzobispo de Toledo. La mezquita mayor se levantaba en medio de la ciudad, en un sitio que va un poco cuesta abaxo, de edificio por entonces ni grande ni hermoso: poco adelante la consagraron en iglesia, y despues desde los cimientos la labraron muy hermosa y muy ancha. La fama desta victoria se derramó luego por todo el mundo que fué muy alegre para todos los Christianos por haber quitado á los Moros aquella plaza, que era como un baluarte muy fuerte de todo lo que poseian en España. Acudieron embaxadores de todas partes á dar el parabien y alegrarse con el Rey, asi por lo hecho, como por la esperanza que se mostraba de concluir con todo lo demas que quedaba por ganar. Partióse el Rey Moro conforme al asiento que se tomó, acompañado de soldados para Valencia que era suya, en que conservó el nombre de Rey. Por otra parte diversas compañías de soldados por órden de su Rey, se derramaron por toda la comarca y reyno de Toledo para allanar lo que restaba, que les fué muy fácil por estar los Moros

amedrentados, y por ver que perdida aquella ciudad tan principal, no se podian conservar. Ganaron pues muchas villas y lugares: los de mas cuenta fueron Maqueda, Escalona, Illescas, Talavera, Guadalaxara, Mora, Consuegra, Madrid, Berlanga, Buytrago, Medinaceli, Coria, pueblos muchos dellos antiguos, y que caian cerca de Toledo, fuertes y de campiña fresca, en que se dan muy bien toda suerte de mieses y frutales. Los Moros de Toledo unos acompañaron á su Rey, los mas se quedaron en sus casas. El número era grande, y por consiguiente el peligro de que con alguna ocasion se levantasen, que fuera nuevo y notable daño. Para evitar este inconveniente, acordó el Rey hacer allí su asiento de propósito, sin mudar la corte hasta tanto que se poblase bien de Christianos, y que con nuevos reparos quedase bastantemente fortificada y segura. Convidó por sus edictos á todos los que quisiesen venir á poblar con casas y posesiones: con esto acudió gran gente para hacer asiento en aquella ciudad. Entre los demas nuevos moradores cuentan á Don Pedro, griego de nacion, de la casa y sangre de los Paleologos, familia imperial en Constantinopla, de quien refieren se halló en este cerco, y que el Rey en recompensa de sus servicios despues de ganada la ciudad le heredó en ella, y dió casos y heredades con que pasase. Deste caballero se precian descender los de la casa de Toledo, gente muy noble y poderosa en estados y aliados. Hija deste Don Pedro fué Illan Perez, nieto Pedro Illan, biznieto Estevan Illan, cuyo retrato á caballo se ve pintado en lo alto de la bóveda de la iglesia mayor detrás de la capilla y altar mas principal. Don Estevan fué padre de Don Juan y abuelo de Don Gonzalo, aquel cuyo sepulcro muy señalado y conocido se vee en la parroquia de San Roman. Añaden que desde este tiempo se comenzó á llamar así el barrio del Rey en Toledo, á causa que á los nuevos moradores que acudian á poblar, señaló el Rey aquella parte de la ciudad para su morada. Dióse otrosí principio á la fábrica de un nuevo alcázar en lo mas alto de la ciudad, todo á propósito de enfrenar á los Moros que no se desmandasen. Demas desto se halla que el Rey Don Alonso en adelante se comenzó á intitular Emperador: si con razon ó sin ella, no hay para que disputallo. Hallábase sin duda muy ufano con aquel nuevo reyno que conquistara, y como se via se-

ñor de la mayor parte de España, y el Rey de Aragon y otros Reyes Moros tributarios, ningun título le parecia demasiado Destemplósele aquel contento por la muerte de la infanta Doña Urraca, que finó por este tiempo, y él la tenia en lugar de madre, porque sus virtudes y prudencia lo merecian, demas que su padre se la dexó mucho encomendada. Quedaba la otra hermana Doña Elvira, que él mismo casó con el conde de Cabra. (1) La causa deste casamiento fué cierta palabra áspera que le dixo, y para aplacalle, y que no se levantase algun alboroto, acordó casarle con su misma hermana. Así lo cuenta la historia general que anda en nombre del Rey Don Alonso el Sabio.

Capítulo XVII.

Como Don Bernardo fué elegido por Arzobispo de Toledo.

Ninguna cosa mas deseaba el Rey que volver en su antiguo lustre y resplandor, y honrar de todas maneras aquella nobilísima ciudad, columna que era de España, y alcázar en otro tiempo de santidad, y silla del imperio de los Godos. Comenzo luego á dar muestras que queria poner arzobispo en ella, sin el qual estuvo tantos años por la turbacion de los tiempos. Al principio no puso mucha fuerza, porque los Moros aun no bien domados lo contradecian. Pasado mas de un año, ya que muchos Christianos moraban en la ciudad, y de los Moros se tenia mas noticia de quáles se debian temer, y de quáles se podian fiar; para hacerlo con mas autoridad, y que los Moros tuviesen menos lugar de alborotarse, procuró se celebrase concilio: los grandes y los obispos se juntaron á diez y ocho de
1086. diciembre año de mil y ochenta y seis. En aquella junta lo primero dieron gracias á la divina bondad, por cuyo favor la Christiandad recobró tan principal ciudad: cada uno segun el caudal que tenia, autoridad y eloqüencia, lo encarecia con las mayores palabras que podia. Luego se trató de elegir arzobis-

(1) Part. 4. en la toma de Toledo.

po de Toledo: salió por voto de todos nombrado Don Bernardo abad que era de Sahagun, hombre de muy buenas costumbres y suaves, de muy buen ingenio, de doctrina aventajada entereza y rectitud probada en muchas cosas, y en quien resplandecia un exemplo y dechado de la virtud antigua. Esto fué causa de ganar las voluntades de todos para que quisiesen por su prelado á un hombre estrangero, nacido en Francia. Pasa el rio Garona por la ciudad de Aagen en Aquitania hoy Guiena: cerca desta ciudad está un pueblo llamado Salvitat. Deste pueblo fué natural Don Bernardo, nacido de noble linage: su padre se llamaba Guillermo, su madre Neymiro: personas tan pias que ambos, segun que se saca de memorias de la iglesia de Toledo, acabaron sus dias en religion. El hijo en su mocedad anduvo en la guerra: ya que era de mas edad, entró en el monasterio de San Aurancio Auxitano ó de Aux; allí tomó el hábito y cogulla con gran deseo que tenia de la perfeccion. Parece que aquel monasterio era de Cluniacenses, porque de allí le llamó Hugo abad Cluniacense, y por el mismo fué enviado á España al Rey Don Alonso para que reformase con nuevos estatutos y leyes el monasterio de Sahagun, que pretendia el Rey hacer cabeza de los demas monasterios de Benitos de sus reynos: por esta causa pidió á Hugo le enviase un varon á propósito desde Francia; y como fuese enviado Don Bernardo, tomó cargo de aquel monasterio, y fué en él abad algun tiempo. Dende subió á la dignidad amplísima de arzobispo de Toledo: y para que tuviese mas autoridad, porque tanto es uno honrado y tenido quanto tiene de mando y hacienda (la dignidad y oficios sin fuerzas se suele tener en poco) hizo el Rey donacion á la iglesia de Toledo de castillos, villas y aldeas en gran número, que fué el postrero acto del concilio ya dicho. Dióle la villa de Brihuega, que fué del Rey Don Alonso en el tiempo de su destierro por donacion que el Rey Moro le hizo della, á Rodillas, Canales, Cavañas, Coveja, Barciles, Alcolea, Melgar, Almonacir, Alpobrega. Así lo escribe Don Rodrigo: la historia del Rey Don Alonso el Sabio añade á Alcalá y Talavera, las quales dice que dió con lo demas al arzobispo; pero los mas doctos tienen esto por falso. Destos pueblos algunos son conocidos, de otros ni aun los nombres quedan: todo lo consume y hace olvidar la antigüedad. Yo no

quise ponerme á adivinar los sitios y rastros de cada uno destos pueblos, ni tenia espacio para averigualIo. Hizo otrosí donacion el Rey á la iglesia de Toledo de muchas huertas, molinos, casas en gran número y tiendas para que con la renta que destas posesiones se sacase, se sustentasen los sacerdotes y ministros de la iglesia mayor: asi por memoria de todo esto le hacen en ella al Rey Don Alonso cada año un aniversario por el mes de junio. Hecho esto se acabó y despidió el concilio. El Rey dado que hobo órden en las cosas de la ciudad, se partió para Leon por respetos que á ello le forzaban. La Reyna Doña Constanza y el nuevo arzobispo de Toledo quedaron en la ciudad con gente de guarnicion. Los Christianos eran muy pocos en comparacion de los Moros, si bien para el poco tiempo eran hartos. Parecia con estos apercibimientos y recado quedaba la ciudad segura para todo lo que podia suceder. Lo que prudentemente quedaba dispuesto, la temeridad digamos del nuevo prelado ó imprudencia, ó lo uno y lo otro, por lo menos su demasiada priesa lo desconcertó, y puso la ciudad en condicion de perderse. La silla del arzobispo por entonces estaba en la iglesia de Nuestra Señora que agora es monasterio del Cármen, como han averiguado personas curiosas. Los Moros tenian la iglesia mayor, y en ella hacian las ceremonias de su ley. Parecia mengua y afrentoso para los Christianos y cosa fea que en una ciudad ganada de Moros los enemigos poseyesen la mejor iglesia y de mas autoridad, y los Christianos la peor. Lo que alguna buena ocasion hiciera fácil, por la priesa de Don Bernardo se hobiera de desbaratar. Comunicado el negocio con la Reyna, determina con un esquadron de soldados tomarles una noche su mezquita. Los carpinteros que iban con los soldados, abatieron las puertas: despues los peones limpiaron el templo, y quitaron todo lo que allí habia de los Moros; hiciéronse altares á la manera de los Christianos, en la torre pusieron una campana, con el son llamaron al pueblo y le convocaron para que se hallase á los oficios divinos. Alborotáronse los bárbaros con esta novedad, y por la mengua de su religion y ritos de su secta furiosos apenas se pudieron enfrenar de no tomar las armas y con ellas vengar aquel agravio tan grande. Dia fuera aquel triste y aciago, si Nuestro Señor Dios no estorbara el daño que los Moros

pudieran hacer, porque eran muchos mas que los fieles. Entretuviéronse por pensar que aquello se habia hecho sin que el Rey lo supiese: esto les era algun consuelo y alivio, unos se refrenaron con esperanza que serian vengados, otros por no ponerse á riesgo si venian á las manos. Al Rey luego que supo el caso, le pesó mucho que el arzobispo con su demasíada priesa hobiese quebrantado el asiento puesto con los Moros, y hecho poco caso de su fe y palabra Real. Representábasele quanto peligro podian correr las cosas por estar tan enojados los Moros: temia no sucediese algun daño á la ciudad; poníasele delante la inconstancia de las cosas del mundo, quan presto se mudan en contrario. Vino muy de priesa á Toledo, y con tanta velocidad que desde el monasterio de Sahagun do estaba, y donde recibió la nueva de lo que pasaba, se puso en tres dias en Toledo mal enojado en gran manera: hacia grandes amenazas contra el Arzobispo y contra la Reyna, no admitia ruegos de nadie, con ninguna diligencia se aplacaba su muy encendida saña, venia con determinacion de hacer un señalado castigo por tal osadía, con que los Moros quedasen satisfechos y todos escarmentasen. Los principales de Toledo, sabida la venida del Rey y su intento, le salieron al encuentro cubiertos de luto, el clero en forma de procesion: llegados á su presencia, con lágrimas que derramaban, le suplicaron por el perdon; ningun efecto hicieron por venir muy indignado y resuelto de castigar aquel desacato. Proveyó Dios á tanto mal como se temia por otro camino no pensado. Los principales de los Moros, mitigado algun tanto el dolor y saña que les causó aquel agravio, cayeron en la cuenta que no les venia bien si el Rey llevaba adelante su saña. Advertian que él podia faltar, y el odio contra ellos quedaria para siempre fixado en los pechos de los Christianos. Acordaron salir al encuentro del Rey y suplicalle diese perdon á los culpados en aquel caso. Llegaron á Magan, que es una aldea cerca de la ciudad, con semblantes tristes y los ojos puestos en el suelo. Combatíanlos diversas olas de pensamientos contrarios, el dolor de la injuria presente, el miedo para adelante. Arrodilláronse luego que el Rey llegó, con intento de aplacarle con sus razones y ruegos; mas él los previno: díxoles que aquella injuria no era dellos sino desacato de su Real persona, que por el castigo entenderian

ellos y los venideros que la palabra Real se debe guardar, y ninguno ser tan osado que por su antojo la quebrante. A esto los Moros en alta voz comenzaron á pedir perdon, que ellos de corazon perdonaban á los que los agraviaron. Reparó el Rey algun tanto por ser aquella demanda tan fuera de lo que pensaba. Entonces el que era de mas autoridad entre aquella gente, le habló en esta manera: «Quan grande, Rey y Señor, haya sido el dolor que recebimos por la mezquita que por fuerza nos quitaron contra lo que tenia capitulado, cada uno lo podrá por sí mismo pensar; no será necesario detenerme en declarallo. La devocion del lugar y su estima nos movia, pero mucho mas el recelo que deste principio no menoscabasen la libertad, y nos quebrantasen lo que con nos teneis asentado. ¿Quién nos podrá asegurar que lo que hicieron con nuestra mezquita, no lo executen en nuestras casas particulares, y las saqueen con todas nuestras haciendas? Qué conciencia ni escrúpulo enfrenerá á los que no enfrenó el juramento y la palabra Real, y los que tienen por cierto que en tratarnos mal hacen un agradable servicio á Dios? Esto conviene asegurar para adelante, que no nos maltraten ni quebranten nuestros privilegios. Por lo demas de buena voluntad perdonamos á la Reyna y al arzobispo el agravio que nos han hecho: lo mismo os suplicamos hagais, porque el castigo que tomáredes, no nos acarree mayores daños, ca los que vinieren adelante despues de vos muerto, no sufrirán que tales personages, si les sucede algun daño, queden sin venganza. Por la mano Real y palabra que nos distes, os pedimos troqueis la saña que por nuestra causa teneis concebida, en clemencia; que demas que nos damos por contentos y os certificamos la tendrémos por merced muy singular, si no otorgais con nuestra peticion, resueltos estamos de no volver á la ciudad, antes de buscar otras tierras en que sin peligro vivamos. No es razon que por dar lugar al sentimiento, y por hacernos favor y vengarnos, acarreeis á nos mayores daños, á vos perpetua tristeza y llanto, á vuestra ley mengua y afrenta tan señalada.» En tanto que el Moro decia estas razones, los demas arrodillados, puestas las manos, y con lágrimas que de los ojos vertian, con el semblante y meneos suplicaban lo mismo. En el pecho del Rey combatian diversos sentimientos y contrarios, como se echa-

ba de ver en el rostro demudado, ya triste, ya alegre. Finalmente la razon venció el ímpetu de su ánimo: consideraba que Dios es el que rige los consejos de los hombres y los endereza que muchas veces de los males que permite, resultan bienes muy grandes. Vencido pues de los ruegos de los Moros les agradeció aquella voluntad, y prometió que para siempre tendria memoria de aquel dia. Pasó adelante en su camino, llegó á la ciudad, halló á la Reyna y al arzobispo alegres por la esperanza que tenian de alcanzar perdon, con que aquel dia de turbio y desgraciado se trocó en mucha serenidad. La ciudad hizo de presente regocijos y fiestas por tan señalada merced; y para adelante se ordenó que en memoria della se hiciese fiesta particular cada un año á veinte y quatro de enero con nombre de Nuestra Señora de la Paz, y por memoria de un beneficio tan grande como en tal dia todos recibieron; si bien no solo aquel dia se hace fiesta y memoria desto, sino eso mismo de la casulla que á San Illephonso traxo del cielo la sagrada Vírgen.

Capítulo XVIII.

Como se quitó el breviario Mozárabe.

Arriba se dixo como Ricardo abad de Marsella fué enviado del Papa Gregorio Séptimo por su legado en España, y que en Burgos juntó concilio de obispos, y en él ordenó las sagradas ceremonias y modo de rezar que se debia tener y guardar. Hacia en lo demas muchas cosas sin órden; y usaba mal de la potestad amplísima que tenia, y enderezaba sus cosas á su particular ganancia. La gente andaba revuelta, y aun escandalizada con el desórden del legado hasta murmurar del poder y autoridad del Papa. El arzobispo Don Bernardo recibia congoxa desto por el oficio que tenia, mas por ser tanta la autoridad del legado no le podia ir á la mano. Habia entonces costumbre introducida, á lo que yo creo, en España desde el concilio octavo general que fué el postrero Constantinopolitano, y por ley mandado que antes de ser consagrados los Metropolitanos se diese noticia al Papa de la eleccion para averiguar que era legí-

tima y buena, y no tenia falta alguna, para que la confirmase con su autoridad. Antes que esto se hiciese no era lícito al arzobispo electo ni consagrarse, ni hacer cosa alguna de su oficio. Era otrosí costumbre que impetrasen del Papa el palio (de que suelen usar quando dicen misa) en señal de su consentimiento y aprobacion. Esta ordenacion recebida desde este principio con el tiempo se estendió á los obispos inferiores: no hay para que nos detengamos en decir las causas desto. De aquí nació que al presente ninguna eleccion de obispos se tiene por válida si no es confirmada por el Papa. Por estas dos causas Don Bernardo determinó de ir á Roma. El camino era largo, y de mucho trabaxo y peligro: antes de ponerse en camino con beneplácito del Rey consagró la iglesia mayor, que se quitó á los Moros como queda dicho. Juntáronse á concilio los obispos que eran necesarios para esto, y hízose la ceremonia dia de San Crispin y San Crispiniano á veinte y cinco de oc-
1087. tubre año de nuestra salvacion de mil y ochenta y siete. Dedicóse la iglesia en nombre de Santa María, de San Pedro y San Pablo, de San Estevan y Santa Cruz. En el altar mayor pusieron muchas reliquias de Santos. Don Rodrigo dice que esto se hizo despues que volvió de Roma Don Bernardo. Lo cierto es que muertos ya los Papas Gregorio y Victor tercero deste nombre, que le sucedió, siendo Sumo Pontífice Urbano II, que fué
1088. elegido á quatro de marzo de mil y ochenta y ocho; llegado á Roma Bernardo, alcanzó todo aquello que á pretender habia ido, conviene á saber que el legado fuese absuelto de aquel cargo, y volviese á Roma: que él usase del palio; y mas, que fuese primado en España y en la parte de Francia que llamaban la Gallia Góthica. Por causa desta potestad á la vuelta de Roma en Tolosa juntó concilio de los obispos cercanos: con que, y con su buena maña y uso de la lengua francesa en que desde niño se criara por ser natural de la tierra, como la gente es buena y sin doblez, fácilmente los persuadió que le reconociesen por superior. Asentó que irian á Toledo cada y quando que fuesen llamados á concilio. Llegado á Toledo, antes que el legado desistiese de su oficio, de comun consentimiento se trató de quitar el misal y breviario góthico, de que vulgarmente usaban en España desde muy antiguos tiempos por autoridad de los Santos Isidoro, Illephonso y Juliano. Habíase pro-

curado muchas veces esto mismo, pero no tuvo efecto porque la gente mas gustaba de lo antiguo; y no hay cosa que con mas firmeza se defienda, que lo que tiene color de religion. En este tiempo pusieron tanta fuerza el primado y el legado, y la Reyna que se juntó con ellos, que dado que resistian los naturales, en fin vencieron y salieron con su pretension. Verdad es que antes que el pueblo se allanase, como gente guerrera quisieron esta diferencia se determinase por las armas. El dia señalado dos soldados escogidos de ambas partes lidiaron sobre esta querella en un palenque y hicieron campo: venció el que defendia el breviario antiguo, llamado Juan Ruiz, del linage de los Matanzas que moraban cerca del rio Pisuerga cuyos descendientes viven hasta el dia de hoy, nobles y señalados por la memoria deste desafío. Sin embargo como quier que los de la parte contraria no se rindiesen, ni vencidos se dexasen vencer, parecióles que por el fuego se averiguase esta contienda: que echasen en él los dos breviarios, y el que quedase sin lesion, se tuviese y usase: tales eran las costumbres de aquellos tiempos groseros y salvages, y no muy medidos con la regla de piedad Christiana. Encendióse una hoguera en la plaza, y el breviario Romano y Góthico se echaron en el fuego: el Romano saltó del fuego, pero chamuscado. Apellidaba el pueblo victoria á causa que el otro, aunque estuvo por gran espacio en el fuego, salió sin lesion alguna, principalmente que el arzobispo Don Rodrigo dice que saltó el romano, pero chamuscado. Advierto que en el texto del arzobispo los puntos se deben reformar conforme á este sentido. Todavía el Rey como juez pronunció sentencia en que se declaraba que el un breviario y el otro agradaban á Dios, pues ambos salieron sanos y sin daño de la hoguera; lo qual el pueblo se dexó persuadir. Concluyóse el pleyto, y concertaron que en las iglesias antiguas que llaman mozárabes, se conservase el breviario antiguo: concordia que se guarda hoy dia en ciertas fiestas del año; que se hacen en los dichos templos los oficios á la manera de los mozárabes. Tambien hay una capilla dentro de la iglesia mayor, en la qual hay cierto número de capellanes mozárabes que dotó de su hacienda el cardenal fray Francisco Ximenez porque no se perdiese la memoria de cosa tan señalada y de rezo tan antiguo. Estos rezan y dicen misa

conforme al misal y breviario antiguo. En los demas templos hechos de nuevo en Toledo se ordenó se rezase y dixese misa conforme al uso Romano. De aquí nació en España aquel refran muy usado : allá van leyes do quieren Reyes. Acabóse esta contienda, y Toledo volvia en su antiguo lustre y hermosura: levantáronse nuevos edificios, y gran número de Christianos acudian de cada dia. Los Moros se iban á menudo unos á una parte y otros á otra, y en su lugar sucedian otros moradores, á los quales se les concedia toda franqueza de tributos y otros privilegios, como parece por las provisiones Reales que hasta hoy dia se guardan en los archivos de Toledo. La diligencia y zelo que tenia del bien y pro de todos Don Bernardo, no cesaba, ni sosegó hasta que fué con el Rey á Castilla la Vieja, y en Leon principal ciudad juntó concilio de obispos año de mil
1091. y noventa y uno, como dice Don Lúcas de Tuy. Hallóse en él Raynerio, que de frayle Cluniacense le crió cardenal el Papa Urbano, y despues le envió por su legado á España para que sucediese en lugar de Ricardo cardenal asimismo y abad de Marsella. En aquel concilio se establecieron nuevos decretos á propósito de reformar las costumbres de los eclesiásticos á la sazon muy relaxadas. Mandaron otrosí que en las escrituras públicas de allí adelante no usasen de letras góthicas, sino de las francesas. Ulfilas obispo de los Godos antes que ellos viniesen á España, inventó las letras góthicas, de que usaron por largo tiempo los Godos así bien como los Longobardos, los Vándalos, los Esclavones, los Franceses: cada nacion destas tenian sus letras y caracteres propios, diferentes entre sí y de los latinos. Los Franceses y los Esclavones hasta el dia de hoy se conservan en su manera antigua de escribir: las otras naciones con el tiempo han dexado sus letras y su manera, y trocádola en la que hoy tienen y usan, que es la comun y latina, por acomodarse con las otras naciones, y para mayor comodidad del comercio y trato que tienen con los demas.

Capítulo XIX.

De los principios del primado de Toledo.

El lugar pide que tratemos de los principios que tuvo el primado que los arzobispos de Toledo pretenden tener y tienen sobre las demas iglesias de España, y por qué camino esta dignidad de pequeña llegó á la grandeza que hoy tiene. Los principios de las cosas, especialmente grandes, son escuros: todos los hombres pretenden llegarse lo mas que pueden á la antigüedad, como la que tiene algun sabor de cierta divinidad, y se llega mas á los primeros y mejores tiempos del mundo. Así los mas toman la orígen de su nacion lo mas alto que pueden, sin mirar á las veces si va bien fundado lo que dicen. Esto mismo sucedió en el caso presente, que muchos quieren tomar el principio del primado de Toledo desde el mismo tiempo de los apóstoles. Alegan para esto que San Eugenio Mártyr fué el primero que vino á España para predicar el Evangelio, y que fué el primer arzobispo de aquella ciudad. Añaden que los primeros que se tornaron christianos en España, y los primeros que tuvieron obispo, fueron los de Toledo, y que por estas causas se les debe esta preeminencia. Pero lo que con tanta seguridad afirman acerca del primado, no tienen escritor alguno mas antiguo deste tiempo que testifique la venida de San Eugenio á España. El mismo Gregorio Turonense que escribió la historia de Francia, de donde vino San Eugenio, y donde padeció por la Fé como se tiene por cierto, ninguna mencion hace desto. Esto decimos no para poner en disputa la venida de San Eugenio que es cierta, sino para que en lo que toca á fundar el primado, nadie reciba lo que es dudoso, por averiguado y sin duda. Porque ¿qué harán los tales, si los de Compostella para apoderarse del primado se quieren valer de semejante argumento? pues es cierto y se comprueba por escrituras muy antiguas, que el Apóstol Santiago fué el primero que traxo á España la luz del Evangelio, y que sepultaron su santo cuerpo traido en un navío, y rodeadas las marinas del uno y del otro mar, en aquella ciudad. Bien holgara de poder

ilustrar la dignidad desta ciudad en que esta historia se escribe de las cosas de España, en el medio y centro della, y cerca de la qual ciudad nací y aprendí las primeras letras; pero las leyes de la historia nos fuerzan á no seguir los dichos y opiniones del vulgo, ni es justo que por ningun respeto tropecemos en lo que reprehendemos en otros escritores. Prueba bastante que el primado de Toledo no es tan antiguo como algunos pretenden, hacen los concilios de obispos que se celebraron en España en tiempo, primero de los Romanos y despues de los Godos; en los quales se hallará que el prelado de Toledo ni en el asiento ni en las firmas tenia el primer lugar entre los demas. En particular en el concilio Elibertino antiquísimo despues de seis obispos firma Melancio prelado de Toledo en el seteno lugar: de donde se saca que en aquella sazon Toledo no era arzobispado, y mas claramente de la division de los obispados hecha por Constantino, en que pone á Toledo por sufragánea de Cartagena. En los mismos concilios toledanos, en que mas se debia mirar por la autoridad de la iglesia de Toledo por tener de su parte el favor del pueblo y de los Reyes, no pocas veces se pone el postrero entre los metropolitanos. Para sacar pues la autoridad del primado de Toledo de los tiempos mas antiguos digo desta manera. En España hobo antiguamente cinco arzobispos, que unas veces se llamaban metropolitanos, y otras primados con diverso nombre, pero el sentido es el mismo. Estos son el Tarraconense, el Bracarense, el de Mérida, el de Sevilla y el de Toledo. Allende destos se contaba con los demas el arzobispo Narbonense en la Gallia Góthica, que en tiempo de los Godos era sugeta á España. Todos estos eran iguales, y á ningun superior reconocian, sacado el Papa: en los concilios tenian el lugar que les daba su antigüedad y consagracion. La causa de ser tantos los metropolitanos fué la antigua division de España, que se dividió en cinco provincias, que eran estas: Andalucía, Portugal, Tarragona Cartagena, Galicia, y otras tantas audiencias y chancillerías supremas en que se hacia justicia, ó como yo pienso las gentes bárbaras fueron causa desto, porque luego que entraron en España, divididas las provincias della, fundaron muchos imperios y estados. El Metropolitano Narbonense presidia en Francia. El de Tarragona en la parte de España, que en aque-

lla turbacion estuvo mucho tiempo sugeta á los Romanos. Los Vándalos tuvieron á Sevilla : los Alanos y Suevos la Lusitania y Galicia, do están Mérida y Braga : los Godos tenian á Toledo, la qual gente venció y se adelantó á las otras naciones bárbaras en multitud y mando. De aquí comenzó la autoridad de Toledo á ser mayor que la de las demas ; en especial quando mudado el estado de la república, los Godos se hicieron señores de toda España, y mudadas las leyes, y fueros, pusieron la silla de su imperio en Toledo, poco á poco trocadas las cosas comenzaron á crecer y mejorarse en autoridad los prelados de Toledo. En el concilio Toledano séptimo se pusieron claros fundamentos de la autoridad que adelante tuvo, cuyo Cánon último es este : Que los obispos vecinos desta ciudad avisados del Metropolitano vengan á Toledo cada uno su mes, si no fuere en tiempo de agosto y vendimias : decreto que dicen se concede por respeto del Rey, y por honra de la ciudad en que él moraba, y por consuelo del Metropolitano. Destos principios comenzó á crecer la autoridad de los arzobispos de Toledo de tal manera que los Padres que se hallaron en el concilio Toledano duodécimo en tiempo del Rey Ervigio, determinaron en el Cánon sexto que las elecciones de los obispos en España que solia aprobar el Rey, se conformasen con la voluntad y aprobacion del arzobispo de Toledo. Desde este tiempo los otros obispos reconocieron al de Toledo, y le daban el primer lugar en todo, y se tenia por mas principal autoridad la suya que la de los demas, en particular en el asiento y firmar los concilios era el primero. Estos fueron los principios desta autoridad y como cimientos, sin pasar por entonces mas adelante, porque no tuvo por entonces los otros derechos de primados que son los mismos que Patriarchás, y solo difieren en el nombre. como parece en los Cánones y leyes de la Iglesia, ni tenian especiales insignias de dignidad, ni poder mayor sobre los obispos para corregillos, para visitallos, para por via de apelacion alterar sus sentencias. Despues que se mudaron las cosas y España padeció aquella tan grande plaga, y todo lo mandaron los Moros, cesó la dignidad y magestad toda que tenian estos prelados, y llegó á tanto lo turbacion en aquel tiempo, que aun obispos consagrados como se acostumbraba por muchos años faltaron en Toledo. En fin vuelta aquella ciudad á

poder de Christianos, el arzobispo de Toledo no solo alcanzó la honra y grado de metropolitano, sino asimismo de primado. Procurólo Don Bernardo primer arzobispo, y concedióselo el Papa Urbano Segundo no sin quexa de los otros obispos y contradiccion; que pretendian por preferir á uno hacerse injuria á todos los demas. La bula de Urbano que habla desto, se pondrá en otro lugar. El primero que puso pleyto sobre esta dignidad de primado, fué D. Berengario, á quien el mismo Don Bernardo habia trasladado de Vique, donde era obispo, á Tarragona; pero fué vencido en el pleyto, porque el Papa Urbano quiso que la autoridad una vez dada al arzobispo de Toledo fuese cierta y para siempre se conservase. Esta determinacion de Urbano confirmaron con sus bulas el Papa Pascual y el Papa Gelasio sus sucesores. Calixto Segundo pareció diminuir esta autoridad con dar como dió por su bula á Don Diego Gelmirez obispo de Compostella los derechos de Metropolitano trasladados de la ciudad de Mérida, si bien estaba en poder de Moros. Otorgóle otrosí autoridad de legado del Papa sobre las provincias de Mérida y Braga, y señaladamente le hizo exêmpto de la obediencia y poder de Don Bernardo arzobispo de Toledo: todo á propósito de honrar á Don Ramon su hermano que estaba enterrado en Compostella, y por la mucha devocion que siempre mostró con la iglesia y sepulcro de Santiago. Mas siendo arzobispo D. Raymundo, sucesor de D. Bernardo; los Papas Honorio, Celestino, Inocencio, Lucio, Eugenio III determinaron y ratificaron lo que hallaron estar antes concedido, que el arzobispo de Toledo fuese primado de España. A Don Raymundo, ó Ramon sucedió Don Juan, en cuyo tiempo lo primero Adriano Quarto confirmó el primado de Toledo con nueva bula que expidió, en que revoca el privilegio de Compostella; lo segundo Don Juan obispo de Braga, que habia puesto pleyto sobre el título de primado, vino á la ciudad de Toledo, y fué forzado á jurar de obedecer al que no queria reconocer ventaja. Don Cerebruno sucedió á Don Juan, en cuyo tiempo Alexandro Tercero revocó un privilegio de Anastasio concedido en esta razon á Pelagio obispo de Compostella. Esto fué á la sazon que el carderal Jacinto Boho, muy nombrado, vino á España con autoridad de legado, y entre otras casas que sapientísimamente ordenó, puso fin en este pleyto

segun parece en las escrituras de la iglesia de Toledo, ca dió sentencia por Cerebruno contra el de Santiago que le inquietaba. Bien será aquí poner la bula de Alexandro Tercero, porque confirma en ella lo que sus predecesores determinaron. La bula dice así: « Alexandro obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable hermano Cerebruno arzobispo de Toledo salud y bendicion apostólica. Como nos enviásedes un mensagero por causa de los negocios que teneis á cargo de vuestra iglesia, á la Sede apostólica, que suele siempre admitir los deseos de los que piden cosas justas, nos suplicastes con humildad con el mismo mensagero, que renovásemos las bulas de nuestros antecesores Pascual, Calixto, Honorio y Eugenio, en que conceden la primacía de las Españas á la iglesia de Toledo. Nos porque sinceramente os amamos en el Señor, y tenemos propósito de honrar vuestra persona de todas las maneras que convenga, por ser estable fundamento y columna de la Christiandad, juzgamos convenia admitir vuestra demanda, y que vuestro deseo no fuese defraudado. Y comunicado este negocio con nuestros hermanos, á imitacion de nuestro predecesor de buena memoria Adriano Papa por la autoridad de la Sede apostólica determinamos que debíamos renovar el privilegio junto con aquel breve conforme á vuestra peticion: que así como vuestra iglesia de tiempo antiguo ha tenido el primado en toda la region de España, así vos y la iglesia de Toledo que gobernais por la ordenacion de Dios, tengais el mismo primado sobre todos para siempre: añadiendo que al privilegio que Pelagio arzobispo en tiempos pasados dicen que impetró de nuestro predecesor de buena memoria Anastasio Papa, que por derecho de primado no debia estar sugeto á vuestra iglesia; declaramos que el privilegio de dicho nuestro antecesor de santa memoria Eugenio Papa concedido á vuestro predecesor sobre la concesion del primado, juzgamos que le prejudica totalmente, en especial que lo concedido por Anastasio no fué concedido ni por la mayor, ni mas sana parte de nuestros hermanos. Determinamos pues que el arzobispo Compostellano como los demas obispos de España os tengan sugecion y obediencia de aquí adelante como á su primado, y á vuestros sucesores; y la dignidad misma sea firme y inviolable para vos y vuestros sucesores para siempre jamás. Ninguno pues de to-

dos los hombres ose quebrantar ó contradecir de alguna manera esta bula de nuestra confirmacion y concesion con temeraria osadía. Y si alguno presumiere intentarlo, sepa que incurrirá la indignacion de Dios todo poderoso y de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo. Dada en Benevento por mano de Gerardo Notario de la santa Iglesia Romana á veinte y quatro de noviembre en la indiccion tercera año de la Encarnacion del Señor de mil y ciento y setenta, del pontificado de Alexandro Papa Tercero año onceno.» Larga cosa seria referir en este propósito todo lo que se pudiera alegar. El Papa Urbano Tercero confirmó la misma autoridad de primado á Don Gonzalo sucesor de Don Cerebruno. A Don Gonzalo sucedió Don Pedro de Cardona. A este Don Martin; al qual Celestino Tercero por el parentesco y amistad que habia entre él y nuestros Reyes, al tiempo que fué legado y se llamaba el cardenal Jacinto Bobo, concedió que las diguidades de la iglesia de Toledo usasen de mitras como obispos mientras la misa se celebrase, y acrecentó aquel privilegio despues que fué elegido Papa. Siguióse en la iglesia de Toledo Don Rodrigo Ximenez varon de grande ánimo y singular doctrina, cosa en aquel tiempo semejable á milagro: trató en el concilio Lateranense primero delante de los cardenales y de Inocencio Tercero la causa de su iglesia en este punto como orador eloqüente, y venció á los demas metropolitanos de España, y porque el arzobispo de Braga pretendia no estarle sugeto, Honorio Tercero le hizo legado suyo. Gregorio Nono sucesor de Honorio revocó cierta ley que se promulgó en Tarragona contra la dignidad del arzobispos de Toledo; en que establecieran no usasen los tales arzobispos de las prerogativas de primado en aquella su provincia, en especial no llevasen cruz delante. A Don Rodrigo sucedió Don Juan, luego Don Gutierre, y dos Don Sanchos; ambos de linage Real, casi el uno tras el otro. Despues de los dichos fué arzobispo Don Juan de Contreras en tiempo de Martino Quinto, y se halló en el concilio Basileense. Item Don Juan de Cerezuela hermano del maestro Don Alvaro de Luna, y sucesor de Don Juan de Contreras. Todos alcanzaron bulas de los Papas en que confirmaban lo mismo; cuyas copias están guardadas con toda fidelidad en el archivo de la iglesia de Toledo, y recogidas en un libro de pergamino. El

tiempo adelante por agraviarse Don Alonso de Cartagena obispo de Búrgos que el arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo llevase guion levantado en su obispado, que era señal de superioridad y de ser primado, Don Juan el Segundo Rey de Castilla tomó aquel negocio por suyo, y por sus provisiones (en que da á Toledo título de ciudad Imperial) determina y establece que se guarde el privilegio y autoridad que Toledo tenia sobre las otras ciudades de su señorío, por entender, como era verdad, que la autoridad del arzobispo de Toledo da mucho lustre á todo el reyno y aun á toda España. Muchos otros arzobispos antes y despues de Don Alonso Carrillo hicieron lo mismo, y por toda España llevaron siempre su cruz levantada. Entre estos se cuentan los cardenales arzobispos Don Pedro Gonzalez de Mendoza, y fray Francisco Ximenez; que es argumento de la primacía que los arzobispos de Toledo han tenido despues que Toledo se recobró de los Moros; puesto que nunca ha faltado quien contradiga y no quiera estarles sugeto. Al presente fuera del nombre y asiento que se les da el primero, ninguna otra cosa exercitan sobre las otras provincias de España tocante á la primacía, por lo menos ni para ellos se apela en los pleytos, ni castigan delitos, ni promulgan leyes fuera de la provincia que como á metropolitanos les está sugeta.

Capítulo XX.

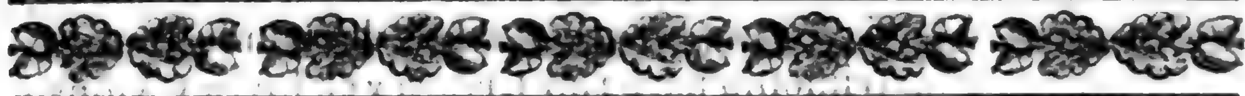
De las mugeres y hijos del Rey Don Alonso.

Arriba queda dicho como el Rey Don Alonso tuvo dos mugeres, Doña Inés y Doña Constanza, y que desta segunda hobo á su hija la Infanta Doña Urraca. Doña Constanza murió despues de ganado Toledo, y en el mismo tiempo su cuñada la Infanta Doña Elvira hermana del Rey falleció: enterráronla en Leon con Doña Urraca su hermana. Despues de Doña Constanza casó Don Alonso con la hija de Benabet Rey Moro de Sevilla, que se volvió christiana, mudado el nombre de Zayda que tenia, en Doña María: otros dicen se llamó Doña Isabel. Deste casamiento nació Don Sancho; créese fuera un gran príncipe si se lograra, y que igualara la gloria de su padre, como lo

mostraban las señales de virtud que daba en su tierna edad: parece que no quiso Dios gozase España de tan aventajadas partes. El Rey adelante quarta y quinta y sexta vez casó con Doña Berta traida de Toscana, con Doña Isabel de Francia, y con Doña Beatriz, que no se sabe de qué nacion fuese. De Doña Isabel tuvo dos hijas, á Doña Sancha que fué muger del conde Don Rodrigo, y Doña Elvira que casó con Rogerio Rey de Sicilia hijo de Rogerio conde de Sicilia: della nació Rogerio el hijo mayor duque de Pulla, y Anfuso príncipe de Capua, llamado así á lo que se entiende del nombre de su abuelo materno; item á Guillermo que por muerte de sus hermanos fué Rey de Sicilia, y á Constanza que casó con el Emperador Enrique VI: así lo refiere el abad Alexandro Celesino; que escribió la vida y los hechos del dicho Rey Rogerio su contemporáneo, y Hugo Falcando. Tuvo Don Alonso de una manceba llamada Ximena otras dos hijas, Doña Elvira y Doña Teresa: Doña Elvira casó con Ramon conde de Tolosa que tuvo dos hijos en esta señora; estos fueron Beltran y Alonso Jordan. Doña Teresa casó con Enrique de Lorena, cepa que fué y cabeza de do procedieron los Reyes de Portugal. De otra concubina cuyo nombre no se sabe, con quien el Rey Don Alonso tuvo trato, no engendró hijo alguno. A Doña Urraca la hija mayor casó con Ramon ó Raymundo hermano del conde de Borgoña y de Guido arzobispo de Viena, que fué adelante Papa, y se llamó Calixto II. De Ramon y Doña Urraca nació Doña Sancha primero, y luego Don Alonso, el que por los muchos reynos que juntó, tuvo nombre de Emperador. Todo esto se ha recogido de gravísimos autores. Pero mejor será oir á Pelagio obispo de Oviedo cercano de aquellos tiempos, que concluye su historia desta manera: «Este Rey Don Alonso tuvo cinco mugeres legítimas, la primera Inés, la segunda Constanza, de la qual tuvo á la Reyna Doña Urraca muger del conde Ramon: della tuvo el Conde á Doña Sancha, y al Rey Don Alonso: la tercera Doña Berta venida de Toscana: la quarta Doña Isabel; desta tuvo á Doña Sancha muger del conde Don Rodrigo, y á Geloyra que casó con Rogerio duque de Sicilia: la quinta se llamó doña Beatriz; la qual muerto el marido, se volvió á su patria. Tuvo dos mancebas muy nobles, la primera Ximena Muñon, de quien nació Doña Geloyra muger del conde de Tolosa Ramon, que tuvo

por hijo á Alonso Jordan. En la misma Ximena hobo el Rey Don Alonso á Doña Teresa muger que fué del conde Don Enrique, y deste matrimonio nacieron Urraca y Geloyra y Alonso. La otra concubina se llamó Zayda, hija de Benabet Rey de Sevilla, que se bautizó y se llamó Isabel, y della nació Don Sancho, que murió en la batalla de Ucles. » Todo lo susodicho es de Pelagio. Estas fueron las mugeres del Rey Don Alonso, estos sus hijos, príncipe mas venturoso en la guerra, que en el tiempo de la paz y en sucesion: no menos admirable en las borrascas, que quando soplaba el viento favorable y todo se le hacia á su voluntad. Bien es verdad que la fortuna ó fuerza mas alta, conforme á sus ordinarias mudanzas y vueltas, en lo de adelante se le mostró contraria, y acarreó así á él como á sus reynos gran muchedumbre de trabaxos y reveses, segun que por lo que se sigue, se podrá claramente entender.





LIBRO DÉCIMO.

Capítulo primero.

De nuevas guerras que hobo en España y en la Suria.

Los Reynos de Levante y de Poniente casi en un mismo tiempo se alteraron con nuevas asonadas y tempestades de guerras. De las estrañas se dirá luego: las de España sucedieron con esta ocasion. Los Almoravides, gente mahometana, habiendo sobrepujado á los Alavecinos que hasta este tiempo tuvieron el imperio de Africa, fundaron primeramente su imperio en aquella parte de la Mauritania que al estrecho de Gibraltar se tiende por las riberas del uno y del otro mar es á saber del Mediterráneo y del Océano: despues en gran, parte de España se metieron y derramaron á manera de raudal arrebatado y espantoso. La ocasion de pasar en España fué esta. El Rey Don Alonso tenia por muger una hija del Rey Moro de Sevilla, como poco ha queda dicho. Entró aquel Rey en esperanza de apoderarse de todo lo que su gente en España tenia, si fuese de Africa ayudado con nuevas gentes y fuerzas: pidió á su yerno por lo que al parentesco debia, le ayudase con sus cartas para llamar á Juzeph Tephin Rey de los Almoravides, poderoso en fuerzas y gentes, y espantoso por la perpetua prosperidad que habia tenido en sus cosas, y convidarle á pasar en España. Pretendia á riesgo ageno y con su

trabaxo, conforme á la ambicion que le aguijaba, ensanchar él su señorío: tal era su pensamiento y sus trazas. Escribió Don Alonso las cartas que le pidió, por estar con la edad aficionado y sugeto á su muger: consejo errado, perjudicial, y que á ninguno fué mas dañoso que al mismo que lo inventaba. A Juzeph no le parecia dexar aquella ocasion de volver las armas contra España: consideraba que de pequeños principios suelen resultar cosas muy grandes: que la guerra se podia comenzar en nombre de otro y con su infamia, y acabarse en su pro. El mismo ó no quiso ó no pudo venir por entonces; envió empero á Hali Abenaxa capitan de gran nombre, esclarecido por su esfuerzo y hazañas, hombre de consejo, astuto, atrevido para comenzar, y constante para llevar al cabo y concluir prósperamente sus intentos: dióle un buen exército que le acompañase. Con estas gentes como le era mandado se juntó con el Rey de Sevilla: no duró mucho la amistad, ni es muy seguro el poder quando es demasiado. Por ligera ocasion y de repente se levantó diferencia y debate entre las dos naciones y caudillos Moros: pasaron á las armas y á las manos, pelearon Moros con Moros; los Españoles no eran iguales á los Africanos por estar debilitados con el largo ocio y con el cebo de los deleytes. El Rey de Sevilla suegro de Don Alonso fué vencido y muerto en la batalla; con tanto menor compasion y pena de los suyos y menor odio de su enemigo, que se entendia de secreto favorecia á nuestra Religion y era Christiano. Llamábase el que le mató, Abdalla. Con su muerte sin dilacion todo su estado quedó por los vencedores. Fué esto el año de los Moros quatrocientos y ochenta y quatro, como lo dice Don Rodrigo en la historia de los Arabes, que se contaba de Christo el de mil y noventa y uno. Todas las gentes y ciudades de los 1091.
Moros que quedaban en España, movidos de nuevas esperanzas ó de miedo se pusieron debaxo de su mando algunas por fuerza, las mas de grado por entender que las cosas de los Moros que estaban para caer, podrian sustentarse y mejorarse con el esfuerzo y ayuda de Hali. Ninguna fe hay en los bárbaros, en especial si tienen armas y fuerzas. Así el capitan africano confiado en las fuerzas de un señorío tan grande como era el de los Moros de España, quiso mas ser señor en su nombre y alzarse con todo, que gobernar en el de otro y co-

mo teniente. Tenia ganadas las voluntades de la gente: y si algunos sentian lo contrario, guardaban secreto el odio, y en público le adulaban, que tal es la condicion de los hombres. Con esto llamóse Miramamolin de España, nombre entre los Moros y apellido de autoridad Real. Demas desto los Reyes Moros, que por toda España eran tributarios del Rey Don Alonso, confiados en el nuevo Rey, como quitada la servidumbre y la máscara, y despertados con la esperanza que se les presentaba de la libertad, no querian pagar las parias como acostumbraban cada un año. Este era el estado de cosas en España. En la Suria por el esfuerzo de los Christianos se comenzó la guerra sagrada, famosísima por la gloria y grandeza de las cosas que sucedieron, y por la conspiracion de todas las naciones de Europa contra los muy belicosos Reyes y Emperadores del Oriente. Jerusalem, ciudad famosa por su antigua nobleza, y muy santa por el nacimiento, vida y muerte de Christo Hijo de Dios, estaba en poder de gente bárbara, fiera y cruel; padecia por esta causa una servidumbre de cada dia mas grave. Un hombre llamado Pedro de noble linage, natural de Amiens en Francia, y que en su menor edad con la exercicio de las armas habia endurecido el cuerpo, llegado á edad de varon, por desprecio de las cosas humanas pasaba su vida en el yermo. Este fué por su devocion á Jerusalem para visitar aquellos lugares, y asegurado entre los bárbaros por su pobreza, mal vestido, su rostro contentible y pequeña estatura, tuvo lugar de mirallo todo y calar los secretos de la tierra: consideró quan atroces, y quan crueles trabaxos los nuestros en aquellas partes padecian. Era en aquella sazon obispo de Jerusalem Simon: trataron el negocio entre los dos y con cartas que le dió para el Sumo Pontífice y amplísima comision, dió la vuelta para Europa. El Papa Urbano oido que hobo á Pedro, y leido las cartas del Patriarchâ, aflixióse gravemente. Abrasábale la afrenta de la Religion Christiana; que aquella tierra en que quedaron impresas las pisadas del Hijo de Dios, orígen de la Religion y en otro tiempo albergo de la santidad, estuviese yerma de moradores, falta de sacerdotes y de todo lo al. Qué los bárbaros no solo contra los hombres, sino contra la santidad de los lugares sagrados hiciesen la guerra con odio perpetuo y gravísimo de la Christia-

na Religion sin que nadie les fuese á la mano. Esta mengua le aquexaba, y le parecia intolerable. Los Emperadores Griegos que debieran ayudar por caerles esto mas cerca, y por el miedo y peligro que corrian á causa de los Turcos que los tenian á las puertas, gente bárbara y cruel, con el cuydado de sus cosas y otros embarazos poco se curaban de las agenas y comunes. Los reynos de Occidente por estar lexos sin sospecha y sin recelo, no hacian caso del daño comun, y de ninguna cosa menos cuydaban que de la injuria y afrenta de la Religion y del Christianismo. El Pontífice Urbano, aunque congoxado con estos cuydados y dificultades, en ninguna manera se desanimó: determinóse intentar una cosa dificultosa en la apariencia, pero en efecto saludable. Convocó á los señores y prelados de todo el Occidente para hacer concilio y tratar en él lo que á la Religion y á la Christiandad tocaba. Dende como con trompeta pensaba tocar al arma, despertar y inflamar los ánimos de todos los Christianos á la guerra sagrada, confiado que á tan buena empresa no faltaria el ayuda de Dios. Señaló para el concilio á Claramonte, ciudad principal en Alvernia y en Francia. Entre tanto que estas cosas se movian en Italia y en Francia, y con embaxadas que el Pontífice enviaba á todas las naciones, las convidaba para juntar sus fuerzas, ayudar á la querella comun con consejo y con lo demas, y que con el aparato desta guerra ardian las demas provincias: en España las cosas de los Christianos empeoraban; y parece andaban cercanas á la caida por la venida y armas de los Almoravides. Nunca ni con mayor ímpetu se hizo la guerra, ni con mayor peligro de España. Ensoberbecida aquella gente fiera y bárbara con el progreso de las victorias y próspero suceso de sus empresas, y con el imperio que se les juntara, fortificados y arraygados en España, volvieron contra los nuestros las armas. Entran por el reyno de Toledo: meten á fuego y á sangre toda aquella comarca, robando y saqueando todo lo que se les ponia delante; en particular se apoderaron de las ciudades y pueblos que en aquella parte y en los Celtíberos habia dado Zayda su padre en dote, es á saber Cuenca, Uclés Huete. Envió el Rey Don Alonso á hacer rostro á los Moros dos Condes, que fueron Don García su cuñado, casado con su hermana, y Don Rodrigo con un buen exército que les dió.

Vinieron á las manos con los Moros: fueron los nuestros vencidos en batalla y desbaratados cerca de un pueblo llamado Roda, que se entiende llama Plinio Virgao, puesto entre el rio Guadalquivir y el mar Océano. El Rey Don Alonso movido de tantos daños, y por el recelo del peligro mayor que amenazaba, entendió finalmente el grave yerro que hizo en llamar á los Moros. Acudió con nueva diligencia á reparar el mal pasado y los males: hizo en todo su reyno levantar mucha gente y juntados socorros de todas partes, formar un grueso exército. Muchos de su voluntad vinieron de las provincias comarcanas á ayudar, movidos por el peligro que las cosas de los Christianos corrian. Cerca de Cazalla, pueblo que cae no lexos de Badajoz, se dió de nuevo la batalla de poder á poder: los Christianos quedaron asimismo vencidos (grande lástima y mengua) y muchos dellos muertos en el campo. Sin embargo Don Alonso no perdió en manera alguna el ánimo como el que ni por las cosas prósperas se ensoberbecia, ni por las adversas se espantaba. Con gran presteza se rehizo de fuerzas, y con nuevos socorros aumentado su exército rompió y entró por fuerza hasta Córdoba, hizo estragos de hombres y ganados, sin perdonar á los edificios ni á los campos. El tyrano desconfiado de sus fuerzas por habérsele desbandado el exército que tenia, fortificóse dentro de Córdoba, ciudad grande y muy fuerte: solo hobo algunas escaramuzas y rebates. Aconteció que Abdalla de noche con número de soldados hizo contra los nuestros una encamisada; mas los Moros fueron rechazados y muertos, preso el capitan, y el dia siguiente en presencia de los Moros que desde los adarves miraban lo que pasaba, fué hecho pedazos y quemado vivo, y con él otros sus compañeros: castigo cruel; pero la desgracia de su suegro Benabet, y la pena que della el Rey tomó, escusa y alivia aquella crueldad, y aun hizo que fuese la alegría de la victoria mas colmada. El Moro Hali cansado del largo cerco se rindió presto á todo lo que le fuese mandado. De presente le condenaron en gran suma de dinero, y que para adelante en cada un año pagase cierto tributo y parias. Con esto le dexaron lo que le tomaran, como á feudatario de los Reyes de Castilla. Principio muy honroso para el Rey Don Alonso, y muy saludable para la provincia por entenderse con tanto, que las armas y

fuerzas de aquellos bárbaros podian ser vencidas, domados sus brios. Ordenadas las cosas de Andalucía, la guerra revolvió contra la Celtiberia parte de Aragon. Cercaron á Zaragoza, y con grandes ingenios la combatieron. Los ciudadanos no rehusaban de pagar cada un año algunas parias, á tal empero que el Rey los recibiese debaxo de su amparo, y que luego sin hacer daño se partiese de aquella comarca. Era honroso este asiento para el Rey, mas para no alzar el cerco prevaleció el deseo y esperanza de apoderarse de aquella ciudad, dado que por pretender cosas grandes y no contentarse con lo razonable se perdió lo uno y lo otro. Porque Juzeph apercebido de nuevo exército de Almoravides, dinero, infantería, caballería y de todo lo al para la guerra necesario, de Africa pasó á España espantoso y feroz con intento de reprimir los deseños de Hali, y castigar su deslealtad, y de camino rebatir las fuerzas de los Christianos. Su venida se supo en un mismo tiempo en la ciudad y en los reales: á los Moros con esperanza de mejor fortuna puso ánimo, al Rey Don Alonso forzó por miedo del peligro y de mayor mal alzado el cerco volver atrás. Las armas de Juzeph procedian prósperamente, porque de primera llegada se apoderó de Sevilla do el tyrano Hali estaba, al qual cortó la cabeza: tras esto luego Córdoba se le rindió. A exemplo de estas dos ciudades todas las demas del Andalucía, y aun todas las que en España restaban en poder de Moros, en breve se pusieron debaxo de su obediencia, y tomaron su voz unas de su voluntad, otras por fuerza. Algunas asimismo, confiadas en el esfuerzo y prosperidad del nuevo Rey, sacudian de sí el yugo del imperio Christiano, y no querian hacer los homenages acostumbrados. No parecia el Rey Don Alonso debia disimular aquellos desaguisados, ni descuydarse en el peligro que amenazaba, por juntarse de nuevo á cabo de tanto tiempo las fuerzas de los Moros de Africa con las de los de España en perjuicio de los Christianos. Acordó pues ganar por la mano y dalles guerra con todas sus fuerzas. Mandó hacer todos los apercebimientos necesarios: juntar armas, caballos, vituallas, dineros: acudir á la guerra no solo los legos, sino los eclesiásticos: alistar soldados nuevos y viejos: procurar socorros de fuera. Muchos estrangeros movidos por el peligro de España, y encendidos en deseo de ayudar en aquella guer-

ra, de su voluntad vinieron, en especial de Francia: entre estos Raymundo ó Ramon hermano del Conde de Borgoña, y su deudo Enrique, el qual dado que era natural de Besanzon ciudad antiguamente la mayor de los Sequanos en Borgoña, de donde le llamaron Enrique de Besanzon ó Besantino: pero era de la casa y linage de Lorena, y adelante fundó la gente y reyno de Portugal. Vino asimismo otro pariente de Enrique llamado Raymundo, Conde de Tolosa y de San Egidio. Seguia á estos señores buen golpe de gente francesa, soldados valientes, de grande y increible prontitud para acometer la guerra. Acudió demas destos Don Sancho Rey de Aragon, el qual bien que era de grande edad, tenia brio y ánimo de mozo, y muy aventajada destreza adquirida con el continuo uso de las guerras que hizo contra los Moros. De todas estas gentes se juntó y formó un exército muy lucido y grande, tanto que no dudaron acometer las fronteras de los enemigos: entraron adentro en el Andalucía, hicieron estragos, sacos y robos en todos los lugares. No se descuydaron los Moros de hacer sus diligencias. Cerca de un lugar llamado Alagueto se juntaron los reales, y se dieron vista los unos á los otros. Juzeph por no ser igual en fuerzas, como caudillo recatado y prudente, escusó la batalla: su partida fué semejante á huida, lo que dió á entender la priesa en el retirarse y desamparar gran parte del fardage. Pareció al Rey Don Alonso que con la huida del Moro se debia contentar, y no aventurar la reputacion que con esto se ganara; además que su exército, como compuesto de tantas gentes diferentes en lenguas, costumbres y leyes no se podia entretener largo tiempo. Acordó dar la vuelta á la patria con sus soldados cargados de despojos, y alegres por el buen principio. Las armas de los Almoravides despues desta afrenta y desman sosegaron por algun tiempo, demas que á Juzeph fué forzoso acudir á Africa y ocuparse en asentar el estado de su nuevo reyno. El Rey Don Alonso no se descuydaba en el entretanto de aparejarse, por tener entendido que muy presto volveria la guerra con mayor fuerza que antes. Determinó hacer nuevas alianzas, y ganar con esto y obligarse las voluntades de los Príncipes estraños: en particular con aquellos tres señores que vinieron de Francia, para mas prendallos, y en premio de la ayuda que le dieron y de sus servicios, casó

otras tantas hijas suyas. Con Ramon Conde de Tolosa casó Doña Elvira, con Enrique de Lorena Doña Teresa, ambas habidas fuera de matrimonio, como arriba se ha dicho, pero criadas con regalo y con aparato Real, y con esperanza de gran estado. A Ramon el de Borgoña dió por muger á Doña Urraca su legítima hija: deste Príncipe se dice que reedificó y pobló la ciudad de Salamanca por mandado del Rey su suegro. Demas desto con el Conde Don Rodrigo casó Doña Sancha hija del Rey y de Doña Isabel su muger: deste dicen que decienden los Girones, señores de grande y antigua nobleza en España. A Don Enrique señaló en dote todo lo que en Portugal tenia ganado de los Moros con título de Conde, y con condicion que fuese vasallo de los Reyes de Castilla, y viniese á las córtes del reyno, y á la guerra con sus armas y gentes todas las veces que fuese avisado. Estos fueron los principios y las zanjas de aquel nuevo reyno de Portugal: apellido que tomó poco adelante deste tiempo, y le conservó por mas de quatrocientos años, en que tuvo Reyes proprios descendientes deste Príncipe y primer fundador suyo. A Don Ramon de Borgoña dió el gobierno de Galicia con título de Conde, nombre de que solían usar los gobernadores de las provincias, y en dote la esperanza de suceder en el reyno, si faltase acaso el infante Don Sancho hijo del Rey. Al Conde de Tolosa dieron en dote muchas preseas y joyas, gran cantidad de oro y de plata, ningun estado en España por tratar de volverse á Francia, do poseia grandes tierras y gran ditado. Puédese sospechar que la misma Tolosa se le dió en dote como sugeta á estos Reyes, segun de suso dos veces queda apuntado. Quien dice que por
las armas de Don Alonso el año mil y noventa y tres se ganó 1093.
la ciudad de Lisbona. Si fué así ó de otra manera, no lo sabria determinar. A la verdad no pocas veces aquella ciudad se ganó y se perdió como prevalecian las armas ya de Moros, ya de Christianos, y últimamente se ganó de los Moros pocos años adelante, dende el qual tiempo permaneció perpetuamente en la posesion y señorío de los Christianos.

Capítulo II.

Como Don Sancho Ramirez Rey de Aragon fué muerto.

El año siguiente que se contaba del Nacimiento de Christo
1094. mil y noventa y quatro, fué señelado por nacer en él Don Alonso hijo de Don Enrique el de Lorena y de su muger Doña Teresa, el qual con sus armas y valor dió lustre al nombre de Portugal. Estendió su señorío, y fué el primero de aquellos príncipes que tomó nombre de Rey por permision de los Pontífices Romanos, en que se mantuvo contra la voluntad de los Reyes de Castilla. Pero el mismo año fué desgraciado por la desastrada muerte que sobrevino á Don Sancho Rey de Aragon, á quien asimismo deben los Aragoneses la loa no solo de haber bien gobernado, y conservado aquel reyno como lo hicieron sus antepasados, sino de le dexar acrecentado y colmado de todos los bienes. El fué el primero que de los montes ásperos y encumbrados, do los Reyes pasados defendian su imperio y señorío no menos confiados en la maleza de los lugares, que en las armas, abaxó á los campos rasos y á la llanura, y ganó por las armas gran número de ciudades y lugares. Dió guerra continua á los Reyes Moros de Balaguer, de Lérida, de Monzon, de Barbastro y de Fraga; y vencidos, los forzó primeramente que le pagasen parias, despues con un largo y trabaxoso cerco tomó á Barbastro, noble ciudad puesta junto al rio Vero, de gran frescura y deleytosos campos. La fortaleza de las murallas espantaba, mas la constancia del Rey y de los suyos venció todas las dificultades: como de todas partes arremetiesen, y la furia no amansase ni afloxase de los que olvidados de las heridas, y menospreciada la muerte, pretendian apoderarse de aquella plaza, fué entrada por fuerza y puesta á saco. Salomon era á la sazon obispo de Roda, otros le llaman Arnulpho; lo mas cierto que á los tales obispos de Roda quedó desde entonces sugeta la iglesia de Barbastro: item que en aquel cerco murió Armengaudo ó Armengol, conde de Urgel, por donde le llamaron Armengol de Barbastro; que fué la causa por el deseo de vengar aquel desastre y satisfacer-

se (ca era suegro del Rey padre de la Reyna Doña Felicia) de maltratar los moradores de aquella ciudad al tomarla, y que la matanza fuese grande. Bolea, que es un pueblo á la raya de Navarra en los Ilergetes á la ribera del rio Cinga, do duró mucho la guerra, se ganó de los Moros. Al tanto Monzon, villa fuerte en aquella comarca por su asiento y por el alcázar que tenia, con otros pueblos y castillos que seria largo contallos. Fundóse y poblóse Estella por este tiempo en Navarra: pequeño lugar entonces, al presente ciudad noble en aquel reyno; y porque el Rey Don Sancho trataba de ir sobre Zaragoza, cinco leguas mas arriba de aquella ciudad á la ribera de Ebro edificó un Castillo llamado Castellar para efecto de reprimir las correrías de los Moros, demas desto para con ordinarias salidas y cabalgadas que dende queria se hiciesen, tener todos los alderredores trabaxados; en que pasaron tan adelante los soldados que puso en aquella plaza, que quitados los bastimentos á la misma ciudad, muchas veces parecia tenerla cercada. En los pueblos dichos antiguamente Vascetanos se edificó la villa de Luna, en ninguna cosa mas señalada que en dar principio al linage y familia de los Lunas, muy ilustre y muy antiguo en Aragon. La cabeza y fundador deste linage fué Bacalla, hombre principal, á quien Don Sancho hizo donacion de aquel pueblo: Rey que fué verdaderamente grande, y con el lustre de todas las virtudes esclarecido, y sobre todo señalado en piedad y devocion. Alcanzó de Alexandro Segundo Sumo Pontífice que el monasterio de San Juan de la Peña con los demas de su reyno fuesen exêmptos de la jurisdiccion de los obispos. Alegaban por causa desta exêmpcion y para alcanzalla la codicia de los obispos, que se entregaban libremente en los bienes de los monasterios. A la verdad las costumbres de los monges en aquel tiempo (1) (de que San Bernardo se quexa) y sus deseos se inclinaban demasiado á pretender libertad, tanto que de ordinario sus abades impetraban privilegio para usar de las insignias de los obispos, mitra, báculo, muceta en señal que tenian autoridad obispal: camino inventado y traza para ser exêmptos de los ordinarios. El pecado de codicia que se imputaba á los obispos, tambien alcanzaba al Rey: esto fué

(1) Epist. 42.

lo que principalmente en sus costumbres se nota, que libremente metió la mano en los bienes eclesiásticos y preseas de los templos. Parecia escusarle en parte la falta de dinero que tenia, la pobreza, y los grandes gastos de la guerra, ademas de una bula que ganó de Gregorio VII. Sumo Pontífice, en que le concedió facultad para que á su voluntad trocase, mudase y diese á quien por bien tuviese los diezmos y rentas de las iglesias que ó de nuevo fuesen edificadas ó ganadas de los Moros. Sin embargo él con ilustre exemplo de modestia y santidad algunos años antes deste, afligido del escrúpulo que de aquel hecho le resultó, y para sosegar la murmuracion del pueblo causada por aquella libertad, en Roda en la iglesia de San Victorian delante el altar de San Vicente con grande humildad, gemidos y lágrimas pidió de lo hecho públicamente perdon, aparejado á emendarse. Hallóse presente Raymundo Dalmacio obispo de aquella ciudad, al qual mandó restituir enteramente todo lo que le fuera quitado. Los príncipes que en nuestra edad siguen las pisadas deste Rey en apoderarse de los bienes eclesiásticos, deberian imitar su penitencia, por lo menos temer su fin, que fué de la manera que se dirá. Continuaba en su costumbre de trabaxar con guerra continua á los Moros, en particular á Abderrahman Rey de Huesca: habíase apoderado por las armas de todos los lugares de aquella comarca, y tomado que hobo tambien á Montaragon, pueblo que está una legua de aquella ciudad, procuraba fortificalle con grandes pertrechos para desde allí molestar continuamente aquellos ciudadanos de Huesca. No paró aquí, sino que ultimamente juntadas sus gentes, puso sitio sobre aquella ciudad. En los collados al rededor repartió sus guarniciones con intento que nadie pudiese salir ni entrar. Los Reales principales puso en un montecillo ó recuesto, que desde aquel tiempo del nombre del Rey llamaron Poyo de Sancho. Era la ciudad muy fuerte, y como reparo por aquella parte de todo el señorío de los Moros, no de otra manera que lo fué en tiempo de los Romanos, quando por muestra de su fortaleza la llamaron antiguamente Ciudad vencedora. El cerco iba á la larga, y no se podia ganar por fuerza. Los de Huesca trataron con Don Alonso Rey de Castilla que los socorriese. Acostumbran los Reyes, quando se muestra esperanza de provecho, procurar

mas sus particulares intereses que tener cuenta con el deber, con la Religion y con la fama; otorgó con su peticion. Era cosa afrentosa ayudar á los Moros al descubierto: parecióle buen consejo acometer por la parte de Vizcaya las tierras de Navarra, y con esto divertir las fuerzas de Aragon, y hacer que no fuesen bastantes para la una y para la otra guerra; envió para este efecto al conde Don Sancho. Saliéronle al encuentro los Infantes de Aragon Don Pedro y Don Alonso por mandado de su padre el Rey Don Sancho, que forzaron á los enemigos sin hacer algun efecto volver atrás, y dexar lo comenzado. El cerco iba adelante, y se apretaba de cada dia mas quando sucedió una grande desgracia. El Rey Don Sancho cansado del largo cerco andaba mirando los muros de la ciudad; y como advirtiese un lugar á propósito por do le pareció se podria acometer y entrar, estendió el brazo para le mostrar á los que le acompañaban: flecharon una saeta del adarve al mismo punto, que le hirió debaxo del mismo brazo; la herida fué mortal; los naturales decian ser castigo y venganza de Dios por los bienes de las iglesias en que puso en otro tiempo la mano. Murió á quatro del mes de junio: su cuerpo llevaron á Montaragon, y le depositaron en el monasterio de Jesu Nazareno que él mismo edificó. Desde allí, ganada la ciudad, fué trasladado á San Juan de la Peña, donde por lo menos se muestra el sepulcro de Doña Felicia su muger con su letrero, que falleció los años pasados. Sin embargo los hijos como les fué mandado por su padre llevaron adelante el cerco determinados de no partirse de allí antes de vengar aquel desastre y destruir aquella ciudad. Don Pedro en vida de su padre se llamaba Rey de Ribagorza y Sobrarve, y de Berta su muger á quien otros llaman Doña Inés, tenia un hijo de su mismo nombre, otros le dan nombre de Don Sancho. Al presente él mismo por la muerte de su padre heredó todos los demas estados: á Don Alonso quedaron algunos pueblos. El menor de sus hermanos que se llamó Don Ramiro, en el monasterio de San Ponce de Tomer, puesto en el territorio de Narbona á las riberas del rio Jauro, tomara el hábito de monge con menosprecio de las cosas humanas y por mandado de su padre, como se entiende por un privilegio que el año pasado el mismo Rey dió al abad de aquel convento, llamado Frotardo, en que le hace dona-

cion por este respeto para sustento de los monges de grandes posesiones, dehesas y heredades. El cerco de Huesca duró mucho, no menos que seis meses como dicen algunos, otros pretenden que pasó de dos años. Los cercados cansados de tantos males, y reducidos á estrema falta de mantenimientos, llamaron en su ayuda á Almozaben Rey de Zaragoza, y á Don García conde de Cabra, y á otro señor principal que se decia Don Gonzalo, ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres no se tenia por escrúpulo que Christianos ayudasen á los Moros contra otros Christianos. Don Gonzalo no fué allá, pero un buen número de los suyos que envió, y el conde Don García se juntaron con el Rey Moro, que con gran diligencia tenia levantada una grande morisma, y partieron con estas gentes de Zaragoza. Estaba el negocio en grande riesgo y casi estremo. El mismo Don García quier con buen ánimo, ó con muestra fingida de amistad amonestó al nuevo Rey Don Pedro, y le avisó que si no queria perderse, alzado el cerco, diese luego vuelta á su tierra. Prevaleció contra el miedo el deseo de la honra, y el homenage con que los hermanos se obligaron á su padre á la hora de su muerte, de no desistir antes de tomar la ciudad. Estiéndese junto á la ciudad una llanura llamada Alcoraz, muy conocida por el suceso desta batalla. En aquel llano se determinaron los Christianos de encomendarse á sus brazos y á Dios, y para le tener mas favorable por medio de sus Santos traxeron á los Reales el cuerpo de San Victorian. Demas desto la noche antes le apareció al Rey una vision de persona mas que humana, que le amonestaba con grande ánimo diese la batalla seguro de la victoria. En la vanguardia iba el Infante Don Alonso, en la retaguardia el mismo Rey, el cuerpo de la batalla encomendó á Lisana y Bacalla hombres muy nobles y valientes: la caballería puso por frente. Estos comenzaron la pelea: siguiéronles los estandartes de la infantería. Los bárbaros con su muchedumbre henchian los campos y valles comarcanos. Cerraron los esquadrones: la pelea fué muy brava; ninguna en aquel tiempo ni de mayor peligro, ni de mas dichoso fin. No se oia por todo el campo sino gemidos de los que caian, vocería de los que peleaban, estruendo y ruido de las armas. Era cosa digna de ver los hombres y las mugeres que desde los adarves miraban la pe-

lea, y como iban las cosas de los Moros á veces se mostraban alegres, á veces medrosos. Duró la pelea hasta que cerró la noche sin entenderse del todo, ni declararse la victoria por ninguna de las partes. Los nuestros sobrepujaban en la causa, esfuerzo y destreza del pelear: el número de los enemigos era mayor. Estuvieron armados hasta que amaneció el dia siguiente: tan grande era el deseo de volver á la pelea, y aun el miedo no menor que entrara en el ánimo de los Christianos. Con el sol se supo que los Moros, desamparados los Reales, con su Rey Almozaben á toda priesa se retiraban á Zaragoza. Siguieron luego el alcance por la huella, sin cesar de matar y prender á todos los que hallaban: en la pelea y en el alcance llegaron los muertos á quarenta mil. De los nuestros apenas faltaron mil, pocos en número para tan señalada victoria, y personas no de mucha cuenta ni por su linage ni hazañas. El conde Don García fué preso: despues de la pelea recogieron los despojos: los campos cubiertos de cuerpos muertos, armas, ropa, caballos, miembros cortados, pechos atravesados con hierro, la tierra teñida y bañada de sangre. Algunos dicen que San Jorge fué visto andar entre las haces, y que con su ayuda se ganó aquella victoria: otros que un cierto del linage de los Moncadas, que habia estado el mismo dia en la Suria y ciudad de Antiochia, anduvo en un caballo en esta batalla. El vulgo amigo de milagros, y para hacer mas alegre lo que se cuenta, suele añadir fábulas á la victoria: bastará á nuestro cuento que lo que es verisímil, se reciba por verdad. Concuerdan los autores en que en adelante las armas de los Reyes de Aragon fueron una Cruz en campo plateado, en los quarteles del escudo quatro cabezas roxas con la sangre de otros tantos Reyes y capitanes que murieron en esta batalla, que se dió á diez y ocho de noviembre, y el noveno dia adelante aquella muy noble ciudad, perdida toda esperanza de defenderse, se rindió. El siguiente mes á diez y siete de diciembre consagraron la mezquita mayor en iglesia. Halláronse á esta consagracion los obispos Berengario, el que Bernardo arzobispo de Toledo de Vique le pasó á Tarragona, como se dirá luego: Amato prelado de Burdeos, Folch de Barcelona, Pedro de Pamplona, Sancho de Lascar, y con los demas otro Pedro, que se intitulaba obispo de Aragon y de Jaca, y tomada esta ciudad se lla-

mó obispo de Huesca. En el lugar de la batalla mandó el Rey edificar una iglesia de San Jorge patron de la caballería christiana. Por el mismo tiempo se dió principio en Pamplona á la nueva fábrica de la iglesia mayor, cuyos rastros todavía se veen. Mandóse que los canónigos viviesen como religiosos conforme á la regla de San Agustin: estatuto que de aquel principio se guarda tambien el dia de hoy, que son canónigos reglares y siguen vida comun. En el mismo tiempo que Pedro era obispo de Pamplona, fué tambien Gomesano obispo de Búrgos sucesor de Ximeno, aquel en cuyo tiempo la silla obispal desde Oca, do hasta entonces de muy antiguo tiempo estuvo, se trasladó á Búrgos. Los arzobispos de Tarragona y Toledo pretendian cada qual que la iglesia de Búrgos le era sufragánea: el pleyto duró tiempo, y fué ocasion que los Pontifices Romanos por no podellos conformar ni concertar mandasen que aquel obispado quedase exêmpto sin reconocer á la una iglesia ni á la otra por metropolitana; lo qual se guardó por largos años hasta que poco ha la erigieron en arzobispal.

Capitulo III.

Como Don Bernardo arzobispo de Toledo se partió para la guerra de la Tierra Santa.

En el tiempo que estas cosas que se han dicho, sucedieron en Aragon y en otras partes de España, las demas provincias de Christianos andaban ocupadas en los aparejos que se hacian para la guerra de la Tierra Santa, caballos, armas, libreas, ruido de atambores y sonido de trompetas, asonadas de guerra por todas partes. Los mares, tierras, campos, pueblos con mezcla y revolucion de todas las gentes y rumores de la guerra andaban alborotados. El mismo Pontífice Urbano en Claramonte, ciudad que Sidonio y los antiguos llamaron Arverno, celebraba concilio general de prelados y señores seglares, que
1096. de todas las provincias acudieron á su llamado el año de mil y noventa y seis. Desde allí despertó como con trompeta á todas las naciones quan anchamente se estendian los términos del imperio Christiano. Leyéronse en el concilio las cartas de Si-

mon obispo de Jerusalem: refirióse la embaxada y comision que Pedro natural de Amiens traia. Muchos ciudadanos de Jerusalem y de Antiochia, hombres santos y nobles, huidos de sus casas, con lágrimas, gemidos y maltratamiento que representaban en su trage, movian á compasion los ánimos de todos los que presentes estaban. El Pontífice con esta ocasion á manera de orador en la junta hizo un razonamiento deste tenor: «Oido habeis, hijos carísimos, los males que vuestros hermanos padecen en Asia, sus desastres son afrenta nuestra, mengua y deshonra de la Religion Christiana, digna si fuésemos hombres, de que se remediase con la vida y con la sangre. Ninguno puede escapar de la muerte por ser cosa natural. El mayor de los males es con deseo de la vida sufrir torpezas y fealdades, y disimularlas. Justo es que restituyamos el espíritu, salud y vida á Christo que nos la dió: la virtud y valor, propia excelencia del nombre y linage Christiano, suele rechazar la afrenta. Las fuerzas y exércitos que hasta aquí (mal pecado) habeis gastado en las guerras civiles, empleadlas por Dios en empresa tan honrosa y de tanta gloria. Vengad las afrentas de Christo Hijo de Dios, que cada dia, y tantas veces es herido, azotado y muerto de la impía y bárbara gente quantas sus siervos son oprimidos, afligidos y ultrajados; y profanan aquella tierra y la ensucian, que Christo consagró con sus pisadas. ¿Por ventura puede haber causa mas justa de hacer la guerra que volver por la Religion, librar los Christianos de servidumbre, quales Dios inmortal quiso fuesen señores de todas las gentes? Si de las guerras se pretende y desea interés, ¿de dónde le podeis esperar mayor que en hacella á una gente sin fuerzas, y que mas trae á la guerra despojos que armas? Nunca Asia fué igual en fuerzas á Europa: allí las riquezas, oro, plata, piedras preciosas, de que los hombres hacen tanta estima. Si se busca la gloria, ¿por ventura puédese pensar cosa mas honrosa que dexar á los hijos y descendientes tal exemplo de virtud, ser llamados libertadores del mundo, conquistadores del Oriente, vengadores de las afrentas de la Religion Christiana? Riquezas no faltan para los gastos, gente y soldados excelentes en la edad, fuerza, consejo, exercitados en las armas. ¿Por ventura apercebidos de tantas ayudas dexarémos que la gente malvada y sucia haga burla de la magestad de la Religion

Christiana? Christo será el capitan, el estandarte la Cruz, ninguna cosa hará contraste á la virtud y piedad. Sola vuestra vista les pondrá espanto; no la podrán sufrir. Yo á lo menos lo que debo á Dios, lo que á la Religion Christiana, por la qual puesto como en atalaya y centinela estoy determinado de velar dias y noches, quanto pudiere con cuydado, trabaxo, vigilias, autoridad y consejo, todo lo emplearé en esta demanda. Que si otros no me siguieren, estoy determinado meterme por las espadas de los enemigos, y procurar con nuestra sangre el remedio de tan grandes cuitas, desventuras y desastres como padecen nuestros hermanos. Ningun trabaxo en tanto que viviere, ningun afan, ningun riesgo rehusaré de acometer por el bien de la república y honra de la Religion.» Con este razonamiento del Pontífice inflamados todos los presentes, los mayores, medianos y menores se encendieron á tomar las armas: toda tardanza les era pesada. Ademaro obispo de Anicio de los Vellaunos, de Puis por otro nombre, y Guillermo obispo de Oranges fueron los primeros que postrados á los pies del Pontífice tomaron la señal de la Cruz, que era la divisa y blason de la guerra: despues dellos hicieron lo mismo nobilísimos príncipes de Francia, Italia y España, y por su exemplo un infinito número de otra gente menuda. Hugon hermano de Philipe Rey de Francia fué el mas principal, tras dél Gotifredo ó Jofre, hijo de Eustacio conde de Boloña y duque de Lorena, al qual tomado que hobieron la ciudad de Jerusalem; porque fué el primero á la entrada; por votos libres de todos nombraron por Rey de Jerusalem: honra perpetua de Francia y de Boloña su patria, ciudad puesta en la Gallia Bélgica cerca del mar Océano. Demas destos se ofrecieron para aquella empresa los hermanos de Gotifredo ó Jofre, Eustacio y Balduino, los condes Roberto de Flandes, Estéban de Bles, Alpino de Burges, Ramon de Tolosa, en cuya compañía fué Doña Teresa su muger, y parió en la Suria el segundo hijo que se llamó Alonso Jordan por haber sido baptizado en el rio Jordan. De España otrosí acudieron á la empresa los condes Guillen de Cerdania, que murió en aquella jornada de una saeta con que le hirieron en la ciudad de Tripol de la Suria, por donde asimismo le llamaron por sobrenombre Jordan, Guitardo de Ruysellon, y Guillen conde de Canetense. En Italia Boamundo príncipe de

la Pulla, dexado á su hermano Rogerio su estado sobre que traian diferencias, acompañado de doce mil combatientes, siguió á los demas príncipes en aquella sagrada jornada. Bernardo arzobispo de Toledo como quier que era de gran corazon, dado que hobo asiento en las cosas de aquella su diócesi, y puesto en la iglesia mayor de Toledo para su servicio treinta canónigos y otros tantos racioneros, tomada la señal y divisa de la Cruz, se partió para esta guerra. De su partida resultó un gran desórden: apenas era salido de la ciudad, quando los canónigos que dexó, sea por odio que le tuviesen por ser estrangero, ó entender que no volveria, arrebatadamente se juntaron y nombraron nuevo prelado en lugar de Bernardo. Defendian algunos la razon, pero los mas votos, como muchas veces acontece, prevalecieron contra los menos aunque sintiesen mejor, y los echaron de la ciudad. Bernardo avisado de lo que pasaba, con aquella mala nueva tornó á Toledo y allanó la revuelta: echados aquellos sacerdotes que fueron autores y executores de aquel mal consejo, puso en su lugar monges del monasterio de Sahagun en que él fuera antes abad: ocasion segun dicen algunos que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monges y ceremonias se pegaron á la iglesia mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el dia de hoy. Hecho esto, se puso de nuevo en camino: llegado á Roma, fué forzado por el Pontífice Urbano á volver atrás por quedar en España tanta guerra, y porque Toledo por ser de nuevo ganada parecia tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvióle del voto que tenia hecho de ir á la Tierra Santa, á tal que los gastos y dinero que tenia apercebido para aquella guerra, emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazon era vuelta á poder de Christianos. Era muy noble antiguamente, y poderosa por su antigüedad y ser silla del imperio Romano en España; mas en aquel tiempo se hallaba reducida á caserías y era un pueblo pequeño. Reparóla pues Don Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario obispo de Vique, ciudad que quiso asimismo fuese sufragánea de Tarragona para mas autorizarla; la verdad es que el nuevo arzobispo Berengario olvidado deste beneficio puso despues pleyto á Bernardo que le habia entro-

nizado, sobre el derecho de la primacía por antiguas historias, exemplos y escrituras desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia, como quier que el de Toledo por concesion muy fresca del Pontífice Urbano no solo alcanzó para sí y para siempre el primado de toda España, sino de presente como legado del Pontífice Romano tenia superioridad sobre todas las iglesias, y poder de ordenar todas sus cosas y enderezallas, dalles prelados y reformallos. Con este intento de executar lo que le ordenó el Papa de Francia quando por aquella provincia volvia á España, traxo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad, honrólos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Mosiaco, que luego le hizo primiclerio ó chantre de Toledo, despues arzobispo de Braga: Pedro natural de Burges de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma: al uno y al otro la santidad de la vida y excelente virtud puso en el número de los santos. Fuera destos vinieron Bernardo y Pedro naturales de Aagen: Bernardo de primiclerio de Toledo fué obispo de Sigüenza y despues de Santiago, Pedro de arcediano de Toledo subió á ser prelado de Segovia: otro Pedro obispo de Palencia: Gerónimo natural de Perigueux, que á instancia del Cid tuvo cuydado de la iglesia de Valencia luego que la ganó de los Moros, y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora: muerto este, otro Bernardo, del mismo número, fué el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebaño, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raymundo y Burdino: Raymundo, natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro de suso nombrado fué obispo de Osma, y adelante prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo; Burdino natural de Limoges de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga: últimamente se hizo falso Pontífice Romano, de que resultó discordia sin propósito y scisma en el pueblo Christiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones excelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo, como en otro lugar mas á propósito se declarará.



CID CAMPEADOR

(Rodrigo Diaz de Vivar apellidado el)

Famoso guerrero español, terror de los mahometanos

T. II. p. 389. M. de Xaxaro g.

Capítulo IV.

Como el Cid ganó á Valencia.

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Vivar por sobrenombre el Cid: varon grande en obras, consejo, esfuerzo, y en el deseo increible que siempre tuvo de adelantar las cosas de los Christianos, y á qualquiera parte que se volviese, por aquellos tiempos el mas afortunado de todos. No podia tener sosiego, antes con licencia del Rey Don Alonso en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra del Andalucía (como de suso queda dicho) con particular compañía de los suyos revolvió sobre los Celtíberos, que eran donde ahora los confines de Aragon y Castilla, con esperanza de hacer allí algun buen efecto por estar aquella gente con la fama de su valor amedrentada. Todos los señores Moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban á porfía su amistad. El señor de Albarracin, ciudad que los antiguos llamaron quien dice Lobeto, quien Turia, fué el primero á quien el Cid admitió á vistas y luego á conciertos: despues el de Zaragoza, al qual por la grandeza de la ciudad fué el Cid en persona á visitar. Recibióle el Moro muy bien, como quier que tenia grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los Christianos que llevaba. La ciudad de Valencia está situada en los pueblos llamados antiguamente Edetanos á la ribera del mar en lugares de regadío, y muy frescos y fértiles, y por el mismo caso de sitio muy alegre. Demas desto así en nuestra era como en aquel tiempo era muy conocida por el trato de naciones forasteras que allí acudian á feriar sus mercadurías, y por la muchedumbre, arreo y apostura de sus ciudadanos. Hiaya, que diximos fué Rey de Toledo, tenia el señorío de aquella ciudad por herencia y derecho de su padre, ca fué sugeta á Almenon. El Rey Don Alonso otrosí como se concertó en el tiempo que Toledo se entregó, le ayudó con sus armas para mantenerse en aquel estado. El señor de Denia, que lo era tambien de Xátiva y de Tortosa, quier por particulares disgustos, quier con deseo de mandar era enemigo de Hiaya: y

trabaxaba con cerco aquella ciudad. El Rey de Zaragoza pretendia del trabaxo ageno y discordia sacar ganancia. Los de Valencia le llamaron en su ayuda, y él deseaba luego ir, por entender se le presentaria por aquel camino ocasion de apoderarse de los unos y de los otros. Concertóse con el Cid, y juntadas sus fuerzas con él, fué allá. El señor de Denia por no ser igual á tanto poder luego que le vino el aviso de aquel apercibimiento alzó el cerco concertándose con los de Valencia. Quisiera el de Zaragoza apoderarse de Valencia; que al que quiere hacer mal, nunca le falta ocasion. El Cid nunca quiso dar guerra al Rey de Valencia: escusóse con que estaba debaxo del amparo del Rey Don Alonso su señor, y le seria mal contado si combatiese aquella ciudad sin licencia, ó le hiciese qualquier desaguisado. Con esto el de Zaragoza se volvió á su tierra. El Cid con voz de defender el partido del Rey de Valencia sacó para sí hacer como hizo sus tributarios á todos los señores Moros de aquella comarca, y forzar á los lugares y castillos que le pagasen parias cada un año. Con esta ayuda y con las presas que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algun tiempo los gastos de la guerra. El Rey Hiaya como fuese antes aborrecido, de nuevo por la amistad de los Christianos lo fué mas; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron á los Almoravides que á la sazon habian estendido mucho su imperio; y con su venida fué el Rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato llamado Abenvafa como por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid deseoso de vengar la traycion, y alegre por tener ocasion y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir á los contrarios. Tenia aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era á propósito para la guerra, guarnicion de soldados, gran muchedumbre de ciudadanos, mantenimientos para muchos meses, almacen de armas y otras municiones, caballos asaz: la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con gran determinacion aquella empresa: duró el sitio muchos dias. Los de dentro cansados con el largo cerco, y reducidos á estrema necesidad de mantenimientos, demas que no tenian alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron. El Cid con el mismo esfuerzo que comenzó

aquella demanda, pretendió pasar adelánte: lo que parecia locura, se resolvió de conservar aquella ciudad; hazaña atrevida, y que pusiera espanto aun á los grandes Reyes por estar rodeada de tanta morisma. Determinado pues en esto, lo primero llamó á Gerónimo, uno de los compañeros del arzobispo Don Bernardo, desde Toledo para que fuese obispo de aquella ciudad. Demas desto hizo venir á su muger y dos hijas, que como arriba se dixo las dexó en poder del abad de San Pedro de Cardeña. Al Rey por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su muger y hijas se fuesen para él, envió del botin y presa de los Moros docientos caballos escogidos y otros tantos alfanges moriscos colgados de los arzones, que fué un presente Real. En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrion Diego y Fernando, personas en aquella sazon en España por sangre y riquezas nobilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrian hartar su codicia por no tener hijo varon que le heredase, acudieron al Rey y le suplicaron les hiciese merced de procurar y mandar les diesen por mugeres las hijas del Cid Doña Elvira y Doña Sol. Vino el Rey en ello, y á su instancia y por su mandado se juntaron á vistas el Cid y los infantes en Requena, pueblo no lexos de Valencia: hicieron las capitulaciones: con que los infantes de Carrion en compañía del Cid pasaron á Valencia para efectuar lo que deseaban. Las bodas se hicieron con grandes regocijos y aparato Real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos como quier que eran mas apuestos y galanes que fuertes y guerreros, no contentaban en sus costumbres á su suegro y cortesanos, criados y curtidos en las armas. Una vez avino que un leon, si acaso si de propósito no se sabe, pero en fin como se soltase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro dia en una escaramuza que se trabó con los Moros que eran venidos de Africa, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así que ordinariamente la cobardía es hermana de la crueldad. Suero tio de los mozos, en quien por la edad era justo hobiera algo mas de consejo y de prudencia, atizaba el fuego

en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendian hacer, dieron muestra de desear volver á la patria. Dióles el suegro licencia para hacello. Concertada la partida, acompañado que hobo á sus hijas y yernos por algun espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban, y como de callado adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron á las fronteras de Castilla, y pasado el rio Duero, en tierra de Berlanga les parecieron á propósito para executar su mal intento los robledales llamados corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaron, con achaques diferentes á unas y á otras partes: á sus mugeres sacaron del camino real, y dentro del bosque donde las metieron, desnudas, las azotaron cruelmente sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fe y ayuda de los hombres y de los santos: No cesaron de herirlas hasta tanto que cansados las dexaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte las halló Ordoño, el qual por mandado del Cid que se recelaba de algun engaño, en trage disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló mas cerca, las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, la inhumanidad intolerable; y divulgado el caso, los infantes de Carrion cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hobiesen trocado beneficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente los que antes sabian poco, comenzaron á ser en adelante tenidos por de seso menguado y sandios. El Cid con deseo de satisfacerse de aquel caso, y volver por su honra, fué á verse con el Rey. Teníanse á la sazon en Toledo córtes generales, y hallábanse presentes los infantes de Carrion, bien que afeados y infames por hecho tan malo. Tratóse el caso, y á pedimento del Cid señaló el Rey jueces para determinar lo que se debia hacer. Entre los demás era el principal Don Ramon Borgoñon yerno del Rey. Ventilóse el negocio: oidas las partes, se cerró el proceso. Fué la sentencia primeramente que los Infantes volviesen al Cid enteramente todo lo que dél tenian recebido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata, y todas las demas preseas de grande valor. Acordaron otrosí que para descargo del agravio combatiesen y hiciesen armas y campo, como era la costumbre de

aquel tiempo, los dos Infantes y el principal movedor de aquella trama Suero su tio. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos hombres principales, Bermudo, Antolin y Gustio. Los Infantes acosados de su mala conciencia no se atrevian á lo que no podian escusar: dixeron no estar por entonces apercebidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fué á Valencia, ellos á sus tierras. No paró el Rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrion, y esto por tener entendido que no volverian á Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto, los vencedores se volvieron para su señor á Valencia. Las hijas del Cid casaron, Doña Elvira con Don Ramiro hijo del Rey Don Sancho García de Navarra, al que mató su hermano Don Ramon, como queda arriba dicho; y Doña Sol con Don Pedro hijo del Rey de Aragon llamado tambien Don Pedro, que por sus embaxadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De Don Ramiro y Doña Elvira nació Garci Ramirez Rey que fué adelante de Navarra. Don Pedro falleció en vida de su padre sin dexar sucesion. Con estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afrenta y injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos. La fama de las hazañas del Cid. derramada por todo el mundo, movió en esta sazon al Rey de Persia á enviarle sus embaxadores. Esto hizo mayor y mas colmado el regocijo de las fiestas; que un Rey tan poderoso de su voluntad desde tan lexos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. A vista de Valencia por dos veces en diversos tiempos se dió batalla al Rey Bucar que de Africa pasara en España, y por el esfuerzo del Cid y su buena dicha fueron vencidos los bárbaros, y se conservó la posesion de aquella ciudad por toda su vida, que fueron cinco años despues que la ganó. Llegó la hora de su muerte en sazon que estaba el mismo Bucar con un nuevo exército de Moros sobre la ciudad. Visto el Cid, que muerto él, no quedaban bastantes fuerzas para defendella, mandó en su testamento que todos hechos un esquadron se saliesen de Valencia y volviesen á Castilla. Hízose así: salieron varones, mugeres, niños y gran carruage y los estandartes enarbolados. Entendieron los Moros

que era un grueso exército que salia á darles la batalla: temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase á la buena dicha de varon tan señalado que á los que tantas veces en vida venció, despues de finado tambien les pusiese espanto y los sobrepujase. Los Christianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar á la raya de Castilla. Con tanto Velencia por quedar sin alguna guarnicion volvió al momento á poder de Moros. Al partirse llevaron consigo los que se retiraban, el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardeña, monasterio que está cerca de Búrgos. Las exêquias fueron Reales: halláronse en ellas el Rey Don Alonso y los dos yernos del Cid: cosa muy honrosa, pero debida á tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narracion: yo tambien muchas mas cosas traslado que creo, porque ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que á ello me mueven y otros las ponen. En el templo de San Pedro de Cardeña se muestran cinco lucillos del Cid, de doña Ximena su muger, de sus hijos Don Diego, Doña Elvira y Doña Sol. Si por ventura no son sepulcros vacíos que en griego se llaman cenotaphios, á lo menos algunos dellos, que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar sus memorias, como suele acontecer muchas veces, que levantan algunos sepulcros en nombre de los que allí no están enterrados.

Capítulo V.

Como fallecieron el Papa Urbano, el Rey Juzeph y el Infante Don Sancho.

Gran daño recibieron con la muerte del Cid las cosas de los Christianos por faltar aquel noble caudillo, con cuyo esfuerzo se conservaron en tiempo tan trabaxoso y en tan grande revuelta de temporales. La virtud del difunto, la gravedad, la constancia, la fe, el cuydado de defender la Religion Christiana y ensanchalla ponen admiracion á todo el mundo. Del año en que murió no concuerdan los autores, ni es fácil anteponer los unos, ni la una opinion á la otra: parece mas pro-

bable que su muerte cayó en el año del Señor de mil y noventa 1098.
y ocho. En el mismo año el Pontífice Urbano trabaxado con olas de diferentes cuydados por el scisma que Giberto falso Pontífice levantó en tan mala sazon, para llegar ayudas de todas partes fué á Salerno con deseo de verse con Rogerio Conde de Sicilia, y valerse dél; cuya piedad y reverencia para con los Romanos Pontífices, se alaba mucho por aquel tiempo demas que por sus hazañas era muy esclarecido. Por estas obras y servicios que á la iglesia hizo, le concedió á él y á sus herederos que en Sicilia tuviesen las veces de legado apostólico y toda la autoridad que hoy llaman Monarchia (1). Desta bula porque es muy notable, y provechoso que públicamente se sepa, y porque sobre este derecho han resultado grandes controversías á los Reyes de España, pondrémos aquí un traslado en lengua castellana, que dice asi: « Urbano obispo siervo de los siervos de Dios, al carísimo hijo Rogerio Conde de Calabria y de Sicilia, salud y apostólica bendicion. Porque la dignacion de la Magestad soberana te ha exâltado con muchos triumphos y honras, y tu bondad en las tierras de los Sarracenos ha dilatado mucho la iglesia de Dios, y á la Santa Silla Apostólica, se ha mostrado siempre en muchas maneras devota, te hemos recibido por especial y carísimo hijo de la misma universal iglesia. Por tanto confiados de la sinceridad de tu bondad, como lo prometimos de palabra asi bien lo confirmamos con autoridad destas letras, que por todo el tiempo de tu vida ó de tu hijo Simon ó de otro que fuere tu legítimo heredero, no pondremos en la tierra de vuestro señorío sin vuestra voluntad y consejo legado de la Iglesia Romana; antes lo que hobiéremos de hacer por legado, queremos que por vuestra industria en lugar de legado se haga todas las veces que os enviáremos de nuestro lado, para salud es á saber de las iglesias que estuvieren debaxo de vuestro señorío, á honra de San Pedro y de su Santa Sede Apostólica, á la qual devotamente hasta aquí has obedecido, y á la qual en sus necesidades has fuerte y fielmente acorrido. Si se celebrare otrosí concilio, y te mandare que envies los obispos y abades de tu tierra, queremos envies quantos y quales quisieres, los demas

(1) Gaufredo, lib. 4. c. 29. Facel. dec. 2. lib. 7. cap. 1.

retengas para servicio y defensa de las iglesias. El Omnipotente Dios enderece tus obras en su beneplácito, y perdonados tus pecados, te lleve á la vida eterna. Dado en Salerno por mano de Juan diácono de la Santa Iglesia Romana, á tres de las nonas de julio, indiccion siete, del Pontificado del Señor Urbano Segundo año onceno.» Gaufredo monge que trae esta bula, escribió su historia á peticion del mismo Conde Rogerio. La indiccion ha de ser seis para que concierte con el año que pone del Pontificado y con el de Christo que señalamos. Esto en Italia. En España por concesion del mismo Pontífice la silla y nombre episcopal de Iria (que es el Padron) se mudó en el nombre y cáthedra Compostellana ó de Santiago, y en particular la eximió de la jurisdiccion de arzobispo de Braga. Lo uno y lo otro se impetró por diligencia de Dalmachio, obispo de aquella ciudad, que por esta causa es contado por primero en el número de los obispos de Compostella. El Rey Don Alonso, aunque agravado con la edad, de tal manera se ocupaba en el gobierno que nunca se olvidaba del cuydado de la guerra: antes por estos tiempos algunas veces hizo entradas en tierras de Moros y correrías por los campos de Andalucía, mayormente que Juzeph dado que hobo órden en las cosas del nuevo imperio de España, se volvió á Africa, y con su ausencia pareció que los Christianos por algun espacio cobraron aliento. Deste sosiego se aprovechó el Rey para hermosear y ensanchar el culto de la Religion en diversos lugares y de muchas maneras. En Toledo edificó á los monges de San Benito un monasterio con título de los Santos Servando y Germano, en un montecillo ó ribazo de piedra que está enfrente de la ciudad, no lexos de do al presente se vee el edificio de un castillo viejo del mismo nombre; otros dicen que le reparó, y que en tiempo de los Godos fué primero edificado; la verdad es que le sugetó al monasterio de San Victor de Marsella, de do vino para moralle entonces aquella nueva colonia y poblacion de monges. Dentro de la ciudad á costa del Rey se edificaron dos monasterios de monjas, uno con nombre de San Pedro en el sitio en que al presente está el hospital del cardenal Don Pero Gonzalez de Mendoza, el otro con advocacion de Santo Domingo de Silos, que en este tiempo se llama Santo Domingo el Antiguo. En la ciudad de Burgos edificó fuera de

los muros otro monasterio con nombre de San Juan: hoy se llama San Juan de Burgos. Dió asimismo licencia á Fortun abad de otro nuevo monasterio (que por aquel tiempo se llamaba de San Sebastian, y era muy principal en Castilla la Vieja: despues se llamó de Santo Domingo de Silos por haber este Santo en él vivido y muerto santísimamente) de edificar un pueblo cerca del dicho monasterio, que en nuestro tiempo es de ciento y setenta vecinos, aunque los muros tienen anchura y capacidad para mas, y es del Duque de Frias, hoy condestable de Castilla. El año siguiente de mil y noventa y 1099.
nueve fué señalado por la muerte del Pontífice Urbano, y por la toma de la ciudad de Jerusalem que la ganaron los soldados Christianos. Sucedió por la muerte de Urbano el cardenal Raynerio, persona de grande bondad y esperiencia, que por su predecesor fué enviado por legado en España. Tomó nombre de Pasqual Segundo. Este en el tiempo de su Pontificado concedió á la iglesia de Santiago que á imitacion de la magestad romana tuviese siete canónigos cardenales, y los obispos de aquella iglesia usasen del palio, insignia de mayor autoridad que la ordinaria de los otros obispos. El año que luego se siguió, es á saber el de mil y ciento, fué no menos alegre 1100.
para los Christianos por la muerte de Juzeph, que por espacio de doce años tuvo el imperio de los Moros en España, y el de Africa como treinta y dos, que aciago y desgraciado por la muerte que en él sucedió del infante Don Sancho. Era su ayo por mandado del Rey Don Alonso su padre, Don García Conde de Cabra: criábale como á sucesor que habia de ser de reyno tan principal. La desgracia sucedió desta manera. Hali sucesor de Juzeph, deseando comenzar el nuevo imperio y ganar autoridad con alguna excelente hazaña y empresa, pasado el mar con un grueso exército de Moros que juntó en Africa, demas de otros que en España se le allegaran, entró por el reyno de Toledo y llegó haciendo mal y daño hasta la misma ciudad: metió á fuego y á sangre sembrados, arboles, lugares, cautivó hombres y ganados. El Rey Don Alonso por su gran vejez y por estar indispuesto, demas desto cansado de tantas cosas como habia hecho, no pudo salir al encuentro al enemigo bravo y feroz. Envió en su lugar sus gentes y por general al Conde Don García: y para que tuviese mas au-

toridad, quiso fuese en su compañía el infante Don Sancho su hijo, dado que era de pequeña edad. El se quedó en Toledo, donde en lo postrero de su edad residia muy de ordinario. Cerca de Uclés se dieron vista y juntaron los dos campos: ordenaron sin dilacion las haces: dióse la batalla de poder á poder, que fué grandemente desgraciada. Derribaron los Moros al Infante. Amparábale el Conde Don García con su escudo, y con la espada arredraba, y aun detuvo por buen espacio los Moros que los rodeaban y acometian por todas partes. Su esfuerzo era tal que los contrarios desde lexos le combatian, mas ninguno se atrevia á llegársele. El amor singular que tenia al Infante, y el despecho (grande arma en la necesidad) le animaban. Finalmente enflaquecido con las muchas heridas que le dieron los enemigos por ser tantos, cayó muerto sobre el que defendia. Este miserable desastre y muerte desgraciada dió luego á los bárbaros la victoria: Quanto haya sido el dolor del Rey por tan gran pérdida, no hay para que relatarlo, no le afligia mas la desgracia y pérdida del hijo, que el daño de la república Christiana por faltar el heredero de imperio tan grande, que era un retrato de las virtudes de su padre, y parecia haber nacido para hacer cosas honradas. Preguntó el Rey qual fuese la causa de tantos daños como de los Moros tenian recebidos; fuéle respondido por cierta persona sabia que el esfuerzo de los corazones estaba en los soldados apagado con la abundancia de los regalos, holguras y ociosidad; los cuerpos enflaquecidos con el ocio y los ánimos con la deshonestidad, fruto ordinario de la prosperidad. Mandó pues quitar los instrumentos de los deleytes, en particular derribar los baños, que eran muy usados á la sazon en España, á imitacion y conforme à la costumbre de los Moros. Alguna esperanza quedaba en Don Alonso nieto del Rey, que en Doña Urraca hija del mismo Rey dexó Don Ramon su marido; mas era pequeño alivio del dolor, por la flaqueza de la madre y la edad deleznable del niño, en ninguna manera bastantes para acudir á cosas tan grandes. Con estos cuydados se hallaba suspenso el ánimo del Rey: de dia y de noche le aquexaba el dolor y el deseo de poner remedio en tantos daños.

Capítulo VI.

De Don Diego Gelmirez, obispo de Santiago.

La iglesia de Santiago anduvo trabaxada por este tiempo: grandes tempestades la combatian no de otra manera que la nave sin piloto, ni gobernalle; llegó últimamente al puerto y á salvamento con la eleccion que se hizo de un nuevo prelado por nombre Don Diego Gelmirez, hombre en aquella era prudente en gran manera, de grande ánimo y de singular destreza. Don Diego Pelayo en tiempo del Rey Don Sancho de Castilla fué elegido por prelado de la iglesia de Campostella, como queda dicho en otro lugar: era persona muy noble, mas bullicioso, inquieto y amigo de parcialidades. Hízole prender el Rey Don Alonso: que fué grande resolucion y notable, poner las manos en hombre consagrado. Deseaba demas desto privarle del obispado: era menester quien para esto tuviese autoridad: el cardenal Ricardo, que diximos haberle el Pontífice enviado á España por su legado, llamó los obispos para tener concilio en Santiago, con intento que en presencia de todos se determinase aquel negocio. Presentado que fué Pelayo en el concilio, por miedo ó de grado renunció aquella dignidad; y para muestra que aquella era su determinada voluntad, hizo entrega en presencia del cardenal del anillo y báculo pontifical. Con esto fué puesto en su lugar Pedro abad Cardinense. El Pontífice Urbano, avisado de lo que pasaba, tuvo á mal la demasiada temeridad y priesa con que en aquel hecho procedieron. Al legado cardenal escribió y reprehendió con gravísimas palabras. Para el Rey despachó un breve y carta deste tenor: « Urbano obispo siervo de los siervos de Dios, al Rey Alonso de Galicia. Dos cosas hay, Rey Don Alonso, con que principalmente este mundo se gobierna, la dignidad sacerdotal y la potestad Real. Pero la dignidad sacerdotal, hijo carísimo, en tanto grado precede á la potestad Real que de los mismos Reyes hemos de dar razon al Rey de todos. Por ende el cuydado pastoral nos compele no solo á tener cuenta con la salud de los menores sino tambien de los mayores en

quanto pudiéremos, para que podamos restituir al Señor sin daño, quanto en nosotros fuere, su rebaño que él mismo nos ha encomendado; principalmente debemos mirar por tu bien, pues Christo te ha hecho defensor de la fe Christiana y propagador de su Iglesia. Acuérdate pues, acuérdate, hijo mio muy amado, quanta gloria te ha dado la gracia de la divina Magestad; y como Dios ha ennoblecido tu reyno sobre los otros; asi tu has de procurar servirle entre todos mas devota y familiarmente, pues el mismo Señor dice por el Profeta: A los que me honran honraré, los que me desprecian serán abatidos. Gracias pues damos á Dios que por tus trabaxos la iglesia Toledena ha sido librada del poder de los Sarracenos; y á nuestro hermano el venerable Bernardo, prelado de la misma ciudad, convidado por tus amonestaciones recebimos digna y honradamente, y dándole el palio, le concedimos tambien el privilegio de la antigua magestad de la iglesia Toledana, porque ordenamos que fuese primado en todos los reynos de las Españas; y todo lo que la iglesia de Toledo se sabe haber tenido antiguamente, ahora tambien por liberalidad de la Sede Apostólica hemos determinado que para adelante lo tenga. Tú le oirás como á padre carísimo, y procura obedecer á todo lo que te dixere de parte de Dios; y no dexarás de exâltar su iglesia con ayuda y beneficios temporales. Pero entre los demas pregones de tus alabanzas ha venido á nuestras orejas lo que sin grave dolor no hemos podido oir, esto es, que el obispo de Santiago ha sido por tí preso, y en la prision depuesto de la dignidad episcopal: desórden que por ser de todo punto contrario á los Cánones, y que las orejas cathólicas no lo sufren, tanto mas nos ha contristado quanto es mayor la aficion que te tenemos. Pues Rey gloriosísimo Don Alonso, en lugar de Dios y de los Apóstoles rogándotelo mandamos que restituyas enteramente por el arzobispo de Toledo al mismo obispo en su dignidad, y no te escuses con que por Ricardo cardenal de la Sede Apostólica se hizo la deposicion, porque es contrario de todo punto á los Cánones, y Ricardo por entonces no tenia autoridad de legado de la Sede Apostólica: lo que él pues hizo entonces que Victor Papa de santa memoria Tercero, le tenia privado de la legacía, nos la damos por de ningun valor. En remision pues de los pecados, y obediencia de

la Sede Apostólica restituye el obispo á su dignidad: venga él con tus embaxadores á nuestra presencia para ser juzgado canónicamente, que de otra manera nos forzarás á hacer con tu caridad lo que no querríamos. Acuérdate del religioso Príncipe Constantino, que ni aun oir quiso el juicio de los sacerdotes, teniendo por cosa indigna que los dioses fuesen juzgados de los hombres. Oye pues en nosotros á Dios y á sus Apóstoles, si quieres ser oido dellos y de nos en lo que pidieres. El Rey de los Reyes Señor, alumbre tu corazon con el resplandor de su gracia, te dé victorias, ensalce tu reyno, y de tal manera conceda que siempre vivas, y de tal suerte del reyno temporal goces felizmente, que en el eterno para siempre te alegres, amen.» Sucedió todo esto el año primero del pontificado de Urbano II, que cayó en el año del Señor de mil y 1088.
ochenta y ocho. En lugar de Ricardo vino el cardenal Raynerio por legado en España: este juntó un concilio en Leon, en que depuso á Pedro de la dignidad en que fué puesto contra las leyes y por el mal órden, pero no se pudo alcanzar que Pelayo fuese restituido en su libertad y en su iglesia: solamente por medio de Don Ramon yerno del Rey, que á la sazon vivia, se dió traza que á Dalmachio monge de Cluñi, y por el mismo caso grato al Pontífice que era de la misma órden se diese el obispado de la iglesia de Compostella. Este prelado fué al concilio general que se celebró en Claramonte, en razon de emprender la guerra de la Tierra Santa. Allí alcanzó que la iglesia de Compostella fuese exémpta de la de Braga, y quedase sugeta solamente á la Romana: en señal del privilegio se ordenó que los obispos de Santiago no por otro que por el Romano Pontífice fuesen consagrados. No se pudo alcanzar por entonces del Papa que le diese el palio, aunque para salir con esto el dicho Dalmachio usó de todas las diligencias posibles. La luz y alegría que con esto comenzó á resplandecer en aquella iglesia, en breve se escureció, porque con la muerte de Dalmachio hobo nuevos debates. Pelayo suelto de la prision se fué á Roma para pedir en juicio la dignidad de que injustamente como él decia, fuera despoxado. Duró este pleyto quatro años hasta tanto que Pasqual Romano Pontífice pronunció sentencia contra Pelayo. Con esto los canónigos de Santiago trataron de hacer nueva eleccion. Vínose á votos. Diego Gel-

mirez en sede vacante hizo el oficio de Vicario: en él dió tal muestra de sus virtudes, que ninguno dudaba sino que si vivia, era á propósito para hacelle obispo. Fué así que sin tener cuenta con los demas canónigos, por voluntad de todos salió electo el primer dia de julio. Alcanzó otrosí del Papa que á causa de las alteraciones de la guerra y de los trabaxos pasados y que amenazaban por causa de los Moros, se consagrase en España. Demas desto con nueva bula concedió que en Santiago hobiese, como arriba se dixo, siete canónigos cardenales á imitacion de la iglesia Romana: estos solos pudiesen decir misa en el altar mayor, y acompañar al prelado en las procesiones y misa con mitras. Don Diego Gelmirez animado con este principio, con deseo de acrecentar con nuevas honras la iglesia que le habian encargado, fué á Roma y aunque muchos lo contradixeron, últimamente alcanzó del Pontífice el uso del palio: escalon para impetrar la dignidad, nombre y honra de arzobispado, que le concedió á él y á su iglesia Calixto, Pontífice Romano, algunos años adelante como se verá en otro lugar. Estas cosas dado que sucedieron en muchos años, me pareció juntallas en uno, tomadas todas de la historia Compostellana.

Capitulo VII.

De la muerte de los Reyes Don Pedro el primero de Aragon, y Don Alonso el Sexto de Castilla.

La perpetua felicidad del Rey de Aragon y su valor hizo que los Moros no se pudiesen mucho por aquellas partes alegrar con la fama del estrago que se hizo de Christianos en Castilla. A la verdad las armas de los Aragoneses en aquella parte de España prevalecian, y los Moros no les eran iguales. Habíanles quitado un castillo cerca de Bolea llamado Calasanz, y á Pertusa muy antiguo pueblo en los Ilergetes á la ribera del rio Canadre. Demas desto recobraron la ciudad de Barbastro, que era vuelta á poder de Moros. Poncio obispo de Roda enviado por el Rey á Roma alcanzó del Pontífice que él y sus sucesores, mudado el apellido y la silla obispal, con retencion

de lo que antes tenia, se intitulasen obispos de Barbastro. La principal fuerza de los Christianos y de la guerra se endereza-ba contra los de Zaragoza, la qual ciudad, quitada á los descendientes de los Reyes antiguos, era venida á poder de los Almoravides. Los Reyes que en aquella ciudad antes desto reynaron, eran estos: el primero Mudir, despues Hiaya, el tercero Almudafar; y de otro linage Zulema, Hamas, Juzeph, Almazacin, Abdelmelich y su hijo Hamas por sobrenombre Almuzacayto, á quien los Almoravides quitaron el reyno. Esto en España. En la Francia Atho, que despues de la muerte de Don Ramon Conde de Barcelona padre de Arnaldo se habia apoderado como desleal de la ciudad de Carcasona cuyo gobierno tenia, sin reconocer al verdadero señor, fué por conjuracion de los ciudadanos lanzado de la ciudad, y ella reducida á la obediencia de sus señores antiguos el año de mil y 1102.
ciento y dos. En el mismo año Armengol conde de Urgel fué por los Moros muerto en Mallorca, do pasó con deseo de mostrar su valor: por donde le dieron renombre de Baleárico, que es en castellano mallorquin. Era señor en Castilla la vieja de Valladolid (pueblo que se cree los antiguos Romanos llamaron Pincia) Peranzules, persona en riquezas, aliados y linage muy principal, aunque vasallo del Rey Don Alonso: su muger se llamó Elo. Casó Armengol con Doña María hija de Peranzules; y della dexó un hijo, cuya tierna edad y su estado gobernó su abuelo Peranzules, y á su tiempo le casó con una señora principal llamada Arsenda. El año quarto deste siglo y centuria, de Christo mil y ciento y quatro, fué desgraciado por la muer- 1104.
te de tres personages muy grandes. Don Pedro hijo del Rey de Aragon y su hermana Doña Isabel murieron en un mismo dia á diez y ocho de agosto: el mismo Rey sea por la pena que recibió y dolor de la muerte de sus hijos, ó por otra enfermedad y accidente que le sobrevino, falleció el mes siguiente á veinte y ocho de setiembre. Fué sepultado en San Juan de la Peña. El Pontífice Urbano concedió á este Rey Don Pedro y á sus sucesores y grandes del reyno al principio de la guerra de la Tierra Santa, que llevasen los diezmos y rentas de las iglesias que de nuevo se edificasen ó quitasen á los Moros, sacadas solamente aquellas iglesias en que estuviesen las sillas de los obispos: tan grande era el deseo de desarraygar aquella gente

impía, que no parece consideraban bastantemente quantos inconvenientes para adelante podria traer aquella liberalidad. La tristeza que en Aragon por aquellas tres muertes toda la provincia recibió, muy grande y casi sin par, en gran parte la alivió la esperanza que de Don Alonso hermano del Rey difunto tenian concebida en sus ánimos, que luego le sucedió en el reyno y en la corona. Su reynado fué largo, la fama de las cosas que hizo grande, su buena andanza, gravedad, constancia, fe, destreza en la guerra, y el señorío que alcanzó muy mas ancho que el de sus pasados; en particular el segundo año de su reynado casó con Doña Urraca hija del Rey Don Alonso de Castilla. Hizo el Rey este casamiento en desgracia de los grandes del reyno que lo llevaban mal, y pretendieron desbaratarle y persuadir al Rey, que se hallaba flaco por la vejez y enfermedades y que apenas podia vivir, que seria mas acertado la diese por muger á Don Gomez conde de Candespina, que en riquezas y poder se aventajaba á los demas señores de Castilla. Todos estrañaban mucho, como es ordinario, llamar algun príncipe estrangero. Esto deseaban y trataban entre sí, mas cada uno temia de decirlo al Rey y llevalle este mensage por no caer en su desgracia. Encomendáronse á un cierto médico judío, de quien el Rey se servia mucho y familiarmente con ocasion que le curaba sus enfermedades. Mandáronle que esperase buena coyuntura, y que propusiese esta demanda con las mejores palabras que supiese. El Rey para desenfadarse se salió á la sazon de Toledo, y se entretenia en Magan, aldea cerca de aquella ciudad: otros dicen que en Mascaraque. El Judío, hallada buena ocasion, hizo lo que le era mandado: alteróse el Rey en gran manera que los grandes tomasen tanta autoridad y mano que pretendiesen casar á su hija á su albedrío. Fué en tanto grado este disgusto que mandó al médico que para siempre no entrase en su casa ni le viese mas; y luego por amonestacion del arzobispo Don Bernardo que no se apartaba de su lado, dió priesa á las bodas de su hija y de Don Alonso Rey de Aragon, que se hicieron en Toledo con aparato
1106. Real y maravillosa pompa el año de mil y ciento y seis. El Rey un poco recreado con esta alegría, y con deseo de vengar el dolor que recibió por la muerte de su hijo, demas desto porque no quedase aquella afrenta y mengua del exército Chris-

tiano sin emienda, magüer que era de aquella edad, tomó de nuevo las armas. Entró por las tierras de Andalucía matando hombres y animales sin perdonar á las casas, sembrados y arboledas. Toda la provincia fué trabaxada y padeció todos los daños que la guerra suele causar. Hecho esto, lo que le quedó de la vida, se estuvo en reposo sin tratar de otras empresas, á que le convidaba su larga edad, la grandeza del reyno y la gloria de sus hazañas. Retiróse no solo de las cosas de la guerra, sino asimismo del gobierno por quanto le era lícito en tan gran peso de cuydados; procuraba empero que la ciudad de Salamanca, y de Segovia, como lo dice Don Lucas de Tuy, maltratadas por las guerras pasadas y yermas de moradores fuesen reparadas, fortificadas y adornadas. Peranzules que en aquella edad fué persona muy grave y muy sabia, fué ayo de Doña Urraca en su menor edad, y al presente tenia el primer lugar en autoridad y privanza con el Rey: era el que gobernaba los consejos de la paz y de la guerra; y solo entre todos parecia que con virtud y prudencia sustentaba el peso de todo el gobierno en el mismo tiempo que al Rey cargado de años (ca vivió setenta y nueve) le apretó una enfermedad que le duró un año y siete meses, puesto que para mejorar cada dia por órden de los médicos salia á caballo á exercitar el cuerpo y avivar el calor que faltaba. No prestó algun remedio por estar la virtud tan caida y la dolencia tan arraygada que vencia todo lo al, sin bastar medicinas algunas para darle salud. Agravósele finalmente de suerte que falleció en Toledo, jueves primero de
julio del año de nuestra salvacion de mil y ciento y nueve, co- 1109.
mo lo testifica Pelagio Ovetense que pudo deponer de vista conforme al tiempo en que el vivió. Reynó despues de la muerte de su padre por espacio de quarenta y tres años: fué modesto en las cosas prósperas, en las adversidades constante. Sufrió fuerte y pacientemente los ímpetus de la fortuna: grande loa, y la mayor de todas llevar lo que no se puede escusar, y estar apercebido para todo lo que á un hombre puede acontecer. Prudencia es proveer que no suceda: de ánimo constante sufrir fuertemente las mudanzas de las cosas humanas. La muchedumbre en especial popular se suele amedrentar fácilmente, y no son mayores los principios del temor que los remedios. Muerto pues el Rey Don Alonso, con cuya vida parece se

conservaba todo, los ciudadanos de Toledo, que por la mayor parte constaban de avenida de muchas gentes, trataron de desamparar la ciudad. Entretanto que este miedo se pasaba, y para asegurar los ánimos entretuvieron el cuerpo del Rey veinte dias en la ciudad. Sosegado el alboroto, y perdido el miedo en parte, le llevaron á sepultar al monasterio de Sahagun junto al rio Cea. Acompañáronle Bernardo arzobispo de Toledo y otros señores principales. El aparato del entierro fué magnífico por sí mismo, y mas por las muy verdaderas lágrimas de todo el reyno, que lloraban no mas la muerte del Rey que su pérdida tan grande. Estas lágrimas y los desastres que se siguieron por la muerte de tan gran Rey, las mismas piedras en Leon parece dieron á entender y las pronosticaron. Junto al altar de San Isidro en la peana, donde el sacerdote suele poner los pies quando dice misa, las piedras no por las junturas sino por el medio manaron de suyo agua en espacio de ocho dias antes de la muerte del Rey, los tres dellos es á saber interpoladamente con grande maravilla de todos los que presentes estaban (1). Pelagio dice aconteció en tres dias continuos jueves, viernes y sábado, y que los obispos y sacerdotes hicieron procesion para aplacar á Dios; y que se significó por aquel milagro el lloro de toda España, y las lágrimas que todos despedian en abundancia por la muerte de tan buen príncipe. En tiempo deste Rey vivió en Búrgos con gran crédito de santidad Lesmes de nacion Francés, hombre de grande caridad, en particular se exercitaba en hospedar los peregrinos: su memoria se celebra en aquella ciudad con fiesta que se le hace cada un año, y templo que hay en su nombre. A quatro leguas de Nájara hacia vida muy santa un cierto hombre llamado Domingo, Español de nacion, ó como otros quieren Italiano: ocupábase en el mismo oficio de piedad, y mas especialmente en abrir caminos y hacer calzadas por las partes que los romeros iban á Santiago: así vulgarmente le llaman Santo Domingo de la Calzada. De la industria deste varon entiendo yo que se ayudó el Rey Don Alonso para fabricar las puentes, que como arriba se dixo procuró se levantasen desde Logroño hasta Santiago. Hay un templo edificado en nombre

(1) Par. 2 c. 153.



URRACA

Reina de Castilla, hija y heredera de Alfonso VI.

T. II p. 407.

deste santo varon muy ancho, hermoso y magnífico; con una poblacion allí junto que despues vino á hacerse ciudad, que al principio fué de los obispos de Calahorra, despues de los Reyes de España: hay un privilegio en esta razon del Rey Don Fernando el Santo. Demas desto cierto judío llamado Moysés, de mucha erudicion y que sabia muchas lenguas, en lo postrero del reynado de Don Alonso abjurada la supersticion de sus padres, se hizo Christiano. El Rey mismo fué su padrino en el bautismo, que fué ocasion de llamalle Pero Alonso: impugnó por escrito las sectas de los Judíos y de los Moros; y muchos de la una y de la otra nacion por su diligencia se reduxeron á la verdad. Famosa debió de ser y notable la conversion deste Judío, pues los historiadores de Aragon la atribuyen á Don Alonso Rey de Aragon: dicen que en Huesca á veinte y nueve de junio se bautizó el año de mil y ciento y seis, que Don Estévan obispo de aquella ciudad hizo la ceremonia, y el padrino fué el Rey mismo de Aragon. En este debate no queremos, ni aun podríamos dar sentencia por ninguna de las partes: cada qual por sí mismo siga lo que le pareciere mas probable.

Capítulo VIII.

Del Reynado de Doña Urraca.

A la sazon que falleció Don Alonso Rey de Castilla, Doña Urraca su hija á quien por derecho venia el reyno, estaba ausente en compañía de su marido, que no se fiaba de todo punto de las voluntades de los grandes de Castilla: sabia bien le fueron contrarios, y procuraron desbaratar aquel casamiento: no queria meterse entre ellos, si no era acompañado de buen número de los suyos para todo lo que pudiese suceder, ademas que diversos negocios de su reyno le entretenian para que no tomase posesion del nuevo y muy ancho reyno que heredaba. Todas las cosas empero se enderezaban á la magestad del nuevo señorío: templábanse en los deleytes, las deshonestidades de la Reyna con disimulacion se tapaban y cubrian; en que no sin grave mengua suya y de su marido andaba mas suelta de lo que sufria el estado de su persona. Pusiéronse en

las ciudades y castillos guarniciones de Aragoneses, todo con intento que los Castellanos no se pudiesen mover ni intentar cosas nuevas; verdad es que á Peranzules, por tener grandes alianzas con entrambas naciones, en el entretanto se le encomendó el gobierno de Castilla. El tenia todo el cuydado universal, y gobernaba todas las cosas así las de la guerra como las de la paz: por sus consejos y prudencia parecia que todo se encaminaba bien. El poder no le duró mucho: la Reyna, muger recia de condicion y brava, luego que llegó á Castilla (que su marido la envió delante) al que fuera razon tener en lugar de padre, le maltrató á sin razon, quitóle el gobierno, y juntamente le despojó de su estado propio. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los Príncipes: mas presto acuden á satisfacerse de sus desgustos que á pagar los servicios que les han hecho. La ocasion que tomó para hacer este desaguisado, no fué mas de que en sus letras daba á Don Alonso su marido título de Rey de Castilla. Esto se decia en público: la verdad era que á la Reyna pesaba de haberse casado, porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término; y como yo sospecho no podia sufrir las reprehensiones que aquel varon gravísimo le daba por sus mal encubiertas deshonestidades. Esto dolia, aunque se tomó otra capa. Pesóle al Rey que varon tan señalado fuese maltratado: que su inocencia y servicios y virtudes porque se le debia antes galardon, fuesen tan mal recompensadas: restituyóle el estado que le habia sido quitado, y sus pueblos y hacienda. El por temer la ira de la Reyna se retiró al condado de Urgel, cuyo gobierno, como queda dicho, tenia á su cargo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, y no podian las cosas estar sosegadas en tanta diversidad de voluntades y deseos, en especial estando la Reyna tan desabrida, y viviendo con tanta libertad. Del Andalucía se movió nueva guerra y nuevo peligro sobrevino. Fué así que Hali Rey Moro avisado de la muerte del Rey Don Alonso, como quitado el freno, entró por tierras de Christianos feroz y espantoso: llegó hasta Toledo, y cerca dél en los ojos y á vista de los ciudadanos abatió el castillo de Azeca y el monasterio de San Servando. Los campos y alquerías humeaban con el fuego que todo lo abrasaba. Pasó tan adelante que puso sitio sobre la misma ciudad, y por espacio de ocho dias

la combatió con toda suerte de ingenios. Libróla de aquel peligro su sitio fuerte, y una nueva muralla que el Rey Don Alonso á lo mas baxo de la ciudad dexó levantada: demas desto el esfuerzo de Alvar Fañez, varon en aquel tiempo muy poderoso y muy diestro en las armas, cuyo sepulcro se vee hoy dia en el campo Sicuendense, que es parte de la Celtiberia, en que tenia el señorío de muchos pueblos. Los Moros perdida la esperanza de apoderarse de aquella ciudad, á la vuelta que dieron á sus tierras, saquearon á Madrid y á Talavera, y les abatieron los muros: de todas partes llegaron grande presa y despojos. El Rey de Aragon hacia prósperamente en sus tierras la guerra á los Moros: ganó á Exéa pueblo principal de Navarra el año mil y ciento y diez. Demas desto cerca de Val- 1110.
terra venció en batalla á Abuhasalem que se llamaba Rey de Zaragoza. Hechas estas cosas, Don Alonso á exemplo de su suegro se llamó Emperador de España: título que si se mira la anchura del señorío que tenia, no parece fuera de propósito por ser á la sazon el mas poderoso de los Reyes que España despues de su destruicion habia tenido; pero imprudentemente, por tomar ocasion para aquel ditado del señorío ageno y poco durable: en fin, ordenadas las cosas de Aragon, vino á Castilla el año siguiente, en que con afabilidad y clemencia procuraba conquistar las voluntades de los naturales. El por sí mismo oia los pleytos y hacia justicia, amparaba las viudas, huérfanos y pobres para que los mas poderosos no les hiciesen agravio. Honraba á los señores, y acrecentábalos conforme á los méritos de cada qual, adornaba y enriquecia el reyno de todas las maneras que él podia. Por este camino los vasallos se le aficionaban; solo el endurecido corazon de la Reyna no se domeñaba. Dió órden como se poblasen Villorado, Berlanga, Soria, Almazan, pueblos yermos y abatidos por causa de las guerras. Dió la vuelta á Aragon con intento, pues todo le sucedia prósperamente, de hacer la guerra de nuevo y con mayor atuendo á los Moros. Sabia bien que debemos ayudarnos de la fama y de las ocasiones que se presentan, y que conforme á los principios sucede lo demas, quando las cosas en Castilla se alteraron en muy mala sazon. Don Alonso era pariente de Doña Urraca su muger en tercero grado de parte de padres, ca fué bisabuelo de ambos D. Sancho el Mayor Rey de

Navarra. No estaba aun por este tiempo introducida la costumbre que por dispensacion de los Papas se pudiesen casar los deudos; y así consideramos que diversos casamientos de Príncipes se apartaron muchas veces como ilegítimos y ilícitos por este solo respeto. Esta causa pienso yo hizo que este Rey Don Alonso no se contase en el número de los Reyes de Castilla acerca los escritores antiguos; que no es justo con nuevas opiniones alterar lo que antiguamente tenian recibido y asentado, como lo hacen los que cuentan á este Rey por seteno deste nombre entre los de Castilla, como quier que ningun derecho ni título pudo tener sobre aquel reyno por quedar legítimo heredero del primer matrimonio, y ser el segundo ninguno contra las leyes eclesiásticas. Los desgustos pasaron tan adelante que la Reyna por su mala vida y torpe fué puesta en prision en el castillo llamado Castellar, de que con ayuda de los suyos salió, y se volvió á Castilla: no halló la acogida que cuydaba, antes de nuevo los grandes la enviaron á su marido, y él la tornó á poner en la cárcel. En este medio los señores de Galicia, do se criaba Don Alonso hijo de Doña Urraca, y por el testamento de su abuelo tenia el mando, hacian juntas y ligas entre sí para desbaratar lo que los Aragoneses pretendian. Holgaban en particular haber hallado ocasion de apartar y dirimir aquel casamiento desgraciado, que contra la voluntad de la nobleza y injustamente se hizo. Ponian por esta causa escrúpulos al pueblo: decian no ser lícito obedecer al que no era legítimo Rey. Enviaron una embaxada á Pasqual Segundo Pontífice Romano, en que le daban cuenta de todo lo que pasaba. Ganaron dél un breve, en que cometió el conocimiento de la causa á Don Diego Gelmirez obispo de Santiago; un pedazo del qual pareció se podia engerir en este lugar. «Pasqual, siervo de los siervos de Dios, al venerable hermano Diego obispo Compostellano salud y apostólica bendicion. Para esto ordenó el Omnipotente Dios que presidieses á su pueblo, para que corrijas sus pecados, y anuncies la voluntad del Señor. Procura pues segun las fuerzas que Dios te da, corregir con conveniente castigo tan grande maldad de incesto que ha cometido la hija del Rey, para que desista de tan gran presuncion, ó sea privada de la comunion de la iglesia y del señorío seglar.» Que hayan establecido los jueces señalados para re-

mediar, ó por decir mejor para castigar aquel eceso, no hay dello memoria: solo consta que desde aquel tiempo el Rey Don Alonso comenzó á tener acedia y embravecerse contra los obispos. El de Búrgos y el de Leon fueron echados de sus iglesias, el de Palencia preso, el abad de Sahagun despojado de aquella dignidad, y en su lugar puesto fray Ramiro hermano del Rey por su nombramiento y con su ayuda. Don Bernardo arzobispo de Toledo fué forzado á andar desterrado dos años fuera de su diócesi, no obstante la magestad sacrosanta y autoridad que representaba de legado apostólico, y de primado de España. En el qual tiempo juntó y tuvo el concilio Palestino, cuya copia se conserva hasta hoy, y el Legionense con otros obispos y grandes; en particular se halló en estas juntas presente Don Diego Gelmirez el de Santiago. Todos andaban con cuydado de sosegar y pacificar la provincia, porque las armas de Aragon y de Navarra se movian contra los Gallegos, en que tomaron por fuerza el castillo de Monterroso. Verdad es que á instancia y persuasion de varones santos que se interpusieron, se apartó el Rey de Aragon desta demanda y desistió de las armas. Todo procedia arrebatada y tumultuariamente sin considerar lo que las leyes permitian: los unos y los otros buscaban ayudas para salir con su intento. A los Castellanos y Gallegos se les hacía de mal ser gobernados por los Aragoneses. El Rey de Aragon pretendia á derecho ó á tuerto conservar el reyno de que se apoderara. Los que hacian resistencia eran echados de sus dignidades, despojados de sus bienes. Los Gallegos, pasado aquel primer miedo, hicieron liga con Don Enrique conde de Portugal. Pasaron con esto tan adelante, que si bien el Infante Don Alonso era de pequeña edad, le alzaron por Rey. En Compostella en la iglesia mayor se hizo el auto: ungióle con el olio sagrado el prelado Don Diego Gelmirez: ceremonia desusada en aquel reyno, pero á propósito de dar mas autoridad á lo que hicieron. Pedro conde de Trava ayo del Don Alonso fué el principal movedor de todas estas tramas. Alteró mucho esta nueva y este hecho al Rey de Aragon: hizo divorcio con la Reyna, y con tanto la dexó libre y la soltó de Soria en cuyo castillo la tenia arrestada. Sin embargo atraido de la dulzura del mandar no dexaba el señorío que en dote tenia: demasía que á todos parecia mal. Los gobernado-

res de las ciudades y castillos como no les soltase el homenage que le tenian hecho, quitado el escrúpulo y la obligacion, á cada paso se pasaban á la Reyna, y le juraban fidelidad. Lo mismo hizo Peranzules varon de aprobadas costumbres, y no obstante que todos aprobaban lo que hizo, cuydadoso de la fe que antes dió al Rey de Aragon, se fué para él con un dogal al cuello para que puesto que imprudentemente se habia obligado á quien no debiera, le castigase por el homenage que le quebrantara en entregar los castillos que dél tenia en guarda. Alteróse al principio el Rey con aquel espectáculo: despues amonestado de los suyos que en lo uno y en lo otro aquel caballero cumplia muy bien con lo que debia, y que no le debia empecer su lealtad, al fin con mucha humanidad que le mostró, y con palabras muy honradas le perdonó aquella ofensa. Los demas grandes de toda Castilla se comunaban y ligaban por la salud y libertad de la patria, aparejados á padecer antes qualquier afan y menoscabo, que sufrir el señorío y gobierno aragonés. Don Gomez conde de Candespina, el que antes pretendió casar con la Reyna, y entonces por estar en la flor de su edad tenia mas cabida con ella de lo que sufria la magestad Real y la honestidad de muger, se ofrecia el primero de todos á defender la tierra, y hacer la guerra á los de Aragon: blasonaba antes del peligro. Don Pedro conde de Lara, su competidor en los amores de la Reyna, tenia el segundo lugar en autoridad y poderío. Discordes los capitanes, ni la paz pública se podia conservar, ni hacerse la guerra como convenia. Don Alonso Rey de Aragon con un grueso exército que juntó de los suyos, se metió en Castilla por la parte de Soria y de Osma do se tendian antiguamente los Arevacos. Acudieron á la defensa los grandes y ricos hombres, y el exército de Castilla. Asentaron los unos y los otros sus Reales cerca de Sepúlveda. Resueltos de encontrarse, ordenaron las haces en esta forma: la vanguardia de los Castellanos regia el conde de Lara, la retaguardia el conde Don Gomez: el cuerpo de la batalla gobernaban otros grandes. El Rey de Aragon formó un esquadron quadrado de toda su gente. Dióse la señal de arremeter y cerrar. En el campo llamado de la Espina se trabó la pelea, que fué de las mas nombradas de aquel tiempo. El conde de Lara como quier que no pudiese sufrir el

primer ímpetu y carga de los contrarios, volvió las espaldas y se huyó á Búrgos, do la Reyna se hallaba con cuydado del suceso: hombre no menos afeminado que cobarde. Don Gomez con algo mayor ánimo sufrió solo la fuerza de los enemigos y peso de la batalla; y desbaratados los suyos, murió él mismo noblemente sin volver las espaldas: esta postrera muestra dió de su esfuerzo. Ni fué de menor constancia un caballero de la casa de Olea, alférez de Don Gomez, que como le hobiesen muerto el caballo y cortado las manos, abrazado el estandarte con los brazos, y á voces repitiendo muchas veces el nombre de Olea, cayó muerto de muchas heridas que le dieron. Don Enrique conde de Portugal mas por odio de la torpeza de la Reyna que por aprobar la causa del Rey Don Alonso, desamparado el partido de Castilla, se juntara con los Aragoneses: ayuda que fué de gran momento para alcanzar la victoria. La confianza que destos principios los Aragoneses cobraron, fué tan grande que pasado el rio Duero, por tierra de Palencia llegaron hasta Leon. Los campos, pueblos, aldeas eran maltratados con todo el mal y daño que hacer podian. Los principales de Galicia se rehicieron de fuerzas, determinados de probar otra vez la suerte de la batalla, pelearon con todo su poder en un lugar entre Leon y Astorga llamado Fuente de Culebras. Sucedió la batalla de la misma manera que la pasada, prósperamente á los Aragoneses, al contrario á los Castellanos. Fué preso en la pelea Don Pedro conde de Trava, persona de grande autoridad y poder, y que estaba casado con una hija de Armengol conde de Urgel llamada Doña Mayor. El mozo Rey Don Alonso no se halló en esta pelea; que el obispo Don Diego Gelmirez le sacó de aquel peligro y puso en parte segura: perdida la jornada, se fué al castillo de Orsilon do estaba la Reyna su madre. Ninguna batalla en aquella era fué mas señalada ni mas memorable que esta, por el daño y estrago que della resultó á Castilla. Las ciudades de Nájara, Búrgos, Palencia, Leon se rindieron al vencedor; sin embargo por no tener dinero para pagar los soldados, por consejo del conde de Portugal metió la mano en los tesoros de los templos, que fué grave exceso, y aun le fué muy mal contado. San Isidro y otros Santos con graves castigos que dél tomaron adelante, vengaron aquella injuria; juntóse el odio del pue-

blo, y palabras con que murmuraban de aquella liberlad: decian que merecian ser severamente castigados los que metieron mano en los vasos sagrados y tesoros de las iglesias. La verdad es que desde este tiempo de repente se trocó la fortuna de la guerra. Trabaxaron los Aragoneses primero el reyno de Toledo, despues pasaron á cercar la ciudad de Astorga, porque fueron avisados que la Reyna con toda su gente se aparejaba para hacer la guerra por aquella parte. Traía Martin Muñoz al Rey de Aragon trecientos caballos Aragoneses de socorro: cayó en una emboscada de enemigos, que le pararon, en que muertos y huidos los demas, él mesmo fué preso. El Rey movido por este daño, y con miedo de mayor peligro por el poco número de gente que tenia á causa de los muchos que eran muertos, y por estar los demas repartidos en las guarniciones de los pueblos que ganara, se retiró á Carrion confiado en la fortificacion de aquella plaza. Allí fué cercado de los enemigos por algun tiempo hasta tanto que el abad Clusense, enviado por el Pontífice para componer aquellas diferencias, con su venida alcanzó de los de la Reyna treguas de algunos dias, y no mucho despues que se levantase el cerco. Los soldados de Castilla asimismo, como levantados y juntados arrebatadamente, y sin concierto y capitan á quien todos reconociesen, ni sabian las cosas de la milicia, ni los podian detener en los Reales largo tiempo. Pasado este peligro, las armas de Aragon revolvieron contra la casa de Lara, contra sus pueblos y castillos. Por otra parte las gentes de la Reyna con un largo cerco que tuvieron sobre el castillo de Búrgos, se apoderaron dél, y echaron dende la guarnicion que tenia de Aragoneses. El conde Don Pedro de Lara como pretendiese casar con la Reyna, y se tratase no de otra suerte que si fuera Rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenia alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban. Andaban su nombre y el de la Reyna puestos afrentosamente en cantares y coplas. Pasó tan adelante esto que en el castillo de Mansilla fué preso y puesto á recado por Gutierre Fernandez de Castro. Soltóse de la prision; pero fuéle forzoso por no asegurarse de los de Castilla que tanto le aborrecian, huirse muy lexos y no parar hasta Barcelona. Fué hijo de Don Diego Ordoñez, el que retó á Zamora sobre la muerte del Rey Don

Sancho, y sobre el caso hizo campo con los tres hijos de Arias Gonzalo. Despues desto el Infante Don Alonso ya Rey de Galicia con gran voluntad de todos los estados fué alzado por Rey de Castilla. Erale necesario recobrar por las armas el reyno que halló dividido en tres parcialidades y bandos: no menos tenia que hacer contra su madre que contra el padrastro, ni menos dolor ella recibió que su marido, de que su hijo hobiese sido alzado por Rey, por tener entendido que en su acrecentamiento consistia la caida de ambos; juicio en que no se engañaban. Doña Urraca por miedo de la indignacion de su hijo, y por verse aborrecida de los suyos, determinó fortificarse en el castillo de Leon, confiada que por ser muy fuerte podria en él mantener el nombre de Reyna y la dignidad Real, sin embargo del odío grande que el pueblo la tenia. Pero como quier que el hijo se pusiese sobre aquel castillo, se concertaron que la Reyna dexase á su hijo el reyno, dádole con gran voluntad de los grandes y del pueblo, y á ella señalasen rentas con que pudiese pasar. La razon de los tiempos no se puede fácilmente señalar á cada qual destas cosas por la diversidad que hay de opiniones: es maravilla en cosas no muy antiguas quan á tienta paredes andan los escritores, que hace ser muy dificultoso determinar la verdad, tanto que aun no se sabe en que año murió la Reyna Doña Urraca; los mas dicen que como diez y siete años despues de la muerte de su padre: la verdad es que en tanto que vivió, tuvo poca cuenta con la honestidad. Algunos afirman que en el castillo de Saldaña falleció de parto: gran mengua y afrenta de España. Otros dicen que en Leon, tomado que hobo los tesoros de San Isidro, que no era lícito tocarlos, reventó en el mismo umbral del templo: manifiesto castigo de Dios. Menos probabilidad tiene cierta hablilla que anda entre gente vulgar, es á saber, que de la Reyna y del conde de Candespina nació un hijo por nombre Don Fernando, al qual por su nacimiento y ser bastardo llamaron Hurtado. Añaden otrosí que fué principio del linage que en España usa deste apellido, en nobleza muy ilustre, poderoso en rentas y en vasallos.

Capítulo IX.

De la guerra de Mallorca.

Desta manera procedian las cosas en Castilla en el tiempo que á los Moros de Mallorca y de Zaragoza acometieron las armas de muchas naciones que contra ellos se juntaron. Habia fallecido Giberto conde de la Proenza y de Aymillan en Francia: dexó á Doña Dulce su hija por heredera. Don Ramon Berenguel conde de Barcelona marido de Doña Dulce, príncipe poderoso y de grande señorío por lo que antes tenia, y por aquel estado de su suegro que por su muerte heredó tan principal, determinó con las fuerzas de ambas naciones apoderarse de las islas Baleares que son Mallorca y Menorca, desde donde los Moros exercitados en ser cósarios hacian robos y correrías en las riberas de España que está cercana, y tambien de Francia. Para llevar adelante este intento tenia necesidad de una gruesa y grande armada. Juntó en sus riberas la que pudo: principio de donde las armas de los Catalanes comenzaron á ser famosas por la mar, cuyos señores por algun tiempo fueron con gran interés y fama. Pero como su armada no fuese bastante, él mismo pasó en persona á Génova y á Pisa, ciudades en aquella sazon poderosas por la mar. Convidóles á hacerle compañía en aquella guerra que trataba: púsoles delante los premios de la victoria: la inmortalidad del nombre, si por su esfuerzo los bárbaros fuesen echados de aquellas islas, de do como de un castillo roquero amenazaban y hacian daño á las tierras de los Christianos. Prometiéronle soldados y naves y enviáronlos al tiempo señalado. Juntados estos socorros con el exército de los Catalanes, pasaron á las islas. Fué la guerra brava dificultosa y larga, porque los Moros desconfiados de sus fuerzas, con astucia alzadas las vituallas, y tomados los pasos, parte se fortificaron en los pueblos y castillos, parte se enriscaron en los montes sin querer meterse al peligro de la batalla. Consideraban los varios y dudosos trances que traen consigo las guerras, y que los enemigos se podrian quebrantar con la falta de lo necesario, con enfermedades, con la tardan-

za: cosas que de ordinario suelen sobrevenir á los soldados. La constancia de los nuestros venció todas las dificultades; y la ciudad principal por fuerza y á escala vista se entró en la isla de Mallorca el año mil y ciento y quince. Murió en aquella jornada Raymundo ó Ramon prelado de Barcelona. Sucedió en su lugar Oldegario, al qual poco despues por muerte de Berengario arzobispo de Tarragona pasaron á aquella iglesia. Ganada la ciudad parecia seria fácil lo que restaba de conquistar. En esto vino aviso que los Moros en tierra firme quier con intento de robar, quier por forzar al Conde á retirarse de las islas, con gente que echaron en tierra de Barcelona, habian henchido toda aquella comarca de miedo temblor y lloro, tanto que sitiaron la misma ciudad. Esta nueva puso en grande cuydado al Conde sobre lo que debia hacer, y en mucha duda: por una parte el temor de perder lo suyo, por otra el deseo de concluir aquella guerra le aquexaban y traian en balanzas; venció empero el miedo del peligro y los ruegos de los suyos. Dexó encargadas las islas á los Ginoveses, y él pasó á tierra firme. Los bárbaros sin dilacion alzaron el cerco: siguiéronlos venciéronlos, y desbaratáronlos cerca de Martorel: fué la pelea mas á manera de escaramuza y de tropel que ordenadas las haces. La alegría desta victoria hicieron que fuese menor dos incomodidades, la una que los Ginoveses con el oro que les dieron los Moros, se partieron de las islas y se las dexaron, como afirman los escritores Catalanes, que en las historias de los Ginoveses ninguna mencion hay desta jornada; la otra que en la Gallia Narbonense se perdió la ciudad de Carcasona. Poco antes deste tiempo Athon se apoderó de aquella ciudad sin otro derecho mas de la fuerza. Era en su gobierno cruel y feroz. Movidos desto los ciudadanos se conjuraron contra él, y echado, restituyeron el señorío de la ciudad al Conde de Barcelona cuya era de tiempo antiguo, como antes queda mostrado. Athon con el ayuda de Guillen conde de Potiers forzó á los ciudadanos que se le rindiesen. Rugerio hijo mayor de Athon entrado que hobo en la ciudad, hizo que todos rindiesen las armas; como obedeciesen y las dexasen, mandólos á todos matar. La crueldad que en los miserables se exercitó, fué estraordinaria con toda muestra de fiereza y soberbia inhumana. Muchos que pudieron salvarse, se fueron á Barcelo-

na. A ruego dellos el conde Ramon Arnaldo Berenguel con exército se metió por la Francia. Pusiéronse de por medio varones buenos y santos: pesábales que las fuerzas deste buen Príncipe con aquella guerra civil se divirtiesen de la guerra sagrada. Concertóse la paz desta manera: que lo que Athon habia prometido á Guillen conde de Potiers de serle él y sus descendientes sus feudatarios mudado el concierto, poseyesen aquella ciudad, pero como en feudo de los condes de Barcelona. Fué este Guillen conde de Potiers hombre que procuraba ocasion de aumentar se señorío, trabar unas guerras de otras, aunque fuesen con daño ageno, sin ningun cuydado de lo que era honesto y de la fama. Así despues que Ramon conde de Tolosa partió á la guerra de la Tierra Santa, como arriba queda dicho, se apoderó con las armas de todo lo que aquel Príncipe tenia en Francia: hombre desapoderado, y que no temia á Dios ni los juicios de los hombres. Beltran hijo de Don Ramon por este tiempo, despues de gastados tantos años en la guerra, desde la Tierra Santa en que tenia el señorío de Tripol, y en cuyo cerco le mataron á su padre con una saeta que del adarve le tiraron, dió la vuelta á su patria. No tenia esperanza que el de Potiers vendria en lo que era razon. Comenzó á tratar con los Príncipes comarcanos como podria recobrar el antiguo estado de su padre. En los demas no halló ayuda bastante. Acordó acudir á Don Alonso Rey de Aragon, de cuyas proezas y virtudes se decian grandes cosas: demas que la amistad trabada de tiempo atrás entre aquellas dos casas y el deudo le obligaba á no desamparalle. ¡Qué grande maldad! El que perdido su padre y la flor de su edad en la guerra sagrada, tan lexos de su patria se pusiera á tantos trabaxos y peligros, sin embargo despojado de su tierra y de su estado fué forzado á pedir ayuda, y acudir y hacer recurso á la misericordia de otros. Recibióle aquel Rey benignamente en Bar bastro. Allí tuvieron su acuerdo; y el Conde se hizo feudatario de Aragon por los estados de Rodes, de Agde ó Agathense, de Cahors, de Albi, de Narbona y de Tolosa y otras ciudades comarcanas á las sobredichas, á tal empero que por las armas de Aragon él y sus descendientes fuesen restituidos y amparados en los estados de que estaban despojados. Hízose esta ave-
1116 nencia el año del Señor de mil y ciento y diez y seis, bien que

Don Beltran no fué restituido á causa que el poder de los condes de Potiers era grande, y las fuerzas de Aragon estaban divididas parte en la guerra civil contra Castilla, parte en la que con mejor acuerdo se hacia contra los Moros. Verdad es que pasados algunos años Don Alonso Jordan, hermano de Don Beltran, del castillo de Tolosa en que le tenia preso el conde de Potiers, fué por aquellos ciudadanos sacado para hacerle señor de aquella ciudad, y echado della por fuerza Guillen Morello, que tenia aquel gobierno por el dicho conde de Potiers. Los descendientes de Don Alonso fueron su hijo Raymundo ó Ramon, su nieto Raymundo, y su bisnieto, y tatarañeto, que se llamaron tambien Raymundos, y tuvieron el señorío de aquella ciudad hasta tanto que Juana hija del postrer Raymundo por falta de hijos varones casó con Alonso conde de Potiers. Deste casamiento no quedó sucesion alguna: por donde San Luis Rey de Francia hermano de dicho conde de Potiers por su muerte juntó con lo demas de su reyno los estados y condados de Potiers y de Tolosa, segun que en el casamiento de aquella señora lo capitularan.

Capitulo X.

De la guerra de Zaragoza.

Confinaban con el señorío de Don Alonso Rey de Aragon las tierras de Zaragoza, muy poderosa y fuerte ciudad por su nobleza, riqueza y grandeza. Los moradores della hacian ordinarias correrías y cabalgadas en los campos comarcanos de los Christianos, sin dexar de hacer todo el mal y daño que de hombres bárbaros y enemigos del nombre Christiano se podia esperar. El Rey de Aragon movido por estos males, sin embargo que la guerra de Castilla no la tenia del todo acabada, se determinó con todas sus fuerzas y gentes de combatir aquella ciudad. Representábanse grandes dificultades, trabaxos y peligros, que la constancia del invencible Rey fácilmente menospreciaba. Tahuste, villa principal á la ribera del rio Ebro, se ganó á esta sazon por el valor y industria de un caballero principal llamado Bacalla. Asimismo ganaron á Borgia á la ra-

ya de Navarra, Magalona y otros pueblos y castillos por aquella comarca. A los Almogárabes (asi se llamaban los soldados viejos de gran experiencia y valor) se dió órden que estuviesen de guarnicion en el Castellar, plaza fuerte fundada como de suso queda dicho sobre Zaragoza en un altozano. Proveyéronles de mantenimientos, armas y municiones á propósito de hacer salidas y correrías por los lugares al derredor, y que si necesario fuese, pudiesen sufrir un largo cerco. Este fué el principio que se dió á la guerra y conquista de Zaragoza: á la fama acudieron de diversas partes grandes personages, entre otros vinieron los condes Gaston de Bearne, Rotron de Alperche, y Centullo de los Bigerrones. Formaron un grueso exército de diversas gentes y naciones, con que se pusieron sobre aquella ciudad el año que se contaba de nuestra salvacion mil y ciento y diez y ocho, por el mes de mayo. Al octavo dia ga-
1118. naron el arrabal que está de la otra parte del rio. Rotron conde de Alperche en el mismo tiempo que se continuaba el cerco con seisoientos caballos que le dieron, se apoderó de Tudela, ciudad principal en el reyno de Navarra, puesta en un sitio fuerte á la ribera del rio Ebro; con la qual se quedó en premio de su trabaxo. Los Moros de España como quier que conociesen bien de quanta importancia era para sus cosas y intentos la ciudad de Zaragoza, y el riesgo que corria todo lo demas si se perdiese, acudieron en gran número para socorrer á los cercados. Vino otrosí de Africa un famoso caudillo por nombre Temin con un grueso exército de Moros berberescos: tenia puestos sus Reales en un lugar aventajado á la ribera de Güerba mas arriba de Zaragoza, y junto al castillo de María que se tenia por los Moros. Pero visto que los nuestros le hacian ventaja en muchedumbre y esfuerzo, dió vuelta á lo mas adentro de la Celtiberia. Los cercados padecian falta de vituallas, y no tenian esperanza de socorro, que era el mayor de los males. A los Christianos cansaba la tardanza. Aprestaban nuevos ingenios para batir las murallas y entrar por fuerza la ciudad, quando fueron avisados que un sobrino de Temin, otros dicen era hijo del Rey de Córdoba, venia y llegaba ya cerca con resolucion de meterse en la ciudad como por su tio le era mandado. Alteróse el Rey Don Alonso con este aviso: tuvo su acuerdo, y determinó salir al encuentro á los que venian de

socorro, ca bien entendia que si entrasen en la ciudad, á él seria forzoso partirse del cerco con poca reputacion y mengua. Marchó pues con sus gentes, dió vista á los enemigos, juntáronse las huestes no lexos de Daroca en un lugar llamado Cutanda: dióse la batalla, en que los Moros fueron vencidos y muertos, y preso su general. Los de Zaragoza avisados de aquella desgracia, por no quedarles esperanza alguna de poderse defender, despues de ocho meses de cerco á diez y ocho de diciembre rindieron sobre pleytesía la ciudad. Fué aquel dia muy alegre para los Christianos no solo por el provecho presente, puesto que era muy grande, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de desarraygar el señorío de los Moros de todo punto, quitándoles aquel fortísimo baluarte. Estaban los nuestros tan ciertos que tomarian la ciudad, que tenian antes de tomalla consagrado en obispo della á Pedro Librana, que consagró la iglesia y se encargó del gobierno espiritual. A los condes Gaston de Bearne y Rotron de Alperche en premio de su trabaxo dió el Rey por juro de heredad sendos barrios en aquella ciudad: tales eran las costumbres de aquel tiempo: no tenian por inconveniente poner muchos señores en un pueblo y en una ciudad. A la ribera de Ebro nueve leguas de Zaragoza estuvo antiguamente una noble colonia de Romanos llamada Julia Celsa, ahora es un lugar desierto, y á una legua tiene un pueblo que el dia de hoy llaman Xelsa, que es el solo rastro que queda de aquella antigüedad. A esta comarca pasó el Rey con sus gentes luego que la sazon del tiempo dió para ello lugar. Por allí hicieron correrías en los campos de los Moros al derredor. Dende pasaron á la Celtiberia provincia por la aspereza de los lugares y esfuerzo de los naturales de todo tiempo muy poderosa y fuerte; cuyos linderos antiguamente unas veces se ensanchaban y otras se estrechaban como sucedian las cosas. Pero propiamente los Celtíberos corrian de Oeste al Este desde las fuentes del rio Xalon, que tienen su nacimiento en Medinaceli, que algunos tienen aunque con engaño fué la antigua Ecelesta, hasta Nertobriga, que hoy es Ricla. Por la banda Setentrion tenian por aledaño á Moncayo y á la parte de Mediodía las fuentes de Tajo cerca de Albarracin, ciudad que en otro tiempo se llamó Lobeto: en aquella comarca la guerra sucedió á los nuestros como suele á los

vencedores: todo se les rendia y allanaba. Ganaron desta vez á Tarazona, á Alavona, y á Epila, que se tiene llamaron antiguamente Segoncia. Asi mismo Calatuyud vino á poder de Christianos, poblacion que fué de Moros y de su capitan Aiub, que la fundó no lexos de la antigua famosa Bilbilis, de que queda rastro en un monte que cerca de aquella ciudad se empina, y hasta el dia de hoy se llama Bombola. Hariza tambien y Daroca corrieron la misma fortuna; adelante de la qual villa el Rey hizo edificar un pueblo que llamó Monreal, en un sitio muy á propósito para enfrenar las correrías y los intentos de los Moros de Valencia. Los monges Cartuxos y los del Cistel nuevamente fundados tenian gran fama y crédito por todas las partes de la Christiandad. Demas destas órdenes en Jerusalem los caballeros Templarios y los Hospitalarios conforme á su santo y religioso instituto inventado por el mismo tiempo, se empleaban con todas sus fuerzas en adelantar por aquellas partes el partido de los Christianos. Los Templarios en vestidura blanca traian Cruz roxa á la manera de la de Caravaca con dos traviesas. Los Hospitalarios que tambien se llamaban de San Juan, en capa negra Cruz blanca. San Bernardo, principal fundador de la órden del Cistel que vivia por estos tiempos, y aun se sabe vino á España, persuadió al Rey entregase aquel pueblo á los Templarios. Hízose así, edificáronles allí un convento, diéronles asimismo otras rentas, en particular se les señaló la quinta parte de los despojos que se ganasen en la guerra: todo á propósito que tuviesen con que sustentar los gastos, y por aquella parte fuesen fronteros de los Moros. Guillen prelado de Aux en la Guiena, y los demas obispos de Aragon con sus sermones encendian los corazones de la gente á tomar la Cruz, y ayudar con sus personas y haciendas los intentos de aquellos caballeros. Esta fué la primera entrada que los Templarios tuvieron en España, este el principio de las grandes rentas que adelante poseyeron, y aun como se tuvo por cierto, últimamente fueron causa de su total ruina.

Capítulo XI.

Del scisma de Burdino natural de Limoges.

Gobernaba por este tiempo la iglesia de Roma Gelasio II deste nombre, al qual poco antes pusieron en la silla de San Pedro por la muerte del Pontífice Pasqual. Fué persona de gran corazon, pues no dudó proseguir las enemistades de sus antecesores contra el Emperador Enrique IV deste nombre en defensa de la libertad de la Iglesia y de la magestad Pontificia; en que pasó tan adelante, que como el Emperador viniese á Roma, y él no se hallase con fuerzas para reprimir sus intentos, en una barca por el Tibre se fué primero á Gaeta de donde era natural, y de allí pasó en Francia con intento de celebrar un concilio de obispos que tenia convocado para la ciudad de Rems. La muerte atajó sus intentos, que le tomó en el camino en el monasterio de Cluñi. Tuvo el Pontificado pocos dias mas de un año. En este tiempo dexó concedida una indulgencia á los soldados que estaban sobre Zaragoza, y á todos los demas que acudiesen con alguna ayuda para edificar el templo de aquella ciudad. La bula por ser muy señalada, y porque por ella se entiende como se concedian las indulgencias antiguamente, pondré aquí vuelta en romance: «Gelasio obispo, siervo de los siervos de Dios, al exército de los Christianos que tiene cercada la ciudad de Zaragoza, y á todos los que tienen la fe christiana, salud y apostólica bendicion. Hemos visto las letras de vuestra devocion, y de buena gana dimos favor á la peticion que enviastes á la Sede Apostólica por el electo de Zaragoza. Tornando pues á enviar al dicho electo, consagrado por la gracia de Dios por nuestras manos como si por las del apóstol San Pedro lo fuera, os damos la bendicion de la visitacion apostólica, implorando la justa misericordia del omnipotente Dios para que por los ruegos y merecimientos de los Santos os haga obrar su obra á honra suya y dilatacion de su Iglesia. Y porque habeis determinado de poner á vos y á vuestras cosas á extremos peligros; si alguno de vos recebida la penitencia de sus pecados muriere en esta jornada, nos por

los merecimientos de todos y ruegos de la Iglesia Cathólica le absolvemos de las ataduras de sus pecados. Demas desto los que por el mismo servicio de Dios ó trabaxaren ó han trabaxado, y los que donan alguna cosa ó hobieren donado á la iglesia de la dicha ciudad destruida por los Sarracenos y Moabitas para ayuda á su reparo, y á los clérigos que allí sirven á Dios, para su sustento, conforme á la cantidad de sus trabaxos ó buenas obras que hicieren á la iglesia, y á juicio de los obispos en cuyas parrochias viven, alcancen remision de sus penitencias y indulgencia. Dado en Aleste á quatro de los idus de diciembre. Yo Bernardo arzobispo de la silla Toledana hago y confirmo esta absolucion. Yo el obispo de Huesca hago y confirmo esta absolucion. Yo Sancho obispo de Calahorra hago y confirmo esta absolucion. Yo Guido obispo Lascurrense hago y confirmo esta absolucion. Yo Boso cardenal de la santa Iglesia Romana hago y confirmo esta absolucion.» En lugar del Papa Gelasio por voto de los cardenales que á su muerte se hallaron,
1119. el año de mil y ciento y diez y nueve á primero de hebrero fué elegido Guido de nacion Borgoñon, hermano de Don Ramiro y tio de Don Alonso Rey de Castilla. Era á la sazon arzobispo de Viena de Francia: llamóse en el pontificado Calixto Segundo, dado que no aceptó la eleccion hecha por los cardenales en su persona hasta tanto que el clero de Roma viniese en lo mismo; y asi no se coronó hasta los quince de octubre. En el concilio Remense en que se halló presente, promulgó sentencia de descomunion contra el Emperador: estableció otrosí nuevas leyes contra el pecado de la simonía, que era muy ordinario, tanto que ni bautizaban los niños ni enterraban los muertos sino por dineros. Procuró que los presbyteros, diáconos y subdiáconos se apartasen de las concubinas, las quales en tiempos tan revueltos ellos tenian con el repuesto y libertad como si fueran sus mugeres; en España en particular todavía se continuaba la mala costumbre que introduxo el perverso Rey Witiza, en especial en Galicia, sin poderla extirpar del todo, bien que se ponia en ello diligencia: de que da muestra un breve que pocos años antes deste tiempo envió el Papa Pasqual á Don Diego Gelmirez obispo de Santiago, cuyo tenor es el que se sigue: «Pasqual obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable Diego obispo de Compostella salud y apos-

tólica bendicion. La iglesia que por voluntad de Dios has recebido para gobernar, mucho ha que aun pareciendo que tenia pastor, carece del consuelo de pastor. Por ende con mayor cuydado debes procurar que todas las cosas en ella se dispongan legalmente conforme á la regla de la Sede Apostólica. Pon en tu iglesia tales cardenales, presbyteros ó diáconos, que puedan dignamente sustentar las cargas cometidas á ellos del gobierno eclesiástico. Allende desto lo que toca á los presbyteros, se encomiende á los presbyteros: lo que es de los diáconos, á los diáconos se encargue, para que ninguno se entremeta en oficio ageno. Si algunos ciertamente antes que fuese recebida la ley Romana, segun la comun costumbre de la tierra, contraxeron matrimonios, los hijos nacidos dellos no los excluimos ni de la dignidad seglar ni de la eclesiástica. Aquello de todo punto es indecente que en vuestra provincia, segun somos informados, moran juntamente los monges y las monjas. Lo qual debe procurar estorbar tu experiencia, para que los que al presente están juntos, sean apartados en moradas muy diversas conforme al juicio de personas religiosas; y para adelante no se use de semejante libertad. Dado en el Laterano año de la Encarnacion del Señor mil y ciento y tres, de nuestro pontificado el quarto.» La ley Romana de que se hace mencion en este breve, segun yo entiendo, era la ley de la continencia impuesta á los del clero. La causa de descomulgar al Emperador en el concilio Remense fué que luego que el Papa Gelasio se salió de Roma, como queda dicho, el Emperador procuró y hizo que en su lugar fuese nombrado por Romano Pontífice el obispo de Braga, llamado Burdino, con nombre de Gregorio Octavo. Principio y ocasion con que por la discordia de dos que se llamaban Pontífices, se alteró la paz de la iglesia en muy mala sazon. Cada qual de los dos pretendia ser el verdadero Papa, y ponia dolo en la eleccion de su contrario, como es ordinario en semejantes casos. Era Burdino natural de Limoges en Francia: vino á España en compañía de Bernardo arzobispo de Toledo, como queda dicho de suso. Despues con ayuda del mismo alcanzó el obispado de Coimbra. En él trocó el nombre de Burdino y se llamó Mauricio; pero no se despojó de sus malas mañas y dañadas costumbres. De Coimbra con la misma ayuda de Bernardo fué promovido al arzobispado de Braga. A

todos estos beneficios no correspondió con el agradecimiento debido; antes con dineros que de todas partes juntó, en que llevaba mas confianza que en la justicia de lo que pretendia, se partió para Roma con intento de alcanzar del Pontífice Pasqual absolviese á Bernardo, y le quitase la dignidad que tenia, con color que por su vejez no era bastante para el gobierno de aquella iglesia, y esto hecho, le pusiese á él en su lugar, y le hiciese arzobispo de Toledo. Acometió el negocio por todos los medios que supo; pero perdida la esperanza que el Pontífice vendria en cosa tan fuera de razon, como era sagaz y doblado acordó tomar otro camino para su acrecentamiento. Supo la discordia y diferencias que tenian el Emperador y el Papa: fuese para el Emperador, y con sus mañas le ganó la voluntad de tal suerte, que con su ayuda se apoderó de la Iglesia de Roma y se hizo falso Pontífice. Hay un breve del Papa Gelasio para Bernardo arzobispo de Toledo, en que le avisa que Burdino por sus excesos fué anathematizado por el Pontífice Pasqual, y le ordena que en su lugar haga poner otro prelado en la iglesia de Braga. Grandes fueron las alteraciones que por causa deste scisma de Burdino se siguieron. Remediólo Dios: que el verdadero Papa usó de diligencia, y el falso Pontífice tres años despues que usurpó aquel apellido, fué en Sutrio preso, y en Roma traido como en triumpho en un camello por las calles y por las plazas; últimamente le desterraron á lo postrero de Italia, y en el destierro murió en el monasterio de la Cava llamado de la Trinidad, en que por sentencia y en pago de sus deméritos le tenian recluso. Este fué el premio de la ambicion de aquel hombre sin mesura: este el fin de grandes movimientos, sospechas y miedos que tenian suspenso y con cuydado á todo el mundo.

Capítulo XII.

De las paces que se asentaron entre Aragon y Castilla.

La eleccion del Papa Calixto dió mucho contento á su sobrino el Rey de Castilla, y para toda España fué muy saludable, ca todos entendian favoreceria sus cosas con muchas

veras, mayormente las de Castilla por el deudo que en ella tenia, donde á la sazon las principales ciudades y castillos mas fuertes se tenian por Aragon con guarniciones que en ellas ponian, sin otro mejor derecho que el que los Reyes suelen poner en las armas y en la fuerza. Los Castellanos comunmente unos por la larga costumbre de servir y obedecer, otros por diversos respetos y obligaciones que tenian á los Aragoneses, poco caso hacian del menoscabo y afrenta de todo el reyno, y muy poco les movia el deseo de la libertad. Era el Rey de Castilla, aunque de pocos años, igual en grandeza de ánimo á qualquiera de sus antepasados: no podia sufrir los agravios que su padrastro le hacia, y la mengua de su reyno. Enviáronse de una parte á otra embaxadas sobre el caso. El de Aragon ni claramente rehusaba de hacer lo que se le pedia, ni venia luego en ello. Solo de dia en dia con varias escusas que alegaba, dilataba la execucion y entretenia á su antenado. Llegóse á los postreros plazos y términos, que fué enviar Reyes de armas para pedir los castillos y plazas; y caso que no se hiciese así, denunciar y romper la guerra á los contrarios. El de Aragon por la continua prosperidad que en sus cosas tenia, y por la pequeña edad de su antenado, hacia poco caso destas amenazas, y parecia estar olvidado de la poca firmeza que tienen las cosas de la tierra. Vinieron á las armas: juntaron grandes huestes por la una y por la otra parte. El Rey de Aragon como se hallaba mas apercebido de todas las cosas necesarias fué el primero que salió en campo: rompió por la parte de Navarra, y entró por los campos de la Rioja: dicen que el que acomete vence. Parecíale otrosí mas á propósito para ganar reputacion y salir con la victoria ofender que defenderse, y forzar á los enemigos en sus mismas tierras á poner á riesgo sus haciendas, sus casas, hijos y mugeres, y todas las demas cosas que suelen estimar los hombres mas que la misma vida. Grandes males y estragos amenazaban á España por qualquiera de las partes que la victoria quedase. Acudieron personas de buena vida, y prelados del uno y del otro reyno: pusiéronse de por medio á mover tratos de paz, bien que poca esperanza tenian de salir con ello por las muchas veces que en balde se intentara. Mas como quier que los corazones de los príncipes están en las manos de Dios, todo sucedió mejor que pen-

saban, porque el Rey de Aragon dió oidos á estas pláticas, y se dexó persuadir de las razones que le pusieron delante. Estas eran que el de Castilla pedia justicia en sus pretensiones: ofrecian tendria al Aragonés en lugar de padre sin le enojar en cosa alguna; por el contrario los Aragoneses no harian bien ni razon, si mas tiempo detuviesen los castillos y ciudades de Castilla, pues la escusa que alegaban de la pequeña edad del Rey, y el derecho que pretendian por el casamiento de Doña Urraca su madre, de todo punto cesaban, pues por una parte aquel matrimonio era ninguno y como tal estaba apartado, y por otra Don Alonso era ya Rey y señor de todo con beneplácito de su madre y voluntad de todo el reyno: que por sola fuerza sin razon ni derecho tener oprimido el reyno ageno, sus amigos y deudos, era cosa de mala sonada, y que no se podria tolerar: finalmente le advirtieron que los sucesos de la guerra suelen ser desgraciados, por lo menos muy dudoso su remate, mayormente que está á cuenta de Dios el amparar la inocencia y la justicia contra los que á tuerto la atropellan. Vinieron pues á concierto: las condiciones fueron que por los Aragoneses quedase todo lo que hay desde Villorado á Calahorra, á que pretendian tener derecho por razones y escrituras que declaraban pertenecia aquella comarca á los Reyes de Navarra: demas desto que en Vizcaya quedase por los mismos lo que se llama Guipúzcoa y Alava, provincias que pocos años antes el Rey Don Alonso el Sexto quitara por fuerza á los Navarros: quanto á las demas ciudades y fuerzas de Castilla acordaron se quitasen las guarniciones que tenian de Aragoneses, y nombradamente de Toledo. Bien entiendo que en todo esto se tuvo respeto á dar contento al Pontífice Calixto; y todavía no sabria determinar á qual destos dos príncipes se deba mayor loa y prez en este caso. Parece que cada qual de los dos se señaló y se la ganó al otro en modestia y en blandura: el Aragonés se mostró muy liberal por dexar lo que tenia, sin embargo de razones aparentes que para continuar no faltaban como es ordinario: el de Castilla se señaló en paciencia y en prudencia mas que llevaba su edad, pues con parte de su reyno quiso comprar la paz tan deseada de todos. Concertadas
1122. estas diferencias, que avino el año de Christo mil y ciento y veinte y dos (si bien algunos añaden á este cuento mas años)

en adelante estos dos Reyes, como si fueran dos hermanos, ó padre y hijo, se mantuvieron en grande concordia, y se gobernaron con gran prudencia: defendieron sus reynos de las tormentas y guerras que amenazaban de diversas partes. Lo primero sin dilacion revolvieron contra los Moros. El de Aragon rompió por aquella parte que bañan y abrazan los rios Cinga y Segre, donde el pueblo de Alcolea, que era vuelto á poder de Moros, se recobró. Pasaron al reyno de Valencia, y de la otra parte del rio Xucar entraron asimismo por la comarca de Murcia. Revolvieron sobre la ciudad de Alcaraz, pero aunque la combatieron, no pudieron salir con ella por la fortaleza de su sitio. De allí pasaron á lo mas adentro de Andalucía, en que los pueblos y ciudades á porfía se les rendian, y se ofrecian á pagar cierto tributo cada un año porque no les talasen los campos, ni les robasen ni quemasen la tierra. Vinieron á batalla con el Rey de Córdoba y otros diez señores Moros, que se dió junto á un pueblo llamado Arenzol el año mil y 1123.
ciento y veinte y tres. La victoria y el campo quedó por los nuestros. Por otra parte el año luego siguiente ganaron por fuerza de los Moros á Medinaceli, villa puesta en un collado empinado en aquella parte por do partian términos la Celtiberia y la Carpetania. Desta manera procedian las cosas de Aragon. El Rey de Castilla con el mismo deseo de hacer mal á los Moros, y huir la ociosidad con que las fuerzas se enflaquecen y marchitan, acometió las tierras de Estremadura. Allí recobró la ciudad de Coria, que despues de la muerte del Rey Don Alonso su abuelo volviera á poder de Moros. Dió el Rey órden y asiento en las cosas de aquella ciudad: Don Bernardo por la autoridad que tenia de primado y legado apostólico, concertó lo que tocaba á la Religion y culto divino. Dende corrieron todas las tierras que se estienden largamente entre los dos rios Guadiana y Tajo, y son parte de la antigua Lusitania. Las talas de los campos y las presas de hombres y ganados fueron muy grandes: con que el exército, alegre por el buen suceso, rico y cargado de despojos, dió la vuelta y se fueron los soldados á descansar á sus casas. Con estos principios ganó el Rey reputacion, y dió bastante prueba de aquellas virtudes, fe, liberalidad, constancia, culto muy puro de la Religion en que apenas tuvo par. Era muy devoto de Bernardo abad á la sazon de Cla-

ravalle, al qual la conocida bondad de su vida y los grandes trabaxos que sufrió por la Religion, puso adelante en el numero de los Santos. Era de nacion Borgoñon, como el Rey lo era de parte de su padre, y asi por su consejo hizo edificar muchos monasterios de Cistercienses, que son casi los mismos que en este tiempo en toda aquella parte de España se veen fundados con magníficos edificios, y heredados de gruesas rentas y posesiones. Contentábanse con poco al principio aquellos religiosos por el menosprecio que profesaban de las cosas humanas: despues en poco tiempo por la ayuda que muchos á porfía les dieron, persuadidos que con esto servian mucho á Dios, juntaron grandes riquezas. Que San Bernardo viniese á España á lo postrero de su vida, se entiende por una carta suya á Pedro abad de Cluñi. Aumentó otrosí el Rey con gran liberalidad los demas templos y monasterios que por todo su señorío estaban fundados, como lo muestran escrituras antiguas y privilegios, que por toda España fielmente se guardan en los archivos antiguos de Santo Domingo de la Calzada, de San Millan de la Cogulla, de San Miguel del Pedroso, de Santo Domingo de Silos: templos en aquella sazon muy célebres por su devocion y por el concurso de la gente que á ellos acudia. Alcanzó del Pontífice su tio que la ciudad de Zamora y su iglesia fuese cathedral. Bernardo arcediano de Toledo, de nacion Francés como arriba queda declarado, fué puesto por prelado el primero en aquella ciudad. Sucedióle Estévan, en cuyo tiempo por dicho de un pastor que tuvo dello revelacion, se descubrió y conoció el lugar en que el cuerpo de San Illefonso arzobispo de Toledo yacía del todo olvidado por la perturbacion de los tiempos. Verdad es que sus palabras por entonces fueron menospreciadas por ser él persona tan baxa; mas en tiempo del Rey Don Alonso Octavo se averiguó la verdad de aquella revelacion, y que el pastor no andaba deslumbrado, quando en tiempo de Don Severo obispo de aquella ciudad la iglesia de San Pedro que se caia y estaba maltratada, se comenzó á reedificar; en cuyos cimientos al abrirlos hallaron un sepulcro de mármol con el nombre de San Illefonso, de que salió un olor de maravillosa fragrancia. Averiguado todo el negocio, los sagrados huesos fueron puestos en una caja junto al mismo altar de San Pedro. La iglesia otrosí de

Santiago á la misma sazon por concesion del mismo Pontífice y á instancia del Rey fué hecha arzobispal ; y para este efecto y para que tuviese mayor autoridad trasladaron á ella los derechos y privilegios de la iglesia de Mérida que estaba todavía en poder de Moros , como consta todo esto por un privilegio que el Rey otorgó en esta razon. Señalaron doce obispos que fuesen sufragáneos del nuevo arzobispo : los de Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad-Rodrigo, Coria , Badajoz , Lugo , Astorga , Orense, Mondoñedo, Tuy, el tiempo adelante añadieron el de Plasencia. El arcediano de Ronda dice que los obispados de Zamora, Avila y Salamanca en tiempo del arzobispo Don Bernardo eran sufragáneos de Toledo, y que al presente los pasaron á Santiago : no sé quanta verdad tenga esto. El nuevo arzobispo Don Diego Gelmirez fué nombrado por legado apostólico en las provincias de Braga y de Mérida , de que hay breve deste Papa en el libro II. de la Historia Compostellana, su data á XXVIII de febrero año M.C.XX. indiccion XIII. año segundo de su pontificado , cosa que sintió mucho el arzobispo de Toledo Don Bernardo : hízole contradiccion , pero salió con el pleyto su contrario , y por el poder que tenia , celebró un concilio en la ciudad de Santiago ; acudieron á su llamado los obispos y abades de las dos provincias Emeritense y Bracarense. Por esta manera y con estos principios se echaban los cimientos de la grandeza que hoy tiene la iglesia de Santiago : en todo esto se tuvo respeto á la grandeza de aquel santuario, y á que Don Ramon de Borgoña padre del Rey y hermano del Pontífice estaba allí sepultado. Sucedió esto por los años del Señor de mil y ciento y veinte y quatro. En el mismo año por 1124.
el mes de diciembre pasó desta vida el mismo Papa Calixto : sucedióle en el pontificado Honorio Segundo deste nombre. El año siguiente hobo guerras civiles en Francia por causa que Alonso conde de Tolosa , primo hermano que era del Rey de Castilla , y su muger la condesa Faydida pretendian tener derecho al condado de la Proenza y apoderarse dél por las armas. El conde de Barcelona defendia con todas sus fuerzas aquel estado como dote que era de Doña Dulce su muger. Resultó que despues de grandes diferencias y debates se vino á concierto : acordaron que Argencia y Belicadro, pueblos sobre que la duda era mayor á qual de las partes pertenecian , y

aquella parte de la Proenza que está entre los rios Druencia y Isara, quedasen por el conde de Tolosa: los demas pueblos y ciudades, y la mayor parte de Aviñon ciudad puesta á la otra parte del rio Rhódano, populosa y rica, se adjudicaron á los condes de Barcelona. Concertaron otrosí que así ellos como sus descendientes á trueco se prohijasen unos á otros para efecto de sucederse caso que alguna de las partes muriese sin dexar hijos.

Capítulo XIII.

De los principios del Reyno de Portugal.

En la parte de España que hoy se llama Portugal, y casi es la misma que la antigua Lusitania, un nuevo reyno se fundaba por estos tiempos en su distrito no muy ancho, en el tiempo el postrero entre los reynos de España, en hazañas y valor muy noble y muy dichoso; pues no solo antiguamente pudo echar de toda aquella tierra los Moros enemigos de Christianos, sino los años adelante en tiempo de nuestros abuelos y de nuestros padres mostraron tanto valor los Portugueses que con increible esfuerzo y buena dicha abrieron camino para pasar á todas las partes del mundo, y sugetar en la Africa y en la Asia muchos Reyes y provincias, y hacellas tributarias á su imperio. La luz de la verdadera Religion y del Evangelio la llevaron y la mostraron entre naciones y gentes muy apartadas y bárbaras: gran gloria de su nacion, y acrecentamiento de la Religion Christiana. Tiéndese la provincia de Portugal largamente por las riberas del mar Océano occidental en lo postrero de España: tiene por sus aledaños á Mediodía y á Setentrion los rios Guadiana y Miño, es larga mas de cien leguas, la anchura es mucho menor, por la parte que se tiende mas, pasa de treinta y cinco leguas, por la que mas se estrecha tiene mas de veinte. Divídese en tres partes, los de aqüende y allende Tajo, y la comarca que está entre Duero y Miño, que es la mas fértil y alegre, do está situada la antigua ciudad de Braga; de la una parte de Tajo está Lisbona, de la otra Ebora, todas tres ciudades arzobispales. El terreno por la mayor parte es estéril y del-

gado, tanto que de ordinario se sustentan de acarreo, ó por la mar. La gente es muy deseosa de honra, y muy valiente entre todas las de España: señalada en la templanza del comer y del vestido, dada á la piedad y á los estudios de sabiduría, de toda humanidad y policía. Una parte pequeña desta provincia, que los Reyes de Castilla tenian ganada de Moros, se dió á Don Enrique de Lorena, como queda dicho de suso, con nombre de conde y en dote con Doña Teresa su muger, que fué hija (bien que fuera de matrimonio) del Rey Don Alonso el Sexto. Sus hijos Don Alonso, Doña Elvira y Doña Sancha. Don Enrique su padre teniendo ya estos hijos, despues de la muerte de Jofre Rey de Jerusalem encendido en deseo de ayudar á Balduino hermano del difunto, que era de su nacion, y aun su deudo como algunos piensan, pasó por mar á la Tierra Santa: consejo y acuerdo, si se miran las razones humanas, ni prudente ni recatado, por dexar á su muger y hijos en peligro, y tener tanto que hacer en su tierra contra los Moros. Su ida no fué de algun efecto notable en Levante: así dió la vuelta á España. Vuelto, trató con el arzobispo de Toledo Don Bernardo, á cuyo cargo por ser primado estaba el estado de las cosas eclesiásticas, que las ciudades de Braga, Coimbra, Viseo, Lamego y Porto, que caian todas en su distrito, volviesen á su antigua dignidad y pusiesen en ellas obispos. La reparacion de Braga y qué ciudades tenia sugetas mejor se entenderá por una bula de Calixto II, cuyo fragmento me pareció engerir en este lugar, que dice asi: « Que la iglesia de Braga haya antiguamente sido insigne en los reynos de España, por muchos títulos de dignidad y gloria esclarecida, así los indicios de su antigua nobleza, como los testimonios de antiguas escrituras lo comprueban, pero porque quiso Dios castigar los pecados del pueblo que en ella vivia, con la entrada de los Moros ó Moabitas, así la dignidad arzobispal fué diminuida, como confundidos los términos de sus parrochias. Mas despues de largos espacios de tiempos la divina Misericordia de nuevo se ha dignado restituir la metrópoli, y librar en gran parte las parrochias de la tyranía de los infieles. Por donde nuestro predecesor de santa memoria el Papa Pasqual la restituyó enteramente en su antigua dignidad, y la tornó á juntar todos sus miembros por el privilegio de la Sede Apostólica. Nosotros pues siguiendo sus pisadas,

hermano carísimo, y coepíscopo nuestro de la iglesia de Braga Pelagio, do por voluntad de Dios presides, por la escritura de este presente privilegio confirmamos la misma ciudad de Braga toda con el coto ó término entero que á la misma iglesia dieron el conde Don Enrique y Doña Teresa su muger, como se contiene en la descripcion del sobredicho señor. Y á la misma metrópoli de Braga restituimos la provincia de Galicia, y en ella las ciudades cathedrales: item Astorga, Lugo, Tuy, Mondoñedo, Orense, Portu, Columbria, y los pueblos que hoy tienen nombre de obispales, que son Viseo, Lamego, Egitania, Britonia con todas sus parrochias.» Hasta aquí son palabras de Calixto. Catorce años antes deste tiempo en que vamos, pasó desta vida Don Enrique en Astorga ciudad de Galicia, donde era ido para sosegar las guerras civiles de Castilla y Aragon. Su cuerpo sepultaron en Braga en una capilla humilde; que la grandeza ó locura de los sepulcros que hoy se usan, y de los gastos intolerables que en esto se hacen, no se habia introducido en aquella edad. La condesa Doña Teresa su muger despues de muerto su marido no tuvo mucha mas cuenta con la honestidad que su hermana Doña Urraca, porque casó con el conde de Trastamara Fernan Paez: casamiento por lo menos humilde, si ya no fué del todo ilícito por ser clandestino. Dicen otrosí que tuvo conversacion con un hermano del mismo llamado Bermudo, y que sin embargo le dió por muger á Doña Elvira su hija, y la otra hija llamada Doña Sancha casó con Fernando de Meneses. Pudo ser que por odio se impusiesen falsamente algunas cosas de las sobredichas contra la honestidad desta señora. La verdad es que Fernan Paez alcanzó mucha cabida con la Condesa, y gobernaba lo mas alto y lo mas baxo, y lo trastocaba todo á su voluntad. El hacia la guerra, él gobernaba en tiempo de paz, sin hacer caso de su antenado. Sufrió él con paciencia este desaguisado y la mengua de su casa por la poca edad que tenia; pero adelante como quier que por el odio y torpeza de su madre se le arrimase mucha gente, determinó de tomar las armas. No se descuydó su padrastro: hicieron levas de gente, diéronse vista y juntáronse los campos. Dióse la batalla en la vega de Santivañez cerca de Guimaranes, que se entiende fué la antigua Araduca, asentada do se juntan los rios Avo y Viscella. Quedó la victoria por

Don Alonso, y con ella hobo en su poder á Fernan Paez y á Doña Teresa su madre. Al padrastro soltó sobre pleytesía que saldria de todo Portugal, á su madre puso en una estrecha prision. Ella embravecida por aquel desacato, envió á convidar y rogar al Rey de Castilla su sobrino la ayudase contra los intentos crueles de su hijo. Prometióle de darle el condado de Portugal, que era muy justo quitar á su hijo por su inobediencia. Condescendió el de Castilla á los ruegos de su tia, sea por compasion y lástima que la tenia, ó con deseo de ensanchar su señorío. Juntó un buen exército con que se metió por las tierras de Portugal: acudió su primo: dióse la batalla, que fué muy herida, en la vega de Valdeves puesta entre Monzon y la puente de Limia. Fueron los Castellanos vencidos, y forzados á retirarse á Leon. El orgullo que por causa desta victoria cobraron los Portugueses, fué tan grande que sin mirar lo de adelante y sin tener cuenta con sus pocas fuerzas se tenian y publicaban por libres y exêmptos del señorío de Castilla. El Rey Don Alonso con deseo de satisfacerse y reprimir la lozanía de los contrarios, juntado que hobo mas fuerzas, revolvió sobre Portugal con mayor furia que antes. Los Portugueses por no tener fuerzas bastantes se encerraron dentro de Guimaranes para con la fortaleza de aquella plaza defenderse del enemigo poderoso y bravo. Pusiéronse los Castellanos sobre ella, determinados de no partirse de allí antes de tomalla y vengar la afrenta pasada. Estaba dentro con el infante, que otros llaman duque de Portugal, Egas Nuñez su ayo, persona de mucha prudencia, y que con su buena crianza cultivó maravillosamente el buen natural de aquel príncipe, y fué causa que sus buenas inclinaciones se mejorasen y diesen el fruto de virtudes aventajadas. Este caballero, habida licencia, salió á verse y hablar con el Rey: díjole tales razones, que le ablandó y inclinó á que se hiciesen paces. Las condiciones fueron las que el mismo Egas quiso otorgar: con tanto se alzó el cerco. Añaden los historiadores de Portugal, á cuya cuenta se pongan estas cosas, que pasados algunos años como Don Alonso el de Portugal mostrase estar olvidado y no querer cumplir lo que su ayo en su nombre asentara, que se partió para Toledo, y llegado á la presencia del Rey, con un dogal al cuello se le presentó delante. Díxole: tomad señor con mi muerte emienda de

la palabra y homenage que contra mi voluntad os han quebrantado. Reparó el Rey con espectáculo tan extraordinario: movióse á misericordia por las lágrimas y aquel trage de persona tan venerable: perdonóle lo hecho, dado que no le quiso honrar, por sospechar algunos que debaxo de aquella apariencia podia haber algun trato doble y engaño.

Capitulo XIV.

De las guerras que el Rey de Castilla hizo contra los Moros.

Este fué el fin que tuvo por entonces la guerra de Portugal: los que tienen mayor cuydado en rastrear y ajustar los tiempos, piensan que concurrió con el año de nuestra salvacion de
1126. mil y ciento y veinte y seis, en el qual año la Reyna Doña Urraca y el arzobispo de Toledo Don Bernardo fallecieron casi en un mismo tiempo. La Reyna en el castillo de Saldaña ó en Leon (como antes se dixo) reventó en la iglesia de San Isidro. Concuerdan las historias en el dia de su muerte, que fué á siete de marzo: la historia Compostellana dice á diez sexto de los idus, y que finó en tierra de Campos. Su cuerpo sepultaron magníficamente en Leon. Don Bernardo (como se saca de diversos papeles de la iglesia de Toledo, si bien señalan un año antes deste) falleció en Toledo á los tres de abril cargado de años y de edad, asaz esclarecido por las cosas que hizo y por él pasaron. Sepultáronle en la misma ciudad en la iglesia mayor con una letra, conforme al tiempo algo grosera, que comenzaba por estas palabras:

PRIMERO FERNANDO FUE AQUI PRIMADO VENERANDO.

Verdad es que el arcediano de Alcor dice que está enterrado en el monasterio de Sahagun juntó al lucillo del Rey D. Alonso el Sexto. Fué arzobispo por espacio de quarenta años. Doce años antes que falleciese (los Anales de Sevilla dicen ocho) con sus gentes y á sus expensas ganó de Moros la villa de Alcalá, en aquella sazon puesta de la otra parte del rio de Henares en un recuesto áspero que se levanta sobre la misma ribera. Los



BERENGUELA

esposa de Alfonso VII digna de ser reyna.

T. II. p. 437.

Esplugas d. J. Amills

reales del arzobispo se asentaron en un collado mas alto y como padrastro, que al presente se llama de la Vera Cruz. Desde allí los fieles apretaron á los Moros, y los trabaxaron de tal guisa que fueron forzados á desamparar el lugar, magüer que era muy fuerte. Por esta causa desde aquel tiempo quedó quanto á lo temporal y espiritual por los arzobispos de Toledo. Sucedió á Don Bernardo Don Raymundo ó Ramon obispo á la sazon de Osma: vinieron en su eleccion primero el clero de Toledo que la votó, despues el Papa Honorio; en cuyo tiempo los obispos, abades y señores del reyno se juntaron en Palencia, y con ellos el nuevo prelado de Toledo, que se llamaba primado y aun legado de la Sede Apostólica, segun que se halla en la Historia Compostellana: debió de ser de solo nombre, porque el que presidió, y por cuya autoridad se juntó este concilio, fué Don Diego Gelmirez arzobispo de Santiago por título de legado, ca la legacía que tuvo Don Bernardo, como lo nota el arcediano de Ronda, no se dió á su sucesor, sino á este Don Diego Gelmirez, y despues dél á Juan arzobispo de Braga, el qual muerto, dice no se dió á otro ninguno. En Palencia se hallaron presentes el Rey y la Reyna. Abrióse el concilio al principio de la quaresma del año mil y ciento y veinte y 1129.
nueve. En él demas de otras cosas hallo que se establecieron dos muy notables: la primera que no se recibiesen ofrendas ni diezmos de los descomulgados: la segunda que no se diesen las iglesias á los legos quier fuese con color de prestimonio, quier de vilicacion; de donde se puede entender el principio y orígen que los beneficios llamados préstamos tuvieron en España, que eran como mayordomos de las iglesias. Expidió eso mismo el Rey un privilegio, en que á exemplo de su tio el Pontífice Calixto dice que traslada de Mérida luego que fuere recobrada de los Moros, los derechos Reales á la ciudad de Santiago. Poco despues el cardenal Humberto que vino á España por legado, juntó en Leon otro concilio de obispos para tratar del matrimonio del Rey, que algunos pretendian era inválido. Casóse el Rey Don Alonso el segundo año despues de la muerte de su madre con Doña Berenguela hija de Ramon Berenguel conde de Barcelona. Celebráronse las bodas en Saldaña por el mes de noviembre: tuvo en ella los años siguientes á sus hijos Don Sancho, Don Fernando, Doña Isabel y Doña Sancha. Consta-

ba que Doña Berenguela tenia deudo con su marido por la línea de los Reyes de Castilla, y asimismo por la de los Condes de Barcelona. Tratóse el negocio, y hiciéron se los autos acostumbrados: venidos á sentencia, los obispos pronunciaron que aquel parentesco no era en alguno de los grados prohibidos por la Iglesia y por derecho. El Emperador Don Alonso era bisnieto de Don Fernando Rey de Castilla. Doña Berenguela tercera nieta de su hermano Don Ramiro Rey de Aragon por via de su hija Doña Teresa, que casó en la Proenza, y fué madre del conde Gilberto, padre de Doña Dulce, que casó con Ramon Berenguel conde de Barcelona ya dicho. Conforme á esto el deudo era en quarto y quinto grado, y no mas. Concluido este pleyto, las fuerzas del reyno se enderezaron contra Moros. Hizo el Rey entrada en las tierras de los infieles por la parte del reyno de Toledo. Púsose sobre Calatrava, cuyos moradores hacian grandes daños en los campos comarcanos: apretóse el cerco, que fué largo; en fin se ganó, y el Rey la entregó al arzobispo de Toledo para que fuese señor della y la tuviese á su cargo. El crédito y fama de los caballeros Templarios, de su valor y esfuerzo, no tenia par: por esta causa el arzobispo les entregó aquella plaza. Así lo afirman los mas autores, puesto que algunos piensan que estos caballeros no fueron los Templarios, sino otros que, tomada la señal de la Cruz á imitacion de la guerra que se hacia en la Tierra Santa, seguian á sus expensas los Reales de los Christianos con celo de hacer daño á los Moros, y intento de ganar la indulgençia á los tales concedida por los Papas. Ganáronse desta vez por aquella comarca Alarcos, Caracuel, que Antonino en su itinerario llama Carcuvio, Mestanza, Alcuuia, Almodovar del Campo, y en la misma Sierramorena ganaron el lugar de Pedroche. Lo demas parecia seria fácil de conquistar por el gran miedo que se apoderara de aquella gente infiel; pero la sazon del tiempo que era tarde, reprimió los intentos del Rey. Pasado el invierno, sacó las gentes de sus aloxamientos: con que por los desiertos de Cazlona, que es parte de Sierramorena, rompió por el Andalucía talando, saqueando y robando por todas las partes. Cercaron á Jaen, mas no la pudieron tomar: dado que por todo el tiempo del invierno estuvieron sobre aquella ciudad, la fortaleza de los muros y esfuerzo de los

cercados hizo que no se pudiese entrar. Tenia por aquella sazon el imperio de los Almoravides en Africa y en España Albohali hijo de Hali nieto de Juzeph, Príncipe de menor poder y fuerzas que sus antepasados por causa de las guerras civiles que andaban encendidas entre los Moros. Era esta buena ocasion para dañarle y hacerle guerra. El suegro del Rey Don Alonso Conde de Barcelona falleció el año mil y ciento y treinta y uno; 1131.
dexó por señor de Barcelona y de Carcasona y de Rodes, ciudades de Francia que eran de su señorío, á su hijo mayor Don Ramon. A Don Berenguel su hijo segundo mandó los condados de la Proenza y de Aymillan. Doña Cecilia su hija casó con Don Bernardo conde de Fox: con Aymerico conde de Narbona casó otra su hija, cuyo nombre no se sabe. Las demas hijas que tenia, quedaron encomendadas á Don Berenguel su hermano, que casaron en Francia con otros grandes personages. El año que se siguió, no tuvo cosa que de contar sea, salvo que el Rey Don Alonso volvió de la guerra de Andalucía, alzado el cerco de Jaen; y Don Sancho hijo del Rey fué armado caballero el mismo dia del apóstol San Mathia en Valladolid con la ceremonia muy solemne que en aquellos tiempos se acostumbraba. Su mismo padre le armó de todas armas, y le ciñó la espada, que era muestra de darle por mayor de edad y emanciparle: servia otrosí de espuelas para que con grande ánimo remedase las virtudes y valor de sus antepasados, y á su exemplo pretendiese ganar honra, prez y renombre inmortal en servicio de Dios y de su patria.

Capítulo XV.

Como Don Alonso Rey de Aragon fué muerto.

Este era el estado de las cosas en Castilla y en Portugal. En Aragon como habian comenzado, tenian buen progreso. Los pueblos y castillos cercanos de los Moros se ganaban, y el señorío de aquella gente infiel iba cuesta abaxo. Toda la Celtiberia quedó por los nuestros: asimismo Molina en la misma comarca, que ya era tributaria á los Christianos, fué forzada á rendirse. A la ciudad de Pamplona se añadió el arrabal lla-

mado de San Saturnino, en que pusieron Franceses, con derecho que se les dió de naturales y ciudadanos. Concedióseles otrosí que tuviesen por leyes el fuero de Jaca, y conforme á él en particular y en comun se gobernasen y sentenciasen los pleytos. Estaban los Moros muy estendidos y enseñoreados de las riberas del mar por la parte que en ella desagua el rio Ebro: desde allí hacian daño con correrías y cabalgadas en los pueblos y campos comarcanos. Para reprimillos tenian necesidad de flota, y asi el Rey mandó hacer muchas barcas y baxeles en Zaragoza; y consta que antiguamente en el imperio de Vespasiano y de sus hijos, reparadas y enderezadas y acanaladas las riberas de Ebro, se navegaba aquel rio hasta un pueblo llamado Vario, que demarcan no lexos de do al presente está la ciudad de Logroño, sesenta y cinco leguas de la mar: grande comodidad para los tratos y comercio. Mequinencia, que se entiende es la que César llamó Octogesa, pueblo fuerte por su sitio y por las murallas, está asentado en la parte en que los rios Cinga y Segre se juntan en una madre. Deste pueblo al presente se apoderó el Rey de Aragon, echada dél la guarnicion de Moros que dentro tenia. Toda esta prosperidad y alegría se trocó en lloro y se añubló por una desgracia, que sucedió sin pensar muy grande. Es asi que de ordinario las cosas de la tierra tienen poca firmeza, y el alegría muchas veces se nos agua, porque de la prosperidad unos toman ocasion de descuydarse, otros de atreverse demasiado: lo uno y lo otro hace que se trueque la buena andanza en contrario. El caso pasó desta manera: Fraga pueblo de los Ilergetes (á la qual Ptolemeo llama Gallica Flavia), mas conocido por el desastre desta guerra, que por otra cosa alguna que en él haya, está asentado en un altozano y monte de tierra, que por delante, comido con las corrientes y crecientes del rio Cinga, hace que la entrada sea áspera de guisa que pocos se la pueden á muchos defender. Por las espaldas se levantan unos collados no ásperos, y todos cultivados; pero tan pegados con el pueblo, que impiden no se pueda batir con los ingenios ni aprovecharse de la artillería. El Rey despues que tomó á Mequinencia, animado con aquel suceso, con intento de pasar adelante en sus conquistas, se metió por la tierra de los Ilergetes el rio de Segre arriba, en que entra el rio Cinga: que-

daba por aquellas partes lo mas dificultoso de la guerra, por ser los pueblos muy fuertes, y porque los Moros en gran número se retiraran á aquellos lugares para salvarse. Los Reyes de Lérida y de Fraga con tan gran concurso de gente cobraron por esta causa muchas fuerzas, y comenzaban á poner espanto á los Christianos. Los reales del Rey se asentaron sobre Fraga el mes de agosto del año de Christo de mil y ciento 1133.
y treinta y tres. La esperanza y aparato fué mayor que el provecho: el tiempo del año, que comenzaba el invierno, y por tanto las ordinarias lluvias forzaron á despedir el exército, y envialle á invernar con órden que de nuevo se juntasen al principio del verano. Volvieron al cerco por el mes de febrero, no con menor esfuerzo ni con menor exército que antes. Gastáronse en él los meses de marzo y abril sin hacer efecto que de contar sea, por estar los moradores apercebidos de todas las cosas, almacen y municiones contra la tempestad que les amenazaba: y con la esperanza que tenian de ser socorridos, llevaban en paciencia los daños de la guerra y los trabaxos del cerco. Abengamia Rey de Lérida con gentes que juntó de todas partes, vino al socorro de los cercados. Dióse la batalla cerca de Fraga el dia de las Santas Justa y Rufina. Los fieles se hallaban cansados con la guerra, y eran en pequeño número por quedar buena parte en guarda de los reales, ca temian no fuesen de los de dentro acometidos por las espaldas: los Moros entraban en la pelea de refresco y muy feroces. Perecieron muchos Christianos en aquella batalla. Esta pérdida no fué parte paraque el cerco se alzase á causa que el daño de los Moros no fué mucho menor. El Rey todavía temeroso de mayor peligro, se partió á la raya de Castilla para juntar nuevas gentes en Soria y su comarca. Con esta traza y socorro corrió los campos de los enemigos sin parar hasta dar vista á Monzon. Iba en pos de los demas no muy lexos el mismo Rey con una compañía de trecientos de á caballo. Este esquadron encontró acaso con un gran número de la caballería enemiga que le rodeó por todas partes. El Rey visto el peligro en que se hallaba, con pocas palabras que dixo animó á los suyos á hacer el deber: «Que se acordasen que eran Christianos, y con su acostumbrado esfuerzo acometiesen á los enemigos. Que el atrevimiento les serviria de repa-

ro, y en el miedo estaria su perdicion. Con el hierro (dice) y con la fortaleza saldréis deste aprieto, no pongais en al vuestra esperanza, y si á vuestra valentía la fortuna no ayudare y Dios que lo puede todo, y acorre á los suyos en semejantes aprietos, procurad á lo menos de vender caras vuestras vidas, y no hagais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama; antes con las armas en las manos y con el esfuerzo que conviene, morid como buenos si fuere necesario.» Vínose luego á las manos. Los fieles conforme el aprieto en que estaban, peleaban valientemente. El Rey andaba entre los primeros. Señalábase por su esfuerzo, por la sobreveste y lucidas armas que llevaba: asi los golpes y tiros de los Moros se enderezaban contra él. Diéronle tanta priesa, que en fin le mataron. Los demas, perdido su caudillo, parte como buenos murieron en la demanda, parte se salvaron por los pies. Desta manera pasó aquel encuentro tan desgraciado, si bien de la muerte del Rey se levantaron despues diversos rumores. El vulgo en casos semejantes suele trovar y inventar varias consejas: los unos de buena gana creen lo que desean: los otros á lo que oyen añaden siempre algo para que las nuevas sean mas alegres ó menos pesadas. Algunos decian que cansado de vivir, perdida aquella batalla, se fué á Jerusalem: otros escribieron que el cuerpo comprado por dineros fué sepultado en el monasterio de Montaragon. El mas acertado parecer, que cayó en aquel desastre por poner las manos con codicia en los tesoros de las iglesias, dado que el arzobispo Don Rodrigo y las historias de Aragon alaban á este Rey de religioso, pio y manso. Lo que yo entiendo y tiene mas probabilidad, es que su cuerpo no se pudo hallar por ser grande el número de los muertos, y que esta fué la causa de las varias opiniones que resultaron. Lo cierto que aquella desgracia sucedió cerca del lugar de Sariñena, á siete de setiembre del año que se contó
1134. mil y ciento y treinta y quatro. Fué este Príncipe gran capitan, en ánimo, valor, fortaleza sin par, gran gloria y honra de España. Trabó batalla con sus enemigos por veinte y nueve veces, como lo afirma un autor antiguo, y las mas salió vencedor: reynó por espacio de treinta años. Otorgó su testamento tres años antes de su muerte en sazon que tenia sitio sobre Bayona de Francia, que dicen nuestras historias la tomó, y que

en aquel cerco el Conde Don Pedro de Lara hizo campo con Alonso Jordan Conde de Tolosa, y que el de Lara quedó allí muerto. Aquel testamento fué muy notable, y que dió mucho que decir, y aun ocasion á muchas revueltas y debates. Hizo en él mandas de muchos pueblos y castillos á los templos y monasterios de casi toda España: porque no tenia hijos dexó por herederos de todos sus estados á los Templarios y á los Hospitalarios, y tambien á los que guardaban el santo sepulcro de Jerusalem, para que aquellas tres órdenes de caballería los repartiesen entre sí: exemplo de liberalidad murmurada mucho de los presentes, y de que no menos se maravillaron los de adelante. Era tan grande el deseo que todos tenian de ayudar á la guerra que se hacia en la Tierra Santa para que se conservarse y aumentase lo ganado, que á porfía varones y mugeres, príncipes y particulares, daban para este efecto pueblos, castillos, heredades. Remata el dicho testamento con graves maldiciones que echa contra los que intentasen innovar algo en lo que dexaba mandado; pero sin embargo los Aragoneses y Navarros se juntaron en Borgia, puesta á la raya de Navarra, para nombrar Rey. Era señor de aquella ciudad por merced del Rey muerto Don Pedro de Atarés, varon muy ilustre, y como algunos sospechan mas que prueban, descendia de la casa Real. Sus partes sin duda eran muy aventajadas, y muy grande la voluntad que el pueblo le tenia. Parecia que sin contradiccion le alzarian por Rey, y fuera asi sino se desabriera, con la soberbia y arrogancia de que comenzó á usar, gran parte de los señores y ricos hombres: el apresurarse es á muchos ocasion de perder lo que tenian en la mano. Los varones prudentes consideraban qual seria hecho Rey, el que siendo particular, era intolerable. Atizaba á los demas en esta razon un hombre muy noble y de grande ingenio por nombre Pedro Tizon, cuya autoridad y consejos como siguiesen los otros, y en este parecer se conformasen, sin concluir se partieron de las córtes. Los Navarros aborrecian el señorío de los Aragoneses, y juzgaban que siempre á los despojados fué lícito recobrar de los tyranos ó de sus sucesores lo que injustamente les tomaron. Por esto hicieron sus juntas á parte, y á persuasion de Sancho Rosa, obispo de Pamplona, alzaron por su Rey á Don García que venia de sus antiguos Reyes, ca era hijo

de Don Ramiro, nieto del Rey Don Sancho, que diximos fué muerto por su hermano Don Ramon: asi por voto comun de la gente fué nombrado por Rey en Pamplona. Al contrario los Aragoneses en Monzon do se juntaron, declararon por Rey á Don Ramiro hermano del Rey muerto, aunque monge, y de abad de Sahagun electo obispo primero de Burgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro: la corona que le dieron en Huesca, juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura Real: cosa en todo tiempo de grande maravilla. Conformáronse en este acuerdo (á lo que sospecho) por no poderlo escusar, no solo por ser el mas cercano en deudo á que el pueblo se inclinaba, sino por evitar la guerra que amenazaba, si contrastaran al que desque supo la muerte de su hermano, se llamó luego Rey. Hay escritura y instrumento original en que se halla que luego por el mes de octubre, se llama Rey y sacerdote, su data en Barbastro. No pararon en esto las aficiones del pueblo: magüer que era de mucha edad, tanto que mas de quarenta años eran pasados despues que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le forzaron para tener sucesion á casarse con dispensacion (1) (como se debe creer y lo dicen autores) del Romano Pontífice Inocencio II. De donde resultó otra maravilla, ser uno mismo monge, sacerdote, obispo, casado y Rey. Casó con Doña Inés hermana de Guillen, Conde de Potiers y de Guiena, el qual dos años adelante murió en Santiago de Galicia, do vino por su devocion en romería. Su hija mayor por nombre Leonor casó por mandado de su padre con Luis Rey de Francia, llamado el mas mozo. Desta señora despues de tener dos hijas, se apartó por decreto del Papa Eugenio III, á causa que eran parientes. Hecho este divorcio, casó de nuevo el francés con Doña Isabel, hija de Don Alonso el Seteno, Emperador y Rey de Castilla. Doña Leonor casó con Enrique, Duque de Anjou y Normandía, que adelante fué Rey de Ingalaterra, y juntó lo de Potiers y Guiena ó Aquitania con aquel reyno: ocasion de que resultaron largas y crueles guerras que se hicieron aquellas dos naciones para toda la Francia perjudiciales, feas y malas para toda la Christiandad.

(1) Adic. de Sig. Palud Zurita lib. 1. c. 53.

Capítulo XVI.

De nuevas guerras que hobo en España entre los Principes Christianos.

Por la eleccion de los Reyes Don García y Don Ramiro resultaron grandes alteraciones: levantóse cruel tormenta de guerras, y los reynos de Navarra y Aragon, como la nave en el mar alterado, quando mayor necesidad tenian de piloto y gobernalle, entonces se hallaban mas desamparados y faltos de toda ayuda á causa de las pocas fuerzas que tenia Don García, y por la mucha edad y vejez de Don Ramiro. El Rey de Castilla pretendia y publicaba que el uno y el otro reyno pertenecian á su corona. El derecho que para esto alegaba, se tomaba de su tercer abuelo Don Sancho Rey de Navarra por sobrenombre el Mayor: pretension no muy fuera de camino, que las órdenes militares, á las quales Don Alonso Rey de Aragon nombró por sus herederos, de todos eran excluidas, pues no era razon ni conforme á las leyes que alguno subiese á la cumbre del reyno, que no fuese de la alcuña y sangre de los Reyes antiguos. Estas razones y otras semejantes ventilaban los legistas en sus rincones y por las plazas: los mejores y mas fuertes derechos de reynar, que son de ordinario las fuerzas y poder, estaban claramente por el de Castilla, sin que le faltasen aficionados en el un reyno y en el otro en tiempo tan revuelto y tanta diversidad de pareceres. Pues porque no pareciese faltaba á la ocasion, con todas sus gentes rompió por la Rioja, y por aquella parte se apoderó de las plazas y castillos que Don Alonso su padrastro desde Villorado hasta Calahorra, primero por fuerza y despues por virtud del asiento que últimamente tomaron, le tenia usurpados: estos fueron las ciudades de Nájara y Logroño, Arnedo y Viguera sin otros lugares de menor quantía. Demas desto en Vizcaya, y en aquella parte que se llama Alava, puso sitio sobre Victoria, que la defendieron valientemente los naturales de manera que no la pudo entrar, si bien al rededor della se

apoderó de otros pueblos: con esto el rio Ebro quedó desta vez por raya entre los dos reynos de Castilla y de Navarra. Grande era la alteracion de las cosas: muchos asi señores seglares como obispos seguian el campo del Rey, en este número se contaban Bernardo obispo de Sigüenza, Sancho de Nájara, Beltran de Osma. Ayudaban otrosí con sus gentes Don Ramon Conde de Barcelona, Armengol Conde de Urgel, Alonso Jordan de Tolosa, Rogerio de Fox, Miró de Pallas sin otro gran número de señores estraños, que todos estaban á su devocion. Con tantas ayudas que de todas partes acudian, el Rey, concluido lo de la Rioja y Vizcaya, revolvió luego sobre Aragon con tanto denuedo y presteza, que el próximo mes de diciembre estaba apoderado de todo lo que de aquel reyno está desta parte de Ebro. El Rey Don Ramiro no se hallaba apercebido para contrastar á tan grande poder, y no menos se recelaba de sus pocas fuerzas que de las voluntades de algunos de sus vasallos. Acordó retirarse á lo de Sobrarve para con la fragura y maleza de aquellos lugares entretenerse y esperar mejores temporales, ó que se viniese á concierto, á que él mucho se inclinaba, á tal que fuese honesto y tolerable. Andaba de por medio para concertar estas diferencias Oldegario arzobispo de Tarragona, persona de grandes prendas y mucha autoridad. El trabaxo era grande, pequeña la esperanza de hacer efecto por las grandes dificultades que se ofrecian, y la mayor, que ninguno se contentaba con la parte por la codicia y esperanza que tenia de salir con el todo. El de Navarra resuelto de concertarse y tomar algun asiento por lo que le tocaba, sobre seguro vino á Castilla. En una junta y córtes muy grandes que se tuvieron en la ciudad de Leon, se hallaron presentes el Rey Don Alonso de Castilla; Doña Berenguela su muger, y Doña Sancha su hermana, y el mismo Don García Rey de Navarra sin otros grandes señores y personas de cuenta. En estas córtes se acordó que el de Castilla tomase título y armas de Emperador. Parecíales, pues tenia por sugetos y feudatarios los Aragoneses, los Navarros, los Catalanes con parte de la Francia, que bien le quadraba aquella corona y magestad. Coronóle el arzobispo de Toledo. Tenia á manderecha al Rey de Navarra y al otro lado el obispo de Leon llamado Arriano. Dió su consentimiento el Papa segun que lo

testifican nuestras historias, es á saber Inocencio Segundo, que en aquella sazon tenia el gobierno de la iglesia, dado que ápenas se puede creer quisiese hacer tan grande befa á Alemaña; si ya no fué que con nombrar nuevo Emperador en España quiso castigar y satisfacerse de las insolencias y desacatos muy grandes y ordinarios de aquellos Emperadores. Hízose este auto tan solemne en Santa María de Leon el mismo dia de la Pascua de Espíritu Santo del año de mil y ciento y treinta y 1135.
cinco, como lo testifica un escritor de aquel tiempo, y se entiende por los actos de aquellas córtes. Despues desto el nuevo Emperador se tornó á coronar en Toledo, bien que no se sabe en que dia ni año. Destas dos coronaciones resultó á lo que se entiende, la diversidad de opiniones, y que unos escribiesen que se coronó en Toledo, otros que en Leon. En los archivos de Toledo hay un privilegio que concedió el Rey Don Alonso á esta ciudad: allí dice que tomó la primera corona del imperio en Leon: palabras de que con razon se saca que á imitacion de los Emperadores de Alemaña, que se coronan por tres veces, quiso el nuevo Emperador coronarse primera y segunda vez en diversas partes. Autor de aquel tiempo dice que se coronó tres veces, la primera en Toledo dia de Navidad, la segunda en Leon, y que la corona de oro la tomó en Compostella: todo á imitacion de los Emperadores de Alemaña. Lo cierto es que si bien algunos otros Reyes de España acometieron antes deste tiempo á tomar apellido de Emperador, este príncipe entre todos ellos conserva este sobrenombre, que vulgarmente le llamamos Don Alonso el Emperador. Asimismo se tiene por cosa averiguada que la ciudad de Toledo desde este tiempo comenzó á usar de las armas que hoy tiene, que es un Emperador asentado en su trono con vestidura rozagante, el globo del mundo en la mano siniestra, y en la derecha una espada desnuda. Antes desto tenia dos estrellas por armas, y despues un leon rampante. Comenzóse otrosí á llamar ciudad imperial, como se tiene comunmente por tradicion, demas que del Rey Don Juan el Segundo hay una escritura ó cédula Real en que le da ese apellido. San Bernardo en una carta que escribe á la infanta Doña Sancha, la llama hermana del Emperador de España. Fué esta señora muy pia: murió sin casarse, llamábase Reyna porque su hermano le dió este apellido desde el princi-

pio de su reynado. Demas desto Pedro Abad Cluniacense (1) en una carta que escribe al mismo Papa Inocencio Segundo, usa deste principio: «El Emperador de España, gran Príncipe del pueblo Christiano, devoto hijo de vuestra magestad, etc.» Ruégale en aquella carta venga en que el obispo de Salamanca se traslade á Santiago de Galicia, y que condescienda en esto con el deseo del clero y pueblo de aquella ciudad que lo pedia. Este obispo era Berengario, que quatro años adelante por muerte de Don Diego Gelmirez fué elegido en segundo arzobispo de la iglesia de Santiago. Volvamos al Emperador. Luego que tomó aquel título, nombró á sus hijos por Reyes, á Don Sancho el hijo mayor señaló el reyno de Castilla, y á Don Fernando el menor el de Leon, con que dexó divididos sus estados: resolucion poco acertada, que siempre se tachará, y sin embargo se usará muchas veces por tener los padres mas cuenta con la comodidad de sus hijos que del bien comun. No se descuydaban los prelados y señores que tomaran la mano en concertar las diferencias susodichas, de apretar y llevar adelante estas práticas. Lo de Aragon aun no estaba sazonado: concertaron despues de mucho trabaxo que los Reyes Don Alonso y Don García se juntasen de nuevo para tratar de sus haciendas en el lugar de Paradilla puesto á la ribera del rio Ebro. Allí se vieron el dia señalado, que fué á veinte y siete de setiembre. Hallóse presente la Reyna Doña Berenguela ya Emperatriz. Concertóse la paz con esta condicion: Que por Don García quedase el reyno de Navarra, y demas dél todo lo que el Emperador tenia conquistado del reyno de Aragon, á tal que tuviese todo su estado como feudatario y moviente de Castilla. Demas desto se asentó que los dos juntasen sus fuerzas contra Don Ramiro para quitalle el reyno que tenia á tuerto usurpado como ellos decian. Con este concierto los Aragoneses y Navarros quedaron revueltos entre sí, y se hicieron graves daños. Acudieron á atajar estas diferencias los señores y obispos de aquellas dos naciones. Acordaron se nombrasen tres jueces por cada una de las partes para componer estos debates. Juntáronse en una aldea llamada Vadoluengo por Aragon Don Caxal, y Ferriz de Huesca, y Don Pedro de Atarés; por Navarra

(1) Lib. 5. Epist. 8.

Don Ladron, Don Guillen Aznar y Don Ximeno Aznar. Concertaron que se dexasen las armas: que los términos de Aragon y Navarra fuesen los mismos que el Rey Don Sancho el mayor dexó señalados, es á saber los rios Sarazaso, Ida y Aragon hasta que mezclan sus aguas con las de Ebro. Lo de Valderroncal y Biozal con otros lugares comarcanos, dado que caian en la parte que adjudicaban á los Aragoneses, quedaron en poder de Don García por todo el tiempo de su vida, que tendria empero todo su reyno y estado como sugeto y feudatario de Aragon, que era lo mismo que tenia concertado y prometido al de Castilla: tan poca firmeza tenia lo que por estos tiempos se concertaba. Para que todo esto fuese mas firme, se juntaron los dos Reyes en Pamplona. Con esto parecia que las cosas se encaminarian como se deseaba, quando un caso no pensado lo desbarató todo. Iñigo Ayvar quier por ser asi verdad, quier porque le pesaba de las paces, avisó al Rey Don Ramiro que los Navarros trataban de secreto de matalle. Como el Rey diese crédito al reporte, disfrazado y de noche se salió de Pamplona sin parar hasta llegar al monasterio de San Salvador de Leyre: de allí se partió mas ofendido que vino, y quitada (mal pecado) toda esperanza de concierto, de nuevo volvieron á rompimiento. Don Ramiro por su edad no solo de los Príncipes sino tambien del pueblo parece era menospreciado, en tanto grado que vulgarmente le llamaban el Rey Cogulla, y le ponian otros nombres de desprecio. Es el vulgo una bestia indómita, y que ni con beneficios ni por miedo enfrena las lenguas. A exemplo pues de Periandro tyrano de Corintho, y de Tarquinio último Rey de los Romanos, se dice acometió una hazaña digna de memoria para la posteridad, pero cruel y fea para una persona consagrada. Llamó á córtes los grandes del reyno para Huesca el año mil y ciento y treinta y seis: la voz 1136.
era que queria allí tratar negocios muy graves. Acudieron á su llamado muchos, de los quales hizo luego matar quince señores que parecian serle mas contrarios, los cinco de la casa de Luna, los demas de la principal nobleza del reyno, cuyos nombres no me pareció era necesario relatarlos en particular. El Abad del monasterio de Tomer con quien comunicó todo esto, refieren le dió este consejo, ca preguntado por los embaxadores que el Rey le despachó en esta razon, lo que debia

hacer en tan grande revuelta como la en que las cosas andaban, en presencia dellos con una hoz derribó lo mas alto de las coles que en su huerta plantara, sin dar otra respuesta mas que esta, que fué avisalle de lo que hizo. Lo que se dice de Don Ramiro y de su atamiento y poca maña, no parece creible: que era tan para poco y de tan poca habilidad que en la guerra por llevar el escudo embrazado en la izquierda y en la derecha la lanza regia el caballo y las riendas con los dientes: parece fábula sin propósito. Lo que consta es que fué tenido por hombre poco á propósito para el gobierno, y de menos valor que pedia peso tan grande; de que se tomó ocasion para tramar estas consejas. Por conclusion como ni á sí mismo satisfaciese ni á los otros, enfadado del gobierno, determinado de dexarle porque ya tenia una hija que se llamó Doña Petronilla en aquellas córtes de Huesca dió intencion de lo que pretendia hacer, y amonestó á los presentes que pospuesto todo lo al, debian con mucha instancia procurar la amistad del Emperador Don Alonso, sin hacer mencion alguna de vengar las injurias de los Navarros, quier fuese por deseo de la paz, quier por haberse ellos purgado bastantemente de lo que les levantaron, haber puesto asechanzas á su vida. Don Ramon Conde de Barcelona fué el que principalmente se puso de por medio para concertar las diferencias entre Castilla y Aragon, como persona que tenia grandes alianzas con el un Príncipe y con el otro, demas que le dieron intencion por medio de Don Caxal hombre principal de casarle con la infanta Doña Petronilla, y hacerle Rey de Aragon. A la ribera de Ebro tres leguas arriba de Zaragoza está Alagon: este pueblo señalaron para que los dos Reyes se viesen; acudieron el dia señalado, que fué á veinte y quatro del mes de agosto. Acordóse que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon: Quedaron por Castilla Calatayud y Alagon con los demas pueblos que están desta parte de Ebro. Para mayor seguridad deste concierto el Rey Don Ramiro dió su hija en rehenes, dado que no se pudo alcanzar casase con Don Sancho hijo mayor del Emperador por estar prometida al Conde de Barcelona, que les venia mas á cuenta por ser gran Señor y caerles lo de Cataluña muy cerca: además que se entendia alcanzaria del Emperador todo lo que quisiese, por el estrecho deudo y amistad que con él te-

nia. En todo esto no solo no se hizo caso de la confederacion que por entrambas partes tenian puesta con el Rey de Navarra, antes uno de los principales capítulos desta nueva avenencia fué que juntarian las armas de Castilla y Aragon para hacer la guerra al Navarro, mas él avisado de lo que pasaba, se apercebia de todo lo necesario: príncipe de gran corazon y brio, pues contra las armas de los dos Reyes tan poderosos se atrevió no solo á mantenerse en su reyno, sino á procurar de ensanchallo. Casó con Doña Mergelina ó Margarita, hija de Rotron Conde de Alperche, y con ella hubo en dote la ciudad de Tudela. Los privilegios y escrituras de aquel tiempo rezan que reynaba en Pamplona, en Nájara, en Alava, en Vizcaya y Guipúzcoa. Ayudáronle mucho los Franceses con sus fuerzas, porque Luis Rey de Francia tuvo por cosa honrosa tomar debaxo su amparo y favorecer este nuevo y flaco Rey: ayuda con que el Navarro prevaleció, si bien segun lo tenian concertado sin dilacion de todas partes sus contrarios acudieron á las armas. Los campos de Castilla y de Navarra se asentaron cerca de los pueblos Gallur y Cortes: no se vino á batalla por rehusar los unos y los otros de ponerse á semejante peligro. Esto es mas verisímil que lo que se publicó por la fama, es á saber que por reverencia de la Pascua de Resurreccion que cayó en aquellos dias, dexaron de pelear. Concertóse el casamiento entre Don Ramon Conde de Barcelona y la infanta Doña Petronilla, á once del mes de agosto del mismo año, que se contaba de mil y ciento y treinta y siete. Hecho esto, el Rey Don 1137.
Ramiro renunciado el cuydado y gobierno del reyno, se recogió en la iglesia de San Pedro de Huesca deseoso de vida mas sosegada. Reservóse solamente el nombre del Rey, y el poder usar de su autoridad cada y quando que quisiese. A los alcaydes de los castillos y pueblos de todo el reyno envió órden para que hiciesen de nuevo homenage al Conde de Barcelona. Y porque en aquellas revueltas y alborotos, como es ordinario, los señores vendieran el servicio que hacian al viejo Rey lo mas caro que podian, por pueblos y castillos que les dió en tan gran número, que divididas las fuerzas del reyno y menoscabadas, parecia que al Rey no le quedaba mas que la vana sombra de aquel nombre; se hizo una ley en que todas aquellas donaciones como ganadas fuera de tiempo se revocaron y

dieron por ningunas y de ningun valor, mayormente aquellas que se impetraron despues que aquel Rey tomó por yerno al Conde de Barcelona. En lo tocante á Navarra se determinó que los linderos de los dos reynos fuesen los que se sañalaron en Pamplona y en Vadoluengo en la confederacion que allí se hizo. Don Ramon luego que se encargó del gobierno de aquel reyno, y dió asiento en las cosas dél, se fué á ver con el Emperador Don Alonso: con él en Carrion, pueblo de Castilla la Vieja, trató de reformar las condiciones de la paz que poco antes entre Castilla y Aragon se asentaron. Hizo grande efecto su venida; otorgáronle que todas las tierras de Aragon que están desta parte del rio Ebro quedasen por aquellos Reyes como antes las tenian, mas que por ellas fuesen feudatarios de Castilla. Con esto por el mes próximo de octubre Don Ramon hizo su entrada en Zaragoza: fueron grandes los regocijos y el aplauso del pueblo, que le llamaba padre de la patria, autor de la paz y felicidad del reyno. Dió asiento en las cosas de aquella ciudad y de todo lo demas, con que fundó el sosiego tan deseado de todos. En acabar todas estas cosas se señaló mucho Guillen Ramon senescal de Cataluña, que era lo que ahora llamamos mayordomo mayor, y como tal tenia gran cabida y privanza con el Rey Don Ramiro. Por sus servicios el Conde de Barcelona le hizo merced en Cataluña de la villa de Moncada: principio de donde como de tronco salió y se fundó en aquella provincia la muy noble casa y linage de los Moncadas.

Capitulo XVII.

Que Don Alonso Principe de Portugal se llamó Rey.

De la alteracion agena tomaron los Portugueses ocasion de aumentar su señorío y ganar mayor renombre. Don Alonso, quien dice infante ó príncipe, quien duque de Portugal (1), por ser como era no menos ilustre en la guerra que en la paz, no cesaba de ennoblecer su estado, acrecentalle y hermosea-

(1) Don Rodr. lib. 7 cap. 6.

lle de todas las maneras que podia. En la ciudad de Coimbra fundó el monasterio de Santa Cruz obra muy principal, que escogió para su sepultura. Hízole donacion de Leyra, pueblo que por este tiempo se ganó de Moros. Principios fueron estos de grandes cosas, porque el año de nuestra salvacion de mil y ciento y treinta y nueve con muchas gentes que juntó de to- 1139.
do su estado, hizo entrada en tierra de Moros, y pasado el rio Tajo, movió guerra á Ismar Rey Moro, que tenia el señorío de aquellas comarcas. En esta jornada antes que se viniese á las manos, falleció Egas Nuñez ayo del mismo Don Alonso, por cuyos consejos hasta entonces se conservaron y gobernaron aquel Príncipe y sus cosas. En la ciudad de Portu hay un monasterio de Benitos llamado vulgarmente de Sosa, fundacion del mismo Don Egas en que se ven las sepulturas deste caballero y de sus hijos. La de Doña Teresa su muger está en el monasterio de Cereceda de la órden del Cistel, que asimismo ella fundó á dos leguas de Lamego, á lo que yo entiendo el uno y el otro de los despojos de la guerra. Ismar avisado del intento que Don Alonso llevaba, á toda diligencia levantó y alistó gente en su tierra. Acudiéronle otros quatro Reyes ó señores Moros: con que formaron un grueso exército. Llegaron á vista unos de otros cerca de Castroverde en una llanura que á la sazon se llamaba Urichio, y al presente Cabezas de Reyes, y pareció á propósito para dar la batalla. Riega aquellos campos el rio de Palma llamado otro tiempo Châlibs: por tierra de Beja do tiene su nacimiento, lleva poca agua, pero con otros rios que se le juntan, poco á poco se engruesa de tal suerte que quando llega al mar y al golfo Salaciense cerca de Alcázar de Sal, tiene hondo bastante para navegarse. Don Alonso, vista la muchedumbre de los enemigos, al principio estuvo congoxado: por una parte se le representaba el riesgo á que ponia todo su estado, por otra la afrenta y mengua suya y de los suyos, si volvia atrás, mas pesada que la misma muerte. Venció el deseo de la honra al recato cobarde, en especial que sus soldados dos dias antes que la batalla se diese, que fué á veinte y cinco de julio dia del apóstol Santiago de aquel mismo año, con grande resolucion y regocijo (tan animados estaban) en los reales dieron al príncipe Don Alonso nombre de Rey. Esto le hizo de todo punto resolverse, y probar la suerte de la ba-

talla, por no parecer si la escusaba, que amancillaba aquella nueva dignidad y ditado. Llegado pues el dia, ordenadas sus haces en guisa de pelear, les habló en esta sustancia: « Las palabras, amigos mios, no hacen á los hombres valientes. Los corazones que se avivan con el razonamiento del capitan, luego que se viene á las manos, vuelven á su natural. El esfuerzo de cada qual en el peligro le descubre. El estado en que todos nos hallamos, bien asi como yo lo veis todos. La muchedumbre de los enemigos y el sitio en que estamos, no da lugar para que ninguno pueda volver atrás. Vuestro esfuerzo, valientes soldados, os servirá de reparo. ¿Qué cosa hay mas torpe que poner en los pies la esperanza quien tiene empuñadas las armas? que volver las espaldas á los que no se atreverán á mirar vuestros rostros y denuedo? afuera el miedo y cobardía. La alegría que veo en vos, da bastante muestra de vuestro esfuerzo y valor. Yo determinado estoy de cumplir con lo que debo, sea con la muerte, sea con la victoria: lo primero no lo permitirá Dios, ni sus Santos: lo al en vuestras manos está. Contra esta canalla que tantas veces vencistes, al presente habeis de pelear. Los ánimos pues de los enemigos y vuestros será como de vencidos á vencedores: el de ellos baxo, medroso y cobarde, el vuestro alegre y denodado. De mí no espereis solamente el gobierno, sino el exemplo en el pelear. Parad mientes no parezca me distes el apellido de Rey para afrentarme en este trance. » Dichas estas palabras, dió señal de acometer, mandó que los estandartes se adelantasen, lo mismo hicieron los enemigos. Trabóse una brava pelea como de los que contendian por la honra, por la vida, y por el imperio de todo Portugal. Ultimamente la muchedumbre de los Moros fué vencida por la fortaleza de los Christianos: muchos quedaron muertos, y no pocos presos. Los cinco estandartes de los Reyes vinieron en poder de los vencedores. Principio y ocasion de las armas de que usaron en adelante los Reyes de Portugal, en escudo y campo azul cinco menores escudos. Otros dan diversa interpretacion, y pretenden que significan las cinco plagas de Christo Hijo de Dios; pero no sé si con fundamento bastante. En tiempo de Don Sancho Segundo deste nombre, Rey de Portugal, á las armas antiguas añadieron castillos por orla, no siempre en un mismo número, al presente ponen sie-

le. Esta fué aquella batalla tan celebrada con razon por los historiadores Portugueses, de las mas memorables que se vieron en aquella era, despues de la qual en breve el poder y fuerzas de Portugal se aumentaron en grande manera. Verdad es que todo lo escurecia y afeaba la prision tan larga de su madre: avisado desto el Pontífice Inocencio II, que todavía lo era por estos tiempos, procuró apartalle de aquel propósito, y hacer que se reconciliasen: con este intento envió desde Roma con muy grandes poderes al obispo de Coimbra, cuyo nombre no se dice: él no cesó de amonestar al Rey que hiciese oficio de hijo para con su madre, esquivase la mala voz que corria de aquel hecho: que era cosa de muy mala sonada tenella no solo despojada de su estado y dote, sino privada de la libertad: ninguna causa bastante se podia alegar para hacer tan grande injuria, y tal desacato á la que le engendró. Las orejas del Rey estaban sordas á estas palabras: tanta vez tiene la indignacion concebida contra lo á que obliga la ley natural. El obispo, puesto entredicho en aquella su ciudad, se salió de Portugal. Por esta misma causa vino de Roma cierto cardenal mas no hizo efecto alguno; antes forzado por las amenazas del Rey alzó el entredicho que en todo el reyno tenia puesto. Era en aquella sazon Don Manrique ó Amalarico de Lara muy principal en riquezas y en nobleza, y por merced de los Reyes de Castilla era señor de Molina. Don Alonso Rey de Portugal procuró casarse con una hija deste caballero, que se llamaba Malfada. Quien hace á Doña Malfada hija ó hermana de Amadeo conde de Mauriena y de Saboya: y aun debe ser lo mas cierto, atento que el arzobispo Don Rodrigo dice que casó con Malfada hija del conde de Mauriena (1). Nacieron deste matrimonio Don Sancho, Doña Urraca y Doña Teresa, aquella que casó adelante con Philipe conde de Flándes. Demas destos hijos tuvo este Rey otro hijo llamado Don Pedro. Hechos los regocijos destas bodas, volvieron los Portugueses á la guerra. Santaren villa principal de aquel reyno está á la ribera de Tajo. Llegaron de improviso los nuestros, y antes de amanecer sin ser sentidos la escalaron, y echaron della los Moros. De los despojos desta guerra fundó aquel Rey el mo-

(1) Lib. 7. cap. 5.

nasterio de Alcobaza de monges Bernardos por voto que hizo al pasar por donde está, de hacello así, caso que ganase aquella plaza. Sobre el imperio de Africa contendian con gran porfía Albohali, que era del linage de los Almoravides, y Abdelmon de los Almohades, nuevo linage y secta que entre los Moros se levantaba. Estas diferencias dieron ocasion que los Moros de España fuesen por los nuestros maltratados: á la verdad en esta sazon mas se conservaban por estar los Christianos ocupados en guerras civiles que por su mismo esfuerzo. Y aun por este tiempo en algunas partes gozaban los Moros de tanto sosiego, que tenian lugar para darse muy de propósito al estudio de las letras; en especial en Córdoba, madre que siempre fué de buenos ingenios, hobo en esta sazon varones esclarecidos y excelentes en todo género de philosophía. Avicena fué uno, al qual algunos tienen por hombre principal y hijo de Rey: otros pretenden que no fué Español, ni jamás aportó en España. Averroes fué otro nobilísimo comentador de Aristóteles (1) él mismo dice de sí que escribia los comentarios sobre los libros de cœlo de Aristóteles el año quinientos y treinta de los Arabes, que concurre con el de Christo de mil y ciento y treinta y cinco. Avenzoar asimismo fué señalado en aquella ciudad en los estudios de mathemáticas y astrología. Esto en Córdoba. En Portugal con gentes que juntaron, ganaron los Christianos por fuerza de armas la villa de Sintra, asentada junto al promontorio que los antiguos llamaron Artabro y no lexos de aquella parte por donde el rio Tajo desagua en el mar. Era el lugar muy á propósito para llamar socorros estraños. Por esta causa á persuasion del Rey vinieron gruesas armadas de Francia, Ingalaterra y Flandes. Las ayudas fueron tales, que se determinó de poner cerco sobre Lisbona, ciudad en aquella comarca muy populosa y la mas principal de Portugal. Pero antes que declaremos el fin que tuvo este cerco muy famoso, volverémos la pluma á lo que se queda atrás.

(1) Lib. 2. de Cœl. tex. 111.

Capítulo XVIII.

Como los fieles ganaron á Almeria.

Entretanto que estas cosas pasaban en Portugal, los Navarros y Aragoneses traian guerras entre sí. Don Alonso el Emperador tenia en su mano la guerra y la paz: el que de los dos Reyes fuese el primero á ganar su amistad, se prometia seguramente la victoria de su contrario: asi á porfía los unos y los otros la pretendian. El primero Don Ramon conde de Barcelona encargado que se vió del nuevo reyno de Aragon, y por el mismo caso envuelto en graves dificultades, con intento de grangearle la voluntad y atraelle á su parecer fué á Carrion villa de Castilla, como queda dicho. La ida no fué en vano, porque alcanzó que Zaragoza, Tarazona, Calatayud y los demas pueblos de la corona de Aragon que estan de esta parte de Ebro, y á la sazon tenian guarnicion de Castellanos, se le entregasen como feudatario de los Reyes de Castilla. De Don García Rey de Navarra, dado que con ordinarias entradas que hacia, molestaba los Aragoneses por toda la comarca que hay desde Tudela á Zaragoza, por entonces no se hizo mencion alguna; pero dos años adelante, que fué el de mil y ciento y 1140.
quarenta, Don Ramon movido por aquellos desaguisados, y confiado en la amistad de Don Alonso, vino segunda vez á verse con él en el mismo lugar de Carrion, donde entre Aragoneses y Castellanos se hizo liga contra el de Navarra, y se concertó que los pueblos de la corona de Aragon que tenian usurpados los Navarros, volviesen á los Aragoneses: asimismo que los que del señorío de Castilla poseian desta parte de Ebro, luego que fuesen ganados del comun enemigo, se restituyesen fielmente á Castilla. Tocante al reyno mismo de Navarra, acordaron que la tercera parte quedase por el Emperador, las otras dos partes se adjudicaron á Don Ramon con nombre otrosí por ellas de feudatario de Castilla: repartian los despojos antes de matar la caza. Despedidas estas vistas, como si hobieran tocado al arma, acudieron por ambas partes á la guerra. A Don Ramon entretenian otros cuydados: asi Don Alonso el

Emperador fué el primero que ido á Búrgos, con un grueso exército que levantó y juntó de todas partes, pasados los montes Doca, rompió por tierras de Navarros. El ruido y el espanto fué mayor que el efecto que se hizo: con embaxadas que de una y de otra parte se enviaron, y por medio de los prelados que acompañaban á los Reyes, finalmente se hicieron paces entre aquellas dos naciones. Para concluir acordaron que los dos Príncipes se hablasen: las vistas fueron á la ribera de Ebro entre Calahorra y Alfaro. Hallóse presente en esta junta Doña Berenguela muger del Emperador: allí no solo se concertaron las paces, sino tambien para mayor firmeza acordaron que Don Sancho hijo mayor del Emperador casase con Doña Blanca hija del Navarro. La Infanta, bien que de muy poca edad, para que estuviese como en rehenes fué desde luego entregada á su suegro. Hízose esta confederacion á veinte y quatro del mes de octubre del año susodicho. Desta mudanza tan repentina del Emperador Don Alonso no hallo bastante causa ni que satisfaga del todo, si bien entiendo que no fué inconstancia ni liviandad; ¿porque qué Príncipe hobo en aquel tiempo ni mas grave ni mas santo? A la verdad era muy fuera de propósito que los Aragoneses ocupados en otros negocios, y que poco le podian ayudar, se llevasen el fruto del peligro ageno y de su trabaxo: asi determinó en particular mirar por lo que le estaba bien, ca gravísimos cuydados dentro y fuera de su estado apartaban á Don Ramon y le impedian de la guerra de Navarra. Primeramente tenia mucho en que entender con los Moros de su distrito, de quien en esta sazon los capitanes y fronteros de Aragon ganaron á las riberas del rio Cinga los pueblos de Calamera y Alcolea. Demas desto los caballeros Jerosolymitanos por el testamento de Don Alonso Rey de Aragon, que fué muerto los años pasados, todavía pretendian tener derecho al reyno; y era razon contentallos en alguna manera, y dar algun corte en esto, mayormente que Raymundo maestre de la caballería de San Juan era venido por este respeto á España. Por cuya diligencia despues de largos debates sobre el caso últimamente se asentó que los caballeros Jerosolymitanos en Zaragoza, Calatayud, Huesca, Barbastro y Daroca con todos los demas pueblos que se ganasen de Moros, tuviesen de cada una de las tres naciones Christianos, Moros y Judíos un vecino

por vasallo, que les acudiesen con sus tributos y á su llamado y debaxo de su conducta, quando se hiciese guerra, con sus personas y armas. Fuera desto en todo el reyno les señalaron otras rentas y heredamientos muy grandes en que sustentasen la vida y los gastos de la guerra, si bien fuesen muy grandes. En Jaca y en otros lugares les dieron sitios para hacer sus conventos. Púsose otra condicion muy principal, que si Don Ramon muriese sin hijos, el reyno volviese á los caballeros. En estas prácticas y en asentar estos conciertos pasaron algunos años. El asiento Guillermo patriarcha de Jerusalem y los demas caballeros de San Juan interesados aprobaron en Jerusalem á veinte y nueve de agosto del año de mil y ciento y qua- 1141.
renta y uno, y de todo otorgaron escritura pública. Vino tambien en ello y dió su consentimiento Fulcon Rey de Jerusalem; y últimamente aprobó todo esto el Papa Adriano IV, que algunos años adelante comenzó á gobernar la iglesia de Roma. En esta avenencia comprehendieron eso mismo las otras dos órdenes militares, y en particular los Templarios, á los quales Don Ramon tenia mas devocion por causa que su padre Don Ramon Berenguel tomó el hábito de aquella religion y la profesó los años pasados. Por esto fueron aventajados á los demas; ca les consignó á Monzon y otro gran número de pueblos y castillos, la décima parte de las rentas Reales, y la quinta de todo lo que se ganase en la guerra de los Moros. Finalmente todos los caballeros quedaron exêmptos de tributos y de la jurisdiccion Real, en particular se concertó y juró por expresas palabras que sin su consentimiento no se harian en tiempo algunos paces con los Moros. Estos conciertos se hicieron en Girona presente el cardenal Guidon legado del Pontífice Romano, que interpuso su autoridad en ello, y fué á veinte y siete de noviembre año de mil y ciento y quarenta y 1143.
tres. Siguióse una nueva guerra en Francia contra los Baucios, linage en aquel tiempo muy poderoso en riquezas y aliados. La causa fué que Raymundo Baucio estaba casado con Doña Estephanía hija de Gilberto conde que fué de Aymillan y de la Proenza, hermana de Doña Dulce madre de Don Ramon y de Don Berenguel, como arriba se ha mostrado. Este pues por el derecho de su muger pretendia apoderarse de una parte de la Proenza, si no pudiese por bien y por via jurídica, á lo me-

nos por las armas. No le faltaban entre aquella gente aficionados, por la aversion que tenian á Don Berenguel como á Príncipe estrangero; además que la gente popular como suele pensaba que las cosas nuevas serian mejores que las presentes. Esta guerra se comenzó en tiempo del susodicho Don Berenguel, y por su muerte se encendió mas contra su hijo que se llamó Don Ramon Berenguel. La edad deste Príncipe era poca las fuerzas no bien aseguradas, en tanto grado que Don Ramon conde de Barcelona se determinó, pospuesto todo lo al, tomar el amparo de aquel mozo su sobrino; y aun á lo que yo creo, para tener mayor autoridad se llamó Marqués de la Proenza. La guerra se comenzó, que fué brava: con ella los contrarios se vieron apretados de manera que Raymundo Baucio, despojado de casi todo su estado paterno, de su voluntad vino á Barcelona para entregar á si y á sus cosas á la voluntad y merced de aquel Príncipe. Hiciéronse las paces entre estas dos casas con buenas condiciones: con que Baucio fué restituido en todo lo que le quitaron en el discurso de la guerra. Demas desto le dieron á Trencatayo, que es un pueblo principal en aquella comarca, á tal que fuese por él feudatario de los condes de la Proenza. Estas fueron las dificultades y negocios que tenian embarazado á Don Ramon: con que Don García Rey de Navarra tuvo comodidad y espacio de reforzarse; y en particular con intento de grangear al Emperador Don Alonso, que tenia el mando de todo y mayor poder que los demas, por ser muerta Doña Merguerina su primera muger casó el Navarro con Doña Urraca hija bastarda del Emperador. El año
1144. mil y ciento y quarenta y quatro á veinte y quatro de junio se celebraron las bodas con Real magnificencia en la ciudad de Leon. Hobo justas y torneos: corriéronse toros. Entre los otros juegos que hicieron, era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco, seguíanle por el gruñido dos ciegos armados con sendos bastones, y sus celadas en las cabezas: el que le mataba era suyo. Avenia que por herirle muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro con grande risa de los que se hallaban presentes. La madre de Doña Urraca se llamó Gontroda, muger muy noble en las Asturias, cuyo sepulcro con su letrero está en Oviedo en un monasterio de monjas llamado de Vegua que ella edificó á sus

expensas, en que pasó lo mas de la vida: del Rey Don García y de Doña Urraca fué hija Doña Sancha, que casó dos veces, la primera con Gaston vizconde de Bearne, la segunda muerto este sin hijos casó con Don Pedro conde de Molina: deste matrimonio nació Aymerico que el tiempo adelante fué señor de Narbona. En esta sazon Africa andaba alborotada con guerras civiles. En España asimismo se levantaron entre los Moros grandes alteraciones por estar divididos en tres parcialidades. Zefadola señor de Rota, pueblo asentado á la boca del rio Guadalquivir, sin embargo que era de la antigua sangre de los Reyes Moros, favorecia á los Christianos por sus respetos, que debaxo de su conducta hicieron entrada hasta dar vista á Sevilla. Azuel gobernador de Córdoba, y Abengamia gobernador de Valencia tenian entre sí diferencias; pero Abengamia era mas poderoso en fuerzas, y no paró hasta echar de Córdoba á su contrario. Entre los Christianos parece habia mas sosiego; solo Don Ramon y el Rey Don García no tenian del todo compuestas sus diferencias. Tocaban ambos al Emperador Don Alonso en estrecho parentesco, demas de la alianza que con ellos tenia puesta. Porque no se pasase tan buena ocasion de hacer la guerra á los Moros, que estaban muy apoderados del Andalucía, los convidó y rogó por sus letras y embaxadores para que se viesen con él en Santistevan de Gormaz. Hiciéronse estas vistas el año mil y ciento y quarenta y seis por el mes 1146.
de noviembre: en ellas si bien no se pudieron concertar paces perpetuas, negocióse que entre las dos naciones Aragoneses y Navarros se hiciesen treguas: añadieron que por quanto el Emperador Don Alonso pretendia hacer guerra á los Moros, y para este efecto tenia apercebido un exército muy escogido, Don García por tierra y Don Ramon por mar con una gruesa armada suya y de Ginoveses ayudasen sus intentos. A la primavera del año siguiente los tres Reyes hicieron guerra en el Andalucía: saquearon y quemaron los pueblos, talaron los campos, pasaron hasta Córdoba, ciudad muy principal y muy grande á la ribera de Guadalquivir, asentada en un llano, poderosa en armas y riquezas, demas desto muy señalada por haber tenido no mucho tiempo antes el imperio de casi toda España quanto se estendia el señorío de los Moros. Los campos son muy fértiles en todo género de esquilmos quanto los

mejores de España. Tenia el gobierno desta ciudad Abengamia en nombre del Rey de Marruecos. Este, espantado de tan grande aparato de guerra, entregó luego la ciudad ofreciéndose á obedecer y ayudar á los Christianos con mantenimientos y dinero. Raymundo arzobispo de Toledo por mandado del Rey consagró con las ceremonias acostumbradas la mezquita mayor, que era la mas rica y vistosa de España: resolucion apresurada y antes de tiempo, pues se partieron sin dexar en la ciudad alguna guarnicion de soldados. Recelábanse que si dividian el exército se disminuirian las fuerzas, y no les quedarian gentes bastantes para guerra tan grande como pretendian hacer: ni la ciudad por su grandeza se podia guarnecer sin mucha gente, ni era tanta la que tenian, que se pudiese acudir á todo, mayormente que la gente de la tierra se apellidaba para hacelles rostro. Acordaron pues de dexar aquella ciudad sin guarda: solo hicieron que Abengamia tocado el Alcoran, que es la ceremonia mas grave que los Moros usan en sus juras, hiciese homenage que tendria aquella ciudad por el Emperador, y en su nombre la gobernaria con toda lealtad: el miedo no es maestro duradero de virtud, ni es acertado hacer confianza de los desleales á Dios. Apenas los nuestros se partieron de aquella ciudad quando el gobernador Moro faltó en la fe y palabra. Pasó el campo de los Christianos á Baeza, donde tenian los Moros juntadas las fuerzas de toda la tierra con determinacion de venir á batalla: el peligro era grande, aquexaba el cuydado y recelo al Emperador Don Alonso. Aparecióle San Isidoro entre sueños con muestra de magestad mas que humana (así se tuvo por cierto) y le animó y quitó la duda y el miedo. El suceso dió á entender que la revelacion no fué vana. El dia siguiente con el sol se trabó la pelea, en que los Moros fueron destrozados y puestos en huida: la ciudad se rindió, y en ella mudado parecer dexaron guarnicion de soldados, porque á exemplo de los de Córdoba no se rebelasen, además que no convenia dexar á las espaldas algun pueblo enemigo. En la toma y cerco de esta ciudad se señaló entre todos el esfuerzo y diligencia de Rodrigo de Azagra señor que era de Estella de Navarra. Pedro Rodriguez de Azagra fué su hijo; y entre los de aquel linage de Azagras el primer señor de la ciudad de Albarracin. En aquella

sazon Almería era tenida por ciudad muy fuerte. Está asentada á la ribera del mar Mediterráneo á los confines del Andalucía y del reyno de Murcia: llamóse antiguamente Abdera ó Puerto grande. Della se derramaban muchas fustas á robar. Esta ciudad pretendieron ganar los nuestros, y con este intento se adelantaron con todas sus gentes en el mismo tiempo que los de Génova y los de Barcelona, conforme al órden que llevaban que costeasen aquellas riberas poco á poco con su armada, doblado el cabo de Gatas, dieron vista á la ciudad. Asentados los reales, combatieron los muros por mar y por tierra, y despues de algunas salidas y escaramuzas que se hicieron, con la batería abrieron entrada y forzaron algunas torres: dende lo demas de la ciudad se ganó por fuerza á diez y siete de octubre del año mil y ciento y quarenta y siete. Veinte mil Moros que tomada la ciudad se retiraron al castillo, fueron forzados á comprar sus vidas por dineros. Desta manera se quitó aquel nido de cosarios que ponia espanto á las riberas cercanas y distantes de España, Francia y Italia; que fué la causa principal de apresurar esta empresa. Los despojos se repartieron entre los soldados. A los Ginoveses se dió en premio un plato de esmeralda muy grande, que ellos entonces juzgaron debian preferir á toda la demas presa, y al presente le guardan entre sus tesoros: otros escriben se halló en la Suria quando por fuerza se tomó Cesárea. El vulgo dice que Christo Hijo de Dios cenó en él la postrera vez con sus discípulos: opinion sin autor ni fundamento (1). Clemente Alexandrino por lo menos dice que Christo cenó en un plato de poca estima. La sazon del tiempo se acercaba al invierno: los soldados por ende dieron vuelta á sus tierras no menos alegres por la venganza que tomaron de los Moros, que por el interés que de la victoria sacaron. Con ocasion de aquella armada gruesa que traxeron los Ginoveses, en aquel tiempo muy poderosos por el mar, Don Ramon Príncipe de Barcelona se concertó con ellos que á la vuelta le ayudasen contra los Moros que tenian parte de Aragon con las islas Baleares, hoy Mallorca y Menorca. Prometió para mas animallos de darles la tercera parte de lo que en la guerra se ganase: demas que en todos los pueblos

1147.

(1) Lib. 2. Pædag. cap. 3.

que se tomasen de los Moros, tendrian los Ginoveses templo y juzgado á parte: lo que era mas, que todos los mercaderes de aquella nacion serian libres de tributos. Eran estas condiciones aventajadas, acordaron de aceptallas, revolvieron sobre las marinas de Cataluña, y con su buena maña ganaron de consuno á Tortosa ciudad muy noble, y que por estar asentada á la boca del rio Ebro era muy á propósito para las contrataciones y comercio del mar. Estas cosas sucedieron el año siguiente, y luego el año adelante Lérida y Fraga vinieron á poder de Christianos: pueblos muy conocidos, el primero por la victoria que antiguamente cerca dél ganó Julio César, y por el cerco que sobre él tuvo; el otro por el desastre fresco y muerte desgraciada de Don Alonso Rey de Aragon. Lérida se dió al conde de Urgel en premio de lo mucho que en aquella guerra hizo y trabaxó. A Guillen Perez obispo de Roda nombraron por obispo de Lérida con retencion de las ciudades Roda y Barbastro, que ordenaron se comprehendiesen en aquella diócesi; y aun se halla que algunos obispos de Lérida en el tiempo adelante se intitulaban obispos de Roda y de Barbastro.

Capítulo XIX.

Como la ciudad de Lisbona se ganó á los Moros.

Las cosas de los Moros iban de caida, las de los Christianos en pujanza, y su nacion en España florecia en riquezas, caballos, armas y toda prosperidad. A cada paso se apoderaban de nuevos castillos, pueblos y ciudades. Casi en medio de Portugal á la boca del rio Tajo, por do descarga con sus corrientes en el mar Océano, está un puerto contrapuesto al viento de Poniente: la barra tiene angosta y peligrosa, dentro es muy ancho y capaz. A la ribera deste puerto á la parte del Norte se estiende grandemente Lisbona, ciudad la mas noble y mas rica de Portugal. A las espaldas se levantan poco á poco unos collados que tienen la subida fácil, y están cubiertos de los edificios de la ciudad. Su anchura es menor que conforme á su longura: el ruedo de los muros antiguos no es muy grande,

la poblacion de los arrabales es mucho mayor , en especial en
este tiempo, en que por la mucha gente que acude al trato de
las Indias Orientales y á feriar la especiería que de Levante
viene todos los años , se ha mucho acrecentado. Los barrios y
las calles en gran parte son mal trazadas , angostas , y no ti-
radas á cordel, sea por la desigualdad del sitio que tiene altos
y baxos , sea por el descuydo en edificar, mayormente en el
tiempo que estuvo en poder de Moros , gente poco curiosa en
esta parte : los edificios nuevos y las calles son mucho mas
hermosas. Los ciudadanos, gente principal y honrada, los
mercaderes ricos , las ganancias grandes, el sustento y arreo
de los naturales muy templado. Goza de campos muy buenos,
aldeas y alquerías que tiene por todas partes, muchas quintas
ó casas de recreacion que parecen edificios reales. Don Alonso
Rey de Portugal deseaba por todas estas causas apoderarse de
aquella ciudad , y en especial por ser como castillo y reparo
del señorío de los Moros de aquella comarca. No tenia fuerzas
bastantes para salir con su intento : los demas Reyes de Espa-
ña no le podian acudir por estar ocupados unos en unas guer-
ras y otros en otras : convínole buscar ayudas de fuera. Por
esto luego que ganó la villa de Sintra (como poco antes se to-
có) movido por la comodidad de aquel lugar convidó á los de
Alemaña , Ingalaterra y Flandes con grandes partidos que les
hizo, para que en aquella guerra le acudiesen con sus arma-
das. Grande es la ayuda que consiste para todo en la amistad
de los Príncipes , y alianza de las provincias Christianas entre
sí, como se vió en este caso, ca por el esfuerzo de Don Alonso
y con las ayudas de fuera aquella muy poderosa ciudad el mis-
mo mes puntualmente se ganó que Almería en el Andalucía.
Las armadas se pusieron á la boca del puerto para que no
pudiesen por el mar entrar vituallas ni socorros á los cerca-
dos. Los reales de los naturales barrearon do al presente está
el convento de San Vicente; en los de los estrangeros despues
se edificó el monasterio de San Francisco : sitios que en nues-
tra edad están el uno y el otro comprehendidos dentro de la
ciudad. Hobo muchos encuentros y varios trances. Los nues-
tros peleaban fuertemente por estender su imperio , los ene-
migos por las vidas. Batieron los muros de la ciudad por mu-
chas partes: alargábase el cerco, últimamente el dia de San

Crispin y Crispinian resueltos de dar asalto general con grande esperanza de forzar aquella ciudad, ordenadas las haces, habló el Rey Don Alonso á los suyos desta manera : « No penseis amigos, que esta empresa se endereza á combatir una sola ciudad, antes os persuadid que en una plaza tomais á todo Portugal. Aquí está el dinero de los enemigos, que nos será de grande importancia para la guerra : aquí los trabucos, ingenios y toda suerte de armas. Esta es su fortaleza, su granero, su tesoro, en que tienen recogidas todas sus preseas y almacen. Los enemigos son los mismos que tantas veces vencistes en las guerras pasadas, del mismo esfuerzo y industria, sino que las compañías de ciudadanos son mas á propósito para los exercicios de la paz y para sus grangerías, que para menear las armas ; ellos mismos se embarazarán en la pelea : soldados en la ciudad hay pocos, y esos con el cerco contínuo de cinco meses muy cansados y en pequeño número. Atreveos pues á vencer, y con el denuedo y esfuerzo á vos acostumbrado acometed los muros de la ciudad derribados por tantas partes. Entrad por las ruinas y piedras : ninguno podrá hacer contraste á vuestro valor.» Dicho esto, todos á una voz pidieron la señal de acometer : dada, arremetieron á la ciudad y á las murallas : lo que hacia mucho al caso para inflamar los soldados, el mismo Rey estaba presente como testigo y juez del esfuerzo de cada qual. El combate fué bravo y sangriento : los nuestros pretendian arrimarse á los muros y forzallos, los cercados tiraban todo género de armas y piedras, sin que alguna cayese en balde por estar tan cerrados los soldados. Por conclusion quebrantada la puerta que se llama del Alhama, entraron en la ciudad : la matanza fué grande, y la sangre que se derramó, los que se rindieron, tomaron por esclavos : el saco se dió á los soldados, que fué mayor de lo que se pensaba. Consagraron la mezquita mayor segun que era de costumbre, y nombraron por obispo á Gilberto hombre aunque forastero pero de mucha erudicion y conocida virtud. Tomóse la ciudad de Lisbona á veinte y cinco de octubre ; otros dicen á veinte y uno. En el lugar mismo en que tenian los Reales, el Rey á sus expensas edificó un monasterio de canónigos reglares de San Agustin con nombre de San Vicente, por tener particular devocion á este Santo, y para que juntamente por

el nombre fuese memoria á los venideros de aquella tan señalada victoria. Gran número de los soldados estraños se aficionaron á la abundancia de Portugal, y á la hermosura, templanza del ayre, que tiene el invierno templado, y el estío por los continuos embates del mar no muy caluroso. Estos determinados de hacer su morada en aquella provincia, y trocar sus patrias con Portugal, se dice que por permision del Rey Don Alonso edificaron á Almada, Villaverde, Arruda, Zambuya, Castañeda con otros pueblos. El Rey en prosecucion desta victoria con increible felicidad ganó de los Moros á Alanquer, Obidos, Ebora, Yelves, Mura, Serpa, Beja y otros pueblos y villas por toda aquella comarca: todo se allanaba y parecia ser fácil á su esfuerzo y valor; verdad es que la mayor parte destas cosas sucedieron algunos años adelante. Volvamos á nuestro camino, y al órden de la historia que llevamos.

Capitulo XX.

Como se halló el cuerpo de San Eugenio.

En el tiempo que estas cosas se hacian en España, Eugenio Pontífice, Tercero deste nombre, sucesor de Lucio Segundo, natural de Pisa y de la órden del Cistel, gobernaba bien y prudentemente la Iglesia Romana. Las cosas de los Christianos en la Tierra Santa parecian empeorarse. Estaba en gran parte apagada y menguada la fortaleza militar de los de Lorena: como algunos animales y semillas, asi bien los ingenios de los hombres con el cielo y tierra diferentes, y en particular con la longura del tiempo degeneran y se estragan. Los bárbaros, que por todas partes los cercaban, tenian puestas las cosas de los Christianos en gran aprieto y peligro. Balduino Tercero deste nombre, hijo de Fulcon Rey de Jerusalem, por sus pocas fuerzas y por la flaqueza de su edad no era suficiente para tan grande carga. El Pontífice Eugenio movido deste peligro, y encendido del amor de la Christiana Religion, en Francia donde para esto fué en persona no cesaba de animar á los Príncipes Christianos y exhortallos acudiesen con sus fuerzas á la guerra sagrada. Movió al Emperador Conrado y á Luis Rey de

Francia para que con muy buenas gentes partiesen camino de la Tierra Santa. Para salir mejor con su intento y adelantar estas práticas convocó concilio de todos los obispos del mun-
1148. do para Rems ciudad principal de Francia el año mil y ciento y quarenta y ocho. A este concilio partió Don Ramon arzobispo de Toledo desde España. Llegado que fué á Paris, que caia en el mismo camino, por devocion quiso visitar la iglesia de San Dionysio, que está dos leguas francesas de aquella ciudad en un pueblo del mismo apellido del Santo, y por estar en ella las reliquias de San Dionysio es de no menor devocion que célebre con las sepulturas de los Reyes de Francia, y asaz embarazada. Allí como mirase con curiosidad el edificio del templo y su hermosura, y con atencion pusiese la vista en cada una de las cosas que se ofrecian, acaso, ó advertido de los que le acompañaban, consideró en cierta capilla estas palabras grabadas en un mármol:

AQUI YACE EUGENIO MARTYR PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.

Maravillóse primero deste letrero, por estar en España perdida del todo la memoria de San Eugenio, y no quedar rastro de cosa tan grande: revolvió diligentemente los libros de aquella iglesia y memorias antiguas: halló que todo concordaba con la verdad. Hecho esto, muy alegre con nueva tan buena pasó al concilio de Rems, el qual despedido, y acabadas á su voluntad todas las cosas que pretendia, volvió á España con la alegre nueva de cosa tan importante, que hinchó de muy grande gozo los ánimos del Rey y de los grandes y de toda la muchedumbre del pueblo. Desta manera sucedió entonces este negocio: el monasterio Broniense, que está en los estados de Flandes en tierra de Namur, y tiene advocacion de San Pedro, pretende tener el cuerpo de San Eugenio: refieren aquellos monges Benitos que fué llevado el año novecientos y veinte á diez y ocho de agosto por engaño ó á ruegos de Gerardo su fundador desde San Dionysio á Bronio, do está aquel monasterio. Lo que se entiende es que le dieron una parte del sagrado cuerpo, que fué causa de persuadirse le tenian en su poder todo entero, como es muy ordinario en cosas semejantes. Co-

menzóse por entonces á procurar que las sagradas cenizas de San Eugenio volviesen á Toledo; pero estas práticas se estorbaron por las muertes que casi en un mismo tiempo sobrevinieron de la Reyna Doña Berenguela y del arzobispo. La Reyna
falleció el año siguiente de mil y ciento y quarenta y nueve, y 1149.
fué sepultada en la iglesia de Santiago, con quien en vida tuvo particular devocion. Este año, desgraciado por la muerte de la Reyna, fué mas señalado por una lluvia de sangre que cayó en parte de Portugal y en el señorío de los Moros. El año adelante de mil y ciento y cinqüenta miércoles á nueve dias de agosto pasó desta vida el arzobispo Raymundo, quebrantado con la edad y con los trabaxos de camino tan largo. Créese mas por congeturas que por cierta memoria que haya, le enterraron en la misma iglesia mayor de Toledo. Sucedió en el arzobispado Don Juan Primero deste nombre, obispo á la sazon de Segovia, varon de grande ánimo y de conocida bondad. Desta manera procedian las cosas de Castilla. Por otra parte el Pontífice Eugenio confirmó el nombre y autoridad de Rey á Don Alonso que ya se intitulaba Rey de Portugal, y á su exemplo pasados algunos años Alexandro Tercero deste nombre hizo lo mismo por una bula que promulgó Alberto cardenal y chânciller de la santa Iglesia Romana: ambos Pontífices por esta gracia le mandaron pagar cierto tributo á los Papas en cada un año. Eugenio quatro libras de oro, Alexandro dos marcos: tributo que no se sabe si en los primeros tiempos le pagó Portugal, en nuestra era y de nuestros antepasados siempre aquel reyno se ha tenido por libre de todo punto, y exêmpto de semejante carga y pension.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

De los capitulos de este tomo segundo.

LIBRO SEXTO.

LIBRO SEPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NONO.

LIBRO DECIMO.

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

SUSCRIPCION.

Coleccion de Novelas escogidas.

En tomos 16 mr., adornados con preciosas láminas y viñetas, que se publica en la Imprenta y Libreria de D. Francisco Oliva, calle de la Plateria, número 8, en Barcelona.

Seguimos esta interesante empresa que consiste nada menos que en reunir en una coleccion lo mas selecto y célebre del romanticismo, por lo qual echamos mano de los autores de mayor nombradía asi nacionales como estranjeros, como puede verse por las novelas que van ya publicadas. Estas manifiestan asimismo el esmero tipográfico que ponemos á fin de que las impresiones sean bellas, correctas y sobre papel superior, y tambien para que las láminas sean bien grabadas y oportunas. Podemos asegurar que la coleccion que publicamos, será cuando concluida la mas abundante, escogida y hermosa que se haya dado á luz en España.

Novelas publicadas.

La Estranjera, por Arlincourt, 2 tom. 14 rs. rústica y 18 en pasta.

La Abadesa 2 tom. id. id.

El Solitario del monte Salvaje, por Arlincourt, 2 tom. id. id.

Waverley, por Sir Walter Scott, 6 tom. 42 rs. rúst. 54 past.

El Renegado, por Arlincourt, 3 tom. 21 rs. rúst. 27 past.

Poesías de Iglesias, 3 tom. id. id.

Malvina, por Mad. Cottin, 3. tom. 24 rs. rúst. 30 past.

Pelayo, por Armengaud, 2 tom. 16 rúst. 20 past.

La Verdulera, por Arlincourt, 2 tom. id. id.

Andrés, por Jorge Sand, 2 tom. 14 rúst. 18 past.

Leon Leoni, por Jorge Sand, 2 tom. id. id.
Valentina, por id., 2 tom. 18 rúst. 22 past.
Indiana, por id., 2 tom. 16 rúst. 20 past.
El Secretario privado, por id. 2 tom. 14 rúst. 18 past.

Novelas impresas y que se publicaràn luego

de concluido el grabado que será muy en breve.

Jacobo, por Jorge Sand, 3 tom. 24 rs. rúst. 30 pasta.
Cartas de un viajero, por id. id., 3 tom. 24 rúst. 30 past.
Picciola por Saintine 2 tom. 14 rúst. 18 past.
El último Abencerrage, por el Vizconde de Chateaubriand, 1 t. 7 rúst. 9 pasta.

Nota: Los precios indicados se entiende para los que no están suscritos; puesto que á los señores suscritores que tomen todas las novelas que vamos publicando hasta completar la coleccion, se les proporciona la ventaja de rebajarles del precio señalado un real de vellon por tomo. Sin embargo esto debe entenderse tan solo para los señores suscritores de Barcelona; en los demas puntos el precio es condicional, pues en la mayor parte los exemplares que se remiten son por cuenta de los interesados en la suscripcion.

Se suscribe en Barcelona en la imprenta de *Don Francisco Oliva*, calle de la Platería número 8, y en los demas puntos en las librerías donde se espende la *Historia general de España.*

